

Oliver Twist

Charles Dickens



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Oliver Twist

Dickens, Charles

Novela

Se reconocen los derechos morales de Dickens, Charles.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

CAPÍTULO I

Del lugar donde nació Oliver Twist y de las circunstancias que rodearon su nacimiento

Entre otros edificios públicos de la ciudad de Mudfog, destaca una de esas construcciones típicas de la mayoría de las ciudades, sean grandes o pequeñas: un hospicio; y fue en este hospicio donde nació, en una fecha que no considero necesario reproducir aquí —puesto que no tiene mayor importancia para el lector, por lo menos en este momento del relato—, el ser mortal cuyo nombre encabeza este capítulo. Bastante tiempo después de que el cirujano de la parroquia le introdujera en este mundo de dolor y sufrimiento, seguía siendo bastante dudoso que el niño viviera lo suficiente para llegar a tener nombre, en cuyo caso es más que probable que estas memorias jamás hubieran visto la luz o que, si lo hubieran hecho, al constar solo de un par de páginas, hubiesen poseído el mérito incalculable de ser la biografía más breve y precisa de la literatura de cualquier época o país. Aunque no tengo la intención de afirmar que nacer en un hospicio sea lo más afortunado y envidiable que pueda sucederle a un ser humano, sí que quiero señalar que en este caso particular fue lo mejor que le pudo suceder a Oliver Twist. Lo cierto es que no fue nada fácil inducir a Oliver a que cargara con la responsabilidad de respirar —práctica molesta, pero que la costumbre ha convertido en necesaria para llevar una vida normal—, y estuvo un buen rato jadeando sobre un pequeño colchón de borra, tratando de mantener el equilibrio mientras se mecía entre este mundo y el otro, con la balanza claramente inclinada hacia el segundo. Pues bien, si durante ese breve espacio de tiempo Oliver hubiera estado rodeado de abuelas preocupadas, tías nerviosas, nodrizas experimentadas y médicos de gran sabiduría, no cabe duda de que hubiera muerto inevitablemente en cuestión de segundos. Sin embargo, al no haber nadie más que una vieja indigente, bastante enturbiada por el consumo desmesurado de cerveza, y un cirujano de la parroquia, a quien contrataban para tales menesteres, Oliver y la Naturaleza dirimieron la cuestión en un mano a mano singular. El resultado fue que, tras un par de forcejeos, Oliver cogió aire, estornudó y se dispuso a anunciar a los internos del hospicio que

acababa de imponérsele a la parroquia una nueva carga, soltando un grito muy fuerte, todo lo que razonablemente podía esperarse de un varón recién nacido que no llevaba más de tres minutos y pico dotado de un apéndice tan útil como la voz.

Apenas hubo dado Oliver esta primera muestra de que sus pulmones funcionaban correcta y libremente, el revoltijo formado por la colcha de retales que cubría el catre de hierro se agitó, el rostro pálido de una joven se levantó con dificultad de la almohada y una voz débil pronunció de forma entrecortada las siguientes palabras:

—Quiero ver al niño antes de morir.

Hasta entonces el cirujano había estado sentado de cara al fuego, frotándose las palmas de las manos y calentándose las alternativamente; pero en cuanto oyó a la mujer, se levantó y, dirigiéndose a la cabecera de la cama, dijo en un tono más afable de lo que cabía esperar de él:

—Mujer, no hable aún de morirse.

—¡Que Dios la bendiga, la pobre! —dijo la nodriza, metiéndose precipitadamente en el bolsillo una botella verde de cristal cuyo contenido había estado saboreando con evidente satisfacción en una esquina—. ¡Que Dios la bendiga, la pobre! Cuando haya vivido tanto como yo, señor, que he tenido trece hijos y se me han muerto todos menos dos, que están conmigo aquí en el hospicio, entonces ya no dirá estas cosas. ¡Que Dios la bendiga, la pobre! Piense en lo que es ser madre, y en esa cosita tan tierna.

Pero, por lo visto, esta visión reconfortante de su futuro como madre no produjo el efecto esperado. La paciente sacudió la cabeza y extendió la mano hacia la criatura.

El médico le puso al niño en brazos; ella le estampó en la frente con fervor sus labios fríos, le pasó las manos por la cara, miró a su alrededor con ojos extraviados, se estremeció, cayó de espaldas... y murió. Le frotaron el pecho, las manos y las sienes, pero la sangre se le había helado para siempre. Le hablaron de esperanza y de consuelo, pero hacía demasiado tiempo que dichos sentimientos le eran desconocidos.

—Se acabó, señora Thingummy —dijo el médico finalmente.

—¡Ay! ¡Sí, pobrecita! —añadió la nodriza, recogiendo el tapón de la botella verde, que se le había caído encima de la almohada al agacharse para tomar al niño en brazos—. ¡Pobrecita!

—Si el niño llora, no hace falta que me llame —dijo el médico, poniéndose los guantes pausadamente—. Es muy probable que arme alboroto: si es así, dele unas gachas. —Se puso el sombrero y, deteniéndose junto a la cama de camino a la puerta, añadió—: Era guapa, la muchacha. ¿De dónde era?

—La trajeron aquí anoche —dijo la anciana—, por orden del supervisor. La encontraron tirada en la calle. Se ve que había caminado mucho, porque tenía los zapatos destrozados; pero de dónde venía o adónde iba, nadie lo sabe.

El médico se inclinó hacia el cuerpo y le levantó la mano izquierda.

—La historia de siempre —dijo, sacudiendo la cabeza—: No lleva anillo de casada, por lo que veo. Bueno, buenas noches.

El señor doctor se fue a cenar y la nodriza, tras haberse llevado una vez más a los labios la botella verde, se sentó en una silla baja junto al fuego y empezó a vestir al niño.

¡Qué ejemplo tan excelente era el pequeño Oliver Twist del poder de la vestimenta! Envuelto en la manta que hasta el momento había sido su único abrigo, podría haber pasado por hijo de un noble o de un mendigo; hasta el forastero más presuntuoso habría tenido dificultades para adivinar su posición social. Pero ahora, una vez cubierto con la vieja bata de franela, amarillenta por el uso, ya estaba marcado y etiquetado, y pasó inmediatamente a ocupar su puesto, el de niño de parroquia, huérfano de hospicio, humilde burro de carga medio muerto de hambre, cuya vida consistiría en ser abofeteado y golpeado, despreciado por todos y no compadecido por nadie.

Oliver lloró con ganas. Si hubiese sabido que era un huérfano abandonado a la tierna misericordia de coadjutores y supervisores, quizá habría llorado más fuerte todavía.

CAPÍTULO II

De la crianza, educación y manutención de Oliver Twist

Durante los ocho o diez meses siguientes, Oliver fue víctima de una serie de maldades y engaños sistemáticos: le educaron «a mano». Las autoridades del hospicio informaron debidamente a las autoridades de la parroquia del hambre y la indigencia en que estaba sumido el pequeño huérfano. A su vez, las autoridades de la parroquia preguntaron con dignidad a las autoridades del hospicio si no existía ninguna mujer residente en el «hogar» que se encontrase en condiciones de suministrar a Oliver Twist el consuelo y el alimento que precisaba, a lo que las autoridades del hospicio respondieron con humildad que no. A la vista de esto, las autoridades de la parroquia resolvieron magnánima y humanitariamente que había que llevar a Oliver a la «granja», es decir, que había que llevarlo a un hospicio dependiente del primero, a unos cinco kilómetros de distancia, donde otros veinte o treinta menores que habían delinquido contra las leyes de pobres inglesas se revolcaban por el suelo todo el día, sin el lastre de haber comido demasiado ni de ir demasiado abrigados, todo ello bajo la supervisión maternal de una señora mayor que acogía a los reos a cambio de la cantidad de siete peniques y medio por cabeza a la semana. Siete peniques y medio a la semana es una buena suma de dinero para la dieta de un niño; se puede conseguir mucho por dicho importe, lo suficiente para llenarle el estómago y que le dé un empacho. Pero la anciana era una mujer sabia y experta. Sabía lo que les convenía a los niños, y tenía también una noción bastante precisa de lo que le convenía a ella; por lo tanto, se quedaba con la mayor parte del estipendio semanal para su propio uso y disfrute, y asignaba a la nueva generación de la parroquia una dotación aún más baja de la que originariamente se le había destinado. Caía así aún más bajo tras haber tocado fondo; y se manifestaba como una grandísima filósofa experimental.

Todo el mundo conoce la historia de otro filósofo experimental que ideó una gran teoría según la cual era posible mantener con vida a un caballo sin darle de comer, y que logró ponerla en práctica hasta el punto de reducir la alimentación de su propio caballo a una brizna de paja diaria. Sin duda lo habría convertido en un animal brioso e

impetuoso, sin sustento alguno, si el caballo no hubiese muerto apenas veinticuatro horas antes de disfrutar de su primer bocado de aire. Desgraciadamente para la filosofía experimental de la mujer a quien se confió el cuidado de Oliver Twist, la puesta en marcha de su sistema producía resultados similares, ya que, justo cuando un niño había conseguido subsistir con la mínima ración posible de la peor comida posible, en ocho casos y medio de cada diez ocurría, perversamente, que dicho niño o enfermaba de frío o necesidad, o caía al fuego por falta de vigilancia, o estaba a punto de asfixiarse accidentalmente. En cualquiera de los tres casos, la desdichada criatura normalmente acababa yéndose al otro mundo, donde se reunía con los padres que nunca llegó a conocer en este.

Ocasionalmente, cuando se abría una investigación más diligente de lo normal sobre un niño de la parroquia que se había pasado por alto al revolver un catre o que había muerto escaldado involuntariamente cuando daba la casualidad de que le estaban lavando —aunque este último accidente era muy poco frecuente, dado que en la granja lavarse era un suceso más bien raro—, al jurado le daba por hacer preguntas molestas, o a los feligreses por suscribir con sus firmas rebeldes un escrito de protesta. Sin embargo, estas impertinencias eran rápidamente neutralizadas por las pruebas del cirujano y el testimonio del pertiguero, el primero de los cuales siempre abría el cuerpo sin encontrar nada dentro (cosa más que probable), al tiempo que el segundo juraba siempre lo que la parroquia quería, con lo cual mostraba gran abnegación. Además, la junta hacía peregrinaciones periódicas a la granja, pero siempre enviaban al pertiguero el día antes para avisar de su visita. Cuando la visita se producía, los niños estaban pulcros y aseados, así que ¿qué más quería la gente?

De este tipo de granja no cabía esperar ningún producto extraordinario ni abundante. El octavo cumpleaños encontró a Oliver Twist pálido y delgado, de estatura algo menguada y talle notoriamente estrecho; pero la naturaleza o la herencia habían implantado en el pecho de Oliver un espíritu bueno y fuerte, que había tenido espacio de sobra para desarrollarse gracias a la dieta escasa del establecimiento, y quizá pueda atribuirse a esta circunstancia que llegara a cumplir ocho años. Sea como fuere, el caso es que había cumplido ocho años, y estaba celebrando el cumpleaños en la carbonera con un selecto grupo de otros dos jovencitos que, tras participar con él de una buena paliza, habían sido encerrados allí dentro por el espantoso atrevimiento de tener hambre, cuando, de improviso, la señora Mann, la buena mujer de la casa, se vio sorprendida por la aparición del señor Bumble, el pertiguero, que se esforzaba por abrir la portezuela del jardín.

—¡Dios mío! ¿Es usted, señor Bumble? —exclamó la señora Mann, asomando la cabeza por la ventana con bien fingido júbilo—. (Susan, sube a Oliver y a esos dos mocosos y lávalos inmediatamente.) ¡Madre mía de mi vida, señor Bumble! ¡Pero cómo me alegro de verle!

El señor Bumble era un hombre gordo, y también colérico, así que, en vez de reaccionar con una actitud semejante ante un saludo tan efusivo, le dio a la portezuela una tremenda sacudida y acto seguido le propinó una patada que no podía haber salido de otro pie que no fuera el de un pertiguero.

—¡Señor mío, figúrese —dijo la señora Mann mientras salía corriendo, pues para entonces ya habían quitado a los tres niños de en medio—, figúrese! ¡Mire que olvidarme de que el cerrojo estaba echado por dentro por el bien de los niños, angelitos...! Pero, por favor, pase, señor; pase, señor Bumble, se lo ruego.

Aunque esta invitación vino acompañada de una reverencia que podría haber ablandado hasta el corazón de un coadjutor, no apaciguó al pertiguero, ni mucho menos.

—¿Cree usted, señora Mann, que es esta una conducta respetuosa o correcta —inquirió el señor Bumble, empuñando su bastón—, hacer esperar a los funcionarios de la parroquia en la puerta del jardín, y más si vienen por asuntos de la parroquia relacionados con los huérfanos de la parroquia? ¿Se da cuenta, señora Mann, de que es usted, como quien dice, una delegada de la parroquia, además de una asalariada?

—Le aseguro, señor Bumble, que solo les estaba diciendo a un par de nuestros queridos niños, que le tienen tanto cariño, que iba usted a venir —respondió la señora Mann con mucha humildad.

El señor Bumble tenía una alta opinión de sus dotes como orador y de su importancia. Ya había hecho gala de lo uno y había logrado el reconocimiento de lo otro, así que se calmó.

—Bueno, bueno, señora Mann —contestó en un tono más tranquilo—, es posible que sea así, es posible. Lléveme dentro, pues he venido por un asunto de trabajo y tengo algo que decir.

La señora Mann acompañó al pertiguero a una pequeña sala con el suelo de ladrillo, le colocó un asiento y depositó solícitamente su sombrero de tres picos y su bastón sobre la mesa que había ante él. El señor Bumble se secó el sudor que la caminata le había hecho brotar en la frente, miró complacido el sombrero y sonrió. Sí, sonrió; al fin y al cabo los pertigueros también son humanos, y el señor Bumble sonrió.

—No se ofenda por lo que voy a decirle —apuntó la señora Mann con una dulzura cautivadora—. Ha caminado usted mucho para llegar hasta aquí; si no, ni se lo diría. ¿Quiere usted tomar una copita de algo, señor Bumble?

—Nada, nada —dijo el señor Bumble, agitando la mano derecha de forma digna, aunque plácida.

—Sí que va usted a tomar algo —dijo la señora Mann, quien había advertido el tono de la negativa y el gesto que la había acompañado—. Solo un dedito, con un poco de agua y un terrón de azúcar.

El señor Bumble tosió.

—Solo un dedito —insistió persuasiva la señora Mann.

—¿De qué? —preguntó el pertiguero.

—Bueno, pues de algo que tengo en casa para mezclarlo con el jarabe de nuestros queridos niños cuando no se encuentran bien —replicó la señora Mann a la vez que abría una rinconera y sacaba una botella y un vaso—. Es ginebra.

—¿Da usted jarabe a los niños, señora Mann? —preguntó Bumble, siguiendo con la mirada el interesante proceso de la mezcla.

—Claro que sí, pobrecitos míos, aunque es caro —respondió la mujer—. No soportaría ver cómo sufren ante mis ojos, señor, ya lo sabe.

—No —dijo el señor Bumble en tono de aprobación—, claro que no. Es usted una mujer humanitaria, señora Mann —entonces ella le puso el vaso delante—. En cuanto pueda, lo mencionaré ante la junta —él se lo acercó—. Se comporta como una madre —removió la ginebra con agua—. A... a su salud, señora Mann —y se bebió la mitad de un trago—. Y ahora, a lo que íbamos —dijo el pertiguero, sacando un cuaderno forrado en cuero—. El niño que fue medio bautizado como Oliver Twist cumple hoy ocho años.

—¡Que Dios le bendiga! —interrumpió la señora Mann, irritándose el ojo izquierdo con el pico de su mandil.

—Y a pesar de haber ofrecido una recompensa de diez libras, que luego se aumentó hasta veinte; a pesar de los esfuerzos excepcionales, yo diría que hasta sobrenaturales, hechos por la parroquia —dijo Bumble—, nunca hemos podido averiguar quién es su padre, o cuál era el domicilio, nombre o condición de su madre.

La señora Mann se llevó las manos a la cabeza en señal de asombro, pero, tras un instante de reflexión, añadió:

—Entonces, ¿cómo es que tiene nombre?

El pertiguero se irguió orgulloso y respondió:

—Yo lo inventé.

—¿Usted, señor Bumble?

—Yo mismo, señora Mann. Bautizamos a los niños abandonados por orden alfabético. El anterior era S, así que le puse Swubble. A este le correspondía la T, así que le llamé Twist. El próximo que llegue será Unwin, y el siguiente Vilkins. Tengo todos los apellidos preparados hasta el final del alfabeto, y luego el alfabeto entero una vez más, hasta llegar a la Z.

—¡Sin duda es usted un hombre de letras, señor! —exclamó la señora Mann.

—Bueno, bueno —dijo el pertiguero, claramente halagado por el cumplido—, es posible, es posible, señora Mann. —Y continuó, tras apurar de un trago el vaso de ginebra con agua—: Oliver es ya demasiado mayor para vivir aquí, por lo que la junta ha determinado que regrese al hospicio. Yo mismo he venido a llevármelo, así que hágalo venir inmediatamente.

—Voy a buscarlo ahora mismo —dijo la señora Mann, abandonando la sala con tal propósito.

Y así Oliver, a quien para entonces ya habían conseguido arrancarle aquella parte de la capa externa de suciedad, incrustada en la cara y las manos, que era posible quitar en un solo baño, fue conducido a la sala por su benevolente protectora.

—Hazle una reverencia al caballero, Oliver —le ordenó la señora Mann.

Oliver hizo una reverencia, repartida a medias entre el pertiguero, en la silla, y el sombrero de tres picos, sobre la mesa.

—¿Quieres venir conmigo, Oliver? —preguntó el señor Bumble con voz solemne.

Oliver estuvo a punto de contestar que se iría con cualquiera sin pensarlo ni un segundo, pero al levantar la vista su mirada chocó con la de la señora Mann, que se había situado detrás de la silla del pertiguero y le agitaba el puño con rostro furioso. Oliver captó la indirecta de inmediato, ya que aquel puño se había estampado demasiadas veces sobre su cuerpo para no estar también profundamente grabado en su recuerdo.

—¿Ella viene también? —preguntó el pobre Oliver.

—No, ella no puede venir —respondió el señor Bumble—, pero iré a visitarte de vez en cuando.

Esto no consoló demasiado al niño, quien, a pesar de su juventud, fue lo bastante sensato para aparentar que sentía una gran pena al tener que marcharse. No le resultó demasiado difícil derramar algunas lágrimas. El hambre y los malos tratos recientes son grandes aliados si se quiere llorar, y la verdad es que Oliver lloró con gran naturalidad. La señora Mann lo abrazó mil veces, y le obsequió con algo que Oliver anhelaba con mucha más intensidad: un trozo de pan con mantequilla, para que no pareciera que había pasado demasiada hambre cuando llegase al hospicio. Con la rebanada de pan en la mano, y la pequeña gorra de paño marrón de la parroquia en la cabeza, Oliver abandonó junto al señor Bumble el desgraciado hogar donde la penumbra de sus años de niñez no se había visto nunca iluminada por una palabra o una mirada amables. Y, sin embargo, cuando la verja se cerró tras él, le embargó una profunda tristeza infantil. Por desdichados que fueran, los compañeros de infortunio que dejaba atrás eran los únicos amigos que había conocido, y por primera vez una sensación de soledad en medio del ancho mundo le inundó el corazón.

El señor Bumble caminaba a grandes zancadas y el pequeño Oliver, agarrándose con firmeza a los puños de encaje dorado, trotaba a su lado y cada quinientos metros preguntaba si «ya llegaban». Bumble, irritado, daba a estas preguntas respuestas breves, ya que la laxitud pasajera que la ginebra rebajada con agua despierta en algunos pechos se había evaporado y ya volvía a ser un pertiguero de nuevo.

Cuando Oliver no llevaba todavía ni un cuarto de hora entre las cuatro paredes del hospicio y a duras penas había terminado de engullir un segundo trozo de pan, el

señor Bumble, que le había dejado al cuidado de una anciana, volvió para decirle que era tarde de reunión, y le comunicó que la junta ordenaba que compareciera ante ella de inmediato.

Al no tener una idea clara de lo que era una junta formada por personas, Oliver se sentía un poco apabullado ante esta orden y no sabía muy bien si reír o llorar. De todos modos, no tuvo tiempo de considerarlo, ya que Bumble le dio un cogotazo con el bastón para despertarlo y otro bastonazo más en la espalda para espabilarlo y, tras decirle que le siguiera, le condujo a una gran sala encalada donde había ocho o diez caballeros gordos sentados alrededor de una mesa presidida por otro caballero especialmente gordo de cara redonda y colorada, sentado en un sillón algo más alto que el resto.

—Inclínate ante la junta —dijo Bumble. Oliver se enjugó un par de lágrimas o tres que aún tenía en los ojos y, como no veía más juntas que las de la mesa, por suerte se inclinó ante ella.

—¿Cómo te llamas, niño? —preguntó el caballero del sillón.

Oliver estaba asustado de ver a tantos caballeros, por lo que se puso a temblar, y el pertiguero le dio otro bastonazo, por lo que se puso a llorar. Estas dos causas hicieron que contestase en voz baja y titubeante, ante lo cual un caballero vestido con un chaleco blanco le llamó imbécil, comentario que contribuyó decisivamente a levantarle la moral y a tranquilizarle.

—Niño, escúchame —dijo el caballero de la butaca más alta—. Ya sabes que eres huérfano, supongo.

—¿Qué es eso? —preguntó el pobre Oliver.

—Está claro que el niño es imbécil, como ya me imaginaba —reafirmó muy decidido el caballero del chaleco blanco. Si existe algún miembro de una clase que esté dotado de la capacidad de reconocer intuitivamente a otros miembros de su misma especie, el caballero del chaleco blanco estaba sin duda cualificado para pronunciarse sobre la cuestión.

—¡Silencio! —exclamó el caballero que había hablado primero—. Sabes que no tienes madre ni padre y que te ha criado la parroquia, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Oliver, llorando amargamente.

—¿Por qué lloras? —preguntó el caballero del chaleco blanco. Y es que realmente aquello era algo excepcional. ¿Por qué iba a llorar el niño?

—Supongo que dices tus oraciones por las noches —comentó otro caballero con voz ronca— y rezas por la gente que te alimenta y te cuida, como un buen cristiano.

—Sí, señor —balbució el niño. El último caballero en hablar estaba en lo cierto, aunque sin saberlo. Hubiera sido propio de un cristiano, y de un cristiano extraordinariamente bueno, además, que Oliver hubiese rezado por las personas que

le alimentaban y cuidaban de él. Sin embargo, no lo hacía, porque nadie le había enseñado.

—¡Bien! Has venido aquí para que te eduquemos, y para aprender un oficio de provecho —dijo el hombre de cara colorada desde la silla presidencial.

—Así que mañana a las seis comenzarás a varear estopa —añadió con hosquedad el del chaleco blanco.

Por el hecho de que el solo proceso de varear estopa reuniera esas dos ventajas, Oliver hizo una reverencia al pertiguero, y después lo condujeron precipitadamente a una gran sala, donde en una cama dura y áspera, entre sollozos, se durmió. ¡Qué ejemplo más noble de las leyes protectoras de este privilegiado país! ¡Hasta dejan dormir a los pobres!

¡Pobre Oliver! Bien poco se imaginaba, mientras dormía feliz e inconsciente de todo lo que le rodeaba, que la junta había tomado aquel mismo día una decisión que influiría de un modo bien material en su suerte futura. En cualquier caso, ya estaba tomada. Y era la que sigue.

Los miembros de esta junta eran hombres muy sabios, profundos y filosóficos, y cuando centraron su atención en el hospicio, se dieron cuenta en seguida de algo que la gente corriente no hubiese descubierto jamás: ¡a los pobres les gustaba el hospicio! Era un lugar habitual de entretenimiento público para las clases más pobres; una taberna donde no se pagaba; desayuno, comida y cena gratis todo el año; resumiendo, un paraíso de ladrillo y mortero donde todo era divertirse sin trabajar. «¡Ajá! —dijo la junta, con aire de gran sabiduría—. Aquí estamos nosotros para arreglarlo: acabaremos con esta situación en menos que canta un gallo.»

Así que establecieron la regla de que todos los pobres pudiesen elegir (porque ellos no querían obligar a nadie, ni mucho menos) entre morirse de hambre gradualmente en el hospicio o rápidamente fuera de él. Con esta idea, contrataron con la compañía del agua una provisión ilimitada y con el tratante de cereales el suministro de cantidades reducidas y periódicas de harina de cebada, y decretaron tres comidas de gachas ligeras al día, con una cebolla dos veces por semana y medio panecillo los domingos. Ordenaron además un montón de reglamentaciones prudentes y humanitarias referidas a las mujeres, que no es necesario repetir aquí; se ofrecieron amablemente a divorciar a los casados pobres, como consecuencia de los enormes gastos que suponía presentar una demanda en los tribunales eclesiásticos; y, en lugar de obligar al hombre a mantener a su familia, como habían hecho hasta entonces, ¡le quitaban a la familia y lo dejaban soltero! No se puede saber cuántos solicitantes de asistencia en relación con estos dos últimos conceptos habrían podido surgir en todas las clases sociales si la asistencia no hubiese ido unida al hospicio; pero los miembros de la junta se las sabían todas y ya contaban con esta dificultad. La asistencia era inseparable del hospicio y de sus gachas, y esto asustaba a la gente.

En los tres meses posteriores al traslado de Oliver Twist, el sistema funcionó a pleno rendimiento. Al principio resultaba un poco caro, a raíz del aumento de las facturas de los servicios funerarios y de la necesidad de ajustar las ropas de todos los pobres, ya que, al cabo de una o dos semanas de gachas, colgaban por doquier de sus formas consumidas y encogidas. Pero el hospicio perdía internos a la par que sus pobres perdían peso, y la junta estaba encantada.

La sala donde daban de comer a los niños era un gran refectorio construido en piedra con una caldera en un extremo, desde donde el jefe de cocina, vestido con un delantal para la ocasión y asistido por una o dos mujeres, servía las gachas a la hora de las comidas. De este preparado cada joven recibía una escudilla, y nada más, excepto en ocasiones especiales, y aparte también le daban sesenta gramos de pan. Nunca hacía falta fregar las escudillas: los jóvenes las rebañaban con sus cucharas hasta dejarlas relucientes de nuevo y, al concluir esta operación (que nunca duraba mucho tiempo, por ser las cucharas casi tan grandes como las escudillas), se quedaban mirando fijamente la caldera con unos ojos tan ávidos que hubieran sido capaces de devorar hasta los ladrillos que la sustentaban; mientras tanto se entretenían chupándose los dedos con gran diligencia, a fin de recoger cualquier resto perdido de gachas que pudiera haberles salpicado. Los muchachos suelen tener muy buen apetito. A lo largo de tres meses, Oliver Twist y sus compañeros sufrieron los tormentos propios de una lenta muerte por inanición, y al final eran ya presa de un apetito tan desesperado y voraz que uno de los chicos, crecido para su edad y poco acostumbrado a tales privaciones, ya que su padre había regentado una pequeña fonda, insinuó siniestramente a sus compañeros que, si no le daban una ración más de gachas cada día, mucho se temía que cualquier noche acabara devorando al chico que dormía en la cama contigua a la suya, un chiquillo esmirriado de tierna edad. Lo dio a entender con una mirada tan feroz y hambrienta que los demás chicos no dudaron en creérselo. Celebraron un consejo, echaron a suertes quién había de acercarse aquella misma noche al jefe de cocina para pedir más, y le tocó a Oliver Twist.

Llegó la noche y los chicos ocuparon sus lugares en la mesa. El jefe, ataviado con su uniforme de cocinero, se situó junto a la caldera; sus indigentes ayudantes se alinearon tras él; se sirvieron las gachas, y se recitó una bendición demasiado larga para tan cortas raciones. Las gachas desaparecieron; los chicos comenzaron a murmurar entre ellos y a hacerle gestos a Oliver, al tiempo que los que estaban a su lado le daban codazos. Aunque no era más que un niño, se moría de hambre y la desdicha lo volvió osado. Se levantó de la mesa y, avanzando hacia el jefe, cuchara y escudilla en mano, dijo, un tanto alarmado ante su propia temeridad:

—Por favor, señor, quisiera un poco más.

El cocinero era un hombre rollizo y de aspecto saludable, pero al escucharle se quedó totalmente pálido. Durante unos segundos, se quedó mirando, atónito y

estupefacto, a aquel pequeño rebelde, y a continuación buscó apoyo en la caldera. Sus ayudantes estaban paralizadas de asombro; los chicos, de puro miedo.

—¿Cómo?! —pudo finalmente exclamar con un hilo de voz.

—Por favor, señor, quisiera un poco más —repitió Oliver.

El jefe le propinó un buen golpe en la cabeza con el cucharón, lo agarró por los brazos y llamó a gritos al pertiguero.

La junta estaba reunida en solemne cónclave cuando el señor Bumble entró corriendo en la sala, presa de gran excitación, y, dirigiéndose al caballero de la silla presidencial, explicó:

—¡Señor Limbkins, discúlpeme, señor! ¡Oliver Twist ha pedido más!

Hubo un sobresalto general. El horror se dibujaba en cada semblante.

—¡Ha pedido más! —exclamó el señor Limbkins—. Tranquilícese, Bumble, y responda con claridad. ¿Quiere usted decir que ha pedido más aun después de haberse comido la ración que establece el reglamento?

—Así es, señor —contestó Bumble.

—Ese muchacho acabará sus días en la horca —afirmó el caballero del chaleco blanco—. Estoy seguro. Acabará en la horca.

Nadie se opuso a la opinión del profético caballero. Tuvo lugar una acalorada deliberación tras la cual ordenaron encerrar a Oliver inmediatamente, y a la mañana siguiente se colgó un cartel a la entrada del establecimiento que ofrecía una recompensa de cinco libras a quien liberara a la parroquia de la carga de Oliver Twist. Dicho de otro modo, se ofrecían cinco libras y a Oliver Twist a cualquier hombre o mujer que requiriera un aprendiz para un oficio, negocio o profesión.

—Jamás he estado tan seguro de algo —sentenció el caballero del chaleco blanco, mientras al día siguiente llamaba a la puerta y leía el cartel—, jamás he estado tan seguro de algo como de que ese muchacho acabará en la horca.

Dado que en el transcurso de este relato me propongo mostrar si el caballero del chaleco blanco estaba en lo cierto o no, no quisiera mermar el interés de esta historia (suponiendo que tenga alguno) aventurándome a desvelar antes de tiempo si la vida de Oliver Twist tuvo ese trágico final o no.

CAPÍTULO III

De cómo Oliver Twist estuvo a punto de conseguir un empleo que no hubiera sido ninguna sinecura

Durante la semana que siguió al impío e irreverente atrevimiento de haber pedido más comida, Oliver permaneció encerrado bajo vigilancia en el cuarto oscuro y solitario al que le había confinado la sabiduría y misericordia de la junta. A primera vista no parece descabellado suponer que, si hubiese considerado con el debido respeto la predicción del caballero del chaleco blanco, habría podido confirmar el carácter profético de aquel sabio individuo, de una vez por todas, amarrando un extremo de su pañuelo a un gancho de la pared y atándose a sí mismo al otro. Sin embargo, un obstáculo impedía la ejecución de dicha proeza: que las narices de los pobres tenían que prescindir, por toda la eternidad, del uso de pañuelos —considerados artículos de lujo—, por orden expresa de la junta reunida en consejo, solemnemente sellada y firmada de su puño y letra. Pero la juventud e inocencia de Oliver eran un obstáculo aún mayor. Se pasaba el día llorando amargamente y cuando llegaba la noche, larga y sombría, se cubría los ojos con sus pequeñas manos para resguardarse de la oscuridad y trataba de dormir acurrucado en un rincón, despertándose de vez en cuando, sobresaltado y tembloroso, y arrimándose cada vez más a la pared, como si el simple contacto con su fría y dura superficie le protegiera de las sombras y la soledad que le rodeaban.

Que no piensen los enemigos del «sistema» que durante este período de aislamiento se privó a Oliver de los beneficios del ejercicio, del placer de relacionarse con sus semejantes o del bálsamo proporcionado por el consuelo religioso. Por lo que a ejercicio se refiere, fuera hacía un frío envidiable y por las mañanas le permitían salir a hacer sus abluciones bajo el chorro de la bomba que había en un patio empedrado, vigilado por el señor Bumble, quien se encargaba de que no cogiera frío y le ayudaba a desentumecerse mediante el uso reiterado de su bastón. En cuanto a relaciones sociales, lo llevaban un día sí y otro no a la sala donde comían los demás muchachos y lo azotaban «en sociedad» para que sirviera de ejemplo y advertencia al resto. Y, lejos

de ser privado del consuelo religioso, por las noches le traían a puntapiés a esa misma sala a la hora de las oraciones y le permitían escuchar —y reconfortar con ella su espíritu— una plegaria que coreaban los muchachos, a la que la autoridad de la junta había añadido una cláusula especial y en la que pedían ser buenos, virtuosos, agradecidos y obedientes, y no incurrir en las faltas y los pecados de Oliver Twist, quien estaba bajo los influjos y auspicios de los poderes del mal —según quedaba claro en dicha plegaria— y había salido directamente de la fragua del mismísimo diablo.

Una mañana, siendo la situación de Oliver tan apacible y prometedora, dio la casualidad de que el señor Gamfield, deshollinador de profesión, se dirigía a casa por la calle Mayor, estrujándose el cerebro para encontrar un modo de pagar los atrasos del alquiler, que ya había empezado a reclamarle su casero. Ni los cálculos más optimistas del señor Gamfield podían reducir la diferencia entre lo que tenía y lo que necesitaba a menos de cinco libras y, en una especie de desesperación aritmética, iba estrujando alternativamente su cerebro y las orejas del burro, cuando pasó por delante del hospicio y sus ojos se toparon con el cartel de la puerta.

—¡Sooo...! —dijo el señor Gamfield al burro.

El animal estaba totalmente abstraído —seguramente pensaba en si le iban a recompensar con un troncho de col o con dos cuando hubieran descargado los dos sacos de hollín que llevaba en el carro—, de modo que no oyó la orden y siguió trotando.

Gamfield maldijo con todas sus fuerzas al burro en general, pero más concretamente a sus ojos, y echó a correr tras él para darle un mamporrazo en la cabeza que sin duda hubiera aplastado el cráneo de cualquiera que no fuera un burro. A continuación, lo cogió por las riendas y le dio un fuerte tirón de la quijada, a modo de amable recordatorio de quién mandaba allí, y, logrando con ello que el animal se girara, le propinó otro mamporrazo en la cabeza para dejarlo medio aturdido hasta que él volviera. Hecho esto, se acercó a la puerta para leer el cartel.

El caballero del chaleco blanco acababa de exponer algunos de sus profundos pensamientos en la sala de juntas y estaba de pie junto a la puerta, con las manos en la espalda. Había sido testigo de la pequeña riña entre el señor Gamfield y el burro y sonrió complacido cuando el hombre se acercó a leer el cartel, ya que nada más verle se había percatado de que este era el tipo de amo que Oliver necesitaba. El señor Gamfield también sonreía mientras examinaba la oferta: cinco libras eran exactamente el dinero que necesitaba y, en cuanto al chico que las acompañaba, conociendo cuál era la dieta del hospicio, sabía que sería de complexión delgada, ideal para las chimeneas estrechas. Así que volvió a releer el cartel, de principio a fin, y luego, tocándose la gorra de piel en señal de humildad, se acercó al caballero del chaleco blanco.

—El chico este que dice aquí, señor, el que la parroquia ofrece como aprendiz... —dijo Gamfield.

—Diga, buen hombre —respondió el caballero del chaleco blanco sonriendo condescendentemente—. ¿Qué quiere de él?

—Si la parroquia quiere que aprenda un oficio fácil y provechoso, en un negocio de deshollinador bueno y respetable —explicó Gamfield—, necesito un aprendiz y estoy dispuesto a hacerme cargo de él.

—Pase —le invitó el caballero del chaleco blanco.

El señor Gamfield se demoró un poco para darle al burro otro mamporrazo en la cabeza y otro tirón de la rienda, como advertencia de que no tratara de huir mientras él estuviera ausente, y siguió al caballero del chaleco blanco hasta la sala donde Oliver lo había visto por primera vez.

—Es un oficio muy sucio —dijo el señor Limbkins cuando Gamfield explicó de nuevo cuáles eran sus intenciones.

—Se han dado casos de muchachos que han muerto asfixiados dentro de una chimenea —apuntó otro de los caballeros presentes.

—Eso es porque mojaron la paja antes de encenderla en la chimenea para hacerlos bajar —explicó Gamfield—. Así solo sale humo, nada de fuego, y el humo no ayuda a hacer bajar al chico, solo hace que se duerma y eso es lo que él quiere. Los muchachos son muy tercos y muy holgazanes, señores, y no hay nada como una buena hoguera para hacerlos bajar corriendo. Y también es humanitario, señores; porque, aunque se hayan quedado atascados en la chimenea, cuando les chamuscas los pies empiezan a forcejear para salir.

El caballero del chaleco blanco parecía muy divertido con esta explicación, pero su alegría se vio rápidamente ensombrecida por una mirada de reprobación del señor Limbkins. Los miembros de la junta empezaron a parlamentar entre ellos durante unos minutos, aunque en un tono de voz tan bajo que solo podían entreoírse las palabras «reducción de gastos», «comprobar las cuentas» y «que publiquen la noticia», y esto porque eran repetidas constantemente y con gran énfasis.

Finalmente cesó el murmullo y, cuando los miembros de la junta recuperaron sus asientos y la solemnidad habitual, el señor Limbkins dijo:

—Hemos estudiado su propuesta y no nos parece adecuada.

—En absoluto —ratificó el caballero del chaleco blanco.

—Así es —añadieron los otros miembros.

Como se daba la casualidad de que pesaba sobre el señor Gamfield la leve acusación de haber matado ya a tres o cuatro muchachos de una paliza, se le ocurrió que quizá este hecho irrelevante había podido influir, de forma totalmente incomprensible, sobre la decisión de la junta. Si había sido así, la cosa no cuadraba con

su forma de proceder en general; pero aun así, como no tenía ningún interés especial en reavivar ese rumor, le dio la vuelta a la gorra y se alejó de la mesa lentamente.

—Así pues, caballeros, ¿no van a dejar que me lo lleve? —preguntó el señor Gamfield, deteniéndose cerca de la puerta.

—No —respondió el señor Limbkins—, a menos que, por tratarse de un oficio tan sucio, esté dispuesto a aceptar una cantidad menor de la que ofrecíamos...

El rostro del señor Gamfield se animó mientras volvía con paso ligero a la mesa y dijo:

—¿Cuánto están dispuestos a dar por él, caballeros? Venga, no sean demasiado duros con un hombre pobre. ¿Cuánto darían por él?

—A mi parecer, tres libras y diez chelines son más que suficiente —dijo el señor Limbkins.

—Diez chelines de más —puntualizó el caballero del chaleco blanco.

—Venga —dijo Gamfield—, dejémoslo en cuatro libras, señores. Dejémoslo en cuatro libras y se desharán de él para siempre. ¡Venga!

—Tres libras y diez chelines —repitió el señor Limbkins con firmeza.

—Bueno, repartiré la diferencia, señores —insistió Gamfield—. Tres libras y quince chelines.

—Ni un penique más —respondió categóricamente el señor Limbkins.

—Son demasiado duros conmigo, señores —balbució el señor Gamfield.

—¡Bah! ¡No diga tonterías! —dijo el caballero del chaleco blanco—. Sería un buen negocio aunque no diéramos nada por él. Lléveselo, ¡no sea estúpido! Es justo el chico que necesita. Unos cuantos palos de vez en cuando le harán bien, y no necesita mucho para comer, pues le han acostumbrado desde pequeño a no llenar demasiado el estómago. ¡Ja, ja, ja!

El señor Gamfield dirigió una mirada suspicaz a los rostros que rodeaban la mesa y, al ver que todos sonreían, empezó a dibujarse una sonrisa también en su cara. Cerraron el trato y acto seguido se informó al señor Bumble de que Oliver Twist debía comparecer esa misma tarde ante el juez, con el contrato de aprendiz, para que este le diera el visto bueno y lo firmara.

En cumplimiento de esta decisión, el pequeño Oliver —para su total asombro— fue puesto en libertad y recibió órdenes de ponerse una camisa limpia. Apenas había concluido esta inusual prueba gimnástica, el señor Bumble le trajo con sus propias manos una escudilla de gachas y los sesenta gramos de pan de los días de fiesta. A la vista de aquello, Oliver empezó a llorar desconsoladamente, pensando —no sin algo de razón— que la junta había decidido matarlo para algún propósito útil; si no, jamás se hubieran puesto a cebarlo de aquel modo.

—No te restriegues los ojos, Oliver; límitate a comer y a dar gracias —dijo el señor Bumble con gran grandilocuencia—. Van a cogerte como aprendiz, Oliver.

—¿Como aprendiz, señor? —dijo el muchacho temblando.

—Sí, Oliver —le respondió el señor Bumble—. Estos caballeros buenos y respetables que son como unos padres para ti, Oliver, puesto que no conociste a los tuyos, te han buscado un puesto de aprendiz para encauzar tu vida y hacerte un hombre de provecho, ¡aunque le cueste tres libras y diez chelines a la parroquia! ¡Tres libras y diez chelines, Oliver!, ¡setenta chelines!, ¡ochocientos cuarenta peniques! Y todo por un huérfano malo al que nadie quiere.

Cuando el señor Bumble paró para tomar aliento, tras haber pronunciado estas palabras en un tono de voz horrible, el pobre muchacho tenía el rostro bañado en lágrimas y sollozaba amargamente.

—Venga —dijo el señor Bumble, algo menos pomposamente; le complacía observar el impacto causado por su elocuencia—. Venga, Oliver, sécate las lágrimas con la manga de la chaqueta y no llores dentro de las gachas. No seas estúpido.

De hecho, sí que era una estupidez lo que Oliver estaba haciendo, puesto que las gachas ya estaban suficientemente aguadas.

De camino hacia donde estaba el juez, el señor Bumble explicó a Oliver que lo único que tenía que hacer era poner cara de estar muy contento y decir, cuando el caballero le preguntara si quería ser aprendiz, que le gustaría mucho. Oliver prometió obedecer ambos preceptos y su buena predisposición aumentó aún más cuando el señor Bumble le dio a entender sutilmente que, si metía la pata en el más mínimo detalle, no quería ni pensar lo que le podía suceder. Cuando llegaron al despacho, le encerraron solo en un cuarto pequeño y el señor Bumble le advirtió que debía quedarse allí hasta que él volviera a buscarle.

Y allí permaneció el chico durante media hora, con el corazón a punto de salirse del pecho, hasta que el señor Bumble asomó la cabeza, desprovista del sombrero de tres picos, y gritó:

—Pasa, querido Oliver, te están esperando. —Tras pronunciar estas palabras, el señor Bumble puso un semblante grave y amenazador y añadió en voz baja—: Y acuérdate de todo lo que te he dicho, pequeño granuja.

Esa forma de hablar un tanto contradictoria hizo que Oliver se quedara mirando inocentemente el rostro del señor Bumble, pero el hombre evitó que el muchacho hiciera comentario alguno al respecto, conduciéndolo en seguida a una habitación contigua que tenía la puerta abierta. Era una sala grande con una ventana enorme y, tras un escritorio, había sentados dos caballeros de edad avanzada con la cabeza empolvada. Uno de ellos leía el periódico, mientras el otro, con la ayuda de unas gafas de carey, examinaba un trozo de pergamino no muy grande que tenía encima de la mesa. El señor Limbkins estaba de pie delante de la mesa, a un lado, y el señor Gamfield, con la cara parcialmente lavada, al otro; mientras que dos o tres hombres de

aspecto intimidador que calzaban botas de cuero daban vueltas por la habitación sin hacer nada.

El caballero de las gafas se había quedado dormido sobre el trozo de pergamino, por lo que hubo un momento de silencio después de que el señor Bumble situara a Oliver delante de la mesa.

—Este es el chico, señoría —le presentó el señor Bumble.

El hombre que estaba leyendo el periódico levantó la cabeza durante unos instantes y tiró de la manga del otro, con lo que el segundo se despertó.

—Vaya, ¿es este el muchacho? —preguntó el recién despertado.

—Este es, señoría —respondió Bumble—. Inclínate ante el juez, Oliver.

Oliver se despabiló e hizo su mejor reverencia. Había estado preguntándose, con la vista clavada en la cabeza de los jueces, si todos los magistrados nacían con esa cosa blanca en la cabeza y por eso eran magistrados desde aquel mismo instante.

—Bueno —continuó el caballero de las gafas—, supongo que le gusta deshollar chimeneas...

—Le encanta, señoría —respondió el señor Bumble, pellizcando a Oliver a hurtadillas para darle a entender que no le convenía llevarle la contraria.

—Y querrá trabajar como deshollinador, ¿no es así? —inquirió el juez.

—Si mañana le destináramos a algún otro oficio se escaparía en seguida, señoría —respondió Bumble.

—Y este hombre va a ser su amo... Usted, señor..., va a tratarle bien, a alimentarle y a hacer todo lo necesario... ¿No es así? —dijo el juez.

—Si digo que lo haré, es que lo haré —respondió el señor Gamfield obstinadamente.

—Es usted un poco rudo al hablar, amigo, pero parece una persona honrada y franca —dijo el juez, volviendo sus gafas en dirección al aspirante a llevarse las tres libras con diez chelines, cuyo malvado rostro era garantía total de crueldad. No obstante, el juez era medio ciego, medio ingenuo, así que no podía esperarse que viera lo que para el resto de la gente era evidente.

—Eso creo, señoría —dijo Gamfield con una mirada maliciosa y bastante siniestra.

—Estoy seguro de que lo es, amigo —le contestó el juez, ajustándose las gafas sobre la nariz mientras buscaba el tintero.

Ese fue el momento crucial para el destino de Oliver. Si el tintero hubiera estado donde el juez pensaba que estaba, hubiera mojado la pluma y firmado los documentos y se hubieran llevado inmediatamente a Oliver. No obstante, como dio la casualidad de que lo tenía justo delante de la nariz, lo buscó por toda la mesa sin éxito y durante la búsqueda miró al frente. Sus ojos toparon con el rostro pálido y aterrorizado de Oliver, quien, pese a las miradas y pellizcos disuasorios de Bumble, contemplaba el semblante aterrador de su futuro amo con una expresión a medio camino entre el

horror y el miedo, tan evidente que era imposible que ni siquiera un juez medio ciego la pasara por alto.

El juez se detuvo, dejó la pluma y miró primero a Oliver y después al señor Limbkins, quien trataba de tomar rapé con un aire alegre y despreocupado.

—Hijo —dijo el juez, inclinándose sobre la mesa.

Oliver dio un respingo al oírle. Se le debe disculpar por reaccionar así, puesto que la palabra fue pronunciada en tono afectuoso y uno se asusta de aquello a lo que no está acostumbrado. Estaba temblando de pies a cabeza y rompió a llorar.

—Hijo —repitió el juez—, estás pálido y pareces asustado. ¿Qué sucede?

—Apártese un poco de él, pertiguero —ordenó el otro juez, dejando a un lado el periódico e inclinándose hacia delante con una expresión de cierto interés—. Y ahora, muchacho, dínos qué sucede. No tengas miedo.

Oliver cayó de rodillas y, juntando las manos, suplicó que le devolvieran al cuarto oscuro, o que le mataran de hambre, o que le pegaran, o que acabaran con su vida si así lo deseaban, pero que no le obligaran a irse con aquel hombre horrible.

—¡Vaya! —exclamó el señor Bumble, levantando las manos y la vista con gran solemnidad—. ¡Vaya! De entre todos los tunantes y granujas huérfanos que he conocido, tú eres uno de los más sinvergüenzas, Oliver.

—Cállese, pertiguero —le espetó el segundo juez, después de que Bumble hubiera dado rienda suelta a sus pensamientos.

—Le pido me disculpe, señoría —dijo el señor Bumble, incapaz de creer lo que acababa de oír—. ¿Estaba hablando conmigo?

—Sí. Cállese.

El señor Bumble se quedó de piedra. ¡Habían ordenado callar a un pertiguero! Una revolución moral.

El juez de las gafas de carey miró a su compañero, quien asintió con la cabeza significativamente.

—No vamos a firmar el contrato —dictaminó el juez, apartando a un lado el trozo de pergamino mientras hablaba.

—Espero... —balbució el señor Limbkins—, espero que sus señorías no piensen que la dirección haya incurrido en ninguna conducta impropia, basándose en el testimonio infundado de un simple niño.

—No tenemos por qué darles ninguna explicación más —respondió severamente el segundo juez—. Devuelvan al niño al hospicio y trátelo bien. Parece ser que lo necesita.

Esa misma noche el caballero del chaleco blanco declaró tajante y rotundamente que Oliver, además de ser ahorcado, sería destripado y descuartizado. El señor Bumble sacudía la cabeza con aire sombrío y misterioso y dijo que esperaba que el muchacho fuera a parar a buen puerto, a lo que el señor Gamfield respondió que él

esperaba que fuera a parar a sus manos; deseos que, si bien él y el pertiguero estaban de acuerdo sobre muchos temas, parecían ser de naturaleza totalmente opuesta.

Al día siguiente se hacía público de nuevo que Oliver Twist volvía a estar disponible y que se ofrecían cinco libras a quien estuviera dispuesto a llevárselo.

CAPÍTULO IV

Oliver, al ofrecérsele otro puesto, hace su aparición en la vida pública

En las grandes familias, cuando no se puede obtener un buen puesto por posesión, devolución, sucesión ni expectativas para el joven que está creciendo, es costumbre mandarle al mar. La junta, imitando tan sabio y saludable ejemplo, consideró conveniente embarcar a Oliver Twist en un pequeño mercante rumbo a un buen puerto de mala muerte. Parecía que esto era lo mejor que se podía hacer con él, ya que probablemente el capitán o bien le mataría a azotes un día después de cenar, solo para entretenerse, o bien le aplastaría los sesos con una barra de hierro, puesto que estos dos pasatiempos, como se sabe, eran los preferidos y más comunes entre los caballeros de su oficio. Cuanto más se analizaba el caso desde esa perspectiva, más numerosas parecían las ventajas de tal medida, así que llegaron a la conclusión de que lo único útil que se podía hacer con Oliver era enviarle al mar sin más demora.

Se encargó al señor Bumble que hiciera algunas averiguaciones previas, con el objetivo de encontrar un capitán que quisiera a un grumete sin amigos, y ya volvía al hospicio para comunicar el resultado de su misión cuando en la puerta se encontró nada menos que con el señor Sowerberry, el dueño de la funeraria.

El señor Sowerberry era un hombre alto, flaco y de extremidades largas, e iba ataviado con un traje negro desgastado, calcetines de algodón zurcidos del mismo color y zapatos a juego. No tenía unas facciones demasiado inclinadas a sonreír, pero en general era dado a una especie de jocosidad profesional. Sus pasos eran ágiles y su cara reflejaba júbilo interior mientras avanzaba hacia el señor Bumble y le daba un cordial apretón de manos.

—Les he tomado las medidas a las dos mujeres que murieron anoche, señor Bumble —dijo el funerario.

—Hará usted fortuna, señor Sowerberry —dijo el pertiguero mientras introducía los dedos pulgar e índice en la caja de rapé que le ofrecía el funerario, que era una ingeniosa réplica de un ataúd—. Ya le digo que hará usted fortuna, señor Sowerberry

—repitió el señor Bumble, golpeando suavemente al funerario en el hombro con su bastón, de manera amistosa.

—¿Usted cree? —preguntó el funerario en un tono que en parte admitía, en parte cuestionaba la probabilidad de que eso pudiera llegar a ocurrir—. Los precios aprobados por la junta son muy bajos, señor Bumble.

—Igual que los ataúdes —replicó el pertiguero con lo más parecido a un conato de carcajada que un alto funcionario podía permitirse.

Al señor Sowerberry le pareció divertido, como era natural, así que rió un buen rato sin parar.

—Bueno, bueno, señor Bumble —dijo al fin—, no se puede negar que, desde que se estableció el nuevo régimen de alimentación, los ataúdes son algo más estrechos y bajos que antes, pero hay que sacar algún beneficio, señor Bumble. La madera de calidad cuesta dinero, señor, y las asas de metal las traen de Birmingham por el canal.

—Bueno, bueno —dijo el señor Bumble—, todo negocio tiene sus inconvenientes. Por supuesto, es lícito tener unos beneficios razonables.

—Claro, claro —dijo el funerario—. Y si no obtengo ningún beneficio en esto o en lo otro, pues lo compenso a largo plazo, ya sabe. ¡Ja, ja, ja!

—Pues sí —contestó el señor Bumble.

—Aunque debo decir —continuó el funerario, retomando el hilo de las observaciones que el pertiguero había interrumpido—, aunque debo decir, señor Bumble, que tengo que hacer frente a un gran inconveniente, que es el siguiente: que los individuos robustos son los que mueren más pronto. Quiero decir que las personas que han tenido mejor salud y han estado pagando la cuota durante años son las primeras en caer cuando llegan al hospicio; y permítame decirle, señor Bumble, que nueve o diez centímetros de más de lo que se ha calculado hacen un gran agujero en los beneficios, sobre todo cuando uno tiene una familia que mantener.

Como el señor Sowerberry decía esto con la indignación propia de un hombre maltratado, y como el señor Bumble creía que esto bien podía redundar en descrédito de la parroquia, este último creyó conveniente cambiar de tema y, al estar ocupados sus pensamientos sobre todo por *Oliver Twist*, lo convirtió en tema de conversación.

—Por cierto —dijo el señor Bumble—, ¿no conocerá usted a nadie que quiera un niño, verdad? Es un aprendiz de la parroquia, que actualmente es una piedra, diría yo, atada al cuello de la parroquia. Buenas condiciones, señor Sowerberry, buenas condiciones —y, mientras el señor Bumble hablaba, levantó el bastón señalando el cartel que había encima de él y dio tres golpecitos en las palabras «cinco libras», que estaban impresas en mayúsculas de tamaño gigantesco.

—¡Vaya! —dijo el funerario, cogiendo al señor Bumble de la solapa con ribetes dorados de su abrigo oficial—, ese era precisamente el tema del que quería hablarle. Como ya sabe... ¡qué botón tan elegante, señor Bumble! Nunca me había fijado.

—Sí, creo que es muy bonito —dijo el pertiguero, mirándose con orgullo de arriba abajo los botones dorados que embellecían su abrigo—. El dibujo es el mismo que el del sello de la parroquia: el Buen Samaritano curando al hombre herido y enfermo. La junta me lo regaló el día de Año Nuevo, señor Sowerberry. Recuerdo que me lo puse por primera vez para asistir a la investigación de la muerte de un comerciante arruinado, que falleció en un portal a medianoche.

—Lo recuerdo —dijo el funerario—. La sentencia del jurado fue que había muerto de «Exposición al frío y carencia de lo básico para sobrevivir...».

El señor Bumble asintió.

—Y lo convirtieron en un veredicto especial, creo —continuó el funerario—, al añadir algunas palabras que venían a decir que si el funcionario encargado de auxiliarlo hubiera...

—¡Bah! ¡Tonterías! —interrumpió airado el pertiguero—. Si la junta hiciera caso de todas las tonterías que dicen los ignorantes de los jurados, no tendrían tiempo para nada más.

—Es cierto —dijo el funerario—, no lo tendrían.

—Los jurados —dijo el señor Bumble, sujetando su bastón con fuerza, como hacía cuando se alteraba—, los jurados son unos desgraciados analfabetos, vulgares y rastrosos.

—Sí que lo son —dijo el funerario.

—No tienen ni idea de filosofía ni de política económica —dijo el pertiguero chasqueando los dedos con desprecio.

—Ni idea —asintió el funerario.

—Les desprecio —dijo el pertiguero poniéndose muy rojo.

—Yo también —añadió el funerario.

—Me gustaría tener a un jurado de los independientes en el hospicio un par de semanas —dijo el pertiguero—. Las reglas y normas de la junta les bajarían pronto los humos.

—Ya lo creo —contestó el funerario. Mientras decía esto, sonreía con gesto de aprobación para calmar la cólera del funcionario de la parroquia, que aumentaba por momentos.

El señor Bumble se quitó el sombrero y sacó un pañuelo de la copa, se secó de la frente el sudor que la ira había provocado, se volvió a poner el sombrero y, mirando al funerario, dijo en un tono más tranquilo:

—Bueno, ¿qué pasa con el muchacho?

—¡Ah! —contestó el funerario—, bueno, señor Bumble, como ya sabe, pago muchos impuestos en beneficio de los pobres.

—¡Ejem! —carraspeó el señor Bumble—. ¿Y bien?

—Pues —dijo el funerario— pensaba que si pago tanto por ellos, tengo derecho a sacar de ellos todo lo que pueda, señor Bumble, así que... así que... creo que me quedaré con el chico.

El señor Bumble cogió al funerario del brazo y le dirigió al interior del edificio. El señor Sowerberry estuvo reunido con la junta durante cinco minutos y se convino que Oliver debía marcharse aquella misma tarde con él «a prueba», una expresión que en el caso de un aprendiz de la parroquia significa que, si el señor considera, después de un corto período de tiempo, que puede hacer trabajar bastante al muchacho sin tener que alimentarle demasiado, se lo quedará un cierto número de años y podrá hacer con él lo que le parezca.

Cuando aquella tarde llevaron al pequeño Oliver ante «los caballeros» y le dijeron que se iba a ir aquella noche como criado a la casa de un fabricante de ataúdes, y que si se quejaba de su situación o regresaba a la parroquia, le meterían en un barco, donde le ahogarían o le golpearían en la cabeza, según fuera el caso, mostró tan poca emoción que le tacharon unánimemente de granuja insolente y ordenaron al señor Bumble que se lo llevara de inmediato.

Aunque era muy normal que la junta, precisamente, se sintiera muy virtuosamente desconcertada ante la menor muestra de falta de sentimiento por parte de cualquiera, en este caso estaban bastante equivocados. Sencillamente lo que pasaba era que Oliver, en lugar de poseer poco sentimiento, poseía demasiado, y llevaba camino de quedar reducido a un estado de estupidez y hosquedad animal por los malos tratos que había recibido. Escuchó la noticia de su destino en un silencio absoluto, después de que le pusieran en la mano el equipaje —que no era muy difícil de llevar, ya que cabía en los confines de un paquete de papel marrón de unos quince centímetros de largo y siete de alto—, se caló la gorra hasta los ojos y, una vez más, se cogió del puño del abrigo del señor Bumble, para que este dignatario lo llevara a otro nuevo escenario de sufrimiento.

Durante un rato, el señor Bumble condujo a Oliver, sin mirarle ni hacer comentario alguno, ya que llevaba la cabeza bien alta, como correspondía a un pertiguero, y al ser un día ventoso, el pequeño Oliver se veía completamente envuelto en las faldas del abrigo del señor Bumble que, cuando se abrían, dejaban ver de modo bien favorecedor el chaleco que se agitaba y los calzones grises de felpa. Sin embargo, cuando se acercaban a su destino, el señor Bumble consideró oportuno dejar a Oliver presentable para la inspección de su nuevo señor, cosa que hizo con un aire adecuado y conveniente de cortés protección.

—¡Oliver! —dijo el señor Bumble.

—Sí, señor —contestó Oliver, en voz baja y temblorosa.

—Quítate la gorra de los ojos y levanta la cabeza, señorito.

Aunque Oliver le obedeció inmediatamente y se pasó por los ojos con brío la palma de la mano que tenía desocupada, aún le quedaba una lágrima cuando miró a su superior. Bajo la severa mirada del señor Bumble, la lágrima le rodó por la mejilla. Y después vino otra, y otra. El chico hizo un gran esfuerzo, pero fue inútil. Apartando su otra mano de la del señor Bumble, se cubrió la cara con ambas y lloró hasta que las lágrimas se le colaron entre los dedos delgados y huesudos.

—¡Pero bueno! —exclamó el señor Bumble, parando en seco y lanzando una mirada de intensa maldad al pequeño que le acompañaba—. ¡Pero bueno! De todos los niños desagradecidos y mal dispuestos que he visto, tú eres el...

—¡No, no, señor! —lloró Oliver, agarrándose de la mano que sostenía el bastón—. No, no, señor. Seré bueno, ¡lo prometo, señor! Soy un niño pequeño, señor, ¡y estoy tan, tan...!

—¿Tan qué? —preguntó el señor Bumble.

—¡Tan solo, señor! ¡Tan solo! —lloró el niño—. Todo el mundo me odia. ¡Por favor, señor, no se enfade conmigo!

El niño se golpeó el corazón con las manos y miró la cara de su acompañante, con lágrimas de verdadera agonía.

El señor Bumble contempló asombrado unos segundos el aspecto patético e indefenso de Oliver, carraspeó tres o cuatro veces de manera ronca y, después de murmurar algo sobre «esa tos tan molesta», ordenó a Oliver que se secara los ojos y que fuera buen chico. Después le volvió a coger de la mano y caminó con él en silencio.

El funerario, que acababa de bajar las persianas de su tienda, estaba poniendo al día su libro de cuentas, a la luz de una vela apropiadamente tétrica, cuando el señor Bumble entró.

—¡Ajá! —dijo el funerario, apartando la vista del libro e interrumpiéndose a mitad de una palabra—. ¿Es usted, Bumble?

—El mismo, señor Sowerberry —contestó el pertiguero—. He traído al chico.

Oliver hizo una reverencia.

—Así que este es el muchacho, ¿eh? —preguntó el funerario, levantando la vela por encima de la cabeza para ver mejor a Oliver—. Señora Sowerberry, ¿tendrías la bondad de venir un momento, querida?

La señora Sowerberry salió de una pequeña habitación que había en la trastienda y mostró la forma de una mujer bajita, delgada y exprimida, con expresión de arpía.

—Querida —dijo el señor Sowerberry—, este es el chico del hospicio del que te he hablado.

Y Oliver hizo otra reverencia.

—¡Madre mía —dijo la mujer del funerario—, es muy pequeño!

—Pues sí, es pequeño —contestó el señor Bumble, mirando a Oliver como si fuese culpa suya no ser más grande—. Es pequeño, eso no se puede negar. Pero ya crecerá, señora Sowerberry, ya crecerá.

—¡Ay!, supongo que sí —contestó la señora malhumorada—, gracias a nuestra comida y nuestra bebida. No veo que se ahorre nada con los niños de la parroquia, pues mantenerlos siempre cuesta más de lo que valen. Pero los hombres siempre creen que tienen razón. ¡Vamos!, baja por las escaleras, pequeño saco de huesos.

La mujer del funerario abrió una puerta y empujó a Oliver por un empinado tramo de escaleras que conducía a una habitación de piedra, húmeda y oscura, que formaba la antesala de la carbonera, a la que llamaban «cocina», donde estaba sentada una chica sucia, con los tacones de los zapatos desgastados y medias azules de estambre que no tenían arreglo.

—Charlotte —dijo la señora Sowerberry, que había bajado tras Oliver—, dale al muchacho parte de las sobras que teníamos guardadas para Trip. No ha venido a casa desde esta mañana, así que no le harán mucha falta. Supongo que el niño no es demasiado fino para comérselas, ¿eh, chico?

Oliver, a quien le brillaban los ojos con la sola mención de la comida y que temblaba de impaciencia por devorarla, contestó con una negación, y le pusieron delante un plato tosco con comida.

Ojalá algún filósofo bien alimentado, de aquellos a los que se les convierte en bilis lo que comen y lo que beben, con sangre de hielo y corazón de hierro, hubiera visto a Oliver Twist sujetando con fuerza las delicadas viandas que el perro había rechazado. Ojalá hubiese sido testigo de la terrible avidez con que Oliver devoraba aquellas sobras con la ferocidad propia del hambre. Solo una cosa me gustaría más: ver a dicho filósofo comiendo el mismo tipo de comida con la misma fruición.

—Bueno —dijo la mujer del funerario cuando Oliver hubo acabado su cena, que había observado horrorizada en silencio y con malos augurios sobre su futuro apetito—, ¿has terminado?

No quedaba nada más que comer, así que Oliver contestó asintiendo.

—Entonces ven conmigo —dijo la señora Sowerberry, cogiendo una lámpara sucia y de luz tenue y guiándole escaleras arriba—. Tu cama está debajo del mostrador. Supongo que no te importará dormir entre los ataúdes, pero si te importa, da lo mismo, porque no vas a dormir en ningún otro sitio. ¡Vamos! No voy a estar aquí toda la noche.

Oliver no se retrasó más y siguió con sumisión a su nueva ama.

CAPÍTULO V

Oliver conoce a nuevos compañeros y, al ir a un funeral por primera vez, se forma una idea desfavorable del negocio de su señor

Cuando le dejaron solo en la funeraria, Oliver colocó el candil sobre un banco de carpintero y miró tímidamente a su alrededor con una sensación de sobrecogimiento y pavor que muchas personas de edad considerablemente superior no tendrán ninguna dificultad en comprender. Había un ataúd sin terminar sobre unos caballetes negros, en medio del establecimiento, con un aspecto tan lúgubre y mortecino que le recorría un escalofrío cada vez que sus ojos se dirigían hacia aquel sombrío objeto, del que casi esperaba ver surgir alguna espantosa figura alzando lentamente la cabeza para que el terror le volviese loco. Contra la pared había una larga hilera de tablas de madera de olmo, alineadas ordenadamente y cortadas en la misma forma, que bajo la tenue luz parecían fantasmas de altos hombros con las manos en los bolsillos de los calzones. Por el suelo había esparcidas chapas para los ataúdes, astillas de olmo, clavos de cabezas brillantes y jirones de tela negra, y la pared que había detrás del mostrador estaba decorada con una vívida representación de dos plañideros, que llevaban unas golillas muy almidonadas y se encontraban de servicio frente al portón de una casa particular, y una carroza fúnebre tirada por cuatro corceles negros que se acercaba hacia allí. El establecimiento estaba cerrado y hacía calor. El ambiente parecía viciado por el olor de los ataúdes. El hueco bajo el mostrador donde habían echado el colchón de borra de Oliver semejava una tumba.

Y no eran estos los únicos sentimientos sombríos que deprimían a Oliver. Estaba solo en un lugar desconocido, y todos sabemos cuán espantado y afligido puede llegar a sentirse hasta el más valiente de nosotros en tal situación. El niño no tenía amigos de los que ocuparse, ni que se ocupasen de él. No tenía fresco en el pensamiento el lamento de ninguna separación reciente. No le oprimía el corazón ninguna ausencia de seres queridos cuyos rostros recordase. Sin embargo, su corazón estaba afligido, y Oliver deseó, mientras se arrastraba para acostarse en el angosto lecho, que este fuese su ataúd, para poder así descansar en un sueño largo y profundo

bajo la tierra del camposanto, con la alta hierba ondeando dulcemente sobre su cabeza y el sonido de la vieja y grave campana tranquilizándole mientras dormía.

Oliver se despertó por la mañana a causa de unos ruidosos puntapiés procedentes del otro lado de la puerta del establecimiento, los cuales, antes de que tuviese tiempo de embutirse en sus ropas, volvieron a repetirse de forma violenta e impetuosa otras veinticinco veces; cuando el niño empezó a quitar la cadena, los pies pusieron fin a la descarga y se escuchó una voz.

—Oye, abre la puerta.

—Ahora mismo, señor —contestó Oliver, quitando la cadena y dándole la vuelta a la llave.

—Supongo que eres el chico nuevo, ¿no? —dijo la voz a través de la cerradura.

—Sí, señor —contestó Oliver.

—¿Cuántos años tienes? —interrogó la voz.

—Tengo once, señor —respondió Oliver.

—Pues entonces te zurraré cuando entre —exclamó la voz—, ¡ya verás cómo te zurro, mocososo de hospicio!

Y tras haber hecho esta promesa tan amable, la voz empezó a silbar.

Oliver se había visto involucrado tan a menudo en el proceso que se acaba de mencionar que no albergaba la menor duda de que el dueño de la voz, quien quiera que fuese, cumpliría su promesa de la forma más honorable. Retiró los pestillos con manos temblorosas y abrió la puerta.

Oliver estuvo unos segundos mirando calle arriba, y calle abajo, y hacia el lado opuesto de la misma, convencido de que el desconocido que se había dirigido a él a través de la cerradura se había alejado unos pasos para entrar en calor, ya que la única persona que Oliver veía era un fornido chico de la beneficencia, que estaba sentado sobre un poste frente a la casa y se comía una rebanada de pan con mantequilla, cortándola con una navaja en porciones del tamaño de su boca que luego engullía con gran destreza.

—Disculpe, señor —dijo Oliver finalmente, al ver que ningún otro visitante hacía acto de presencia—, ¿ha llamado usted a la puerta?

—Le he dado puntapiés —contestó el chico de la beneficencia.

—¿Deseaba usted un ataúd? —preguntó Oliver con ingenuidad.

Tras oír esto, el chico de la beneficencia se puso hecho una fiera y dijo que era Oliver el que iba a necesitar uno pronto si no dejaba de bromear con sus superiores de esa manera.

—Así que no sabes quién soy, ¿verdad, hospiciano mocososo? —dijo a continuación el chico de la beneficencia, mientras bajaba del poste con una gravedad edificante.

—No, señor —respondió Oliver.

—Pues soy el señor Noah Claypole —dijo el chico de la beneficencia—, y debes obedecerme. ¡Retira los postigos, pequeño canalla holgazán!

Con esto, el señor Claypole le administró un puntapié a Oliver y entró en el establecimiento con un aire de dignidad que resultó todo un mérito, ya que es difícil que un joven de cabeza grande y ojos pequeños, torpe y de semblante poco delicado, resulte digno bajo ninguna circunstancia, y más aún si a esta lista de encantos personales se le añaden una nariz roja y ropa interior amarillenta.

Cuando Oliver hubo retirado los postigos y tras romper un cristal en su empeño por no ceder al peso de los mismos mientras los transportaba, tambaleándose, hasta un pequeño patio a un lado de la casa, donde se guardaban durante el día, Noah consoló al niño asegurándole que «lo haría mejor la próxima vez» y se dignó ayudarlo. Poco después bajó el señor Sowerberry y en poco tiempo apareció la señora Sowerberry. Oliver, que lo había hecho mejor en el siguiente intento, como bien había asegurado el providencial Noah, siguió al muchacho escaleras abajo para tomar el desayuno.

—Acércate al fuego, Noah —dijo Charlotte—. Te he reservado un buen pedazo de bacon del desayuno de tu señor. Oliver, cierra la puerta de detrás de Noah y toma los trocitos de bacon que he puesto sobre la cacerola del pan. Allí está tu té, cógelo y llévatelo a esa caja, bébetelo y date prisa, que quieren que vigiles el establecimiento, ¿está claro?

—¿Lo has oído, hospiciano? —dijo Noah Claypole.

—¡Por Dios, Noah! —dijo Charlotte—. ¡Mira que eres raro! ¿Por qué no dejas al chico en paz?

—¿Que le deje en paz? —respondió Noah—. ¡Pero si en realidad ya le deja en paz todo el mundo! Ni su padre ni su madre se meterán nunca con él. Todas las personas que ha conocido le han dejado hacer más o menos lo que ha querido, ¿a que sí, Charlotte? ¡Je, je, je!

—¡Ay, qué malo eres! —dijo Charlotte riéndose a carcajadas, acto al que se unió Noah. Después de reír, los dos observaron al pobre Oliver con desdén, mientras este se encontraba sentado sobre la caja, tiritando en el rincón más frío de la habitación, y se comía los trozos duros de bacon que habían reservado especialmente para él.

Noah era un chico de la beneficencia, pero no un huérfano de hospicio. No era un accidente del destino, ya que era capaz de trazar su genealogía hasta sus padres, que vivían muy cerca. Su madre era lavandera y su padre, un soldado borracho a quien habían mandado de vuelta a casa con una pata de palo y una pensión diaria de dos peniques y medio, más una pequeña fracción variable. Los chicos que hacían los recados en las tiendas del barrio hacía tiempo que tenían la costumbre de apodarar a Noah por las calles con los ultrajantes epítetos de «cueros», «beneficencia» y otros por el estilo, y Noah los había llevado sin rechistar. Pero ahora que la fortuna había puesto en su camino a un huérfano sin nombre, a quien incluso los más humildes podrían

señalar con el dedo del desprecio, se vengaba con creces. Esto nos proporciona materia exquisita para la reflexión, ya que nos muestra la belleza de la naturaleza humana, que permite que las mismas cualidades afables se repartan equitativamente entre el aristócrata de más alto rango y el más despreciable de los chicos de la beneficencia.

Cuando Oliver había pasado entre tres semanas y un mes en la funeraria, el señor y la señora Sowerberry, tras cerrar el establecimiento, estaban cenando un día en el pequeño salón trasero, y el marido, después de dirigir unas cuantas miradas deferentes a su mujer, dijo:

—Amor mío... —iba a continuar, pero como la señora Sowerberry levantó la mirada con un aspecto peculiarmente desfavorable, se calló.

—¿Qué? —preguntó la señora Sowerberry, tajante.

—Nada, amor mío, nada... —dijo el señor Sowerberry.

—¡Mira que eres bruto! —exclamó la señora Sowerberry.

—No era nada, amor mío —dijo el señor Sowerberry humildemente—, he pensado que no lo querrías oír, amor mío, solo iba a decir que...

—¡Ay, no me digas lo que me ibas a decir! —se adelantó la señora Sowerberry—. No soy nadie, no me consultes, te lo ruego. Yo no me quiero entrometer en tus asuntos.

Y mientras la señora Sowerberry decía esto, soltó una risotada histérica, que amenazaba con tener consecuencias desastrosas.

—Pero, amor mío —añadió el marido—, quiero pedirte consejo.

—No, no me lo pidas a mí —contestó la señora Sowerberry afectadamente—, pídeselo a otra persona.

En ese momento soltó otra risotada histérica, que asustó enormemente al señor Sowerberry. Este es un tratamiento muy común y aceptado dentro del matrimonio, que a veces resulta muy efectivo. En un segundo consiguió que el señor Sowerberry se rebajase a suplicar a su mujer como un gran favor el poder contarle lo que ella tenía gran curiosidad en saber, y, tras un breve altercado que no duró ni tres cuartos de hora, esta se dignó concederle permiso para hacerlo.

—Solo quería hablarte del joven Twist, amor mío —dijo el señor Sowerberry—. Es un chico muy guapo.

—Ya puede serlo, porque está bien alimentado —observó la dama.

—Tiene una expresión de melancolía en el rostro, amor mío —continuó el señor Sowerberry— que resulta muy interesante. Sería un plañidero estupendo.

La señora Sowerberry alzó la mirada con una expresión de considerable asombro. El señor Sowerberry se dio cuenta y, sin darle tiempo a la buena señora de hacer ninguna observación, reanudó el diálogo.

—No me refiero a un plañidero habitual que asista a los funerales de adultos, sino únicamente a los de niños. Sería toda una novedad tener un plañidero a su medida, amor mío. Seguro que causaría una sensación magnífica.

La señora Sowerberry, que tenía muy buen ojo para los negocios de la funeraria, se quedó impresionada por la novedad de la idea, pero como, de haberlo expresado, su dignidad hubiese quedado en entredicho bajo tales circunstancias, se limitó a preguntar bruscamente a su marido cómo no se le había ocurrido antes una cosa tan obvia. El señor Sowerberry interpretó esto, correctamente, como un voto a favor de la propuesta, así que determinaron con presteza que Oliver se iniciara cuanto antes en los misterios de aquel oficio, y que con este fin acompañara a su señor en la primera ocasión en que se requiriesen sus servicios.

Dicha ocasión no tardó en presentarse, ya que, media hora después del desayuno del día siguiente, el señor Bumble entró en el establecimiento y, apoyando el bastón en el mostrador, sacó su gran cartera de piel, de la cual extrajo un pequeño trozo de papel que entregó a Sowerberry.

—¡Bueno! —dijo el dueño de la funeraria, leyéndolo por encima con evidente emoción—, así que tenemos un encargo de ataúd, ¿eh?

—Primero un ataúd y después un funeral de la parroquia —respondió el señor Bumble mientras ataba la correa de la cartera de piel, que, como él, era muy corpulenta.

—Bayton —leyó el dueño de la funeraria, y miró a continuación al señor Bumble—; nunca había oído este apellido.

Bumble negó con la cabeza mientras contestaba:

—Son gente obstinada, señor Sowerberry, muy obstinada, y me temo que también orgullosa, señor.

—¿Así que son orgullosos? —exclamó con desprecio Sowerberry—. Eso es ya demasiado.

—Uf, es vergonzoso —respondió el pertiguero—, están en contra de la medicina y de la moral cristiana, señor Sowerberry.

—Pues así es —dijo este dándole la razón.

—Oímos hablar de ellos por primera vez hace dos noches, y no hubiésemos sabido nada de ellos a no ser por una mujer que vive en la misma casa y que hizo una solicitud al comité de la parroquia para que les enviasen al médico de la parroquia para visitar a una mujer que estaba muy enferma. El médico había salido a cenar, pero su aprendiz, que es un muchacho muy listo, les envió al instante un jarabe en una botella de betún.

—¡Qué rapidez! —dijo el dueño de la funeraria.

—Pues sí que fue rápido —añadió el pertiguero—, pero ¿cuáles son las consecuencias? ¿Cuál cree que fue el comportamiento desagradecido de esos rebeldes? Pues que el marido nos manda recado de que dicha medicina no es

adecuada para las dolencias de su mujer, así que no se la va a tomar. Dice eso, que no se la va a tomar. Una medicina tan fuerte y buena, tan saludable, que se había dado con tanto éxito a dos jornaleros irlandeses y a un cargador de carbón la semana anterior..., se les envía de balde, botella de betún incluida, y resulta que el marido nos dice que no se la va a tomar, señor.

Cuando aquella atroz infracción tomó forma en la mente de Bumble con toda su fuerza, este golpeó enérgicamente el mostrador con el bastón, y se puso rojo de ira.

—Pero bueno, nun-ca he o-í-do ... —dijo el dueño de la funeraria.

—¿Verdad que no? —exclamó el pertiguero—. Nadie ha oído nunca nada igual, pero ahora la mujer está muerta, y tenemos que enterrarla, y ahí está la dirección, y cuanto antes se haga, mejor.

Dicho esto, el señor Bumble se puso su sombrero de tres picos al revés, en un arrebatado de fervor parroquial, y salió de la funeraria haciendo aspavientos.

—Fíjate, Oliver, estaba tan enfadado que hasta se ha olvidado de preguntar por ti —dijo el señor Sowerberry mientras observaba al pertiguero alejarse por la calle a grandes zancadas.

—Sí, señor —contestó Oliver, que hábilmente se había mantenido fuera del alcance de la vista durante la conversación, y que temblaba de arriba abajo tan solo con recordar el sonido de la voz del señor Bumble. Sin embargo, no tenía por qué haberse molestado en ocultarse de la vista de este, pues dicho funcionario, a quien la predicción del caballero del chaleco blanco le había causado una gran impresión, pensaba que ahora que el dueño de la funeraria tenía a Oliver a prueba, sería mejor evitar ese tema hasta que este estuviese firmemente comprometido para siete años y superar cualquier peligro de que volviese a manos de la parroquia con eficacia y de manera legal.

—Bueno —dijo Sowerberry, agarrando el sombrero—, cuanto antes hagamos el trabajo, mucho mejor. Noah, vigila la funeraria. Oliver, ponte la gorra y ven conmigo.

Oliver obedeció y siguió a su señor en su misión profesional.

Caminaron durante un rato por la zona más atestada de gente y más densamente poblada de toda la ciudad, y luego, cuando enfilaron una estrecha callejuela, más sucia y mísera que todas las que habían recorrido anteriormente, se pararon para localizar la casa que buscaban. Las casas a ambos lados eran altas y amplias, pero muy viejas. Las ocupaba gente de las clases más pobres, como su apariencia descuidada hubiese permitido advertir aun sin el testimonio concurrente de las miradas escuálidas de los pocos hombres y mujeres que, cruzados de brazos y con cuerpos medio doblados, merodeaban de vez en cuando por ahí cual sombras. Muchas de las casas de vecinos habían tenido tiendas en los bajos, pero se encontraban cerradas a cal y canto, y enmohecidas, ya que solo se vivía en las habitaciones de arriba. Otras, que se habían vuelto poco seguras a causa del tiempo y el deterioro, estaban reforzadas, para evitar

que se derrumbasen sobre la calle, con unas enormes vigas de madera que se apoyaban contra las paredes tambaleantes y estaban clavadas en el suelo. Sin embargo, estos destartados antros parecían haber sido el lugar elegido para establecer las guaridas nocturnas de algunos desgraciados sin techo, ya que muchos de los ásperos tablones que hacían las veces de puertas y ventanas habían sido arrancados de sus marcos con el fin de dejar espacio suficiente para que pudiese pasar un cuerpo humano. El tugurio estaba sucio y maloliente, e incluso las ratas que yacían aquí y allá descompuestas en medio de la putrefacción mostraban síntomas de una hambruna repugnante.

No había aldaba ni campana en la puerta abierta donde Oliver y su señor se detuvieron, así que, avanzando a tientas por el oscuro pasaje, y pidiéndole a Oliver que no se apartase de él ni tuviese miedo, el dueño de la funeraria subió el primer tramo de escaleras y, al tropezar con una puerta en el rellano, llamó golpeando con los nudillos.

Abrió una muchacha de trece o catorce años. El dueño de la funeraria tuvo al instante una visión suficiente del contenido de la estancia para confirmar que, en efecto, se trataba del lugar al que había sido enviado. Entró, y Oliver le siguió.

No había ningún fuego en la habitación, pero un hombre estaba en cuclillas mecánicamente junto a la lumbre extinta. Una mujer mayor, además, había acercado un taburete a la fría chimenea y estaba sentada a su lado. Había algunos niños harapientos en otro rincón de la estancia, y en un pequeño hueco al otro lado de la puerta había algo cubierto con una manta vieja. Oliver se estremeció al dirigir la mirada hacia aquel lugar y se arrimó involuntariamente a su señor, porque, a pesar de estar tapado, el niño se percató de que era un cadáver.

La cara del hombre era delgada y muy pálida, tenía el pelo y la barba grisáceos, y sus ojos parecían inyectados en sangre. La cara de la vieja estaba arrugada, sus dos últimos dientes sobresalían por encima del labio inferior y tenía los ojos claros y penetrantes. Oliver tenía miedo de mirarles tanto a ella como al hombre: se parecían mucho a las ratas que había visto en la calle.

—Que nadie se acerque a ella —exclamó el hombre, levantándose violentamente—. ¡Atrás, condenado, atrás, si no quieres perder la vida!

—No diga tonterías, buen hombre —respondió el dueño de la funeraria, que estaba muy acostumbrado a la desgracia en todas sus formas—, no diga tonterías.

—Le digo —continuó el hombre—, le digo que no voy a permitir que la pongan bajo tierra. Ahí no podría descansar. Los gusanos no la dejarían, aunque tampoco se la comerían porque ya está muy estropeada.

El dueño de la funeraria no hizo ningún comentario sobre estos desvaríos, sino que, sacándose una cinta métrica del bolsillo, se arrodilló un momento junto al cuerpo.

—¡Ay! —dijo el hombre, rompiendo a llorar y cayendo de rodillas a los pies de la mujer muerta—. Arrodillaos, arrodillaos..., arrodillaos todos, y escuchad mis palabras. Yo digo que la han matado de hambre. No sabía lo mal que estaba hasta que empecé a subirle la fiebre, y entonces los huesos se empezaron a ver a través de la piel. No había fuego ni velas, murió en la oscuridad..., en la oscuridad. Ni siquiera pudo ver las caras de sus hijos, aunque la oímos decir sus nombres jadeando. Pedí limosna por las calles para ella, y entonces me metieron en la cárcel. Cuando volví se estaba muriendo, y se me heló toda la sangre en el corazón, porque la mataron de hambre. Juro por Dios que lo vi, ¡la mataron de hambre!

Entonces se agarró el pelo con las manos y, dando un fuerte grito, empezó a rodar por el suelo, con la mirada ausente y echando espuma por la boca.

Los niños, aterrados, lloraban amargamente, pero la vieja, que hasta ese momento había permanecido callada como si no hubiese oído nada durante toda la escena, les amenazó en silencio, y después de aflojarle la golilla al hombre, que todavía se encontraba tendido en el suelo, se acercó vacilante al dueño de la funeraria.

—Era mi hija —dijo la vieja, señalando con la cabeza en dirección al cuerpo y hablando con una absurda mueca aún más espectral que la propia presencia de la muerte—. ¡Madre de Dios! Bueno, es extraño que yo, que la parí cuando ya era una mujer, aún esté aquí, viva y tan campante, y ella esté ahí, tan fría y rígida. ¡Madre de Dios! Si lo piensa... es muy gracioso, ¡muy gracioso!

Mientras la desdichada criatura farfullaba y se reía con una alegría espantosa, el dueño de la funeraria se volvió y se fue.

—¡Espere, espere! —dijo la mujer, susurrando en voz alta—. ¿La van a enterrar mañana o pasado, u hoy? Yo la parí y debo marchar con el cortejo, ya sabe. Mándenme una capa, pero que sea bien calentita, que hace mucho frío. ¡También tendríamos que comer tarta y beber vino antes de partir! Bueno, no, mejor traiga pan, una barra de pan y un vaso de agua, únicamente. ¿Podremos comer algo de pan, buen hombre? —dijo ansiosamente, agarrando el abrigo del dueño de la funeraria, mientras él se dirigía de nuevo hacia la puerta.

—Sí, sí —dijo este—, por supuesto, cualquier cosa que necesite.

Se soltó de la mujer y, arrastrando a Oliver tras de sí, se alejó a toda prisa.

Al día siguiente, cuando la familia ya había encontrado alivio en una barra de pan de medio cuarto y un trozo de queso que les había llevado el señor Bumble en persona, Oliver y su señor volvieron a la humilde morada y Bumble ya estaba allí, acompañado por cuatro hombres del hospicio que iban a hacer de porteadores. Habían echado una vieja capa sobre las ropas raídas de la anciana y del hombre. Tras atornillar el ataúd desnudo, lo alzaron sobre los hombros de los porteadores y lo llevaron escaleras abajo hasta la calle.

—Señora, ahora tendrá que apretar el paso como buenamente pueda —susurró Sowerberry al oído de la vieja—, vamos con bastante retraso, y no es bueno hacer esperar al cura. Deprisa, caballeros, tan rápido como puedan.

Con esta orden, los porteadores trotaron bajo la ligera carga, y los dolientes se mantenían tan cerca como les era posible. El señor Bumble y Sowerberry caminaban por delante a una distancia considerable, y Oliver, cuyas piernas no eran tan largas como las de su señor, corría a un lado.

No era necesaria en realidad tanta presteza como Sowerberry había anticipado, ya que, cuando llegaron al oscuro rincón del camposanto donde crecían las ortigas y se cavaban las tumbas de los parroquianos, el cura aún no se había presentado, y el sacristán, que estaba sentado junto al fuego de la sacristía, parecía pensar que era bastante probable que tardase alrededor de una hora en llegar. Así que dejaron el féretro al borde de la tumba, y los dos dolientes esperaron con paciencia en el barro, soportando la fina llovizna, mientras los niños harapientos, a quienes el espectáculo había atraído hasta el camposanto, jugaban ruidosamente al escondite entre las lápidas, o cambiaban de pasatiempo saltando hacia delante y hacia atrás por encima del ataúd. El señor Sowerberry y el señor Bumble, al ser amigos personales del sacristán, se sentaron frente al fuego con él y leyeron el periódico.

Al final, tras un lapso de algo más de una hora, se vio al señor Bumble, el señor Sowerberry y el sacristán correr hacia la tumba, e inmediatamente después apareció el cura, poniéndose el sobrepelliz a medida que avanzaba. Entonces el señor Bumble azotó a un niño o dos, para guardar las apariencias, y el estimado padre, habiendo oficiado toda la liturgia funeral que es posible comprimir en cuatro minutos, le entregó su sobrepelliz al sacristán y huyó de nuevo.

—Venga, Bill —le dijo Sowerberry al enterrador—, llénala.

La tarea no resultó difícil, pues la tumba estaba tan llena que el ataúd más alto quedaba a tan solo un metro de la superficie. El enterrador echó tierra con una pala, luego la aplanó con los pies, se colocó la azada sobre el hombro y se fue, seguido por los niños, que se quejaban en voz alta de que la diversión se hubiese acabado tan pronto.

—Vamos, amigo mío —dijo Sowerberry dándole unas palmaditas en la espalda al hombre—, que tienen que cerrar las puertas.

El hombre, que no se había movido lo más mínimo desde que se instaló junto a la tumba, se sobresaltó, levantó la cabeza, miró a la persona que le había hablado, caminó unos pasos y se desmoronó. La vieja loca estaba demasiado ocupada lamentándose por la pérdida de su capa, que el dueño de la funeraria le había quitado, para prestarle atención, así que le echaron un cubo de agua fría por encima y cuando volvió en sí lo acompañaron sin más fuera del camposanto, cerraron las puertas con llave y se fueron cada uno por su lado.

—Bueno, Oliver —dijo Sowerberry, mientras caminaban hacia casa—, ¿qué te ha parecido?

—Pues muy bien, gracias —dijo Oliver, dudando considerablemente—. Un poco mal, señor.

—Bah, al final te acostumbrarás, Oliver —dijo Sowerberry—; en cuanto te acostumbres ya verás como no es nada, hijo.

Oliver se preguntó si el señor Sowerberry habría tardado mucho tiempo en acostumbrarse, pero pensó que sería mejor no formular la pregunta en voz alta, y caminó de vuelta a la funeraria reflexionando sobre todo lo que había visto y oído.

CAPÍTULO VI

Oliver, provocado por los insultos de Noah, entra en acción y le deja bastante pasmado

Era este un buen momento en cuanto a enfermedades se refiere. Por decirlo en términos comerciales, los ataúdes se animaban y, en el transcurso de unas pocas semanas, Oliver había adquirido mucha experiencia. El éxito de la ingeniosa especulación del señor Sowerberry superaba hasta sus expectativas más optimistas. Ni los más ancianos del lugar recordaban otra época en la que el sarampión se hubiera propagado tanto, o que hubiera sido tan fatídico para la vida infantil; y muchos fueron los cortejos fúnebres que el pequeño Oliver encabezó, con una cinta en el sombrero que le llegaba hasta las rodillas, ante la admiración y emoción indescriptibles de todas las madres del pueblo. Como Oliver también acompañaba a su señor en la mayoría de las expediciones adultas, para así poder adquirir la ecuanimidad de comportamiento y el dominio total de los nervios que eran tan esenciales para un empleado de funeraria digno de tal nombre, tuvo muchas oportunidades de observar la bella resignación y fortaleza con que alguna gente resuelta carga con sus penalidades y pérdidas.

Por ejemplo, cuando Sowerberry tenía un encargo para el entierro de algún viejo rico, dama o caballero, rodeado por gran número de sobrinos y sobrinas, que habían sido imposibles de consolar durante la enfermedad previa, y cuya pena había sido completamente irrefrenable incluso en la mayoría de los acontecimientos públicos, unos con otros estaban tan felices como hiciera falta, animados y contentos, y conversaban entre sí con tal desenfado y alegría que parecía que nada de lo que hubiera pasado les afectara. Los maridos soportaban también la pérdida de sus esposas con la más heroica tranquilidad; y las esposas, por otra parte, se ponían de luto por sus maridos como si, lejos de afligirse con atuendo de pena, estuvieran decididas a que las hiciera tan favorecedoras y atractivas como fuera posible. También se apreciaba que las damas y los caballeros que vivían paroxismos de angustia durante la ceremonia del entierro se recuperaban casi tan pronto como llegaban a casa, y para

cuando se terminaba de tomar el té, ya se habían tranquilizado del todo. Ver todo esto era muy agradable e instructivo, y Oliver lo contemplaba con gran admiración.

Aunque soy su biógrafo, no puedo responsabilizarme de afirmar con garantía alguna que el ejemplo de esta buena gente indujera a Oliver Twist a la resignación; pero sí que puedo decir con la mayor seguridad que durante algunas semanas siguió sometiéndose dócilmente a la dominación y abuso de Noah Claypole, quien le trataba peor que nunca, ahora que su envidia se había despertado viendo al nuevo chico ascendido al bastón negro y a la cinta en el sombrero, mientras que él, el veterano, no se movía del gorro en forma de magdalena y de los cueros de chico de la beneficencia. Charlotte le trataba mal porque Noah lo hacía; y la señora Sowerberry era su indudable enemiga porque el señor Sowerberry estaba dispuesto a ser su amigo, de manera que, entre estos tres por un lado, y un sinfín de funerales por el otro, no es que Oliver estuviera precisamente tan a gusto como aquel cerdo hambriento al que encerraron por error en la sección de grano de una fábrica de cerveza.

Y ahora llego a un pasaje muy importante en la historia de Oliver, porque tengo que dar fe de un acto, quizá en apariencia pequeño y sin importancia, pero que produjo indirectamente un cambio trascendental en todas sus expectativas y actos futuros.

Un día, Oliver y Noah habían bajado a la cocina, a la hora de cenar, para darse un banquete con un pequeño asado de cordero —poco más de medio kilo de la peor parte del pescuezo— y, comoquiera que Charlotte no estaba presente porque la habían llamado, hubo un breve intervalo de tiempo que Noah Claypole, que estaba hambriento y era despiadado, consideró que posiblemente no podía dedicarse a un propósito más digno que el de irritar y atormentar al pequeño Oliver Twist.

Centrado en esta inocente distracción, Noah puso los pies sobre el mantel, y tiró del pelo a Oliver, y le retorció las orejas, y expresó la opinión de que era un «chivato», y además anunció su intención de ir a verle ahorcado cuando ese deseable acontecimiento tuviera lugar, y se metió con él y le molestó de otras varias maneras, como el cruel y malvado chico de la beneficencia que era. Sin embargo, al no producir ninguno de estos insultos el efecto deseado de hacer llorar a Oliver, Noah intentó ser más ingenioso aún, y en dicho intento hizo lo que muchos graciosillos, que no obstante son mucho más famosos que Noah, hacen aún hoy cuando quieren divertirse: entró en cuestiones personales.

—Hospiciano —dijo Noah—, ¿cómo está tu madre?

—Está muerta —respondió Oliver—; ¡no te metas con ella delante de mí!

Oliver se acaloró al decir esto; respiraba rápidamente y hacía un curioso movimiento de la boca y la nariz que el señor Claypole pensaba que podía ser el precursor inmediato de una estruendosa llorera. Con esta impresión volvió a la carga.

—¿De qué murió, hospiciano? —dijo Noah.

—Tenía el corazón destrozado, me dijo una de nuestras cuidadoras —respondió Oliver, más como si estuviera hablando consigo mismo que contestándole a Noah—. ¡Creo que sé lo que debe de ser morir de eso!

—Tra-la-rá la-ri-ta, con la señorita, hospiciano —dijo Noah, mientras una lágrima se deslizaba por la mejilla de Oliver—. ¿Y ahora por qué te pones a lloriquear?

—¡Por ti no! —respondió Oliver secándose la lágrima—. No te creas que es por ti.

—Así que no es por mí, ¿eh? —sonrió con desprecio Noah.

—No, no es por ti —respondió Oliver bruscamente—. Vale, ya es suficiente. No te metas más con ella; ¡más te vale!

—¡Más me vale! —exclamó Noah—. ¡Bueno! ¡Más me vale! Hospiciano, no seas insolente. ¡Vaya con tu madre! Estaba hecha una buena pieza, vaya que sí. ¡Ay, Señor! —y entonces Noah asintió con la cabeza expresivamente, y arrugó tanto su pequeña nariz roja como se lo permitía la acción muscular para la ocasión—. ¿Sabes, hospiciano? —continuó Noah, envalentonado por el silencio de Oliver, y hablando en tono sarcástico de pena fingida, de todos los tonos el más irritante—. ¿Sabes, hospiciano? Ahora ya no tiene remedio, y entonces tú tampoco podías ponerle remedio, y lo siento mucho, y estoy seguro de que todos lo sentimos, y te compadecemos mucho. Pero debes saber, hospiciano, que tu madre era mala mala, de lo peor.

—¿Qué has dicho? —preguntó Oliver, alzando la vista rápidamente.

—Que era mala mala, de lo peor, hospiciano —respondió Noah, con sangre fría—; y es mucho mejor, hospiciano, que muriera cuando murió, porque si no le hubiese tocado hacer trabajos forzados en Bridewell, o hubiera sido deportada, o ahorcada, que es lo más probable, ¿no?

Rojo de furia, Oliver se puso en pie, derribó silla y mesa, agarró a Noah por el cuello, lo zarandeó con la violencia de su ira hasta que le castañetearon los dientes y, reuniendo toda su fuerza en un tremendo golpe, lo lanzó al suelo.

Un minuto antes el chico parecía la criatura callada, dócil, abatida en que lo habían convertido los malos tratos. Pero su espíritu al final había despertado; el cruel insulto a su difunta madre le había hecho hervir la sangre. El pecho le palpitaba, estaba erguido, tenía la mirada brillante y viva, y toda su persona había cambiado, mientras miraba con odio al cobarde torturador que estaba acurrucado a sus pies, y le desafiaba con una energía que nunca había conocido.

—¡Me va a matar! —dijo Noah lloriqueando—. ¡Charlotte! ¡Señora! ¡El chico nuevo está aquí matándome! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Oliver se ha vuelto loco! ¡Char...lotte!

Charlotte respondió a los gritos de Noah con un fuerte chillido, y la señora Sowerberry con uno más fuerte; la primera entró corriendo en la cocina por una puerta

lateral, mientras que la segunda se detuvo en la escalera hasta estar totalmente segura de que seguir bajando era compatible con la conservación de la vida humana.

—¡Ay, granuja! —chilló Charlotte, cogiendo a Oliver con toda su fuerza, que era más o menos igual a la de un hombre medianamente fuerte en muy buena forma—. ¡Ay, pequeño in-gra-to, a-se-si-no, ho-rri-ble maleante! —y, entre sílaba y sílaba, Charlotte le propinaba a Oliver un golpe con todas sus fuerzas, acompañado de un chillido a beneficio de la compañía.

No es que el puño de Charlotte fuera ligero, pero, por si no era suficiente para calmar la cólera de Oliver, la señora Sowerberry irrumpió en la cocina y ayudó a sujetarlo con una mano, mientras arañaba su cara con la otra; y en esta favorable situación, Noah se levantó del suelo y le aporreó por detrás.

Esta actividad era demasiado violenta para que durara mucho, así que, cuando los tres estuvieron cansados y no pudieron estirar ni golpear más, arrastraron a Oliver, que forcejeaba y gritaba pero que no se dejaba intimidar, hasta el sótano de la basura, y allí lo encerraron con llave; y una vez hecho esto, la señora Sowerberry se dejó caer en una silla y se echó a llorar.

—¡La pobre! ¡Que se desmaya! —dijo Charlotte—. Un vaso de agua, Noah, querido. Date prisa.

—¡Ay, Charlotte! —dijo la señora Sowerberry, hablando como podía por la falta de aliento y una cantidad excesiva de agua fría que Noah había vertido sobre su cabeza y hombros—. ¡Ay, Charlotte, qué milagro que no nos haya asesinado a todos mientras dormíamos!

—¡Ah, un milagro, y tanto, señora! —fue la respuesta—. Lo único que espero es que esto le enseñe al señor a no acoger a ninguna más de estas horribles criaturas que nacen para ser asesinos y ladrones. ¡Pobre Noah! Estaba a punto de matarlo cuando llegué, señora.

—¡Ay, pobrecito! —dijo la señora Sowerberry, mirando lastimeramente al chico de la beneficencia.

Noah, a quien la coronilla de Oliver apenas le llegaba al botón superior del chaleco, se frotó los ojos con la parte interior de sus muñecas mientras se apiadaban de él y soltó algunas lágrimas y suspiros muy audibles.

—¿Qué vamos a hacer? —exclamó la señora Sowerberry—. Vuestro señor no está en casa, no hay un hombre en la casa, y en diez minutos este echará esa puerta abajo a patadas.

Las enérgicas embestidas de Oliver contra el trozo de madera en cuestión convertía este hecho en sumamente probable.

—¡Ay, por Dios! No lo sé, señora —dijo Charlotte—, a menos que mandemos llamar a la policía.

—O a los militares —sugirió el señor Claypole.

—No, no —dijo la señora Sowerberry, al acordarse del viejo amigo de Oliver—; corre a buscar al señor Bumble, Noah, y dile que venga inmediatamente, y que no pierda ni un minuto; no te preocupes por la gorra, date prisa. Puedes ponerte un cuchillo sobre ese ojo morado que llevas, así no se te hinchará tanto.

Noah no se paró a responder, sino que partió a toda velocidad; y la gente que caminaba por la calle se asombró bastante de ver al chico de la beneficencia correr atropelladamente por las calles, sin gorra en la cabeza y con un cuchillo sobre el ojo.

CAPÍTULO VII

Oliver sigue rebelde

Noah Claypole corrió por las calles tanto como pudo, y no se detuvo ni una vez a tomar aliento hasta que llegó a la puerta del hospicio. Tras haber descansado allí un minuto para preparar una salva de sollozos y una impresionante muestra de lágrimas y terror, golpeó con fuerza el portillo y presentó una cara tan pesarosa al viejo indigente que le abrió que hasta este, que no veía más que caras pesarosas a su alrededor, en el mejor de los casos, retrocedió asombrado.

—Pero bueno, ¿qué le pasa al muchacho? —dijo el viejo indigente.

—¡Señor Bumble! ¡Señor Bumble! —gritó Noah con bien fingida consternación y en tono tan fuerte y agitado que el señor Bumble, que casualmente estaba muy cerca, no solo lo oyó, sino que se alarmó tanto que entró corriendo en el patio sin su sombrero de tres picos, circunstancia de lo más curiosa y extraordinaria, en tanto que demuestra que hasta un pertiguero, afectado por un impulso intenso y repentino, puede sufrir una pérdida momentánea del dominio de sí mismo y un descuido de la dignidad personal—. ¡Ay, señor Bumble, señor! —dijo Noah—. Oliver, señor, Oliver se ha...

—¿Qué? ¿Qué? —interpuso el señor Bumble, con un destello de alegría en sus metálicos ojos—. ¡No se habrá escapado! ¡No se habrá escapado!, ¿verdad, Noah?

—No, señor, no; no se ha escapado, señor, pero se ha vuelto agresivo —respondió Noah—. Ha intentado matarme, señor, y luego ha intentado matar a Charlotte, y luego a la señora. ¡Ay, qué dolor más espantoso! ¡Qué tortura, por favor, señor! —y entonces Noah retorció y enroscó su cuerpo en una amplia gama de posturas como las de un lince, dando así a entender al señor Bumble que, a causa del violento y sanguinario ataque de Oliver Twist, había sufrido graves daños y heridas internas que en aquel momento le hacían padecer la mayor tortura.

Cuando Noah vio que la información que comunicaba al señor Bumble le dejaba totalmente paralizado, cargó aún más las tintas, lamentándose de sus terribles heridas diez veces más alto que antes, y, cuando vio a un caballero con un chaleco blanco que cruzaba el patio, se puso más trágico que nunca en sus lamentaciones, imaginando

con razón que era muy oportuno atraer la atención y provocar la indignación del susodicho caballero.

La atención del caballero fue prontamente atraída, pues no había andado tres pasos cuando se volvió enfadado y preguntó por qué razón estaba berreando ese joven canalla, y por qué el señor Bumble no le obsequiaba con algo que hiciera de aquella serie de exclamaciones orales, como las llamó, un acto involuntario.

—Es un pobre chico de la escuela gratuita, señor —respondió el señor Bumble—, que ha estado a punto de ser asesinado, pero que bien a punto, señor, por el joven Twist.

—¡Caramba! —exclamó el caballero del chaleco blanco, parando en seco—. ¡Lo sabía! Desde el principio de todo, tuve el extraño presentimiento de que ese salvaje atrevido acabaría ahorcado.

—También ha intentado matar a la criada, señor —dijo el señor Bumble, pálido como la ceniza.

—Y a su señora —interpuso el señor Claypole.

—¿Y creo que has dicho que a su señor también, Noah? —añadió el señor Bumble.

—No, el señor está fuera, o le habría matado —respondió Noah—. Él dijo que quería...

—¡Ah! Dijo que quería..., ¿no es así, chico? —preguntó el caballero del chaleco blanco.

—Sí, señor —respondió Noah—; y, por favor, señor, la señora quiere saber si el señor Bumble tiene un momento para acercarse allí inmediatamente y azotarle, porque el señor está fuera.

—Desde luego, chico, desde luego —dijo el caballero del chaleco blanco, sonriendo benévolamente, y acariciando la cabeza de Noah, que se elevaba unos ocho centímetros por encima de la suya—. Eres un buen chico, muy buen chico. Aquí tienes un penique. Bumble, acérquese ahora mismo a casa de los Sowerberry con su bastón, y mire a ver qué es lo mejor que se puede hacer. No tenga miramientos con él, Bumble.

—No, no los tendré, señor —respondió el pertiguero, ajustando la cera que cubría la punta de su bastón para fines de flagelación parroquial.

—Dígale a Sowerberry que tampoco tenga miramientos. Nunca conseguirán nada de él sin azotes y cardenales —dijo el caballero del chaleco blanco.

—Me ocuparé de ello, señor —respondió el pertiguero. Y, con el sombrero de tres picos y el bastón ajustados a satisfacción de su propietario, el señor Bumble y Noah Claypole se dirigieron a toda prisa al taller funerario.

Para entonces el estado de cosas no había mejorado en absoluto, pues Sowerberry aún no había vuelto y Oliver seguía dando patadas a la puerta del sótano con no menor energía. Los detalles sobre su ferocidad, tal como los relataron la señora

Sowerberry y Charlotte, fueron de índole tan alarmante que el señor Bumble consideró prudente dialogar antes de abrir la puerta. Con este propósito, dio un puntapié por fuera, a modo de preludeo, y entonces, arrimando su boca al ojo de la cerradura, dijo, en tono grave e imponente:

—¡Oliver!

—¡Venga, déjeme salir! —respondió Oliver desde dentro.

—¿Conoces esta voz, Oliver? —dijo el señor Bumble.

—Sí —respondió Oliver.

—¿Y no le da miedo, señor? ¿No se estremece mientras le hablo, señor? —dijo el señor Bumble.

—¡No! —respondió Oliver con arrojo.

Esta respuesta, tan diferente de la que él esperaba obtener y tenía la costumbre de recibir, dejó bastante anonadado al señor Bumble. Se distanció un poco del ojo de la cerradura, se enderezó y miró uno a uno a los tres espectadores con mudo asombro.

—¡Ah! Ya sabe, señor Bumble, está loco —dijo la señora Sowerberry—. Ningún niño con dos dedos de frente osaría hablarle así a usted.

—No es locura, señora —respondió el señor Bumble tras unos momentos de profunda meditación—; es la carne.

—¡¿Qué?! —exclamó la señora Sowerberry.

—La carne, señora, la carne —respondió el señor Bumble con firme énfasis—. Usted le ha sobrealimentado, señora. Ha despertado en él un alma y un espíritu artificiales, señora, impropios de una persona de su condición, como le diría la junta, señora Sowerberry, que está formada por filósofos prácticos. ¿Para qué quieren los pobres ninguna de esas dos cosas, alma o espíritu? Ya es bastante que les dejemos tener cuerpos vivos. Si hubiera tenido al chico a base de gachas, señora, esto nunca habría pasado.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la señora Sowerberry, alzando la vista piadosamente hacia el techo de la cocina—. ¡Esto pasa por ser generosos!

La generosidad de la señora Sowerberry hacia Oliver había consistido en dispensarle pródigamente todas las sucias sobras y restos que nadie más quería comer; así que mostró mucha mansedumbre y abnegación permaneciendo voluntariamente bajo la fuerte acusación del señor Bumble, de la cual, para ser justos, ella era del todo inocente en pensamiento, palabra u obra.

—¡Ah! —dijo el señor Bumble, cuando la señora bajó la vista a tierra otra vez—. La única cosa que se puede hacer ahora, que yo sepa, es dejarle en el sótano durante un día más o menos hasta que pase un poco de hambre, y luego sacarle, y tenerle solo a gachas durante todo su tiempo de aprendizaje. Viene de una mala familia, de carácter nervioso, señora Sowerberry. Tanto la enfermera como el doctor dijeron que esa

madre suya consiguió llegar aquí haciendo frente a dificultades y dolores que habrían matado a cualquier mujer bien dispuesta semanas antes.

En este punto del discurso del señor Bumble, habiendo oído Oliver lo suficiente para saber que se estaban haciendo algunas alusiones más a su madre, volvió a comenzar a dar patadas con una violencia que hacía inaudible cualquier otro sonido. En esta coyuntura, volvió Sowerberry, el cual, tras habersele explicado el delito de Oliver, con todas las exageraciones que las señoras creyeron más apropiadas para despertar su ira, abrió rápidamente la puerta del sótano y arrastró afuera a su rebelde aprendiz cogido del cuello.

La ropa de Oliver se había rasgado durante la paliza que había recibido; su cara estaba amoratada y arañada, y su pelo enmarañado sobre la frente. No obstante, el sofoco del enfado no había desaparecido y, cuando se le sacó de su prisión, miró atrevidamente a Noah con el ceño fruncido y parecía totalmente impávido.

—Bueno, eres un buen chico, ¿no? —dijo Sowerberry, dándole a Oliver una sacudida y un acertado cachete.

—Ha insultado a mi madre —respondió Oliver hoscamente.

—Bueno, ¿y qué, granuja desagradecido? —dijo la señora Sowerberry—. Ella se merecía lo que él dijo y más.

—¡No! —dijo Oliver.

—¡Sí! —dijo la señora Sowerberry.

—¡Es mentira! —dijo Oliver.

La señora Sowerberry se echó a llorar a lágrima viva.

Esta llorera no le dejó otra alternativa a Sowerberry. Si por un instante había vacilado en castigar a Oliver con más severidad, ahora queda claro para todo lector experimentado que, de acuerdo con todos los precedentes establecidos en disputas matrimoniales, habría sido un bruto, un marido antinatural, una insultante criatura, una vil imitación de un hombre y otras varias agradables características demasiado numerosas para ser relatadas en el marco de este capítulo. Para hacerle justicia, tenía, dentro de los límites de su poder —que no era muy considerable—, una disposición amable hacia el chico, quizá porque le convenía que fuera así, quizá porque a su esposa le caía mal. Sin embargo, la llorera no le dejó otro remedio; así que en seguida le dio una paliza que satisfizo hasta a la misma señora Sowerberry e hizo bastante innecesaria la subsiguiente utilización del bastón del señor Bumble. Fue encerrado para el resto del día en la parte de atrás de la cocina, en compañía de una bomba de agua y una rebanada de pan; y, por la noche, la señora Sowerberry, tras hacer varios comentarios ante la puerta, ni mucho menos elogiosos a la memoria de su madre, miró dentro de la habitación y, entre las befas de Noah y Charlotte, que le señalaban con el dedo, le ordenó subir a su deprimente cama.

Cuando se quedó solo en el silencio y la quietud del lúgubre taller de la funeraria, Oliver dio por fin rienda suelta a los sentimientos que el trato recibido aquel día debía de haber despertado en un simple niño. Había escuchado sus insultos con una mirada de terco desprecio; había aguantado los azotes sin un grito, pues sentía ese orgullo que crecía en su corazón y que habría reprimido un chillido hasta el final, aunque le hubieran desollado vivo. Sin embargo, ahora que no había nadie que le viera u oyera, cayó de rodillas al suelo y, ocultando la cara entre las manos, lloró lágrimas que, Dios lo quiera para honor de nuestra naturaleza, pocos tan jóvenes podrán tener razones para derramar ante Él.

Durante largo tiempo Oliver permaneció inmóvil en esta postura. La vela se estaba consumiendo lentamente en su arandela cuando se puso en pie y, tras mirar con cautela a su alrededor, y escuchar atentamente, abrió con cuidado los cerrojos de la puerta y se asomó al exterior.

Era una noche fría y oscura. A los ojos del chico las estrellas parecían estar más lejos de la tierra de lo que nunca antes las había visto; no hacía viento, y las oscuras sombras proyectadas por los árboles sobre el suelo parecían sepulcrales y cadavéricas de lo quietas que estaban. Volvió a cerrar la puerta sigilosamente y, tras valerse de la caduca luz de la vela para hacer un hatillo con las pocas prendas que tenía, se sentó sobre un banco a esperar que amaneciera.

Con el primer rayo de luz que a duras penas se abría paso entre las grietas de las contraventanas, Oliver se levantó y abrió otra vez la puerta. Un tímido vistazo, una pausa de vacilación, y ya la había cerrado tras de sí y estaba en plena calle.

Miró a derecha e izquierda, sin estar seguro de adónde huir. Recordó haber visto los carros cuando salían, subiendo trabajosamente la cuesta; tomó la misma ruta y, al llegar a un sendero que atravesaba los campos, del que sabía que un poco más adelante entraba de nuevo a la carretera, penetró en él y siguió caminando rápidamente.

A lo largo de este mismo sendero, Oliver lo recordaba bien, había trotado al lado del señor Bumble cuando este le había conducido por primera vez desde la granja hasta el hospicio. El camino pasaba justo delante de la casa de campo. Cuando se dio cuenta de esto, se le aceleró el pulso y casi decidió dar media vuelta. Sin embargo, había venido desde muy lejos, y perdería mucho tiempo si así lo hacía. Además, era tan temprano que había muy poco peligro de ser visto, así que siguió caminando.

Llegó a la casa. A esa hora tan temprana no parecía estar levantado ninguno de sus internos. Oliver se detuvo y echó una ojeada al jardín. Un niño estaba desherbando uno de los pequeños bancales y, cuando él se detuvo, el niño levantó su cara pálida y reveló las facciones de uno de sus antiguos compañeros. Oliver se sintió encantado de verle antes de irse, pues, aunque era más joven que él, había sido su pequeño amigo y

compañero de juegos; a los dos les habían golpeado y privado de comida y encerrado juntos muchísimas veces.

—¡Silencio, Dick! —dijo Oliver, mientras el chico corría hacia la verja y asomaba su delgado brazo entre los barrotes para saludarle—. ¿Hay alguien despierto?

—Solo yo —respondió el niño.

—No debes decir que me has visto, Dick —dijo Oliver—; me estoy escapando. Me pegan y me maltratan, Dick, y voy a buscar mi suerte en algún sitio muy lejano, no sé adónde. ¡Qué pálido estás!

—Le oí decir al médico que me estaba muriendo —respondió el niño con una leve sonrisa—. Me alegro mucho de verte, amigo, pero no te detengas, no te detengas.

—Sí, sí, quiero hacerlo, para decirte adiós —respondió Oliver—. Te veré de nuevo, Dick; sé que lo haré. Estarás bien y feliz.

—Espero que sí —respondió el niño—, después de que me muera, pero no antes. Sé que el médico debe de estar en lo cierto, Oliver, porque sueño mucho con el cielo, los ángeles y caras amables que no he visto nunca cuando estoy despierto. Dame un beso —dijo el niño, trepando por la puerta baja y echando los brazos al cuello de Oliver—. ¡Adiós, amigo! ¡Que Dios te bendiga!

La bendición venía de los labios de un niño pequeño, pero era la primera vez que Oliver la había oído invocada sobre su cabeza; y a través de todas las peleas y sufrimientos de su vida posterior, de todos los apuros y cambios de muchos años agotadores, nunca la olvidó ni un instante.

CAPÍTULO VIII

Del viaje de Oliver a Londres y de su encuentro en el camino con un extraño joven

Oliver alcanzó la cerca donde finalizaba el sendero y una vez más salió a la carretera principal. Eran las ocho en punto y, aunque se encontraba a casi diez kilómetros del pueblo, corría y en ocasiones se escondía detrás de los setos, hasta el mediodía, temiendo que le pudieran perseguir y dar alcance. Luego se sentó a descansar junto a un hito del camino y empezó a pensar por vez primera dónde sería preferible ir e intentar empezar una nueva vida.

En la piedra sobre la que estaba sentado se indicaba, con letras grandes, que desde ese punto hasta Londres no quedaban más que ciento treinta kilómetros. El nombre desató otro hilo de pensamientos en la mente del muchacho. ¡Londres! ¡Ese enorme y maravilloso lugar! Nadie, ni siquiera el señor Bumble, podría encontrarle allí. A menudo les había oído decir a los ancianos del hospicio, además, que ningún muchacho pasaba necesidades en Londres, y que en esa enorme ciudad hay formas de vivir de las cuales no tenían ni idea quienes habían sido criados en el campo. Era el lugar perfecto para un muchacho sin hogar, que moriría en la calle a menos que alguien le ayudara. Conforme estos pensamientos le pasaban por la cabeza, se puso en pie de un salto y reanudó su camino.

Había acortado la distancia que le separaba de Londres en más de siete kilómetros cuando cayó en la cuenta de la cantidad de cosas por las que debería pasar antes de llegar a su lugar de destino. Cuando esta consideración se le hizo presente, aminoró un tanto la marcha y reflexionó acerca de los medios de los que disponía para llegar allí. Tenía un mendrugo de pan, una camisa tosca y dos pares de calzas en el hato, y un penique en el bolsillo, regalo de Sowerberry después de algún funeral en el cual se había desenvuelto mejor que de costumbre. «Una camisa limpia —pensó Oliver— es algo muy valioso, mucho; y también dos pares de calzas zurcidas, y un penique; pero son una ayuda pequeña para recorrer un camino de más de cien kilómetros en invierno.» Sin embargo, los pensamientos de Oliver, como los del resto de las

personas, aunque extremadamente ágiles y dispuestos a la hora de advertir sus dificultades, no eran capaces de sugerir ningún modo factible de superarlas; así que, después de pensar un buen rato sin llegar a ninguna parte, se cambió el hato de hombro y siguió caminando trabajosamente.

Oliver caminó treinta y seis kilómetros ese día, y en todo ese tiempo no probó más que el mendrugo de pan seco y unos cuantos tragos de agua que pidió por las puertas de las casitas situadas junto al camino. Cuando llegó la noche, se adentró en un prado y, deslizándose bajo un almiar, decidió tumbarse allí hasta la mañana siguiente. Al principio tuvo miedo, puesto que el viento gemía de manera lúgubre por los campos desiertos, tenía hambre y frío, y se sentía más solo que nunca. Sin embargo, al estar tan cansado por el viaje, pronto se quedó dormido y se olvidó de su desdicha.

A la mañana siguiente se levantó helado y agarrotado, y su hambre era tal que se vio obligado a cambiar el penique por una pequeña hogaza de pan en el primer pueblo por el que pasó. Había caminado poco más de veinte kilómetros cuando de nuevo se hizo de noche; le dolían mucho los pies y tenía las piernas tan débiles que le temblaban. Otra noche a la intemperie, con la humedad, le hizo empeorar; y cuando reanudó el camino a la mañana siguiente, apenas si podía arrastrarse.

Esperó al pie de una colina empinada hasta que pasó un carruaje, y entonces pidió limosna a los pasajeros que viajaban fuera, pero fueron muy pocos los que le prestaron atención, y aun estos le dijeron que se esperara hasta que llegaran a lo alto de la colina, y entonces verían cuánto era capaz de correr por medio penique. El pobre Oliver intentó mantener el ritmo del carruaje durante una parte del camino, pero al final abandonó, debido a la fatiga y a que tenía los pies llenos de llagas. Cuando los viajeros vieron esto, volvieron a guardarse el medio penique en el bolsillo, diciéndole que era un pequeño holgazán, y que no se merecía nada; y el carruaje se alejó con su traqueteo, dejando tan solo una nube de polvo tras de sí.

En algunos pueblos había grandes carteles pintados que advertían a todas las personas que mendigaran en el municipio de que serían enviadas a la cárcel, lo cual asustó mucho a Oliver, y se alegraba de salir de ellos con toda la celeridad posible. En otros merodeaba por los patios de las posadas, procedimiento que normalmente acababa con la dueña de la casa ordenándole a uno de los mozos que ganduleaban por allí que sacara al extraño muchacho del lugar, pues estaba segura de que había ido a robar algo. Si pedía limosna en la casa de un granjero, con toda seguridad le amenazaban con soltarle al perro; y cuando asomaba la cabeza por alguna tienda, hablaban del pertiguero, lo cual le ponía a Oliver un nudo en el estómago (a menudo, lo único que tenía dentro de él durante horas y horas).

De hecho, si no hubiera sido por un generoso cobrador que encontró en un portazgo y por una benevolente anciana, los sufrimientos de Oliver se habrían acertado por el mismo proceso que los de su madre; en otras palabras, seguramente

habría caído muerto en el camino real. Pero el señor le ofreció pan y queso, y la anciana, que tenía un nieto náufrago vagabundeando descalzo por alguna parte lejana del planeta, se compadeció del pobre huérfano y le dio lo poco que podía permitirse y más, con palabras tan amables y gentiles, y con tales lágrimas de lástima y compasión, que llegaron más profundamente al alma de Oliver que cualquiera de los sufrimientos que había padecido.

A primera hora de la mañana del séptimo día después de que hubiera abandonado su lugar natal, Oliver entró renqueante en el pueblo de Barnet. Las contraventanas estaban cerradas, las calles estaban desiertas, ni un alma se había despertado para dar comienzo a los quehaceres del nuevo día. El sol estaba saliendo con toda su espléndida belleza, pero su luz parecía mostrarle al muchacho tan solo su propia soledad y desolación, sentado con los pies ensangrentados y cubiertos de polvo en el frío peldaño de una puerta.

Poco a poco fueron abriéndose las contraventanas y descorriéndose las cortinas, y la gente empezó a ir de acá para allá. Algunos se paraban a mirar a Oliver durante unos instantes, o se volvían para observarle mientras pasaban a toda prisa, pero nadie le socorría ni se molestaba en preguntarle cómo había llegado hasta allí. No le quedaban fuerzas para mendigar, así que simplemente se quedó allí sentado.

Llevaba algún tiempo acurrucado en el escalón, observando con indiferencia los carruajes que pasaban y pensando qué extraño resultaba el hecho de que ellos pudieran recorrer fácilmente en unas cuantas horas el trayecto que a él le había costado una semana entera de coraje y determinación a pesar de su corta edad, cuando se espabiló al observar que un chico que había pasado antes sin fijarse en él había vuelto y estaba examinándolo detenidamente desde el otro lado del camino. Al principio no le prestó mucha atención, pero el chico permaneció en tal actitud de observación meticulosa durante tanto tiempo que Oliver levantó la cabeza y le devolvió la mirada fijamente. Entonces, el chico cruzó y, acercándose a Oliver, dijo:

—¡Hola, chaval! ¿Qué me cuentas?

El muchacho que dirigió esta pregunta al joven viajero tenía más o menos su misma edad, pero era uno de los muchachos más raros que Oliver había visto jamás. Era del montón, chato, con la frente plana, y era el joven más sucio que uno se podía imaginar, pero tenía todos los aires y maneras propios de un hombre. Era bajo para su edad, con las piernas bastante arqueadas, y los ojos pequeños, feos y agudos. Tenía el sombrero calado de forma tan poco precisa que amenazaba con caerse a cada momento, y así habría ocurrido si no fuera porque su dueño tenía la manía de hacer unos movimientos bruscos con la cabeza de vez en cuando, de forma que el sombrero volvía a su sitio original. Llevaba un abrigo de hombre que le llegaba casi a los talones. Había doblado las bocamangas hasta la mitad del brazo para sacar las manos y poder meterlas en los bolsillos de los pantalones de pana, de donde no las sacaba. Era, en

resumen, el joven más arrogante y fanfarrón que jamás hubiera calzado botines midiendo menos de metro y medio.

—¡Hola, chaval! ¿Qué me cuentas? —le dijo este joven extravagante a Oliver.

—Tengo mucha hambre y estoy muy cansado —contestó, con lágrimas en los ojos mientras hablaba—. He caminado mucho, llevo siete días caminando.

—¡Has caminado siete días! —exclamó el muchacho—. Ya veo, ya. Orden de algún *pelucas*, ¿no? Aunque —añadió, ante la mirada de sorpresa de Oliver— me parece que no sabes lo que es un *pelucas*, chico.

Oliver respondió tranquilamente que siempre había oído que una peluca era el pelo postizo que utilizaban algunas personas.

—¡Por favor, qué inocente! —volvió a exclamar el muchacho—. Un *pelucas* es un juez, y cuando te ordena caminar, no vas hacia delante, sino que tienes que subir, pero nunca vuelves a bajar. ¿Nunca has estado en el molino?

—¿Qué molino? —preguntó Oliver.

—¡Qué molino! ¡Pues el molino! El que ocupa tan poco que cabe dentro de una cárcel y siempre va mejor con viento bajo que alto, porque entonces no pueden conseguir trabajadores. Pero ven —prosiguió—, lo que a ti te hace falta es tragar. Voy mal de fondos, solo tengo una pluma y una perra, pero me estiraré y haré lo que pueda. ¡Venga, muévete! ¡Marchando!

Tras ayudar a Oliver a levantarse, el joven lo llevó a una tienda de comestibles contigua, donde compró suficiente jamón adobado y un pan de medio cuarto, o según decía él, una barra de cuatro peniques; para conservar el jamón fresco y protegerlo del polvo tuvo la ingeniosa idea de hacer un agujero en el pan quitando un trozo de miga y rellenarlo con el jamón. Con el pan bajo el brazo, el joven se metió en una taberna y se dirigió a una habitación situada en el otro extremo del local. Allí les sirvieron una jarra de cerveza por orden del misterioso joven; y Oliver, poniendo manos a la obra, con el permiso de su nuevo amigo, realizó una comida larga y vigorosa, en el transcurso de la cual el extraño joven le observaba con atención de vez en cuando.

—¿Vas a Londres? —le preguntó cuando Oliver hubo terminado, al cabo de un largo rato.

—Sí.

—¿Tienes donde quedarte?

—No.

—¿Tienes dinero?

—No.

El muchacho silbó y se metió las manos en los bolsillos tanto como se lo permitieron las mangas del enorme abrigo.

—¿Tú vives en Londres? —le preguntó Oliver.

—Sí, cuando estoy en casa —respondió—. Supongo que querrás dormir en algún sitio esta noche, ¿no?

—Pues sí —respondió Oliver—. No he dormido bajo techo desde que salí del campo.

—No te preocupes por eso —dijo el joven—. Yo tengo que estar en Londres esta noche, y conozco a un caballero viejo y respetable que vive allí, que te dará alojamiento sin pedir nada a cambio. Bueno, si te lo presenta alguien que él conozca. ¿Que si él me conoce? No, qué va, pues claro que no.

El joven sonrió, como para recalcar que la última parte de su discurso había sido pronunciada con total ironía, mientras se terminaba la cerveza.

Este inesperado ofrecimiento de cobijo era demasiado tentador para rechazarlo, sobre todo porque le siguió la seguridad inmediata de que el caballero ya mencionado le proporcionaría a Oliver una buena ocupación sin demora. Esto condujo a una conversación más amigable y confidencial, de la cual Oliver concluyó que su amigo se llamaba Jack Dawkins y que era el preferido y el protegido del caballero mencionado anteriormente.

El aspecto de Dawkins no decía demasiado a favor de las comodidades que el interés de su patrón obtenía para aquellos que tomaba bajo su protección; pero como tenía un modo de hablar un tanto libre y relajado, y además confesó que entre sus amigos íntimos era más conocido con el sobrenombre de el Lince, Oliver infirió que, conforme a su carácter licencioso y descuidado, los preceptos morales de su benefactor habían caído hasta ahora en terreno yermo. Con esta impresión, secretamente resolvió fomentar la buena opinión del anciano caballero tan rápido como le fuera posible, y si se encontraba con que el Lince era incorregible, como ya sospechaba que ocurriría, rechazaría entonces el honor de tener más tratos con él.

Puesto que John Dawkins se negó a entrar en Londres antes de la caída de la noche, eran casi las once cuando llegaron al portazgo de Islington. Cruzaron desde Angel hacia St. John's Road, bajaron por la callejuela que desemboca en el teatro de Sadler's Wells, pasando por Exmouth Street y Coppice Row, por el pequeño patio que hay junto al hospicio, por los clásicos terrenos que en su día recibieron el nombre de Hockley-in-the-Hole y por Little Saffron Hill, así como por Saffron Hill the Great, por donde el Lince aceleró sobremanera, instando a Oliver a seguirle de cerca.

Aunque Oliver ya estaba bastante ocupado en no perder de vista a su guía, no podía evitar lanzar miradas apresuradas a ambos lados del camino mientras pasaban. Nunca había visto un sitio más sucio o mísero. La calle era estrecha y fangosa, y el aire estaba impregnado de olores pestilentes. Había una gran cantidad de pequeños comercios, pero parecía que la única mercancía en venta fuese un montón de niños, quienes, incluso a estas horas de la noche, merodeaban entrando y saliendo de los establecimientos, o chillaban desde su interior. Los únicos sitios que parecían

prosperar entre la ruina del lugar eran las tabernas, y en ellas los irlandeses de más baja condición (y los irlandeses son normalmente de la más baja condición en todo) reñían y discutían airadamente. Patios y pasajes cubiertos que surgían de la calle principal mostraban pequeños grupos de casas donde hombres y mujeres ebrios se revolcaban literalmente entre la inmundicia, y de varios portales salían con cautela tipos con mala pinta, que parecían encaminarse a destinos no muy bien intencionados o decentes.

Oliver estaba pensando si no habría sido mejor huir, cuando llegaron al pie de la colina; pero entonces su guía, cogiéndole por el brazo, abrió de un empujón la puerta de una casa cercana a Field Lane y, llevándolo a su interior, la cerró tras él.

—¿Quién anda ahí? —pronunció una voz, en respuesta a un silbido del Lince.

—¡Engolado y portazo! —contestó el joven.

Por lo visto, esto era una contraseña o un aviso de que todo iba bien, puesto que la débil luz de una vela resplandeció al fondo y en el lugar donde se hallara la balaustrada de la escalera de la vieja cocina apareció el rostro de un hombre.

—Sois dos —dijo el hombre, apartando la vela y utilizando las manos a modo de visera—. ¿Quién es el otro?

—Es un nuevo amigo —contestó Jack, empujando a Oliver hacia delante.

—¿De dónde es?

—De Inocentelandia. ¿Fagin está arriba?

—Sí, está ordenando los trapos. ¡Subid! —La vela retrocedió y desapareció el rostro.

Oliver, caminando a tientas con una mano y con la otra firmemente agarrada por su compañero, subió con mucha dificultad en la oscuridad los escalones rotos, los cuales su guía remontaba con una facilidad y una comodidad que mostraban que estaba bien acostumbrado a ellos. Abrió la puerta de una habitación trasera e hizo entrar a Oliver tras él.

Las paredes y el techo de la estancia estaban negras de suciedad y del paso del tiempo. Delante del fuego había una mesa de pino, sobre la cual se hallaba una vela insertada en una botella de cerveza de jengibre, dos o tres jarras de peltre, pan, mantequilla y un plato. En una sartén que había en el fuego, asegurada a la repisa de la chimenea con una cuerda, se estaban haciendo algunas salchichas; e inclinado sobre ella, con un tenedor largo en la mano, había un judío anciano y arrugado, cuya maléfica mirada y repulsivo rostro se ocultaban bajo una gran cantidad de greñas pelirrojas. Llevaba una túnica de franela mugrienta, con el cuello al descubierto, y al parecer dividía su atención entre la sartén y un tendedero del cual colgaban un sinfín de pañuelos de seda. En el suelo se amontonaban varios camastros toscos hechos con sacos viejos. Sentados alrededor de la mesa se hallaban cuatro o cinco muchachos, ninguno de ellos mayor que el Lince, que fumaban unas largas pipas de barro y bebían

alcohol como si fueran hombres hechos y derechos. Todos se arremolinaron alrededor de su socio cuando este le susurró unas palabras al judío, y luego se volvieron y sonrieron a Oliver, al tiempo que lo hacía el judío, tenedor en mano.

—Es este, Fagin —dijo Jack Dawkins—: Mi amigo Oliver Twist.

El judío sonrió y, haciéndole una pequeña reverencia, tomó a Oliver de la mano, y le dijo que esperaba tener el honor de llegar a intimar con él. Tras esto, los jóvenes de las pipas se le acercaron y le dieron un fuerte apretón de manos; sobre todo apretaron la mano en la cual Oliver llevaba su hato. Otro joven estaba ansioso por colgarle su gorra, y otro de ellos era tan atento que le metió las manos en los bolsillos, para que, puesto que estaba tan cansado, no tuviera que vaciárselos para ir a la cama. Estas atenciones se hubieran prolongado mucho más si no hubiera sido porque el judío empleó con generosidad su tenedor sobre las cabezas y los hombros de los cariñosos jóvenes.

—Estamos encantados de conocerte, Oliver —dijo el judío—. Lince, saca las salchichas y acerca al fuego un taburete para él. Estás mirando los pañuelos, ¿verdad, pequeño? Hay muchos, ¿no? Simplemente los hemos preparado para lavarlos. Solo eso, Oliver, solo eso, ¡ja, ja, ja!

A la última parte de esta intervención le siguió un alborotado griterío por parte de los ilusionados pupilos del alegre anciano, en el transcurso del cual se dispusieron a cenar.

Oliver se comió su ración, y después el judío le mezcló en un vaso ginebra caliente y agua, y le pidió que se lo bebiera de un trago, pues otro muchacho necesitaba el recipiente. Así lo hizo Oliver. Casi instantáneamente, sintió que lo llevaban a uno de los sacos y quedó sumido en un profundo sueño.

CAPÍTULO IX

Que contiene más datos sobre el amable anciano y sus aventajados alumnos

Al día siguiente Oliver se despertó ya bien entrada la mañana, tras un sueño largo y profundo. No había nadie más en la habitación, solo el viejo judío, que estaba calentando café para el desayuno en una cacerola, y silbaba suavemente a la vez que removía sin parar con una cuchara de hierro. De cuando en cuando se paraba a escuchar el más leve ruido que llegaba de abajo, y una vez que se quedaba tranquilo continuaba removiendo y silbando, exactamente igual que antes.

Aunque Oliver ya no dormía, tampoco estaba completamente despierto. Hay un estado de sopor y adormecimiento, a medio camino entre la vigilia y el sueño, en el cual soñamos más en cinco minutos con los ojos entreabiertos y los sentidos medio conscientes de lo que nos rodea, de lo que lo hacemos en cinco noches con los ojos totalmente cerrados y los sentidos envueltos en una perfecta inconsciencia. En ese momento, una persona sabe en grado suficiente qué está haciendo su mente para formarse una vaga imagen de su inmensa capacidad, de cómo se aleja de lo terrenal y se desvincula del espacio y del tiempo, una vez liberada de las molestas ataduras de su aliado corporal.

Oliver se hallaba precisamente en la fase descrita. Distinguió al judío con los ojos entornados, percibió el tenue silbido y reconoció el sonido chirriante de la cuchara al chocar contra las paredes de la cacerola; y aun así, al mismo tiempo, esos mismos sentidos estaban concentrados en todos los personajes que había conocido a lo largo de su vida.

Cuando acabó de preparar el café, el judío apartó la cacerola del fuego y, tras quedarse de pie unos minutos en actitud vacilante, como si no supiera muy bien qué hacer, se dio la vuelta para mirar a Oliver y le llamó por su nombre, y consideró su falta de respuesta como una señal de que estaba dormido.

Una vez se hubo asegurado de esta circunstancia, el judío se aproximó con sigilo a la puerta y le echó el cerrojo; a continuación, según le pareció ver a Oliver, extrajo una cajita de una especie de trampilla situada en el suelo y la depositó cuidadosamente

sobre la mesa. Los ojos le brillaron al levantar la tapa y echar un vistazo al interior. Arrastró una vieja silla hasta la mesa y se sentó, sacando de la caja un magnífico reloj de oro cubierto de diamantes relucientes.

—¡Ajá! —exclamó el judío, encogiéndose de hombros y distorsionando todas las facciones de la cara en una mueca espantosa—. ¡Qué muchachos tan astutos! ¡Todos leales hasta el final! Jamás revelaron el escondrijo al párroco, jamás han birlado nada al viejo Fagin. ¿Y por qué habrían de hacerlo? Eso no hubiera servido para aflojar el nudo de la cuerda, ni para retrasar el momento de la caída. ¡No, no, no! ¡Buenos chicos, buenos chicos!

Mientras murmuraba estas y otras reflexiones de naturaleza similar, el judío volvió a guardar el reloj en lugar seguro y, uno a uno, fue sacando de la misma caja y contemplando con igual satisfacción al menos una docena más de ellos, junto con anillos, broches, brazaletes y otros artículos de orfebrería, todos fabricados con metales preciosos y ricos acabados de los que Oliver no conocía ni siquiera los nombres.

Una vez hubo devuelto estas alhajas a su lugar de origen, el judío sacó otra joya, de tamaño tan pequeño que podía sostenerla sobre la palma de la mano. Parecía tener grabada una especie de inscripción diminuta, ya que el judío la colocó sobre la mesa y, haciéndole sombra con la mano, se esforzó en descifrarla. Finalmente la soltó, como si desistiera de conseguirlo, y recostándose en su asiento murmuró:

—¡Qué gran invento es la pena capital! Los muertos nunca se arrepienten, los muertos nunca sacan a la luz historias comprometedoras. Además, la perspectiva de la horca les vuelve más osados y audaces. ¡No hay nada como eso para los negocios! Cinco hombres colgados en fila, y ninguno de ellos sobrevivirá para jugar sucio ni acobardarse.

Cuando hubo pronunciado estas palabras, los ojos del judío, que hasta entonces habían estado mirando hacia el frente con gesto distraído, repararon en el rostro de Oliver, que le observaba fijamente con muda curiosidad, y aunque el reconocimiento duró solo un instante (el más breve espacio de tiempo que se pueda concebir), al anciano le bastó para sospechar que le había estado espiando. Cerró la tapa de la caja con un golpe fuerte y, empuñando un cuchillo de cortar pan que había encima de la mesa, se levantó lleno de furia, aunque tembloroso, como Oliver notó, a pesar del terror que sentía, al ver que el cuchillo vibraba en el aire.

—¿Qué pasa? —chilló el judío—. ¿Qué estás mirando? ¿Cómo es que estás despierto? ¿Qué has visto? ¡Contesta, chico! ¡Habla, habla! ¡Por tu vida!

—Ya no podía dormir más, señor —respondió Oliver, tímidamente—. Siento haberle molestado, señor.

—¿No estarías despierto hace una hora?

—No, señor, de verdad —contestó Oliver.

—¿Seguro? —gritó el judío, mirándole de una forma aún más feroz, con gesto amenazante.

—Le juro que no, señor —respondió Oliver con sinceridad—. De verdad que no, señor.

—¡Está bien, está bien, pequeño! —dijo el judío, volviendo de pronto a la actitud normal, y jugueteando con el cuchillo antes de soltarlo, como para hacer creer que lo había cogido por pura distracción—. Ya lo sé, pequeño. Solo trataba de asustarte. Eres un chico valiente. ¡Ja, ja! ¡Eres un chico muy valiente, Oliver!

El judío se frotó las manos riendo entre dientes, pero miró la caja con inquietud y, colocando la mano sobre ella tras una breve pausa, preguntó:

—¿Has visto alguna de estas preciosidades, pequeño?

—Sí, señor —respondió Oliver.

—¡Ah! —dijo el judío, palideciendo claramente—. Son... son mías, Oliver, mi pequeña propiedad, lo único que tengo para vivir a mi avanzada edad. La gente dice que soy un avaro, un simple avaro, nada más.

A Oliver se le ocurrió que el caballero debía de ser un verdadero avaro para vivir en un lugar tan sucio con tal cantidad de relojes, pero pensó que quizá su cariño por el Lince y el resto de los chicos le acarrearía muchos gastos, así que se limitó a lanzar una mirada respetuosa al judío y a preguntarle si podía levantarse ya.

—Desde luego, pequeño, desde luego —respondió el anciano—. Levántate. Hay un jarro con agua en aquel rincón, junto a la puerta. Tráelo y te daré una palangana para que te laves, pequeño.

Oliver se levantó, cruzó la habitación y se detuvo un instante para coger el jarro. Cuando volvió la cabeza, la caja se había esfumado.

Apenas había acabado de lavarse y de dejarlo todo aseado, arrojando por la ventana el contenido de la palangana, conforme a las instrucciones del judío, cuando regresó el Lince, acompañado por un joven amigo muy resuelto a quien Oliver había visto fumando la noche anterior y que ahora le fue formalmente presentado como Charley Bates. Los cuatro se sentaron a desayunarse con el café y unos panecillos con jamón que el Lince había traído a casa en el interior del sombrero.

—Bueno —dijo el judío, mirando de reojo a Oliver con malicia, y dirigiéndose al Lince—, supongo que habéis estado trabajando esta mañana, pequeños.

—Mucho —respondió el Lince.

—De lo lindo —añadió Charley Bates.

—¡Buenos chicos, buenos chicos! —dijo el judío—. ¿Qué traes tú, Lince?

—Un par de carteras —respondió el joven caballero.

—¿Llenas? —preguntó el judío temblando de impaciencia.

—Sí, a rebosar —contestó el Lince, mostrando dos carteras, una verde y otra roja.

—Podrían pesar más —dijo el judío, tras estudiar detenidamente el interior—, pero están como nuevas, y tienen una hechura muy bonita. Buen trabajo, ¿no crees, Oliver?

—Muy bueno, señor, ciertamente —respondió Oliver, ante lo cual el señor Charley Bates se rió a carcajadas, para gran sorpresa de Oliver, que no veía nada gracioso en lo que había ocurrido.

—¿Y tú qué has traído, pequeño? —preguntó Fagin a Charley Bates.

—Unos trapos —respondió el señor Bates, sacándose al mismo tiempo cuatro pañuelos de bolsillo.

—Bien —dijo el judío, examinándolos de cerca—, son de muy buena calidad. Sin embargo, Charley, no los has marcado bien; habrá que deshacer las marcas con ayuda de una aguja, así enseñaremos a Oliver a hacerlo. ¿Quieres, Oliver, eh? ¡Ja, ja, ja!

—Si no es molestia, señor —respondió Oliver.

El señor Bates encontró esta respuesta tan exquisitamente divertida que estalló en otra carcajada, la cual estuvo a punto de provocarle un ahogamiento prematuro al encontrarse con el café que estaba bebiendo y conducirlo a través de algún canal equivocado.

—¡Está más verde que una lechuga! —dijo Charley cuando se hubo recuperado, a modo de disculpa por su comportamiento poco educado.

El Lince no hizo ningún comentario, pero le apartó a Oliver el pelo que le caía sobre los ojos y dijo que iría aprendiendo con el tiempo; ante lo cual el anciano, al darse cuenta de que Oliver se sonrojaba, cambió de tema de conversación y preguntó si había habido mucha gente en la ejecución esa mañana. Esto hizo aumentar su curiosidad, ya que por las respuestas de los chicos estaba claro que los dos habían asistido, y Oliver lógicamente se preguntó cómo era posible que hubiesen tenido tiempo de ser tan industriosos.

Una vez retirado el desayuno, el alegre anciano y los dos chicos se pusieron a jugar a un juego muy curioso y peculiar, que consistía en lo siguiente: el caballero se introdujo una caja de rapé en un bolsillo del pantalón y una billetera en el otro, se puso un reloj en el bolsillo del chaleco, con una cadena alrededor del cuello, y un broche de diamante falso en la camisa, se abotonó el abrigo de arriba abajo y, metiéndose en los bolsillos el estuche de los anteojos y un pañuelo, comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación, emulando la forma en que los caballeros caminan por las calles a cualquier hora del día. A ratos se detenía frente a la chimenea y otras veces junto a la puerta, dando a entender que estaba observando atentamente el escaparate de una tienda. En esos momentos miraba constantemente a su alrededor por temor a los ladrones, y se palmeaba los bolsillos uno a uno para comprobar que no había perdido nada, de una forma tan cómica y natural que Oliver lloraba de la risa. Durante todo el proceso los chicos le seguían pisándole los talones, apartándose de su vista cada vez que se volvía, con tal agilidad que resultaba imposible seguir sus

movimientos. Finalmente, el Lince tropezaba o chocaba con él sin querer, y en ese preciso instante, con la más extraordinaria rapidez, le sustraían la caja de rapé, la billetera, el reloj, la cadena, el broche, el pañuelo e incluso el estuche de anteojos. Si el caballero notaba una mano en cualquiera de los bolsillos, decía a gritos dónde la había notado y el juego volvía a empezar desde el principio.

Cuando ya habían repetido el juego muchas veces llegaron dos señoritas a ver al caballero, una llamada Bet y la otra Nancy. Tenían el pelo muy largo, aunque no muy bien peinado, y llevaban las medias y los zapatos bastante sucios. No es que fueran precisamente bonitas, pero tenían la cara muy sonrosada y parecían muy sanas y fuertes. Tenían un carácter muy abierto y agradable, así que a Oliver le parecieron unas chicas muy simpáticas, y no cabía duda de que lo eran.

La visita se prolongó durante mucho rato. Se sirvieron licores, como consecuencia de la queja de una de las señoritas de sentir frío en su interior, y la conversación tomó un rumbo muy sociable e instructivo. Al cabo del rato, Charley Bates expresó su opinión de que ya era hora de liar el petate, y Oliver pensó que eso debía de significar salir en francés, pues justo después el Lince, Charley y las dos señoritas se marcharon juntos, después de que el amable judío demostrara su generosidad al proveerlos de dinero para gastar.

—Ya lo ves, pequeño —dijo Fagin—, qué vida tan maravillosa, ¿no crees? Tienen todo el resto del día para ellos.

—¿Ya han terminado su trabajo, señor? —preguntó Oliver.

—Así es —respondió el judío—; bueno, a menos que se encuentren con alguna tarea mientras están fuera. De ser así no la rechazarán, de eso puedes estar seguro. Tómales como modelo, pequeño, tómales como modelo —dijo, dando golpes con las tenazas de la chimenea para añadir énfasis a sus palabras—. Haz todo lo que te aconsejen y sigue sus recomendaciones en todo momento, especialmente las del Lince. Él será un gran hombre, y te convertirá a ti en uno también si sigues su ejemplo. ¿Ves el pañuelo que me cuelga del bolsillo, pequeño? —preguntó el judío, interrumpiéndose de pronto.

—Sí, señor —respondió Oliver.

—Prueba a sacarlo, procurando que yo no me dé cuenta, como has visto que hacían ellos esta mañana mientras jugábamos.

Oliver abrió la parte inferior del bolsillo con una mano, igual que había visto hacerlo al Lince, y extrajo el pañuelo suavemente con la otra.

—¿Ya está? —gritó el judío.

—Sí, señor, aquí lo tiene —contestó Oliver, mostrándoselo en la mano.

—Eres un chico muy listo, pequeño —dijo el alegre anciano, dándole palmaditas en la cabeza en gesto de aprobación—. Jamás he visto a un muchacho tan espabilado.

Toma, un chelín. Si sigues por ese camino, serás el más grande de tu época. Y ahora ven aquí, voy a enseñarte a deshacer las marcas de los pañuelos.

Oliver se preguntó qué relación habría entre jugar a sacar un pañuelo del bolsillo del anciano y sus probabilidades de ser un gran hombre, pero pensó que el judío, por ser mucho mayor que él, lo sabría mejor, así que le siguió tranquilamente hasta la mesa y pronto estuvo profundamente absorto en su nuevo aprendizaje.

CAPÍTULO X

De cómo Oliver conoce mejor el carácter de sus nuevos compañeros y paga cara la experiencia adquirida. No por su brevedad deja este de ser un capítulo esencial para el desarrollo de la historia

Oliver permaneció en la habitación del judío durante nueve o diez días, deshaciendo las marcas de los pañuelos, que entraban en la casa a montones, y a veces tomando parte en el juego antes descrito, al que los dos jóvenes y el judío jugaban todos los días regularmente. Por fin, empezó a languidecer por falta de aire fresco, y en muchas ocasiones se permitió implorar fervientemente al anciano que le dejara ir a trabajar junto a sus dos compañeros.

Las ganas de Oliver de estar empleado de forma activa eran consecuencia de la severa moralidad que había observado en el carácter del viejo. Cada vez que el Lince o Charley Bates regresaban a casa con las manos vacías, disertaba con gran vehemencia acerca de la desgracia que constituían costumbres como la pereza o la holgazanería, y les inculcaba la necesidad de una vida hacendosa enviándoles a la cama sin cenar. En una ocasión llegó a lanzarlos a los dos un tramo de escaleras abajo, pero esto fue llevar sus preceptos virtuosos a un extremo inusual.

Por fin, una mañana Oliver obtuvo el permiso que había solicitado tan ansiosamente. Hacía dos o tres días que no había pañuelos con los que trabajar, y las cenas habían sido bastante exiguas. Quizá fuese esta la razón por la cual el caballero dio su consentimiento; fuera así o no, el caso es que le había dicho a Oliver que podía ir, dejándolo bajo la custodia compartida de Charley Bates y su amigo el Lince.

Los tres chicos partieron, el Lince con las mangas del abrigo remangadas y el sombrero medio caído, como de costumbre, el señor Bates paseándose con las manos en los bolsillos, y Oliver en medio de ellos dos, preguntándose adónde irían y qué especialidad de fabricación le enseñarían en primer lugar.

Caminaban a un ritmo tan relajado y vago que Oliver pronto empezó a temer que sus compañeros decepcionarían al anciano por no llegar siquiera al trabajo. El Lince tenía por vicio cierta propensión a quitarles las gorras de la cabeza a los niños y

lanzarlas lejos de ellos, mientras que Charley Bates mostraba unas ideas muy libres en lo referente a los derechos de propiedad, hurtando diversas manzanas y cebollas de los puestos cercanos a la perrera municipal e introduciéndoselas en los bolsillos, cuya capacidad era tan sorprendente que daba la impresión de que sus ropajes iban a estallar en todas direcciones. Tales comportamientos parecían tan reprobables que Oliver estaba a punto de declarar su intención de buscar el camino de vuelta a casa como mejor pudiera, cuando de pronto sus pensamientos tomaron otro rumbo debido a un cambio de actitud muy misterioso por parte del Lince.

Acababan de salir de un patio muy estrecho, no lejos de la plaza descubierta de Clerkenwell, que la gente denomina, por una extraña perversión de términos, «El Parque», cuando el Lince se detuvo de repente y, llevándose el dedo a los labios, empujó a sus compañeros hacia atrás con la mayor precaución y prudencia.

—¿Qué sucede?

—¡Silencio! —replicó el Lince—. ¿Veis a aquel viejo que hay junto al puesto de libros?

—¿El caballero del otro lado de la calle? —dijo Oliver—. Sí, le veo.

—Ese valdrá —dijo el Lince.

—Es una buena pieza —observó Charley Bates.

Oliver dirigió la mirada a uno y otro totalmente asombrado, pero no tuvo ocasión de hacer ninguna pregunta, ya que los dos chicos cruzaron la calle sigilosamente y se situaron justo detrás del caballero del que habían hablado antes. Oliver dio algunos pasos tras ellos, pero como no sabía si avanzar o retroceder, simplemente se quedó mirando con silenciosa estupefacción.

El caballero tenía una apariencia muy respetable, pues tenía el pelo blanco y llevaba anteojos con monturas de oro, vestía un abrigo color verde oscuro con solapas de terciopelo negro y un pantalón blanco, y sostenía un bonito bastón de bambú bajo el brazo. Había cogido un libro del tenderete y permanecía allí de pie, leyendo atentamente como si estuviera sentado en el sillón de su estudio. De hecho, era muy probable que se encontrase cómodo allí, ya que por su completa abstracción estaba claro que no era consciente ni del tenderete, ni de la calle, ni de los chicos; de nada, en resumen, más que del libro, que leía de un tirón, volviendo la hoja cada vez que llegaba al final de la página y empezando por la primera línea de la siguiente, avanzando con el mayor interés y entusiasmo.

¡Cuál sería el miedo y el sobresalto de Oliver, mientras esperaba a unos metros de distancia, observando con los ojos lo más abiertos posible, cuando vio cómo el Lince introducía la mano en el bolsillo del caballero y sacaba un pañuelo, que le entregó a Charley Bates y con el cual ambos doblaron la esquina a toda velocidad!

En un solo instante, todo el misterio de los pañuelos, los relojes, las joyas y el judío pasó como una ráfaga ante los ojos del niño. Se quedó quieto un momento, notando

cómo la sangre le hervía en las venas del espanto, hasta el punto de que le parecía estar dentro de una hoguera. Después, confundido y asustado, echó a correr tan rápido como pudo sin saber lo que hacía.

Todo esto ocurrió en el espacio de un minuto, y en el mismo instante en que Oliver empezó a correr, el caballero se metió la mano en el bolsillo y, al echar en falta el pañuelo, se volvió bruscamente. Al ver al niño que corría a tal velocidad, lógicamente dedujo que era el saqueador, y gritando «¡Al ladrón!» con todas sus fuerzas, se precipitó tras él con el libro en la mano.

Pero el anciano no fue el único en levantar clamor: el Lince y el señor Bates, para evitar llamar la atención pública corriendo en plena calle, se habían limitado a refugiarse en el primer portal que encontraron nada más torcer la esquina. Tan pronto como oyeron el grito y vieron correr a Oliver, adivinaron exactamente lo que había ocurrido y, lanzándose a la carrera con la mayor prontitud al grito de «¡Al ladrón!», se unieron a la persecución como buenos ciudadanos.

Aunque Oliver se había criado rodeado de filósofos, estos no le habían enseñado la base teórica de su hermosa doctrina, según la cual la propia conservación es la primera ley de la naturaleza. De ser así, quizá hubiera estado preparado para esto. Sin embargo, como no era este el caso, su pánico fue mucho mayor, y continuó corriendo como alma que lleva el diablo, con el anciano y los dos chicos bramando y gritando en sus talones.

«¡Al ladrón, al ladrón!» Estas palabras producen un efecto mágico. El comerciante sale del mostrador y el carretero se baja del carro, el carnicero deja caer la bandeja, el panadero suelta la cesta y el lechero el cántaro, el recadero tira los paquetes, el escolar abandona las canicas, el obrero deja el pico, el niño arroja la raqueta: allá corren, a la desbandada, a la carrera, al galope, aullando, chillando y gritando, derribando a los peatones al doblar las esquinas, enfureciendo a los perros, espantando a las gallinas, mientras el sonido retumba en las calles, en las plazas, en los patios.

«¡Al ladrón, al ladrón!» Un centenar de voces secundan el grito, la muchedumbre se va acumulando en cada esquina. Allá vuelan, salpicando en el fango, haciendo temblar el empedrado; las ventanas se abren, la gente sale, la multitud avanza. Todo el público abandona a Polichinela en mitad de la función y, uniéndose a la multitud apresurada, infla el grito: «¡Al ladrón, al ladrón!».

«¡Al ladrón, al ladrón!» La obsesión por ir a la caza de algo está profundamente arraigada en el interior del ser humano. Un niño desdichado y sin aliento, que jadea exhausto, con la mirada llena de terror, los ojos llenos de agonía, la cara surcada por grandes gotas de sudor, tensa cada nervio al máximo para sacar ventaja a sus perseguidores; y estos, que le siguen el rastro, y se acercan más a cada paso, vitorean

su debilidad creciente con voces cada vez más fuertes, y claman y gritan de alegría: «¡Al ladrón!». ¡Deténganlo, por el amor de Dios, aunque solo sea por piedad!

Detenido, por fin. Un golpe maestro. Está tendido en el suelo y la multitud se amontona ansiosa en torno a él, los que van llegando empujan y forcejean con los demás intentando vislumbrar algo.

—¡Apártense!

—¡Déjenle respirar!

—¡Ni hablar! No lo merece.

—¿Dónde está el caballero?

—Aquí viene, bajando la calle.

—¡Abran paso al caballero!

—¿Es este chico, señor?

—Sí.

Oliver estaba tirado en el suelo, cubierto de barro y polvo y sangrando por la boca, mirando extraviado las caras que se amontonaban a su alrededor, cuando los perseguidores más adelantados arrastraron y empujaron diligentemente hacia el interior del círculo al caballero, que respondió así a las acuciantes preguntas.

—Sí —dijo el anciano en tono benevolente—, me temo que es él.

—¡Se teme! —murmuró el gentío—. ¡Esa sí que es buena!

—¡Pobre chico! —dijo el caballero—, se ha hecho daño.

—He sido yo, señor —declaró un muchachote desgarrado dando un paso hacia delante—, y bien que me he herido en los nudillos al estampárselos contra la boca. Yo le detuve, señor.

El muchacho se llevó la mano al sombrero con una sonrisilla, esperando algo a cambio de su diligencia, pero el caballero le lanzó una mirada de aversión y miró nervioso a su alrededor, como si contemplara la idea de huir él también, dando así lugar a una nueva persecución; algo que muy probablemente hubiera sucedido de no ser porque un oficial de policía (que en estos casos es siempre la última persona en llegar) se abrió paso entre la multitud y, agarrando a Oliver por el cuello de la camisa, le ordenó con brusquedad:

—Venga, levántate.

—No he sido yo, se lo aseguro, señor. Han sido otros dos chicos, de verdad —dijo Oliver, retorciéndose las manos con desesperación y mirando a su alrededor—; tienen que estar por aquí cerca.

—Pues me parece que ya se han ido —dijo el oficial en tono irónico, pero resultó que era verdad, ya que el Lince y Charley Bates se habían dado a la fuga por el primer callejón que habían creído conveniente—. Venga, levántate.

—No le haga daño —dijo el anciano con gesto compasivo.

—Ah, no, no le haré daño —replicó el oficial, y como prueba de ello desgarró la chaqueta de Oliver hasta la mitad de la espalda—. Vamos, que ya te veo venir, pero no te va a servir de nada. ¿Quieres ponerte derecho, diablillo?

Oliver apenas podía tenerse en pie, pero se las arregló como pudo, y el oficial le arrastró por la calle a paso rápido, sujetándole del cuello de la chaqueta. El caballero caminaba junto a ellos, al lado del oficial, y parte de la muchedumbre se les adelantó unos metros y se volvían para mirar a Oliver de cuando en cuando. Así avanzaban, mientras la chiquillería voceaba llena de júbilo.

CAPÍTULO XI

Del señor Fang, el juez de paz, con una pequeña muestra de su modo de administrar la justicia

Como el delito se cometió en el mismo distrito de una oficina muy conocida de la policía metropolitana (de hecho, muy cerca de ella), la multitud tuvo únicamente la satisfacción de acompañar a Oliver dos o tres calles hasta llegar a un lugar llamado Mutton Hill. Allí le condujeron por una bóveda baja y un patio sucio a este dispensario de justicia sumaria por la puerta de atrás. Entraron en un pequeño patio empedrado y allí encontraron a un hombre corpulento y bigotudo con un manajo de llaves.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo el hombre, desinteresado.

—Un raterillo —contestó el hombre a cargo de Oliver.

—¿Es usted la víctima del robo, caballero? —preguntó el hombre de las llaves.

—Sí, señor —respondió el caballero—, pero no estoy seguro de que este niño sea quien me robó el pañuelo. Yo... yo casi preferiría no presentar cargos.

—Pues ahora debe comparecer ante el juez, caballero —respondió el hombre—. Su señoría estará libre en seguida. ¡Vamos, carne de horca!

Con estas palabras invitó a Oliver a entrar en una celda de piedra cuya puerta abrió mientras hablaba. Aquí le registraron y, como no le encontraron nada encima, le encerraron.

Por el tamaño y la forma, la celda se parecía a una bodega, aunque era menos luminosa. Estaba más sucia de lo que nadie podría soportar, ya que era lunes por la mañana y allí habían estado presos unos seis borrachos desde el sábado por la noche, pero esto es un detalle sin importancia. En nuestras comisarías, se encarcela a hombres y mujeres por los delitos más triviales en mazmorras tales, que en comparación la prisión de Newgate, donde se encuentran los más atroces delincuentes juzgados, declarados culpables y condenados a muerte, es un palacio. Y si alguien tiene alguna duda, no tiene más que comparar.

—El caso es que esa carita —se dijo el caballero alejándose pensativo mientras se daba pequeños toques en la barbilla con la cubierta del libro— tiene algo que me

resulta conmovedor e interesante. ¿Será inocente? Lo parecía... ¡Por cierto! —exclamó el caballero parándose en seco y mirando fijamente hacia el cielo—. ¿Dónde he visto, válgame Dios, una mirada como esa?

Tras quedarse pensando durante unos minutos, el caballero entró con el mismo semblante meditabundo en una antesala que daba al patio y allí, recogido en una esquina, evocó un inmenso anfiteatro de caras que permanecían ocultas tras un oscuro telón desde hacía años.

—No —dijo el caballero sacudiendo la cabeza—, deben de ser imaginaciones mías.

Volvió a evocar aquellos rostros. Los había llamado a su presencia, pero no le resultó nada fácil disipar la nebulosa que los había ocultado durante tanto tiempo. Rememoró rostros amigos y enemigos, y muchos rostros casi desconocidos que miraban sin tapujos desde la muchedumbre; rostros de chicas jóvenes y radiantes que hoy eran ya ancianas; otros de quienes la tumba ya había convertido en espantosas presas, pero que la memoria, superior al poder de esta, seguía vistiendo con su belleza y frescura de antaño, invocando el brillo de sus ojos, la alegría de su sonrisa, el resplandor de su alma que atraviesa su máscara de arcilla, y hablando en susurros de la belleza más allá de la muerte, alterada para ser enaltecida, y arrancada de la tierra para ser luz que ilumine con suavidad y dulzura el camino hacia el cielo.

A pesar de todo, el caballero fue incapaz de evocar ningún semblante cuyos rasgos le recordasen a los de Oliver, así que suspiró a causa de los recuerdos que se habían despertado en él y, como, para su fortuna, era un hombre viejo y distraído, volvió a sumergirse en las páginas del mohoso libro.

Le sacó de su abstracción un golpecito en el hombro por parte del carcelero, que le invitaba a seguirle hasta la sala. Cerró el libro a toda prisa y el hombre le condujo por fin a la imponente presencia del renombrado señor Fang.

La sala era exterior y tenía la pared panelada. El señor Fang estaba sentado en el estrado, tras el banquillo, y a un lado de la puerta había una especie de redil en el que habían dejado a Oliver todo tembloroso ante lo espantoso de la escena.

El señor Fang era de mediana estatura y cabello ralo, y el poco que tenía le crecía por las sienes y la nuca. Su rostro era severo y colorado. Y si acaso no hubiera tenido el hábito de beber algo más de lo que le convenía, habría podido presentar una demanda contra su semblante por difamación e incluso le hubieran indemnizado por daños y perjuicios.

El viejo caballero realizó una respetuosa reverencia, se adelantó hasta el estrado y, uniéndolo acción y palabra, dijo:

—Estos son mi nombre y dirección, señoría.

Dicho esto, retrocedió un par de pasos y con otra amable inclinación de cabeza digna de un caballero esperó a que se le preguntara.

Pero resultó que el señor Fang, en ese preciso momento, estaba leyendo detenidamente un editorial del periódico de la mañana en el que se hacía alusión a una reciente sentencia suya y se llamaba la atención del ministro del Interior hacia su persona por enésima vez. Estaba de mal humor y, levantando la mirada con ojos encolerizados, preguntó:

—¿Quién es usted?

El caballero señaló sorprendido la tarjeta.

—¡Alguacil! —exclamó el señor Fang, apartando desdeñosamente la tarjeta junto al periódico—. ¿Quién es este hombre?

—Yo soy, señoría —contestó el caballero hablando como tal—, soy Brownlow, señoría. Y permítame preguntar cómo se llama el juez que profiere insultos gratuitos, bajo el amparo de la ley, a una persona respetable sin que esta le haya provocado con anterioridad —dicho lo cual, el señor Brownlow recorrió la oficina con la mirada como si buscara a alguien que le proporcionara la información solicitada.

—¡Alguacil! —dijo el señor Fang, echando el periódico a un lado—. ¿De qué se le acusa?

—No es el acusado, señoría —respondió el alguacil—. Comparece contra el niño.

Su señoría lo sabía perfectamente, pero pensó que esa era una buena manera de indignar a alguien, además de una de las fáciles.

—Así es que comparece contra el niño, ¿no? —dijo el señor Fang, contemplándolo con desdén de pies a cabeza—. ¡Que preste juramento!

—Antes de prestar juramento, pido permiso para decir unas palabras —inició Brownlow—: Yo nunca en mi vida, si no hubiera sufrido esta experiencia, habría creído...

—¡A callar, señor! —exigió el señor Fang perentoriamente.

—¡No me callo, señoría! —replicó el valiente caballero.

—¡Cállese inmediatamente o le expulso de la sala! —dijo el señor Fang—. Es usted un insolente y un deslenguado. ¡Cómo osa hablar así a un juez!

—¡¿Qué?! —exclamó el señor Brownlow rojo de cólera.

—Que se le tome juramento —le dijo el señor Fang al secretario—. No quiero oír ni una palabra más. ¡Tómele juramento!

La indignación del señor Brownlow aumentó en gran medida, pero el caballero pensó que si le daba rienda suelta, únicamente conseguiría perjudicar al niño, por lo que se contuvo y prestó juramento al fin.

—Y bien —dijo el señor Fang—, ¿de qué acusa a este pobre niño? ¿Qué es lo que tiene que declarar, caballero?

—Estaba en un puesto de libros... —comenzó el señor Brownlow.

—¡A callar, señor! —dijo el señor Fang—. ¡Agente! ¿Dónde está ese agente? Venga, tómele juramento al agente. Proceda, agente.

El agente, con gesto humilde, relató cómo habían detenido a Oliver, cómo le habían registrado y no le habían encontrado nada encima y cómo eso era todo lo que él sabía sobre el asunto.

—¿Hay testigos? —preguntó el señor Fang.

—No, señoría —respondió.

El señor Fang permaneció callado unos minutos y fue entonces cuando, volviéndose hacia la acusación, gritó encolerizado:

—¿Me puede decir de qué acusa a este niño, sí o no? Ya se le ha tomado juramento. Si ahora usted se niega a testificar, le sancionaré por desacato al tribunal. Se lo juro por...

Por qué o por quién, nadie lo sabe, ya que el secretario y el carcelero tosieron estrepitosamente en ese preciso momento y además al primero se le cayó un libro pesado, por lo que la palabra no pudo oírse; todo pura casualidad, por supuesto.

Con muchas interrupciones y repetidos insultos, el señor Brownlow logró declarar y puntualizó que, con la sorpresa del momento, se fue tras el niño únicamente por haberlo visto correr, y añadió que esperaba que, si su señoría le creía relacionado con los ladrones, puesto que no era él mismo el ladrón, fuera tan indulgente en el castigo como la justicia le permitiera.

—Ya le han hecho daño —dijo el caballero a modo de conclusión—. Y me temo que... —añadió enérgicamente dirigiéndose al banquillo—, mucho me temo que está enfermo.

—Sí, claro, ¡cómo no! —dijo el señor Fang con sarcasmo—. Aquí no quiero ni una de tus artimañas, picaruelo, no te funcionarán. ¿Cómo te llamas?

Oliver intentó responder, pero le falló el habla. Estaba totalmente pálido y la sala le daba vueltas.

—¿Que cómo te llamas, sinvergüenza! —inquirió el señor Fang—. Alguacil, ¿cómo se llama?

Esta pregunta iba dirigida a un viejo bonachón con un chaleco a rayas que se encontraba al lado del banquillo. Este se inclinó hacia Oliver y le repitió la pregunta, pero viendo que era incapaz hasta de comprenderla y sabiendo que si no respondía al juez, este se enfurecería en extremo y la severidad de la sentencia no haría más que aumentar, se atrevió a responder al azar.

—Dice que se llama Tom White, señoría —contestó el buen cazaladrones.

—Así es que no quiere hablar en voz alta, ¿eh? —dijo el señor Fang—. Muy bien, muy bien. ¿Dónde vive?

—Donde puede, señoría —contestó el alguacil fingiendo que era Oliver el que le daba la respuesta.

—¿Tiene padres? —preguntó el señor Fang.

—Dice que murieron cuando era un bebé, señoría —se aventuró a responder con la típica historia.

Llegados a este punto del interrogatorio, Oliver levantó la mirada suplicante e imploró en un murmullo un sorbo de agua.

—¡Cuentos chinos! —reprendió el señor Fang—. Tú a mí no me tomas el pelo.

—Yo creo que está enfermo de verdad, señoría —le reprochó el alguacil.

—Tú qué sabrás —dijo el señor Fang.

—Cuidado, alguacil —dijo el caballero, levantando instintivamente las manos—, se cae.

—¡Apártese! —gritó el señor Fang—. Que se caiga si le place.

Oliver se acogió al permiso de su señoría y cayó al suelo víctima de un desvanecimiento. Los presentes en la sala se miraron, pero nadie se atrevió a mover ni un dedo.

—Sabía que estaba fingiendo —dijo el señor Fang, como si lo ocurrido fuera una prueba incontestable del hecho—. Déjenlo ahí tirado. Ya se cansará del cuento.

—¿Cómo piensa proseguir con la causa, señoría? —preguntó el secretario en voz baja.

—Sumariamente —contestó el señor Fang—. Queda condenado a tres meses... de trabajos forzados, claro. Desalojen la sala.

Acto seguido se abrió la puerta y, al tiempo que un par de hombres se disponían a recoger al niño inconsciente para llevarlo a la celda, se precipitó en la sala, en dirección al estrado, un anciano decente pero de apariencia pobre, vestido con traje negro.

—¡Alto, alto! No se lo lleven. Por el amor de Dios, un momento —clamó el recién llegado, sin aliento por las prisas.

Aunque los genios que presiden salas como esta ejerzan un poder arbitrario y sumario sobre las libertades, el buen nombre, la reputación y prácticamente las vidas de los súbditos de Su Majestad, sobre todo los de las clases más pobres; y aunque entre dichas paredes se jueguen suficientes malas pasadas para que los ángeles lloren grandes lágrimas de sangre, estas salas están cerradas al público excepto a través de la prensa diaria. Por lo tanto el señor Fang se indignó no poco al ver a un espontáneo entrando en su sala de modo tan irreverente.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es usted? Echen fuera a este hombre. Desalojen la sala —gritaba el señor Fang.

—Quiero hablar —dijo el hombre—. No me va a echar. Lo he visto todo. Soy el responsable del puesto de libros. Quiero prestar juramento. No me harán callar. Señor Fang, tiene que escucharme. No puede negarse.

El hombre estaba en lo cierto. Su conducta fue osada y decidida, además de que el caso estaba tomando un cariz demasiado serio para silenciarlo.

—Tómele juramento —gruñó a regañadientes—. Y bien, ¿qué tiene que decir?

—Lo siguiente —contestó el hombre—. He visto a tres niños, el prisionero y otros dos, ganduleando en la acera de enfrente mientras este caballero leía. Fue otro niño el que cometió el robo. Yo lo vi. Y también vi cómo este niño se quedaba atónito y estupefacto ante al robo.

Una vez hubo recuperado el aliento, el respetable propietario del puesto de libros procedió a relatar las circunstancias exactas del robo de un modo más coherente.

—¿Por qué razón no ha venido usted antes? —preguntó el señor Fang tras una pausa.

—No encontraba a nadie que me cuidara el puesto —contestó el hombre—. Toda la gente de confianza estaba en la persecución. Es más, no he podido encontrar a nadie hasta hace cinco minutos y ha sido entonces cuando he venido corriendo.

—De modo que la acusación estaba leyendo, ¿no es así? —preguntó el señor Fang tras otra pausa.

—Sí —contestó el hombre—. Ese mismo libro que tiene en las manos.

—¡Ah! Ese libro, ¿verdad? —dijo el señor Fang—. Pero ¿está pagado?

—No, señor —contestó el hombre esbozando una sonrisa.

—¡Pero seré...! ¡Se me ha olvidado! —exclamó el despistado caballero inocentemente.

—¡Y aún presenta cargos contra un pobre chiquillo! —comentó el señor Fang forzando una sonrisa para parecer humano—. En mi opinión, señor, usted ha tomado posesión del libro bajo circunstancias sospechosas y vergonzantes; es más, debería sentirse afortunado de que el dueño de la propiedad rehúse denunciarle. Confío en que esto le sirva de lección, caballero, o la ley caerá sobre usted. El niño queda libre de todos los cargos. Desalojen la sala.

—¡Maldita sea! —gritó el caballero, reventando de ira largo tiempo reprimida—. ¡Maldita sea! Le voy a...

—Desalojen la sala —bramó el juez—. Desalojen la sala, ¿o es que no me han oído? ¡Alguaciles!

Se obedeció el mandato, pero al indignado señor Brownlow se le desalojó con el libro en una mano y el bastón de bambú en la otra, preso de un arrebató de furia desafiante.

Una vez hubo llegado al jardín, dicho arrebató se desvaneció de inmediato. El pequeño Oliver Twist yacía tendido en el suelo, le habían desabotonado la camisa y remojado las sienes con agua, estaba pálido como un cadáver y le temblaba todo el cuerpo.

—¡Pobre criatura, pobre criatura! —dijo el señor Brownlow, inclinándose sobre Oliver—. Un coche, que alguien pida un coche. ¡Inmediatamente!

El coche llegó y tumbaron a Oliver con sumo cuidado en un asiento; el caballero subió y se sentó en otro.

—¿Le puedo acompañar? —preguntó el librero echando un vistazo dentro.

—Por Dios, sí, amigo —se apresuró a decir el señor Brownlow—. Ya me olvidaba de usted. Madre mía, madre mía. ¡Si todavía tengo el dichoso libro! Suba. Pobre hombre. No hay tiempo que perder.

Y así pues, el librero subió al coche y se marcharon a toda prisa.

CAPÍTULO XII

De cómo Oliver es mejor cuidado que nunca, con algunos detalles relativos a cierto cuadro

El coche traqueteaba siguiendo aproximadamente el mismo camino que Oliver atravesó cuando llegó por primera vez a Londres junto con el Lince, pero al llegar al Angel de Islington cambió de dirección y se detuvo por fin frente una casa pulcra en una calle sombreada cerca de Pentonville. Se preparó al instante una cama en la que el señor Brownlow dispuso al niño de la manera más cómoda y cuidadosa, y allí fue atendido con una amabilidad y solicitud sin límites.

Durante días, Oliver fue inconsciente del sinfín de bondades de sus nuevos amigos. Muchas veces salió el sol y se puso, y salió y se puso de nuevo sin que lo viera el niño que permanecía tendido en la cama, agitado, presa de una fiebre que le consumía.

Por fin, débil, pálido y delgado, salió de lo que parecía haber sido un sueño largo y penoso. Con sumo esfuerzo se incorporó en la cama, apoyó la cabeza en un brazo tembloroso y miró ansiosamente a su alrededor.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde me han traído? —dijo Oliver—. Esta no es la habitación donde me dormí.

Musitó estas palabras con voz queda, pues se encontraba extenuado, pero sin embargo le oyeron a la primera, porque la cortina de la cama se abrió de inmediato y apareció una señora de cierta edad y de aspecto maternal y pulcro que, al tiempo que descorría la cortina, se levantó rápidamente de la butaca en la que se encontraba haciendo calceta.

—No hables, mi vida —dijo la señora en voz baja—. Estate quietecito o enfermarás de nuevo. Has estado muy malito, todo lo malito que se puede estar, pequeño. Túmbate, cariño.

Y con estas palabras la señora le colocó a Oliver la cabeza sobre la almohada y le retiró el pelo de la frente en tanto que le miraba con tal cariño y atención que el niño no pudo evitar poner la debilitada manita sobre la de ella y rodearle el cuello con los brazos.

—¡Jesús! —exclamó la mujer con lágrimas en los ojos—. Qué niño tan agradecido. ¡Criaturita! ¿Qué sentiría su madre si lo hubiera velado como lo he hecho yo y pudiera ver esto?

—Puede que me esté viendo —susurró Oliver, juntando las manos—. Puede que se haya sentado junto a mí. Me parece como si la sintiera.

—Eso es por la fiebre, mi vida —dijo la señora suavemente.

—Supongo que sí —respondió Oliver—; porque el cielo queda muy lejos y además allí se es muy feliz para bajar a los pies del lecho de un niño pobre. No obstante, si ella hubiera sabido que estaba enfermo, se hubiera apiadado de mí, incluso estando donde está, ya que ella misma estuvo muy enferma antes de morir. Con todo, no debe de saber nada sobre mí —añadió Oliver tras un momento de silencio—, porque si hubiera visto cómo me pegaban, se hubiera sentido afligida, y siempre que la he visto en sueños aparecía alegre y feliz.

Sin dar contestación alguna, la señora se secó las lágrimas primero y las gafas, que había dejado sobre la colcha, después, como si las gafas fueran parte integrante de los ojos; acto seguido, le trajo algo fresco para beber y le dijo que debía acostarse y quedarse muy tranquilo o se pondría enfermo de nuevo.

Así pues, Oliver se quedó bien quieto, en parte porque no quería en modo alguno desobedecer a aquella mujer tan agradable y, a decir verdad, en parte porque se encontraba completamente exhausto tras las pocas palabras que ya había pronunciado. Pronto quedó sumido en un dulce sueño, del que despertó gracias a la luz de una vela que había acercado a la cama un caballero con un ruidoso reloj de oro en la mano que le tomó el pulso y le dijo que ya estaba muchísimo mejor.

—Tú estás muchísimo mejor, ¿verdad, pequeño? —preguntó el caballero.

—Sí, gracias, señor —respondió Oliver.

—De nada —dijo el caballero—. A que tienes hambre, ¿eh?

—No, señor —respondió Oliver.

—¡Ejem! —dijo el caballero—. No, si ya lo sabía yo. No tiene hambre, señora Bedwin —dijo el caballero, con aspecto de saber mucho.

La señora asintió con una respetuosa inclinación de la cabeza, que reflejaba su idea de que el doctor era una persona muy inteligente. El doctor parecía compartir esa opinión.

—Tienes sueño, ¿verdad, pequeño? —preguntó el doctor.

—No, señor —contestó Oliver.

—No —dijo el doctor, mirándole satisfecho y sagaz—. No tienes sueño. No tendrás sed, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que un poco —respondió Oliver.

—Tal y como esperaba, señora Bedwin —dijo el doctor—. Es completamente normal que tenga sed. Puede usted darle un poco de té y unas rebanadas de pan

tostado sin mantequilla. Procure que no esté muy abrigado, pero tampoco deje que se enfríe. ¿Será usted tan amable?

La señora le hizo una reverencia. Y el doctor, tras probar la bebida fresca y dar su aprobación profesional, salió a toda prisa escaleras abajo, con las botas crujiendo al compás de su paso importante y próspero.

Al poco rato, Oliver se durmió de nuevo, y cuando despertó ya era casi medianoche. La señora maternal se despidió de él hasta el día siguiente para confiarlo al cuidado de una señora vieja y gorda que acababa de llegar y que traía consigo envuelto en un fardo un libro de plegarias y un gran gorro de dormir. Poniéndose el segundo en la cabeza y el primero sobre la mesa, y tras decirle a Oliver que estaba allí para velarle, se acercó a la chimenea y se entregó a una serie de cabezadas intercaladas con frecuentes inclinaciones hacia delante y gemidos y atragantamientos varios cuyo peor efecto no era otro que el de frotarse la nariz con fuerza y volver a dormirse.

Y así, lentamente, fue avanzando la noche. Oliver permaneció despierto algún tiempo, ocupado en contar los pequeños círculos de luz que la vela proyectaba sobre el techo, o siguiendo con su lánguida mirada la trama del papel de la pared. La oscuridad y la profunda quietud que reinaban en la habitación eran solemnes y, como le evocaban la idea de que la muerte había estado rondando por allí durante muchos días y muchas noches, y aún podía llenarla con el terror y la soledad de su horrible presencia, Oliver se refugió en la almohada y rezó al cielo una fervorosa oración.

Poco a poco se fue hundiendo en ese sueño profundo y sereno que solo proporciona el alivio del sufrimiento reciente, ese que ofrece tanta calma y tranquilidad y del que resulta doloroso despertar. Si eso fuera la muerte, ¿quién querría despertar a las penalidades y batallas de la vida, a las preocupaciones del presente, a las inquietudes del porvenir y, lo que es más, a los pesados recuerdos del pasado?

Ya hacía horas que era de día cuando Oliver abrió los ojos, y al hacerlo experimentó una sensación de alegría y bienestar. Había superado lo peor de la enfermedad, estaba sano y salvo, y volvía a pertenecer al mundo.

Al cabo de tres días, ya era capaz de sentarse en una poltrona bien provista de almohadas y, como se encontraba todavía muy débil para andar, la señora Bedwin hizo que lo transportaran abajo, al cuarto del ama de llaves, que era el suyo, y una vez instalado allí el niño, cerca de la chimenea, la buena señora se sentó también y, en un arrebató de alegría por verle muchísimo mejor, rompió a llorar a lágrima viva.

—No me hagas caso, mi vida —dijo la señora—. Tan solo es una buena llorera. Mira, ya se me ha pasado. Ya me encuentro mejor.

—Es usted amabilísima, señora —dijo Oliver.

—Bueno, déjalo estar, mi niño —dijo la señora—, que eso no tiene nada que ver con el caldo que te vas a tomar, que ya hace rato que es la hora, porque dice el doctor

que puede que el señor Brownlow venga a verte esta mañana. Y debemos estar lo más guapos posible, pues cuanto más guapos estemos, más contento se pondrá él.

Y sin perder tiempo, la señora se puso a calentar en una olla un cazo de caldo lo suficientemente espeso para proporcionar una comida copiosa, una vez rebajado a la espesura habitual, a trescientos cincuenta pobres, contando por lo bajo.

—¿Te gustan los cuadros? —preguntó la señora al ver que Oliver tenía los ojos fijos en un retrato que colgaba de la pared de enfrente.

—La verdad es que no lo sé, señora —dijo Oliver, sin apartar la mirada del lienzo—. He visto tan pocos cuadros que no sabría qué decirle. ¡Es que tiene una cara tan hermosa esa mujer!

—¡Huy! —exclamó la señora—, los pintores siempre embellecen a las señoras porque, si no, no harían negocio, niño. El hombre que ha inventado esa máquina que te saca como eres debería haberse dado cuenta de que eso no tendrá éxito, es demasiado fiel. Demasiado —dijo la señora, carcajeándose de su perspicacia.

—¿Es... es eso un retrato, señora? —dijo Oliver.

—Sí —dijo la señora, levantando un momento la vista del caldo—, es un retrato.

—¿De quién, señora? —preguntó Oliver.

—Pues la verdad, cariño, no lo sé —contestó la señora de buen humor—. No es un retrato de nadie a quien tú o yo conozcamos, supongo. Te has quedado fascinado, mi vida.

—Es tan... tan hermosa —dijo Oliver.

—Pero bueno, no le tendrás miedo por eso, ¿verdad? —preguntó la señora, al darse cuenta con gran sorpresa del sobrecogimiento con el que el niño observaba el cuadro.

—No, no —replicó rápidamente Oliver—. Sin embargo, la mirada parece triste, y además, desde donde estoy sentado, parece que la tenga fija en mí. Hace que se me acelere el corazón —añadió Oliver en un susurro—, como si estuviera viva y quisiera hablarme, pero no pudiera.

—¡Ay, Señor! —exclamó la señora—. No hables de ese modo, niño, que estás débil y nervioso por la enfermedad. Te voy a dar media vuelta a la poltrona y así no verás el retrato. ¡Hala! —dijo uniendo acción y palabra—, ahora ya no lo ves.

Pero Oliver sí que seguía viéndolo, con los ojos de la imaginación, de un modo tan vívido como si no le hubiesen cambiado de posición. Sin embargo, decidió no preocupar a la señora, por lo que cada vez que le miraba, él sonreía. Así pues, la señora Bedwin, satisfecha de que se sintiera más cómodo, preparó unos tostones, con todo el ajetreo propio de dicha preparación, y los echó al caldo. Oliver se encargó de ellos con diligencia y apenas se había llevado la última cucharada a la boca cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo la señora, y entró el señor Brownlow.

El caballero se acercó tan brioso como pudo, pero apenas se hubo alzado las gafas hasta la frente y se hubo llevado las manos a la espalda de su bata para contemplar a Oliver, su rostro comenzó a transformarse en una serie de extrañas muecas. Oliver, a pesar de estar cansado y apagado por la enfermedad, intentó levantarse para presentar sus respetos a su benefactor, pero volvió a caer en la poltrona. Y es el caso que el señor Brownlow, que tenía el corazón más grande que seis caballeros de inclinaciones humanitarias juntos, hizo llegar una gran cantidad de lágrimas a sus ojos mediante un proceso hidráulico que aún no tenemos suficientes conocimientos para explicar.

—¡Pobre niño! ¡Pobre niño! —exclamó, procurando aclarar la garganta—. Hoy tengo la voz ronca, señora Bedwin. Me temo que me he resfriado.

—¡Dios no lo quiera! —contestó la señora Bedwin—. Toda la ropa que le he preparado estaba bien seca, señor.

—Pues, no sé, señora Bedwin, no sé —contestó el señor Brownlow—. Puede que ayer en la cena me tocara una servilleta húmeda, pero déjelo estar. ¿Cómo te encuentras, hijo?

—Muy feliz, señor —respondió Oliver—. De hecho, muy agradecido por su bondad hacia mí, señor.

—Qué niño tan bueno —dijo el señor Brownlow con firmeza—. ¿Le ha dado usted de comer, señora Bedwin? ¿Algún brebaje que otro?

—Acaba de tomarse un tazón de caldo riquísimo, señor —respondió la señora Bedwin, irguiéndose ligeramente y enfatizando la palabra caldo para dejar bien claro que los brebajes y el caldo no tenían nada que ver.

—¡Aj! —exclamó el señor Brownlow con un ligero escalofrío—. Un par de copas de vino blanco sí que te hubieran hecho mejorar. ¿Digo bien, Tom White?

—Me llamo Oliver, señor —puntualizó el enfermo muy sorprendido.

—¡Oliver! —repitió el señor Brownlow—. Oliver, ¿qué más? White, ¿no?

—No, señor, Oliver Twist.

—Qué nombre tan extraño —dijo el caballero—. ¿Y entonces por qué le dijiste al juez que tu nombre era Tom White?

—Yo no he dicho eso nunca, señor —afirmó asombrado.

Esta afirmación tenía tal apariencia de mentira que provocó que el señor Brownlow lanzara una mirada severa a Oliver. Sin embargo, era imposible dudar del niño; Oliver rezumaba sinceridad por todas y cada una de sus facciones.

—Debió de ser un equívoco —dijo el señor Brownlow.

Pero, a pesar de que el motivo para mirar a Oliver con severidad ya había desaparecido, él continuó observándolo, ya que el recuerdo del parecido que mantenía con algún rostro familiar volvió con tanta fuerza que no podía evitarlo.

—Espero que no se haya enfadado conmigo, señor —dijo Oliver, alzando la vista con expresión suplicante.

—No, en absoluto —contestó el caballero—. Pero... ¿pero qué ven mis ojos? ¡Señora Bedwin, mire esto!

Y así, mientras hablaba, señalaba con el índice alternativamente la cara de Oliver y el cuadro colocado sobre la cabeza del niño. Era su vivo retrato: los ojos, la cabeza, la boca, todos y cada uno de los rasgos. En ese instante, la expresión era tan similar que hasta la línea más minúscula parecía haber sido reproducida con una exactitud totalmente sobrenatural.

Oliver no conocía el motivo de esta repentina exclamación, y puesto que no se sentía suficientemente fuerte para soportar el susto que le dio, se desmayó.

CAPÍTULO XIII

El relato vuelve a ocuparse del alegre anciano y de sus jóvenes amigos. Se presentan al inteligente lector nuevos personajes, con los cuales están relacionadas varias cuestiones agradables de la presente historia

Cuando el Lince y su experto amigo el señor Bates, como ya se ha descrito con claridad en un capítulo anterior, se unieron al tropel que perseguía a Oliver como consecuencia del traslado ilegal de la propiedad personal del señor Brownlow, les movía, como ya tuvimos allí ocasión de observar, una loable y lógica consideración hacia sí mismos. Además, como la inmunidad del sujeto y la libertad individual son uno de los primeros y más altos motivos de orgullo del verdadero inglés, no me veo en la necesidad de rogar al lector que observe que esta acción ha de contribuir a exaltarlos en la opinión de todos los hombres públicos y patriotas, en casi la misma proporción en la que esta viva prueba de su inquietud por su propia conservación y seguridad corrobora y confirma el pequeño código legal que ciertos filósofos profundos de buen juicio han establecido como fuente primordial de todos los actos y acciones de la madre Naturaleza; y es que dichos filósofos han reducido sabiamente el proceder de esta buena señora a una cuestión de máximas y teorías, y han eliminado completamente, gracias a un elogio puro y hermoso de la exaltada sabiduría e inteligencia de la misma, todo lo relativo al corazón, al impulso o los sentimientos generosos, ya que estas cuestiones son absolutamente indignas de una mujer que, según se reconoce unánimemente, está muy por encima de las numerosas flaquezas y pequeñas debilidades de su sexo.

Si yo necesitase alguna otra prueba del carácter estrictamente filosófico de la conducta de estos jóvenes caballeros, dada su delicada situación, la encontraría al momento en el hecho —también registrado en un lugar anterior de este relato— de que abandonaron la persecución una vez que la atención general se fijó en Oliver, y se encaminaron de inmediato a su casa por el camino más corto posible. Porque, aunque no pretendo afirmar que sea práctica general de los sabios más eruditos y afamados acortar el camino para llegar a una gran conclusión, ya que, en realidad, su

procedimiento consiste en alargar la distancia mediante múltiples circunloquios y vacilaciones discursivas, semejantes a aquellas en que se muestran propensos a incurrir los borrachos bajo la influencia de un torrente de ideas demasiado impetuoso, sí que quiero decir, y lo digo sin rodeos, que es costumbre invariable en muchos filósofos, al llevar a la práctica sus teorías, dar muestras de gran sabiduría y previsión precaviéndose contra toda posible contingencia que tenga probabilidades de afectarlos. Así pues, para hacer un gran bien, se puede hacer un pequeño mal, se pueden emplear todos aquellos medios que justifique el fin que ha de alcanzarse; la magnitud del bien o del mal, y hasta la distinción entre ambos, se deja totalmente al criterio del filósofo en cuestión, que la establece y determina mediante su clara, perspicaz e imparcial opinión sobre su caso particular.

Solo después de haber recorrido, a gran velocidad, un intrincado laberinto de angostas calles y callejuelas, los dos muchachos se aventuraron a detenerse, de común acuerdo, bajo un arco sombrío. Después de permanecer en silencio el tiempo suficiente para recuperar el aliento, el señor Bates lanzó una exclamación de buen humor y gozo y, rompiendo a reír a carcajadas, se dejó caer sobre el umbral de una puerta y allí se revolcó por el suelo muerto de risa.

—¿Qué te pasa? —preguntó el Lince.

—¡Ja, ja, ja! —rugía Charley Bates.

—¡Cállate! —replicó el Lince, mirando con precaución a su alrededor—. ¿Quieres que te cojan, estúpido?

—Es que no lo puedo remediar —respondió Charley—. No lo puedo remediar. Cada vez que me lo veo correr, doblando las esquinas, chocando contra los postes y arrancando de nuevo como si él también fuera de hierro, mientras yo, con el pañuelo en el bolsillo, iba gritando detrás... ¡Ay, madre mía!

La vívida imaginación del señor Bates le pintaba aquella escena con colores demasiado llamativos. Al llegar a esta exclamación, de nuevo se echó a rodar, y ahora reía más fuerte que nunca.

—¿Qué dirá Fagin? —preguntó el Lince, aprovechando el siguiente intervalo de ahogo por parte de su amigo para formular esta pregunta.

—¿Qué? —repitió Charley Bates.

—Sí, ¿qué dirá? —insistió el Lince.

—Bueno, y ¿qué quieres que diga? —le preguntó Charley, interrumpiendo bruscamente su entusiasmo, vista la actitud solemne del Lince—. ¿Pues qué puede decir?

El señor Dawkins estuvo silbando durante un par de minutos; luego, quitándose el sombrero, se rascó la cabeza y la sacudió tres veces.

—¿Qué quieres decir con eso? —murmuró Charley.

—¡Gallo que no canta algo tiene en la garganta! Y ya sabes, ¡por la boca muere el pez! —exclamó el Lince con una sonrisa de ligero desprecio en su semblante intelectual.

Esto era una explicación, pero no del todo satisfactoria. Así lo creyó el señor Bates y por eso preguntó de nuevo:

—¿Qué quieres decir?

El Lince no contestó, pero poniéndose el sombrero de nuevo y recogiendo bajo el brazo los faldones del abrigo, se hinchó los carrillos, se golpeó el caballete de la nariz media docena de veces de forma expresiva y, girando sobre sus talones, escapó callejuela abajo. El señor Bates le siguió con rostro pensativo.

Pocos minutos después de esta conversación, el ruido de pasos sobre los escalones que crujían sacó de su abstracción al alegre anciano, que se hallaba sentado junto al fuego con una salchicha seca y un panecillo en la mano izquierda, una navaja en la derecha y una jarra de peltre sobre las trébedes. Al volverse, en su pálido rostro se dibujó una ruin sonrisa y, mirando agudamente por debajo de sus espesas cejas rojizas, inclinó el oído hacia la puerta y escuchó con atención.

—¿Qué es esto? —murmuró el judío, y se le transfiguró el semblante—. ¡Solo dos! ¿Dónde está el otro? No le habrá pasado nada... ¡Escuchad!

Se acercaron los pasos; llegaron al rellano, la puerta se abrió lentamente y el Lince y Charley Bates entraron y la cerraron tras de sí.

—¿Dónde está Oliver, jovenzuelos? —preguntó furioso el judío, alzándose en actitud amenazadora—. ¿Dónde está ese muchacho?

Los raterillos fijaron la vista en su preceptor, como asustados de su violencia, y se miraron luego inquietos, pero sin contestar.

—¿Qué ha sido de ese muchacho? —repitió el judío, mientras agarraba al Lince con fuerza por el cuello y lo amenazaba con horribles imprecaciones—. ¡Habla, o te estrangulo!

Tan en serio parecía decirlo el señor Fagin que Charley Bates, que juzgaba siempre prudente ponerse a buen recaudo y que no consideraba, ni mucho menos, improbable que pudiera ser él mismo estrangulado en segundo lugar, se puso de rodillas y lanzó un bramido penetrante, prolongado y sostenido, entre el de un toro demente y el de una corneta.

—¿Hablarás? —tronó el judío, mientras sacudía al Lince de tal modo que era un verdadero milagro que aún conservase puesto su abrigo.

—Pues que ha caído en la ratonera, qué iba a ser —respondió el Lince, malhumorado—. ¡Vamos, suélteme!, ¿quiere? —y desprendiéndose de un tirón de su abrigo, que dejó en manos del judío, se abalanzó sobre el tenedor de asar y lanzó un golpe contra el chaleco del alegre anciano que, de haberle alcanzado, le hubiese

hecho perder algo más de alegría de la que se puede recuperar fácilmente en uno o dos meses.

En tal aprieto, el judío retrocedió con más agilidad de la que era de esperar en un hombre de su aparente decrepitud y, apoderándose de la jarra, se dispuso a lanzarla contra la cabeza de su atacante. Pero en aquel momento Charley Bates llamó su atención con un aullido horrendo, con lo que modificó repentinamente su destino y la arrojó de lleno contra ese jovenzuelo.

—Pero ¿qué demonios pasa aquí? —gruñó una voz grave—. ¿Quién me ha lanzado esto? Menos mal que ha sido la cerveza y no la jarra lo que me ha alcanzado, porque, si no, ya hubiera yo apañado a alguien. Seguro que el único que puede permitirse tirar una bebida que no sea agua es un viejo judío infernal, rico, ladrón y vocinglero, y ni siquiera él, si antes no ha dejado sin un cuarto a la compañía del agua. ¿Qué es lo que te pasa, Fagin? ¡Maldita sea!, mi pañuelo está empapado en cerveza... ¡Entra, rastrero! ¿Qué haces ahí parado, como si tuvieses vergüenza de tu amo? ¡Entra ya!

El individuo que gruñía estas palabras era un hombre de complexión recia, de unos cuarenta y cinco años. Vestía un abrigo de pana negro, calzones descoloridos y muy sucios, botines de lazo y medias de algodón gris, que cubrían un par de piernas rollizas, de pantorrillas abultadas, de esas que, con semejante traje, siempre parecen incompletas e inacabadas sin un juego de grilletes que las guarnezcan. Llevaba un sombrero marrón y, liado al cuello, un pañuelo sucio de colores, con cuyas puntas deshilachadas se enjugaba la cerveza de la cara mientras hablaba. Una vez hubo terminado con esto, dejó al descubierto una cara ancha y regordeta, con barba de tres días y dos ojos ceñudos, uno de los cuales mostraba varios síntomas multicolores de haber recibido un golpe reciente.

—¡Entra! ¿No me oyes? —gritó este atractivo rufián. Un perro blanco y lanudo, con la cabeza llena de rasguños en veinte sitios diferentes, entró, remolón, en el cuarto—. ¿Por qué no entraste antes? —dijo el hombre—. Te estás volviendo demasiado orgulloso cuando tienes que obedecerme delante de la gente, ¿eh? ¡Échate!

Acompañó esta orden de un puntapié, que envió al animal al otro extremo del cuarto. Sin embargo, parecía bien acostumbrado a ello, pues se acurrucó en un rincón silenciosamente, sin proferir ni una queja, y tras pestañear con sus ojos legañosos unas cuarenta veces por minuto, pareció entregarse al examen de la habitación.

—¿Qué te traes entre manos? Conque maltratando a los muchachos, ¿eh?, viejo avaro, ladrón insaciable —exclamó aquel hombre, sentándose con aire resuelto—. ¡Lo que me extraña es que no te hayan asesinado ya! ¡Yo, en su lugar, lo haría! Si yo fuese su aprendiz, hace tiempo que lo habría hecho y... no, no podría haberte vendido después, porque no sirves más que para conservarte en una botella como ejemplo de fealdad, y supongo que no fabrican botellas de tu tamaño.

—¡Chitón! ¡Chitón! Señor Sikes —murmuró el judío, temblando—, no hables tan alto.

—No me llames señor —respondió el rufián—. Cuando te da por ahí es que piensas jugarme alguna mala pasada. ¿No sabes mi nombre? Pues llámame por él, que no dejaré de hacerle honor cuando llegue el momento.

—Bueno, bueno; entonces... Bill Sikes —dijo el judío con servil humildad—. Parece que estás de mal humor, Bill.

—Tal vez —respondió Sikes—. Aunque yo diría que también tú estás malhumorado, a menos que pienses que arrojar jarras de peltre haga menos daño que delatar...

—¿Estás loco? —contestó el judío, tirándole de la manga y señalando a los muchachos.

El señor Sikes se contentó con hacerse un nudo imaginario debajo de la oreja izquierda e inclinar la cabeza sobre el hombro derecho, pantomima que el judío pareció entender a la perfección. Después, con esa jerga de la que estaba salpicada toda su conversación, pero que sería absolutamente ininteligible si se transcribiese aquí, pidió una copa de licor.

—Y mucho cuidado con echarme veneno —dijo el señor Sikes, mientras dejaba el sombrero sobre la mesa.

Esto lo dijo en broma, pero si al decirlo pudiese haber visto la mirada maligna con que el judío se mordió los labios lívidos cuando se volvía hacia el aparador, no hubiese juzgado totalmente innecesaria la advertencia ni ajeno al corazón alegre del viejo el deseo de mejorar el arte del destilador.

Después de haber ingerido dos o tres vasos de licor, el señor Sikes se dignó prestar atención a los jóvenes caballeros, acto cortés que dio lugar a una conversación en la que se detallaron todas las circunstancias del motivo y forma de la captura de Oliver, con aquellas modificaciones y mejoras de la verdad que el Lince juzgara más convenientes para el caso.

—Temo —dijo el judío— que pueda decir algo que nos ocasione algún disgusto.

—Es muy probable —replicó Sikes con una sonrisa maliciosa—. Te veo difamado, Fagin.

—Y yo me temo —añadió el judío, como si no hubiese escuchado la interrupción, y mirando con mucha atención al otro cuando hablaba—, me temo que, si se nos acaba el negocio, se les podría acabar a otros muchos, y tú podrías salir mucho peor parado que yo, amigo mío.

El hombre se sobresaltó y volvió la cabeza hacia el judío, airado, pero este tenía los hombros encogidos hasta las orejas, y sus ojos vagaban indiferentes sobre la pared de enfrente.

Hubo una larga pausa. Todos los miembros del respetable círculo se hallaban sumidos en sus meditaciones, sin exceptuar al perro que, a juzgar por los lametones

maliciosos que se daba en el hocico, parecía tramar algún ataque contra las piernas del primer caballero o dama con quien se tropezase en la calle cuando saliese.

—Alguien ha de averiguar lo que ha sucedido en el juzgado —dijo el señor Sikes en un tono mucho más recatado que el que había adoptado a su llegada.

El judío asintió con la cabeza.

—Si no ha cantado aún y está enchiquerado, no hay cuidado hasta que salga —dijo el señor Sikes—; pero entonces es cuando hay que temerle. Debes atraparlo como sea.

El judío asintió de nuevo.

En efecto, la prudencia de este plan era evidente, pero, por desgracia, existía un grave inconveniente para su adopción. Y era este: que el Lince, Charley Bates, Fagin y el señor William Sikes, todos, sin excepción, profesaban una antipatía violenta y arraigada a acercarse hasta la comisaría de policía, fuese cual fuese el motivo o pretexto.

Es difícil adivinar el tiempo que permanecieron mirándose los unos a los otros en un estado de incertidumbre nada agradable. Sin embargo, no es preciso hacer ninguna conjetura sobre el asunto, ya que la súbita aparición de las dos jóvenes a quienes Oliver conocía de una ocasión anterior hizo que brotara de nuevo la conversación.

—¡Ya lo tengo! —dijo el judío—. Irá Bet, ¿verdad, querida?

—¿Adónde? —preguntó la chica.

—Al juzgado; y ya está, querida —dijo el judío con marrullería.

En honor a la joven, debemos decir que no afirmó categóricamente que no quería ir, sino que se limitó a expresar su más enérgico y vivo deseo de que la «colgasen» si iba, evasiva cortés y delicada que demuestra que la joven poseía esa buena educación natural que es incapaz de infligir a un semejante el dolor de una negativa directa y terminante.

Al judío se le nubló el rostro, y se dirigió a la otra joven, que venía primorosamente, por no decir suntuosamente, ataviada con un vestido rojo, botas verdes y papeles de bigudí amarillos.

—Nancy, querida —dijo el judío con suavidad—, ¿qué dices tú?

—Que es inútil; así que no se canse, Fagin —replicó Nancy.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo el señor Sikes, alzando la mirada con acritud.

—Lo que estás oyendo, Bill —replicó la joven sosegadamente.

—Pero si tú eres la persona más idónea para ello —razonó el señor Sikes—. Nadie sabe nada de ti, por aquí.

—Y como tampoco quiero que sepan nada —replicó Nancy con la misma compostura—, me va mejor el no que el sí, Bill.

—Irá, Fagin —dijo Sikes.

—No irá, Fagin —respondió Nancy.

—Sí que irá, Fagin —insistió Sikes.

Y el señor Sikes tenía razón. A fuerza de amenazas, promesas y sobornos, la atractiva dama en cuestión quedó finalmente persuadida de realizar aquella misión. Es cierto que no se lo impedían los mismos motivos que a su simpática amiga, pues se había mudado hacía poco a las proximidades de Field Lane desde el lejano (aunque elegante) barrio de Ratcliffe, y no temía que la reconociese alguna de sus numerosas amistades.

Así pues, se puso un delantal limpio sobre el vestido rojo, se recogió los bigudíes bajo un sombrero de paja (ambas prendas extraídas del ropero inagotable del judío) y la señorita Nancy se dispuso a cumplir con su cometido.

—Espera un momento, hija —dijo el judío, mientras sacaba una cestita tapada—. Lleva esto en una mano. Te dará un aire más respetable, querida.

—Dale una llave de la puerta para que la lleve en la otra mano, Fagin —dijo Sikes—. Así parece más auténtico y natural.

—Sí, sí, querido, es verdad —dijo el judío, mientras colgaba una pesada llave de la puerta de la calle en el dedo índice de la mano derecha de la joven—. ¡Así! ¡Muy bien! ¡Magnífico, querida! —exclamó el judío, frotándose las manos.

—¡Ay, mi hermano! ¡Mi pobre hermano, tan dulce, tan inocente! —exclamó la señorita Nancy, rompiendo a llorar mientras estrujaba la cestita y la llave con la angustia de su dolor—. ¿Qué habrá sido de él? ¿Adónde lo habrán llevado? ¡Oh, tengan compasión y díganme qué han hecho con ese muchacho, caballeros; por favor, caballeros, díganmelo! —Y tras pronunciar estas palabras en un tono lastimero y angustiado, ante el inconmensurable gozo de sus oyentes, la señorita Nancy calló, hizo un guiño a los allí reunidos, saludó sonriente a todos y desapareció.

—¡Ah! Esa sí que es una muchacha lista, amigos míos —dijo el judío, dirigiéndose a sus jóvenes compinches, y sacudió la cabeza con gravedad, como si se tratase de una admonición muda para que siguiesen el magnífico ejemplo que acababan de contemplar.

—Hace honor a su sexo —añadió el señor Sikes, llenando el vaso y golpeando la mesa con su enorme puño—. ¡A su salud, y ojalá todas las demás fueran como ella!

Mientras se prodigaban estos y otros elogios de la inestimable Nancy, la joven se dirigió a la comisaría de policía, adonde, a pesar de la timidez natural que le producía caminar por las calles sola y sin protección, llegó poco después sana y salva.

Entró por la puerta trasera, dio unos golpecitos con la llave en una de las puertas de los calabozos y se detuvo a escuchar. No se oía nada desde dentro, así que tosió y se puso a escuchar de nuevo. Tampoco hubo respuesta, por lo que se decidió a hablar.

—¿Oli, querido? —murmuró Nancy en voz baja—. ¿Oli?

Dentro no había más que un miserable delincuente descalzo, que habían detenido por tocar la flauta y que, habiéndose probado claramente su delito contra la sociedad, había sido acertadamente condenado por el señor Fang a un mes de encierro en el correccional, con la adecuada y divertida coletilla de que, puesto que disponía de tanta capacidad pulmonar, sería más saludable gastarla haciendo trabajos forzados que en un instrumento musical. Este no contestó porque su imaginación estaba ocupada en lamentarse de la pérdida de la flauta, que quedó confiscada para uso del condado, por lo que la señorita Nancy pasó a la celda siguiente y llamó.

—¿Quién? —exclamó una voz débil y apagada.

—¿Está ahí dentro un muchacho joven? —preguntó Nancy con un sollozo previo.

—No —respondió la voz—. ¡Dios no lo quiera!

Este era un vagabundo de sesenta y cinco años al que enviaban a la cárcel por no haber tocado la flauta o, dicho de otro modo, por pedir limosna en las calles sin hacer nada para ganarse la vida. En la celda contigua había otro hombre, destinado a la misma prisión por la venta ambulante de cacerolas de estaño sin licencia, con lo cual se ganaba la vida en perjuicio de las arcas del Estado.

Como ninguno de estos delincuentes respondía al nombre de Oliver ni sabía nada de él, la señorita Nancy se dirigió directamente al guarda rechoncho del chaleco a rayas y, con los más lastimeros gemidos y lamentaciones, acrecentados con el manejo rápido y eficaz de la llave y la cestita, preguntó por su querido hermano.

—No lo tenemos aquí, hija —dijo el viejo.

—¿Dónde está? —vociferó Nancy, fuera de sí.

—El caballero se lo llevó —respondió el guarda.

—¿Qué caballero? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué caballero? —exclamó la señorita Nancy.

En contestación a este incoherente interrogatorio, el viejo informó a la apesadumbrada hermana de que Oliver se había sentido indispuerto en la sala y que lo habían absuelto al demostrar un testigo que el robo lo había cometido otro muchacho que no estaba detenido; y que el demandante se lo había llevado en estado inconsciente a su propia casa, respecto de la cual lo único que sabía el informante era que se hallaba en Pentonville, y esto porque había oído dicha palabra cuando le daban las señas al cochero.

En un estado terrible de duda e incertidumbre, la angustiada joven marchó vacilante hasta la puerta y, una vez allí, cambió su andar indeciso por un correr rápido y constante y regresó, por el camino más apartado y laberíntico que imaginar pudiera, al domicilio del judío.

Tan pronto como el señor Bill Sikes escuchó el relato de la expedición realizada, llamó apresuradamente al perro blanco y, calándose el sombrero, partió precipitadamente, sin dedicar tiempo alguno a la formalidad de dar los buenos días a los allí reunidos.

—Hemos de averiguar dónde está, hijos míos; hay que encontrarle —dijo el judío muy excitado—. ¡Charley, no pares hasta traer noticias tuyas! Nancy, querida, tengo que encontrarle. Confío en ti, hija..., en ti y en el Lince para todo. Esperad, esperad... —añadió el judío, abriendo un cajón con mano trémula—; aquí tenéis dinero. Yo cerraré la tienda esta noche. ¡Ya sabéis dónde encontrarme! No os detengáis ni un minuto, ni un instante, ¡hijos míos!

Con estas palabras los hizo abandonar la habitación y, mientras cerraba con dos vueltas y echaba la tranca, extrajo de su escondrijo la caja que sin querer había mostrado a Oliver y se colocó con presteza los relojes y las alhajas bajo las ropas.

Un golpe seco en la puerta le sobresaltó cuando se encontraba entregado a esta tarea.

—¿Quién va? —gritó en un tono agudo de espanto.

—¡Yo! —contestó la voz del Lince a través del ojo de la cerradura.

—¿Qué sucede? —exclamó el judío impaciente.

—Dice Nancy que si hay que secuestrarle y llevarlo al otro escondite —preguntó el Lince cautelosamente.

—Sí —respondió el judío—, lo pille donde lo pille. Encontradle, encontradle, y nada más. Yo sabré lo que tengo que hacer después, no os preocupéis.

El muchacho pronunció unas palabras de asentimiento y corrió escaleras abajo tras sus compinches.

—Hasta ahora no ha dado el soplo —dijo, mientras proseguía con su tarea—, pero si piensa largar entre sus nuevos amigos, todavía podemos cerrarle el pico.

CAPÍTULO XIV

De nuevos pormenores sobre la estancia de Oliver en casa del señor Brownlow, así como del singular vaticinio que un tal señor Grimwig aventuró sobre él, cuando Oliver fue a hacer un recado

Oliver se recuperó rápidamente del desvanecimiento que había sufrido a causa de la inopinada exclamación del señor Brownlow, y tanto el anciano caballero como la señora Bedwin evitaron escrupulosamente volver a traer a colación el tema del retrato; así, en la conversación que siguió, no hicieron referencia alguna ni a la historia de Oliver ni a su porvenir, sino que se limitaron a tratar aquellos temas que pudieran distraerle sin impresionarle. Su estado físico todavía era demasiado débil para que se levantara a desayunar pero, cuando al día siguiente bajó al gabinete del ama de llaves, lo primero que hizo fue dirigir una ávida mirada a la pared, con la esperanza de volver a contemplar el rostro de la bella dama. Sin embargo, sus esperanzas se vieron frustradas, puesto que habían retirado el retrato.

—¡Ah! —exclamó el ama de llaves cuando advirtió la dirección en que miraba Oliver—. Como ves, ya no está ahí.

—Ya lo veo, señora —respondió Oliver con un suspiro—. ¿Por qué lo han retirado?

—Lo han retirado, mi niño, porque el señor Brownlow dijo que, como parecía inquietarte, podría retrasar tu restablecimiento, por eso —respondió la anciana.

—Todo lo contrario. No me inquietaba, señora —dijo Oliver—, me gustaba contemplarlo. Me encantaba.

—¡Bueno, bueno! —dijo la anciana afablemente—, pues cuanto antes te restablezcas, hijito, antes volverá a ocupar su lugar en la pared. Eso es, te lo prometo. Pero ahora, a otra cosa.

Esta fue toda la información que Oliver pudo obtener en aquel momento sobre el retrato. Dado que la anciana señora había sido tan cariñosa con él durante su enfermedad, procuró mientras tanto no volver a pensar más en el tema, así que escuchó con atención un sinfín de historias que le contó: la de una de sus hijas, bella y cariñosa, que estaba casada con un hombre apuesto y cariñoso y que vivían en el

campo; la de su hijo, que era comisionado de un comerciante en las Antillas, y que era también un joven tan bueno, y le escribía cuatro veces al año unas cartas tan cumplidas que a la anciana se le llenaban los ojos de lágrimas cuando hablaba de ellas. Para cuando la buena mujer se hubo explayado, largo y tendido, en las excelencias de sus hijos, así como en las cualidades de su amado y virtuoso esposo, que había fallecido (¡que en gloria esté!) hacía veintiséis años, era ya la hora del té. Después, se propuso enseñar a Oliver un juego de naipes, que aquel aprendió al vuelo y al que estuvieron jugando, con gran interés y formalidad, hasta que llegó el momento de que el enfermo tomara un poco de vino rebajado con agua templada y una tostada, antes de ir a acostarse confortablemente.

Aquellos fueron días felices, los de la recuperación de Oliver. Todo estaba tan tranquilo, tan limpio y ordenado; todo el mundo era tan atento y cariñoso que, después de la agitación y el desorden en medio de los cuales había transcurrido su existencia, le parecía encontrarse en un verdadero paraíso. En cuanto estuvo lo bastante recuperado para vestirse apropiadamente, el señor Brownlow se encargó de que le equiparan con un traje nuevo completo, incluidos una gorra y un par de zapatos. Como le habían dicho a Oliver que podía disponer a su antojo de la ropa vieja, se la entregó a una de las sirvientas, que le había tratado muy bien, rogándole que la vendiera al trapero judío y que se quedara con el dinero de la venta, cosa que aquella hizo de buena gana. Cuando Oliver vio desde la ventana del salón cómo el judío hacía un fardo con ella en su saco y continuaba su camino, se sintió realmente aliviado al pensar que se había deshecho de ella para siempre, y que no existía ya riesgo alguno de que tuviera que volver a lucirla. Bien tristes eran aquellos harapos, en honor a la verdad, y aquella, la primera vez que Oliver estrenaba traje.

Un atardecer, aproximadamente una semana después del incidente del retrato, cuando estaba sentado conversando con la señora Bedwin, el señor Brownlow mandó recado de que, si Oliver Twist se encontraba lo suficientemente bien, le gustaría recibirlo en su despacho para hablar un poco con él.

—¡Cielo santo! Lávate las manos y ven aquí que te arregle el pelo, hijo mío —dijo la señora Bedwin—. ¡Válgame Dios! De haber sabido que te iba a llamar, te hubiéramos puesto un cuello limpio y te hubiéramos dejado más resplandeciente que un sol.

Oliver siguió las indicaciones de la anciana y, aunque aquella no dejaba de lamentar profundamente que ni siquiera tuviera tiempo de plisar el pequeño frunce que le bordeaba el cuello de la camisa, su aspecto era tan primoroso y pulcro, aun sin ese detalle tan importante, que llegó a decir, mirándolo con gran satisfacción de pies a cabeza, que no creía que fuera posible, aunque hubiera recibido el mensaje con mayor antelación, dejarlo más presentable.

Alentado de esta forma, Oliver llamó a la puerta del despacho. Respondiendo a la indicación del señor Brownlow de que entrara, se encontró en una pequeña estancia

repleta de libros, desde cuya ventana podía verse un precioso jardín. Cerca de dicha ventana había una mesa, ante la cual el señor Brownlow se encontraba sentado leyendo. Al ver a Oliver, apartó el libro y le pidió que se acercara y tomara asiento. Oliver así lo hizo, preguntándose dónde podría haber persona alguna capaz de leer tantísimos libros que se habían escrito, sin duda, con el objeto de hacer al mundo más sabio, lo cual no deja de ser tema continuo de asombro para gente mucho más experimentada que Oliver Twist.

—Hay muchos libros, ¿a que sí, chico? —dijo el señor Brownlow al reparar en la curiosidad con la que Oliver examinaba los estantes, que se alzaban desde el suelo hasta el techo.

—Muchísimos, señor —contestó Oliver—. Nunca había visto tantos.

—Los leerás, si te portas bien —dijo el anciano afectuosamente—, y eso te gustará más que contemplar su exterior; bueno, en algunos casos, porque es bien cierto que hay libros de los cuales los lomos y las cubiertas son, con diferencia, lo mejor.

—Supongo que se refiere a esos de ahí tan grandes, señor —dijo Oliver, señalando unos grandes volúmenes en cuarto, de filete dorado.

—No a esos precisamente —dijo el anciano, dando palmaditas en la cabeza de Oliver al tiempo que sonreía—, sino a otros igual de pesados, aunque mucho más pequeños. Vamos a ver, ¿a ti te gustaría convertirte en un hombre culto y escribir libros?

—Creo que preferiría leerlos, señor —contestó Oliver.

—¡Cómo es eso! ¿Es que no te gustaría ser escritor? —preguntó el anciano.

Oliver se lo estuvo pensando un momento y finalmente respondió que lo que le parecía mejor era ser librero, ocurrencia con la que el anciano se rió a gusto, y admitió que lo que había dicho era muy ingenioso, lo cual contentó a Oliver, aunque no supiera dónde estaba el ingenio de aquello.

—Bueno, bueno —prosiguió el anciano, ya hablando en serio—. No te asustes, que no te convertiremos en escritor mientras exista un oficio digno que enseñarte, y en cualquier caso siempre puedes fabricar ladrillos.

—Muchas gracias, señor —contestó Oliver.

La formalidad de aquella respuesta hizo volver a reír al anciano, quien mencionó algo de un curioso instinto, a lo que Oliver, sin entenderlo, no prestó gran atención.

—Pues bien —prosiguió el señor Brownlow, mientras trataba de mantener un tono aún más cordial, pero al mismo tiempo mucho más serio de lo que Oliver estaba acostumbrado a oír en él—, quiero que prestes mucha atención, chico, a lo que tengo que decirte. Voy a hablarte sin rodeos, pues estoy seguro de que tienes tanto entendimiento como muchas otras personas mayores que tú.

—¡No, no me diga que va a deshacerse de mí, señor, se lo suplico! —exclamó Oliver, alarmado ante la gravedad del tono con que el anciano había iniciado su

discurso—. No vaya a cerrarme sus puertas para volver a vagar por las calles. Permítame quedarme aquí y ser su sirviente. No me devuelva al lugar miserable del que procedo. ¡Por favor, señor, tenga piedad de un pobre chico!

—Mi querido niño —contestó el anciano, conmovido por el fervor del impetuoso ruego de Oliver—, no has de temer que te abandone, a menos que me des razones para ello.

—Eso nunca lo haré, señor. Nunca —interrumpió Oliver.

—Eso espero —continuó el anciano—. Es más, no lo creo. No sería la primera vez que resultara engañado por quien fuera objeto de mi protección, pero de todas formas estoy completamente dispuesto a entregarte toda mi confianza, y tu propio bienestar me importa más de lo que yo mismo puedo explicarme. Las personas a quienes prodigué mis sentimientos más intensos yacen ya en el fondo de sus tumbas pero, aunque la felicidad y los encantos que la vida me brindó fueron enterrados con ellos, todavía no he hecho de mi corazón un sepulcro cerrado eternamente a los más tiernos afectos; al contrario, la tristeza más profunda no ha servido sino para fortalecerlos y refinarlos, como creo que es lógico, pues es bien cierto que en la adversidad se depura nuestra alma.

Mientras el anciano caballero decía esto en una voz queda, más para sí mismo que para su acompañante, y tras el prolongado silencio que siguió a sus palabras, Oliver se mantuvo callado en su asiento, casi sin atreverse ni a respirar.

—¡Bien! —dijo por fin el anciano caballero en un tono mucho más animado—. Te vengo a decir esto solo porque tu corazón es tierno y, sabiendo de las grandes tristezas y amarguras que he sufrido, pondrás más cuidado, quizá, en no reavivármelas. Dices que eres huérfano, sin amigo alguno en el mundo, y todas las indagaciones que he podido realizar lo confirman. Ten a bien contarme tu historia: cuáles son tus orígenes, quién te crió y cómo llegaste a frecuentar las compañías en las que te encontré. Dime la verdad y si considero que no recae sobre ti ninguna culpa, no te faltará un amigo mientras yo viva.

Los sollozos de Oliver no le permitieron pronunciar ni una palabra durante algunos minutos y, justo cuando estaba a punto de comenzar su relato sobre cómo había sido criado en la granja y llevado al hospicio por el señor Bumble, resonó en el portón un impaciente repiqueteo de nudillos muy peculiar; la sirvienta, subiendo las escaleras, anunció al señor Grimwig.

—¿Sube? —preguntó el señor Brownlow.

—Sí, señor —contestó la sirvienta—. Ha preguntado si teníamos pastas, y cuando le he contestado que sí, ha dicho que venía a tomar el té.

El señor Brownlow sonrió y, volviéndose hacia Oliver, le explicó que el señor Grimwig era uno de sus más viejos amigos, y que no debiera importarle que sus

modales fueran algo bruscos ya que, en el fondo, era una buena persona, como había tenido ocasión de comprobar.

—¿He de retirarme ya, señor? —preguntó Oliver.

—No —contestó el señor Brownlow—, prefiero que te quedes.

En ese momento entró en la sala, apoyándose sobre un grueso bastón, un caballero anciano y corpulento, que cojeaba visiblemente de una pierna y que vestía gabán azul, chaleco a rayas, calzones y polainas de nanquín y un sombrero blanco de ala ancha con vueltas en color verde. De la parte superior del chaleco asomaba una pechera plisada, y de su parte inferior colgaba una larga leontina de acero de la que no pendía otra cosa que una llave en su extremo. Las puntas de su corbatín blanco formaban un nudo del tamaño de una naranja; la variedad de formas en que se retorecía su semblante desafía toda descripción. Tenía tal forma de ladear la cabeza cuando hablaba, y de mirar con el rabillo del ojo al mismo tiempo, que a aquel que lo contemplara le recordaba irremediablemente la imagen de un loro. En aquella actitud se había quedado en el momento en que hizo su aparición y, sosteniendo una pequeña mondadura de naranja con el brazo extendido, exclamó, refunfuñando en tono enojado:

—¡Pero mira lo que tenemos aquí! ¿No es realmente asombroso y extraordinario que no pueda visitar la casa de un semejante sin toparme con un trozo de este maldito aliado del cirujano en la escalera? Una piel de naranja ya me dejó cojo una vez, y sé que una piel de naranja acabará matándome. Así será, mire usted por donde; una piel de naranja será mi muerte, y si no, que me coma la cabeza.

Esta era la expresión favorita con la que el señor Grimwig apoyaba y confirmaba casi todos sus asertos, lo cual resultaba especialmente llamativo en su caso, ya que, aun estando dispuestos a admitir la posibilidad de que la ciencia avanzara hasta el extremo de permitir a un hombre comerse su propia cabeza si a ello estuviera dispuesto, la del señor Grimwig era, en cualquier caso, tan descomunal que ni el hombre más optimista sobre la faz de la Tierra abrigaría esperanzas de poder comérsela de una sentada, y eso sin tener en cuenta que estaba muy empolvada.

—Que me coma la cabeza; sí señor —repitió el señor Grimwig, golpeando el suelo con el bastón—. ¡Toma!, ¿qué es eso? —exclamó al ver a Oliver, al tiempo que retrocedía uno o dos pasos.

—Es el pequeño Oliver Twist, de quien ya le hablé —dijo el señor Brownlow.

Oliver saludó.

—No querrá decir que este es el muchachito que ha padecido la fiebre, espero —dijo el señor Grimwig, retrocediendo todavía un poco más—. ¡Un momento! ¡Alto, ni una palabra! —continuó el señor Grimwig abruptamente, descuidando todo su temor a la fiebre ante aquel descubrimiento triunfal—. ¡Ese es el niño que tenía la naranja!

Dígame, porque si ese no es el niño que tenía la naranja y que tiró este trozo de piel en la escalera, me como la cabeza, y la suya, también.

—No, no; no ha sido él —dijo riendo el señor Brownlow—. ¡Vamos! Quítese ya el sombrero y dígame algo a mi amiguito.

—Es algo que me indigna, mire usted —prosiguió el irritable anciano mientras se quitaba los guantes—. Siempre tiene que haber alguna piel de naranja sobre las aceras de nuestras calles, y yo sé bien que quien las va dejando por ahí es el aprendiz del cirujano de la esquina. La otra noche, sin ir más lejos, una joven resbaló con una de esas pieles de naranja y fue a caer sobre la verja de mi jardín. En cuanto se incorporó vi que miraba hacia la infernal linterna roja que anuncia la casa del cirujano y le grité por la ventana: «¡No se le ocurra ir! ¡Es un asesino, un matarife!». Eso es lo que es, y si no...

En este punto el irascible anciano dio un buen bastonazo en el suelo, algo que sus amistades ya entendían siempre como la consabida muletilla, sin necesidad de que fuera expresada en palabras. A continuación se sentó, empuñando su bastón, y tras abrir un impertinente que llevaba atado a una ancha cinta negra, examinó a Oliver, quien, al verse objeto de tan detallada inspección, se ruborizó y volvió a saludar.

—Este es el chico, ¿verdad? —dijo finalmente el señor Grimwig.

—El mismo —contestó el señor Brownlow, dirigiendo una señal de aprobación a Oliver.

—¿Cómo estás, chico? —preguntó el señor Grimwig.

—Mucho mejor, señor. Gracias —contestó Oliver.

El señor Brownlow, anticipándose a algún desagradable comentario por parte de su excéntrico amigo, mandó a Oliver que bajara a decirle a la señora Bedwin que ya podía servirles el té, lo cual hizo gustoso, pues no le agradaban ni lo más mínimo los modales de aquella visita.

—Es bastante majo el chiquillo, ¿verdad? —preguntó el señor Brownlow.

—No sé —respondió el señor Grimwig, con un respingo.

—¿No lo sabe?

—Pues no, no lo sé. Para mí todos son iguales. Yo solo distingo dos clases de chicos: los escuchimizados y los repolludos.

—¿Y de qué clase es Oliver?

—Escuchimizado. Tengo un amigo que tiene un niño repolludo, uno de esos hermosotes, como se suele decir, con una cabezota redonda, mofletes rojos y ojillos brillantes: un espanto de niño, tan rollizo que parece que vaya a reventar las costuras de los trajes, que tiene voz de carretero y come como un lobo. ¡Vaya si conozco bien a ese granuja!

—Vamos —dijo el señor Brownlow—, no se me ponga usted así, que esa no es la descripción del pequeño Oliver Twist.

—Pues claro que no lo es —replicó el señor Grimwig—; como que podría ser peor.

Ante tales palabras el señor Brownlow tosió nerviosamente, lo que pareció proporcionar al señor Grimwig el más vivo regocijo.

—Podría ser peor, repito —insistió el señor Grimwig—. Pues dígame usted, si no, ¿de dónde viene?, ¿quién es? Ha tenido fiebre, ¿qué me dice de eso? La fiebre no acostumbra a atacar a la gente respetable, ¿no es así? La gente que no es de fiar suele padecer fiebres, ¿me equivoco? Conocí a un hombre en Jamaica al que ahorcaron por matar a su amo. Había tenido fiebre seis veces, razón por la cual desestimaron su petición de clemencia. ¡A mí con esas! ¡Pamplinas!

Pues bien, lo cierto era que, aunque en lo más recóndito de su corazón el señor Grimwig estuviera completamente dispuesto a admitir que el aspecto y los modales de Oliver hablaban totalmente a su favor, tenía, sin embargo, un espíritu altamente contradictorio, agudizado además, en esta ocasión, por el hallazgo de la mondadura de naranja y, determinado en su fuero interno a que ningún hombre iba a discutirle a él si un niño era bien parecido o no, había resuelto, ya de entrada, contradecir a su amigo. Cuando el señor Brownlow tuvo que admitir que no existía un solo punto de análisis sobre el que pudiera proporcionarle una respuesta satisfactoria todavía, y que había pospuesto cualquier investigación sobre el pasado de Oliver hasta que considerara que el muchacho se encontraba ya lo suficientemente fuerte para poder sobrellevarlo, el señor Grimwig soltó una risita maliciosa y preguntó, con gesto sarcástico, si el ama de llaves tenía la costumbre de contar los platos por la noche, porque, en caso de que una buena mañana echara en falta una cucharilla o dos, él estaba dispuesto a comerse..., etcétera.

El señor Brownlow, a pesar de ser también un caballero de ánimo impetuoso, y conociendo como conocía la personalidad de su amigo, soportó todo esto con bastante buen humor, y como el señor Grimwig, durante el té, tuvo la delicadeza de elogiar las pastas sin reservas, la tarde se desenvolvió sosegadamente, y Oliver, que era uno más, comenzó a sentirse más relajado en presencia de aquel irascible anciano.

—¿Y para cuándo va usted a poder escuchar la historia completa, verídica y detallada de la vida y aventuras de Oliver Twist? —le preguntó el señor Grimwig al concluir el té, mirando a Oliver de soslayo en cuanto retomó el asunto.

—Mañana por la mañana —respondió el señor Brownlow—. Prefiero que entonces estemos a solas. Vuelve a verme mañana por la mañana a las diez en punto, hijo.

—Sí, señor —contestó Oliver, no sin cierto titubeo, pues se sentía turbado por la mirada tan fija que le dirigía el señor Grimwig.

—Mire lo que le digo —le susurró aquel caballero al señor Brownlow—: No crea que va a venir a verle mañana por la mañana. He visto cómo dudaba. Le está engañando, mi buen amigo.

—Juro que no —contestó el señor Brownlow, con ardor.

—Si no lo está —dijo el señor Grimwig—, que me coma... —y dio el bastonazo.

—Respondería por la sinceridad de ese niño con mi propia vida —añadió el señor Brownlow, golpeando la mesa.

—Y yo por su falsedad, con mi cabeza —replicó el señor Grimwig, golpeando la mesa él también.

—Ya lo veremos —dijo el señor Brownlow, reprimiendo su creciente cólera.

—Lo veremos —contestó el señor Grimwig, con una sonrisa desafiante—. Lo veremos.

Quiso el azar que entrara en ese momento la señora Bedwin, con un atadillo de libros que el señor Brownlow había adquirido esa misma mañana al librero que ya conoce el lector. Habiéndolos dejado sobre la mesa, se disponía a abandonar la sala.

—Que no vaya a marcharse todavía el muchacho del librero, señora Bedwin —dijo el señor Brownlow—. Tengo que devolverle algo.

—Se ha ido ya, señor —contestó la señora Bedwin.

—Vaya tras él —dijo el señor Brownlow—. Me urge. Es un hombre humilde, y no le he pagado; además, tengo otros libros para devolverle.

La puerta principal estaba abierta. Oliver salió corriendo en una dirección, y la muchacha de servicio en la otra, mientras la señora Bedwin permanecía en el umbral llamando a voces al dependiente, pero aquel no se encontraba ya a la vista, y Oliver y la chica volvieron, sin aliento, para decirle que no había rastro de él.

—¡Vaya por Dios, sí que lo siento! —exclamó el señor Brownlow—. Tenía especial interés en devolverle los libros esta misma noche.

—Mándeselos con Oliver —propuso el señor Grimwig con una sonrisa irónica—. Seguro que los entrega en su destino, no cabe duda.

—Sí, permítame llevárselos, por favor —dijo Oliver—. Iré corriendo, señor.

El anciano estaba a punto de objetar que Oliver no debía salir, bajo ninguna circunstancia, cuando la tosecilla más maliciosa del señor Grimwig le convenció de lo contrario; así tendría finalmente ocasión de poder demostrarle a su amigo lo injusto de sus sospechas, de una vez por todas, al menos por lo que respecta a este punto de importancia capital.

—Pues sí que vas a ir, hijo mío —dijo el anciano—. Los libros están en esa silla junto a la mesa. Cógelos.

Oliver, encantado de ser útil, se los colocó inmediatamente bajo el brazo y aguardó, gorra en mano, a escuchar el recado que debía cumplir.

—Tienes que decirle... —dijo el señor Brownlow, que miraba fijamente a Grimwig—. Tienes que decirle que le devuelvo los libros, y que te mando para pagarle las cuatro libras con diez que le debo. Aquí tienes un billete de cinco libras, así que me tendrás que devolver el cambio, que serán diez chelines.

—Estaré aquí antes de diez minutos, señor —contestó Oliver, ilusionado.

Oliver se introdujo el billete en el bolsillo de la chaqueta, se la abotonó y, colocándose los libros cuidadosamente bajo el brazo, hizo una respetuosa reverencia y abandonó la sala. La señora Bedwin lo acompañó hasta la puerta mientras le iba dando todo tipo de indicaciones sobre cuál era el camino más corto, el nombre del librero y de la calle, que Oliver ya sabía de sobra. Finalmente la anciana le dejó ir, no sin antes haber prodigado todo tipo de advertencias de que tuviera cuidado y de que no fuera a enfriarse.

—¡Bendición de niño! —exclamó la anciana, siguiéndole con la mirada—. No sé por qué, pero me intranquiliza verle marchar.

En ese momento, Oliver se volvió con rostro alegre y con un movimiento de cabeza saludó antes de doblar la esquina. La anciana le devolvió el saludo con una sonrisa, cerró la puerta, y se retiró a su habitación.

—Veamos; estará de vuelta en veinte minutos, a más tardar —calculó el señor Brownlow, y dejó su reloj sobre la mesa—. Ya será de noche para entonces.

—¿Pero es que realmente espera que vuelva? —inquirió el señor Grimwig.

—¿Usted no? —preguntó el señor Brownlow, sonriendo.

El espíritu de contradicción era muy fuerte en el corazón del señor Grimwig en ese momento, y aquella sonrisa confiada de su amigo todavía lo reforzó más.

—Pues no —dijo, golpeando la mesa con el puño—. No lo creo. Ese chico lleva un traje nuevo, unos libros valiosos bajo el brazo y un billete de cinco libras en el bolsillo. Volverá con esos ladronzuelos, sus antiguos compinches, y se reirá de usted. Si ese niño vuelve a aparecer un día por esta casa, que me coma la cabeza.

Con tales palabras aproximó su silla a la mesa, y allí permanecieron sentados los dos amigos, en silenciosa espera, con el reloj situado entre ambos. No estará de más comentar, para ilustrar la importancia que otorgamos a nuestros propios juicios de valor y la arrogancia con que exponemos nuestras conclusiones más irreflexivas y precipitadas, que, aunque el señor Grimwig no era, de ningún modo, un hombre de mal corazón, y a pesar de que hubiera lamentado verdaderamente que engañaran a su apreciado amigo y se burlaran de él, lo que deseaba con todas sus fuerzas en aquel momento era que Oliver Twist no regresara. ¡Tales son las contradicciones que encierra la naturaleza humana!

Tanto oscureció que apenas se distinguían ya los números de la esfera, pero allí continuaban sentados los dos hombres, en silencio, separados por un reloj.

CAPÍTULO XV

Que muestra el cariño que sentían por Oliver el alegre anciano judío y la señorita Nancy

Si bien no formaba parte de mis intenciones y planes, profundamente meditados, relativos a esta epopeya en prosa (pues esto es lo que deseo que sea), dejar sentados a los dos ancianos caballeros uno a cada lado del reloj, hasta que la oscuridad, cada vez mayor, les impidiese verlo, dudando ambos del regreso de Oliver (uno triunfante, el otro afligido), podría aprovechar la ocasión para entretener al lector con reflexiones muy sabias acerca de la evidente inconveniencia de intentar hacer el bien entre nuestros semejantes, cuando no existe esperanza de recompensa terrenal; o mejor dicho, acerca de la estricta conveniencia de mostrar un cierto grado de caridad o compasión en un caso especialmente poco prometedor y, después, abandonar semejante debilidad para siempre. Soy consciente de que al aconsejar este desvío, por leve que sea, del camino de la prudencia y la mundanidad, me expongo a la censura de un gran número de personas excelentes y respetables que hace tiempo que transitan por dicho camino; pero me atrevo a sostener que las ventajas de este modo de proceder son múltiples y duraderas. Por ejemplo, si resultara que, inesperadamente, el objeto seleccionado acabara bien, progresara y enmendara su conducta gracias a la asistencia por usted proporcionada, este, en un gesto de pura gratitud y de todo corazón, ensalzaría su bondad hasta el mismísimo firmamento. De este modo, su reputación se consolidaría y usted pasaría por el mundo como la más valorada de las personas, alguien que en secreto lleva a cabo un inmenso número de acciones bondadosas de las cuales no verá la luz ni una veinteva parte. Si, por el contrario, su mal carácter se hace público, y su disipación se vuelve proverbial, usted se sitúa en la excelente posición de haber intentado ofrecer auxilio del modo más desinteresado; de haberse convertido en un misántropo a consecuencia de la traición de su objeto; y de haber pronunciado el precipitado y solemne juramento —que nadie lamentará más que usted mismo— de no volver a ayudar ni a asistir a hombre, mujer o niño alguno, no sea que le engañen de modo similar. Conozco a un gran número de

personas en ambas situaciones en este momento, y puedo afirmar con seguridad que generalmente son las más respetadas y estimadas de todo mi círculo de relaciones.

Pero, dado que el señor Brownlow no era una de estas personas; dado que obstinadamente perseveraba en hacer el bien porque sí, y por la gratificación que le producía en el corazón; dado que ningún fracaso lo desanimaba, y que los casos individuales de ingratitud no le tentaban a vengarse de toda la especie humana, no entraré en digresión alguna en este momento; y si la razón expuesta no basta para justificar esta decisión, tengo otra que es realmente irrefutable y que ya se ha expuesto con anterioridad, a saber: que no formaba parte de mi intención original hacerlo.

En el tenebroso salón de una taberna de mala muerte, situada en la zona más mugrienta de Little Saffron Hill, un tugurio oscuro y lúgubre donde durante el invierno ardía todo el día una lámpara de gas, y donde en verano no entraba nunca rayo de sol alguno, estaba sentado, sumido en sus pensamientos, con una jarrita de peltre y un pequeño vaso fuertemente impregnado de olor a licor, un hombre ataviado con un abrigo de pana, calzones grisáceos, botas de media caña y medias. Aun bajo esta tenue luz, ningún experto agente de policía hubiese dudado un instante en reconocer al señor William Sikes. A sus pies estaba sentado un perro de pelo blanco y ojos enrojecidos que se entretenía, bien observando fijamente a su dueño, parpadeando con ambos ojos a la vez, bien lamiéndose un gran corte en carne viva que tenía en un lado de su hocico y que parecía ser el resultado de algún conflicto reciente.

—¡Estáte quieto, bandido! ¡Quietos! —dijo el señor Sikes rompiendo el silencio de repente.

Si sus meditaciones eran tan profundas como para distraerse con el parpadeo del perro, o si sus sentimientos se veían influidos por sus reflexiones hasta el punto de que requerían desahogarse con un animal inofensivo para mitigarlos, es asunto a discutir y a considerar. Fuese cual fuese la causa, el resultado consistió en un puntapié y una maldición que recayeron sobre el perro simultáneamente.

Los perros no suelen vengarse de los agravios infligidos por sus dueños, pero el perro del señor Sikes, que tenía en común con su amo algunos defectos de temperamento y que quizá era víctima en ese instante de una poderosa sensación de agravio, hincó sus dientes sin más preámbulos en una de las botas y, después de propinarle una fuerte sacudida, se retiró gruñendo y se ocultó debajo de un banco, gracias a lo cual se zafó de la jarrita de peltre que el señor Sikes había dirigido sobre su cabeza.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —dijo Sikes, agarrando el atizador con una mano mientras con la otra abría con deliberación una gran navaja que se había sacado del bolsillo—. ¡Ven aquí, tú, diablo, mal nacido! ¡Ven aquí! ¿No me oyes?

El perro sin duda alguna le oía, porque el señor Sikes le hablaba en el tono más áspero de una voz ya de por sí áspera, pero dado que el animal parecía tener alguna

objeción inexplicable a que le cortaran el cuello, se quedó donde estaba y gruñó con mayor fiereza que antes, al tiempo que agarraba entre sus dientes el extremo del atizador y lo mordía como una bestia salvaje.

Esta resistencia consiguió exasperar todavía más al señor Sikes, quien, dejándose caer de rodillas, arremetió furiosamente contra el animal. El perro saltaba de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha, gruñendo, ladrando, lanzando dentelladas aquí y allá; el hombre atacaba y maldecía, golpeaba y blasfemaba. El forcejeo estaba alcanzando ya un punto crítico para uno y otro cuando de repente se abrió la puerta y el perro salió como una exhalación, dejando a Bill Sikes con el atizador y la navaja en las manos.

Dos no pelean si uno no quiere, dice un antiguo refrán. El señor Sikes, decepcionado por la deserción del perro, transfirió inmediatamente su parte en la riña al recién llegado.

—¿Por qué demonios te entrometes entre mi perro y yo? —dijo Sikes con un gesto de fiereza.

—No lo sabía, querido, no lo sabía —contestó Fagin humildemente, ya que el recién llegado era el judío.

—¿Cómo que no lo sabías, ladrón cobarde? —gruñó Sikes—. ¿Acaso no oías el barullo?

—Nada en absoluto, tan cierto como que estoy vivo, Bill —replicó el judío.

—¡Ah, claro que no, tú no oyes nada!, ¿verdad? —replicó Sikes con una feroz mueca de desprecio—. ¡Entras y sales a escondidas y así nadie te oye ir y venir! Me habría gustado que hace medio minuto hubieras estado en la piel del perro, Fagin.

—¿Por qué? —inquirió el judío con una sonrisa forzada.

—Porque el gobierno, que protege las vidas de hombres como tú, que no eres ni la mitad de valiente que un animal, permite en cambio a un hombre matar a un perro como le plazca —replicó Sikes cerrando la navaja con una mirada muy expresiva—. Por eso.

El judío se frotó las manos y, sentándose a la mesa, fingió reír ante el comentario de su amigo. Era evidente, sin embargo, que estaba muy incómodo.

—¡Ríete, ríete! —dijo Sikes volviendo a colocar el atizador de la chimenea en su lugar, mientras lo miraba de arriba abajo con un desprecio cruel—. ¡Tú, ríete! ¡Pero de mí no te reirás jamás, a menos que esté muerto! ¡Te tengo bien cogido! ¿Eh? Y créeme, no te soltaré. Si caigo, tú vas detrás de mí, así que mucho cuidado conmigo.

—Bien, bien, querido —dijo el judío—. Eso ya lo sé; tenemos... tenemos intereses en común.

—¡Ja! —dijo Sikes, como si pensase que los intereses fuesen mayores por parte del judío que por la suya—. Y bien, ¿qué tienes que decirme?

—Todo ha ido bien —contestó Fagin—, y esta es tu parte. Es incluso más de lo que te toca, querido, pero como sé que en otra ocasión me harás algún favor, y...

—¡Corta el rollo! —interfirió el ladrón, impaciente—. ¿Dónde está? ¡Enséñamelo!

—Sí, sí, Bill. ¡Dame tiempo, dame tiempo! —replicó con calma el judío—. ¡Aquí está! ¡Todo a salvo!

Mientras hablaba se sacó del pecho un viejo pañuelo de algodón y, deshaciendo un gran nudo que había en uno de los extremos, mostró un pequeño paquete de papel marrón. Sikes se lo arrebató, lo abrió precipitadamente y comenzó a contar los soberanos que contenía.

—Esto es todo, ¿no? —inquirió Sikes.

—Todo —replicó el judío.

—¿No habrás abierto el paquete mientras venías? No me habrás birlado uno o dos, ¿verdad? —inquirió Sikes, desconfiado—. No te hagas el ofendido por la pregunta: no sería la primera vez que lo haces. Tira del campano.

Estas palabras, en lenguaje coloquial, expresaban el requerimiento de hacer sonar la campanilla. Inmediatamente apareció otro judío más joven que Fagin, con un aspecto casi tan repulsivo y vil como el suyo.

Bill Sikes simplemente señaló la jarrita vacía. El judío, entendiendo perfectamente la indirecta, se retiró a rellenarla, tras intercambiar previamente una expresiva mirada con Fagin, quien levantó la vista un instante como si la esperara y respondió negando con la cabeza tan levemente que la acción habría pasado desapercibida a los ojos de una tercera persona. Sikes no se dio cuenta del gesto, ya que en ese momento estaba inclinado atándose el cordón de la bota que el perro había rasgado. Posiblemente, si hubiera observado el breve intercambio de señas, habría pensado que no se le avecinaba nada bueno.

—¿Hay alguien ahí, Barney? —inquirió Fagin, sin levantar la vista del suelo, ahora que Sikes estaba mirando.

—Ni un adba —respondió Barney. Puede ser que sus palabras procedieran del corazón o no, pero lo cierto es que le salieron por la nariz.

—¿Nadie? —inquirió Fagin en un tono de sorpresa que quizá pudiera significar que Barney era libre de decir la verdad.

—Dadie bedos la sedodita Dadcy —replicó Barney.

—¡Nancy! —exclamó Sikes—. ¿Dónde? ¡Que me quede ciego si no le rindo los debidos honores a esa chica por su talento innato!

—Está dobáddose ud plato de terdera en la barra —replicó Barney.

—Dile que venga —dijo Sikes, apurando un vaso de licor—. ¡Vamos, dile que venga!

Barney miró tímidamente a Fagin, como pidiéndole permiso, pero como el judío permanecía en silencio y no levantaba los ojos del suelo, se retiró y regresó en

seguida, haciendo pasar a Nancy, adornada con la toca, el mandil, la cesta y las llaves de entrada, al completo.

—Estás tras la pista, ¿no, Nancy? —inquirió Sikes ofreciéndole el vaso.

—Sí, Bill —contestó la joven, rechazando su contenido—. Y estoy ya cansada de todo esto, demasiado cansada. El mocoso ha estado enfermo, en cama, y...

—¡Ay Nancy, querida! —dijo Fagin levantando la vista.

Pues bien, no es asunto de mucha importancia si un extraño modo de fruncir el ceño por parte del judío y sus ojos enrojecidos y entornados advirtieron o no a la señorita Nancy que estaba siendo demasiado comunicativa. Lo único que nos interesa son los hechos, y el hecho fue que ella de repente se contuvo y con varias sonrisas amables hacia el señor Sikes dirigió la conversación por otros derroteros. En aproximadamente diez minutos, al señor Fagin le dio un ataque de tos, tras el cual Nancy se colocó el chal sobre los hombros y declaró que era hora de marcharse. El señor Sikes, al darse cuenta de que el camino de la chica y el suyo coincidían en un pequeño tramo, expresó su intención de acompañarla. Salieron juntos, seguidos a corta distancia por el perro, que se escabulló por un pequeño patio trasero tan pronto como hubo perdido de vista a su amo.

El judío asomó la cabeza bruscamente una vez que Sikes se hubo marchado, lo siguió con la mirada mientras cruzaba el oscuro pasadizo, agitó el puño cerrado, farfulló una tremenda maldición y, con una horrible sonrisa, volvió a sentarse a la mesa, donde se quedó absorto en seguida en las interesantes páginas de la gaceta policial *Hue and Cry*.

Mientras tanto, Oliver Twist, que ni por asomo podía imaginarse lo cerca que se hallaba del alegre anciano, iba de camino hacia el puesto de libros. Cuando llegó a Clerkenwell, giró sin darse cuenta por una calle que no estaba exactamente en su camino, pero al descubrir su error cuando ya había recorrido la mitad del trayecto, y sabiendo que la dirección debía de ser la correcta, pensó que no valía la pena dar marcha atrás. Y así continuó caminando, tan rápido como pudo, con los libros bajo el brazo.

Caminaba pensando en lo feliz y satisfecho que debía sentirse, y en cuánto daría por ver aunque fuera solo un momento al pobrecito Dick, quien, hambriento y golpeado, es posible que estuviera ya muerto en ese mismo instante, cuando le sobresaltaron los fuertes gritos de una joven.

—¡Ay, mi hermanito querido! —y apenas hubo levantado la vista para ver qué sucedía, le detuvieron un par de brazos que se le abalanzaban oprimiéndole el cuello.

—¡No! —gritó Oliver forcejeando—. ¡Suéltame! ¿Quién eres? ¿Por qué me paras?

Por toda respuesta obtuvo un gran número de lamentaciones a voz en grito que provenían de la joven que lo había abrazado y que llevaba una pequeña cesta y una llave en la mano.

—¡Ay, válgame Dios! —dijo la joven—. ¡Lo he encontrado! ¡Ay, Oliver! ¡Oliver! ¡Ay, niño malo! ¡Cuánta angustia por tu culpa! ¡Ven a casa, querido, ven! ¡Ay, lo he encontrado! ¡Gracias, Dios misericordioso, lo he encontrado!

Con todas esas exclamaciones incoherentes, la joven estalló en un nuevo ataque de llanto y se puso tan terriblemente histérica que un par de mujeres que llegaban en ese momento preguntaron al hijo de un carnicero, de cabello brillante untado con sebo, que también estaba mirando lo que sucedía, si no creía oportuno llamar a un médico sin dilación. A lo que el hijo del carnicero, que parecía de carácter tranquilo, por no decir indolente, respondió que creía que no.

—¡Ay, no, no, no es nada! —dijo la joven, asiendo la mano de Oliver—. Ya estoy mejor. ¡Vuelve a casa inmediatamente, niño cruel! ¡Vuelve!

—¿Qué ocurre, muchacha? —inquirió una de las mujeres.

—¡Ay señora! —replicó la joven—. Hace casi un mes que se escapó de casa de sus padres, que son gente respetable y trabajadora, y se juntó con una cuadrilla de ladrones y tipos malos. Su madre casi se muere del disgusto.

—¡Desgraciado! —dijo una de las mujeres.

—¡Vete a casa, vamos, no seas cruel! —dijo la otra.

—¡No es cierto! —replicó Oliver, tremendamente asustado—. ¡No la conozco! ¡No tengo ninguna hermana, ni tampoco padre ni madre! ¡Soy huérfano! ¡Vivo en Pentonville!

—¡Ay, escuchen cómo lo niega! —sollozó la joven.

—¡Pero si es Nancy! —exclamó Oliver viendo por primera vez el rostro y retrocediendo con incontenible asombro.

—¡Miren cómo me conoce! —lloró Nancy, llamando la atención de los transeúntes que allí estaban—. No puede evitarlo. ¡Háganle regresar a casa, buena gente! Si no, matará a su querida madre y a su padre de un disgusto, y a mí me romperá el corazón.

—¿Qué demonios sucede? —dijo un hombre que salió de pronto de una cervecería, con un perro blanco pisándole los talones—. ¡Pero si es Oliver! ¡Vuelve a casa con tu pobre madre, truhán! ¡Vuelve a casa inmediatamente!

—¡Yo no soy nada suyo! ¡No les conozco! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Oliver mientras forcejeaba en los fuertes brazos del hombre.

—¡Socorro, dice! —repitió el hombre—. Sí, yo te socorreré, pequeño granuja. ¿Qué son esos libros? Los has robado, ¿no es cierto? ¿Eh? Tráelos aquí.

Mientras pronunciaba estas palabras, el hombre le arrancó los ejemplares de las manos y le golpeó con fuerza en la cabeza.

—¡Bien hecho! —gritó uno de los espectadores desde la ventana de una buhardilla—. ¡Ese es el único modo de hacerle entrar en razón!

—¡Claro que sí! —gritó un carpintero de rostro amodorrado, lanzando una mirada de aprobación hacia la ventana de la buhardilla.

—Le sentará bien —dijeron las dos mujeres.

—¡Y se lo tiene merecido! —replicó el hombre, propinándole otro golpe y sujetando a Oliver por el pescuezo—. ¡Vamos, pillo, maleante! ¡Ven, Dardo, ocúpate de él! ¡Vamos!

Debilitado a causa de la reciente enfermedad, atontado por los golpes y por lo inesperado de la agresión, aterrorizado por los feroces gruñidos del perro y la brutalidad del hombre, y abrumado por la convicción con que los transeúntes le consideraban en efecto un sinvergüenza consumado, como se había dicho que era, ¿qué podía hacer el pobre chiquillo? Había oscurecido; estaba en un barrio sórdido; nadie de por allí podía ayudarle; era inútil resistirse. En un instante le arrastraron por un laberinto de callejuelas estrechas y oscuras y le obligaron a caminar por ellas a un ritmo que rápidamente convirtió en ininteligibles los pocos gritos que todavía se atrevía a emitir. Además importaba bien poco que fueran inteligibles o no, ya que no había nadie para prestarles atención, aunque se hubieran escuchado claramente.

Se encendieron las farolas de gas. La señora Bedwin esperaba con ansiedad junto a la puerta abierta; la criada se había recorrido la calle veinte veces para ver si encontraba algún rastro de Oliver; y los ancianos caballeros continuaban sentados en el salón oscuro con el reloj situado entre ambos.

CAPÍTULO XVI

Que cuenta qué fue de Oliver Twist tras haber sido reclamado por Nancy

Las estrechas calles y callejuelas desembocaban al final en un amplio espacio al aire libre en el que había dispersos algunos rediles para animales y otros indicios de un mercado de ganado. Cuando llegaron a este lugar, Sikes aflojó el paso, viendo que la chica era incapaz de mantener por más tiempo el ritmo al que hasta ahora habían estado caminando, y, volviéndose hacia Oliver, le ordenó bruscamente que cogiese la mano de Nancy.

—¿Me oyes? —gruñó Sikes, viendo que Oliver dudaba y miraba a su alrededor.

Estaban en una esquina oscura, bastante alejados del paso de los viandantes, y Oliver vio con meridiana claridad que toda resistencia sería en vano. Alargó la mano y Nancy se la sujetó con fuerza.

—Dame la otra —dijo Sikes, agarrando la mano libre de Oliver—. ¡Ven aquí, Dardo! El perro le observó y gruñó.

—¡Mira hacia aquí, chucho! —dijo Sikes, agarrando a Oliver del cuello con la otra mano y blasfemando atrocemente—. ¡Si dice una sola palabra, a por él! ¿Me oyes?

El perro volvió a gruñir y, relamiéndose el hocico, echó un vistazo a Oliver como si estuviese ansioso de lanzarse sobre su tráquea sin más demora.

—¡Tiene más ganas que un cristiano! ¡Que me quede ciego si no es así! —dijo Sikes observando al animal y asintiendo de modo sombrío y feroz—. Ahora ya sabes lo que te espera, así que grita y verás cómo el perro pronto termina con este juego. ¡Vamos, muchacho, camina!

Dardo meneó el rabo en señal de agradecimiento por ese apelativo tan cariñoso e inusual y, dejando escapar otro gruñido admonitorio dirigido a Oliver, se puso en marcha.

Estaban cruzando Smithfield, aunque hubiera dado lo mismo que fuera Grosvenor Square, porque Oliver no sabía dónde se encontraba. La noche era cerrada, había niebla y estaba comenzando a llover. Las luces de los comercios apenas podían entreverse por la niebla, que se hacía más espesa por momentos y envolvía las calles y

las casas en penumbra, haciendo este lugar aún más extraño a los ojos de Oliver y su incertidumbre aún más penosa y deprimente.

Habían avanzado unos cuantos pasos cuando sonó la campana grave de una iglesia marcando la hora. Al primer toque, los dos adultos se detuvieron y volvieron la cabeza en la dirección de la que procedía el sonido.

—Son las ocho en punto, Bill —dijo Nancy cuando cesaron las campanadas.

—¿A qué viene eso? ¡Aún oigo! —replicó Sikes.

—Me pregunto si ellos también las oyen —dijo Nancy.

—¡Claro que sí! —contestó Sikes—. Recuerdo que me detuvieron durante la fiesta de San Bartolomé, un veinticuatro de agosto. Oía hasta las trompetillas de la feria, todas y cada una de ellas. Ya de noche, cuando me encerraron, el trasiego de afuera hacía tan terrible el silencio de la celda de los demonios que me entraban ganas de machacarme los sesos contra las placas de metal de la puerta.

—¡Pobres hombres! —dijo Nancy, que continuaba con la cabeza vuelta hacia el lugar donde había doblado la campana—. ¡Ay, Bill, unos tipos tan jóvenes y tan guapos!

—Sí, las mujeres solo pensáis en eso —respondió Sikes—. ¡Tipos jóvenes y guapos! Bien, es como si estuvieran muertos, así que da lo mismo.

Con este consuelo, el señor Sikes pareció reprimir un incipiente brote de celos y, agarrando la muñeca de Oliver con mayor firmeza, le ordenó que apretara el paso de nuevo.

—¡Espera un momento! —dijo la chica—. ¡Yo no pasaría corriendo si fueran a colgarte a ti la próxima vez que dieran las ocho, Bill! ¡Daría una vuelta tras otra alrededor de la plaza, hasta caer al suelo, aunque estuviera cubierto de nieve y no tuviera un chal con el que cubrirme!

—¿Y de qué serviría eso? —inquirió el señor Sikes—. A menos que me colases una lima y veinte metros de buena cuerda, daría lo mismo que caminases cien kilómetros o que no movieras ni un pie. ¡Venga, vámonos y no empieces a sermonear aquí!

La joven se echó a reír, se abrigó bien, envolviéndose con el chal, y siguieron adelante. Pero Oliver sintió cómo le temblaba la mano y, al mirarle el rostro cuando pasaban caminando junto a una farola de gas, vio que había palidecido como un cadáver.

Continuaron andando por caminos sucios y poco transitados durante media hora. Se cruzaron con muy pocas personas, ya que llovía intensamente, y aquellas que se encontraron, por el aspecto, parecían ocupar el mismo lugar en la sociedad que el señor Sikes. Finalmente entraron en una calle estrecha y mugrienta, casi llena de comercios de ropa vieja, y el perro, que se adelantó corriendo como si fuera consciente de que ya no hacía falta que se mantuviera alerta, se detuvo ante la puerta de una tienda cerrada y aparentemente desocupada. La casa tenía un aspecto ruinoso,

y sobre la puerta había una placa que indicaba que se alquilaba, aunque por su aspecto se diría que llevaba colgada allí muchos años.

—Muy bien —dijo Sikes, mirando con cautela a su alrededor.

Nancy se agachó bajo las contraventanas y Oliver escuchó el sonido de una campanilla. Cruzaron al otro lado de la calle y permanecieron de pie junto a una farola durante unos instantes. Se escuchó un ruido, como si una ventana de guillotina se hubiese levantado con discreción, y poco después la puerta se abrió suavemente. El señor Sikes agarró al chico aterrorizado por el pescuezo sin ningún miramiento y entraron los tres con rapidez en la casa.

El pasillo estaba completamente a oscuras. Esperaron mientras la persona que les había abierto cerraba la puerta con cadenas y barrotes.

—¿Hay alguien? —inquirió Sikes.

—No —replicó una voz que Oliver creyó haber escuchado ya en otra ocasión.

—¿Está aquí el viejo? —preguntó el ladrón.

—Sí —respondió la voz—, y bien callado que está. Y anda que no se va a alegrar de verte.

El estilo de esta respuesta así como la voz que la emitía resultaron familiares a los oídos de Oliver, pero en la oscuridad no se podía distinguir ni la silueta del interlocutor.

—Un poco de luz —dijo Sikes—, que nos vamos a romper el cuello o vamos a pisar perro. Y si lo pisáis, tened cuidado con las piernas.

—¡Párate un momento y te traeré una luz! —replicó la voz. Se escucharon los pasos del interlocutor que se alejaba y un minuto después apareció la figura del señor John Dawkins, también conocido como el Lince, que traía en la mano derecha una vela de sebo sujeta a un palo.

El joven no dio ninguna muestra de reconocer a Oliver, salvo una mueca cómica, pero dándose la vuelta hizo una señal a los visitantes para que le siguieran escaleras abajo. Cruzaron una cocina vacía y, tras abrir la puerta de una habitación que olía a tierra y parecía haber sido construida en un pequeño corral, fueron recibidos con una algarabía de carcajadas.

—¡Ay, mi castigo! —gritó Charley Bates, que era quien se reía a pleno pulmón—. ¡Aquí está! ¡Pero si es él! ¡Ay, Fagin, mírelo! ¡Fagin, mírelo! ¡No puedo resistirlo, qué cosa más divertida! ¡Ay, no puedo! ¡Que alguien me sostenga que me caigo de la risa!

Con este irreprimible estallido de gozo, el señor Bates se revolcó por el suelo y pateó convulsivamente durante cinco minutos, en un frenesí de alegría burlona. Después se puso en pie de un salto, le arrebató el velón al Lince y, avanzando hacia Oliver, le examinó dando vueltas a su alrededor. Mientras tanto, el judío, tras quitarse el gorro de dormir, hizo un gran número de reverencias ante el apabullado joven. Entretanto, el Lince, que era de carácter más bien taciturno y que rara vez daba rienda

suelta a su alegría si esta interfería con su trabajo, registró los bolsillos de Oliver con diligencia y perseverancia.

—¡Mire cómo va vestido, Fagin! —dijo Charley, acercando tanto la vela a la chaqueta nueva de Oliver que poco faltó para que le prendiera fuego—. Mire cómo va: ¡si es tela de la buena! ¿Y qué me dice del traje de señorito? Eh, ver para creer, ¡vaya espectáculo! Por no hablar de los libros... ¡Está hecho todo un señoritingo, Fagin!

—Me alegro de verte con tan buen aspecto, querido... —dijo el judío, inclinándose ante él con fingida humildad—. Será mejor que el Lince te traiga alguna otra cosa que ponerte, no vaya a ser que se te estropee el traje de los domingos... ¿Por qué no nos has escrito para avisarnos de que venías? Hubiéramos preparado algo especial para cenar.

Al oír esto, el señor Bates soltó una nueva carcajada, tan fuerte que hizo reírse al mismísimo Fagin e incluso al Lince; sin embargo, como daba la casualidad de que este último acababa de sacar el billete de cinco libras del bolsillo de Oliver, queda la duda de si fue la ocurrencia del judío o dicho descubrimiento lo que había provocado su alegría.

—¡Hombre! Pero ¿qué tenemos aquí? —preguntó Sikes, dando un paso al frente al ver que el judío cogía el billete—. Eso me lo quedo yo, Fagin.

—De eso nada, amigo mío —respondió el judío—. Me lo quedo yo, Bill; tú puedes quedarte con los libros.

—Como no me des lo que es mío —dijo Sikes, encasquetándose el sombrero con aire resuelto—, bueno, mejor dicho, mío y de Nancy..., me vuelvo con el muchacho por donde he venido.

El judío se sobresaltó, al igual que Oliver, si bien este último lo hizo por un motivo totalmente distinto, pues esperaba que la discusión terminara de verdad con su vuelta al lugar de donde había venido.

—Venga, haz el favor de dármelo —dijo Sikes.

—No hay derecho a que me hagas esto, Bill; no es justo, ¿verdad que no, Nancy? —protestó el judío.

—¿Y qué más da que sea justo o no? —replicó Sikes—. ¡Te he dicho que me lo des! ¿O es que crees que Nancy y yo no tenemos nada mejor que hacer que ir por ahí persiguiendo y raptando a todos los chiquillos que se te escapan a ti? Suéltalo, saco de huesos avaricioso; ¡suéltalo!

Con esta amable reprensión, el señor Sikes arrancó el billete de entre el pulgar y el índice del judío y, mirando al anciano a la cara con frialdad, lo dobló y se lo ató al pañuelo que llevaba en el cuello.

—Esto es por las molestias que nos hemos tomado —dijo Sikes—, y aún se queda corto. Tú puedes quedarte con los libros, si es que te gusta leer, y si no, pues véndelos.

—Están muy bien —dijo Charley Bates, quien, con repetidas muecas, fingía estar leyendo uno de los libros en cuestión—, el estilo está muy cuidado, ¿a que sí, Oliver?

En vista de la consternación con la que Oliver miraba a sus torturadores, el señor Bates, que estaba dotado de un gran sentido del humor, sucumbió a los efectos de un ataque de risa aún más exagerado que el anterior.

—Esos libros son del caballero —dijo Oliver, retorciéndose las manos—, del anciano amable y bondadoso que me acogió en su casa y se encargó de que cuidaran de mí cuando estuve a punto de morir por culpa de la fiebre. Por favor, les ruego que se los devuelvan, ¡devuélvanle los libros y el dinero! Quédense conmigo para toda la vida; pero, por lo que más quieran, ¡devuélvanle los libros! O va a pensar que he sido yo quien los ha robado..., y también la buena señora, todos ellos, que tan bien se portaron conmigo, van a pensar que me los he quedado yo. Por favor, ¡tengan piedad de mí y devuélvanselos!

Con estas palabras, pronunciadas con toda la energía que emana de la más profunda desesperación, Oliver cayó de rodillas a los pies del judío, juntando las manos en ademán suplicante.

—El chico tiene razón —comentó Fagin, cuyas pobladas cejas habían quedado soldadas en una sola, mientras miraba disimuladamente a su alrededor—. Tienes razón, Oliver, tienes toda la razón; seguro que van a pensar que fuiste tú quien los robó. ¡Ja, ja, ja! —se rió entre dientes el judío, retorciéndose las manos—. ¡Si lo hubiéramos planeado, no habría salido mejor!

—Claro que no —contestó Sikes—. Me di cuenta en seguida, nada más verle venir por Clerkenwell con los libros bajo el brazo. Me dije: esta es la nuestra. Deben de ser unos beatos blandengues, si no jamás hubieran acogido al muchacho, y seguro que después no van a ir por ahí buscándole, por miedo a que tengan que denunciarle y termine en una celda. No hay peligro.

Mientras hablaban, Oliver había estado paseando la mirada del uno al otro, como si estuviera totalmente desconcertado y fuera incapaz de comprender qué sucedía a su alrededor; pero, nada más oír las últimas palabras de Bill Sikes, se puso en pie de un brinco y salió disparado de la habitación, haciendo retumbar con sus gritos de auxilio hasta los cimientos de aquella vieja casa desamueblada.

—¡Sujeta al perro, Bill! —gritó Nancy, plantándose de un salto delante de la puerta y cerrándola, después de que el judío y sus dos secuaces se lanzaran en busca del chico—. Sujeta al perro o destrozará al muchacho.

—¡Le estaría bien empleado! —gritó Sikes, forcejeando para que la chica le dejara pasar—. ¡Apártate, si no quieres que te estampe la cabeza contra la pared!

—Me da igual, Bill; me da exactamente igual —gritó la joven, enzarzada en una violenta pelea con el hombre—. Para que el perro despedace al muchacho, primero tendrás que pasar sobre mi cadáver.

—¿Conque esas tenemos, eh? —dijo Sikes, haciendo rechinar los dientes con fiereza—. Pues como no te apartes de en medio, lo pienso hacer.

El ladrón mandó a la chica al otro lado de la habitación de un manotazo, justo en el momento en que regresaban el judío y los dos muchachos, arrastrando a Oliver entre ambos.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —preguntó el judío, mirando a su alrededor.

—Creo que la chica se ha vuelto loca —bramó Sikes.

—No, la chica no se ha vuelto loca —dijo Nancy, pálida y casi sin aliento debido al forcejeo—; no me he vuelto loca, Fagin, no se lo crea.

—Entonces, haz el favor de callarte, ¿quieres? —le espetó el judío, amenazándola con la mirada.

—No, no me da la gana —replicó Nancy, gritando—. ¿Qué le parece eso?

El señor Fagin estaba lo suficientemente familiarizado con el carácter y la forma de proceder de esa clase concreta de personas a la que pertenecía Nancy para saber que no le convenía demasiado seguir alargando la conversación con la joven. Tratando de desviar la atención de los presentes hacia otro asunto, se encaró con Oliver:

—Así que querías largarte, ¿no es cierto, pequeño? —dijo el judío, cogiendo un garrote dentado y repleto de muescas que había en un rincón de la chimenea—. ¿Eh?

Oliver no dijo nada, pero seguía atentamente los movimientos del judío, respirando cada vez más deprisa.

—Querías pedir ayuda..., hacer que viniera la policía, ¿no es así? —dijo el judío en tono desdeñoso, cogiendo al chico por el brazo—. Ya nos encargaremos de que se te quite esa manía, muchacho.

El judío propinó a Oliver un fuerte garrotazo en la espalda, y se disponía a asestarle el segundo cuando la chica, abalanzándose sobre él, le arrancó el garrote de las manos y lo arrojó al fuego con tal fuerza que las brasas ardientes salieron despedidas en todas direcciones por la habitación.

—No voy a quedarme mirando de brazos cruzados, Fagin —gritó la joven—. Ya tiene al chico: ¿qué más quiere? Déjele en paz..., ¡déjele!, o voy a hacer que algunos de los presentes luzcan cierta marca que me ha de llevar a la horca antes de hora...

Mientras profería dicha amenaza, la joven golpeaba fuertemente el suelo con el pie y, con los labios apretados y los puños cerrados, miraba alternativamente al judío y al otro ladrón, con el rostro totalmente pálido a causa de la furia contenida.

—¡Vaya, Nancy! —exclamó el judío en tono conciliador, tras una pausa en la que él y el señor Sikes habían intercambiado una mirada de desconcierto—. Pero si hoy... hoy estás espléndida. ¡Ja, ja, ja! Querida, estás bordando tu papel.

—¿Eso cree? —dijo la joven—. Pues ándese con cuidado, no sea que me dedique a improvisar y salga usted mal parado, Fagin. Se lo digo con tiempo, para que se aparte de mi camino.

Una mujer enfadada, especialmente cuando a sus ya de por sí fuertes sentimientos se les suman los intensos impulsos de la temeridad y la desesperación, puede alcanzar un grado de irascibilidad que pocos hombres osan provocar. Fagin comprendió que sería mejor no volver a subestimar el enfado de Nancy y, retrocediendo involuntariamente un par de pasos, lanzó a Sikes una mirada entre suplicante y cobarde, como si tratara de insinuarle que él era la persona más indicada para retomar la conversación.

El señor Sikes, siendo interpelado sin palabras y entendiendo posiblemente que le iban el orgullo y el amor propio en hacer entrar en razón a Nancy, profirió una buena retahíla de improperios y amenazas, cuya rápida articulación mostraba bien a las claras la fecundidad de su inventiva. No obstante, viendo que no habían surtido efecto alguno en la persona a quien iban dirigidas, decidió recurrir a argumentos más tangibles.

—¿A qué viene todo esto? —dijo Sikes, respaldando la pregunta con una imprecación bastante frecuente inspirada en uno de los más bellos rasgos humanos, la cual, si fuera escuchada allá en las alturas solo una de cada cincuenta mil veces que es pronunciada aquí abajo, convertiría la ceguera en una enfermedad tan común como el sarampión—. ¿A qué viene esto? ¡Maldita sea! ¿Es que te has olvidado de quién eres y a qué te dedicas?

—No, pues claro que no —respondió la joven, riéndose histéricamente y moviendo la cabeza de un lado a otro, con cierto aire de indiferencia poco logrado.

—Bien, pues entonces, cállate —replicó Sikes, soltando un gruñido como los que solía utilizar cuando se dirigía a su perro—, o seré yo quien te haga callar una buena temporada.

La joven volvió a reírse de forma aún más exagerada y, lanzando a Sikes una mirada fugaz, volvió la cara y se mordió el labio hasta que empezó a sangrar.

—¡Buena estás tú hecha —añadió Sikes, mientras la observaba con aire desdeñoso— para hacer de humanitaria y compasiva! ¡Buen pretexto para que el chico, como tú lo llamas, te tome por su amiga!

—¡Pues sí que lo soy, válgame Dios! —gritó acaloradamente la joven—. Y ojalá hubiera caído muerta en medio de la calle, o me hubiera cambiado por alguno de aquellos que hemos tenido tan cerca esta noche, antes que ayudar a traer al chico aquí. De ahora en adelante no será más que un ladrón, un mentiroso, un villano..., todo lo malo imaginable. ¿Le parece poco a ese viejo desgraciado, para que encima tenga que pegarle?

—Venga, venga, Sikes —dijo el judío, invocándole en tono de reprobación y señalando a los chicos, que estaban muy atentos a todo lo que sucedía—. Tenemos que hablar civilizadamente..., Bill, ¡civilizadamente!

—¡Civilizadamente! —exclamó la joven, tan alterada que daba miedo verla—. Civilizadamente..., ¡canalla! ¡Ya le daría yo civilización! Empecé a robar bajo sus órdenes cuando apenas tenía la mitad de años que él —dijo, señalando a Oliver—. Estoy en este negocio, trabajando para la misma persona, desde hace doce años... ¿O es que ya no se acuerda? ¡Responda! ¿No se acuerda?

—¡Tienes razón, tienes razón! —contestó el judío, intentando hacer volver las aguas a su cauce—. Y, si lo has hecho, ¡es porque es tu forma de ganarte la vida!

—¡Vaya si lo es! —replicó la joven, cuyas palabras brotaban en forma de grito continuo y vehemente—. De esto vivo, y no tengo más hogar que las calles frías, sucias y mojadas; y usted es el desgraciado que me arrastró a ellas hace mucho tiempo, y que me va a tener allí, noche y día, ¡noche y día, hasta que me pudra!

—¡Guárdate de que no te haga algo mucho peor! —la amenazó el judío, exasperado por aquellas recriminaciones—. ¡Y pienso hacerlo, como no te calles!

La joven no dijo nada más; pero, fuera de sí y poseída por la rabia, arremetió contra el judío de un modo que probablemente hubiera dejado al viejo alguna señal de su venganza, de no ser por la oportuna intervención de Sikes, quien la sujetó por las muñecas. Nancy forcejeó un rato en balde y después se desmayó.

—Ahora estará tranquila —dijo Sikes, dejándola tendida en un rincón—. Cuando se altera, tiene una fuerza increíble en los brazos.

El judío se secó la frente y sonrió, como si fuera un alivio dar el asunto por zanjado; pero ni él, ni Sikes, ni el perro, ni los muchachos parecían ver el incidente como nada más que un contratiempo normal ligado a los negocios.

—Es lo malo de tener que tratar con mujeres —dijo el judío, devolviendo el garrote a su sitio—, pero son listas, y en un oficio como el nuestro no podemos prescindir de ellas... Charley, enséñale a Oliver dónde va a dormir.

—Supongo que será mejor que mañana no se ponga el trajecito nuevo, ¿no, Fagin? —preguntó Charley Bates.

—Desde luego —contestó el judío, devolviendo a Charley la amplia sonrisa con la que había formulado la pregunta.

El señor Bates, visiblemente satisfecho con su cometido, cogió la vela y condujo a Oliver a una cocina contigua, donde estaban dos o tres de las camas en las que el niño ya había dormido con anterioridad. Una vez allí, con un incontrolable estallido de risa, Charley sacó el mismo fardo de harapos que Oliver tanto se había alegrado de perder de vista en casa del señor Brownlow y que, casualidades de la vida, Fagin había visto en manos del judío que los había comprado, lo que proporcionó una primera pista sobre su paradero.

—Quítate la ropa que llevas —dijo Charley— y se la daré a Fagin para que la guarde... ¡Qué divertido!

El pobre Oliver obedeció a regañadientes y el señor Bates, con la ropa nueva hecha un hatillo bajo el brazo, salió de la habitación y cerró la puerta con llave, dejando a Oliver a oscuras.

El eco de la risa de Charley, junto con la voz de la señorita Betsy, que acababa de llegar oportunamente para refrescar a su amiga con agua y realizar otros menesteres femeninos que contribuyeran a su pronta recuperación, hubieran mantenido en vela a la mayoría de la gente en circunstancias más felices que aquellas en las que se encontraba Oliver; no obstante, el muchacho estaba tan débil y fatigado que en seguida quedó sumido en un profundo sueño.

CAPÍTULO XVII

De cómo el destino de Oliver le sigue siendo poco propicio y trae a Londres a un gran hombre para manchar su reputación

Es costumbre que en el teatro, en todos los buenos melodramas (los de asesinatos), se presenten las escenas trágicas y cómicas con una alternancia tan regular como las vetas rojas y blancas de un trozo de panceta bien curada. El caballero se hunde en su lecho de paja bajo el peso de los grilletes y de sus desgracias, y en la escena siguiente su fiel pero inconsciente escudero deleita al público con una alegre canción. Contemplamos con el alma en vilo cómo un barón arrogante y desalmado está a punto de capturar a la princesa, cuya vida y honra peligran por igual, y cómo la joven empuña una daga para salvar la una a costa de la otra, y, justo en el momento de mayor expectación, se oye un silbido y somos transportados instantáneamente al salón del castillo, donde un senescal de cabello canoso entona un estribillo socarrón, acompañado por una corte de vasallos que parecen bufones y que salen de todas partes, saltando desde las bóvedas de la iglesia o desde el portón de sus palacios, y deambulan en tropel por el escenario sin dejar de cantar ni un instante.

Tal alternancia puede parecer absurda, pero no es en ningún caso artificiosa. Los cambios que se dan en la vida real, como pasar de estar sentado en un banquete a yacer en el lecho de muerte, o de lucir un vestido de fiesta a ir de luto, no son menos llamativos; sin embargo, aquí somos los protagonistas de la historia, en vez de meros espectadores pasivos, lo cual cambia las cosas en gran medida. En la vida ficticia del mundo del teatro, los actores no son conscientes de los cambios bruscos de escenario ni de los arrebatos súbitos de pasión u otros sentimientos, los cuales, a ojos de un simple espectador, son tachados en seguida de provocadores y descabellados.

Como los cambios repentinos de escenario y los saltos temporales o espaciales, además de estar sancionados en los libros por su larga tradición, son considerados por muchos el mayor exponente del arte de la escritura (ya que para dichos críticos la capacidad de un buen escritor se mide principalmente por los dilemas en los que deja sumidos a sus personajes al final de cada episodio), es posible que se juzgue

innecesaria esta breve introducción al presente capítulo. No obstante, he creído totalmente imprescindible incluirla aquí para que el lector sepa que nunca fue mi intención atormentarle dejando al joven Oliver Twist en situaciones difíciles y problemáticas y saliéndome después por la tangente para dedicarme a otros asuntos que no tienen nada que ver con él. Lo único que pretendo es poner rumbo hacia el final de la historia sin olvidarme nada por el camino, acompañado del lector si es posible y, si no, dejándole que tome una senda más placentera durante un capítulo o dos y que vuelva a reunirse conmigo más tarde si así lo desea. De hecho, queda tanto camino por recorrer que no tengo tiempo de entretenerme en digresiones, aun cuando fuera propenso a ello, y si hago esta es para sincerarme con el lector, puesto que es imprescindible que este deposite toda su confianza en el narrador y que no haya malentendidos entre ambos. Lo bueno de esta amigable explicación es que cuando diga —como estoy haciendo ahora— que me dispongo a volver a la ciudad donde nació Oliver Twist, el lector dará en seguida por sentado que tengo buenas razones para emprender ese viaje, pues en caso contrario ni se me ocurriría pedirle que me acompañara.

El señor Bumble salió temprano del hospicio y empezó a subir, con aire majestuoso y paso firme, por la calle Mayor. La pertiguería había alcanzado en él su momento de máximo esplendor: su abrigo y su sombrero de tres picos resplandecían bajo el sol matinal, y se aferraba al bastón con toda la tenacidad y energía que proporcionan la salud y el poder. El señor Bumble acostumbraba a caminar con la cabeza erguida, pero esta mañana la llevaba aún más alta que de costumbre. Había un aire distraído en su mirada y caminaba con ademanes de superioridad, lo cual, a ojos de alguien que no le conociera, podía ser indicativo de que por la mente del pertiguero pasaban pensamientos demasiado profundos para ser expresados.

El señor Bumble no se detenía a charlar con los pequeños comerciantes y demás personas que le saludaban con deferencia al verle pasar; se limitaba a devolverles el saludo con la mano, y no relajó el paso hasta llegar a la granja donde la señora Mann cuidaba de los niños pobres con dedicación parroquial.

—¡Caray con el pertiguero! —exclamó la señora Mann, al reconocer la impaciencia con la que habían sacudido la portezuela del jardín—. ¿A quién sino se le podía ocurrir venir a estas horas de la mañana...? Vaya, señor Bumble, ¡pero si es usted! ¡Válgame Dios, cuánto me alegro de verle! Por favor, señor, pase al salón.

Las dos primeras frases iban dirigidas a Susan, y a oídos del señor Bumble solo llegaron las muestras de júbilo de la buena mujer mientras esta abría la portezuela del jardín y le conducía con gran diligencia y respeto dentro de casa.

—Señora Mann —dijo el señor Bumble, sin dejarse caer sobre el asiento, como hubiera hecho un mequetrefe cualquiera, sino reposando su cuerpo paulatinamente y de forma gradual sobre una silla—, ¡buenos días, señora!

—¡Buenos días tenga usted, caballero! —respondió la señora Mann, sin dejar de sonreír—. ¿Qué tal está?

—Así, así, señora Mann —contestó el pertiguero—. La vida parroquial no es un camino de rosas...

—¡Ay, cuánta razón tiene, señor Bumble! —corroboró la mujer. Y lo mismo hubieran podido corear con gran propiedad todos los niños pobres si la hubieran oído.

—La vida parroquial, señora —continuó el señor Bumble, golpeando la mesa con su bastón—, es una vida llena de preocupaciones, contrariedades y vejaciones, pero es normal que todo personaje público, por así decirlo, sea constantemente acosado.

La señora Mann, sin saber muy bien qué había querido decir el pertiguero con esto, levantó las manos con mirada compasiva y suspiró.

—¡Ay! Entiendo que suspire, señora Mann... —dijo el pertiguero.

Convencida de que había obrado correctamente, la señora Mann volvió a suspirar, lo cual no hizo sino halagar al personaje público, quien, mirando fijamente al sombrero de tres picos para tratar de reprimir una sonrisa de satisfacción, dijo:

—Señora Mann, me marcho a Londres.

—¡Por Dios, señor Bumble! —replicó la señora Mann, con un sobresalto.

—A Londres, señora —repitió el impasible pertiguero—, en diligencia... Y me llevo a dos indigentes. Va a tener lugar un proceso judicial sobre una liquidación y la junta me ha designado... a mí, señora Mann..., para declarar ante los tribunales de Clerkenwell. Y me pregunto —añadió el señor Bumble, poniéndose derecho— si no serán los propios tribunales los que salgan mal parados a raíz de mi paso por allí...

—¡Vaya! No debería ser demasiado duro con ellos, señor —dijo la señora Mann, en tono persuasivo.

—Ellos se lo han buscado, señora —respondió el señor Bumble—. Y si al final los tribunales creen que han salido peor parados de lo que se esperaban, que no vayan por ahí buscando culpables, pues se lo habrán ganado ellos solos...

El tono amenazador en que el señor Bumble había pronunciado estas palabras transmitía tanta solemnidad y determinación que la señora Mann parecía haberse quedado sin habla. Por fin dijo:

—Así que va a ir en diligencia, ¿no es así? Creía que lo normal era mandar a los indigentes en carro...

—Eso es cuando están enfermos, señora Mann —la corrigió el pertiguero—. Si llueve mandamos a los enfermos en carros descubiertos, para que no se resfríen...

—¡Ah! —dijo la señora Mann.

—La diligencia de la competencia se va a llevar a estos dos por un buen precio —explicó el señor Bumble—. Los dos están muy mal y nos pareció que costaría dos libras menos trasladarlos que enterrarlos, siempre y cuando consigamos endosarlos a otra

parroquia... Aunque creo que sí que lo conseguiremos, a menos que se les ocurra morirse por el camino para fastidiarnos... ¡Ja, ja, ja!

Tras reírse un rato, la vista del señor Bumble tropezó con el sombrero de tres picos y se puso serio de nuevo.

—Señora, nos estamos olvidando del verdadero motivo de mi visita... —dijo el pertiguero—. Aquí tiene el estipendio parroquial de este mes.

Dicho esto, el señor Bumble sacó de su cartera algunas monedas de plata envueltas en papel y pidió un recibo, que la señora Mann se apresuró a escribir.

—Está algo emborronado, señor —dijo la granjera de niños—, pero creo que igual servirá. Gracias, señor Bumble, no sabe cuánto se lo agradezco.

El señor Bumble asintió ligeramente con la cabeza ante la muestra de agradecimiento de la señora Mann y se interesó por cómo estaban los niños.

—¡Dios bendiga a las pobres criaturas! —exclamó la señora Mann emocionada—. Los pequeños están tan bien como cabría esperar; a excepción, claro está, de los dos que murieron la semana pasada y del pequeño Dick...

—¿Sigue igual de mal? —preguntó el pertiguero.

La señora Mann hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Diantre de chiquillo! No hace más que ponerse enfermo y encima no pone nada de su parte para recuperarse... —dijo el señor Bumble en tono enojado—. ¿Dónde está?

—Ahora mismo se lo traigo, señor —respondió la señora Mann—. ¡Dick, ven aquí!

Al final, después de haber estado llamándole durante un rato, encontraron a Dick. Le pusieron la cara bajo el chorro de la bomba, se la secaron con el delantal de la señora Mann y después lo llevaron ante la terrible presencia del señor Bumble, el pertiguero.

El muchacho estaba delgado y pálido, tenía las mejillas hundidas y los ojos grandes y brillantes. Las escasas vestiduras proporcionadas por la parroquia, librea de su pobreza, colgaban por todas partes de su enjuto cuerpo, y sus jóvenes articulaciones se habían atrofiado como si fueran las de un anciano.

Así era la criatura que no dejaba de temblar ante la mirada del señor Bumble, sin osar siquiera levantar la vista del suelo y asustado hasta de tener que oír la voz del pertiguero.

—No seas cabezota y haz el favor de mirar al caballero —dijo la señora Mann.

El niño alzó mansamente la vista y sus ojos toparon con los del señor Bumble.

—¿Necesitas algo, Dick? —preguntó el señor Bumble con oportuna jocosidad.

—Nada, señor —respondió el niño con voz débil.

—Eso mismo diría yo —dijo la señora Mann, quien naturalmente se había reído mucho con el sutil sentido del humor del señor Bumble—. Estoy segura de que no te falta de nada...

—Bueno, en verdad... —titubeó el muchacho.

—¡Pero bueno! —le interrumpió la señora Mann—. Ahora no irás a decir que no tienes de todo, ¿verdad? A ver, pequeño granuja, pero qué...

—¡Déjele, señora Mann! —dijo el pertiguero, levantando la mano con gesto autoritario—. Venga, dime qué es lo que quieres.

—Me gustaría —balbució el muchacho— que alguien que sepa escribir anotara algo por mí en un trozo de papel y que lo doblara, lo sellara y lo guardara después de que me entierren.

—Pero... ¿qué dice este muchacho? —exclamó el señor Bumble, a quien la seriedad y el aspecto demacrado del chico habían causado cierta impresión, aun estando acostumbrado a este tipo de cosas—. ¿A qué te refieres, pequeño?

—Me gustaría mandarle recuerdos al pobre Oliver Twist —explicó el muchacho— y hacerle saber cuánto he llorado por él, al pensar que iba vagando solo por la noche, en la oscuridad, sin nadie que le ayudara... Y también me gustaría decirle —continuó el chico, juntando las manos y hablando con gran fervor— que me alegro de morir joven, ya que si hubiera vivido lo suficiente para hacerme un hombre y llegar a viejo, quizá mi hermana, que está en el cielo, me habría olvidado o seríamos muy distintos, y creo que sería más bonito si los dos nos reencontráramos de niños.

El señor Bumble examinó de pies a cabeza a su pequeño interlocutor sin poder dar crédito a lo que acababa de oír y, volviéndose hacia su compañera, dijo:

—Se les podría meter a todos en el mismo saco, señora Mann. ¡Ese depravado de Oliver Twist los ha corrompido a todos!

—¡Quién me lo iba a decir, señor! —dijo la señora Mann, levantando las manos y mirando a Dick con malicia—. ¡Quién me iba a decir que me toparía con un bellaco como este!

—¡Apártelo de mi vista, señora! —la urgió el señor Bumble—. Esto hay que hacérselo saber a la junta, señora Mann.

—Espero que la junta comprenda que yo no he tenido nada que ver... —dijo la mujer, lloriqueando patéticamente.

—Lo harán, señora. Se les hará saber la verdad del caso —dijo el señor Bumble pomposamente—. Y ahora, apártenlo de mi vista. No soporto verle ni un minuto más.

Acto seguido se llevaron a Dick y lo encerraron en la carbonera. El señor Bumble se marchó poco después para ultimar los preparativos de su viaje.

A las seis de la mañana del día siguiente el señor Bumble, tras cambiar su sombrero de tres picos por un bombín y enfundarse un gabán azul con valona, tomó asiento en la parte exterior de la diligencia, junto con los delincuentes cuya ubicación estaba en juego, con quienes llegó a Londres a su debido tiempo. El trayecto transcurrió sin más contratiempos que los que se derivaron del perverso comportamiento de los dos pobres, quienes se empeñaban en temblar y quejarse del frío de un modo que, según

afirmaba el propio Bumble, hacía que al pertiguero le castañetearan los dientes y se sintiera bastante incómodo, a pesar de llevar puesto el gabán.

Una vez se hubo deshecho de estos desalmados durante el día, el señor Bumble tomó asiento en la posada donde había parado la diligencia y cenó frugalmente a base de filetes, salsa de ostras y cerveza negra. Puso un vaso de ginebra rebajada con agua templada sobre la repisa de la chimenea y acercó la silla al fuego, y, con algunas reflexiones morales sobre pecados tan arraigados como el descontento y la queja, se acomodó para leer el periódico.

El primer párrafo sobre el que se posó la vista del pertiguero fue el siguiente anuncio:

CINCO GUINEAS DE RECOMPENSA

El jueves pasado por la noche desapareció de su casa en Pentonville un muchacho llamado Oliver Twist, en paradero desconocido desde entonces. Se ofrece la recompensa arriba mencionada a quienquiera que facilite información que ayude a encontrarle o a esclarecer su pasado, en el que el anunciante está por diversos motivos vivamente interesado.

A continuación venía una descripción pormenorizada de la apariencia y vestimenta de Oliver, así como de su aparición y desaparición, y se especificaban el nombre y la dirección del señor Brownlow.

El señor Bumble abrió unos ojos como platos, releyó lentamente el anuncio otras tres veces con gran atención y, en poco más de cinco minutos, estaba ya de camino a Pentonville, olvidándose incluso del vaso de ginebra, que debido a su excitación se quedó en la repisa de la chimenea sin que hubiera bebido ni siquiera un sorbo.

—¿Está en casa el señor Brownlow? —preguntó el señor Bumble a la joven que le abrió la puerta.

Ante esta pregunta, la joven respondió con la típica evasiva:

—No lo sé... ¿De parte de quién?

Tan pronto como el señor Bumble pronunció el nombre de Oliver como motivo de su visita, la señora Bedwin, que había estado escuchando desde el salón, salió corriendo al pasillo visiblemente acalorada.

—¡Pase, pase! —decía la anciana—. Sabía que volveríamos a tener noticias tuyas, ¡pobrecito mío! Lo sabía, estaba segura... ¡Que Dios le bendiga! Siempre lo he sabido.

Dicho esto, la respetable señora se apresuró a regresar al salón, se sentó en el sofá y rompió a llorar. Mientras tanto, la joven, que no era tan susceptible, se había ido corriendo escaleras arriba y acababa de regresar con la petición de que el señor Bumble la siguiera, y este así lo hizo.

Lo llevó al pequeño despacho donde estaban el señor Brownlow y su amigo el señor Grimwig, sentados frente a un par de vasos y las licoreras. El señor Grimwig lo examinó detenidamente y acto seguido exclamó:

—¡Un pertiguero! ¡Un pertiguero de parroquia! Y si no es así... ¡que me coma la cabeza!

—Haga el favor de no interrumpir de ahora en adelante, se lo ruego —pidió el señor Brownlow—. Siéntese, por favor.

El señor Bumble se sentó, un tanto perplejo por el extraño comportamiento del señor Grimwig. Brownlow movió la lámpara para poder ver mejor el rostro del pertiguero y dijo un poco impaciente:

—Veamos, usted ha venido por lo del anuncio, ¿no es así?

—Así es, señor —respondió el señor Bumble.

—Y es usted pertiguero, ¿estoy en lo cierto? —se interesó el señor Brownlow.

—Así es, caballeros, soy pertiguero —confirmó este con orgullo.

—Estaba claro —dijo el señor Grimwig aparte a su amigo—. Yo ya lo sabía. Su gabán es de corte parroquial y tiene pinta de pertiguero de los pies a la cabeza.

El señor Brownlow sacudió la cabeza lentamente para hacer callar a su amigo y prosiguió:

—¿Sabe dónde está ahora el pobre muchacho?

—No mejor que ustedes... —respondió el señor Bumble.

—Entonces, ¿qué es lo que sabe de él? —preguntó el anciano—. Hable, amigo mío, si es que tiene algo que decir. ¿Qué sabe de él?

—No vendrá, por casualidad, a contarnos cosas buenas..., ¿verdad? —dijo el señor Grimwig en tono mordaz, tras examinar atentamente la fisonomía del señor Bumble.

El señor Bumble se aferró rápidamente al comentario y negó con la cabeza con extrema solemnidad.

—¿Lo ve? —dijo el señor Grimwig, dirigiendo una mirada triunfal a Brownlow.

El señor Brownlow miró con recelo el ceño fruncido del señor Bumble y le pidió que le contara todo lo que supiera de Oliver, tan resumidamente como le fuera posible.

El señor Bumble se quitó el sombrero, se desabrochó el gabán, cruzó los brazos, ladeó la cabeza con aire retrospectivo y, tras reflexionar unos instantes, dio paso a su historia.

Reproducir las palabras del pertiguero podría resultar bastante aburrido, ya que invirtió más de veinte minutos en contar la historia, pero en resumidas cuentas lo que vino a decir es que Oliver era huérfano, hijo de unos padres ruines y despreciables, que desde su más tierna infancia no había mostrado más cualidades que la falsedad, la maldad y la ingratitud, y que puso fin a su breve carrera en el lugar de su nacimiento con un sanguinario y cobarde ataque a un muchacho indefenso, para escaparse de la casa de su amo esa misma noche. Como prueba de su identidad, el señor Bumble depositó encima de la mesa los papeles que había traído consigo y, cruzando de nuevo los brazos, se dispuso a esperar a ver qué decía al respecto el señor Brownlow.

—Me temo que dice la verdad —dijo el anciano apesadumbrado, tras examinar los papeles—. Esto no es mucho a cambio de su información, pero le hubiera dado de buena gana el triple si esta hubiera sido favorable al chico.

No es del todo improbable que si Bumble hubiera sabido esto en un estadio anterior de la entrevista, su pequeña historia hubiera tomado un cariz totalmente distinto. Sin embargo, ahora ya era demasiado tarde, así que sacudió la cabeza pesadamente y, tras embolsarse las cinco guineas, se marchó.

Brownlow estuvo paseándose arriba y abajo por la habitación unos minutos, tan consternado por la historia del pertiguero que hasta el señor Grimwig se abstuvo de hacer comentarios. Al final se detuvo e hizo sonar la campanilla enérgicamente.

—Señora Bedwin —dijo Brownlow cuando apareció el ama de llaves—, ese niño, Oliver, es un impostor.

—No puede ser, señor, le digo que no puede ser —dijo la mujer decididamente.

—Pues yo le digo que sí —replicó el anciano secamente—. ¿Qué quiere decir con eso de que «no puede ser»? Acabamos de oír con todo lujo de detalles su historia desde que nació y ha sido un auténtico canalla toda su vida.

—Pues yo no me lo voy a creer, señor —respondió la mujer con firmeza.

—Las viejas no os creéis nada, solo lo que dicen los curanderos y los cuentos que vienen en los libros... —refunfuñó el señor Grimwig—. Lo supe desde que le vi. ¿Por qué no me hizo caso desde el principio? Supongo que si no hubiera tenido fiebre lo hubiera hecho, ¿no? Le parecía interesante, ¿no es así? ¡Interesante! ¡Bah!

El señor Brownlow avivó el fuego removiéndolo exageradamente con el atizador.

—Era un buen chico, señor, amable y cariñoso —alegó la señora Bedwin indignada—. Conozco a los niños, señor, los conozco desde hace cuarenta años y la gente que no pueda decir lo mismo no debería opinar sobre el tema... Eso es lo que yo creo.

Este duro golpe iba dirigido al señor Grimwig, que era soltero, pero como sus palabras no consiguieron arrancarle más que una sonrisa al caballero, la mujer echó la cabeza hacia atrás y se alisó el delantal, preparándose para un nuevo discurso; el señor Brownlow, sin embargo, la hizo desistir de sus planes:

—¡Silencio! —dijo el anciano, fingiendo un enfado que estaba lejos de sentir—. No quiero volver a oír el nombre de ese muchacho; por eso la había llamado. No vuelva a mencionarlo jamás en mi presencia, bajo ningún pretexto. Puede retirarse, señora Bedwin. Y recuerde: lo digo en serio.

Esa noche la tristeza invadió los corazones de aquellos que habitaban bajo el techo del señor Brownlow. A Oliver, por su parte, se le encogía el suyo cada vez que se acordaba de sus amigos y de lo bien que se habían portado con él; si bien era una suerte que no supiera lo que estos acababan de escuchar, pues entonces en vez de encogerse se le hubiera resquebrajado sin más.

CAPÍTULO XVIII

De cómo pasó Oliver el tiempo en la edificante compañía de sus honrados amigos

Al día siguiente alrededor del mediodía, cuando el Lince y el señor Bates salieron a realizar sus labores habituales, el señor Fagin aprovechó la oportunidad para soltarle a Oliver un largo sermón sobre el grave pecado de la ingratitud, del cual demostró que el niño había sido culpable en no poca medida al abandonar la compañía de sus inquietos amigos y más aún al intentar escapar de ellos, con el tiempo y el dinero que se había invertido en su recuperación. El señor Fagin hizo mucho hincapié en que habían acogido a Oliver y lo habían cuidado, y en que sin su oportuna ayuda probablemente habría muerto de hambre; y le contó la deprimente y conmovedora historia de un muchacho a quien, gracias a su filantropía, había socorrido en circunstancias similares, pero que, tras mostrarse indigno de su confianza y manifestar el deseo de ir a hablar con la policía, desgraciadamente acabó ahorcado una mañana en la prisión de Old Bailey. El señor Fagin no trató de ocultar su participación en la tragedia, pero lamentó con lágrimas en los ojos que el comportamiento malintencionado y traidor del joven en cuestión le hubiese llevado a ser víctima de la delación, cuyo contenido, si bien no era exactamente cierto, era absolutamente necesario para su seguridad (la del señor Fagin) y la de unos cuantos amigos selectos. El señor Fagin concluyó dibujando una desagradable imagen de las incomodidades de la horca y, con mucha cordialidad y educación, expresó su esperanza y su deseo de no tener que obligar nunca a Oliver a someterse a tan desagradable operación.

Al pequeño Oliver se le heló la sangre en las venas mientras escuchaba las palabras del judío, y comprendió perfectamente las sombrías amenazas que expresaban: que era posible que la misma justicia confundiera al inocente con el culpable cuando estos eran compañeros accidentales, él ya lo sabía; pero, además, que el judío hubiese tramado y ejecutado planes para la destrucción de las personas que sabían demasiado o que eran demasiado comunicativas no le parecía en absoluto improbable cuando recordaba la naturaleza de los altercados entre dicho caballero y el señor Sikes, que

parecían guardar relación con alguna conspiración pasada de este tipo. Al levantar tímidamente los ojos y encontrarse con la mirada escrutadora del judío, notó que la palidez de su cara y el temblor de sus miembros no pasaban desapercibidos al perspicaz villano, que se regocijaba en ellos.

El judío sonrió de forma horrible y, acariciando la cabeza de Oliver, le dijo que si guardaba silencio y trabajaba con diligencia, ya vería cómo aún serían buenos amigos. Después, cogiendo su sombrero y tapándose con un viejo abrigo remendado, salió y cerró la puerta con llave tras él.

Y así se quedó Oliver todo ese día y la mayor parte de los días que siguieron, sin ver a nadie desde primera hora de la mañana hasta la medianoche; solo durante largas horas, en contacto con sus propios pensamientos, que siempre volvían a sus amables amigos y a la opinión que se habrían formado de él desde tiempo atrás, por lo que eran pensamientos tristes. Al cabo de una semana y pico, el judío dejó la puerta de la habitación sin cerrar y Oliver era libre de pasearse por la casa.

Esta estaba muy sucia, pero las habitaciones de arriba tenían altas chimeneas de madera, grandes puertas, paredes con paneles y cornisas hasta los techos que, aunque se habían ennegrecido por el abandono y el polvo, estaban decoradas con diferentes ornamentos, por todo lo cual Oliver llegó a la conclusión de que mucho tiempo atrás, antes de que el viejo judío hubiese nacido, había pertenecido a gente mejor y que, quizá, habría estado más alegre y bonita, y no deprimente y gris como era ahora.

Las arañas habían tejido sus telarañas en los ángulos de las paredes y los techos y, a veces, cuando Oliver entraba en una habitación sin hacer ruido, los ratones correteaban por el suelo y volvían aterrorizados a sus agujeros. Exceptuando estas ocasiones, no se veía ni se oía a ningún ser vivo. A menudo, cuando oscurecía y ya estaba cansado de vagar de habitación en habitación, se agachaba en la esquina del pasillo junto a la puerta de la calle, para estar lo más cerca posible de la gente, y se quedaba allí escuchando y temblando, hasta que llegaban el judío o los muchachos.

En todas las habitaciones, las contraventanas, que se estaban desmoronando, estaban cerradas a cal y canto, y las barras que las mantenían cerradas estaban atornilladas a la madera, por lo que la única luz que entraba lo hacía por los agujeros que había más arriba, que volvían las habitaciones más tristes y las llenaban de extrañas sombras. Había una ventana en el desván con unas barras oxidadas en el exterior que no tenía contraventanas, y por la cual Oliver se pasaba horas mirando con expresión melancólica, pero no había nada que ver excepto una confusa y abarrotada masa de tejados, chimeneas ennegrecidas y hastiales. De hecho, a veces, una cabeza castaña y desgredada se asomaba escudriñando por el parapeto en una casa distante, pero se escondía rápidamente; y, como la ventana del observatorio de Oliver estaba asegurada con clavos y empañada por la lluvia y el humo de años, no podía más que distinguir las formas de los objetos que estaban a lo lejos, sin hacer nada para que le

vieran o le oyeran, lo cual era tan poco probable como si su casa hubiese sido la esfera de la cúpula de la catedral de Saint Paul.

Una tarde en que el Lince y el señor Bates tenían que salir por la noche, al primero se le ocurrió mostrar cierta preocupación por la guarnición de su persona (debilidad que, para hacerle justicia, no era habitual en él) y, con este fin y propósito, se dignó ordenarle a Oliver que le ayudara a arreglarse inmediatamente.

Oliver estaba demasiado contento de ser útil, demasiado contento de tener caras que mirar, por malas que fueran, demasiado deseoso de congraciarse con otras siempre y cuando lo hiciera honestamente, para hacer alguna objeción ante esa propuesta; así que, en principio, se mostró bien dispuesto y, tras arrodillarse en el suelo, mientras el Lince se sentaba encima de la mesa de forma que podía poner los pies en su regazo, se aplicó a una actividad que el señor Dawkins denominaba «maquear los pisadores», frase que en cristiano significaba «limpiar las botas».

Ya fuera por la sensación de libertad e independencia que se suponía que debe de tener un animal racional cuando se sienta encima de una mesa, relajado, fumándose una pipa, balanceando una pierna sin cuidado, de un lado para otro, y con alguien limpiándole las botas todo el rato, sin que ni siquiera la molestia pasada de quitárselas o la tristeza futura de ponérselas rompiera el hilo de sus pensamientos; o ya fuera la bondad del tabaco que le calmaba los sentimientos al Lince, o la suavidad de la cerveza que apaciguaba sus pensamientos, el caso es que estaba visiblemente impregnado de un romanticismo y un entusiasmo ajenos a su forma de ser habitual. Miró a Oliver con un semblante pensativo durante un breve lapso de tiempo y, levantando la cabeza y suspirando débilmente, dijo, medio abstraído y medio para el señor Bates:

—¡Qué pena que no sea un chorizo!

—¡Ah! —dijo el señor Bates—. Aún no sabe lo que le conviene.

El Lince suspiró otra vez y volvió a su pipa, lo mismo que Charley Bates, y así fumaron unos segundos en silencio.

—Supongo que no sabes qué es un chorizo —dijo el Lince en tono afligido.

—Creo que lo sé —contestó Oliver, levantando la vista rápidamente—. Es un la..., tú eres uno, ¿no es cierto? —preguntó Oliver, interrumpiéndose.

—Lo soy —respondió el Lince—. Despreciaría ser cualquier otra cosa.

El señor Dawkins dio un golpe a su sombrero después de expresar ese sentimiento y miró al señor Bates como dándole a entender que le quedaría agradecido si dijera algo en sentido contrario.

—Lo soy —repitió el Lince—, como Charley, como Fagin, como Sikes, como Nancy, como Bet, como todos, hasta el perro, que es el más fino de todos.

—Y el que menos se chiva —añadió Charley Bates.

—En un estrado no se atrevería ni a ladrar, por miedo a inculparse; no señor, ni aunque lo atases y lo dejases allí sin comer durante dos semanas —dijo el Lince.

—Ni por asomo —dijo Charley.

—Es un buen perro. ¡Lo fiero que se pone cuando ve a algún extraño que se ríe o canta cuando está acompañado! —dijo el Lince—. ¡Cómo se pone cuando oye a la policía! ¡Y cómo desprecia a los perros que no son de su raza! ¡Anda que no!

—¡Está hecho un cristiano! —dijo Charley.

Esto no era más que un tributo a las habilidades del animal, pero también era una observación acertada sin saberlo el señor Bates, ya que hay muchos hombres y mujeres que se dicen buenos cristianos y que guardan fuertes y peculiares semejanzas con el perro del señor Sikes.

—¡Bueno, bueno! —dijo el Lince, volviendo al asunto del que se habían desviado, con aquel rigor propio de su profesión que trasladaba a todos sus actos—. Esto no tiene nada que ver con el inocente este.

—No —dijo Charley—. ¿Por qué no te colocas con Fagin, Oliver?

—Y haces fortuna —añadió el Lince, con una gran sonrisa.

—Así podrás retirarte a tu finca, y vivir como un señor, como voy a hacer yo el primer año que sea bisiesto sin caer cada cuatro, y el día cuarenta y dos de la semana de Pentecostés que caiga en martes —dijo Charley Bates.

—No me gusta —dijo Oliver tímidamente—. Me gustaría que me dejaran marchar. Preferiría... preferiría irme.

—¡Y Fagin preferiría que no te fueras! —dijo Charley.

Y bien que lo sabía Oliver, pero como pensaba que sería peligroso expresar su opinión más abiertamente, se limitó a suspirar y volvió a su trabajo de limpiabotas.

—¡Vamos! ¡Venga! —exclamó el Lince—. ¿Dónde está tu espíritu? ¿No tienes amor propio? ¿Prefieres irte y vivir a expensas de tus amigos?

—¡Venga, por favor! —dijo el señor Bates, sacándose dos o tres pañuelos de los bolsillos y lanzándolos dentro de un armario—. Eso está muy, pero que muy mal.

—Yo no podría hacer eso —dijo el Lince, con gesto de altanería y aversión.

—Pero sí que puedes abandonar a tus amigos —dijo Oliver esbozando una media sonrisa— y dejar que les castiguen por lo que tú hiciste.

—Eso —dijo el Lince, detrás de una nube de humo que salía de su pipa— fue por consideración hacia Fagin, porque los polis saben que trabajamos juntos, y podría haber tenido problemas si no nos hubiésemos dado el piro; esa fue la cosa, ¿verdad, Charley?

El señor Bates asintió con la cabeza y habría hablado, si no fuera porque el recuerdo de la huida de Oliver le volvió a la mente y el humo que estaba inhalando se topó con una carcajada, se le subió a la cabeza, le bajó hasta la garganta y le provocó un ataque de tos y un pataleo que duraron cinco minutos.

—¡Mira esto! —le dijo el Lince, sacando un puñado de chelines y de peniques—. ¡Esta es la buena vida! ¿Qué más da de dónde viene? Venga, coge unas pocas, hay más donde las encontramos. ¿No quieres? ¿No? ¡Vaya panoli!

—Es malo, ¿verdad, Oliver? —preguntó Charley Bates—. Le van a guindar, ¿verdad?

—No sé qué significa eso —contestó Oliver, mirando a su alrededor.

—Es algo así, chaval —dijo Charley.

Mientras lo decía, el señor Bates cogió una punta de su pañuelo y, manteniéndolo tieso en el aire, apoyó su cabeza en el hombro e hizo un sonido curioso con los dientes, queriendo indicar mediante una representación vivaz y pantomímica que guindar y ahorcar eran lo mismo.

—Eso es lo que significa —dijo Charley—. Mira qué cara pone, Jack; nunca he conocido a nadie tan cojonudo como este chaval. Ay, me va a matar —y, después de reírse a carcajadas otra vez, volvió a darle a la pipa con lágrimas en los ojos.

—Te han malcriado —dijo el Lince, mirándose las botas con satisfacción, una vez Oliver las hubo enlustrado—. Pero Fagin sacará algo de ti, o serías el primero que no le saliera bien. Será mejor que empieces ya, porque entrarás en el negocio antes de lo que te imaginas, y ahora solo estás perdiendo el tiempo, Oliver.

El señor Bates suscribió este consejo y lo reforzó con diversas recomendaciones morales de su propia cosecha y, cuando estas se agotaron, él y su amigo el señor Dawkins se lanzaron a describir con tintes rosados los numerosos placeres de la vida que llevaban, con una gran variedad de consejos intercalados, dirigidos a Oliver, en el sentido de que lo mejor que podía hacer era asegurarse sin dilación el favor de Fagin por los mismos medios que ellos habían empleado para ganárselo.

—Y métete esto en la olla, Oli —dijo el Lince, mientras se oía al judío cerrar la puerta de arriba—: Si no pillas huchas y pelucos...

—¿De qué sirve hablarle así? —preguntó el señor Bates—. No entiende lo que le dices.

—Pues que si no robas pañuelos y relojes —dijo el Lince, bajando la conversación al nivel de comprensión de Oliver—, los robará algún otro tío, así que los que saldrán perdiendo son los tíos que se quedan sin cartera, y tú también, y los únicos que saldrán ganando son los tipos que roben las carteras, y tú tienes el mismo derecho que ellos.

—¡Eso dalo por seguro! —dijo el judío, que había entrado sin que Oliver se diera cuenta—. En eso se resume todo, querido. Confía en el Lince. ¡Ja, ja, ja! Él se sabe el catecismo de su negocio.

El viejo se frotó las manos con regocijo como corroborando el razonamiento del Lince y soltó una risita de gozo ante la habilidad de su pupilo.

La conversación no fue más allá, ya que el judío había vuelto a casa acompañado de la señorita Betsy y de un caballero que Oliver nunca había visto antes y al cual el Lince llamaba Tom Chitling. Este, que se había retirado a las escaleras para intercambiar algunas galanterías con la señorita, ahora hizo acto de presencia.

El señor Chitling era mayor que el Lince, quizá ya había vivido dieciocho años, pero había cierta deferencia en su conducta hacia el joven caballero que parecía indicar que se sabía consciente de una ligera inferioridad en cuanto a talento y cualificación profesional. Tenía unos ojillos vivarachos, y la cara picada de viruelas; llevaba una gorra de piel, una chaqueta de pana oscura, unos pantalones sucios y grasientos y un delantal. Su armario ropero, realmente, no tenía remedio, pero se disculpó ante los demás diciendo que su «tiempo» había acabado hacía solo una hora y que, como había llevado uniforme durante las últimas seis semanas, no había podido prestar atención a su vestuario. El señor Chitling añadió, fuertemente irritado, que la nueva manera de fumigar la ropa allí arriba era infernalmente anticonstitucional, ya que la quemaban hasta hacerle agujeros, y no había forma de ir en contra del condado; y lo mismo se podría decir, según él, de la manera reglamentaria de cortar el pelo, que él consideraba claramente ilegal. El señor Chitling cerró sus observaciones declarando que no había probado ni una gota desde hacía cuarenta y dos días mortalmente largos de duro trabajo, y que «¡le partiese un rayo si no estaba seco como una mojava!».

—¿De dónde crees que viene el caballero, Oliver? —preguntó el judío sonriendo mientras los chicos ponían una botella de licor encima de la mesa.

—No... no lo sé, señor —contestó Oliver.

—¿Quién es? —preguntó Tom Chitling, lanzando una mirada despectiva a Oliver.

—Un amigo mío, querido —contestó el judío.

—Entonces tiene suerte —dijo el joven, con una mirada significativa a Fagin—. Da lo mismo de dónde venga yo, jovencito; encontrarás pronto el camino, ¡me apuesto una corona!

Ante este comentario, los chicos se rieron y, después de algunas bromas más acerca del mismo tema, intercambiaron algunos pequeños susurros con Fagin y se retiraron.

Después de algunas palabras entre el recién llegado y Fagin, acercaron las sillas al fuego y el judío, tras decirle a Oliver que se sentase junto a él, dirigió la conversación hacia los temas que en su opinión más interesarían a sus oyentes, es decir, las grandes ventajas del negocio, la habilidad del Lince, la amabilidad de Charley Bates y la liberalidad del propio judío. Al final, estos temas de conversación dieron muestras de estar totalmente agotados, y el señor Chitling también (ya que el reformatorio puede llegar a ser agotador después de una semana o dos), por lo que la señorita Betsy se retiró y dejó que los demás se fueran a descansar.

Desde ese día, Oliver casi nunca estaba solo, sino que estaba en constante comunicación con los dos chicos, que jugaban al viejo juego con el judío todos los días: si era para su propio perfeccionamiento o para el de Oliver, el que mejor lo sabía era el señor Fagin. Otras veces el anciano les contaba historias sobre robos que él había cometido en sus años mozos, mezcladas con tantas anécdotas graciosas y curiosas que Oliver no podía evitar reírse de buena gana y mostrar que se divertía a pesar de tener mejores sentimientos.

En resumen, el astuto y viejo judío tenía al muchacho en sus garras, y, habiéndole mentalizado mediante la soledad y la oscuridad para que prefiriese cualquier tipo de compañía a la de sus propios pensamientos en un lugar tan inhóspito, ahora le estaba inculcando lentamente en su alma el veneno que esperaba que la ennegreciera y le cambiase el color para siempre.

CAPÍTULO XIX

En el que se comenta y decide un importante plan

Una noche fría, húmeda y ventosa, el judío, ciñéndose el tabardo alrededor del cuerpo arrugado y subiéndose el cuello por encima de las orejas como si quisiera ocultar del todo la parte inferior del rostro, salió de su guarida. Se paró en el umbral y oyó cómo echaban la llave y la cadena de la puerta tras él, y, después de asegurarse de que los muchachos cerraban todo bien y de que se dejaban de oír sus pasos al retirarse, recorrió la calle con sigilo, tan rápido como pudo.

La casa a la que habían conducido a Oliver se encontraba en el barrio de Whitechapel; el judío se paró un momento en la esquina de la calle y, mirando desconfiado a su alrededor, la cruzó y emprendió la marcha hacia Spitalfields.

El barro se acumulaba sobre los adoquines y una neblina negra se cernía sobre las calles; la lluvia caía lentamente, y al tacto todo resultaba frío y viscoso. Parecía la noche perfecta para que un individuo como el judío anduviese por la calle. Mientras se deslizaba a hurtadillas, buscando cobijo silenciosamente en muros y portales, el horroroso anciano tenía el aspecto de un reptil repugnante, engendrado en el fango y la oscuridad por los que se movía y arrastrándose a través de la noche en busca de algunos despojos sustanciosos que comer.

Continuó su recorrido a través de muchas callejuelas tortuosas y estrechas hasta llegar a Bethnal Green, y allí, girando de pronto a la izquierda, se vio inmerso en el laberinto de calles pobres y sucias que abundan en esa zona angosta y densamente poblada de la ciudad.

Era evidente que al judío le resultaba tan familiar el terreno por el que se movía que no se inmutaba ni por la oscuridad de la noche ni por lo intrincado del camino. Pasó a toda prisa por diversos callejones y calles y al final dobló la esquina de una iluminada por una sola farola en el extremo opuesto. Llamó a la puerta de una casa que allí se encontraba y, tras intercambiar algunas palabras entre dientes con la persona que le abrió, subió las escaleras.

Mientras giraba el pomo de una puerta, un perro gruñó y la voz de un hombre preguntó quién andaba ahí.

—Soy yo, Bill, soy yo, amigo mío, quién va a ser —dijo el judío al asomarse.

—Entra, hombre —dijo Sikes—. ¡Tumbate, pedazo de idiota! ¿Pero es que no reconoces al diablo cuando lleva abrigo?

Al parecer, la prenda exterior de Fagin había engañado un tanto al perro, ya que, cuando el judío se la desabrochó y la echó sobre el respaldo de una silla, el animal se retiró al rincón del que se había levantado, meneando el rabo por el camino para mostrar que estaba tan convencido como cabía esperar de un ser de su naturaleza.

—¿Y bien? —preguntó Sikes.

—Pues verás, querido... —contestó el judío—. ¡Ah! Nancy.

Esta última observación se hizo con la suficiente incomodidad para dar a entender que no se estaba seguro de cómo se recibiría el mensaje, ya que el judío y su joven amiga no se habían visto desde el día en que ella salió en defensa de Oliver. Sin embargo, cualquier duda al respecto, si es que existía alguna, se disipó en seguida gracias al comportamiento de la joven, que bajó los pies del guardafuegos, corrió la silla hacia atrás y le pidió a Fagin que apoyase los suyos sin añadir nada más, ya que esa noche hacía mucho frío, no cabía duda. La señorita Nancy añadió a la palabra «frío» una expresión donde se nombra un elevado número de espíritus malignos, que por ser de mal gusto para los oídos educados he decidido omitir en esta crónica.

—Pues sí que hace frío, Nancy, amiga mía —dijo el judío mientras se calentaba las huesudas manos al fuego de la chimenea—. Parece que te atraviesa —añadió el viejo, tocándose el costado izquierdo.

—Ya tiene que ser muy cortante para poder atravesarte a ti el corazón —dijo Sikes—. Dale algo de beber, Nancy. Algo que caliente el cuerpo, ¡deprisa! Me pone enfermo verle tiritar así, estando en los huesos como está, que parece un muerto que se acaba de levantar de la tumba.

Nancy les trajo rápidamente una botella de un armario donde había muchas otras que estaban, a juzgar por su diversa apariencia, llenas de diferentes tipos de líquidos; Sikes, sirviendo un vaso de brandy, le pidió a Fagin que se lo bebiera.

—Bueno, bueno, ya basta, pero muchas gracias, Bill —contestó el judío, que dejó el vaso tras haberse tan solo mojado los labios con el contenido.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que abusemos de ti? —inquirió Sikes, fijando la vista en el judío—. ¡Pues vaya!

Con un ronco gruñido de desprecio, el señor Sikes tomó el vaso y lo apuró, como ceremonia preparatoria para llenárselo de nuevo, cosa que hizo al instante.

Mientras su compañero se metía el segundo vaso entre pecho y espalda, el judío echó un vistazo por la habitación, no por curiosidad, ya que visitaba aquel lugar a menudo, sino de la manera inquieta y desconfiada que era habitual en él. Era una

estancia pobremente amueblada, en la que no había nada aparte de los contenidos del armario que hiciese sospechar que no era la morada de un simple trabajador; tampoco había a la vista ningún objeto sospechoso, excepto dos o tres cachiporras colocadas en una esquina y una maza remachada en plomo que colgaba sobre la repisa de la chimenea.

—Ya está —dijo Sikes, chasqueando la lengua—, ya estoy listo.

—Listo para trabajar, ¿no? —preguntó el judío.

—Eso, para trabajar —contestó Sikes—, así que di lo que tengas que decir.

—Es sobre la casa de Chertsey, Bill —dijo el judío acercando la silla y hablando en voz muy baja.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó Sikes.

—Ya sabes lo que pasa, querido —contestó el judío—. Nancy, ¿a que sí que lo sabe?

—No, no lo sabe —dijo Sikes con sorna—, y tampoco se lo estás contando tú, así que da lo mismo. Levanta la voz y llama al pan, pan y al vino, vino, no te quedes ahí parpadeando como un tonto y dando rodeos como si no hubieses sido tú a quien se le ocurrió la idea del robo. ¿Qué quieres?

—¡Tranquilo, Bill, tranquilo! —dijo el judío, que había intentado en vano frenar aquel arrebatado de indignación—. Alguien podría oírnos, ¿eh?

—¡Pues que nos oigan! —profirió Sikes—. ¡Me importa un comino!

Pero como, pensándolo bien, sí que le importaba, bajó el tono de voz mientras pronunciaba esas últimas palabras y empezó a tranquilizarse.

—Muy bien, muy bien —dijo el judío persuasivamente—, era solo por prudencia, querido, nada más. Bueno, pues sobre lo de la casa de Chertsey, ¿cuándo está previsto que se haga, eh, Bill? ¿Cuándo? ¿Cuánta plata, querido, cuánta plata! —dijo el judío frotándose las manos y arqueando las cejas, extasiado por la expectativa.

—No se va a hacer —contestó Sikes fríamente.

—¿Que no se va a hacer? —repitió el judío, reclinándose en la silla.

—Pues no, no se va a hacer —insistió Sikes—, o por lo menos no estará todo amañado como pensábamos.

—Eso es que no se ha planeado del todo bien —dijo el judío, palideciendo de ira—. ¡No me lo expliques!

—Pues sí, claro que te lo voy a explicar —contestó Sikes—. ¿Cómo no te lo iba a explicar a ti, eh? Pues verás, Toby Crackit lleva dos semanas rondando por aquel lugar y no ha logrado camelarse a ningún sirviente.

—Bill, ¿quieres decir —preguntó el judío suavizando el tono a medida que el otro se acaloraba— que no hay manera de convencer a ninguno de los dos hombres que hay en la casa?

—Pues eso estoy diciendo —replicó Sikes—. Están con la señora los dos desde hace veinte años, y aunque les dieses quinientas libras no cederían.

—¿Y quieres decir, amigo mío —perseveró el judío—, que las mujeres tampoco pican el anzuelo?

—En absoluto —contestó Sikes.

—¿No lo ha logrado ni el magnífico Toby Crackit? —preguntó incrédulo el judío—. Piensa en cómo son las mujeres, Bill.

—No, no lo ha logrado ni el magnífico Toby Crackit —respondió Sikes—. Dice que ha llevado bigote postizo y un chaleco color canario todo el dichoso tiempo que ha estado merodeando por allí y no ha servido para nada.

—Tendría que haber probado con un mostacho y unos pantalones militares, querido —dijo el judío tras unos instantes de reflexión.

—Y eso es lo que hizo —añadió Sikes—, y tampoco sirvió para mucho más que el otro vestuario.

El judío puso los ojos como platos tras escuchar dicha información y, cuando hubo cavilado sobre el tema durante varios minutos con la barbilla hundida en el pecho, levantó la cabeza y dijo suspirando profundamente que, si lo que había anunciado Toby Crackit era cierto, entonces por desgracia no había nada que hacer.

—A pesar de todo, querido —dijo el viejo, dejando caer las manos sobre el regazo—, es una pena perder tanto después de habernos hecho tantas ilusiones.

—Pues la verdad es que sí —contestó el señor Sikes—, ¡qué mala pata!

Se quedaron en silencio largo rato, durante el cual el judío se sumió en una profunda reflexión, retorciendo sus facciones hasta adoptar una expresión de infamia completamente demoníaca. Sikes le echaba un vistazo de cuando en cuando y Nancy, que al parecer tenía miedo de molestar al ladrón, permaneció sentada con los ojos fijos en el fuego, como si sus oídos no hubiesen escuchado nada de lo ocurrido.

—Fagin —dijo Sikes, rompiendo abruptamente la calma que se había instaurado—, ¿cincuenta libras más si se pudiese hacer el trabajo sin peligro desde el exterior?

—Sí —dijo de pronto el judío, levantándose como salido de un trance.

—¿Hay trato? —inquirió Sikes.

—¡Sí, amigo mío, sí! —exclamó el judío, agarrándole la mano al otro, con los ojos brillantes y expresando con cada músculo del rostro la emoción que había despertado dicha pregunta.

—Pues entonces —dijo Sikes, apartándole la mano con cierto desdén—, adelante en cuanto quieras. Toby y yo saltamos el muro del jardín el otro día y golpeamos ligeramente los paneles de las puertas y los postigos; la casa de noche está cerrada a cal y canto, pero hay un lugar que se puede abrir sin hacer ruido y sin problemas.

—¿Y qué lugar es, Bill? —preguntó el judío entusiasmado.

—Pues mira —susurró Sikes—, cuando cruzas el jardín...

—Sí, dime —dijo el judío inclinando la cabeza hacia delante, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Bueno! —exclamó Sikes, parando en seco al ver que la chica, apenas sin mover la cabeza, se volvía de repente y señalaba hacia el rostro del judío—, da igual de qué lugar se trate, porque sé que no puedes hacerlo sin mí, pero de todas maneras contigo es mejor no correr riesgos.

—Como quieras, querido, como quieras —contestó el judío, mordiéndose el labio—. ¿Así que solo se necesita tu ayuda y la de Toby?

—Sí, bueno, y un taladro cilíndrico y también un niño; lo primero ya está resuelto, y lo segundo tienes que buscarlo tú.

—¿Un niño? —inquirió el judío—. Así que se trata de un panel, ¿no?

—Que da igual por dónde entremos —replicó Sikes—, lo que quiero es un niño, pero que no sea muy grande. ¡Por Dios —dijo Sikes pensativo—, si pudiese disponer todavía del hijo ese de Ned, el deshollinador! No le dejaba hacerse grande a propósito y le alquilaba para encargos concretos. Pero va y atrapan al padre y llega la Sociedad Protectora de Delincuentes Juveniles, se lleva al niño de un negocio en el que estaba ganando dinero, le enseña a leer y escribir y le convierte en aprendiz. Y así siguen —dijo el señor Sikes, con furia creciente a medida que enumeraba aquellas injusticias—, y así siguen, y si tuviesen más dinero (que es providencial que no tengan) en un par de años acabaríamos por quedarnos sin un solo niño para nuestro negocio.

—Sí, seguro que sí —dijo el judío, que había estado meditando durante el discurso y solo había captado la última frase—. ¡Bill!

—¿Y ahora qué quieres? —preguntó Sikes.

El judío hizo una señal con la cabeza en dirección a Nancy, que seguía observando el fuego, y sugirió con un gesto a su amigo que le dijese a la chica que saliese de la habitación. Sikes se encogió de hombros con impaciencia, como si pensase que aquella medida de precaución resultaba innecesaria, pero aun así accedió y le pidió a Nancy que fuese a buscarle otra jarra de cerveza.

—Tú no quieres más cerveza —dijo Nancy cruzándose de brazos y sentándose tranquilamente.

—¡Claro que quiero! —protestó Sikes.

—¡Pamplinas! —exclamó la chica fríamente—. Continúe, Fagin. Ya sé lo que va a decir, Bill, que no se preocupe por mí.

Aun así el judío dudó, y Sikes se dedicó a dirigir la mirada de uno a otro, un tanto sorprendido.

—Bueno, no te importará que esté la muchacha, ¿a que no, Fagin? —preguntó finalmente—. La conoces desde hace tanto tiempo que ya deberías confiar en ella, no me vengas con esas; no es ninguna soplona, ¿a que no, Nancy?

—¡Pues claro que no! —dijo la joven acercando la silla hasta la mesa y apoyando los codos en ella.

—No, claro que no, querida, si ya lo sé —dijo el judío—, pero... —y se calló de nuevo.

—¿Pero qué? —inquirió Sikes.

—Pues que no estaba seguro de si se encontraría algo malhumorada o no, ya sabes, como la otra noche —contestó el judío.

Tras esta confesión, la señorita Nancy rompió a reír a carcajadas, se tragó un vaso de brandy, negó con la cabeza de forma desafiante y se puso a emitir varias exclamaciones como «que continúe la fiesta», «nunca nos rendiremos», y otras por el estilo, lo que pareció tranquilizar al instante a ambos caballeros, ya que el judío asintió con aire satisfecho y volvió a su asiento, al igual que hizo Sikes.

—Bueno, Fagin —dijo la señorita Nancy riendo—, diga ya a Bill lo de Oliver.

—Vaya, eres una chica lista, querida, ¡la más lista que he visto en toda mi vida! —dijo el judío, dándole palmaditas en la nuca—. Sí que quería hablar de Oliver, vaya que sí, ¡je, je, je!

—¿Qué pasa con él? —preguntó Sikes.

—Que es el niño que necesitas, querido —contestó el judío con un susurro ronco, ahuecando la mano junto a la boca y esbozando una sonrisa terrible.

—¿Ese? —exclamó Bill.

—¡Sí! ¡Acéptalo, Bill! —dijo Nancy—. Yo de ti lo haría. Quizá no esté tan avanzado como la mayoría de los demás, pero eso da lo mismo si lo único que quieres es que te abra una puerta. Seguro que puedes fiarte de él.

—Seguro que sí —añadió Fagin—, ha estado aprendiendo muchas cosas durante las últimas semanas y ya es hora de que empiece a ganarse el pan; además, los otros son demasiado grandes.

—Bueno, del tamaño que quiero sí que es... —dijo Sikes, pensativo.

—Y hará todo lo que le digas, Bill, querido —dijo el judío, interrumpiéndolo—, no lo puede evitar, siempre y cuando lo asustes lo suficiente.

—¿Que le asuste? —repitió Sikes—. Y bien que lo voy a asustar, te lo aseguro. En cuanto empecemos el trabajo, de perdidos al río: si el niño hace algo extraño no vas a volver a verlo vivo nunca más, Fagin. Piénsalo antes de mandármelo. ¡Acuérdate de lo que te he dicho! —dijo el ladrón, agitando una palanca que había sacado de debajo de la cama.

—Ya lo he pensado bien —dijo el judío enérgicamente—. Yo... no le he quitado ojo de encima ni un segundo. En cuanto se sienta uno más de nosotros, en cuanto le metamos en la cabeza que se ha convertido en ladrón, será nuestro, ¡nuestro para siempre! ¡Ja! ¡No podría haber salido una oportunidad mejor!

El viejo cruzó los brazos por encima del pecho y, encorvando la cabeza y los hombros, literalmente se abrazó de alegría.

—¿Nuestro? —dijo Sikes—. Querrás decir tuyo.

—Bueno, sí, querido —contestó el judío con una risita aguda—, será mío, si así lo prefieres, Bill.

—¿Y qué... —preguntó Sikes, frunciéndole el ceño con ferocidad a su agradable amigo—, qué es lo que hace que te tomes tantas molestias por ese chiquillo paliducho, cuando sabes que hay otros cincuenta niños durmiendo por Common Garden por las noches, entre los que puedes elegir al que más te guste?

—Porque no me sirven para nada, querido —contestó el judío algo confuso—. No vale la pena hacerme con ellos, porque su aspecto les condena en cuanto se meten en algún lío, y los pierdo a todos. Con este niño bien llevado, queridos, podría hacer lo que no puedo hacer con treinta de los otros. Además —dijo el judío, recuperando la compostura—, si volviera a largarse se nos caería el pelo, así que tenemos que estar en el mismo barco, da igual cómo llegue a esa situación, por lo que a mí respecta basta con que esté involucrado en un robo, es todo lo que quiero. Es mucho mejor eso que verse obligado a deshacerse del pobre chiquillo, lo cual sería peligroso, y además saldríamos perdiendo con ello.

—¿Cuándo se va a hacer el trabajo? —preguntó Nancy, interrumpiendo una exclamación turbulenta que hacía Sikes para expresar la repulsión que le provocaba la falsa humanidad del judío.

—Ah, claro, ¿cuándo se va a hacer, Bill?

—Quedé con Toby en que fuese pasado mañana por la noche —replicó Sikes con voz hosca—, si no le decía nada más al respecto.

—Muy bien —dijo el judío—, es luna nueva.

—Exacto —añadió Sikes.

—Ya está todo a punto para conseguir el botín, ¿no? —preguntó el judío.

Sikes asintió.

—Bueno, y...

—Que ya está todo planeado —contestó Sikes, interrumpiéndolo—, no te preocupes por los detalles. Será mejor que traigas al niño mañana por la noche; tengo que ponerme en marcha una hora después del amanecer. Así que mantén la boca cerrada y tenlo todo preparado: eso es lo único que tienes que hacer.

Tras una pequeña discusión en la que los tres tomaron parte activa, se decidió que Nancy se pasaría por casa del judío a la tarde siguiente, después de ponerse el sol, y se llevaría a Oliver. Fagin advirtió astutamente al respecto que, en caso de que el chico manifestase alguna reticencia a realizar el trabajo, acompañaría más gustosamente a la joven, que hacía poco tiempo había salido en defensa suya, que a ninguna otra persona. También se dispuso solemnemente que el pobre Oliver, a efectos de la

inminente expedición, quedaría a cargo y bajo custodia del señor William Sikes; además, el citado Sikes lo trataría como juzgase oportuno, y no sería responsable ante el judío de ninguna desventura o calamidad que pudiesen ocurrirle al niño, ni tampoco de ningún castigo que fuese imperativo aplicarle, entendiéndose que, para que el contrato fuese vinculante a este respecto, cualquier versión de los hechos aportada por el señor Sikes a su regreso tendría que ser confirmada y corroborada, en todos los aspectos relevantes, por el testimonio del magnífico Toby Crackit.

Habiéndose aclarado estos pormenores previos, el señor Sikes se dispuso a beber brandy a un ritmo frenético, y a blandir la palanca de forma alarmante, berreando al mismo tiempo desentonadas melodías repletas de desaforadas injurias. Al final, en un arrebató de entusiasmo profesional, insistió en sacar su fantástica caja de herramientas de allanamiento, y en cuanto hubo entrado con la misma tambaleándose, y la hubo abierto con el objetivo de explicar la naturaleza y las propiedades de los diversos instrumentos que contenía y su peculiar belleza de fabricación, cayó sobre la misma cuan largo era y se quedó dormido en el suelo.

—Buenas noches, Nancy —dijo el judío abrigándose como antes.

—¡Buenas noches!

Sus miradas se encontraron y el judío estudió detenidamente a la chica. Esta no mostraba el menor signo de vacilación. Tenía un aspecto tan fiable y concienzudo en esta cuestión como lo hubiese tenido el propio Toby Crackit.

De nuevo, el judío le deseó buenas noches y, propinándole un puntapié furtivo al cuerpo postrado de Sikes cuando la joven se encontraba de espaldas, bajó a tuestas las escaleras.

«Siempre lo mismo —murmuró el judío para sus adentros mientras tomaba el camino de vuelta a casa—. Lo peor de estas mujeres es que un detalle insignificante sirve para despertar algún sentimiento que habían olvidado hace tiempo, y lo mejor de ellas es que ese sentimiento nunca dura demasiado, ¡ja, ja! ¡El hombre contra el niño, por una bolsa de oro!»

Mientras pasaba el rato agradablemente con estas placenteras reflexiones, Fagin prosiguió su camino a través de lodo y barro hasta su lúgubre morada, donde el Lince estaba sentado, esperando su vuelta con impaciencia.

—¿Oliver ya está acostado? Quiero hablar con él —dijo en primer lugar mientras bajaban las escaleras.

—Ya hace horas —contestó el Lince, abriendo enérgicamente una puerta—. Aquí está.

El niño estaba acostado y dormía profundamente sobre un rudo lecho en el suelo. Estaba tan pálido a causa de la ansiedad, la tristeza y la estrechez de su prisión que tenía el aspecto de la misma muerte, no de la muerte que se muestra en sudarios y ataúdes, sino de la que se observa cuando la vida acaba de desaparecer, cuando un

espíritu joven y gentil ha subido al cielo hace apenas un instante y el indigno aire del mundo aún no ha tenido tiempo de soplar sobre el polvo que aquel santificaba.

—Ahora no —dijo el judío alejándose sin hacer ruido—. Mañana, mañana.

CAPÍTULO XX

En el que Oliver es entregado al señor William Sikes

Cuando Oliver se despertó por la mañana, se sorprendió mucho al ver que habían puesto junto a su cama un par de zapatos nuevos con suelas fuertes y gordas y que habían quitado los viejos. Al principio estaba contento con el descubrimiento y esperaba que aquello fuera la antesala de su liberación; pero dichos pensamientos se disiparon rápidamente al sentarse a desayunar solo con el judío, quien le dijo, en un tono y de un modo que aumentaron su inquietud, que esa noche le iban a llevar a la residencia de Bill Sikes.

—¿Para... para... quedarme allí, señor? —preguntó Oliver preocupado.

—No, no, querido, no para quedarte allí —respondió el judío—. No nos gustaría perderte. No temas, Oliver, volverás con nosotros otra vez. ¡Ja, ja, ja! No seremos tan crueles como para echarte de aquí, querido. ¡Ah no, no!

El viejo, que estaba inclinado sobre el fuego tostando un trozo de pan, se volvió mientras bromeaba de este modo con Oliver y se rió entre dientes, como haciendo ver que sabía cuántas ganas de escaparse seguía teniendo.

—Supongo —dijo el judío, clavando los ojos en Oliver— que quieres saber para qué vas donde Bill... ¿No es así, querido?

Oliver se sonrojó sin querer al darse cuenta de que el viejo ladrón le había estado leyendo el pensamiento, pero con atrevimiento dijo que sí, que lo quería saber.

—¿Por qué, tú qué crees? —preguntó Fagin, esquivando la pregunta.

—En realidad no lo sé, señor —respondió Oliver.

—¡Bah! —dijo el judío, apartándose con semblante decepcionado después de un análisis detallado de la cara de Oliver—. Espera entonces hasta que Bill te lo diga.

El judío parecía muy enojado porque Oliver no expresaba mayor curiosidad por el tema; pero la verdad es que, aunque tenía muchas ganas de saberlo, estaba demasiado confundido por la astucia y la seriedad de las miradas de Fagin y por sus propias especulaciones para hacer más preguntas en aquel momento. Tampoco tuvo

oportunidad de hacerlo, pues el judío permaneció malhumorado y callado hasta la noche, cuando se preparó para salir.

—Puedes encender una vela —dijo el judío, poniendo una sobre la mesa—, y aquí hay un libro para que lo leas hasta que vengan a buscarte. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, señor! —respondió Oliver en voz baja.

El judío fue hasta la puerta, mirando al chico por encima del hombro, mientras tanto, y, parándose de repente, lo llamó por su nombre.

Oliver alzó la vista; el judío, señalando la vela, le indicó con un gesto que la encendiera. Así lo hizo y, mientras ponía la palmatoria sobre la mesa, vio que el judío lo estaba mirando fijamente con el ceño fruncido desde el lado oscuro de la habitación.

—¡Ten cuidado, Oliver! ¡Ten cuidado! —dijo el viejo, agitando la mano derecha ante él a modo de advertencia—. Es un hombre agresivo y no le impresiona la sangre cuando se le calienta la suya. Pase lo que pase, no digas nada y haz lo que él te mande. ¡Cuidado! —puso mucho énfasis en la última palabra, sus facciones adoptaron gradualmente la forma de una horrible sonrisa y, moviendo la cabeza, abandonó la habitación.

Cuando el viejo desapareció, Oliver apoyó la cabeza sobre la mano y reflexionó sobre las palabras que acababa de oír con el corazón tembloroso. Cuanto más pensaba en la recomendación del judío, menos adivinaba su verdadero objetivo y significado. No se le ocurría ningún objetivo perverso que se pudiera conseguir mandándolo con Sikes y que no se pudiera lograr igualmente si se quedaba con Fagin y, tras meditar largo rato, concluyó que le habían elegido para hacer las veces de sirviente ordinario del ladrón hasta que encontraran a otro muchacho más adecuado para dicho propósito. Estaba demasiado acostumbrado a sufrir y había sufrido demasiado donde estaba para lamentar mucho la perspectiva de un cambio. Se quedó absorto en sus pensamientos durante algunos minutos y después, con un fuerte suspiro, avivó la vela y, cogiendo el libro que el judío le había entregado, comenzó a leer.

Al principio pasaba las hojas sin interés, pero, al tropezar con un pasaje que le llamó la atención, pronto se quedó absorto en el libro. Era una historia sobre las vidas y penalidades de grandes delincuentes, y las páginas estaban manoseadas y sucias por el uso. Aquí leyó sobre crímenes espantosos que le helaron la sangre; sobre asesinatos secretos que se habían cometido junto a caminos solitarios y cuerpos ocultos al ojo humano en profundas fosas y pozos que, por profundos que fueran, no los mantuvieron enterrados, sino que al final los devolvieron a la superficie, al cabo de muchos años, haciendo enloquecer de tal modo a los asesinos con el espectáculo que, horrorizados, confesaban su culpabilidad y pedían la horca a gritos para acabar con su agonía. Aquí también leyó sobre hombres cuyos malos pensamientos, estando ellos

acostados en sus camas a altas horas de la noche, los habían tentado e incitado a cometer crímenes de sangre tan espantosos que ponían la carne de gallina y hacían temblar las extremidades de pensarlo. Las terribles descripciones eran tan vívidas y reales que las páginas amarillentas parecían volverse rojas con la sangre derramada, y las palabras que había en ellas parecía que se las pronunciaban al oído como si los espíritus de los muertos las estuvieran susurrando en murmullos apagados.

En un paroxismo de miedo el chico cerró el libro y lo apartó de sí. Después, cayendo de rodillas, rogó a Dios que no le dejara caer en tales hechos y, más aún, que decretara inmediatamente su muerte antes que reservarle para crímenes tan horribles y atroces. Poco a poco se fue calmando y suplicó en voz baja y entrecortada que le rescataran de sus peligros actuales, y que si era posible alguna ayuda para un pobre chico marginado, que nunca había conocido el amor de amigos o parientes, que le fuera concedida ahora, cuando, afligido y abandonado, se encontraba solo en medio de la maldad y la culpa.

Había terminado sus plegarias, pero estaba aún con la cabeza escondida entre las manos cuando un crujido le despertó.

—¿Qué es eso? —gritó, levantándose asustado y divisando una figura apoyada en la puerta—. ¿Quién anda ahí?

—Yo... soy yo —respondió una voz temblorosa.

Oliver levantó la vela sobre su cabeza y miró hacia la puerta. Era Nancy.

—Baja la luz —dijo la muchacha apartando la cabeza—: Me hace daño en los ojos.

Oliver vio que estaba muy pálida y preguntó con delicadeza si estaba enferma. La muchacha se echó en una silla de espaldas a él y se retorció las manos, pero no respondió.

—¡Que Dios me perdone! —gritó un rato después—, nunca me imaginé nada de esto.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Oliver—. ¿Puedo ayudarte? Si puedo lo haré; seguro que sí.

Ella se balanceó y después, retorciéndose las manos bruscamente, se agarró el cuello y, haciendo un sonido gutural, jadeó sin aliento.

—¡Nancy! —gritó Oliver muy alarmado—. ¿Qué pasa?

La muchacha soltó una fuerte carcajada, golpeándose mientras tanto las rodillas con las manos y el suelo con los pies y, parando en seco, se envolvió con el chal y tiritó de frío.

Oliver atizó el fuego. Acercando la silla hacia él, ella se sentó allí un ratito sin hablar, pero finalmente levantó la cabeza y se volvió.

—No sé lo que me pasa a veces —dijo la muchacha fingiendo arreglarse el vestido—; es esta habitación sucia y húmeda, creo. Bueno, Oli, querido, ¿estás listo?

—¿Voy a ir contigo? —preguntó Oliver.

—Sí, vengo de parte de Bill —respondió la muchacha—. Vas a venir conmigo.

—¿Para qué? —dijo Oliver retrocediendo.

—¿Para qué? —repitió la chica, alzando la vista y desviándola otra vez en el momento en que encontró la cara del chico—. ¡Ah! Por nada malo.

—No me lo creo —dijo Oliver, que la había observado detenidamente.

—Piensa lo que quieras —replicó la muchacha fingiendo reír—. Por nada bueno, entonces.

Oliver se daba cuenta de que tenía algún poder sobre los buenos sentimientos de la muchacha y por un instante pensó en apelar a su compasión por su indefensa situación. Pero entonces cruzó su mente como una flecha el pensamiento de que eran casi las once en punto y que en las calles todavía había mucha gente, entre la cual sin duda podría encontrarse alguna persona que diera crédito a su historia. En cuanto se le ocurrió la idea, dio un paso hacia delante y dijo un tanto precipitadamente que estaba listo.

A su compañera no le pasaron desapercibidos ni su breve momento de reflexión ni el significado de este. Ella lo observó atentamente mientras hablaba y le lanzó una mirada de inteligencia que demostraba sin duda que ella adivinaba lo que había estado pasando en sus pensamientos.

—¡Silencio! —dijo la muchacha inclinándose sobre él y señalando a la puerta mientras miraba cautelosamente a su alrededor—. No puedes hacer nada. Me he estado esforzando mucho por ti, pero todo ha sido inútil. Te tienen rodeado, y quizá alguna vez consigas huir de aquí, pero este no es el momento.

Impresionado por el vigor de su actitud, Oliver alzó la vista hacia su cara con gran sorpresa. Ella parecía decir la verdad; su rostro estaba blanco y perturbado y temblaba de la misma sinceridad con que hablaba.

—Ya te salvé una vez de ser maltratado y lo volveré a hacer, y lo estoy haciendo ahora —continuó la muchacha en voz alta—, porque los que te habrían venido a buscar si no lo hubiera hecho yo habrían sido mucho más duros. He prometido que estarías tranquilo y callado; si no lo haces, quien saldrá perjudicado serás tú, y yo también, y puede que seas mi muerte. ¡Mira! Ya he soportado todo esto por ti, tan cierto como que Dios está viendo cómo te lo muestro.

Señaló apresuradamente unos moratones lívidos en el cuello y los brazos y continuó con gran rapidez.

—Recuerda esto y no me hagas sufrir más por ti justo ahora. Si pudiera ayudarte lo haría, pero no tengo ese poder; no tienen intención de hacerte daño y, sea lo que sea lo que te obliguen a hacer, no es culpa tuya. ¡Silencio! Cada palabra que digas es un golpe para mí: dame la mano..., ¡date prisa! ¡La mano!

Nancy tomó la mano que Oliver puso mecánicamente en la suya y, apagando la luz de un soplo, lo condujo tras de sí por las escaleras. Alguien que velaba en la oscuridad

abrió rápidamente la puerta y la cerró igual de rápido en cuanto hubieron salido. Un cabriolé de alquiler estaba a la espera y, con la misma vehemencia que había manifestado al dirigirse a Oliver, la muchacha lo hizo entrar y corrió las cortinas. El conductor no necesitó instrucciones, sino que fustigó a su caballo para que arrancara a toda velocidad sin perder ni un instante.

La muchacha seguía sujetando firmemente a Oliver de la mano y continuó vertiendo en sus oídos las advertencias y promesas que ya le había transmitido. Todo fue tan rápido y apresurado que Oliver apenas tuvo tiempo de recordar dónde estaba, o cómo había llegado allí, cuando el coche se detuvo en la misma casa a la que los pasos del judío se habían dirigido la noche anterior.

Durante un breve instante, Oliver echó un vistazo apresurado a la calle desierta y le rondaba los labios un grito de auxilio, pero la voz de la muchacha le suplicaba al oído en un tono tan angustiado que se acordara de ella que no tuvo el valor para lanzarlo; y mientras vacilaba, la oportunidad pasó, pues ya estaba en la casa y la puerta estaba cerrada.

—Por aquí —dijo la muchacha, soltándole por primera vez—. ¡Bill!

—¡Hola! —respondió Sikes, que apareció en lo alto de las escaleras con una vela—. ¡Ah! Muy bien. ¡Subid!

Esta era una expresión muy firme de aprobación y un recibimiento inusualmente caluroso viniendo de una persona del temperamento del señor Sikes; Nancy, muy contenta por ello, lo saludó afectuosamente.

—Dardo se ha ido a casa de Tom —comentó Sikes mientras les iluminaba el camino—. Habría estorbado.

—Es verdad —replicó Nancy.

—Así que has encontrado al crío —dijo Sikes, en cuanto los tres hubieron llegado a la habitación, cerrando la puerta mientras hablaba.

—Sí, aquí está —respondió Nancy.

—¿Ha venido tranquilo? —preguntó Sikes.

—Como un corderito —replicó Nancy.

—Me alegro —dijo Sikes, mirando a Oliver de modo siniestro—, por el bien de su joven pellejo, que de otra forma podría haber sufrido por ello. Ven aquí, jovencito, y déjame que te lea la cartilla, cuanto antes mejor.

Así que, dirigiéndose a su nuevo protegido, el señor Sikes se quitó el sombrero y lo tiró en un rincón, y luego, cogiéndole por el hombro, se sentó junto a la mesa y puso a Oliver delante de él.

—Bien, primero, ¿sabes lo que es esto? —preguntó Sikes, cogiendo una pistola de bolsillo que estaba sobre la mesa.

Oliver respondió afirmativamente.

—Pues mira —continuó Sikes—. Esto es pólvora, eso de ahí una bala y esto es un trocito de sombrero viejo para rellenar.

Oliver dijo en voz baja que comprendía lo que eran los distintos objetos mencionados y el señor Sikes procedió a cargar la pistola con gran precisión y lentitud.

—Ahora está cargada —dijo el señor Sikes en cuanto hubo acabado.

—Sí, ya veo que lo está, señor —respondió Oliver tembloroso.

—Bien —dijo el ladrón, agarrando firmemente a Oliver por la muñeca y poniéndole el cañón tan cerca de la sien que ambos se rozaron, momento en el que el chico no pudo reprimir un chillido—; si dices una palabra cuando estés conmigo en la calle, a menos que yo te hable, en un momento esa carga estará en tu cabeza sin previo aviso...; así que, si te decides a hablar sin permiso, primero reza. —Tras lanzar una mirada torva al destinatario de esta advertencia para aumentar su efecto, el señor Sikes continuó—: Que yo sepa, nadie preguntaría mucho por ti, si hubiera que librarse de ti, de modo que no me tomaría la molestia de explicarte las cosas si no fuera por tu propio bien. ¿Has oído?

—En resumidas cuentas —dijo Nancy, hablando muy enérgicamente y frunciendo ligeramente el ceño a Oliver, como indicándole que prestara mucha atención a sus palabras—, que si este trabajo que tienes entre manos se va al garete por su culpa, impedirás que después vaya contando historias por ahí pegándole un tiro en la cabeza y arriesgándote a que te cuelguen por ello, como haces todos los meses por muchos otros asuntos de trabajo.

—¡Eso es! —comentó Sikes en tono de aprobación—; las mujeres siempre pueden explicar las cosas en pocas palabras, menos cuando exageran, que es cuando las alargan. Y ahora que este ya está bien enseñado, vamos a cenar algo y a echar una cabezadita antes de empezar.

En cumplimiento de esta petición, Nancy puso la mesa con rapidez y, desapareciendo durante unos breves minutos, al rato reapareció con una jarra de cerveza negra y unas barritas de pan, que dieron pie a que el señor Sikes soltara varias simpáticas ocurrencias, basadas en la singular coincidencia de que «barretas» era una palabra muy común en su jerga y una ingeniosa herramienta muy usada en su profesión. La verdad es que el respetable caballero, estimulado quizá por la cercana posibilidad de entrar en servicio activo, tenía la moral muy alta y estaba de muy buen humor, en prueba de lo cual puede observarse aquí que se bebió alegremente toda la cerveza de un trago y no profirió, en un cálculo aproximado, más de ochenta groserías en el transcurso de la comida.

Habiendo terminado de cenar —se puede imaginar fácilmente que Oliver no tenía mucho apetito—, el señor Sikes apuró un par de copas de licor mezclado con agua, se echó sobre la cama y ordenó a Nancy, con muchas imprecaciones en caso de no cumplir, que lo llamara exactamente a las cinco. Por orden de la misma autoridad,

Oliver se acostó vestido sobre un colchón que había en el suelo y la muchacha, tras alimentar el fuego, se sentó delante, dispuesta a despertarlos a la hora señalada.

Durante largo rato Oliver estuvo despierto, pensando que no era imposible que Nancy buscara la oportunidad de cuchichearle algún consejo más, pero la muchacha seguía junto al fuego pensativa, sin moverse, salvo de vez en cuando para avivar la lumbre. Cansado por la vigilia y la inquietud, finalmente se quedó dormido.

Cuando despertó, la mesa estaba puesta como para tomar té y Sikes estaba metiéndose varios objetos en los bolsillos del gabán, que colgaba del respaldo de una silla, mientras Nancy se afanaba en preparar el desayuno. Todavía no había amanecido, pues la vela aún estaba encendida y fuera estaba bastante oscuro. Además, una fuerte lluvia azotaba los cristales de las ventanas y el cielo se veía oscuro y nublado.

—¡Bueno, pues! —gruñó Sikes mientras Oliver se levantaba—; ¡las cinco y media! Date prisa o no desayunarás, porque ya es tarde.

Oliver no tardó mucho en asearse y, tras haber desayunado algo, respondió a una hosca pregunta por parte de Sikes diciendo que estaba totalmente listo.

Nancy, sin mirar al chico apenas, le lanzó un pañuelo para que se lo atara alrededor del cuello y Sikes le dio una capa grande y basta para que se la abrochara sobre los hombros. Ataviado de este modo, le dio la mano al ladrón, quien, deteniéndose solo para mostrarle, con gesto amenazador, que tenía la pistola en un bolsillo lateral de su gabán, se la apretó fuerte con la suya y, cruzando un adiós con Nancy, se lo llevó.

Cuando llegaron a la puerta, Oliver se volvió un instante con la esperanza de encontrar una mirada de la muchacha; pero ella había vuelto al viejo asiento junto al fuego y estaba sentada allí delante, totalmente inmóvil.

CAPÍTULO XXI

La expedición

Cuando salieron a la calle, hacía una mañana triste; soplaban el viento y llovía intensamente, y el gris de las nubes presagiaba tormenta. Había llovido mucho durante la noche, por lo que en el camino se habían formado grandes charcos y las cunetas se desbordaban. En el cielo se podían apreciar ligeros destellos del nuevo día, aunque más que atenuarla, acentuaban la tristeza de la escena, pues la luz sombría hacía palidecer la de las farolas, sin arrojar ni una pizca de calor o luminosidad sobre los tejados húmedos y las calles grises. Parecía que no hubiese nadie levantado en ese barrio de la ciudad, pues las ventanas de las casas estaban completamente cerradas y las calles por las que pasaban, silenciosas y vacías.

Cuando giraron por Bethnal Green, el día apenas empezaba a amanecer. Muchas farolas ya se habían apagado, algunas carretas avanzaban penosamente hacia Londres y de vez en cuando alguna diligencia, cubierta de barro, pasaba enérgicamente traqueteando y el cochero lanzaba, al pasar, un latigazo de advertencia al lento carretero que, al haberse situado en el lado equivocado del camino, le había hecho correr el riesgo de llegar a su destino quince segundos más tarde de lo previsto. Las tabernas, en cuyo interior se consumían las lámparas de gas, ya estaban abiertas. Poco a poco hicieron lo propio otros establecimientos y se encontraron con algunas personas desperdigadas. Luego llegaron grupos dispersos de obreros que se dirigían a sus lugares de trabajo; a continuación, hombres y mujeres con cestas llenas de pescado en la cabeza, carros tirados por burros cargados de verduras, carromatos llenos de ganado o animales abiertos en canal, lecheras con cántaros, y así una incesante concurrencia de personas que penosamente se dirigía a pie con diversos productos a los barrios del este de la ciudad. A medida que se acercaban a esta, el ruido y el tráfico iban en aumento; y cuando se abrieron paso entre las calles de Shoreditch y de Smithfield, el tumulto se había transformado en ajetreo y bullicio. El día era ya todo lo claro que probablemente llegaría a ser hasta que de nuevo cayera la noche, y había empezado la atareada mañana de la mitad de la población londinense.

Tras bajar por Sun Street y Crown Street y cruzar Finsbury Square, Sikes se metió, pasando por Chiswell Street, en Barbican, y después en Long Lane, y luego en Smithfield, de donde llegaba un tumulto de sonidos discordantes que llenaron a Oliver Twist de sorpresa y asombro.

Era día de mercado. El suelo estaba cubierto de fango y suciedad que llegaban casi a la altura de los tobillos; un vapor denso se desprendía permanentemente de los cuerpos apestosos del ganado y, tras mezclarse con la niebla, que parecía posarse sobre las chimeneas, se quedaba flotando allí arriba. Todos los corrales del centro de la espaciosa zona, así como todos los provisionales que podían formarse en los huecos libres, estaban llenos de ovejas; y, atados a postes en el lado de la cuneta, había largas filas de animales y bueyes en grupos de tres o cuatro. Campesinos, carniceros, ganaderos, vendedores ambulantes, muchachos, ladrones, holgazanes y vagabundos de la más baja condición estaban mezclados en una densa masa: el silbido de los ganaderos, el ladrido de los perros, el bramido y el movimiento de las bestias, el balido de las ovejas, el gruñido y el chillido de los cerdos; los gritos de los vendedores ambulantes, el vocerío, las palabrotas y las riñas por doquier, el tintineo de las campanas y el clamor de voces provenientes de todas las tabernas; la muchedumbre, los empujones, los vehículos, los golpes, los alaridos y los gritos; el tremendo y disonante alboroto que resonaba desde cualquier rincón del mercado; y las figuras sucias, escuálidas, sin afeitar y sin lavar que constantemente iban de aquí para allí, irrumpiendo en la muchedumbre y surgiendo luego de esta, conformaban una escena asombrosa y desconcertante que confundía sobremanera los sentidos.

Sikes, arrastrando a Oliver, se abrió paso a codazos entre lo más abigarrado de la multitud y prestó muy poca atención a la gran cantidad de señales y sonidos que tanto asombraban al muchacho. Saludó dos o tres veces a algún amigo que pasaba y, rechazando las invitaciones para echar un trago matutino, continuó con determinación hasta que estuvieron completamente fuera del desorden y siguieron su camino por Hosier Lane hacia Holborn.

—¡Venga, chico! —dijo Sikes malhumorado, alzando la vista hacia el reloj de la iglesia de Saint Andrew—. ¡Casi las siete! Tienes que darte prisa. ¡Vamos, no te quedes atrás, vago!

Sikes acompañó su discurso de un fuerte tirón de la muñeca de su pequeño compañero, y Oliver, aligerando el paso hasta convertirlo en una especie de trote, a medio camino entre el paso rápido y la carrera, intentó seguir las grandes zancadas del ladrón lo mejor que pudo.

Siguieron su camino a este ritmo hasta que hubieron dejado atrás la esquina de Hyde Park y se dirigían hacia Kensington; entonces Sikes aflojó la marcha hasta que les alcanzó una carreta vacía que se les había acercado desde atrás. Al ver «Hounslow»

escrito en ella, le preguntó al carretero, con toda la amabilidad de que pudo hacer gala, si les podía llevar hasta Isleworth.

—Suban —dijo el hombre—. ¿Es su hijo?

—Sí —respondió Sikes, mirando fríamente a Oliver y metiendo distraídamente la mano en el bolsillo donde tenía la pistola.

—Tu padre camina demasiado deprisa para ti, ¿no es así, muchacho? —preguntó el carretero, al observar que a Oliver le faltaba el aliento.

—Qué va —interrumpió Sikes—. Está acostumbrado. Ven, dame la mano, Ned. ¡Vamos, arriba!

Entonces, dirigiéndose a Oliver, le ayudó a subir a la carreta. El carretero, señalando una pila de sacos, le dijo que se tumbara allí y que descansara.

Conforme iban pasando los diferentes hitos, Oliver se preguntaba cada vez más dónde pretendía llevarle su compañero. Kensington, Hammersmith, Chiswick, Kew Bridge, Brentford, los pasaron todos, y aun así, seguían como si no hubieran hecho más que empezar el viaje. Por fin llegaron a una taberna que se llamaba Coach and Horses, de la cual parecía partir otro camino. Aquí se paró la carreta.

Sikes se apeó apresuradamente, sin soltar la mano de Oliver en ningún momento, y, bajándolo inmediatamente, le dirigió una mirada furiosa y con el puño se dio unos golpecitos en el bolsillo lateral, en un gesto muy significativo.

—¡Adiós, chico! —se despidió el hombre.

—Está de mal humor —contestó Sikes, zarandeándolo—. Está de mal humor, es un crío. No le haga caso.

—No, claro —respondió, volviéndose a subir a la carreta—. Hoy hace un buen día, al fin y al cabo.

Y se alejó.

Sikes esperó hasta que hubo cubierto un buen trecho y entonces, diciéndole a Oliver que podía mirar a su alrededor si quería, una vez más lo guió en su camino.

Giraron a la izquierda poco después de haber pasado la taberna y luego, tomando un camino a mano derecha, caminaron durante largo rato, pasando por muchos jardines enormes y casas de caballeros a ambos lados del camino. Finalmente cruzaron un pequeño puente que les condujo hasta Twickenham; siguieron caminando por este pueblo sin parar más que para comprar cerveza, hasta que llegaron a otro en el que Oliver vio escrito en la pared de una casa, con letras bastante grandes, «Hampton». Giraron por una taberna que se llamaba Red Lion y siguieron por la orilla del río durante un breve trecho. Luego Sikes se metió por una calle estrecha, siguió recto hasta una vieja taberna que tenía un letrero desdibujado y pidió algo de cenar en el fuego de la cocina.

Esta cocina era una estancia con el techo viejo y bajo, atravesado por una gran viga de madera; también tenía unos bancos con respaldos altos junto al fuego, en los

cuales estaban sentados algunos hombres rudos vestidos con blusón que bebían y fumaban. No se fijaron en Oliver, y apenas en Sikes, y como este tampoco les hizo mucho caso, se sentaron los dos solos en un rincón, sin que la compañía les molestara demasiado.

Cenaron carne fría y luego se quedaron allí sentados tanto rato, mientras Sikes se daba el capricho de fumarse tres o cuatro pipas, que Oliver empezó a tener la certeza de que se iban a quedar allí. Con el cansancio del camino y del madrugón, al principio se quedó adormecido; luego, rendido por la fatiga y el humo del tabaco, se durmió profundamente.

Era ya noche cerrada cuando le despertó un empujón de Sikes. Incorporándose lo suficiente para sentarse y mirarle, lo encontró en íntima camaradería y comunicación con un obrero, bebiendo una pinta de cerveza.

—Así que va hacia Lower Halliford, ¿no? —preguntó Sikes.

—Así es —contestó el hombre, que parecía algo desmejorado (o mejorado, depende) por haber estado bebiendo—. Y no despacio, precisamente. Como vamos de vuelta, el caballo no lleva peso, al revés que esta mañana al venir, de manera que no tardará mucho en llegar. ¡A su salud! ¡Es un buen animal!

—¿Podría llevarnos a mi hijo y a mí hasta allí? —le preguntó Sikes, ofreciéndole la cerveza a su nuevo amigo.

—Si van directamente allí, claro que sí —contestó, apartando la vista de la jarra—. ¿Van a Halliford?

—Tenemos que seguir hasta Shepperton —dijo Sikes.

—Pues entonces han dado en el clavo —respondió—. ¿Ya está todo pagado, Becky?

—Sí, ya ha pagado el señor —contestó la chica.

—¡Vaya! —exclamó el hombre con una seriedad que denotaba embriaguez—. Pues eso no vale.

—¿Por qué no? —espetó Sikes—. Usted va a llevarnos, así que, a cambio, ¿qué hay de malo en que le invite a unas cervezas?

El extraño reflexionó acerca de este comentario con rostro muy grave y, una vez hecho esto, cogió a Sikes de la mano y le confesó que era un buen tipo. A esto, Sikes respondió que debía de estar bromeando; y en efecto, si hubiera estado sobrio habría habido poderosas razones para pensar que bromeaba.

Después de intercambiar unos cuantos cumplidos más les dieron las buenas noches a los demás y se marcharon; la chica se quedó recogiendo las jarras y los vasos mientras ellos se iban y se acercó a la puerta con las manos llenas para ver cómo partía el grupo.

El caballo, a la salud del cual habían estado bebiendo en su ausencia, estaba fuera, bien amarrado al carro. Oliver y Sikes subieron a él sin mayor dilación, y el hombre al

cual pertenecía, demorándose un par de minutos «para animarle» y para desafiar al tabernero y al mundo entero a encontrar otro igual, también se montó. A continuación le ordenó al mozo que le soltara la cabeza al caballo, y, una vez en posesión de la cabeza, el animal la usó de un modo bastante desagradable, sacudiéndola en el aire con gran desdén y asomándose a las ventanas de la taberna. Después de llevar a cabo estas proezas y apoyándose unos momentos en las patas traseras, el caballo arrancó rápidamente y se alejó traqueteando del pueblo con elegancia.

La noche era muy oscura, y del río y del terreno pantanoso que había alrededor salía una bruma húmeda que se extendía por los campos grises. Hacía un frío espantoso, todo era triste y lúgubre. Nadie dijo una palabra, pues el carretero estaba adormilado y Sikes no estaba de humor para entablar conversación con él. Oliver estaba acurrucado en un rincón del carro lleno de inquietudes y temores, imaginándose objetos extraños en los árboles raquíticos, cuyas ramas se agitaban lóbregamente, como en una especie de regocijo fantástico ante la desolación de la escena.

Cuando pasaron por la iglesia de Sunbury, el reloj dio las siete. Había una luz enfrente, en la ventana de la casa del embarcadero, que se proyectaba a través del camino y que dejaba en una sombra más intensa aún a un tejo a cuyos pies había unas tumbas. Se escuchaba un ruido monótono de agua que caía no muy lejos de allí, y las hojas del viejo árbol se mecían suavemente con el viento nocturno. Parecía una música tranquila y solemne para el reposo de los difuntos.

Atravesaron Sunbury y de nuevo se encontraron en el camino solitario. Siguieron tres o cuatro kilómetros más y entonces el carro se paró. Sikes se bajó y, tomando a Oliver de la mano, empezaron a caminar de nuevo.

En Shepperton no entraron en ninguna casa, tal y como el cansado muchacho había esperado, sino que aún siguieron caminando entre el barro y la oscuridad por caminos sombríos y terrenos yermos y fríos, hasta que divisaron a poca distancia las luces de un pueblo. Mirando fijamente hacia delante, Oliver se dio cuenta de que el agua se encontraba justo debajo de ellos y de que estaban llegando a un puente.

Sikes continuó hasta que estuvieron muy cerca del puente y entonces de repente bajó por la orilla izquierda.

«¡Agua! —pensó Oliver para sí mismo, invadido por el miedo—. ¡Me ha traído a este lugar apartado para asesinarme!»

Estaba a punto de lanzarse al suelo e intentar luchar por su corta vida cuando vio que se encontraban delante de una solitaria casa en ruinas. Había una ventana a cada lado de la entrada desvencijada y un piso arriba, pero no se veía luz alguna. Estaba oscura, destartalada y, al parecer, deshabitada.

Sikes, sin soltar todavía la mano de Oliver, se acercó despacio al porche y levantó el cerrojo. La puerta cedió a la presión y entraron juntos.

CAPÍTULO XXII

El robo

—¡Hola! —exclamó una voz ronca apenas hubieron entrado.

—No armes tanto escándalo —dijo Sikes, echándole el cerrojo a la puerta—. Alumbra un poco esto, Toby.

—¡Ah, amigo! —respondió la misma voz—. ¡Alumbra, Barney, alumbra! Enséñale el camino, pero despiértate antes, si te parece.

Quien hablaba apareció para tirarle un sacabotas o algo así a la persona a la cual se había dirigido con el fin de sacudirle el sueño, ya que se escuchó el golpe violento de un objeto de madera que caía y luego el murmullo indefinido de un hombre entre dormido y despierto.

—¿Me oyes? —gritó la misma voz—. Bill Sikes está en la entrada y no hay nadie para recibirle; y tú ahí durmiendo, como si lo más fuerte que tomaras con tus comidas fuera láudano. ¿Ahora estás más espabilado o quieres que te despierte del todo con la palmatoria de hierro?

Mientras tenía lugar este interrogatorio, unos pies descuidados se arrastraron deprisa por el suelo de la habitación y, de una puerta que había a la derecha, salió primero una luz tenue y luego la figura del individuo ya descrito antes, aquejado de la dolencia de hablar por la nariz y empleado como camarero de la taberna de Saffron Hill.

—¡Sedor Sikes! —exclamó Barney, con verdadera o fingida alegría—. ¡Edtre, edtre, sedor!

—Venga, entra tú primero —dijo Sikes, poniendo a Oliver delante de él—. ¡Más rápido o te pisaré!

Maldiciendo su lentitud, Sikes empujó a Oliver delante de él y entraron en una habitación oscura provista de un fuego humeante, dos o tres sillas rotas, una mesa y un sofá muy viejo en el cual, con las piernas más altas que la cabeza, había un hombre completamente arrellanado fumándose una gran pipa de barro. Llevaba un abrigo de tono apagado y de corte elegante, con grandes botones metálicos, un pañuelo naranja

en el cuello, un chaleco grueso y llamativo con estampado de cachemir y pantalones grisáceos. El señor Crackit (pues de él se trataba) no tenía mucho pelo, ni en la cabeza ni en el rostro, y el poco que tenía era de color rojizo y formaba largos rizos por los cuales a veces se pasaba los dedos sucios, adornados con unos anillos enormes y vulgares. Era un poco más alto de lo normal y al parecer tenía las piernas bastante débiles, pero esta circunstancia de ningún modo le restaba admiración por sus botas altas, las cuales contemplaba en su elevada posición con evidente satisfacción.

—¡Bill, muchacho! —dijo esta figura, volviendo la cabeza hacia la puerta—. Me alegro de verte; ya casi pensaba que te habías vuelto atrás, en cuyo caso lo habría convertido en una empresa personal. ¡Hola!

Exclamando esto en un tono de gran sorpresa al reparar en Oliver, Toby Crackit se sentó y preguntó de quién se trataba.

—¡Es el chico, no es más que el chico! —respondió Sikes, acercando una silla al fuego.

—Es udo de los abigos de Fagin —dijo Barney con una sonrisa.

—¡De Fagin! —exclamó Toby mirando a Oliver—. ¡Qué maravilla, para limpiarles los bolsillos a las viejas en las iglesias! Tiene una cara que es todo un tesoro.

—¡Bueno, ya basta! —le espetó Sikes impaciente, e inclinándose sobre su amigo recostado, le susurró unas palabras al oído que hicieron reír de buena gana a Crackit, que le dedicó a Oliver una larga mirada de asombro.

—Bueno —continuó Sikes cuando retomó su asiento—, si nos dieras algo de comer y de beber mientras esperamos, nos harías un gran favor, o a mí, por lo menos. Siéntate junto al fuego, muchacho, y descansa, pues esta noche tendrás que salir con nosotros, aunque no muy lejos.

Oliver miró a Sikes con curiosidad, silencioso y tímido, y acercando una silla al fuego, se sentó y se aguantó la dolorida cabeza con las manos, sin saber apenas dónde estaba o qué pasaba a su alrededor.

—Venga —dijo Toby, mientras el joven judío colocaba algo de comer y una botella sobre la mesa—, ¡por el éxito del golpe!

Se levantó para brindar por ello y, tras depositar con cuidado su pipa en un rincón, se acercó a la mesa, llenó un vaso de licor e ingirió el contenido. Sikes hizo lo mismo.

—Un trago para el chico —dijo Toby llenando hasta la mitad un vaso de vino—. ¡Se acabó la inocencia!

—Es que... —dijo Oliver mirando el rostro del hombre con cara de lástima—. Es que...

—¡Venga, pa dentro! —repitió Toby—. ¿Te crees que no sé lo que es bueno para ti? Dile que beba, Bill.

—Más le vale —dijo Sikes, dando palmaditas con una mano en el bolsillo—. Da más problemas que toda una familia de lince. Bebe, diablillo. ¡Bebe!

Asustado por los gestos amenazadores de los dos hombres, Oliver se tragó rápidamente el contenido del vaso e inmediatamente le dio un violento golpe de tos que hizo las delicias de Toby Crackit y Barney e incluso arrancó una sonrisa al malhumorado Sikes.

Tras esto, y una vez que Sikes hubo satisfecho su apetito (Oliver solo pudo comer un pequeño mendrugo de pan que le obligaron a engullir), los dos hombres se recostaron en sus sillas para dar una cabezada. Oliver se quedó en su silla junto al fuego y Barney, envuelto en una manta, se tumbó en el suelo, cerca del guardafuegos.

Durmieron, o al menos eso parecía, durante algún tiempo. Nadie se movía excepto Barney, que se levantó un par de veces para arrojar carbón al fuego. Oliver cayó en un profundo sueño y se imaginaba que vagaba solo por los caminos sombríos o que erraba por el oscuro camposanto, o recordaba alguno de los momentos del día anterior, hasta que le despertó Toby Crackit que se había levantado de un salto y decía que era la una y media.

Inmediatamente los otros dos se pusieron en pie y todos estaban ocupados haciendo los preparativos. Sikes y su compañero se taparon el cuello y la barbilla con unas enormes bufandas negras y se pusieron los abrigos. Mientras, Barney abrió un armario y sacó varios objetos que se metió rápidamente en los bolsillos.

—¿Las pipas para mí, Barney? —dijo Toby Crackit.

—Aquí estad —le contestó, mostrando un par de pistolas—. Tú bisbo las cargaste.

—¡De acuerdo! —contestó Toby guardándolas—. ¿Las porras?

—Las tengo —dijo Sikes.

—El crespón, las llaves, las barrenas... ¿no se nos olvida nada? —preguntó Toby, atándose una pequeña palanca con una presilla que tenía dentro del abrigo.

—¡Está bien! —dijo su compañero—. Trae las maderitas, Barney, es el momento.

Con estas palabras cogió un garrote de las manos de Barney, el cual, después de haberle dado otro a Toby, se dedicó a abrochar la capa de Oliver.

—¡Venga, pues! —dijo Sikes alargando la mano.

Oliver, que estaba completamente atontado por el ejercicio desacostumbrado, por el aire y por la bebida que le habían forzado a tomar, puso de manera mecánica la mano en la que Sikes le ofrecía para dicho propósito.

—Cógele de la otra mano, Toby —dijo Sikes—. Mira fuera, Barney.

El hombre se dirigió a la puerta y volvió para anunciar que todo estaba en calma. Los dos ladrones salieron con Oliver entre ellos y Barney, habiéndolo cerrado todo bien, se volvió a enrollar en la manta como antes y pronto se quedó dormido de nuevo.

Estaba muy oscuro. La niebla era mucho más espesa que al principio de la noche y la atmósfera era tan húmeda que, aunque no llovía, poco después de abandonar la casa, el cabello y las cejas de Oliver estaban tiesos por el vaho medio congelado que

flotaba en el aire. Cruzaron el puente y siguieron en dirección a las luces que había visto antes. No se encontraban a mucha distancia de ellas y, como caminaban muy deprisa, pronto llegaron a Chertsey.

—Vamos por el pueblo —susurró Sikes—. Esta noche no habrá nadie por el camino que pueda vernos.

Toby asintió y se apresuraron por la calle principal del pequeño pueblo, que estaba completamente desierto a esas horas. En ocasiones una luz tenue brillaba en la ventana de alguna habitación y a veces el ladrido ronco de los perros rompía el silencio de la noche, pero no había nadie en la calle y ya habían dejado atrás el pueblo cuando el reloj de la iglesia dio las dos.

Apresurando el paso, subieron por un camino a mano izquierda. Después de caminar durante medio kilómetro aproximadamente, se pararon delante de una casa rodeada por un muro, al cual Toby Crackit se encaramó en un abrir y cerrar de ojos, sin apenas descansar para tomar aire.

—Ahora el chico —dijo Toby—. Aúpalo, yo lo cogeré.

Antes de que a Oliver le diera tiempo de mirar a su alrededor, Sikes lo había cogido por los brazos y al cabo de tres o cuatro segundos él y Toby estaban tumbados en la hierba al otro lado del muro. Sikes les siguió en seguida y cautelosamente se dirigieron a la casa.

Y en ese momento Oliver, casi loco de dolor y de pánico, se dio cuenta por primera vez de que robar, o quizá hasta cometer un asesinato, era el objetivo de la expedición. Juntó las manos y sin querer se le escapó una exclamación reprimida de horror. Los ojos se le nublaron, un sudor frío le recorría la cara color ceniza, los miembros le fallaron y se cayó de rodillas.

—¡Levántate! —murmuró Sikes, temblando de ira y sacando la pistola del bolsillo—. ¡Levántate o te reviento los sesos ahora mismo!

—¡No, por favor, déjenme que me vaya! —gritó Oliver—. Dejen que me vaya y que me muera en los campos. Nunca volveré a acercarme a Londres. ¡Nunca, de verdad! ¡Les ruego que tengan compasión y que no me hagan robar! Por todos los ángeles del cielo, ¡tengan compasión!

El hombre al que se dirigía esta súplica soltó una horrible blasfemia y ya tenía la pistola preparada cuando Toby, arrancándosela de las manos, le tapó la boca al chico con la mano y lo arrastró hasta la casa.

—¡Cállate! —gritó el hombre—. Aquí eso no sirve de nada. Una palabra más y te daré un golpe en la cabeza que no hará ruido, pero será certero y más refinado. Ven, Bill, abre el postigo. Seguro que el chico ahora ya está más animado. He visto a otros mayores que él que, en una noche fría como esta, se han puesto igual.

Sikes, derramando unas maldiciones espantosas sobre la cabeza de Fagin por haber mandado a Oliver para esta faena, empleó la palanca con fuerza pero casi sin

hacer ruido. Al cabo de un momento y con la ayuda de Toby, giraron las bisagras del postigo al cual se había referido.

Era una pequeña ventana de celosía situada a más de medio metro del suelo, en la parte trasera de la casa, que pertenecía a un fregadero o a un pequeño sitio para fabricar cerveza al final del pasillo. La abertura era tan pequeña que los habitantes de la casa probablemente pensaban que no valía la pena asegurarla más. Pero era lo suficientemente grande para que cupiera un chico de la talla de Oliver. Una breve aplicación del arte de Sikes bastó para vencer la resistencia del cierre de la ventana, que en seguida estuvo abierta de par en par.

—¡Ahora escucha, tú, monigote! —susurró Sikes, sacándose una linterna del bolsillo y enfocando la luz directamente a la cara de Oliver—. Voy a meterte por aquí. Coge esta luz, sube los escalones que hay delante de ti sin hacer ruido y ve hasta la puerta de la calle. Ábrela y déjanos entrar.

—Arriba hay un cerrojo al que no llegarás —interrumpió Toby—. Súbete a una de las sillas que hay en la entrada. Hay tres, Bill, con un unicornio grande y azul muy divertido y una horca de oro, que son el escudo de armas de la señora.

—Cállate, ¿quieres? —contestó Sikes con una mirada furiosa—. La puerta de la habitación está abierta, ¿no?

—De par en par —respondió Toby, después de echar una ojeada para asegurarse—. La gracia está en que siempre la dejan abierta con un gancho para que el perro, que duerme aquí, pueda pasar cuando no tenga sueño. ¡Ja, ja! Pero Barney ya se encargó de él anoche, vaya que sí.

Aunque Crackit susurraba de un modo casi imperceptible y se rió sin hacer ruido, Sikes le ordenó imperiosamente que se callara y se pusiera manos a la obra. Toby le hizo caso y empezó por sacarse la linterna y dejarla en el suelo, y luego apoyó firmemente la cabeza contra la pared, debajo de la ventana, y las manos sobre las rodillas, para convertir así su espalda en un escalón. Tan pronto como estuvo en esta posición, Sikes se subió encima de él, metió cautelosamente a Oliver por la ventana con los pies por delante y, sin soltarle del cuello, lo colocó con cuidado en el suelo al otro lado de la ventana.

—Coge esta linterna —le dijo Sikes mirando dentro de la habitación—. ¿Ves las escaleras que hay delante de ti?

Oliver, más muerto que vivo, balbuceó que sí y Sikes, señalándole la puerta de la calle con el cañón de la pistola, le advirtió brevemente de que tuviera en cuenta que estaría a tiro en todo momento, por lo que si titubeaba, caería muerto al instante.

—Cuesta hacerlo un minuto —siguió Sikes susurrando del mismo modo—. En cuanto te suelte, haz tu trabajo. ¡Escucha!

—¿Qué ha sido eso? —susurró el otro hombre.

Escucharon atentamente.

—Nada —dijo Sikes soltando a Oliver—. ¡Venga!

En el breve período de tiempo que había tenido para recobrar la compostura, el chico había resuelto firmemente que, aunque muriera en el intento, haría un esfuerzo por subir las escaleras como una flecha y alertar a la familia. Sin dejar de pensar en ello, avanzó inmediatamente, aunque con sigilo.

—¡Vuelve! —gritó de repente Sikes—. ¡Vuelve, vuelve!

Asustado por esa ruptura repentina del silencio sepulcral que reinaba en el lugar y por el grito que siguió, Oliver dejó caer la linterna y no sabía si avanzar o huir. Se repitió el grito, apareció una luz, ante él vio a dos hombres aterrorizados y medio desnudos en lo alto de la escalera, un destello, un fuerte ruido, humo, un golpe en algún sitio, aunque no sabía dónde, y volvió atrás tambaleándose.

Por un instante Sikes había desaparecido, pero apareció de nuevo y le tenía cogido del cuello antes de que el humo se despejara. Disparó la pistola contra los hombres, que ya se estaban retirando, y arrastró al chico hacia arriba.

—¡Cógete más fuerte del brazo! —le dijo Sikes mientras lo pasaba por la ventana—. Dame una bufanda. Le han dado. ¡Rápido! ¡Maldita sea, cómo sangra el chico!

Entonces se oyó el sonido fuerte de una campana, mezclado con el de armas y gritos de hombres, y tuvo la sensación de que lo llevaban por un terreno irregular a ritmo rápido. Luego los sonidos se fueron confundiendo en la distancia y una sensación de frío mortal invadió el corazón del muchacho, que ya no vio ni escuchó nada más.

CAPÍTULO XXIII

Que contiene la esencia de una agradable conversación entre el señor Bumble y una dama, y demuestra que hasta un pertiguero puede ser sensible en algunos aspectos

La noche era terriblemente fría; la nieve se amontonaba en el suelo formando una capa gruesa y dura, tanto que solo los cúmulos que se habían formado en los caminos poco frecuentados y en las esquinas recibían las embestidas del viento cortante que aullaba en las calles, el cual, como si quisiera descargar su furia creciente sobre las víctimas que encontraba a su paso, las levantaba salvajemente formando nubes y, haciéndolas girar en mil remolinos confusos, las dispersaba en el aire. Era una noche lúgubre, oscura y de un frío penetrante, una noche de esas en las que los que gozan de una buena vivienda y una mesa bien surtida se reúnen en torno al fuego, dando gracias a Dios por estar en casa, mientras que los desdichados sin hogar se echan a esperar la muerte. Muchos desamparados hambrientos cierran los ojos en nuestras calles desiertas en ocasiones como esta, y por muy atroces que sean los delitos que han cometido, es poco probable que los abran en un mundo más cruel.

Ese era el aspecto que presentaba el mundo exterior cuando la señora Corney, la matrona del hospicio que ya fue presentado a los lectores como el lugar de nacimiento de Oliver Twist, tomó asiento ante un acogedor fuego en su pequeña habitación y dirigió la mirada con no poca satisfacción hacia una mesita redonda, sobre la cual había una bandeja del mismo tamaño dotada de todos los materiales necesarios para la comida más agradable de que pueda disfrutar una matrona. En efecto, la señora Corney se disponía a deleitarse con una taza de té, y mientras paseaba la mirada de la mesa a la chimenea, donde la tetera más pequeña que se pueda imaginar emitía un sonido casi inaudible, su satisfacción interna aumentó visiblemente, tanto que no pudo reprimir una sonrisa.

—En fin —dijo la matrona, apoyando el codo sobre la mesa y contemplando la chimenea con gesto pensativo—, no cabe duda de que tenemos muchas razones para estar agradecidos; muchísimas, si llegásemos a hacernos una idea. ¡Ay!

La señora Corney meneó la cabeza, apenada, como si lamentara la ignorancia de los pobres que no eran conscientes de ello, y tras introducir una cucharilla de plata (propiedad privada, por supuesto) en los rincones más ocultos de una lata de té, procedió a preparar la infusión.

¡Es asombroso lo poco que se necesita para alterar el equilibrio de la débil mente humana! La tetera negra, al ser demasiado pequeña y estar llena en exceso, rebosó mientras la señora Corney meditaba, y el agua le quemó ligeramente la mano.

—¡Tetera endemoniada! —exclamó la respetable matrona, depositándola precipitadamente sobre el quemador—. ¡Cacharro inútil, solo le caben dos tazas! ¿A quién podría servirle algo así? Excepto... —dijo la señora Corney, haciendo una pausa—, excepto a una pobre criatura abandonada como yo. ¡Ay, Dios mío!

Con estas palabras la matrona se dejó caer sobre la silla y, apoyando de nuevo el codo en la mesa, se puso a reflexionar sobre su destino solitario. La pequeña tetera y la única taza de té le habían devuelto al pensamiento tristes recuerdos del difunto señor Corney (que solo llevaba muerto veinticinco años), y se sintió apesadumbrada.

—¡Nunca encontraré nada igual! —suspiró la señora Corney, malhumorada—. ¡Nunca!

No está claro si este comentario hacía referencia al marido o a la tetera. Podría haberse tratado de esta última, ya que la matrona la observaba fijamente mientras hablaba, y a continuación la cogió. No había hecho más que tomar el primer sorbo de té cuando se vio interrumpida por un suave golpe en la puerta.

—¡Vaya por Dios, adelante! —gritó la señora Corney con voz arisca—. Supongo que alguna de las ancianas se estará muriendo, siempre se mueren cuando me siento a la mesa. ¡No se quede ahí parada, que entra aire frío! A ver, ¿qué es lo que pasa ahora?

—Nada, señora, nada —replicó una voz masculina.

—¡Dios Santo! —exclamó la matrona en un tono bastante más amable—. ¿Es usted, señor Bumble?

—A su servicio, señora —respondió el pertiguero, que se había entretenido fuera limpiándose los zapatos y sacudiéndose la nieve del abrigo, y que ahora hacía su aparición, sosteniendo el sombrero de tres picos en una mano y un paquete en la otra—. ¿Quiere que cierre la puerta, señora?

La dama dudó pudorosamente sobre qué respuesta dar, temiendo que resultase inapropiado mantener una conversación con el señor Bumble con la puerta cerrada. Aprovechando el momento de vacilación, y dado que él mismo estaba aterido de frío, el visitante la cerró sin esperar el consentimiento.

—Qué tiempo tan horrible, señor Bumble —observó la matrona.

—Realmente malo, señora —asintió el pertiguero—, y muy poco conveniente para la parroquia. Figúrese, señora Corney, que hemos repartido cerca de veinte panes de

dos kilos y un queso y medio esta bendita tarde, y aun así los pobres no están satisfechos.

—Por supuesto que no. ¿Cuándo estarán contentos, señor Bumble? —dijo la matrona, sorbiendo el té.

—Eso me pregunto yo, señora —replicó el caballero—. Resulta que hay un hombre que, teniendo en cuenta a su esposa y a su extensa prole, ha recibido un pan de dos kilos y medio kilo de queso, ni más ni menos. Pues ¿cree usted que lo ha agradecido, señora? Ni lo más mínimo. Es más, en lugar de eso, se atreve a pedir un puñado de carbón ¡aunque solo sea lo que le cabe en un pañuelo, dice! ¡Carbón! ¿Para qué querrá el carbón? Para calentar el queso y luego volver a por más. Así se comporta esa gente, señora: si hoy les das un saco lleno de carbón, pasado mañana vendrán pidiendo otro. ¡Tienen la cara más dura que el alabastro!

La matrona expresó su completa conformidad con esta comparación tan inteligible, y el pertiguero continuó:

—La situación se está haciendo insostenible. Anteayer mismo, un hombre (puedo mencionárselo, ya que ha sido usted una mujer casada), cubierto con apenas unos harapos —aquí la señora Corney bajó la mirada—, llamó a la puerta de nuestro supervisor cuando este se encontraba comiendo en compañía, alegando que necesitaba ayuda. Puesto que no accedía a marcharse, y no hacía más que escandalizar a los comensales, el supervisor le ofreció medio kilo de patatas y un plato de gachas. «¡Santo Dios! —dice el canalla ingrato—, ¿qué voy a solucionar yo con esto? Como si me diesen unos anteojos de metal.» «De acuerdo —responde el supervisor, quitándole las provisiones—, entonces te irás sin nada.» «¡Pero moriré en la calle!», protesta el mendigo, a lo que el supervisor responde: «¡No, no, seguro que no!».

—¡Ja, ja! ¡Esa sí que es buena! Muy típico del señor Grannet ¿no le parece? —interrumpió la matrona—. ¿Y qué ocurrió después, señor Bumble?

—Pues que se marchó, y efectivamente murió en la calle. ¡Eso es lo que yo llamo un indigente obstinado!

—¡En mi vida he visto nada igual! —declaró la matrona con convencimiento—. Pero, de todas formas, ¿no opina usted que la beneficencia es algo muy perjudicial, señor Bumble? Usted debe de saberlo, como hombre experto que es. Dígame.

—Señora Corney —contestó el pertiguero, sonriendo como lo hace un hombre cuando es consciente de su sabiduría superior—, la beneficencia, si se ejerce correctamente, es el soporte de la parroquia. La regla de oro de la beneficencia es darles a los pobres exactamente lo que no necesitan para que se cansen de venir.

—¡Dios Santo! —exclamó la dama—. ¡Qué cosa más ingeniosa!

—En efecto. Entre usted y yo, señora —prosiguió el señor Bumble—, esa es la regla de oro, y esa es la razón por la cual, si se fija usted en los casos que aparecen en esos periódicos insolentes, se dará cuenta de que siempre se ha socorrido a las familias

enfermas con trozos de queso. Esa es la regla que impera en todo el país. Sin embargo —dijo el pertiguero, inclinándose para desenvolver el paquete—, se trata de secretos oficiales, señora, de los que no debe hablarse, excepto entre los empleados de la parroquia como usted y yo. Este es el vino que la junta encargó para la enfermería: auténtico y genuino vino fresco de oporto, recién sacado del barril esta misma tarde, claro como un arroyo y limpio de sedimentos.

Tras aproximar una de las botellas a la luz y agitarla para demostrar su excelente calidad, el señor Bumble depositó las dos sobre una cómoda, dobló los pañuelos en los que las había traído envueltas, se los introdujo cuidadosamente en el bolsillo y cogió el sombrero con intención de marcharse.

—Va a pasar usted mucho frío ahí fuera, señor Bumble —dijo la matrona.

—Hace un viento que le congela a uno las orejas —afirmó el caballero, levantándose el cuello del abrigo.

La matrona miró primero la tetera y después al pertiguero, que se dirigía hacia la puerta, y cuando él tosió como paso previo para desearle buenas noches, ella le preguntó tímidamente si... si le apetecía una taza de té.

El invitado se volvió a bajar el cuello instantáneamente, dejó el sombrero y el bastón sobre una silla y arrimó otra a la mesa. Se sentó despacio sin quitarle el ojo de encima a la dama, que miraba fijamente la tetera. El pertiguero tosió de nuevo, y dejó escapar una leve sonrisa.

La señora Corney se levantó a sacar otra taza y otro platillo del armario. Al sentarse, su mirada volvió a cruzarse con la del cortés pertiguero; ella se ruborizó, y se aplicó a la tarea de prepararle el té. El señor Bumble tosió por tercera vez, y esta más fuerte que las anteriores.

—¿Le gusta dulce, señor Bumble? —preguntó la matrona, tomando el azucarero.

—Me gusta muy dulce, señora —respondió el caballero, mirando fijamente a la dama mientras pronunciaba estas palabras y, si alguna vez un pertiguero ha mirado con ternura, sin duda ese era el señor Bumble en ese momento.

La anfitriona terminó de preparar el té y se lo sirvió en silencio. El señor Bumble, tras extenderse un pañuelo sobre las rodillas para evitar que una miga pudiera mancillar el esplendor de sus calzones, comenzó a comer y beber, actividades que interrumpía de cuando en cuando con algún suspiro hondo, el cual, sin embargo, no le causaba efectos adversos en el apetito, sino más bien al contrario, parecía facilitarle las operaciones en los asuntos relativos al té y las tostadas.

—Veo que tiene usted una gata, señora —observó el pertiguero, mirando cómo el animal disfrutaba del calor del fuego en compañía de su descendencia—, y también gatitos, si no me equivoco.

—No se imagina cuánto los quiero, señor Bumble —replicó la dama—. Son tan alegres, tan juguetones y tan joviales, que la compañía que me hacen no tiene precio para mí.

—Son unos animales muy simpáticos —opinó el señor Bumble con gesto de aprobación—, y muy hogareños.

—¡Ah, sí! —afirmó entusiasmada la matrona—, y tan amantes de su casa que da gusto, se lo aseguro.

—Señora Corney —dijo el invitado muy despacio, marcando el ritmo de las palabras con la cucharilla—, debo confesarle que si cualquier gata o gatito que viva con usted no es amante de su casa, es porque no es más que un bicho estúpido.

—¡Señor Bumble! —protestó la dama.

—Es inútil ocultar las cosas, señora —respondió el caballero, haciendo unos ademanes lentos con la cuchara con una especie de dignidad apasionada que le hacía parecer aún más imponente—; yo mismo estaría encantado de matar a ese bicho.

—Entonces es usted un hombre cruel —declaró la matrona resueltamente, mientras alargaba el brazo hacia la taza del pertiguero—, y además no tiene corazón.

—¡Que no tengo corazón! Pero ¿cómo puede decir eso? —respondió el señor Bumble, tras lo cual rechazó la taza de té sin una palabra, le rozó el dedo meñique a la señora Corney aprovechando que esta fue a coger la taza, se dio dos palmadas sobre el chaleco abotonado, soltó un suspiro profundo y arrastró la silla para alejarse un poco del fuego.

Se trataba de una mesa redonda, y puesto que habían estado sentados uno enfrente del otro sin mucho espacio entre ellos y de cara al fuego, huelga decir que el señor Bumble, al alejarse del fuego sin apartarse de la mesa, incrementaba la distancia entre él y la señora Corney; conducta que algunos lectores prudentes sin duda considerarán digna de admiración, así como un acto de heroísmo por parte del caballero, que se veía tentado por el momento, el lugar y la oportunidad a expresar ciertas galanterías que, por apropiadas que suenen en labios irreflexivos y despreocupados, se consideran enormemente indignas de jueces, miembros del Parlamento, ministros, alcaldes y otros altos funcionarios públicos, pero sobre todo no están a la altura de la majestuosidad y la gravedad de un pertiguero, que, como todo el mundo sabe, debería mostrarse como el más severo e inflexible de todos ellos.

Sin embargo, sean cuales fueren las intenciones del señor Bumble (y no cabe duda de que eran las mejores), desgraciadamente se dio la circunstancia de que, como ya se ha mencionado en dos ocasiones, la mesa era redonda, de modo que, al tiempo que desplazaba su silla poco a poco, el pertiguero pronto comenzó a reducir la distancia que le separaba de la matrona, y tras continuar su viaje en torno al extremo exterior del círculo, acabó situando su silla justo al lado de la que ocupaba la dama. De hecho las dos sillas llegaron a tocarse, y cuando esto ocurrió, el señor Bumble se detuvo.

Llegados a este punto, si la matrona hubiese movido su silla hacia la derecha, el fuego la hubiese abrasado, y si lo hubiese hecho hacia la izquierda, hubiese caído en brazos del señor Bumble, así que, puesto que era una matrona precavida donde las haya, y sin duda vislumbró las consecuencias de antemano, se quedó donde estaba y le dio otra taza de té a su invitado.

—¿Así que no tengo corazón? —dijo el pertiguero removiéndolo el té y mirando a la matrona a la cara—. ¿Tiene usted corazón, señora Corney?

—¡Dios Santo! —exclamó la matrona—. ¡Esa es una pregunta muy extraña por parte de un hombre soltero! ¿Por qué me pregunta eso, señor Bumble?

El caballero apuró el té de un trago, se terminó un trozo de tostada, se sacudió las migas de las rodillas, se secó los labios y a continuación besó deliberadamente a la matrona.

—¡Señor Bumble! —gritó la discreta señora en un susurro, ya que casi se había quedado sin voz del susto—. ¡Le advierto que soy capaz de chillar!

El pertiguero no respondió, pero cogió a la matrona por la cintura con un gesto lento y solemne.

Dado que la dama había declarado su intención de chillar, no cabe duda de que lo hubiese cumplido ante este atrevimiento adicional, pero dicho esfuerzo se tornó innecesario gracias a un inesperado toque en la puerta. Tan pronto como el señor Bumble lo oyó se lanzó con una agilidad asombrosa hacia las botellas de vino, y comenzó a quitarles el polvo con gran violencia, al tiempo que la matrona preguntaba en tono brusco quién era. Merece la pena destacar, como un curioso ejemplo físico de la eficacia de una sorpresa repentina para contrarrestar los efectos de un miedo extremo, que su voz había recobrado la aspereza habitual casi por completo.

—Si no es molestia, señora —dijo una anciana indigente bastante demacrada y horriblemente fea, asomando la cabeza—, la vieja Sally se nos va.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó la matrona airadamente—. ¡Como si yo pudiera mantenerla con vida!

—No, no, señora —respondió la anciana, levantando la mano—, nadie puede, ya no tiene remedio. He visto morir a mucha gente, desde niños recién nacidos hasta hombres fuertes como robles, y sé perfectamente cuándo está a punto de llegar la muerte. Pero hay algo que la atormenta, y cuando no está delirando, cosa que hace la mayor parte del tiempo, ya que está teniendo una muerte muy cruel, no para de decir que tiene que contarle algo y que debe usted oírlo. Dice que no se morirá tranquila mientras que no venga usted, señora.

Ante esta información la respetable señora Corney masculló toda una serie de impropiedades contra las ancianas que no eran capaces ni de morir sin fastidiar a sus superiores de forma deliberada; se envolvió en un chal bien grueso que cogió apresuradamente, le rogó brevemente al invitado que esperase hasta que ella volviera,

a menos que ocurriese algo importante, y tras ordenarle a la mensajera que se diese prisa y no se quedase toda la noche cojeando escaleras arriba, salió tras ella de la habitación de mala gana, sin parar de refunfuñar.

El comportamiento del señor Bumble una vez se hubo quedado solo resultó bastante inexplicable. Abrió el armario, contó las cucharillas, sopesó las tenacillas para el azúcar, inspeccionó detenidamente una jarra de leche plateada con objeto de determinar si realmente era de ese metal; y una vez satisfecha su curiosidad con respecto a estos puntos, se caló del revés el sombrero de tres picos y se puso a bailar con gran solemnidad en torno a la mesa, a la cual dio cuatro vueltas. Después de actuar de esta forma tan extraordinaria, se quitó el sombrero de nuevo, se acomodó junto al fuego, de espaldas a él, y al parecer se dedicó a hacer un minucioso inventario mental de todo el mobiliario.

CAPÍTULO XXIV

De un tema pobre que, aunque breve, puede ser de importancia para la historia

No era inapropiada la mensajera de la muerte que había irrumpido en la quietud de la habitación de la matrona. Tenía el cuerpo encorvado por el peso de los años, padecía un ligero y continuo temblor en las extremidades y su rostro, distorsionado y balbuciente, semejaba más una caricatura grotesca de algún lápiz insensato que obra de la mano de la Naturaleza.

¡Pero, ay, son pocos los rostros creados por la Naturaleza para llenarnos de gozo con su belleza! Los padecimientos, las penas y el hambre del mundo alteran las facciones igual que alteran el corazón, y hasta que estas pasiones no mueren y dejan de dominar el cuerpo para siempre, las nubes de tormenta no se disipan y despejan así la superficie del cielo. Es un hecho común que el rostro de los difuntos, aunque rígido e inmóvil, recupera la expresión largo tiempo olvidada de la infancia que duerme, la mismísima mirada de los primeros años; y vuelve tan calmada, tan pacífica, que los que la conocieron en su infancia feliz se arrodillan sobrecogidos ante el féretro y ven al ángel bajado a la tierra.

La vieja caminó tambaleante por los pasillos y subió las escaleras rezongando frases ininteligibles a modo de respuesta a los reproches de su acompañante y, al fin, obligada a detenerse para tomar aliento, le dio la luz a ella e intentó seguirla como pudo, mientras la otra, más ágil, se encaminaba hacia la habitación de la enferma.

Más que habitación era una buhardilla, apenas iluminada con la tenue luz de una vela colocada en el extremo opuesto. Otra vieja la velaba junto al lecho, y el aprendiz de boticario de la parroquia estaba de pie frente a la chimenea, tallando un mondadientes de una pluma.

—Qué noche tan fría, señora Corney —dijo el joven, conforme entraba la matrona.

—Muy fría, sí señor —contestó la señora, con su tono más cortés, acompañado de una reverencia.

—Debería exigir mejor carbón a su proveedor —comentó el ayudante del boticario, partiendo un pedazo de carbón con el atizador oxidado—, esto no es de lo mejor para una noche tan fría.

—Lo elige la junta, señor —contestó la matrona—. Lo mínimo que podrían hacer es no dejarnos pasar frío, pues nuestros puestos ya son lo bastante duros.

Interrumpió la conversación un gemido de la enferma.

—¡Ah! —dijo el joven, volviendo la cabeza hacia la cama, dando la impresión de que casi se había olvidado de la paciente—. Está en las últimas, señora Corney.

—Sí, ¿verdad? —preguntó la matrona.

—Me sorprendería si durara un par de horas más —dijo el aprendiz de boticario, abstraído en la fabricación del mondadientes. Y continuó—: Ya le falla el organismo. ¿Está dormitando, vieja?

La nodriza se inclinó sobre la cama para asegurarse y afirmó con la cabeza.

—Pues entonces, si no arman jaleo es probable que así se vaya al otro mundo —dijo el joven—. Ponga la luz en el suelo..., así no le reflejará.

La acompañante hizo lo que le mandaban al tiempo que sacudía la cabeza dando a entender que la enferma no moriría tan fácilmente. Después recobró su puesto al lado de la otra cuidadora, que acababa de llegar. La matrona, con gesto impaciente, se envolvió en un chal y se sentó a los pies de la cama.

El aprendiz de boticario, una vez terminado el mondadientes, se plantó frente a la chimenea e hizo buen uso de él durante unos diez minutos, tras lo cual, y debido a que su aburrimiento iba en aumento, le deseó unas irónicas buenas noches a la señora Corney y se marchó de puntillas.

Pasado un rato de absoluto silencio, las cuidadoras se levantaron de sus sillas, se inclinaron hacia la chimenea y, extendiendo las palmas de las manos, buscaron el calor del fuego. La llama proyectaba una luz espectral sobre sus rostros ajados y daba un tinte terrorífico a su fealdad, y, en esa posición, empezaron a conversar en voz baja.

—¿Anny, querida, ha dicho algo más mientras yo no estaba? —preguntó la mensajera.

—Ni una palabra —contestó la otra—. Ha habido un momento en que se arañaba los brazos, pero le he sujetado las manos y en seguida se ha calmado. No le quedaba mucha fuerza, así es que no me ha resultado difícil inmovilizarla. No estoy tan débil para mi edad, aunque reciba la pensión parroquial..., no, no.

—¿Se ha bebido el vino caliente que dijo el médico que se tomara? —preguntó la primera.

—He intentado que se lo tragase —contestó la otra—, pero apretaba las mandíbulas y agarraba la taza con tanta fuerza que me las he visto moradas para quitársela. Así es que me lo he bebido yo, y me ha sentado la mar de bien.

Las dos arpías echaron una mirada cautelosa a su alrededor para asegurarse de que nadie las oía, se acercaron más al fuego y, acurrucadas como estaban, se rieron de buena gana.

—Mucho me temo —dijo la primera— que ella hubiera hecho lo mismo y luego se hubiese reído de ello.

—Ya lo creo —contestó la otra—, el humor no le faltaba. Cuántos cadáveres ha amortajado, tan bien hechos, tan blancos como la cera. Yo lo he visto con estos ojos viejos..., sí, y también los he tocado con estas manos viejas, que más de una vez la he ayudado.

Conforme hablaba, la vieja, exultante, agitó los dedos temblorosos a la altura de la cara, y después los hundió en el bolsillo y sacó una latita oxidada de rapé, de la que cogió unos granos y los depositó en la palma de la mano de su compañera, y unos cuantos más en la suya. Mientras tanto, la matrona, que había estado esperando con impaciencia que la enferma despertase, se reunió con ellas en la chimenea y preguntó con acritud que cuánto rato más debía esperar.

—No mucho, señora —respondió la segunda, mirándole a la cara—. A ninguna de nosotras nos hará esperar mucho la muerte. ¡Paciencia! ¡Paciencia! A todos nos llegará la hora antes de lo que quisiéramos.

—Cállate, vieja chocha —dijo la matrona severamente—. Tú, Martha, cuéntame. ¿Ha estado alguna vez como está ahora?

—Sí, bastantes —contestó la primera.

—Pero ya no volverá a estarlo —añadió la segunda—. Quiero decir, que solo volverá a despertar una vez más..., y créame, señora, que no durará mucho.

—Mucho o poco —dijo la matrona airosa—, no estaré yo cuando eso ocurra, y cuídense la dos de molestarme otra vez por cualquier tontería, que no es mi trabajo ver cómo se van muriendo todas las viejas de esta casa, ni ganas. ¡Ténganlo bien claro, brujas descaradas! Si me vuelven a tomar el pelo de este modo se van a acordar de mí, ¡se lo juro!

Ya estaba saliendo de la habitación cuando un grito de las dos mujeres le hizo volver la cabeza hacia donde ellas dirigían la mirada. La enferma se había incorporado y tenía los brazos extendidos hacia ellas.

—¿Quién anda ahí? —gritó con voz hueca.

—Calma, calma —dijo una de las mujeres inclinándose sobre ella—. Acuéstate, acuéstate.

—¡Cuando me vuelva a acostar ya no estaré viva! —dijo la mujer, forcejeando—. ¡Voy a contárselo! Acérquese..., más. Déjeme que le cuente algo al oído.

Asió a la matrona por el brazo y la hizo sentarse en una silla junto a la cama, y ya estaba a punto de empezar a hablar cuando vio a las otras dos viejas con ademán de escuchar ávidamente.

—Échelas de aquí —dijo la mujer soñolienta—. Rápido..., rápido.

Las dos viejas prorrumpieron a coro en mil lamentos declarando que la pobre mujer estaba tan ida que ni siquiera reconocía a sus mejores amigas y, mientras gritaban que nunca la abandonarían, la matrona las sacó de la habitación, cerró la puerta y volvió a los pies de la cama. Cuando se vieron fuera, las viejas cambiaron de actitud, y se pusieron a gritar a través del ojo de la cerradura que Sally, la enferma, estaba borracha; lo cual, en efecto, no era improbable, ya que además de la dosis de opio prescrita por el boticario, se encontraba bajo los efectos de la ginebra con agua que ellas mismas, de todo corazón, le habían administrado.

—¡Escúcheme! —dijo la enferma en voz alta, como si hiciera un gran esfuerzo por reavivar la última chispa de energía que le quedaba—. En esta misma habitación..., en esta misma cama..., atendí hace mucho tiempo a una jovencita que llegó a la casa con los pies abiertos y amoratados de tanto andar, y llenos de polvo y sangre. Dio a luz a un niño y murió. Déjeme que piense..., ¿en qué año fue?

—Y eso qué importa —dijo impaciente la matrona—. ¿Qué pasó con esa joven?

—Sí... —murmuró la enferma, volviendo a caer en su somnolencia anterior—, qué pasó... ¡Ya recuerdo! —gritó incorporándose bruscamente, con la cara congestionada y los ojos desorbitados—. ¡Le robé, eso es! Aún estaba caliente... ¡Le digo que aún estaba caliente cuando le robé!

—¿Qué le robó, por el amor de Dios? —gritó la matrona, como si fuera a pedir socorro.

—¡Eso! —respondió la mujer, poniéndole la mano en la boca a la matrona—. ¡Lo único que tenía! Necesitaba ropa para abrigarse y comida, pero se lo había guardado, y lo llevaba en el pecho. Era oro, ¡se lo juro!..., ¡juro del bueno, que le habría salvado la vida!

—¡Oro! —repitió la matrona, inclinándose un poco más sobre la enferma—. Continúe, continúe..., sí..., ¿qué pasó? ¿Quién era la madre?... ¿Cuándo sucedió?

—Me encargó que lo guardase —contestó la mujer con un gemido—, y se fió de mí por ser la única mujer que estaba allí. Se lo robé con el pensamiento en cuanto me lo enseñó, colgado del cuello, ¡y puede que yo sea culpable de la muerte del niño! ¡Le habrían tratado mejor si lo hubieran sabido todo!

—¿Saber el qué? —preguntó la otra—. ¡Habla!

—El niño se parecía tanto a su madre —divagaba la mujer, haciendo caso omiso de la pregunta—, que no podía ni mirarlo sin acordarme de ella. ¡Pobre chica!, ¡pobre chica!... Era tan joven, ¡tanto!... ¡Un corderito!... Espere, aún hay más que contar. No se lo he contando todo, ¿verdad que no?

—No, no —contestó la matrona, inclinando la cabeza para captar mejor las palabras, ya que cada vez se le apagaba más la voz a la enferma—. Dese prisa, o será demasiado tarde.

—La madre —dijo la mujer, haciendo un esfuerzo aún mayor—, la madre, en cuanto empezó a sentir la agonía de la muerte, me susurró al oído que, si su bebé nacía vivo y salía adelante, llegaría el día en el que no se avergonzaría de oír el nombre de su madre. Y juntando las manos delgadas, dijo: «¡Ay! ¡Dios mío, tanto si es niño como si es niña, no dejes que crezca sin amigos en este mundo de miserias, y apiádate de un pobre niño solo y desolado, abandonado a su merced!».

—¿Cómo se llama ese niño? —preguntó la matrona.

—Le pusieron Oliver —respondió la mujer, débilmente—. El oro que robé era...

—Sí, sí, ¿qué era? —gritó la otra.

La matrona estaba inclinada sobre la cama, ansiosa por escuchar la respuesta, pero instintivamente se retiró hacia atrás porque la enferma volvió a incorporarse lenta y rígidamente, se agarró del cubrecama con ambas manos, de su garganta salieron unos sonidos inarticulados y cayó sobre la cama sin vida.

—¡Se ha quedado tiesa! —dijo una de las dos viejas, entrando a la carrera tan pronto como la matrona abrió la puerta.

—Total, tanto hablar para no decir nada —comentó la matrona, marchándose tranquilamente.

Las dos viejas aparentemente estaban tan absortas preparándose para sus terribles obligaciones que no dieron respuesta alguna y, de este modo, se quedaron solas junto al cadáver.

CAPÍTULO XXV

Reaparecen Fagin y su banda

Mientras esta serie de acontecimientos acaecían en el hospicio, el señor Fagin estaba sentado en su guarida —la misma guarida de la que la chica había sacado a Oliver— y reflexionaba junto a un fuego débil y humeante. Tenía un fuelle apoyado en el regazo, con el que aparentemente había estado intentando avivar el fuego, pero se había quedado absorto en sus pensamientos, con los brazos sobre el fuelle, la barbilla apoyada en los pulgares y la mirada fija y abstraída en los morillos oxidados.

Detrás se encontraban sentados a la mesa el Lince, el señor Charles Bates y el señor Chitling, concentrados por completo en una partida de *whist*; el Lince hacía pareja con el muerto contra el señor Bates y el señor Chitling. El rostro del primero, peculiarmente inteligente, se volvía aún mucho más expresivo por estar tan pendiente del juego y tan atento a la mano del señor Chitling, a la que, siempre que se le brindaba la ocasión, le lanzaba un surtido de miradas concienzudas y sabiamente amoldaba su juego a lo observado en las cartas del vecino. Puesto que era una noche fría, el Lince llevaba puesto el sombrero, como solía hacer a menudo aun dentro de casa, y no soltaba la pipa de barro de entre los dientes si no era para buscar solaz en una jarra de litro de ginebra con agua que había en la mesa para uso y disfrute del grupo.

El señor Bates también estaba atento al juego, pero al ser de naturaleza más nerviosa que su hábil amigo, se podía observar que se aplicaba a la ginebra con agua con mayor frecuencia que su compañero y, lo que es más, se permitía hacer bromas y comentarios irrelevantes, todos impropios de los jugadores científicos de *whist*. De hecho, el Lince, abusando de su gran amistad, aprovechó más de una vez la ocasión para disertar gravemente sobre dichas impropiedades. El señor Bates se tomaba a bien todos estos reproches y se limitaba a pedirle a su amigo que se fuera a «freír espárragos», o a distraer carteras, o le salía con cualquier otra ocurrencia del mismo estilo, que provocaba gran admiración en la mente del señor Chitling. Es importante destacar que el señor Chitling y su compañero perdían sistemáticamente, circunstancia

que no solo no hacía enfadar al señor Bates, sino que parecía divertirlo locamente, ya que rompía a reír a mandíbula batiente al final de cada mano y afirmaba que nunca en su vida había jugado una partida tan divertida.

—*Rubber* —dijo el señor Chitling, poniendo cara larga al tener que sacar media corona del bolsillo del chaleco—. En mi vida he visto un tipo como tú, Jack; las ganas todas. Aunque tengamos buenas cartas, Charley y yo no podemos ganar con ellas.

No se sabe bien si fue el comentario o el tono lastimero en que lo hizo lo que divirtió a Charley Bates sobremanera, pero el caso es que su ataque de risa despertó al judío de sus pensamientos, y les preguntó qué pasaba.

—¿Que qué pasa, Fagin? —gritó Charley—. Ojalá hubiese visto la partida. Tommy Chitling no ha ganado ni un punto, y yo hacía pareja con él contra el Lince y el muerto.

—Claro, claro —respondió el judío, con una sonrisa burlona que daba a entender que sabía perfectamente por qué—. Prueba otra vez, Tom; prueba otra vez.

—Gracias, Fagin, pero yo no juego más —dijo el señor Chitling—. Ya he tenido bastante. Aquí el Lince tiene tal racha de suerte que no hay quien pueda con él.

—Ja, ja, querido —rió el judío—. Es que tienes que correr mucho para ganar al Lince.

—¡Correr, dice! —dijo Charley Bates—. Tienes que tener las piernas muy largas y además llevar un telescopio en cada ojo y unos prismáticos en el cogote para vencerle.

El señor Dawkins recibió dichos cumplidos con mucha filosofía y se ofreció a cortar la baraja por una carta de figura, a chelín el intento. Pero nadie aceptó el desafío, y como se le había apagado la pipa, se dispuso a entretenerse esbozando un plano de la prisión de Newgate en la mesa con la tiza que había utilizado para contar, silbando mientras tanto de un modo especialmente estridente.

—¡Pero qué aburrido eres, Tommy! —dijo el Lince, parando de repente tras un silencio prolongado y dirigiéndose al señor Chitling—. ¿Qué cree que está pensando, Fagin?

—Y yo qué sé, querido —contestó el judío, con aire distraído—. Estará pensando en el dinero que ha perdido... o en la casa de campo que acaba de abandonar, ¿eh? ¡Ja, ja! ¿Es eso, querido?

—¡Qué va! —interrumpió el Lince justo cuando el señor Chitling iba a responder—. ¿Tú qué dices, Charley?

—Yo diría —contestó el señor Bates con sonrisa burlona— que lo veo muy tierno con Betsy. ¡Mirad cómo se sonroja! ¡Si no lo veo, no lo creo! ¡Un enamorado! ¡Tommy Chitling está enamorado! ¡Oh, Fagin, Fagin, qué locura!

Abrumado por la idea de que el señor Chitling fuera víctima de una tierna pasión, el señor Bates se reclinó en el respaldo de la silla con tal fuerza que perdió el equilibrio y cayó de espaldas contra el suelo, donde, sin que el accidente le quitara la risa, se quedó tumbado hasta que se le pasó el ataque; entonces se incorporó y le entró otro.

—No le hagas caso, querido —dijo el judío haciéndole un guiño al señor Dawkins, y dándole al señor Bates una colleja reprobatoria con la boquilla del fuelle—. Betsy es muy buena chica. No te alejes de ella, Tom, no te alejes de ella.

—Pues resulta, Fagin —contestó el señor Chitling completamente ruborizado—, que no creo que eso sea asunto de nadie aquí presente.

—Y no lo es —contestó el judío—. Charley es un bocazas, pero no le hagas caso, querido, no le hagas caso. Betsy es muy buena chica. Haz lo que te diga, Tom, y harás fortuna.

—¡Si yo hago lo que me pide! —dijo el señor Chitling—. Si no hubiera seguido su consejo, no me habrían encarcelado. Pero a usted el negocio le salió bien, ¿verdad, Fagin? Total, ¿qué son seis semanas? Más tarde o más temprano te pillan... y ¿por qué no durante el invierno, cuando no apetece mucho salir a pasear? ¿Eh, Fagin?

—Ajá, por supuesto, querido —contestó el judío.

—Y seguro que no te importaría volver, ¿a que no, Tom? —preguntó el Lince, guiñándoles el ojo a Charley y al judío—. Si fuera por tu Bet, ¿verdad?

—¡Pues resulta que no! —gritó encolerizado Tom—. A ver, decidme quién podría decir otro tanto, ¿eh, Fagin?

—Nadie, querido —contestó el judío—, ni un alma, Tom. No creo que nadie fuera capaz de hacer eso excepto tú; ni uno ni medio, querido.

—Podría haberme librado si la hubiese delatado, ¿a que sí, Fagin? —le espetó enfadado el pobre inocentón—. Con una palabra habría bastado, ¿sí o no, Fagin?

—Tal y como lo cuentas, querido —respondió el judío.

—Pero no canté, ¿a que no, Fagin? —dijo el locuaz de Tom, haciendo una pregunta tras otra.

—No, no, claro que no, faltaría más —contestó el judío—; eres demasiado leal para eso..., demasiado leal, querido.

—Puede que sí que lo sea —replicó Tom, mirando alrededor—. Y si lo soy, ¿cuál es el motivo de las risas, eh, Fagin?

El judío, al percatarse de que el señor Chitling estaba muy alterado, se apresuró a asegurarle que nadie se estaba riendo de él y, para demostrar la seriedad de los acompañantes, hizo declarar al ofensor principal, el señor Bates, el cual, desafortunadamente, al abrir la boca para corroborar que nunca en la vida había estado más serio, no pudo evitar que se le escapara tal carcajada que el ofendido señor Chitling, sin mediar más preámbulos, cruzó corriendo la sala e intentó propinarle un puñetazo a su ofensor, quien, siendo hábil como era para escapar, lo esquivó tan oportunamente que el golpe alcanzó al judío en pleno pecho y le hizo tambalearse hasta apoyarse en la pared, y allí se quedó, jadeando, en tanto que el señor Chitling le miraba profundamente consternado.

—¡Escuchad! —alertó el Lince en ese momento—. He oído el timbre —dijo, y cogió la lámpara y subió sin hacer ruido las escaleras.

El timbre sonó de nuevo con impaciencia mientras dentro el grupo estaba a oscuras. Tras una breve pausa, el Lince apareció de nuevo y fue a susurrar algo al oído de Fagin.

—¿Qué? —gritó el judío—. ¿Solo?

El Lince afirmó con la cabeza, tapó la luz de la vela con la mano y, gesticulando, le hizo entender a Charley Bates que no era un buen momento para risas. Tras hacerle este favor, fijó su mirada en el rostro del judío, y esperó sus órdenes.

El viejo se mordió los dedos amarillentos y reflexionó unos segundos, con la agitación visible en su rostro, como si tuviera miedo de algo y temiese lo peor. Al fin, levantó la cabeza.

—¿Dónde está? —preguntó.

El Lince señaló hacia el piso superior e hizo un gesto interrogativo de salir de la habitación.

—Sí —contestó el judío a dicho gesto—, bájalo. ¡Chist! ¡A callar, Charley...! ¡Tom, silencio! ¡Fuera, fuera!

Charley Bates y su reciente antagonista acataron esta escueta orden de retirarse inmediatamente y sin rechistar. No se oía ni una palabra cuando el Lince bajó las escaleras con la luz en la mano, seguido de un hombre con un tosco blusón, quien, tras echar una rápida mirada a la sala, se quitó la bufanda que le ocultaba la parte inferior del rostro y se descubrieron los rasgos —ojerosos, sucios y sin afeitarse— del magnífico Toby Crackit.

—¿Cómo está, Fagin? —dijo el personaje, saludando con la cabeza al judío—. Toma, el Lince, mete la bufanda en el sombrero, donde yo la encuentre cuando me largue. ¡Eso es! ¡Serás un buen atracador antes que el viejo, chaval!

Y así hablando, se levantó el blusón, se lo enrolló a la altura del pecho y se acercó una silla a la chimenea, donde puso los pies sobre los hierros.

—Mira, Fagin —dijo señalando desconsolado la punta de sus botas—. No han visto ni gota de betún desde tú sabes cuándo, ni una pizca de tinte, ¡me cago en...! Pero no me mires así, hombre. Todo a su debido tiempo; además, yo no sé hablar de negocios con el estómago vacío, ni con la boca seca. Así es que, ¡saca las viandas y deja que me llene la barriga con calma, que no lo hago desde hace tres días!

El judío hizo una seña al Lince para que pusiera sobre la mesa toda cosa comestible que hubiese por allí y se sentó frente al ladrón a esperar a que se despachara.

Según todas las apariencias Toby no tenía ninguna prisa por empezar la conversación. Al principio, el judío se conformó con observarle pacientemente el rostro, como si fuera a darle pistas sobre las noticias que traía consigo, pero el esfuerzo fue en vano. Parecía cansado y exhausto, pero sus facciones reflejaban la misma

tranquilidad y satisfacción de siempre, y entre la suciedad, y la barba, y los bigotes, todavía se percibía la sonrisa de imperturbable suficiencia del magnífico Toby Crackit. Entonces, el judío, devorado por la impaciencia, se dedicó a observar cada uno de los bocados que este se introducía en la boca mientras iba de uno a otro lado de la sala sin poder contener los nervios. Pero eso tampoco surtió ningún efecto. Toby siguió comiendo con la más absoluta indiferencia hasta que no pudo más, y luego, tras mandar al Lince que se fuera, cerró la puerta, se sirvió un vaso de licor con agua y se acomodó para conversar.

—Antes que nada, Fagin —dijo Toby.

—¡Sí, sí! —interrumpió el judío acercando la silla.

El señor Crackit hizo una pausa para tomar un trago de su licor con agua y comentar que la ginebra era excelente, y acto seguido apoyó los pies sobre la repisa de la chimenea, de modo que las botas le quedaron a la altura de los ojos, y prosiguió tranquilamente.

—Antes que nada, Fagin —repitió el atracador—, ¿cómo está Bill?

—¿Qué? —gritó el judío, saltando de la silla.

—¿Cómo? No querrás decirme que... —dijo Toby palideciendo.

—¡Querrás decirme! —gritó el judío, golpeando furioso el suelo con los pies—. Pero, ¿dónde están...? Sikes y el chico... ¿Dónde está el chico...? ¿Y dónde han estado...? ¿Dónde se esconden...? ¿Y por qué no están aquí?

—El golpe no salió —dijo Toby en voz baja.

—Eso ya lo sé —contestó el judío, echándose mano al bolsillo y sacando un periódico—. ¿Y qué más?

—Dispararon y le dieron al niño. Nos largamos por los campos que hay detrás y lo llevábamos entre nosotros..., todo recto..., cruzando setos y cunetas. Nos persiguieron, ¡me cagüen...! Estaba todo el mundo despierto y teníamos a los perros encima.

—¡El niño! —exclamó el judío en un grito sofocado.

—Bill lo llevaba a hombros y corría como el viento. Paramos para cogerlo entre los dos; la cabeza le colgaba y estaba frío. ¡Nos pisaban los talones y aquello fue sálvese quien pueda y que no nos pille la horca! Nos separamos y dejamos al chaval tendido en una cuneta. Vivo o muerto, ya no sé nada más de él.

El judío no esperó a oír ni una palabra más, sino que soltando un alarido y mesándose los cabellos, salió corriendo de la habitación y de la casa.

CAPÍTULO XXVI

En el que entra en escena un misterioso personaje y ocurren muchas cosas directamente relacionadas con esta historia

El viejo había llegado ya a la esquina de la calle sin que hubiera comenzado aún a reponerse de los efectos que le produjeran las noticias de Toby Crackit. Pero no por ello había aflojado su rápida marcha, sino que continuó avanzando igual de alocada y desordenadamente, cuando de pronto el inesperado y vertiginoso paso de un carruaje, y los estrepitosos gritos de los viandantes al verlo en peligro, le hicieron retroceder a la acera. Miró rápidamente a su alrededor, como inseguro de adónde se dirigía con tanta prisa, se detuvo un momento y giró en la dirección contraria a la que se había dirigido momentos antes. Rehuyendo en lo posible las calles principales y deslizándose solo por pasadizos y callejuelas, fue a parar a Snow Hill. Allí todavía aceleró más su paso y no lo cambió hasta entrar en una calle donde, presintiendo que se hallaba ya en su elemento, adoptó su manera habitual de andar, arrastrando los pies, y respiró con más libertad.

No muy lejos, donde se cruzan Snow Hill y Holborn Hill, a la derecha según se sale de la ciudad, se abre una estrecha y lúgubre callejuela que conduce a Saffron Hill. En sus pestilentes tiendas se exponen a la venta enormes montones de pañuelos de seda de segunda mano y de todos los tamaños, colores y dibujos, pues es aquí donde se asientan los mercachifles que se los compran a los rateros. Estos pañuelos se cuelgan a centenares de las perchas colocadas fuera de los escaparates o flamean de los quicios de las puertas, y los mostradores del interior también están repletos de ellos. En los estrechos límites de Field Lane hay también una barbería, un café, una cervecería y una tienda de pescado frito. Aquello es una auténtica colonia comercial, el emporio de la ratería, visitada por la mañana temprano y al caer la tarde por los silenciosos mercaderes que trafican en las sombrías trastiendas y que desaparecen tan extrañamente como llegaron allí. En semejante lugar, exponen sus mercancías el trapero, el zapatero remendón y el prendero, como muestras que sirven de guía al ladronzuelo, y grandes cantidades de chatarra y de huesos, junto a inmensos

montones de retales de telas apolilladas, se enmohecen y se pudren en los mugrientos sótanos.

Este es el lugar adonde llegó el judío. Los pálidos moradores de la calleja le conocían a la perfección; aquellos que estaban a la espera de la próxima compra o venta le saludaron con familiaridad al pasar con un movimiento de cabeza. A estas muestras de amistad contestó el viejo de igual forma, sin concederles mayor atención, hasta que llegó al otro extremo del callejón, donde se detuvo a conversar con un vendedor de pequeña estatura que se había comprimido hasta la exageración para poder sentarse en una silla de niño a la puerta del almacén.

—¡Caramba, señor Fagin! ¡Dichosos los ojos que lo ven! —exclamó el respetable comerciante contestando al saludo del judío mientras fumaba su pipa.

—El vecindario estaba demasiado alborotado, Lively —dijo Fagin, alzando las cejas y cruzando las manos sobre los hombros.

—Bueno, Fagin, ya sabe que no es la primera vez que ocurre tal cosa —respondió el comerciante—, y que no tarda mucho en apaciguarse todo de nuevo, ¿no cree usted?

Fagin hizo un movimiento de cabeza afirmativo y, señalando en dirección a Saffron Hill, preguntó si había alguien allá arriba aquella noche.

—¿En Los Cojos? —preguntó el hombre.

El judío asintió.

—Déjeme pensar —añadió el comerciante, reflexionando—. Sí, que yo sepa han entrado una media docena, pero no creo que esté ahí el amigo que busca, señor Fagin.

—¿Y supongo que Sikes no estará? —preguntó el judío un tanto desconcertado.

—*Non istwentus*, como dicen los abogados —respondió el hombrecillo, moviendo la cabeza con taimada expresión—. ¿No tiene nada para mí esta noche?

—Esta noche, nada... —contestó el judío, volviéndose de espaldas.

—¿Es que desea subir a Los Cojos, Fagin? —le gritó el hombrecillo, llamándole—. En tal caso, espéreme, pues no me importaría tomar un trago allí con usted.

Pero como el judío, volviendo la cabeza, le hiciera un gesto con la mano para indicarle que prefería ir solo, además de que el hombrecillo no podía desprenderse con facilidad de su silla, el establecimiento de Los Cojos se vio privado por un rato de la presencia del señor Lively. Cuando quiso ponerse en pie, el judío ya había desaparecido. En vista de ello, y después de ponerse inútilmente de puntillas con la esperanza de poder divisarle, el comerciante se embutió de nuevo en su sillita y, cruzando un movimiento de cabeza con la dama de la tienda de enfrente, en el que se mezclaban evidentemente la duda y la desconfianza, volvió a su pipa con gesto de pensativa gravedad.

Los Tres Cojos, o mejor dicho, Los Cojos, que era el nombre con el que generalmente los clientes conocían el establecimiento, era la taberna en la que ya vimos con anterioridad al señor Sikes y a su perro. Haciendo una seña al hombre que se encontraba en el mostrador, Fagin se encaminó sin detenerse escaleras arriba hacia la puerta de una habitación, por la que se deslizó sigilosamente, mirando con ansiedad a su alrededor como buscando a determinada persona.

La estancia se hallaba iluminada por dos lámparas de gas, cuyo resplandor no era visible desde fuera debido a que los postigos estaban atrancados y las cortinas, de un rojo desvaído, corridas para que no se viese nada desde fuera. El techo estaba ennegrecido, a fin de que el llamear de las lámparas no estropease su color, y el lugar estaba tan lleno de espeso humo de tabaco que en un principio apenas si era posible distinguir ninguna otra cosa. Sin embargo, poco a poco, al evaporarse parte de la neblina por la puerta abierta, Fagin pudo entrever un conjunto de cabezas, tan confuso como el rumor que llegaba hasta sus oídos, y a medida que su vista fue acostumbrándose al lugar, el visitante fue percibiendo gradualmente la presencia de una numerosa clientela de uno y otro sexo, congregada en torno a una mesa a cuya cabecera se sentaba el presidente, con el martillo propio del cargo en la mano, y en un lejano rincón, delante de un piano de sonido metálico, podía verse a un experto artista, de nariz amoratada y con el rostro vendado para aliviar el dolor de muelas que sufría.

Al entrar Fagin silenciosamente en la estancia, el experto caballero pasaba sus dedos por las teclas, a modo de preludeo, lo que dio lugar a una exclamación general pidiéndole una canción más. Una vez que el bullicio se hubo calmado, una joven se prestó a divertir a la concurrencia con una balada de cuatro estrofas, entre las cuales su acompañante interpretaba la melodía todo lo alto que podía. Una vez terminada la actuación, el presidente propuso un brindis, tras el cual los artistas a derecha e izquierda se ofrecieron a cantar a dúo, por lo que recibieron el aplauso de toda la concurrencia.

Era curioso observar algunos rostros que destacaban entre el conjunto. Estaba el propio presidente, dueño del establecimiento, un individuo tosco, grosero, de fuerte constitución que, mientras los demás entonaban sus canciones, hacía girar los ojos de un lado a otro y parecía entregarse a la jovialidad, pero no se le escapaba nada de lo que sucedía a su alrededor y prestaba oídos también a todo cuanto se decía, con gran agudeza. A su lado se hallaban los cantantes, quienes recibían con indiferencia profesional los cumplidos de la reunión, y se aplicaban uno tras otro a los vasos de agua con licor que les ofrecían sus más clamorosos admiradores, cuyos rostros, expresión de casi todos los vicios en casi todos sus grados, llamaban indefectiblemente la atención por su repulsivo aspecto. La malicia, la ferocidad y la embriaguez se hallaban allí presentes en todas sus facetas y, en lo que respecta a las

mujeres, en algunas casi se podía observar cómo se esfumaba el último tinte de su primitiva frescura, mientras que otras tenían ya completamente borradas todas las marcas y señales de su sexo, y no presentaban más que un odioso vacío de inmoralidad y crimen. Unas eran apenas niñas, otras se hallaban en plena juventud, pero ninguna podía decirse que hubiera traspasado los límites de la primavera de su vida, y en conjunto formaban la parte más sombría y triste de aquel espantoso cuadro.

Fagin, sin embargo, no experimentó ninguna emoción ante tal espectáculo, sino que más bien se dedicó a pasear ávidamente la mirada de uno a otro semblante, sin encontrar al parecer lo que buscaba. Al fin consiguió cruzar una mirada con el individuo que ocupaba la presidencia y, tras hacerle una leve señal, salió de la estancia tan silenciosamente como había entrado.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Fagin? —preguntó en voz baja el hombre en el rellano—. ¿Es que no desea acompañarnos? Todos estarán encantados.

El judío negó con la cabeza y dijo en voz baja:

—¿Está él ahí?

—No —respondió el hombre.

—Y de Barney, ¿no hay noticias tampoco? —preguntó Fagin.

—Tampoco —contestó el propietario de Los Cojos, pues de él se trataba—. Estoy seguro de que no se moverá hasta que todo esté tranquilo. Lo más seguro es que allá estén sobre la pista, y si se moviese lo descubriría todo en seguida. Seguro que Barney está bien, pues de lo contrario ya habría tenido noticias. Sí, apuesto lo que quiera a que Barney sabrá salir del paso... Ya lo verá.

—¿Pero él vendrá esta noche? —preguntó el judío, subrayando el pronombre con el mismo énfasis de antes.

—¿Se refiere usted a Monks? —preguntó el dueño del establecimiento con cierta vacilación.

—¡Chist! —exclamó el judío—. Sí, a él me refiero.

—Estoy seguro —respondió el hombre sacando un reloj de oro de su faltriquera—. Creí que vendría antes. Si quiere esperar tan solo diez minutos...

—No, no... —contestó el judío vivamente, como si, por muy ansioso que estuviera de ver a la persona en cuestión, su ausencia le aliviara—. Dígale que he venido a verle y que venga a mi casa esta misma noche... No, mejor que venga mañana. Sí, mañana será mucho mejor.

—¡De acuerdo! —dijo el hombre—. ¿No quiere que le diga nada más?

—Por el momento, no... —dijo el judío, descendiendo las escaleras.

—Y digo yo —añadió el otro, asomándose por la barandilla con un susurro ronco—, estaba pensando que podría ser un buen momento para hacer negocios... Ahí dentro tengo a Phil Barker, y está tan borracho que podría engañarle un chiquillo.

—¡Ah, sí! Pero a Phil Barker no le ha llegado todavía su hora —contestó el judío, levantando la vista—. Phil tiene aún muchas cosas que hacer antes de que nos deshagamos de él... Por lo tanto, regrese a la reunión, amigo mío, y dígales a todos que disfruten de la vida... *mientras les dure*. ¡Ja, ja, ja!

El dueño del establecimiento se hizo eco de la risa del viejo y regresó con sus invitados. Tan pronto como el judío se encontró solo, su rostro recobró la expresión de angustia y preocupación. Después de reflexionar un momento llamó a un coche y ordenó que lo condujesen hasta Bethnal Green, se despidió a medio kilómetro de donde vivía el señor Sikes e hizo el resto del camino a pie.

—Bueno, por muy lista que seas, querida Nancy —musitó el judío mientras llamaba a la puerta—, si estáis tramando algo, ten por seguro que conseguiré sacártelo.

La mujer que abrió la puerta le dijo que la muchacha se encontraba en su habitación. Fagin subió las escaleras sigilosamente y entró sin previo aviso. La joven se encontraba sola, con la cabeza apoyada en la mesa y con los cabellos desparramados.

«Ha estado bebiendo —pensó el judío fríamente—, o tal vez sea que se siente angustiada.»

El viejo se volvió para cerrar la puerta mientras se hacía esta reflexión, y el ruido que hizo fue lo que espabiló a la muchacha. Ella miró fijamente su taimado rostro, mientras le preguntaba si él sabía algo, y a continuación escuchó el relato que el viejo le contó sobre lo que le refiriera Toby Crackit. Una vez hubo terminado, la muchacha volvió a quedar sumida en su actitud anterior sin pronunciar ni una sola palabra. Apartó con impaciencia la vela y, una o dos veces, al cambiar excitada de postura, arrastró los pies sobre el suelo. Pero eso fue todo.

Durante este silencio, el judío miró intranquilo alrededor de la habitación, como para cerciorarse de que Sikes no hubiese regresado inadvertidamente. Quedando al parecer satisfecho de su inspección, tosió dos o tres veces e hizo otros tantos esfuerzos por entablar conversación con Nancy, pero la joven le hacía el mismo caso que si hubiese sido una estatua. Por último, lo intentó de nuevo y, frotándose las manos, dijo de la manera más propiciatoria que pudo:

—Y tú, querida, ¿dónde crees que puede encontrarse Bill en estos momentos?

La muchacha musitó algo apenas perceptible, como que no lo sabía, y, por el sonido entrecortado que dejaba escapar, parecía que lloraba.

—Y además, el muchacho —añadió el judío, forzando la vista para observar su rostro—. ¡Pobrecito! ¡Abandonado en una cuneta, Nancy! ¡Fíjate!

—El muchacho —respondió entonces la joven, alzando la mirada— estará mejor donde se encuentre que con nosotros..., y si no ha de pasarle nada malo a Bill por su causa, ojalá que haya muerto en la cuneta y se pudran allí sus pobres huesos.

—¡Cómo...! —exclamó el judío asombrado.

—Sí, como lo oye —replicó la muchacha, sosteniéndole la mirada—. Me alegraré de quitármelo de en medio y de saber que lo peor ha pasado. No puedo soportar verlo a mi lado, su presencia me lleva a revolverme contra mí misma y contra todos.

—¡Bah! —exclamó el judío con desdén—. ¡Estás borracha, chica!

—¿No me diga? —exclamó la muchacha con amargura—. Pues si no lo estoy, no será culpa suya. Así es como querría usted que estuviera siempre, si de usted dependiese, salvo en momentos como el presente... No se encuentra de buen humor, ¿verdad?

—¡No! —contestó el judío furioso—. ¡Pues claro que no!

—En ese caso, ¿por qué no cambia? —exclamó la muchacha, soltando una carcajada.

—¡Cambiar...! —exclamó el judío, exasperado por la inesperada obstinación de su interlocutora y por todas las vejaciones de aquella noche—. ¡Ya lo creo que voy a cambiar! ¡Escúchame, perra! ¡Escúchame bien! Piensa que, con solo pronunciar dos palabras, puedo estrangular a Sikes, tan seguro como si su cuello de toro estuviera entre mis manos. Si vuelve sin ese chico, si logra escapar y no me lo devuelve vivo o muerto, asesínale tú misma si quieres librarle de la horca, y hazlo en cuanto lo veas, porque, de lo contrario, te advierto que será demasiado tarde.

—¿Y a qué viene todo eso? —exclamó la muchacha un tanto involuntariamente.

—¿Y me preguntas que a qué viene todo esto? —repitió Fagin, loco de rabia—. Pues a que si hay un chico que puede valerme centenares de libras, ¿voy a perder la oportunidad de conseguirlas de forma segura por el simple capricho de una partida de borrachos, de cuyas vidas puedo deshacerme de un plumazo? ¿Es que piensas que voy a permanecer yo atado a un hijo de Satanás, a quien solo le falta la voluntad, pero que tiene poder para... para...?

El viejo, falto de aliento y balbuceante, luchaba por encontrar la palabra más adecuada para terminar su frase, pero, en ese momento, contuvo el torrente de su cólera y modificó por completo su comportamiento. Un momento antes, sus manos crispadas atrapaban el aire, con los ojos desorbitados y el rostro lívido de ira, pero ahora se acurrucaba en una silla y temblaba del miedo de haber revelado alguna ruindad oculta. Después de un breve silencio, se atrevió a volver la cara hacia su interlocutora, y se tranquilizó algo al contemplarla en la misma actitud de indiferencia con que la encontrara al llegar.

—¡Nancy, querida! —graznó el judío con su voz de siempre—. No me habrás tomado en serio, ¿verdad?

—¡No me moleste más, Fagin, por favor! —respondió la muchacha, alzando la cabeza con languidez—. Si a Bill no le ha salido bien esta vez, ya le saldrá mejor en otra ocasión. Al fin y al cabo, ha hecho muy buenos trabajos para usted y hará muchos

más cuando pueda, pero cuando no le sea posible no los hará. ¡Así que no hablemos más del tema!

—¿Y qué me dices del muchacho, querida? —preguntó el judío, frotándose las palmas de las manos con gran nerviosismo.

—El muchacho debe arriesgarse igual que los demás —dijo Nancy con viveza—. Ya le repito que ojalá se haya muerto, porque solo así se habrá librado de que le ocurra algo, y de usted...; siempre y cuando a Bill no le haya pasado nada malo. Y si Toby ha logrado escapar, seguro que Bill también lo habrá conseguido, ya que vale por lo menos el doble que él.

—¿Y qué hay de lo que te dije, querida Nancy? —observó el judío sin apartar sus relucientes ojos de la muchacha.

—Pues que tendrá que repetírmelo, si desea que haga algo —respondió Nancy—. Aunque, en tal caso, creo que sería mejor que lo dejara para mañana. Por un momento ha hecho que me espabilara, pero ahora tengo la cabeza embotada otra vez.

Fagin le hizo otras preguntas varias, todas ellas con el propósito de averiguar si la joven se había dado cuenta de sus indiscretas insinuaciones, pero ella las contestó con tal presteza y, por otra parte, soportaba tan impávida sus inquisitivas miradas, que el judío vio confirmada su primera impresión de que se encontraba más que bebida. La verdad es que Nancy no se libraba del vicio del alcohol, común por lo demás a todos los discípulos femeninos del judío, ya que desde sus más tiernos años se les incitaba a él. Su aspecto descompuesto y el olor a ginebra que invadía toda la estancia eran pruebas suficientemente claras de lo cierto de la suposición de Fagin. Después de aquel momentáneo acceso de violencia ya descrito, quedó sumida primero en la somnolencia y luego en una mezcla de sentimientos bajo cuya influencia derramó algunas lágrimas durante un minuto y, al minuto siguiente, pronunció varias exclamaciones de «¡Nunca nos rendiremos!» y cálculos diversos sobre las posibilidades de que una dama o un caballero puedan ser felices. Entonces el señor Fagin, que había tenido en sus tiempos gran experiencia en estos asuntos, comprendió con gran satisfacción que la muchacha estaba realmente ebria.

Con su espíritu mucho más tranquilizado a causa de este descubrimiento, y una vez cumplido su doble objetivo de comunicar a la muchacha lo que aquella noche había oído y de cerciorarse con sus propios ojos de que Sikes no había regresado, el señor Fagin volvió a su casa, dejando a su joven amiga dormida con la cabeza apoyada sobre la mesa.

Era la una de la madrugada, y la oscuridad de la noche y el intenso frío no invitaban a deambular por las calles. El viento gélido que barría las calles parecía haberlas limpiado de viandantes, como si se hubiera tratado de polvo o barro, puesto que eran muy pocos los que circulaban, y aun estos lo hacían apresuradamente, deseosos sin duda de llegar a sus hogares. Pero el viento soplaba en la dirección del judío, que

avanzaba tembloroso y con paso vacilante, ya que cada nueva ráfaga le impulsaba con fuerza incontenible hacia su destino.

Había llegado a la esquina de la calle donde se encontraba su casa, y rebuscaba en el bolsillo la llave de la puerta, cuando una oscura figura surgió de un zaguán sumido en la oscuridad y, cruzando la calzada, se deslizó sigilosa junto a él.

—¡Fagin! —murmuró una voz junto a su oído.

—¡Ah! —exclamó el judío, volviéndose con rapidez—. ¿Es...?

—¡Sí! —interrumpió el desconocido—. Llevo dos horas esperándole. ¿Dónde demonios se ha metido?

—Ocupado en su asunto, amigo mío —respondió el judío, mirando con recelo a su compañero y aflojando el paso mientras hablaba—. Ocupado toda la noche en su asunto...

—¡Ah, comprendo! —dijo el desconocido con cierto sarcasmo—. ¿Y qué ha sacado en consecuencia?

—¡Nada bueno! —contestó el judío.

—Pero tampoco nada malo, supongo... —replicó el desconocido, deteniéndose bruscamente y lanzando una mirada de alarma a su acompañante.

El judío negó con la cabeza y estaba a punto de contestar cuando el desconocido, interrumpiéndole de nuevo, avanzó hacia la casa, ante la cual ya habían llegado, y le advirtió que sería mejor que le dijese lo que tenía que comunicarle a cubierto, puesto que se le había helado hasta la sangre de estar tanto tiempo de pie y el viento lo había atravesado.

Fagin parecía deseoso de excusarse de llevar una visita a casa a aquellas horas tan intempestivas y murmuró que no tenía fuego, pero su compañero repitió su deseo de manera tan perentoria que abrió la puerta y, una vez dentro, le rogó que cerrase despacio mientras buscaba una luz.

—Esto parece una tumba de tan oscuro que está... —dijo el desconocido, avanzando a tientas—. Vamos, dese prisa, detesto esta situación.

—¡Ya puede cerrar la puerta! —musitó Fagin desde el otro lado del pasillo. Y mientras pronunciaba estas palabras, la puerta se cerró con gran estrépito.

—No he sido yo —dijo el otro, avanzando a tientas—. La ha cerrado el viento, o se ha cerrado ella sola, una de dos. Y por favor, venga en seguida con una luz, si no quiere que me rompa la cabeza contra algo en este condenado agujero.

Fagin bajó con sigilo la escalera de la cocina y, tras una breve ausencia, regresó con una vela encendida y con la noticia de que Toby Crackit dormía en la habitación trasera de abajo, y que los muchachos lo hacían en la de delante. Le hizo señas al visitante para que le siguiera, e inició la marcha escaleras arriba.

—Aquí podremos decir lo poco que tengamos que contarnos, querido amigo —dijo el judío, abriendo de un empujón una puerta del primer piso—, pero como los

postigos tienen agujeros y jamás dejamos que los vecinos vean luz en la casa, pondremos la vela en la escalera. ¡Venga!

Y diciendo esto, el judío se agachó para colocar la vela sobre el último tramo de la escalera, precisamente frente a la puerta de la habitación, y entró en aquel cuarto desprovisto de todo mobiliario, a excepción de un desvencijado sillón y un viejo diván o sofá sin tapizar que había detrás de la puerta. Allí fue donde se sentó el desconocido con aire de gran cansancio. El judío acercó su sillón y se sentaron frente a frente. La oscuridad no era total, ya que la puerta había quedado entreabierta y la vela del exterior arrojaba un débil resplandor sobre la pared de enfrente.

Durante un rato hablaron en voz baja y, aun cuando de la conversación no se percibían más que algunas palabras sueltas de vez en cuando, cualquiera habría podido advertir que Fagin se defendía, al parecer, de ciertas imputaciones que le hacía el desconocido, así como que este era presa de una gran excitación. Llevarían hablando al menos un cuarto de hora cuando Monks —nombre con el que designara varias veces el judío al desconocido en el curso de su conversación—, alzando un poco más la voz, dijo:

—Le repito que estuvo mal planeado. ¿Por qué no lo retuvo aquí con los demás para hacer de él un consumado ratero lo más rápido posible?

—¡Las cosas que hay que oír! —exclamó el judío, encogiéndose de hombros.

—¡Vamos, Fagin! ¿Quiere decirme que no podía haberlo hecho, si hubiera querido? —preguntó Monks con aspereza—. ¿Acaso no es lo que ha hecho con otros chicos docenas de veces? Si hubiese tenido paciencia, en un año, como mucho, ¿no lo hubiera tenido ya convicto y deportado del reino, quizá para toda la vida?

—¿A quién le hubiera convenido eso, amigo mío? —preguntó el judío, con gesto de humildad.

—A mí —replicó Monks.

—Pero no a mí —repuso el judío en tono sumiso—. Cuando existen dos partes en un contrato, lo lógico es que se atienda a los intereses de ambas. ¿No es así, mi buen amigo?

—¿Y qué? —preguntó Monks malhumorado.

—Comprendí en seguida que no sería fácil enseñarle la profesión a ese muchacho —replicó el judío—. No era como los demás chicos en las mismas circunstancias.

—¡Maldita sea, claro que no! —murmuró el hombre—. De lo contrario, hace tiempo que hubiera sido un ratero como sus compañeros.

—No ejercía sobre él el dominio necesario para pervertirlo —prosiguió el judío, observando con avidez el rostro de su interlocutor—. No estaba preparado, y yo no sabía cómo coaccionarlo, que es lo que se hace siempre en un principio, ya que de lo contrario es como esforzarse en vano. ¿Qué podía hacer yo? ¿Mandararlo a la calle con

el Lince y Charley? Ya tuvimos bastante de eso al principio, amigo... Se me ponen los pelos de punta de pensarlo.

—Eso no tuvo nada que ver conmigo —observó Monks.

—¡No, no, amigo mío! —insistió el judío—. Y no es que me queje ahora, porque, de no haber ocurrido así, puede que no hubiera conocido al muchacho ni se hubiera fijado en él, descubriendo así que era el que buscaba. Pues bien, fue por su causa por lo que le hice volver con la colaboración de la muchacha, y ahora resulta que es *ella* quien empieza a ayudarlo.

—¡Pues estrangule a esa joven! —gritó Monks, impaciente.

—En este momento no nos lo podemos permitir, mi querido amigo —respondió el judío con una sonrisa—, aparte de que esa no es nuestra manera de proceder; de lo contrario lo hubiese hecho con mucho gusto hace unos días. Sé muy bien qué clase de jóvenes son esas, Monks. Tan pronto como el chico comience a curtirse en el oficio, a ella le importará un rábano. Usted desea que se convierta en un ladronzuelo: pues bien, si está todavía con vida, conseguiré que sea uno de ellos a partir de ahora —dijo el judío, acercándose aún más a su interlocutor—; y si..., ojo, no es probable..., pero si ha sucedido lo peor y ha muerto...

—¡No tendré yo la culpa si ese es el caso! —interrumpió el hombre con una dura mirada, mientras lo cogía del brazo con mano temblorosa—. ¡Acuérdese bien de esto, Fagin! Yo no he tenido arte ni parte en todo esto. ¡Todo menos su muerte! ¡Se lo advertí desde un principio! No quiero derramar sangre. Siempre acaba por descubrirse, además de que es algo que le persigue a uno. Si le pegan un tiro, yo no quiero saber nada de nada, ¿me oye, Fagin? ¡Maldita sea esta cueva infernal! ¿Qué es eso?

—¿El qué? —exclamó el judío, rodeando el cuerpo del cobarde con ambos brazos cuando este se levantó de un salto—. ¿Dónde?

—¡Allí! —respondió el hombre, señalando con los ojos la pared de enfrente—. ¡La sombra! ¡He visto la sombra de una mujer que vestía manto y sombrero cruzando el zócalo como un soplo!

El judío lo soltó y salieron precipitadamente del cuarto. La vela, consumida por la corriente de aire, permanecía en el mismo sitio que la colocaran, y ahora mostraba la escalera vacía y sus rostros pálidos. Escucharon con atención, pero reinaba en toda la casa el más profundo silencio.

—¡Creo que son imaginaciones tuyas! —comentó el judío, alzando la luz y volviéndose hacia su compañero.

—¡Juraría que la he visto! —respondió Monks, temblando—. Cuando la vi por primera vez, estaba inclinada, y en cuanto comencé a hablar... huyó a toda prisa.

El judío dirigió una mirada de desprecio al pálido rostro de su cómplice y, diciéndole que le siguiera si le parecía bien, subió escaleras arriba. Miraron en todas

las habitaciones, que estaban frías, totalmente desnudas y vacías. Descendieron al pasadizo y desde allí a los sótanos. Un moho verde cubría las paredes más bajas y, a la luz de la vela, relucían las huellas que dejaban los caracoles a su paso, pero todo se hallaba inmerso en un silencio mortal.

—¿Qué opina ahora, querido amigo? —preguntó el judío cuando volvieron al pasillo—. No hay ni un alma en toda la casa, aparte de Toby y los muchachos. ¡Pero estos están bien seguros! ¡Venga y podrá comprobarlo!

Y como prueba de ello, el judío se sacó dos llaves del bolsillo y explicó que, al bajar por primera vez, los había encerrado ya para evitar cualquier intromisión en el curso de la conversación.

Este cúmulo de pruebas asombró al señor Monks y sus quejas fueron haciéndose cada vez menos vehementes a medida que avanzaban en su búsqueda sin encontrar nada en absoluto. Finalmente dio rienda suelta a varias carcajadas horrendas y reconoció la posibilidad de que todo aquello solo hubiera sido producto de su exaltada imaginación. No obstante se abstuvo de reanudar su conversación por aquella noche, al recordar de repente que era ya más de la una, y así fue como la amigable pareja se separó.

CAPÍTULO XXVII

Que repasa la descortesía cometida en un capítulo anterior, en el que se dejó plantada a una dama sin la menor explicación

Como en modo alguno resultaría propio de un humilde escritor hacer esperar hasta que a él le viniera en gana a un personaje tan distinguido como lo es un pertiguero, de espaldas a la chimenea y con los faldones del abrigo remangados bajo el brazo, y como todavía resultaría más impropio de su condición o de su galantería el hecho de proceder con la misma negligencia respecto a la dama que era objeto del afecto y las atenciones de dicho pertiguero, y en cuyo oído había susurrado tan alto personaje palabras tan tiernas que muy bien podrían hacer estremecer el pecho de cualquier dama, ya fuera doncella o matrona, el fiel narrador cuya pluma traza estas líneas, sabedor del alcance de sus responsabilidades, y puesto que abriga una lógica veneración hacia aquellos a los que aquí en la tierra les ha sido encomendada tan alta e importante autoridad, se apresura a rendirles el respeto debido a su posición, y a tratarlos con toda la solemnidad que su elevado rango y, en consecuencia, sus grandes virtudes, reclaman imperiosamente de sus manos. Precisamente con tal fin, se había propuesto incluir seguidamente una disertación en torno al derecho divino de los pertigueros, esclarecedora del punto de vista que presupone la infalibilidad de un pertiguero, algo que sin duda hubiera agradecido y sabido aprovechar el juicioso lector, mas lamentablemente se ve obligado, por falta de tiempo y espacio, a postergarla hasta mejor ocasión, en cuyo momento estará dispuesto a demostrar que un pertiguero como Dios manda, es decir, un pertiguero de parroquia adscrito al hospicio parroquial, está dotado, en virtud de sus funciones, de todas las excelencias y de las mejores cualidades del género humano, y eso es algo a lo que nunca podrían aspirar, ni por asomo, los pertigueros de sucursales, los de tribunales, o incluso los de capilla (salvo quizá estos últimos, pero siempre en grado inferior).

Así pues, el señor Bumble había hecho recuento de las cucharillas de té, pesado y repesado las tenacillas del azúcar, sometido a cuidadosa inspección el cacillo de la leche y comprobado el estado exacto del mobiliario hasta el mismísimo tapizado de

las sillas, procesos que había repetido cuidadosamente ni más ni menos que una media docena de veces, antes de haberse parado a pensar que la señora Corney podría estar al llegar. Y como una idea conduce a otra, y no parecía oírse a la señora Corney regresar, al señor Bumble se le ocurrió que no había modo más virtuoso e inocente de pasar el tiempo que terminar de satisfacer su curiosidad mediante un somero vistazo al interior de la cómoda de su anfitriona.

De modo que, tras pegar el oído al ojo de la cerradura para cerciorarse de que por allí no se aproximaba nadie, el señor Bumble procedió a la inspección de los contenidos de los tres cajones, comenzando por los de la parte inferior, que, bien provistos de variadas prendas y efectos en buen estado, cuidadosamente dispuestos entre dos capas de papel de periódico perfumadas con lavanda seca, parecieron proporcionarle la mayor satisfacción. Cuando llegó, a su debido tiempo, al cajón de la esquina derecha (en el que estaba la llave), y observó en su interior una cajita de caudales que, al agitarla, emitió un sugerente sonido similar al tintineo de monedas, el señor Bumble volvió con paso gallardo junto a la chimenea y, retomando su anterior actitud, dijo con aire compuesto y resolutivo: «Estoy decidido». A tan singular declaración siguieron diez minutos de jocosas sacudidas de cabeza, como si se reprochara a sí mismo ser tan templado galán, y a continuación se quedó contemplándose el perfil de las pantorrillas con evidente satisfacción.

Todavía se encontraba entregado plácidamente a esta última tarea de inspección, cuando la señora Corney entró, muy apurada, en la estancia, se dejó caer muy sofocada sobre una silla junto a la chimenea y, cubriéndose los ojos con una mano, se puso la otra sobre el pecho, jadeante.

—Señora Corney —dijo el señor Bumble, inclinándose solícito hacia la matrona—. ¿Qué le ocurre, señora? ¿Ha pasado algo? Se lo ruego, contésteme, porque estoy... estoy... —debido al estado de alarma en que se encontraba el señor Bumble, no le venía en ese momento a la mente la expresión «en ascuas», así que dijo: «Quemándome».

—¡Ay, señor Bumble! —exclamó la dama—, pero qué sobresalto tan grande, no lo sabe usted.

—¡Sobresalto! —exclamó el señor Bumble—. ¿Pues quién ha osado...? ¡Claro, ya lo sé! —dijo el señor Bumble, interrumpiéndose con innata majestuosidad—. ¡Quién iba a ser, sino esos *deprivados* indigentes!

—Me horrorizo solo de pensarlo —dijo la dama, estremecida.

—Pues no piense en ello, señora, no piense —replicó el señor Bumble.

—Pero es que no puedo evitarlo —gimió la dama.

—Le vendría bien tomar algo, señora —aconsejó el señor Bumble—. ¿Qué tal un vinito?

—¡No lo verán sus ojos! —contestó la señora Corney—. Ni pensarlo. Bueno..., si acaso, aquello de allí..., a mano derecha... ¡Ay, Dios mío! —mientras pronunciaba estas palabras, la buena mujer acertó a señalar la alacena, sin dejar de sufrir las convulsiones de sus espasmos internos. El señor Bumble se apresuró hacia allí y tomó una botella de color verde, con cuyo contenido llenó una taza de té que acercó a los labios de la dama.

—Esto ya es otra cosa —dijo la señora Corney, recostándose tras beberse la mitad.

El señor Bumble alzó la vista piadosamente en acción de gracias y, volviéndola a posar sobre el borde de la taza, se acercó esta a la nariz.

—Es hierbabuena —explicó la señora Corney con un hilo de voz, al tiempo que sonreía amablemente al pertiguero—. Pruébela, le he añadido un poquito... de algo más.

El señor Bumble probó aquel brebaje con cierto recelo, chasqueó los labios, lo volvió a saborear, y dejó la taza vacía sobre la mesa.

—Es muy reconfortante —dijo la señora Corney.

—Vaya que sí, señora —contestó el pertiguero. Mientras hablaba, acercó una silla junto a la matrona y cariñosamente se interesó por la razón de su congoja.

—Nada, no es nada —contestó la señora Corney—; si es que soy una criatura tan emotiva, impresionable y débil...

—Débil no, señora —replicó el señor Bumble, aproximando la silla todavía un poco más—. ¿Así que es usted una criatura débil, señora Corney?

—Todos somos criaturas débiles —sentenció la señora Corney, dejando sentado un principio universal.

—Y tanto... —confirmó el pertiguero.

Durante un par de minutos nadie pronunció palabra, lapso de tiempo que el señor Bumble aprovechó para ilustrar este extremo retirando el brazo izquierdo del respaldo de la silla de la señora Corney, en donde había estado descansado hasta ese momento, para ir dirigiéndolo hacia la cinta de su delantal, donde acabó por enroscarse.

—No somos más que criaturas débiles —reiteró el señor Bumble.

La señora Corney emitió un profundo suspiro.

—Por Dios, no suspire usted así, señora Corney —rogó el señor Bumble.

—No puedo evitarlo —dijo ella, y volvió a suspirar.

—Por cierto, esta sala es muy comfortable, señora —observó el señor Bumble, mirando a su alrededor—. Con un cuarto más, formaría un hogar completo.

—Sería demasiado para una sola persona —murmuró la dama.

—Pero no para dos —añadió el señor Bumble con su acento más seductor—. ¿Verdad, señora Corney?

La señora Corney agachó la cabeza ante las palabras del pertiguero, quien hizo lo propio para no perder de vista el rostro de la señora Corney. Ella, con el recato de una dama, volvió la cabeza y soltó la mano para alcanzar su pañuelo, pero despistadamente volvió a colocarla en la del señor Bumble.

—La junta la provee de carbón, ¿no es así, señora Corney? —preguntó afectuosamente el pertiguero, al tiempo que le presionaba la mano.

—Y de velas —contestó la señora Corney, devolviéndole ligeramente la presión.

—Carbón, cirios y alquiler gratis —dijo el señor Bumble—. ¡Oh, señora Corney, pero si es usted un ángel!

Como la dama no era de piedra y se encontró indefensa ante semejante arrebató de ternura, se precipitó en brazos del señor Bumble; y el caballero, transportado de felicidad, estampó un beso apasionado sobre tan casta nariz.

—¡Bendita perfección parroquial! —exclamó el señor Bumble en estado de éxtasis—. ¿Sabe que el señor Slout se encuentra peor esta noche, perdición mía?

—Sí —contestó la señora Corney, ruborizada.

—El doctor cree que no pasará de la semana —prosiguió el señor Bumble—. Como director que es de este establecimiento, su muerte dejará una vacante, vacante que tendrá que cubrirse. ¡Oh, señora Corney, qué panorama más prometedor se abre ante nosotros! ¡Qué oportunidad para la unión de los corazones y de los hogares!

La señora Corney sollozó.

—¿Y cuál es la palabrita? —preguntó el señor Bumble, inclinándose hacia la escrupulosa belleza—. ¿Cuál es esa palabrita tan pequeña que yo quisiera oír, señora Corney?

—S..., s..., ¡sí! —exhaló en un suspiro la matrona.

—Solo le pido una más —prosiguió el pertiguero—; calme el ímpetu de sus sentimientos para decirme solo una cosita más. ¿Cuándo será?

Dos veces tuvo que intentar la señora Corney articular palabra, y dos veces fracasó, hasta que por fin, haciendo acopio de todo su valor, rodeó con sus brazos el cogote del señor Bumble y admitió que podía ser en cuanto él quisiera, pues estaba hecho «un tórtolo irresistible».

Una vez zanjadas de modo tan amistoso y satisfactorio las cosas, el acuerdo se ratificó solemnemente con otra taza de té colmada de la mezcla de hierbabuena, que vino como anillo al dedo, debido al estado de agitación en que se encontraba la dama. Mientras daban buena cuenta de ella, puso en conocimiento del señor Bumble la muerte de la anciana.

—De acuerdo —dijo el caballero, sorbiendo el licor—. Pues como me viene de paso, le encargaré al señor Sowerberry que envíe el féretro mañana por la mañana. ¿Así que fue eso lo que te impresionó, palomita?

—No fue nada en particular, querido —contestó ella, evasiva.

—Pues algo habrá sido, amorcito —insistió—. ¿No se lo vas a contar a tu Bumble?

—En este momento, no —respondió la dama—, ya te lo contaré uno de estos días, cuando estemos casados.

—¡Cuando estemos casados! —exclamó el señor Bumble—. ¡No habrá sido alguna grosería por parte de esos pordioseros...!

—No, claro que no, querido —se apresuró a interrumpir la dama.

—Mira que si fuera eso... —prosiguió el señor Bumble—, si alguno de ellos osara dirigir su *pocaminosa* mirada hacia este semblante angelical...

—No se hubieran atrevido a hacer eso, mi amor —respondió la dama.

—Más les vale así —advirtió el señor Bumble, mostrando el puño—, porque si viera yo a algún hombre, ya fuera de la parroquia o no, tomarse tal libertad, bien sabe Dios que no lo haría dos veces.

Aquellas palabras, de no haber sido realizadas por algún gesto violento, hubieran parecido una lisonja poco elevada para los encantos de la dama, pero como el señor Bumble acompañó la amenaza de numerosos aspavientos bélicos, a ella le conmovieron en lo más profundo y le convencieron de su sincera devoción, y no pudo menos que admitir, admirada, que en verdad estaba hecho todo un tórtolo.

Así que el tórtolo se alzó el cuello del abrigo, se encasquetó el sombrero de tres picos y, tras intercambiar un largo y efusivo abrazo con su futura compañera, volvió a desafiar el gélido aire de la noche, deteniéndose únicamente durante unos minutos en el pabellón masculino para increpar a los pobres, y asegurarse así de que podría desempeñar el cargo de encargado del hospicio con adecuado rigor, llegado el caso. Satisfecho con sus dotes de mando, abandonó el hospicio con el corazón rebotante, y las perspectivas de un futuro ascenso sirvieron para distraer su mente hasta que llegó al establecimiento de pompas fúnebres.

Se daba el caso de que el señor y la señora Sowerberry habían salido a cenar y de que Noah Claypole, que nunca estaba dispuesto a ejercer más esfuerzo físico que el necesario para satisfacer las funciones básicas de comer y de beber, no se había molestado aún en cerrar la tienda, aunque ya iba siendo hora. El señor Bumble golpeó el mostrador repetidamente con la vara, pero, como no respondiera nadie, y viendo una luz encendida por la ventana de la pequeña trastienda, se decidió a mirar hacia el interior para ver qué estaba pasando; y cuál no sería su sorpresa al ver lo que estaba pasando.

El mantel estaba puesto para la cena, y sobre la mesa se habían dispuesto pan con mantequilla, platos, vasos, un cantarillo y una botella de vino. Cerca de una de las esquinas de la mesa el señor Noah Claypole holgazaneaba descuidadamente con las piernas colgando por encima de uno de los brazos de la mecedora en la que estaba sentado, con una navaja abierta en una mano y un pedazo de pan con mantequilla en la otra. No muy lejos estaba Charlotte, de pie, abriendo las ostras que iba sacando de

un barril, y que el señor Claypole se dignaba a engullir con especial avidez. Un enrojecimiento más intenso que de costumbre de la nariz del joven, así como una especie de guiño fijo de su ojo derecho, denotaban su estado de ligera embriaguez, síntomas que se veían confirmados por el intenso entusiasmo con el que se zampaba las ostras, pues sin duda estaba ocupado en la tarea de comprobar sus propiedades refrescantes, muy indicadas para los casos de acaloramiento interno.

—Aquí viene una bien carnosa, querido Noah —dijo Charlotte—. Vamos, inténtalo, la última.

—Hay que ver qué cosa más deliciosa es una ostra —observó el señor Claypole tras haberla engullido—. Qué lástima que si comes demasiadas sean tan indigestas, ¿verdad, Charlotte?

—La verdad es que no hay derecho —confirmó Charlotte.

—Y que lo digas —reconoció el señor Claypole—. ¿Y es que a ti no te gustan?

—No mucho —contestó Charlotte—. Prefiero ver cómo se las come mi Noah, antes que comérmelas yo.

—¡Señor! —exclamó Noah, muy pensativo—. ¡Es increíble!

—¿Quieres otra? —preguntó Charlotte—. Mira qué pinta tan apetitosa tiene la que viene por aquí.

—Ya no me cabe ni una más —dijo Noah—, mira que lo siento. Pero ven aquí, Charlotte, que te bese.

—¡Cómo! —exclamó el señor Bumble, irrumpiendo en la estancia—. Repita usted lo que acaba de decir, mequetrefe.

Charlotte profirió un grito y se cubrió la cara con el delantal, mientras el señor Claypole, sin dignarse introducir más cambio en su posición que alcanzar el suelo con los pies, miraba al pertiguero con terror ebrio.

—¡Repítalo si es valiente! —insistió el señor Bumble—. ¿Cómo se atreve a mencionar cosa semejante, pillastre? ¿Y cómo se atreve a incitarle usted, descarada insolente? ¡Besarla! —exclamó el señor Bumble en el colmo de la indignación—. ¡Uf, habrase visto!

—No quería decir eso —alegó Noah, gimoteando—. Es que ella siempre me está besuqueando, quiera yo o no quiera.

—¡Pero bueno, Noah! —exclamó Charlotte a modo de reproche.

—¡Sí, sí, tú sabes bien que eso es así! —replicó Noah—. Siempre está igual, señor Bumble, créame, me pellizca la barbilla y me dedica toda clase de arrumacos.

—¡Silencio! —ordenó el pertiguero severamente—. Usted, señorita, a su cuarto, y usted, Noah, ahora mismo cierra la tienda y ese pico hasta que regrese su amo, y cuando vuelva le dice que el señor Bumble ha dicho que mande la caja para la anciana mañana por la mañana en cuanto desayune. ¿Me escucha? ¡Besarla! —gritó el señor Bumble, con las manos en la cabeza—. ¡El grado que está alcanzando el pecado y la

inmoralidad de las clases bajas en este distrito parroquial es realmente espantoso! ¡Si el Parlamento no toma en consideración la abominable relajación de las buenas costumbres, este país se verá abocado a la ruina, y el carácter del campesinado de toda la vida se habrá perdido para siempre!

Dichas estas palabras, el pertiguero abandonó, con talante altivo y sombrío, el establecimiento funerario.

Y ahora que ya le hemos acompañado casi hasta las mismas puertas de su casa y hemos realizado los preparativos necesarios para el funeral de la anciana, hagamos algunas averiguaciones acerca del joven Oliver Twist, y comprobemos si sigue tendido en la cuneta en la que le abandonó Toby Crackit.

CAPÍTULO XXVIII

Que se ocupa de Oliver y prosigue con sus aventuras

—¡Ojalá los lobos os desgarran el pescuezo! —gruñó Sikes rechinando los dientes—. Me gustaría estar en medio de vosotros; ya veríais, ya; os haría bramar hasta quedar afónicos.

Mientras lanzaba esta imprecación con toda la ferocidad de la que era capaz su feroz naturaleza, Sikes apoyó el cuerpo herido del niño sobre una de sus rodillas y volvió la cabeza un instante para observar a sus perseguidores.

No se distinguía casi nada entre la niebla y la oscuridad reinantes, pero el griterío de los hombres resonaba en el aire, y los ladridos de los perros del vecindario, despertados por el sonido de las campanas que tocaban a rebato, retumbaban en todas las direcciones.

—¡Quieto, perro cobarde! —gritó el ladrón tras Toby Crackit, que haciendo buen uso de sus largas piernas ya iba por delante—. ¡Quieto ahí!

La repetición de esa palabra dejó completamente paralizado a Toby, que no estaba del todo seguro de encontrarse fuera del alcance de un disparo de pistola, y el ánimo de Sikes no estaba para bromas.

—¡Échame una mano con el crío! —bramó Sikes, gesticulando furiosamente en dirección a su cómplice—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Toby hizo como que regresaba, pero caminaba muy despacio, refunfuñando en voz baja y quebrada por la falta de aliento, dando a entender que lo hacía a regañadientes.

—¡Más rápido! —dijo Sikes mientras tendía al chico en una cuneta seca que había a sus pies y se sacaba una pistola del bolsillo—. ¡No juegues conmigo!

En ese momento, el griterío aumentó de volumen; Sikes miró de nuevo a su alrededor y pudo distinguir a los hombres que les habían estado persiguiendo, que ya estaban trepando por la cerca del campo donde se encontraban, y a un par de perros que les llevaban unos cuantos pasos de ventaja.

—¡Se acabó, Bill! —gritó Toby—. ¡Suelta al crío y sal pitando! —con este consejo de despedida, el señor Crackit, que prefería el riesgo de que su amigo le pegase un tiro a la certeza de que sus enemigos le capturasen, se dio media vuelta y salió corriendo como una flecha. Sikes apretó los dientes, lanzó una mirada a su alrededor, cubrió apresuradamente el cuerpo de Oliver con la capa con la que lo había abrigado y echó a correr a lo largo del seto, como queriendo desviar la atención de los perseguidores del lugar en el que yacía el chico; se detuvo un instante ante un segundo seto perpendicular al primero, agitó la pistola en el aire, lo dejó atrás de un salto y desapareció.

—¡Alto, alto! —gritó al fondo una voz trémula—. ¡Pinza, Neptuno, venid aquí!

Los perros, que al igual que sus dueños no parecían disfrutar especialmente con la actividad que se llevaban entre manos, respondieron de inmediato a la orden, y tres hombres que hasta ese momento habían recorrido ya una distancia considerable por el campo, se detuvieron para tomar conjuntamente una decisión.

—Mi consejo, o mejor dicho, mis órdenes —dijo el más gordo del grupo—, son que regresemos a casa ahora mismo.

—A mí me parece bien todo lo que le parezca bien al señor Giles —dijo un hombre más bajo pero ni mucho menos esbelto, que era muy amable y estaba muy pálido, como les suele pasar a los hombres asustados.

—Caballeros, no me gustaría parecer grosero —dijo el tercero, el que había hecho regresar a los perros—. El señor Giles sabe qué es lo mejor.

—Es cierto —respondió el hombre de menor estatura—. Y diga lo que diga el señor Giles, no debemos contradecirle. No, no, yo sé cuál es mi situación, gracias al cielo que sé cuál es mi situación.

A decir verdad, el hombrecillo parecía saber cuál era su situación, y parecía saber perfectamente que no era ni mucho menos la más deseable, a juzgar por el modo en que le castañeteaban los dientes al hablar.

—¡Estás asustado, Brittles! —dijo el señor Giles.

—¿Yo? ¡No! —respondió Brittles.

—¡Sí que lo estás! —dijo Giles.

—¡Eso es totalmente falso, señor Giles! —dijo Brittles.

—¡Eres un embustero, Brittles! —dijo el señor Giles.

Estas cuatro réplicas surgieron de la increpación del señor Giles que a su vez había surgido de la indignación del señor Giles al imponérsele la responsabilidad de regresar a casa bajo la forma de un cumplido. El tercer hombre puso fin a la discusión de un modo muy filosófico.

—Yo les diré lo que sucede, caballeros —dijo—. Todos estamos asustados.

—¡Hable por sí mismo, señor! —dijo el señor Giles, que era el más pálido del grupo.

—Eso estoy haciendo —respondió el hombre—. Es totalmente normal estar asustado ante tales circunstancias. Yo lo estoy.

—¡Yo también! —dijo Brittles—. Lo que pasa es que no hay por qué decírselo a uno así, tan a las bravas.

La franqueza de tales confesiones apaciguó al señor Giles, quien por fin reconoció que él también estaba asustado; así que los tres se miraron frente a frente y regresaron corriendo al unísono, hasta que el señor Giles (que era el que menos resuello tenía de todo el grupo, e iba cargado con una horca) insistió educadamente en detenerse para pedir disculpas por lo precipitado de su discurso.

—¡Pero es asombroso —dijo el señor Giles al concluir su explicación— lo que un hombre es capaz de hacer cuando le hierve la sangre! ¡Habría asesinado a alguien, sé que lo habría hecho si hubiera capturado a alguno de esos canallas!

Y como los otros dos tenían una sensación similar y su sangre, como la del señor Gilles, había dejado de hervir, comenzó una especulación sobre la causa de ese repentino cambio de temperamento.

—Yo sé lo que ha pasado —dijo el señor Giles—. Ha sido la puerta.

—No me extrañaría nada —exclamó Brittles, suscribiendo la idea.

—Podéis estar seguros —dijo Giles— de que fue la puerta lo que bloqueó la corriente de la cólera. Yo noté cómo desaparecía la mía cuando la estaba saltando.

Por una extraordinaria coincidencia, a los otros dos les había invadido la misma sensación desagradable en aquel preciso instante, así que era evidente a todas luces que la culpable había sido la puerta, especialmente teniendo en cuenta el instante en que dicho cambio sin duda se había producido, porque los tres recordaban haber visto a los ladrones en el mismo momento del suceso.

Manténían este diálogo los dos hombres que habían sorprendido a los ladrones y un quincallero ambulante, que dormía en un cobertizo, y a quien habían despertado, junto con sus dos chuchos, para que se uniera a la persecución. El señor Giles obraba en su doble condición de mayordomo y dispensero de la anciana señora de la mansión, y Brittles era un mozo para todo que entró a su servicio siendo tan solo un niño y al que seguían tratando como a un joven prometedor aunque ya pasaba de la treintena.

Animándose unos a otros con aquella conversación, pero manteniéndose sin embargo muy juntos y mirando con recelo a su alrededor cada vez que una ráfaga de viento agitaba las ramas, los tres hombres se apresuraron a volver a un árbol junto al cual habían dejado la linterna para que la luz no indicase a los ladrones la dirección en la que debían disparar. La recogieron e hicieron la mayor parte del camino de regreso a casa a buen paso; y mucho después de que sus siluetas oscuras hubiesen dejado de distinguirse, se les vio titilar y bailar en la lejanía, como una especie de exhalación en la atmósfera húmeda y lóbrega por la que era velozmente conducida.

A medida que el día se acercaba con lentitud, el aire se volvía más frío y la niebla rodaba por el suelo como una densa nube de humo; la hierba estaba mojada, los senderos y los marjales llenos de fango y agua, y el hálito húmedo de un viento insalubre pasaba lánguidamente como un quejido hueco. Oliver permanecía acostado, inmóvil e inconsciente en el mismo lugar donde Sikes lo había abandonado.

La mañana llegaba con rapidez; el aire se volvió más afilado y cortante cuando el primer fulgor (la muerte de la noche más que el comienzo del día) hacía brillar tenuemente el cielo. Los objetos que en la oscuridad tenían un aspecto terrible y sombrío se definían progresivamente hasta recuperar su forma habitual. Llovía con intensidad y se escuchaba el ruido del agua que golpeaba ruidosamente los arbustos sin hojas. Pero Oliver no oyó ningún sonido porque seguía desamparado e inconsciente en su lecho de arcilla.

Por fin un leve grito de dolor rompió la calma reinante y el chico se despertó al emitir el sonido; el brazo izquierdo, toscamente vendado con un chal, le colgaba inútil y pesadamente, y el vendaje estaba empapado de sangre. Estaba tan débil que a duras penas pudo incorporarse, y cuando lo hizo, buscó ayuda a su alrededor y lanzó un gemido de dolor; temblando todo él de agotamiento y de frío, hizo un esfuerzo para levantarse, pero un escalofrío le recorrió de pies a cabeza y volvió a caer tumbado en el suelo.

Tras caer de nuevo brevemente en el desmayo en el que había estado sumido durante tanto tiempo, Oliver, empujado por un abatimiento insidioso del corazón que parecía advertirle de que si permanecía en ese lugar iba a morir sin remedio, se puso en pie e intentó caminar. Estaba mareado y se tambaleaba de un lado a otro como un borracho, pero sin embargo se mantuvo en pie y, recostando lánguidamente la cabeza sobre el pecho, comenzó a caminar despacio, sin rumbo y a trompicones.

Entonces una multitud de ideas confusas y desconcertantes se atropellaron en su mente. Le pareció estar caminando todavía entre Sikes y Crackit, que discutían furiosamente, ya que las palabras que se decían le retumbaban en la cabeza; y cuando por fin volvió la atención hacia sí mismo mediante un violento esfuerzo por evitar caer al suelo, se dio cuenta de que estaba hablando con ellos. Después estaba solo con Sikes, caminando con paso cansino, tal y como habían hecho la víspera, y sentía el apretujón del ladrón en la muñeca cuando la gente siniestra pasaba por su lado como si fueran sombras. De repente, se sobresaltó ante los disparos de armas de fuego, y resonaron en el ambiente gritos y voces. Brillaban luces ante sus ojos y todo era estruendo y tumulto, cuando una mano invisible se lo llevó precipitadamente. Atravesaba todas esas rápidas visiones la conciencia del dolor, indefinida e incómoda, que le fatigaba y le atormentaba sin cesar.

Así continuó, tambaleándose, escurriéndose casi mecánicamente entre los barrotes de las portezuelas, o por los huecos de los setos, a medida que se le iban apareciendo

hasta llegar a un camino. Allí la lluvia comenzó a caer tan intensamente que le espabiló.

Miró a su alrededor y vio que a poca distancia había una casa a la que con un poco de suerte podría llegar. Pensó que sus habitantes se compadecerían de él cuando viesen el estado en el que se encontraba y, si no era así, mejor morir cerca de seres humanos que en la soledad del campo abierto. En un último intento, hizo acopio de todas sus fuerzas, y dirigió sus pasos vacilantes hacia la casa.

Al aproximarse a ella, tuvo la sensación de que ya la había visto antes. No recordaba ningún detalle, pero la forma y el aspecto del edificio le resultaron familiares. ¡La tapia del jardín! La noche anterior se había hincado de rodillas en el césped y había rogado a los dos hombres que se apiadasen de él. Se trataba de la misma casa que habían intentado robar. Al reconocer el lugar, Oliver sintió tal miedo que por un instante se olvidó del tremendo dolor que le provocaba la herida y solo pensó en huir de allí. ¡Huir! ¡Si apenas podía tenerse en pie! Y aunque se hallase en plena posesión de todas las facultades de su cuerpo, ágil y joven, ¿adónde iba a huir? Empujó la puerta del jardín. No estaba cerrada con llave, los goznes giraron y se abrió. Cruzó el jardín con paso incierto, subió los escalones, llamó débilmente a la puerta y, ya al límite de sus fuerzas, se desplomó sobre uno de los pilares del pequeño porche de la entrada.

A la misma hora más o menos, el señor Giles, Brittles y el quincallero se recuperaban de la fatiga y el terror de la noche con té y otros alimentos en la cocina. El señor Giles no tenía por costumbre tratar con demasiada familiaridad a los sirvientes de condición inferior, con quienes tenía más bien el hábito de comportarse con una altiva afabilidad que, aun resultándoles agradable, no dejaba de recordarles su superior posición social. Pero la muerte, los incendios y los robos hacen a los hombres iguales, y el señor Giles estaba sentado con las piernas estiradas delante de la chimenea de la cocina, apoyando el brazo izquierdo sobre la mesa mientras con el derecho ilustraba un minucioso y detallado relato del robo que sus oyentes (especialmente la cocinera y la doncella, que se encontraban en la reunión) escuchaban conteniendo la respiración.

—Serían más o menos las dos y media —dijo el señor Giles—, aunque no juraría que no fueran ya las tres, cuando me desperté, y al darme la vuelta en la cama, más o menos así —el señor Giles, pronunciando estas palabras, se volvió en la silla y se puso encima el extremo de un mantel como si fuera una sábana—, me pareció escuchar un ruido.

En este momento del relato, la cocinera se puso pálida y le pidió a la doncella que cerrase la puerta; la doncella a su vez se lo pidió a Brittles, quien a su vez se lo pidió al quincallero, que fingió no haber oído nada.

—Escuché un ruido —continuó el señor Giles—. Al principio me dije: «No son más que imaginaciones mías». Y estaba intentando volver a conciliar el sueño cuando escuché otra vez el ruido más claramente.

—¿Qué tipo de ruido? —preguntó la cocinera.

—Era como un chasquido —respondió el señor Giles mirando a su alrededor.

—Más bien como el ruido de una barra de metal contra un rallador de nuez moscada —sugirió Brittles.

—Eso sería cuando lo oyó usted, señor —replicó el señor Giles—, pero en ese instante fue como un chasquido. Retiré las sábanas —continuó Giles, enrollando el mantel—, me senté en la cama y escuché.

La cocinera y la doncella exclamaron al unísono: «¡Dios mío!» y juntaron las sillas para estar más cerca la una de la otra.

—Entonces lo escuché muy claro —prosiguió el señor Giles—. Me dije: «Alguien está forzando una puerta o una ventana. ¿Qué se puede hacer? Llamaré a ese pobre mozo, Brittles, y evitaré que lo maten en la cama, o que le corten el cuello de un tajo sin que se entere».

En ese momento todas las miradas se dirigieron hacia Brittles, que miró fijamente al narrador, boquiabierto y con una expresión de terror absoluto en su rostro.

—Aparté las sábanas —dijo Giles arrojando el mantel y mirando fijamente a la cocinera y a la doncella—, me levanté de la cama sin hacer ruido, me puse un par de...

—Hay señoras presentes, señor Giles —murmuró el quincallero.

—De zapatos, señor —dijo Giles dirigiéndose a él, con gran énfasis en esta palabra—; cogí la pistola cargada que siempre sube con el cesto de la vajilla de plata y fui de puntillas hasta su habitación. «Brittles, no te asustes», le dije tras despertarlo.

—Así es —observó Brittles en voz baja.

—«Creo que somos hombres muertos, Brittles», le dije —continuó Giles—, «pero no te alarmes».

—¿Estaba él asustado? —preguntó la cocinera.

—Ni pizca —replicó el señor Giles—. Estaba tan sereno, casi tan sereno como yo mismo.

—A mí me da algo, si soy yo me muero, seguro —dijo la doncella.

—Tú eres mujer —replicó Brittles, armándose un poco de valor.

—Brittles tiene razón —dijo el señor Giles, asintiendo en gesto de aprobación—. De una mujer no puede esperarse otra cosa. Pero nosotros, que somos hombres, cogimos una linterna apagada que había en la repisa de la habitación de Brittles y bajamos la escalera a tientas en total oscuridad, más o menos así.

El señor Giles se levantó de su asiento y dio dos pasos con los ojos cerrados para ilustrar el relato con la acción apropiada cuando de repente se llevó un gran susto, al

igual que el resto del grupo, y regresó corriendo a su silla. La cocinera y la doncella dieron un grito.

—Han llamado a la puerta —dijo el señor Giles, fingiendo una serenidad total—. Que alguien abra la puerta.

Nadie se movió.

—Es extraño que alguien llame a estas horas de la mañana —dijo el señor Giles, mientras examinaba los pálidos rostros que le rodeaban; él también estaba muy blanco—. Pero hay que abrir la puerta. ¿Alguien me está escuchando?

El señor Giles, mientras hablaba, miraba a Brittles, pero este joven, modesto por naturaleza, probablemente consideraba que él no era nadie, por lo que pensó que la petición no iba dirigida a él. En cualquier caso, no dio respuesta alguna. El señor Giles dirigió una mirada suplicante al quincallero, pero este se había quedado dormido de repente. Las mujeres no contaban.

—Si Brittles prefiriese abrir la puerta en presencia de testigos —dijo el señor Giles tras un breve silencio—, estoy dispuesto a ser uno de ellos.

—Yo también —dijo el quincallero, que se despertó tan rápidamente como se había dormido.

Brittles aceptó los términos de la propuesta y, dado que todos se habían tranquilizado un poco al descubrir tras abrir las contraventanas que ya era totalmente de día, se encaminaron escaleras arriba con los perros por delante y con las dos mujeres, que estaban demasiado asustadas para quedarse abajo, en la retaguardia de la comitiva. Siguiendo el consejo del señor Giles, comenzaron a hablar en voz muy alta para advertir a quien esperase fuera que, si venía con malas intenciones, eran muchos, y en un alarde de genialidad, ideado por el cerebro del mismo ingenioso caballero, pellizcaron a los perros en el rabo, en la entrada de la casa, para que ladrasen salvajemente.

Una vez tomadas estas precauciones, el señor Giles agarró con fuerza el brazo del quincallero (para impedir que saliese corriendo, tal y como había dicho bromeando) y dio la orden de abrir la puerta. Brittles obedeció y el resto del grupo se asomó, mirando temerosos los unos por encima del hombro de los otros, pero el único objeto temible que contemplaron fue el pobrecito Oliver Twist, exhausto y sin habla, que levantó los ojos abatidos y suplicó en silencio su compasión.

—¡Pero si es un niño! —exclamó el señor Giles, apartando valerosamente al quincallero de en medio—. ¿Qué sucede con el...? ¿Cómo? ¿Esto...? Brittles..., mira..., ¿no lo reconoces?

Brittles, que se había escondido detrás de la puerta para abrirla, lanzó un alarido de reconocimiento nada más ver a Oliver. El señor Giles agarró al crío por una pierna y un brazo (afortunadamente, no era el que tenía herido), lo arrastró hasta la entrada y lo dejó tendido en el suelo.

—¡Aquí está! —vociferó Giles, dirigiendo la voz muy alterado hacia lo alto de la escalera—. ¡Aquí está uno de los ladrones, señora! ¡Aquí hay un ladrón, señorita, está herido, señorita! Yo le disparé, señorita, mientras Brittles sostenía la luz.

—¡La linterna, señorita! —gritó Brittles, poniéndose la mano en un lado de la boca, para que la voz resonase más fuerte en la dirección correcta.

Las dos sirvientas corrieron escaleras arriba para informar que el señor Giles había capturado a un ladrón, y el quincallero trató por todos los medios de que Oliver volviese en sí, no fuese que muriera antes de ser colgado. En mitad de todo este griterío y conmoción se escuchó una dulce voz de mujer que lo hizo cesar al instante.

—¡Giles! —susurró la voz desde lo alto de la escalera.

—Estoy aquí, señorita —respondió el señor Giles—. No se asuste, señorita. No estoy herido. No opuso demasiada resistencia, señorita. No ha podido conmigo.

—¡Silencio! —respondió la joven—. Has asustado a mi tía casi tanto como los ladrones. ¿Esa pobre criatura está gravemente herida?

—Herido de muerte, señorita —contestó el señor Giles con una indescriptible satisfacción.

—Parece que está en las últimas, señorita —vociferó Brittles, del mismo modo que antes—. ¿No le gustaría bajar y verlo, señorita, por si acaso...?

—¡Silencio, por favor! ¡Eso es! —respondió la joven—. Esperad un instante en silencio mientras hablo con mi tía.

Con paso tan suave y gentil como su voz, la que hablaba se alejó, pero regresó en seguida con la orden de que se trasladase con cuidado al herido arriba a la habitación del señor Giles, y de que Brittles ensillase el caballo y se encaminase inmediatamente hacia Chertsey, desde donde debía enviar a toda prisa a un policía y al médico.

—¿Pero no quiere echarle un vistazo antes, señorita? —dijo Giles, con el mismo orgullo que si Oliver fuese un pájaro de extraño plumaje al que él hubiese derribado hábilmente—. ¿Ni siquiera un vistazo, señorita?

—¡Por nada del mundo! —replicó la joven—. ¡Pobre chiquillo! ¡Ay, sea amable con él, Giles, hágalo por mí!

Cuando se dio media vuelta, el anciano mayordomo levantó la vista hacia la joven con una mirada de admiración y orgullo, como si fuera su propia hija. A continuación se inclinó sobre Oliver y ayudó a subirlo arriba con el celo y la diligencia propios de una mujer.

CAPÍTULO XXIX

Que ofrece una descripción inicial de los habitantes de la casa donde fue a parar Oliver y explica lo que pensaban de él

En un elegante salón, si bien el mobiliario le confería un aire de comodidad tradicional más que de elegancia moderna, había dos mujeres sentadas a la mesa frente a un abundante desayuno. El señor Giles, vestido impecablemente con un traje negro, les servía. Estaba de pie a medio camino entre el aparador y la mesa, con el cuerpo bien erguido, la cabeza echada hacia atrás y ligeramente inclinada hacia un lado, la pierna izquierda adelantada y la mano derecha metida en el chaleco, mientras con la izquierda, que colgaba pegada al tronco, sostenía una pequeña bandeja; y mostraba ademanes de ser alguien a quien le complacía regalarse pensando en sus propios méritos e importancia.

De las dos mujeres, una estaba ya entrada en años, pero se tenía tan derecha como el alto respaldo de la silla de roble en la que estaba sentada. Vestía con gran esmero y corrección, siguiendo un patrón que combinaba de forma bastante peculiar elementos clásicos con ligeras concesiones al gusto dominante, que no hacían sino realzar gratamente el estilo clásico antes que deslucir el efecto que este producía. Estaba sentada majestuosamente con las manos entrelazadas sobre la mesa, y sus ojos, cuyo brillo apenas se había extinguido con la edad, observaban atentamente a su joven compañera.

La joven estaba en la flor de la vida y en plena primavera de la feminidad; en esa edad en que, si para seguir los buenos designios de Dios los ángeles se entronizaran en cuerpos mortales, a fe es de suponer que habitarían uno como el suyo.

No tenía más de diecisiete años. Había sido modelada siguiendo un patrón tan refinado y exquisito, tan dulce y apacible, tan puro y bello, que la tierra no parecía ser su elemento, ni las toscas criaturas que la poblaban, sus compañeros ideales. La misma inteligencia que se veía reflejada en sus intensos ojos azules, y cuya impronta podía distinguirse en su noble cabeza, parecía no estar en consonancia con su edad ni con el mundo que la rodeaba, y, sin embargo, la cambiante expresión de dulzura y buen

humor, las mil luces que jugueteaban en su rostro sin llegar a ensombrecerlo, sobre todo la sonrisa, esa radiante y alegre sonrisa, no podían desligarse del cariño y la ternura inherentes a la naturaleza humana.

La joven estaba atareada con los pequeños quehaceres de la mesa y, dando la casualidad de que alzó la vista justo en el momento en que la anciana la estaba mirando, se apartó juguetonamente el pelo, que llevaba trenzado con sencillez encima de la frente, e insufló a su radiante mirada tal descarga de ternura y encanto natural que los espíritus bienaventurados no hubieran podido sino sonreír al contemplarla.

La anciana sonrió; pero algo le oprimía el corazón y se enjugó una lágrima, sin dejar de sonreír.

—Ya hace más de una hora que Brittles se marchó, ¿no es así? —preguntó la anciana, tras una pausa.

—Una hora y doce minutos, señora —respondió el señor Giles, tras consultar un reloj de plata que se había sacado tirando de una cinta negra.

—Es tan lento... —comentó la anciana.

—Brittles siempre ha sido un poco «lentito», señora —contestó el mayordomo.

Y como, dicho sea de paso, Brittles llevaba más de treinta años siendo lento, parecía bastante improbable que algún día llegara a ser rápido.

—Me parece que, en vez de ir a mejor, va a peor... —apuntó la mujer.

—No le valen excusas, si es que se ha parado a jugar con otros chicos —dijo la joven, sonriendo.

El señor Giles parecía estar sopesando la pertinencia de permitirse el lujo de sonreír respetuosamente, cuando una calesa se detuvo frente a la verja del jardín y de ella saltó un señor grueso, quien fue corriendo directamente hacia la puerta y, tras entrar en la casa con rapidez por algún misterioso procedimiento, irrumpió en el salón, faltando bien poco para que se llevara al señor Giles y la mesa del desayuno por delante.

—¡En mi vida había oído nada parecido! —exclamó el recién llegado—. Mi querida señora Maylie... ¡Válgame Dios! Y en plena noche... ¡Jamás en la vida había oído nada parecido!

Con estas muestras de condolencia, el caballero estrechó la mano a ambas mujeres y, acercándose una silla, les preguntó cómo se encontraban.

—Deben de estar muertas de miedo... Seguro que se han llevado un susto de muerte —dijo el caballero—. ¿Por qué no me avisaron? Por Dios, hubieran tenido aquí a mi criado en un minuto, o a mí mismo y a mi ayudante, o a quien fuera..., hubiéramos estado encantados de echarles una mano, todos; no me cabe la menor duda, después de lo sucedido... Madre mía... Fue todo tan inesperado... ¡Y en plena noche!

El médico parecía bastante contrariado por el hecho de que el robo hubiera sido perpetrado en plena noche y de forma inesperada, como si el procedimiento seguido habitualmente por los señores que se dedican a desvalijar casas ajenas fuera llevar a cabo sus transacciones a mediodía y concertar una cita por correo con un día o dos de antelación.

—Y usted, señorita Rose —dijo el médico, volviéndose hacia la joven—, me...

—¡Ah!, seguro que sí... —le interrumpió Rose—. Pero arriba hay un desdichado al que a mi tía le gustaría que fuera a ver.

—¡Vaya!, es verdad —respondió el médico—, en seguida. Así que fue obra suya, Giles, según tengo entendido.

El señor Giles, que había estado ordenando las tazas de té afanosamente, se ruborizó y dijo que había sido él quien había tenido ese honor.

—Conque honor, ¿eh? —replicó el médico—. Bueno, no sé, quizá sea tan honorable darle a un ladrón en la cocina como a un enemigo que está a doce pasos. Imagínese que el otro disparó al aire, y así se habrá batido en duelo...

El señor Giles, para quien la ligereza con la que había tratado el asunto no era sino un intento injusto de escatimarle la gloria, contestó respetuosamente que él no era quién para juzgar lo sucedido, pero que le parecía que para el bando contrario la cosa no había sido ninguna broma.

—¡Dios, es verdad! —exclamó el médico—. ¿Dónde está? Indíqueme el camino. Cuando baje volveré a pasar por aquí, señora Maylie. Así que esta es la ventanita por la que entró, ¿no? Vaya, jamás lo hubiera pensado...

Sin dejar de hablar en todo el rato, siguió al señor Giles escaleras arriba; y, mientras va subiendo, podría informar al lector de que el señor Losberne, un cirujano del vecindario, conocido en un radio de quince kilómetros a la redonda como «el doctor», había engordado más a causa del buen humor que por llevar una buena vida, y era tan amable y bondadoso, aparte de ser soltero y bastante excéntrico, que ningún explorador que lo intentara iba a encontrar a otro igual en un radio cinco veces mayor que el anterior.

El médico estuvo ausente mucho más tiempo del que él y las mujeres habían previsto. Alguien fue a la calesa a buscar un estuche grande y liso, se oía con frecuencia la campanilla del dormitorio y los criados subían y bajaban corriendo por las escaleras continuamente, señales de las cuales se podía deducir de modo correcto que en el piso de arriba estaba pasando algo importante. Finalmente regresó, y en respuesta a las ansiosas preguntas sobre el estado del paciente, adoptó una actitud bastante misteriosa y cerró con cuidado la puerta.

—Es un caso bastante insólito, señora Maylie —dijo el médico, de espaldas a la puerta como si tratara de mantenerla cerrada.

—Espero que su vida no corra peligro... —dijo la anciana.

—Bueno, dadas las circunstancias, eso no tendría nada de extraordinario —respondió el médico—, pero no creo que sea ese el caso. ¿Usted ha visto al ladrón?

—No —replicó la mujer.

—¿Y no le han comentado nada sobre él?

—No.

—Le pido me disculpe, señora —interrumpió el señor Giles—, pero yo iba a hablar de él en el momento en que llegó el doctor Losberne.

Lo cierto es que el señor Giles no se había atrevido a confesar que la víctima de su disparo era tan solo un niño. Habían elogiado de tal forma su valor que no había podido evitar por nada en el mundo demorar la explicación unos deliciosos minutos más, durante los cuales se había elevado hasta el mismo cenit de la breve popularidad que le había conferido su extraordinario coraje.

—Rose quería ver a ese hombre —explicó la señora Maylie—, pero a mí no me hacía ninguna gracia.

—Vaya... —respondió el médico—. No hay nada en su aspecto que sea verdaderamente alarmante. ¿Tendría algún inconveniente en ir a verle en mi presencia?

—Si fuera necesario —respondió la anciana—, la verdad es que no.

—Pues creo que sí es necesario —dijo el médico—. De todas maneras, estoy convencido de que después se arrepentiría de no haberlo hecho si pospusiera la visita. En estos momentos está tranquilo y sosegado. Por favor..., señorita Rose, ¿me permite? No hay por qué tener miedo, les doy mi palabra.

Con muchas otras elocuentes aseveraciones sobre la grata sorpresa que se iban a llevar cuando vieran al ladrón, el señor Losberne hizo que la joven le cogiera del brazo y, ofreciendo la mano que le quedaba libre a la señora Maylie, las condujo ceremoniosamente y con gran majestuosidad al piso de arriba.

—Y ahora —susurró el médico, mientras giraba el picaporte de una de las habitaciones intentando no hacer ruido— ha llegado el momento de saber qué piensan de él. Últimamente no se ha afeitado, pero, aun así, su aspecto no es nada fiero. Aunque..., esperen un momento: voy a ver si está visible.

Les pasó delante y miró dentro de la habitación. Les hizo un gesto para que entraran, cerró la puerta tras ellas y recorrió lentamente las cortinas de la cama. Allí acostado, en lugar del incorregible rufián de tez oscura que esperaban encontrar, tan solo había un niño, extenuado por el dolor y el cansancio, y sumido en un profundo sueño. El brazo herido, vendado e inmovilizado, descansaba sobre su pecho, y la cabeza reposaba sobre el otro brazo, medio escondido bajo la larga mata de pelo desparramado sobre la almohada.

El buen hombre aguantaba la cortina con la mano y se dedicó a contemplar en silencio la escena cosa de un minuto. Mientras él observaba de este modo al paciente,

la joven pasó por su lado sigilosamente y, tras sentarse en una silla junto a la cabecera de la cama, apartó el pelo de la cara de Oliver. Cuando la joven se inclinó sobre él, sus lágrimas bañaron la frente del niño.

El muchacho se revolvió y sonrió mientras dormía, como si estas muestras de piedad y compasión hubieran reavivado algún bonito sueño impregnado de ese amor y cariño que nunca llegó a conocer, de la misma manera que un compás de una apacible melodía, o el murmullo del agua en un lugar silencioso, o el aroma de una flor, o incluso la mención de una palabra que nos es familiar, puede a veces evocar inesperadamente reminiscencias de escenas que nunca sucedieron en esta vida, que se desvanecen como un suspiro y que parecen haber resurgido gracias a algún efímero recuerdo de una existencia pasada más feliz, pues ninguna de las facultades de la mente humana es capaz de rescatarlas del olvido.

—Pero ¿qué es esto? —se sorprendió la anciana—. Esta pobre criatura no puede haber tenido nada que ver con los ladrones.

—Las malas artes —suspiró el cirujano, volviendo a correr las cortinas— moran en muchos templos, y ¿dónde está escrito que no puedan cobijarse tras una bella fachada?

—Pero si solo es un niño... —arguyó Rose.

—Señorita —replicó el cirujano, sacudiendo tristemente la cabeza—, el mal, al igual que la muerte, no es exclusivo de personas viejas y marchitas. A menudo elige como víctimas a los seres más jóvenes y bellos.

—Pero ¿de verdad...?, ¡venga, señor!, ¿de verdad piensa que esta frágil criatura ha podido decidir voluntariamente ser cómplice de una banda de malhechores? —dijo Rose con preocupación.

De la forma en que el cirujano sacudió la cabeza podía deducirse que temía que fuera así y, al percatarse de que puede que estuvieran molestando al paciente, condujo a las dos mujeres al cuarto contiguo.

—Pero, aunque haya obrado mal —continuó Rose—, piense en lo joven que es; piense que quizá no haya conocido jamás el amor de una madre, ni el calor de un hogar, y que puede que los golpes y los malos tratos, o la falta de un trozo de pan que llevarse a la boca, le hayan forzado a juntarse con esos hombres que le han obligado a delinquir. Tía, mi querida tía, piense en esto, por el amor de Dios, antes de permitir que encierren a este pobre niño en una celda, que no sería sino la sepultura de todas sus posibilidades de enmendarse. ¡Ay!, igual que me quiere a mí, y sabe que fueron su cariño y su ternura los que hicieron que nunca echara de menos el amor de unos padres, pero podría no haber sido así, y entonces podría haber estado tan indefensa y desamparada como este pobre muchacho, tenga piedad de él, antes de que sea demasiado tarde.

—¡Mi querida niña! —dijo la anciana, mientras acercaba a su pecho a la joven que lloraba—. ¿Crees que sería capaz de tocarle siquiera un pelo de la cabeza?

—¡Ay, no! —respondió Rose con gran agitación—. ¡Usted no, tía, usted sería incapaz!

—No —dijo la anciana, con labios temblorosos—. Mis días están tocando a su fin y espero que Dios se apiade de mi alma, como yo me he apiadado del prójimo. ¿Qué podría hacer para salvarle?

—Déjeme pensar, señora —dijo el médico—, déjeme pensar...

El señor Losberne se metió las manos en los bolsillos y empezó a pasearse arriba y abajo por la habitación, parándose de vez en cuando para mecerse de puntillas y frunciendo el ceño con aspecto amenazador. Tras exclamar varias veces «¡Ya lo tengo!» y «No, no funcionaría...», y reanudar los paseos por la habitación otras tantas, frunciendo y desfrunciendo el ceño, finalmente se paró en seco y dijo:

—Creo que si me diera plena autoridad, sin límites, para intimidar a Giles y al otro mozo, a Brittles, lo podría conseguir. Sé que es un hombre leal y que trabaja aquí desde hace mucho tiempo, pero usted puede compensarle de mil formas o incluso premiarle por tener tan buena puntería. ¿Qué le parece?

—Si no hay otra forma de salvar al chico... —respondió la señora Maylie.

—No la hay —le contestó el médico—. No hay ninguna otra, le doy mi palabra.

—Entonces mi tía le concede plenos poderes —dijo Rose, dejando entrever una sonrisa entre las lágrimas—, pero le ruego que no trate a esos pobres hombres con más rigor del estrictamente necesario.

—Me da la impresión —replicó el médico— de que piensa que hoy todo el mundo está dispuesto a ser cruel y despiadado, excepto usted. Solo espero, por el bien de la generación masculina en ciernes, que el primer joven que realmente la merezca y que apele a su compasión la encuentre con un talante igual de sensible y vulnerable; y me gustaría ser más joven para poder aprovechar en este preciso instante una oportunidad tan buena como la presente.

—Usted es igual de niño que el bueno de Brittles... —respondió Rose, sonrojándose.

—Bueno —dijo el médico, riendo a carcajadas—, eso no es muy difícil... Pero, volviendo al muchacho, la decisión más importante está aún por llegar. Creo que se despertará más o menos dentro de una hora y, aunque le he dicho a ese estúpido policía de parroquia que hay abajo que el chico no puede hablar con nadie, ni ser molestado, porque hacerlo supondría poner su vida en grave peligro, creo que podemos ir a hablar con él tranquilamente. Ahora bien, con la siguiente condición: lo examinaré en su presencia y si, a partir de lo que diga, deducimos, y soy capaz de demostrar a su fría razón, que en verdad es un auténtico villano (cosa más que

probable), lo abandonaremos a su suerte, sin volvernos a inmiscuir en su vida, por lo menos yo.

—¡Eso no, tía! —imploró Rose.

—¡Eso sí, tía! —dijo el médico—. ¿Hay trato?

—No puede ser un criminal sin remedio —dijo Rose—, es imposible.

—Muy bien, pues —contestó el médico—, razón de más para acceder a mi propuesta.

Finalmente cerraron el trato y las partes implicadas se sentaron a esperar, con algo de impaciencia, a que Oliver se despertara.

La paciencia de ambas mujeres estaba destinada a pasar por una prueba más larga de lo que el señor Losberne las había inducido a pensar, ya que transcurrían las horas y Oliver seguía durmiendo profundamente. No fue hasta el atardecer cuando el amable doctor les trajo la noticia de que por fin se había espabilado lo suficiente para que pudieran hablar con él. El muchacho estaba muy enfermo, según les explicó, y bastante débil a causa de la pérdida de sangre, pero su espíritu estaba tan turbado por el ansia de querer revelar algo que había estimado más oportuno darle la oportunidad de hacerlo que insistir en que descansara hasta el día siguiente, que es lo que hubiera hecho en otras circunstancias.

La reunión duró un buen rato, ya que Oliver les contó su sencilla historia de principio a fin, viéndose obligado a parar a menudo a causa del dolor y la falta de energía. En la habitación en penumbra, la tenue voz del pequeño enfermo rezumaba solemnidad mientras recitaba el rosario de infortunios y calamidades por las que le habían hecho pasar aquellos malhechores. ¡Ay!, si cuando oprimimos y subyugamos a nuestros semejantes, dedicáramos aunque solo fuera un pensamiento a los negros testimonios que deja tras de sí el error humano, que se elevan hacia el cielo como si de densas y tupidas nubes se tratara, lenta pero firmemente, para derramar sobre nuestras cabezas su venganza a posteriori...; si fuéramos capaces de escuchar en nuestra imaginación, aunque solo fuera por un breve instante, el profundo testimonio de las voces de aquellos que ya no están entre nosotros, sin que exista poder capaz de acallarlas, ni orgullo capaz de desoírlos: ¿qué sería de la aflicción y la injusticia, del sufrimiento, de la miseria, la crueldad y la maldad que impregnan nuestra vida diaria?

Esa noche Oliver fue arropado por manos de mujer, y la beldad y la virtud le velaron mientras dormía. Él se sentía sosegado y feliz, y podría haber muerto sin un murmullo.

Tan pronto como hubo concluido la trascendental entrevista y Oliver fue acomodado de nuevo para que descansara, el médico, tras secarse los ojos mientras les dedicaba un par de improperios por su repentina muestra de debilidad, se fue al piso de abajo a vérselas con el señor Giles. Como no encontró a nadie en el salón, pensó que quizá tendría mejor suerte en la cocina; así que allí se fue.

En aquella cámara baja del parlamento doméstico se hallaban reunidos las sirvientas, el señor Brittles, el señor Giles, el quincallero (que había recibido una invitación especial para quedarse a comer durante lo que quedaba del día como pago por sus mercancías) y el policía. Este último traía consigo un enorme bastón, tenía una enorme cabeza, unas enormes facciones, llevaba unas botas enormes y tenía aspecto de haberse bebido una cantidad de cerveza proporcional al resto..., como en verdad había hecho.

Las aventuras de la noche anterior seguían siendo el tema central de conversación; cuando entró el médico, Giles se estaba explayando sobre su presencia de ánimo y Brittles, con una jarra de cerveza en la mano, iba corroborando todo lo que su superior decía antes de que este lo contara.

—Por mí no se levanten —dijo el médico, haciendo un gesto con la mano.

—Gracias, señor —dijo el señor Giles—. Las señoras han querido que repartiéramos un poco de cerveza, señor, y como no me apetecía nada retirarme a mi pequeño cuarto, y sí estar en compañía, me he venido aquí a tomármela con ellos.

Brittles encabezó un leve murmullo, que debía sobreentenderse como la forma que tenían los allí presentes de expresar la satisfacción que les producía la condescendencia del señor Giles; y Giles miraba a su alrededor con cierto aire de superioridad, como queriendo decir que, mientras se comportaran debidamente, jamás les abandonaría.

—¿Cómo está el paciente esta noche, señor? —preguntó Giles.

—Así así... —contestó el médico—. Mucho me temo que se ha metido usted en un lío, señor Giles.

—Espero que con eso, señor —dijo el señor Giles temblando—, no esté intentando decirme que el chico se va a morir. De ser así, no podría volver a ser feliz. No me gustaría ser el responsable de la muerte de un niño, no, y seguro que Brittles tampoco; ni por todo el oro del mundo, señor.

—Esa no es la cuestión —dijo el médico misteriosamente—. Señor Giles, ¿es usted protestante?

—Sí, señor, espero que sí —titubeó el señor Giles, quien se había puesto muy pálido.

—Y usted, joven, ¿qué es? —preguntó el médico, volviéndose bruscamente hacia Brittles.

—¡Por Dios, señor! —respondió Brittles, sobresaltándose en gran medida—. Lo mismo que el señor Giles.

—Pues entonces, respóndanme a esto —dijo el médico ferozmente—, los dos..., ¡los dos!: ¿están dispuestos a jurar que el chico que está en el piso de arriba es el mismo que entró anoche por la ventana? ¡Respondan! Venga, somos todo oídos...

El médico, considerado universalmente como una de las criaturas más pacíficas que habitan sobre la faz de la tierra, formuló esta pregunta en un tono de enfado tan amenazador que Giles y Brittles, bastante enturbiados por la cerveza y la emoción del momento, se miraron uno al otro estupefactos.

—Por favor, agente, preste atención a la respuesta —dijo el médico, moviendo el dedo índice con gran solemnidad y dándose ligeros golpecitos en la nariz, como modo de incitar a aquel digno personaje a hacer uso de su máxima perspicacia—. De aquí podría salir algo interesante en breve.

El policía se esforzó por poner cara de entendido y cogió su bastón, que había estado apoyado indolentemente en la esquina de la chimenea.

—Como verán, se trata de una simple cuestión de identidad —dijo el médico.

—Así es, señor —respondió el policía, tosiendo enérgicamente, ya que se había terminado la cerveza con prisas y se le había ido un sorbo por donde no era.

—Por una parte, tenemos una casa asaltada —dijo el médico— y dos hombres que durante unos instantes distinguieron a un chico entre el humo de la pólvora y el desconcierto propiciado por la confusión y la oscuridad. Y, por otra, tenemos a un chico que llega a esa misma casa al día siguiente; y, como resulta que tiene el brazo vendado, esos dos hombres le echan el guante de forma bastante violenta, poniendo la vida del muchacho en grave peligro, y aseguran que él es el ladrón. Ahora bien, la cuestión es si la conducta de esos hombres está justificada y, si no lo está, en qué situación se encuentran.

El policía asintió gravemente con la cabeza y dijo que si aquello no era justicia, que le gustaría saber qué era.

—Les pregunto de nuevo —retumbó la voz del médico—: ¿Están dispuestos a jurar solemnemente que ese era el chico?

Brittles miraba perplejo al señor Giles, el señor Giles miraba perplejo a Brittles, el policía se puso la mano tras la oreja para oír mejor la respuesta, las dos mujeres y el quincallero se inclinaron hacia delante para escuchar y el médico observaba con gran interés lo que sucedía a su alrededor, cuando se oyó un timbre en la verja del jardín y el traqueteo de unas ruedas.

—¡Son los Bow Street Runners! —gritó Brittles, a simple vista bastante aliviado.

—¿Los qué? —exclamó el médico, horrorizado a su vez.

—El cuerpo especial de policía, señor —respondió Brittles, cogiendo una vela—. El señor Giles y yo les hemos hecho llamar esta mañana.

—¿Qué? —gritó el médico.

—Sí —respondió Brittles—, le dije al cochero que les diera un mensaje y lo que me extraña es que no hayan llegado antes, señor.

—¿Eso hizo? Maldita sea la hora en que decidió... decidieron coger un vehículo tan lento; en fin... —dijo el médico, mientras se alejaba.

CAPÍTULO XXX

Que comporta una posición crítica

—¿Quién es? —preguntó Brittles, mientras abría la puerta sin quitar la cadena y se asomaba, protegiendo la vela con la mano.

—Abra la puerta —contestó el hombre de fuera—. Somos los agentes de Bow Street que han mandado llamar.

Mucho más tranquilo tras dicha explicación, Brittles abrió la puerta de par en par y se encontró cara a cara con un hombre corpulento que llevaba un abrigo y que entró en la casa sin decir nada más y se limpió los zapatos en el felpudo con tal tranquilidad que parecía que viviese allí.

—Manda a alguien a echarle una mano a mi compañero, ¿quieres, muchacho? —dijo el agente—. Está en el coche cuidando del caballo. ¿Tenéis una cochera donde dejar el coche durante cinco o diez minutos?

Brittles, contestando afirmativamente, señaló el edificio. El hombre corpulento fue hasta la puerta del jardín y ayudó a su compañero a aparcar el coche, mientras Brittles les alumbraba con gran admiración. Una vez hecho esto, volvieron a la casa y, tras ser conducidos al salón, se quitaron los abrigos y los sombreros y se mostraron tal como eran. El hombre que había llamado a la puerta era un personaje robusto de mediana estatura, debía de tener unos cincuenta años, el pelo negro y brillante, muy corto, llevaba patillas, tenía la cara redonda y una mirada penetrante. El otro era pelirrojo y delgado, llevaba botas altas y tenía un rostro poco agraciado, y una nariz respingona y de aspecto siniestro.

—Dile a tu señor que Blathers y Duff están aquí, ¿de acuerdo? —dijo el más robusto mientras se alisaba el pelo y dejaba un par de esposas encima de la mesa—. ¡Ah! Buenas tardes, señor. ¿Puedo hablar con usted un minuto en privado, por favor?

Esto iba dirigido al señor Losberne, que hacía acto de presencia en ese mismo instante; dicho caballero, haciéndole un gesto a Brittles de que se retirara, hizo entrar a las dos damas que le acompañaban y cerró la puerta.

—Esta es la señora de la casa —dijo el señor Losberne, señalando a la señora Maylie.

El señor Blathers hizo una reverencia y, como le invitaron a sentarse, dejó su sombrero en el suelo, cogió una silla e instó a Duff a hacer lo mismo. El segundo caballero, que no parecía estar tan acostumbrado a la alta sociedad o que no se sentía tan a gusto en ella, una de dos, se sentó, después de sufrir diversos dolores musculares en las extremidades, y con cierta turbación se metió la cabeza del bastón en la boca.

—Bueno, con respecto al robo, señor —dijo Blathers—, ¿cuáles son las circunstancias?

El señor Losberne, que parecía deseoso de ganar tiempo, se las relató con todo lujo de detalles y muchos rodeos. Los señores Blathers y Duff ponían cara de saber mucho y de vez en cuando asentían con la cabeza.

—Por supuesto, no puedo afirmar nada con certeza hasta que no hayamos inspeccionado el lugar —dijo Blathers—, pero mi opinión así, a bote pronto, es, y no me importa comprometerme hasta ese punto, que esto no ha sido obra de un gañán, ¿verdad, Duff?

—Seguro que no —contestó Duff.

—Y, traduciendo la palabra «gañán» para las damas, creo entender que lo que quiere decir es que este delito no lo ha cometido un campesino, ¿no es así? —dijo el señor Losberne con una sonrisa.

—Así es, caballero —contestó Blathers—. Ya está todo dicho sobre el robo, ¿no?

—Todo —confirmó el doctor.

—Bueno, ¿y qué es lo que pasa con ese muchacho del que los sirvientes no paran de hablar? —preguntó Blathers.

—Nada —contestó el doctor—. Uno de los sirvientes se asustó y se le metió en la cabeza que tenía algo que ver con el robo, pero son tonterías, un completo absurdo.

—Qué fácil se arregla la cosa —señaló Duff.

—Lo que dice es correcto —observó Blathers, asintiendo con la cabeza mientras jugaba despreocupadamente con las esposas como si fueran un par de castañuelas—. ¿Quién es el chico? ¿Qué dice de sí mismo? ¿De dónde viene? Porque no ha caído del cielo, ¿verdad, señor?

—En absoluto —contestó el doctor, mirando nervioso a las dos damas—. Conozco toda su historia, pero de eso podemos hablar más tarde. Supongo que primero les gustaría ver el lugar por donde intentaron entrar los ladrones.

—Por supuesto —respondió el señor Blathers—. Será mejor que primero inspeccionemos el lugar y que interroguemos a los sirvientes después. Esa es la forma habitual de proceder.

Se trajeron luces y los señores Blathers y Duff, ayudados por el alguacil local, Brittles, Giles y todos los demás, en definitiva, entraron en una habitación al final del pasillo y miraron hacia fuera por la ventana, después salieron al jardín y miraron hacia dentro por la ventana, y luego les dieron una vela con la que procedieron a inspeccionar la contraventana, y después una linterna con la que siguieron las huellas de las pisadas y luego una horca con la que removieron las matas. Habiendo llevado a cabo todo este procedimiento ante el profundo interés de los presentes, volvieron a entrar cuando finalizaron. Entonces el señor Giles y Brittles tuvieron que hacer una representación melodramática de su participación en los hechos de la noche anterior, que llevaron a cabo como unas seis veces, contradiciéndose el uno al otro en solo un detalle importante la primera vez y en una docena la última. Cuando finalizaron, Blathers y Duff despejaron la habitación y mantuvieron una larga entrevista, comparada con la cual, en cuanto a secretismo y solemnidad, una de grandes doctores sobre el más espinoso asunto de medicina no sería más que un juego de niños.

Mientras el doctor caminaba arriba y abajo en la habitación de al lado de forma inquieta, la señora Maylie y Rose le miraban ansiosamente.

—Les prometo —dijo, haciendo un alto después de varias idas y venidas— que no sé qué hacer.

—Seguro —dijo Rose— que la historia del pobre muchacho, contada con exactitud a estos señores, será suficiente para eximirle.

—Lo dudo, querida señorita —dijo el doctor, sacudiendo la cabeza—. No creo que eso le exculpase, ni ante ellos ni ante funcionarios de rango jurídico superior. Después de todo, es un fugitivo. A juzgar por los aspectos y las probabilidades más materiales, su historia es dudosa.

—Usted la cree, ¿verdad? —preguntó Rose con apuro.

—Yo la creo, aunque es extraña, y puede que sea un viejo tonto por creérmela —replicó el doctor—. No obstante, no creo que sea el tipo de historia que querría escuchar un agente de policía experimentado.

—¿Por qué no? —preguntó Rose.

—Porque, mi linda interrogadora —contestó el doctor—, desde su perspectiva, hay muchos puntos que no están claros, y él solo puede demostrar las partes desfavorables, pero ninguna de las favorables. Esos tipos, malditos sean, quieren saber el cómo y el porqué, y no dan nada por supuesto. Como afirma él mismo, se ha juntado con ladrones, fue llevado a una comisaría acusado de robarle la cartera a un caballero, de cuya casa fue sacado a la fuerza y conducido a un lugar que no puede describir ni identificar, y de cuya ubicación no tiene ni la más remota idea. Es traído a Chertsey por unos hombres que parecen haberse encaprichado rabiosamente de él, con o sin ganas, le meten por una ventana para que entre a robar y, justo cuando pretende dar la voz de alarma y avisar a sus habitantes y hacer la única cosa que podría

dejarle en buen lugar, se cruza en su camino el elemento ese metomentodo del mayordomo que le dispara, como para evitar adrede que haga algo bueno. ¿No lo ve usted?

—Por supuesto que sí —contestó Rose, sonriendo ante la impetuosidad del doctor—, pero sigo sin ver nada que incrimine al pobre muchacho.

—Ya —dijo el doctor—, claro que no. ¡Benditos sean los ojos de su sexo! Nunca ven, ya sea para bien o para mal, más de una cara de los problemas, y esa es siempre la primera que se les presenta.

Después de haberse desahogado con esta afirmación, basada en su experiencia, el doctor se puso las manos en los bolsillos y caminó por la habitación aún más deprisa que antes.

—Cuanto más lo pienso —dijo el doctor—, más claro tengo que vamos a tener un sinfín de problemas y dificultades si contamos a estos hombres la verdadera historia del muchacho. Estoy seguro de que no se la creerán, y aunque al final no puedan hacerle nada, el hecho de contarla y de divulgar las sospechas que recaerán sobre ella entorpecerá, sin duda, su benevolente plan de rescatarle de la miseria.

—¿Qué es lo que debemos hacer? —preguntó Rose—. ¡Ay, señor! ¿Por qué mandaron a esas personas?

—Eso, ¿por qué? —exclamó la señora Maylie—. Yo no les habría traído aquí por nada del mundo.

—Lo único que sé —dijo el señor Losberne al final, sentándose con una tranquilidad desesperada— es que debemos intentar sobrellevarlo con una actitud firme, ¡eso es todo! La intención es buena, y esa tendría que ser una buena excusa. El muchacho tiene fuertes síntomas de fiebre y no está en condiciones de que sigan hablando con él. Eso es un consuelo. Debemos hacerlo lo mejor que podamos, y si lo mejor es malo, pues no es culpa nuestra. ¡Entre!

—Bueno, señor —dijo Blathers mientras entraba en la habitación seguido de su compañero y cerrando bien la puerta antes de volver a hablar—. Esto no ha sido un robo amañado.

—¿Y qué narices es un robo amañado? —preguntó el doctor con impaciencia.

—Hablamos de un robo amañado, señoras —dijo Blathers dirigiéndose hacia ellas como si se compadeciese de su ignorancia, pero en cambio menospreciase la del doctor—, cuando los criados están implicados.

—Pero en este caso nadie sospecha de ellos —dijo la señorita Maylie.

—Es muy probable que no, señora —contestó Blathers—, pero podrían haber estado implicados de todas formas.

—Más aún precisamente por eso —dijo Duff.

—Hemos averiguado que se trata de alguien de la ciudad —dijo Blathers, prosiguiendo con su informe—, porque es un trabajo de primera categoría.

—Muy bien hecho, de verdad —comentó Duff en un tono más bajo.

—Hay dos implicados —continuó Blathers—, y debían de llevar a un muchacho, eso está claro por las dimensiones de la ventana. Eso es todo lo que podemos decir de momento. Ahora queremos ver al muchacho que tiene arriba, si no le importa.

—Puede que primero quieran beber algo, ¿no, señora Maylie? —dijo el doctor, con el rostro iluminado como si se le acabase de ocurrir algo.

—¡Ah, claro que sí! —exclamó Rose de forma solícita—. En seguida se lo traigo, si lo desean.

—De acuerdo, gracias, señorita —dijo Blathers, pasándose la manga del abrigo por la boca—. Es trabajo seco este oficio nuestro. Lo que tenga más a mano, señorita; no se tome muchas molestias por nosotros.

—¿Qué desean? —preguntó el doctor siguiendo a la joven dama hasta el aparador.

—Una copita de algo, señor, si no es molestia —contestó Blathers—. Hace frío en el viaje desde Londres, señora, y una copita siempre hace que los sentimientos entren en calor.

Esta interesante información iba dirigida a la señora Maylie, que la recibió con agrado. Mientras le hablaba a ella, el doctor salió de la habitación.

—¡Ah! —dijo el señor Blathers, cogiendo la copa no por el pie, sino por el fondo, asiéndola con los dedos pulgar e índice de la mano izquierda y colocándosela delante del pecho—. He visto muchos asuntos como este en mi vida, señoras.

—Como el caso aquel del callejón de Edmonton, Blathers —dijo el señor Duff, colaborando con la memoria de su colega.

—Fue algo parecido a esto, ¿verdad? —preguntó el señor Blathers—. Lo hizo Napias Chickweed.

—Tú siempre se lo has endosado a él —dijo Duff—, pero fue el Nene de la Familia, te lo digo yo. El Napias tuvo lo mismo que ver en el asunto que yo.

—¡Venga ya! —replicó el señor Blathers—. Anda que no lo sabré yo mejor que tú. ¿Te acuerdas de aquella vez que le robaron el dinero al Napias? ¡Menudo lío! Mejor que ninguna novela que haya leído nunca.

—¿Qué pasó? —preguntó Rose, ansiosa por fomentar cualquier síntoma de buen humor en sus poco gratos visitantes.

—Fue un robo, señorita, por el que era poco probable que nadie moviera un dedo —dijo Blathers—. El Napias del que le hablo...

—Le llamamos Napias porque tenía la nariz grande, señora —interrumpió Duff.

—Supongo que la señora ya sabía qué significaba, ¿verdad? —preguntó el señor Blathers—. Siempre estás interrumpiendo, compañero. Pues Napias Chickweed tenía una taberna en Brittlebridge, y una bodega donde muchos señoritos iban a ver peleas de gallos y acoso de tejones y cosas así; y estos deportes los llevaban a cabo de una manera muy intelectual, porque yo los he visto muchas veces. En aquel momento no

pertenecía a la familia, y una noche le robaron trescientas treinta y siete guineas que tenía en un saco de lona, y se las robó en plena noche de su misma habitación un hombre alto con un parche negro en el ojo que se había escondido debajo de su cama y que, después de haber cometido el robo, saltó por la ventana, que estaba a un piso de altura. Era muy rápido, pero el Napias también lo era. Le despertó el ruido, se levantó de la cama, disparó un trabuco al ladrón y despertó a todo el vecindario. Inmediatamente sonó la voz de alarma y, cuando se pusieron a buscar, se encontraron con que el Napias le había dado al ladrón, ya que había huellas de sangre que llegaban hasta unas estacas, a una buena distancia de allí. Pero el ladrón había huido con el botín, y, en consecuencia, el nombre del señor Chickweed, hostelero autorizado, apareció en la *Gaceta* junto con el de otros arruinados. Se reunió toda clase de ayudas, suscripciones y no sé qué cosas más para ayudar al pobre hombre, que estaba muy deprimido por la pérdida, y que anduvo por las calles durante tres o cuatro días arrancándose el cabello de manera tan desesperada que mucha gente temía que se matase. Un día va y viene a la comisaría con mucha prisa y mantiene una conversación privada con el juez, quien, tras una larga charla, hace sonar la campana y llama a Jem Spyers (Jem era un policía de paisano), y le dice que vaya a ayudar al señor Chickweed a detener al hombre que robó en su casa. «Le vi, Spyers», dijo el señor Chickweed, «pasar por mi casa ayer por la mañana». «¿Por qué no le echó el guante?», preguntó Spyers. «Porque me quedé tan pasmado que me podrían haber roto el cráneo con un palillo», dijo el pobre hombre, «pero seguro que le tenemos, porque entre las diez y las once de la noche volvió a pasar». Nada más oír esto, Spyers se metió en el bolsillo algo de ropa limpia y un peine por si acaso tuviera que pasar allí un día o dos, y para allá que se va y se sienta ante una ventana de la taberna tras una cortina roja, con el sombrero puesto y listo para saltar a la menor señal. Ya avanzada la noche, estaba fumándose una pipa cuando de repente se escuchó un grito de Chickweed: «¡Aquí está! ¡Alto, ladrón! ¡Asesino!». Jem Spyers salió disparado y vio a Chickweed corriendo por la calle mientras gritaba. Spyers sale corriendo, Chickweed no para, la gente se vuelve, todo el mundo grita: «¡Ladrones!», y el mismo Chickweed no para de gritar en todo el rato como si estuviese loco. Spyers le pierde de vista durante un momento al doblar una esquina, la dobla él también a todo trapo, ve una pequeña multitud y se mete en ella.

»—¿Quién es el hombre?

»—¡Maldita sea! Le he perdido otra vez —dice Chickweed.

»Era raro, pero no había rastro de él por ninguna parte, así que volvieron a la taberna. A la mañana siguiente, Spyers volvió a sentarse en su sitio, mirando a la calle desde detrás de la cortina, buscando a un hombre alto con un parche en el ojo, hasta que empezaron a dolerle los ojos. Al final no pudo evitar cerrarlos un segundo para que descansaran, y justo en ese mismo momento oyó a Chickweed gritar: “¡Ahí está!”.

Otra vez que sale pitando, con Chickweed ya un buen trecho delante de él, y después de una carrera el doble de larga que la del día anterior, ¡vuelve a perder al hombre! Esto ocurrió una o dos veces más, hasta que la mitad de los vecinos llegó a la conclusión de que al señor Chickweed le había robado el mismísimo diablo y ahora estaba gastándole bromas, y la otra mitad creía que el pobre señor Chickweed se había vuelto loco de pena.

—¿Qué dijo Jem Spyers? —preguntó el doctor, que volvió a la habitación poco después del comienzo de la historia.

—Jem Spyers —prosiguió el oficial— durante mucho tiempo no dijo nada, pero estaba atento a todo sin parecerlo, lo que demostraba que conocía su trabajo. Pero una mañana fue a la taberna, cogió su caja de rapé y dijo: «Chickweed, ya sé quién cometi6 el robo». «¿Lo sabe?», preguntó Chickweed. «¡Spyers, deje que me vengue y ya podré morirme tranquilo! ¿D6nde est6 ese villano?» «Vamos, no me tome por tonto», dijo Spyers ofreciéndole una pizca de rapé. «Lo hizo usted mismo.» Y así fue, y se había llevado un buen puñado de dinero y nadie lo hubiese pillado nunca si no se hubiese esforzado tanto por guardar las apariencias —dijo Blathers, dejando su copa de vino y haciendo sonar las esposas.

—La verdad, muy curioso —dijo el doctor—. Ahora, si lo desea, ya puede subir.

—Si a usted no le importa —respondió Blathers. Y siguiendo de cerca al señor Losberne, los dos oficiales subieron a la habitación de Oliver; el señor Giles encabezaba el grupo con una vela encendida.

Oliver había estado durmiendo, pero parecía que estaba peor y tenía más fiebre de lo que aparentaba. Con la ayuda del doctor, consiguió sentarse en la cama durante un minuto o así y miró a los extraños sin entender qué estaba ocurriendo, y tampoco parecía reconocer dónde estaba ni qué estaba pasando.

—Este —dijo el señor Losberne hablando en voz baja pero con gran vehemencia—, este es el muchacho que ha sido herido accidentalmente por una escopeta trampa cuando estaba jugando en los terrenos del señor no sé qué, aquí detrás. Vino pidiendo ayuda esta mañana e inmediatamente le echó el guante y le maltrató ese ingenioso caballero que está sujetando la vela, quien ha puesto su vida en un peligro considerable, tal y como puedo certificar profesionalmente.

Los señores Blathers y Duff miraron al señor Giles cuando su atención fue atraída hacia él y la mirada del mayordomo iba de ellos a Oliver y de Oliver al señor Losberne, con la más ridícula mezcla de miedo y perplejidad.

—No lo irás a negar, ¿verdad? —preguntó el doctor, recostando de nuevo con delicadeza a Oliver.

—¡Lo hice... con buena intención! —contestó Giles—. Creí que era el chico; si no, no le habría hecho daño. No tengo un carácter inhumano, señor.

—¿Creyó que era qué chico? —preguntó el oficial de más edad.

—¡El chico de los ladrones, señor! —contestó Giles—. Estoy seguro de que tenían a un chico.

—¿Cree usted lo mismo ahora? —preguntó Blathers.

—¿Que si creo qué? —contestó Giles, mirando a su interrogador con expresión vacía.

—¡Que si cree que es el mismo chico, estúpido! —volvió a preguntar Blathers con impaciencia.

—No lo sé, de verdad que no lo sé —dijo Giles, con pena en el rostro—. No podría jurarlo.

—¿Qué es lo que cree? —preguntó el señor Blathers.

—No sé qué creer —contestó el pobre Giles—. No creo que sea el chico; de hecho, estoy casi seguro de que no es él. Usted sabe que no puede ser.

—Señor, ¿ha estado bebiendo este hombre? —preguntó Blathers volviéndose hacia el doctor.

—¡Pero qué hombre más pasmado! —dijo Duff, dirigiéndose a Giles con sumo desdén.

Mientras tenía lugar esta conversación, el señor Losberne había estado tomándole el pulso al paciente, pero se levantó de la silla que estaba junto a la cama y sugirió que si los oficiales tenían alguna duda sobre el tema, quizá podrían ir a la habitación contigua y hablar con Brittles.

A raíz de esta sugerencia, se trasladaron a la habitación vecina, donde Brittles, tras ser convocado allí, se involucró a sí mismo y a su respetado superior en un laberinto de nuevas contradicciones e imposibilidades que no arrojaban luz alguna sobre nada en concreto salvo el hecho de su grandísima confusión, exceptuadas, eso sí, las declaraciones de que no reconocería al chico verdadero si se lo pusieran delante en aquel mismo instante, que había pensado que era Oliver porque lo había dicho el señor Giles y que el señor Giles había admitido cinco minutos antes que empezaba a temerse que se había precipitado un poco.

Entre otras ingeniosas suposiciones, surgió la cuestión de si el señor Giles realmente había disparado a alguien, y, después de examinar la pistola gemela de la que había disparado, resultó que lo más destructivo que tenía era pólvora y papel de estraza, descubrimiento que causó una impresión considerable en todo el mundo, excepto en el doctor, que había retirado la bala unos diez minutos antes. Sin embargo, quien se llevó la mayor impresión de todos fue el propio señor Giles, quien, tras vivir varias horas con el temor de haber herido de muerte a un semejante, se aferró con todas sus fuerzas a esta nueva idea y la defendió tanto como pudo. Finalmente, los oficiales, sin preocuparse demasiado por Oliver, dejaron al alguacil de Chertsey en la casa, se dispusieron a descansar aquella noche en el pueblo y prometieron volver a la mañana siguiente.

A la mañana siguiente corrió el rumor de que dos hombres y un chico que habían sido detenidos durante la madrugada bajo circunstancias sospechosas estaban en una cárcel en Kingston, y así pues, a Kingston se dirigieron los señores Blathers y Duff. Sin embargo, las circunstancias sospechosas, tras ser investigadas, se reducían al hecho de que habían sido descubiertos durmiendo en un almiar, lo cual, a pesar de ser un gravísimo delito, solo se castiga con la cárcel y no se considera, a los ojos misericordiosos de la ley inglesa y de su amor indiscriminado hacia todos los súbditos del rey, prueba suficiente, a falta de otros testimonios, de que el durmiente o durmientes hayan cometido allanamiento de morada con violencia y de que se hayan hecho acreedores, por lo tanto, a la pena de muerte. Así pues, el señor Blathers y el señor Duff volvieron sin saber nada nuevo.

Resumiendo, después de seguir con la investigación, y de más interrogatorios, se convenció a un juez de la zona de que la señora Maylie y el señor Losberne fueran fiadores de Oliver en el caso de que este tuviese que comparecer; y Blathers y Duff, tras ser recompensados con un par de guineas, volvieron a la ciudad con opiniones divididas sobre el caso que les había ocupado: el segundo caballero, tras una reflexión serena sobre las circunstancias, se inclinaba a creer que el intento de robo había sido cometido por el Nene de la Familia, mientras que el primero estaba dispuesto a atribuirle todo el mérito al gran señor Napias Chickweed.

Mientras tanto, Oliver se recuperaba poco a poco y mejoraba bajo los cuidados conjuntos de la señora Maylie, Rose y el bondadoso señor Losberne. Si en el cielo se escuchan las fervientes oraciones de los corazones rebosantes de gratitud —y si no, ¿qué oraciones van a escucharse?—, las bendiciones que el niño huérfano invocó para ellos tomaron posesión de sus almas y las impregnaron de paz y de felicidad.

CAPÍTULO XXXI

De la feliz vida que Oliver empezó a llevar con sus amables amigos

Los achaques de Oliver no eran ni leves ni pocos. Además del dolor y la lentitud en la curación que conlleva tener un miembro roto, la exposición a la humedad y al frío le había causado calentura y fiebre, que le duraron muchas semanas e hicieron mella en él de manera lamentable. Pero al final empezó a mejorar poco a poco y a decir, con voz lacrimosa, que apreciaba profundamente la bondad de las dos mujeres y que, cuando estuviese recuperado, deseaba con fervor hacer algo para manifestar su gratitud; algo que les mostrase el amor y el reconocimiento que le colmaban el espíritu, algo sencillo que, sin embargo, les confirmase que su tierna amabilidad no había sido en vano, sino que el pobre niño rescatado del sufrimiento o la muerte gracias a su caridad estaba impaciente y ansioso por servirles con toda su alma y su corazón.

—¡Pobre criatura! —dijo Rose un día, cuando Oliver hacía esfuerzos por pronunciar débilmente las palabras de agradecimiento que ascendían a sus pálidos labios—. Tendrás muchas oportunidades de servirnos, si así lo deseas. Nos vamos al campo, y mi tía se propone que nos acompañes. La tranquilidad del lugar, el aire puro y todos los placeres y la belleza de la primavera harán que te recuperes en pocos días, y en cuanto puedas soportarlo te encargaremos cientos de tareas.

—¡Soportarlo! —exclamó Oliver—. ¡Ay, señorita, si yo pudiese trabajar para usted! ¡Si yo pudiese hacerla feliz al regarle las plantas, o al cuidarle los pájaros, o al correr todo el día de arriba abajo para que estuviese contenta...! ¡Daría lo que fuese por conseguirlo!

—No tendrás que dar nada de nada —dijo la señorita Maylie sonriendo—, ya que, como te he dicho antes, te vamos a encargar cientos de tareas, y con que te esfuerces la mitad de lo que prometes ahora, estoy segura de que me harás muy feliz.

—¿La haré feliz, señorita? —exclamó Oliver—. ¡Qué amable es al decir eso!

—Me harás más feliz de lo que te pueda llegar a explicar —respondió la joven—. Pensar que mi querida tía ha sido el medio para rescatar a alguien de la tristeza y la

desdicha que nos has descrito es ya un placer indescriptible para mí, pero saber que el objeto de su bondad y compasión está sinceramente agradecido y que le ha tomado cariño por ello me llena más de alegría de lo que nunca podrías imaginar. ¿Me entiendes? —preguntó, observando el rostro pensativo de Oliver.

—¡Sí, señorita, claro que sí! —contestó Oliver con entusiasmo—, pero estaba pensando en el poco agradecimiento que nuestro ahora.

—¿Hacia quién? —preguntó la joven.

—Hacia el amable señor y la querida aya que me cuidaron tanto antes —respondió Oliver—. Si supieran lo feliz que me encuentro estarían encantados, seguro.

—Seguro que sí —corroboró la joven benefactora de Oliver—, y el señor Losberne ya ha tenido la amabilidad de prometer que, en cuanto te hayas recuperado lo suficiente para soportar el viaje, te llevará a verles.

—¿Eso es lo que ha dicho, señorita? —exclamó Oliver, con el rostro iluminado de satisfacción—. ¡No sé qué voy a hacer de la alegría que me dará ver su dulce rostro de nuevo!

En poco tiempo Oliver se recuperó lo suficiente para sobrellevar la fatiga de dicha expedición, y una mañana él y el señor Losberne partieron como se había acordado en un pequeño carruaje que pertenecía a la señora Maylie. Cuando llegaron a Chertsey Bridge, Oliver palideció de pronto y lanzó un fuerte grito.

—¿Qué le pasa al chiquillo? —vociferó el doctor, como siempre muy agitado—. ¿Qué ves, qué oyes, qué sientes, eh?

—Esa, señor —exclamó Oliver, señalando por la ventana del carruaje—. ¡Es esa casa!

—¿Sí? ¿Qué pasa con ella? Pare, cochero, deténgase aquí mismo. ¿Qué pasa con la casa, eh, amigo mío?

—Los ladrones, esa es la casa a la que me llevaron —susurró Oliver.

—¿Que esa es la casa? —exclamó el médico—. ¡Allá voy, dejadme salir!

Pero, antes de que el cochero tuviese tiempo de bajar de su asiento, el médico ya se las había arreglado para salir pitando del vehículo de un modo u otro y, tras echarse a correr hacia el grupo de viviendas abandonadas, empezó a dar puntapiés a la puerta como un loco.

—Eh, ¿quién es? —dijo un hombrecillo feo y jorobado, que abrió la puerta de forma tan repentina que el médico, a causa del ímpetu de su último puntapié, estuvo a punto de darse de bruces con el pasillo—. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Que qué pasa? —exclamó el otro, agarrándole sin pensárselo—. ¡Pues pasa algo muy gordo, un robo, eso es lo que pasa!

—Pues también va a haber un asesinato —contestó el jorobado fríamente—, si no me quitas las manos de encima, ¿ha quedado claro?

—Sí, muy claro —dijo el médico, sacudiendo enérgicamente a su prisionero—. ¿Dónde está...? ¿Cómo se llama el tipejo ese...? Sikes. Eso es. ¿Dónde está Sikes, ratero?

El jorobado le miró con un asombro y una indignación exagerados y, liberándose hábilmente de las manos del médico, masculló una descarga de juramentos horribles, tras lo cual volvió a entrar en la casa. Sin embargo, antes de que pudiese cerrar la puerta, el médico aprovechó para introducirse él también en el salón sin decir ni una palabra. Miró con inquietud a su alrededor: ningún mueble ni ningún rastro de nada, animado o inanimado, ni siquiera la posición de los armarios, correspondía a la descripción de Oliver.

—Bueno —dijo el jorobado, que le había estado observando minuciosamente—, ¿qué es lo que pretendes, entrando de esa manera tan violenta en mi casa? ¿Quieres robarme, o asesinarme? ¿Cuál de las dos cosas?

—¿Ha visto alguna vez a un hombre hacer cualquiera de esas dos cosas después de haberse bajado de semejante carruaje, mono de feria? —dijo el irascible médico.

—¿Y entonces qué quieres? —preguntó el jorobado, furioso—. ¿Quieres hacer el favor de largarte antes de que te haga daño? ¡Maldita sea!

—Me iré cuando lo considere oportuno —respondió el señor Losberne, observando la habitación contigua, que, al igual que la primera, no coincidía en absoluto con la que había descrito Oliver—. Ya le cogeré algún día, amigo, ya verá.

—¿Ah, sí? —exclamó el hombre tullido y poco agraciado—. Si alguna vez me buscas, aquí estaré. Después de vivir veinticinco años en este lugar, loco y completamente solo, no voy a tenerte miedo a ti. ¡Pagarás por esto! ¿Me oyes? ¡Pagarás por esto!

Y mientras decía esas palabras, aquel demonio deformado profirió un alarido espantoso y se puso a brincar en un arranque de cólera.

—Vaya ridiculez —murmuró el médico para sus adentros—. El niño debe de haberse equivocado. Tome, métase esto en el bolsillo y cállese ya.

Diciendo esto, le arrojó una moneda al jorobado y volvió al carruaje.

El hombre siguió al médico hasta la puerta del coche, profiriendo maldiciones y juramentos atroces por el camino, pero mientras el señor Losberne se volvió para hablar con el cochero, el jorobado se asomó dentro y le dirigió a Oliver una mirada tan penetrante y cruel, y a la vez tan colérica y vengativa, que el niño no fue capaz de olvidarla durante meses, ya estuviese despierto o dormido. Continuó lanzando improperios espantosos hasta que el cochero retomó su asiento y, cuando se encontraban ya de nuevo en marcha, le vieron, a cierta distancia, pataleando y arrancándose el cabello en arrebatos desenfrenados de ira.

—¡Soy un idiota! —dijo el médico después de guardar silencio durante un rato—. ¿Estabas al corriente de eso, Oliver?

—No, señor.

—Pues recuérdalo la próxima vez. —Tras una nueva pausa de varios minutos el médico volvió a repetir—: Un idiota. Aunque hubiese sido el lugar correcto y hubiese encontrado a los tipos que buscaba, ¿qué podría haber hecho yo solo? Y si hubiese contado con ayuda, no sé qué hubiera podido hacer aparte de delatarme a mí mismo y tener inevitablemente que dar explicaciones sobre la manera en que he acallado este asunto. Aunque me lo tendría merecido. Siempre me estoy metiendo en un lío u otro por actuar conforme a mis impulsos, y quizá me hubiese venido bien.

En realidad, durante toda su vida, el excelente médico no había actuado más que por impulso y, como halago hacia la naturaleza de los impulsos que le gobernaban, se podría decir que, lejos de involucrarse en problemas o desgracias inusuales, le habían proporcionado la más alta estima y el mayor respeto por parte de todos sus conocidos. En honor a la verdad, hay que decir que estuvo un par de minutos malhumorado a causa de la decepción de no haber podido corroborar las pruebas de la historia de Oliver en la primera ocasión que se le brindaba para hacerlo. Pero pronto volvió a la normalidad, y al ver que las respuestas de Oliver a sus preguntas seguían siendo directas y consistentes, y que todavía las formulaba con la misma aparente sinceridad y honradez con la que lo había hecho desde el principio, tomó la decisión de atribuirles absoluta credibilidad a partir de aquel momento.

Como Oliver conocía el nombre de la calle donde residía el señor Brownlow, pudieron dirigirse directamente al lugar. Cuando el carruaje dobló la esquina, el corazón le latía tan violentamente que casi no podía respirar con normalidad.

—Bueno, hijo, ¿qué casa es? —le preguntó el señor Losberne.

—¡Esa, esa! —contestó Oliver, señalando orgullosamente a través de la ventana—. La casa blanca. ¡Venga, démonos prisa! Me siento como si me fuese a morir: ¡me tiembla todo el cuerpo!

—¡Vamos, vamos! —dijo el afable médico, dándole palmaditas en la espalda—. Les vas a ver en seguida, y van a estar encantados de saber que estás sano y salvo.

—Sí, ¡eso espero! —exclamó Oliver—. Se portaron tan bien conmigo, ¡tan, tan bien!

El carruaje prosiguió su camino. Después se detuvo: no, no era aquella casa. Era la vivienda de al lado. Continuó unos metros y se detuvo de nuevo. Oliver levantó la vista hacia las ventanas y unas lágrimas de feliz expectación se deslizaron por sus mejillas.

Pero ¡ay!, la casa blanca estaba vacía, y había un cartel en la ventana que decía «Se alquila».

—Llamaré a la puerta de los vecinos —dijo el señor Losberne, tomando a Oliver del brazo—. ¿Podría decirme qué ha pasado con el señor Brownlow, que vivía en la casa de al lado?

La criada no lo sabía, pero fue a preguntar. Regresó al minuto y dijo que el señor Brownlow había vendido sus propiedades y se había marchado a las Antillas hacía seis semanas. Oliver se retorció las manos y dio un paso atrás, lánguidamente.

—¿Su ama de llaves también se fue con él? —preguntó el señor Losberne, tras una breve pausa.

—Sí, señor —contestó la sirvienta—. El anciano caballero, el ama de llaves y otro caballero amigo del señor Brownlow partieron juntos.

—Entonces regresemos a casa —le dijo el señor Losberne al cochero—, ¡y no pares de arrear a los caballos hasta que hayamos salido de este maldito Londres!

—¡El librero, señor! —dijo Oliver—. Sé cómo llegar hasta allí. Por favor, señor, ¡vayamos a verle! ¡Por favor!

—Mi pobre niño, hoy ya te has llevado suficientes decepciones —dijo el médico—. Los dos nos hemos llevado demasiadas. Si vamos al puesto del librero nos encontraremos con que ha muerto, o ha incendiado su casa, o se ha fugado. No, ¡nos vamos directos a casa!

Y obedeciendo al primer impulso del médico, hacia allí se fueron.

Oliver experimentó mucha tristeza y dolor a causa de esta amarga decepción, a pesar de la felicidad que le envolvía, ya que mientras estaba enfermo se había entretenido con el placer de pensar en todas las cosas que le dirían el señor Brownlow y la señora Bedwin, y con qué gusto les contaría cuántos largos días y noches había pasado reflexionando sobre lo que habían hecho por él y lamentándose por su cruel separación. Además, la esperanza de poder finalmente dar explicaciones sobre cómo se lo llevaron a la fuerza había mantenido al niño a flote y le había reconfortado a lo largo de los numerosos trances que había sufrido recientemente, y en ese momento, el hecho de que se hubiesen ido tan lejos con la convicción de que era un impostor y un ladrón (convicción que podría permanecer sin desmentir hasta el fin de sus días) era más de lo que Oliver podía soportar.

Sin embargo, aquellas circunstancias no alteraron el comportamiento de sus benefactoras. Dos semanas después, cuando el calor y el buen tiempo ya habían empezado, y en todos los árboles brotaban hojas y florecían las plantas, realizaron los preparativos necesarios para dejar la casa de Chertsey durante algunos meses. Tras introducir en el banco la vajilla de plata que había despertado la concupiscencia del judío y dejar a Giles y a otro criado a cargo de la casa, partieron rumbo a una casita que tenían en el campo, llevándose a Oliver con ellas.

Es imposible describir el placer y el deleite, la serenidad y la dulce calma que el niño aún débil sintió con aquel aire templado, entre las verdes colinas y los frondosos bosques de un pueblecito de interior. Es imposible explicar de qué manera penetran las escenas de paz y tranquilidad en las mentes de las personas curtidas por el dolor, que viven en lugares atestados y ruidosos, y cómo estas escenas consiguen llevar su

frescura hasta el mismo centro de sus cansados corazones. Se sabe que los hombres que han vivido en calles abarrotadas y estrechas durante toda una vida de duro trabajo, sin aspirar a otra cosa, los hombres cuyas costumbres se han convertido en su segunda naturaleza y que casi han llegado a amar cada una de las piedras y los ladrillos que forman la estrecha barrera de sus recorridos diarios, incluso ellos, cuando la mano de la muerte estaba a punto de asirles, han anhelado finalmente echar un breve vistazo al rostro de la naturaleza, después de lo cual, dejándose llevar lejos de las escenas de sus anteriores sufrimientos y placeres, han creído entrar en un nuevo estado del ser y, avanzando lentamente, día tras día, hacia algún lugar verde y soleado, gracias a la simple visión del cielo, la colina, el llano o el agua resplandeciente, se les han despertado tales recuerdos de dichas escenas que su rápido declive se ha visto suavizado por un anticipo del mismísimo paraíso, y han ido a reposar en sus tumbas con la misma serenidad que el sol, que habían visto ponerse desde la solitaria ventana de su cuarto tan solo unas horas antes, desdibujado por lo borroso y débil de su visión. Los recuerdos evocados por pacíficas escenas bucólicas no son de este mundo, ni pertenecen a sus pensamientos y esperanzas. Su tierna influencia quizá nos enseñe a llevar ramos frescos a las tumbas de aquellos a quienes queríamos, quizá purifique nuestros pensamientos y elimine enemistades u odios antiguos; pero en el fondo persiste, aun en la mente menos inclinada a la reflexión, la conciencia vaga e incipiente de haber albergado dichos sentimientos mucho tiempo atrás, en una época remota y distante, la cual invoca pensamientos solemnes del mañana y hace que el orgullo y lo mundano queden relegados a un segundo plano.

El lugar al que se retiraron era precioso, y Oliver, cuya existencia había transcurrido entre multitudes escuálidas, entre ruidos y peleas, parecía haber comenzado allí una vida nueva. Las rosas y madreselvas se adherían a los muros de la casa, la hiedra trepaba alrededor de los troncos de los árboles, y las flores del jardín perfumaban el aire con agradables aromas. No muy lejos había un pequeño camposanto, no atiborrado de lápidas altas y feas, sino lleno de humildes túmulos cubiertos de césped y musgo frescos, debajo de los cuales descansaban los ancianos del pueblo. Oliver se acercaba allí a menudo y, pensando en la tumba desdichada donde yacía su madre, a veces se sentaba y sollozaba sin que le vieran; pero cuando levantaba los ojos hacia el inmenso cielo que le cubría, dejaba de pensar que estaba bajo tierra y lloraba por ella con sentimiento pero sin dolor.

Fue una época feliz. Los días eran tranquilos y serenos, y las noches no acarreaban ni miedos ni preocupaciones, ni se pudría nadie en una espantosa prisión ni nadie se juntaba con sinvergüenzas. Solo pasaban por su mente ideas plácidas y felices. Cada mañana Oliver iba a casa de un caballero de pelo cano, que vivía cerca de la iglesia, quien le enseñaba a leer mejor y a escribir, y que hablaba de forma tan amable y se preocupaba tanto por él que el niño hacía todo lo posible por complacerle. Después

se paseaba con la señora Maylie y con Rose y las oía hablar sobre libros, o quizá se sentaba junto a ellas a la sombra para escuchar a la joven mientras leía, cosa que el niño habría hecho hasta que estuviese tan oscuro que ya no se viesen las letras. Más tarde Oliver tenía que preparar la lección del día siguiente, para lo cual trabajaba duro en una pequeña habitación que daba al jardín hasta que anochecía lentamente, momento en que las mujeres volvían a dar un paseo. El niño las acompañaba, y oía deleitado todo lo que decían. Se alegraba de poder trepar a algún sitio para cogerles una flor, o de volver a casa corriendo si se habían olvidado algo; toda rapidez le parecía poca. Cuando oscurecía del todo y volvían a casa, la joven se sentaba al piano y tocaba alguna pieza melancólica, o cantaba con voz grave y tierna alguna antigua canción que le gustase escuchar a su tía. En momentos así no se encendía ninguna vela, y Oliver se sentaba junto a la ventana para oír la dulce música, mientras lágrimas serenas de felicidad le resbalaban por las mejillas.

Y cuando llegaba el domingo, ¡de qué modo tan distinto transcurría la jornada, comparado con lo que Oliver había conocido hasta entonces! ¡Y de qué modo tan alegre, como todos los demás días de aquella época tan feliz! Por las mañanas, en la pequeña iglesia las hojas verdes ondeaban junto a las ventanas, los pájaros cantaban en el exterior y la brisa fragante entraba por el bajo porche y perfumaba la acogedora estancia con su aroma. La gente humilde estaba tan limpia y aseada, y se arrodillaba de forma tan solemne al rezar, que daba la sensación de que reunirse allí resultaba un placer en lugar de una obligación tediosa. Aunque cantaban de forma algo tosca, lo hacían con autenticidad, y por lo menos a oídos de Oliver los cantos parecían más armoniosos que cualquiera que hubiese escuchado antes en una iglesia. Más tarde empezaban los paseos, como de costumbre, y las visitas a los hogares de los trabajadores. Por la noche Oliver leía un capítulo o dos de la Biblia, que había estado estudiando a lo largo de la semana, y dicho trabajo le producía más orgullo y satisfacción que si él mismo hubiese sido el párroco.

Por las mañanas, Oliver estaba en pie a las seis en punto recorriendo los campos e inspeccionando todas las cercas de un extremo al otro para componer ramilletes de flores silvestres, los cuales llevaba de vuelta a casa para adornar la mesa del desayuno, colocándolos con sumo cuidado de la manera más bella posible. También cogía hierba cana para los pájaros de la señorita Maylie, una planta que había estudiado bajo la enseñanza del capellán del pueblo, y con la cual decoraba las jaulas con el gusto más exquisito. Cuando había dejado a los pájaros bien arreglados y listos para ese día, normalmente había que hacer algún recado benéfico en el pueblo, o, si no, siempre había alguna tarea pendiente en el jardín o con las plantas, a la cual Oliver, que había estudiado dicha ciencia con el mismo maestro, que era jardinero de profesión, se entregaba con mucho empeño y buena voluntad hasta que la señorita Rose hacía su aparición y elogiaba sin cesar todo el trabajo que había realizado el niño, para quien

una sola de las alegres y preciosas sonrisas de la joven era recompensa más que suficiente.

Transcurrieron así tres meses; tres meses que, para los mortales más afortunados y favorecidos, hubiesen sido de absoluta felicidad, pero que para Oliver, que había vivido un despertar turbio y nublado, fueron una verdadera gloria. Con la generosidad más pura y afectuosa por un lado, y con la gratitud más auténtica, cálida y profunda por el otro, no es de extrañar que Oliver Twist, al final de ese corto período, se hubiese amoldado por completo a vivir con la anciana y su sobrina, y que el cariño ferviente de su joven y sensible corazón se viese correspondido por el orgullo y el afecto que ellas sentían por él.

CAPÍTULO XXXII

En el que la felicidad de Oliver y sus amigos sufre una brusca interrupción

La primavera pasó volando y llegó el verano; y si el pueblo había sido bello al principio, ahora estaba en la plenitud y esplendor de su exuberancia. Los grandes árboles, que habían estado encogidos y sin hojas en los meses anteriores, vivían ahora un estallido de vida y salud, y, extendiendo sus verdes brazos sobre el suelo sediento, convertían sitios abiertos y desnudos en selectos rincones, con una sombra intensa y grata desde la que se divisaba el amplio panorama, bañado por la luz del sol, que se extendía más allá. La tierra se había puesto su manto más verde y derramaba sus perfumes más intensos. Era el momento de la plenitud del año y todo era felicidad y pujanza.

La misma vida tranquila seguía su curso en la casita de campo, y la misma alegre serenidad prevalecía entre sus habitantes. Hacía tiempo que Oliver había recuperado la salud y el vigor; pero la salud o la enfermedad no le cambiaban los sinceros sentimientos hacia aquellos que le rodeaban (aunque sí cambian los sentimientos de mucha gente), y él seguía siendo la misma criatura tierna, cariñosa y afectuosa que había sido cuando el dolor y el sufrimiento habían agotado sus fuerzas y dependía de aquellos que le cuidaban para cada pequeña atención y consuelo.

Una bella noche habían dado un paseo más largo de lo habitual, pues el día fue excepcionalmente cálido, resplandecía la luna y corría una leve brisa más refrescante de lo normal. Rose también estaba muy contenta y habían seguido andando en animada conversación hasta que sobrepasaron los límites acostumbrados. La señora Maylie estaba fatigada, así que volvieron a casa más despacio. La joven, que se limitó a quitarse su sencilla toca a toda prisa, se sentó al piano como de costumbre y, tras toquetear las teclas distraídamente durante unos minutos, empezó a tocar una melodía grave y muy solemne, y mientras tocaba la oyeron sollozar como si estuviera llorando.

—¡Rose, querida! —dijo la anciana.

Rose no contestó, sino que tocó un poco más rápido, como si el sonido la hubiera hecho salir de unos pensamientos dolorosos.

—¡Rose, mi amor! —gritó la señora Maylie levantándose apresuradamente e inclinándose sobre ella—. ¿Qué te pasa? Tienes la cara bañada en lágrimas. Mi querida niña, ¿qué te aflige?

—Nada tía... nada, —respondió la joven—. No sé lo que es, no puedo describirlo, pero me siento tan mal esta noche y...

—¿No estarás enferma, mi amor? —interpuso la señora Maylie.

—¡No, no! ¡Ay, enferma no! —respondió Rose, que se estremeció como si la hubiera recorrido un escalofrío mortal mientras hablaba—; y seguro que voy a estar mejor. Cierra la ventana, por favor.

Oliver se apresuró a obedecer y la joven, haciendo un esfuerzo por recobrar su buen humor, procuró tocar algún tema más animado. Pero sus dedos caían sin fuerzas sobre las teclas y ella, tapándose la cara con las manos, se dejó caer en un sofá y dio rienda suelta a las lágrimas que ahora era incapaz de reprimir.

—¡Mi niña! —dijo la anciana abrazándola tiernamente—, nunca te había visto así.

—No la alarmaría si pudiera evitarlo —replicó Rose—, pero de verdad que lo he intentado con todas mis fuerzas y es superior a mí. Me temo que sí que estoy enferma, tía.

Y tanto que lo estaba, pues cuando trajeron las velas vieron que en el breve espacio de tiempo que había transcurrido desde su regreso a casa el color de su rostro se había vuelto de un blanco marmóreo. Su expresión no había perdido ni un ápice de su belleza, pero aun así estaba cambiada y su dulce cara tenía un aspecto demacrado de inquietud que nunca antes había tenido. Un minuto después estaba cubierto de un rubor carmesí y un fuerte delirio invadió sus delicados ojos azules, que volvió a desaparecer como la sombra que produce una nube pasajera, dejándola una vez más pálida como la muerte.

Oliver, que miraba a la anciana con preocupación, observó que estaba asustada por estas apariencias, y a decir verdad, él también estaba preocupado; pero al ver que ella fingía quitarles importancia, él procuró hacer lo mismo, y les salió tan bien que cuando la tía convenció a Rose de que se fuera a dormir, ella tenía la moral más alta e incluso parecía estar mejor de salud, y les aseguró que sin duda se despertaría completamente bien.

—Espero, señora —dijo Oliver cuando la señora Maylie regresó—, que no sea nada serio. La señorita Maylie no tiene buena cara esta noche, pero...

La anciana le hizo señas para que no hablara y, sentándose en un oscuro rincón de la habitación, se quedó en silencio durante un rato. Finalmente dijo con voz temblorosa:

—Espero que no, Oliver. He sido muy feliz con ella durante algunos años..., demasiado feliz quizá, y puede que sea la hora de que me encuentre con alguna desgracia, pero espero que no sea esta.

—¿Qué desgracia, señora? —preguntó Oliver.

—El duro golpe —dijo la anciana casi sin poder hablar— de perder a la querida niña que ha sido tanto tiempo mi consuelo y mi felicidad.

—¡Ay! ¡Dios no lo quiera! —exclamó Oliver apresuradamente.

—¡Amén, mi niño! —dijo la anciana, retorciéndose las manos.

—¡Seguro que no hay peligro de nada tan horrible! —dijo Oliver—. Hace dos horas estaba del todo bien.

—Pero ahora está muy enferma —replicó la señora Maylie—, y se pondrá peor, estoy segura. ¡Ay, mi niña Rose! ¡Ay!, ¿qué haría yo sin ella?

La señora cedió al peso de sus tristes pensamientos y se dejó llevar por una pena tan grande que Oliver, conteniendo su propia emoción, se aventuró a reprochárselo y a suplicarle fervorosamente que se tranquilizara, por el bien de la querida joven.

—Y piense, señora —dijo Oliver mientras las lágrimas le brotaban a la fuerza de los ojos a pesar de sus esfuerzos por evitarlo—, ¡ay!, piense en lo joven y lo buena que es y en el optimismo y consuelo que da a todos los que la rodean. Estoy convencido..., seguro..., completamente seguro... de que por el bien de usted, que es tan buena también, por el bien de ella y por el de todos a los que hace tan felices, no morirá. Dios no dejará que muera aún.

—¡Cállate! —dijo la señora Maylie poniendo la mano sobre la cabeza de Oliver—. Piensas como un niño, pobrecito; y aunque lo que dices puede que sea lógico, no es verdad. Pero me muestras cuál es mi deber, no obstante. Por un momento lo había olvidado, Oliver, y espero que se me perdone, pues soy vieja y tengo bastante experiencia de la enfermedad y de la muerte para saber del dolor que dejan a aquellos que se quedan. También tengo bastante experiencia para saber que no siempre es el más joven y bueno el que se salva para quedarse con aquellos que le aman; pero esto debería darnos aliento en vez de pena, pues Dios es justo y tales cosas nos enseñan de forma admirable que hay un mundo mucho más luminoso que este y que el viaje hacia él es rápido. ¡Hágase la voluntad de Dios! Pero yo la quiero, ¡y solo Él sabe bien cuánto!

Oliver se sorprendió de ver que mientras la señora Maylie decía estas palabras, dio fin a sus lamentaciones con un único esfuerzo y, enderezándose mientras hablaba, se puso bastante serena y firme. Aún se asombró más de ver que esta firmeza duraba y que, durante todas las atenciones y vigiliias que siguieron, la señora Maylie estuvo siempre dispuesta y sosegada, desempeñando de forma constante todas las funciones que recaían sobre ella e incluso, a juzgar por las apariencias, alborozadamente. Pero él era joven y no sabía qué era capaz de hacer una mente fuerte bajo circunstancias difíciles. ¿Cómo había de saberlo él, de hecho, cuando resulta que muchas veces no lo saben ni los poseedores de dichas mentes?

Siguió una noche llena de ansiedad y, cuando amaneció, las predicciones de la señora Maylie no hicieron más que confirmarse. Rose estaba en la primera fase de una fiebre alta y peligrosa.

—Debemos actuar, Oliver, y no ceder a una pena inútil —dijo la señora Maylie poniéndose los dedos en los labios mientras le miraba a la cara fijamente—; esta carta debe ser enviada con toda la urgencia posible al señor Losberne. Debe llevarse al mercado, que no está a más de siete kilómetros por el sendero que cruza los campos, y desde allí enviarse por correo expreso a caballo directamente a Chertsey. La gente de la posada se comprometerá a hacerlo y puedo confiar en que tú te ocuparás de que se haga, lo sé.

Oliver no pudo responder, pero vio que su inquietud desaparecía inmediatamente.

—Aquí hay otra carta —dijo la señora Maylie haciendo una pausa para reflexionar—, pero no sé si enviarla ahora o esperar a ver cómo sigue Rose, no lo sé. No la remitiría a menos que me temiera lo peor.

—¿También es para Chertsey, señora? —preguntó Oliver, impaciente por cumplir su encargo y tendiendo su mano temblorosa hacia la carta.

—No —respondió la anciana, dándosela de forma mecánica. Oliver le echó un vistazo y vio que iba dirigida al señor Harry Maylie, a la mansión de algún noble, pero no pudo distinguir dónde.

—¿La llevo, señora? —preguntó Oliver alzando la vista con impaciencia.

—Creo que no —respondió la señora Maylie retirándola—. Esperaré hasta mañana.

Con estas palabras le dio su monedero a Oliver y este partió sin más demora a la mayor velocidad que pudo.

Corrió con rapidez a través de los campos y por los pequeños caminos que a veces los dividían, ora casi ocultos por el alto trigo a lado y lado, ora saliendo a campo abierto, donde los segadores y gañanes estaban ocupados en su trabajo; no paró ni una vez, más que unos segundos de vez en cuando para recobrar el aliento, hasta que llegó, muy acalorado y cubierto de polvo, a la pequeña plaza del mercado del pueblo.

Aquí se detuvo y buscó la posada. Había un banco blanco, una fábrica de cerveza roja y un ayuntamiento amarillo; y en una esquina, una gran casa con toda la madera pintada de verde ante la cual estaba el letrero de The George. Oliver se precipitó hacia ella en cuanto la divisó.

Oliver se dirigió a un postillón que estaba dormitando a la entrada, quien, tras oír lo que quería, le remitió al mozo de cuadra, quien, tras oír todo lo que tenía que decir otra vez, le remitió al patrón, un caballero alto que llevaba pañuelo azul, sombrero blanco, calzones grises y botas con la caña a juego, y que estaba apoyado contra una bomba de agua a la puerta de la cuadra, escarbándose los dientes con un palillo de plata.

Este caballero caminó con mucha lentitud hacia el bar para sacar la cuenta, que costó mucho de sacar, y después de que estuviera lista y pagada, se tuvo que ensillar un caballo y vestir a un hombre, lo cual ocupó diez largos minutos más; entretanto, Oliver estaba en un estado tan desesperado de impaciencia y ansiedad que le dieron ganas de saltar él mismo sobre el caballo y salir a todo galope hasta la siguiente posta. Por fin todo estaba listo y tras habérsele entregado el pequeño paquete, con toda clase de órdenes y súplicas para que lo hiciera llegar velozmente a su destino, el hombre espoleó a su caballo y, traqueteando sobre el irregular pavimento de la plaza del mercado, salió del pueblo y al cabo de un par de minutos ya estaba galopando por el camino.

Ya era algo tener la seguridad de que se había buscado ayuda y de que no se había perdido el tiempo. Oliver cruzó apresuradamente el patio de la posada con el corazón algo más alegre y estaba saliendo por la puerta cuando tropezó sin querer con un hombre alto envuelto en una capa, que estaba saliendo en ese momento por la puerta de la posada.

—¡Ajá! —gritó el hombre clavando los ojos en Oliver y retrocediendo bruscamente—. ¿Qué demonios es esto?

—Disculpe, señor —dijo Oliver—; tenía mucha prisa por llegar a casa y no vi que usted estaba saliendo.

—¡Maldición! —murmuró el hombre para sí, lanzando una mirada de odio al muchacho con sus ojos grandes y oscuros—. ¡Quién lo habría pensado! ¡Que le reduzcan a cenizas! ¡Saldría hasta de un ataúd de mármol para cruzarse en mi camino!

—Lo siento, señor —tartamudeó Oliver, confuso por el extraño aspecto de loco del hombre—. Espero no haberle hecho daño.

—¡Que se pudran sus huesos! —susurró el hombre apretando los dientes con una cólera horrible—. Si hubiera tenido el valor de decir una palabra, podría haberme librado de él en una noche. Que caigan maldiciones sobre tu cabeza y la negra muerte sobre tu corazón, ¡demonio! ¿Qué estás haciendo aquí?

El hombre sacudía el puño y rechinaba los dientes al proferir estas incoherentes palabras y, avanzando hacia Oliver como con la intención de darle una bofetada, cayó violentamente al suelo, preso de un ataque, retorciéndose y echando espumarajos.

Por un momento, Oliver miró fijamente los horribles forcejeos del loco (pues por tal lo tomó) y luego entró como una flecha en la casa en busca de ayuda. Habiendo visto que se lo llevaban sano y salvo a la posada, volvió los pasos hacia casa, y corrió tan rápido como pudo para recuperar el tiempo perdido, recordando con gran asombro y algo de miedo el insólito comportamiento de la persona de la que se acababa de separar.

Sin embargo, este episodio no dio muchas vueltas en su recuerdo, pues cuando llegó a la casa de campo había suficientes cosas en las que ocupar su mente para que cualquier aspecto de su propio interés quedara relegado al olvido.

Rose Maylie había empeorado rápidamente y antes de medianoche deliraba. Un médico local se ocupaba en todo momento de ella y, tras ver por primera vez a la paciente, había llevado a la señora Maylie aparte y había dictaminado que su dolencia era de la más alarmante naturaleza.

—De hecho —dijo—, sería poco menos que un milagro si se recuperara.

¡Cuántas veces se levantó Oliver de la cama esa noche y, saliendo sigilosamente a la escalera, estuvo atento al más mínimo sonido de la habitación de la enferma! Cuántas veces dio su cuerpo una temblorosa sacudida y brotaron de su frente frías gotas de terror cuando un ruido repentino de pasos le hacía temer que hubiera ocurrido algo demasiado terrible como para pensarlo. ¡El fervor de todas las plegarias que había pronunciado antes no era nada comparado con el de las que rezaba ahora en medio de la angustia y pasión de su súplica por la vida y la salud de la delicada criatura que se estaba tambaleando al borde de la honda sepultura!

La incertidumbre, la horrible e intensa incertidumbre de estar allí sin hacer nada mientras la vida de alguien a quien amamos de verdad está oscilando en la balanza — los atroces pensamientos que invaden la mente y hacen que el corazón palpite con violencia y la respiración se vuelva pesada por la fuerza de las imágenes que evocan ante ella—; el desesperado afán de hacer algo que alivie el dolor o reduzca el peligro que no tenemos el poder de mitigar; y el hundimiento de alma y espíritu que produce el triste recuerdo de nuestra impotencia, ¡qué tormentos pueden igualarse a estos y qué reflexiones o esfuerzos pueden calmarlos en la vorágine y la fiebre del momento!

La mañana llegó, y la casita estaba solitaria y silenciosa. La gente hablaba en susurros; caras de preocupación aparecían de vez en cuando por la puerta, y mujeres y niños se iban llorando. Todo el santo día y aún horas después de que hubiera oscurecido, Oliver se paseaba silenciosamente de un lado para otro del jardín, alzando la vista a cada instante hacia la habitación de la enferma y estremeciéndose al ver la oscurecida ventana, como si dentro estuviera tendida la misma muerte. Ya entrada la noche llegó el señor Losberne.

—Es duro —dijo el buen doctor, apartándose mientras hablaba—, tan joven..., tan querida..., pero hay muy poca esperanza.

Una mañana más el sol brilló con intensidad, con tanta intensidad como si no contemplara pena ni preocupación algunas; y con todas las hojas y las flores en su plenitud alrededor de él, con vida y salud, sonidos y visiones de gozo rodeándola por todas partes, la bella y joven criatura se consumía rápidamente. Oliver fue hasta el viejo cementerio y, sentándose en uno de los montículos verdes, la lloró en silencio.

Había tanta paz y tanta belleza en aquella escena, tanta alegría y júbilo en el soleado paisaje, tan festiva música en los cantos de los pájaros de verano, tal libertad en el rápido vuelo del grajo que pasaba a toda velocidad por encima de su cabeza, tanta vida y tanto gozo en todo, que cuando el muchacho levantó sus doloridos ojos y miró alrededor, se le ocurrió instintivamente el pensamiento de que este no era un momento para la muerte; que seguro que Rose jamás podría morir cuando cosas más modestas estaban tan felices y contentas; que las tumbas eran para el frío y triste invierno, no para el sol y las fragancias. Casi pensó que los sudarios eran para los viejos y arrugados, y que nunca envolverían la joven y grácil silueta entre sus lúgubres pliegues.

La campana de la iglesia irrumpió desagradablemente en estos pensamientos juveniles con un toque de difuntos. Otra vez... ¡y otra! Era un toque de funeral. Entró por la puerta un grupo de dolientes humildes que llevaban favores blancos, pues el cadáver era joven. Se pusieron, con la cabeza descubierta, junto a una tumba; y había una madre —había sido una madre— entre la llorosa comitiva. Pero el sol brillaba con intensidad y los pájaros seguían cantando.

Oliver volvió a casa, pensando en las muchas atenciones que había recibido de la joven y deseando volver a tener la ocasión de demostrarle sin cesar lo agradecido que estaba y lo mucho que la quería. No tenía motivo para acusarse de descuido o de desconsideración, pues había estado dedicado a su servicio, y, sin embargo, surgían frente a él cientos de pequeñas ocasiones en las que se imaginaba que podía haber sido más entusiasta y más ferviente, y deseaba haberlo sido. Tenemos que tener cuidado con cómo tratamos a aquellos que nos rodean, pues cada muerte despierta, en el pequeño círculo de supervivientes, pensamientos de muchas cosas pasadas por alto y de muy pocas hechas, de muchas cosas olvidadas y de muchas más que podrían haberse arreglado, pues tales recuerdos están entre los más amargos que podemos tener. No hay remordimiento tan hondo como aquel que es vano; si deseamos librarnos de sus torturas recordemos esto a tiempo.

Cuando llegó a casa, la señora Maylie estaba sentada en el salón. A Oliver se le cayó el alma a los pies al verla, pues nunca había abandonado la cabecera de su sobrina, y tembló al preguntarse qué cambio podía haberla alejado de allí. Le dijeron que Rose se había dormido profundamente y que se despertaría o bien para recuperarse y vivir, o bien para despedirse y morir.

Se quedaron sentados durante horas escuchando y con miedo de hablar. Les habían retirado la comida sin que la hubieran probado y, con un aspecto que mostraba que sus pensamientos estaban en otra parte, observaron cómo el sol se hundía más y más, y finalmente proyectaba sobre cielo y tierra esos colores radiantes que anuncian su partida. Sus oídos atentos captaron el sonido de unos pasos que se acercaban y

ambos se precipitaron involuntariamente hacia la puerta justo cuando entraba el señor Losberne.

—¿Qué hay de Rose? —gritó la anciana—. Dígamelo inmediatamente. Podré soportarlo; cualquier cosa menos esta incertidumbre. ¡Ay, dígamelo!, ¡en el nombre de Dios!

—Debe calmarse —dijo el doctor sosteniéndola—. Esté tranquila, mi querida señora, se lo ruego.

—¡Suélteme, en nombre de Dios! —jadeó la señora Maylie—. ¡Mi querida niña! ¡Está muerta! ¡Está muriendo!

—¡No! —gritó el doctor con vehemencia—. Como Él es bueno y misericordioso, ella vivirá y será nuestra dicha por muchos años.

La señora cayó de rodillas e intentó cruzar las manos, pero la energía que la había sostenido tanto tiempo voló al cielo con su primera acción de gracias y se desplomó en los amistosos brazos que se extendieron para recibirla.

CAPÍTULO XXXIII

De algunos detalles introductorios de un joven que entra en escena y de una nueva aventura que acontece a Oliver

La felicidad era casi excesiva. Oliver se sentía asombrado y estupefacto ante esa noticia inesperada; no podía llorar, ni hablar, ni descansar. Apenas podía comprender lo que había sucedido hasta que después de un largo paseo al aire de la tranquila tarde vino a aliviarle un mar de lágrimas; de repente parecía que despertaba y sentía intensamente el alegre cambio que había tenido lugar, y era consciente del insoportable y angustioso peso del que su pecho había sido liberado.

Ya era casi noche cerrada cuando volvía a casa, cargado con las flores que había recogido con especial cuidado para adornar la habitación de la enferma. Mientras iba alegremente por el camino, escuchó detrás de él el ruido de algún vehículo que se acercaba a un ritmo vertiginoso. Se volvió y vio que era una diligencia que iba a toda velocidad; puesto que los caballos iban galopando y el camino era estrecho, se apoyó en una portezuela y esperó hasta que hubo pasado.

Cuando pasó velozmente, a Oliver le pareció ver a un hombre con un gorro blanco de dormir cuyo rostro le resultaba familiar, pero esta imagen fue tan fugaz que no pudo identificar a la persona. Unos segundos después alguien sacó el gorro por la ventanilla de la diligencia, y una voz estentórea le ordenó al cochero que parara, cosa que hizo tan pronto como pudo frenar a los caballos. Entonces apareció una vez más el gorro de dormir y la misma voz llamó a Oliver por su nombre.

—¡Oiga! —exclamó aquella voz—. Señorito Oliver, ¿qué tal? La señorita Rose... ¡Señorito O-li-ver!

—¿Es usted, Giles? —gritó Oliver, corriendo hacia la puerta de la diligencia.

Giles asomó el gorro una vez más, dispuesto a responder, cuando de repente le apartó un joven que ocupaba la otra parte de la diligencia y que preguntaba con impaciencia qué pasaba.

—En una palabra —dijo el joven—, ¿mejor o peor?

—Mejor, mucho mejor —respondió Oliver rápidamente.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el joven—. ¿Seguro?

—Claro que sí —le dijo Oliver—. El cambio tuvo lugar hace solo unas horas, y el señor Losberne dice que ya no hay peligro alguno.

El joven ya no pronunció ni una palabra más, pero abrió la puerta y bajó de un salto, y tomando apresuradamente a Oliver del brazo lo apartó a un lado.

—¿Estás completamente seguro? No es posible que haya algún error por tu parte, ¿verdad, chico? —preguntó el joven con voz trémula—. Ruego que no me engañes despertando en mí esperanzas que luego no se vayan a cumplir.

—No lo haría por nada del mundo, señor —contestó Oliver—. Claro que puede creerme. Las palabras del señor Losberne fueron que vivirá y será nuestra dicha por muchos años. Así se lo oí decir.

Las lágrimas acudían a los ojos de Oliver cuando recordaba la escena que había supuesto el comienzo de tanta felicidad, y el joven volvió el rostro y se quedó en silencio durante unos minutos. A Oliver le pareció oírlo sollozar más de una vez, pero tenía miedo de interrumpirlo con algún comentario, puesto que sabía bien cuáles eran sus sentimientos, así que se quedó aparte, fingiendo que estaba ocupado con su ramillete.

Durante todo este tiempo, el señor Giles, con el gorro blanco puesto, había estado sentado en el estribo de la diligencia, con los codos apoyados en las rodillas, secándose los ojos con un pañuelo azul a lunares blancos. Que aquel hombre honesto no había estado fingiendo su emoción quedó más que demostrado por la irritación de los ojos con los que miraba al joven. Entonces este se volvió y se dirigió a él.

—Creo que será mejor que vayas a casa de mi madre en la diligencia, Giles —dijo—. Yo preferiría ir caminando despacio para ganar algo de tiempo antes de verla. Puedes decirle que voy de camino.

—Ruego que me perdone, señor Harry —dijo Giles, dándole un último retoque con el pañuelo a su semblante alterado—, pero si se lo encargara al cochero, le estaría enormemente agradecido. No sería adecuado que las criadas me viesen en este estado, señor; si así lo hiciesen, ya nunca más tendría autoridad sobre ellas.

—Bueno —contestó Harry Maylie, sonriendo—, puedes hacer lo que quieras. Dejemos que él siga adelante con los baúles, si así lo deseas, y tú síguenos. Pero antes que nada cámbiate ese gorro de dormir por algo más apropiado o nos tomarán por locos.

El señor Giles, regañado por su indecoroso vestuario, se quitó el gorro y se lo metió en el bolsillo, y lo sustituyó por un sombrero de aspecto serio y formal que sacó de la diligencia. Hecho esto, el cochero se marchó y Giles, el señor Maylie y Oliver le siguieron sin prisas.

Mientras iban caminando, Oliver se fijaba de vez en cuando en el nuevo acompañante. Tendría unos veinticinco años y era de estatura media; su rostro era

sincero y bello, y su conducta singularmente sencilla y agradable. A pesar de las diferencias entre la juventud y la vejez, guardaba tal parecido con la señora mayor que Oliver no habría tenido dificultades para imaginarse su relación, aun cuando él no se hubiera referido ya a ella como su madre.

La señora Maylie estaba inquieta por recibir a su hijo cuando él llegó a la casa, y el encuentro se produjo no sin gran emoción por ambas partes.

—Madre —dijo el joven con suavidad—, ¿por qué no escribió antes?

—Lo hice —respondió la señora Maylie—, pero lo pensé y decidí guardarme la carta hasta que hubiera escuchado la opinión del señor Losberne.

—Pero ¿por qué? —dijo el joven—. ¿Por qué correr el riesgo de que sucediera lo que casi sucedió? Si Rose hubiera..., no puedo pronunciar esa palabra. Si esta enfermedad hubiese terminado de otro modo, ¿cómo podría usted habérselo perdonado o cómo podría yo volver a ser feliz?

—Si hubiese sido ese el caso, Harry —dijo la señora Maylie—, me temo que tu felicidad habría quedado destrozada, y que tu llegada aquí un día antes o después habría sido de escasa importancia.

—¿Y a quién le extrañaría que fuera así, madre? —añadió el joven—. Pero ¿por qué digo «fuera»? Es así..., es así..., usted lo sabe, madre, tiene que saberlo.

—Sé que ella bien merece el mejor y más puro amor que el corazón de un hombre pueda ofrecer —dijo la señora Maylie—. Sé que la devoción y el cariño de su naturaleza no requieren una respuesta cualquiera, sino una profunda y duradera. Si yo no me diera cuenta de ello, y si no supiera, además, que un cambio de actitud por parte de alguien a quien ella quisiera le rompería el corazón, no encontraría mi tarea tan difícil de llevar a cabo, o no me toparía con tantos obstáculos en mi propio pecho, cuando tomo lo que me parece que es la estricta línea del deber.

—Eso es cruel, madre —dijo Harry—. ¿Cree usted todavía que soy tan niño que no sé lo que me hago o que confundo los impulsos de mi propia alma?

—Creo, muchacho —contestó la señora Maylie, apoyando la mano en el hombro de su hijo—, que la juventud tiene muchos impulsos generosos pero efímeros, y que entre ellos hay algunos que, una vez satisfechos, se vuelven aún más fugaces. —A continuación añadió, fijando los ojos en el rostro de su hijo—: Sobre todo, creo que si un joven entusiasta, apasionado y ambicioso tiene una esposa cuyo nombre es una mancha que, aunque ella no haya tenido culpa alguna en su origen, personas crueles y miserables pueden echarle en cara, tanto a ella como a sus hijos, y que, en la misma proporción en que él triunfe en la vida, se lo restrieguen por las narices a él y sea causa de desprecios, pues entonces, por grande que sea la generosidad y la bondad de su naturaleza, puede que un día él se arrepienta del compromiso que contrajo en el pasado, y que ella sufra el dolor y la tortura de saberlo.

—Madre —dijo el joven con impaciencia—, quien actuase así sería simplemente un egoísta ordinario que no merecería ser considerado hombre ni digno de la mujer que usted describe.

—Eso lo piensas ahora, Harry —contestó la madre.

—Y siempre lo haré. La angustia espiritual que he sufrido durante los dos últimos días me arranca esta confesión sin tapujos de una pasión que, como bien sabe, no es de ayer, ni se ha formado a la ligera. Entrego mi corazón a Rose, muchacha dulce y amable, como jamás un hombre ha entregado su corazón a una mujer. Ni pienso, ni veo ni espero nada de la vida sin ella; y si usted se me opone en esta gran cuestión, me arranca usted la paz y la felicidad con sus manos y las arroja al viento. Piense mejor en esto y en mí, y no desprecie los cálidos sentimientos que usted parece tener en tan poca consideración.

—Harry —dijo la señora Maylie—, eso es porque me preocupan tanto los corazones cálidos y sensibles que me gustaría alejarlos del dolor. Pero ya hemos hablado más que suficiente de este asunto de momento.

—Dejemos que sea Rose quien decida, entonces —contestó Harry—. ¿No ejercerá usted presión con estas exageradas opiniones que tiene, hasta el punto de obstaculizar mi camino?

—No —dijo la señora Maylie—. Pero quisiera que considerases...

—Ya lo he considerado —respondió con impaciencia—, lo he considerado durante años, casi desde que tengo uso de razón. Mis sentimientos son los mismos y así seguirán. ¿Y por qué tengo que sufrir el dolor de no manifestarlos ya, si ello no va a repercutir en el bien de nadie? No. Antes de que me marche de este lugar, Rose me va a escuchar.

—Lo hará —dijo la señora Maylie.

—Hay algo en su actitud que casi me da a entender que ella me escuchará con frialdad, madre —dijo el joven, preocupado.

—Con frialdad no —contestó la anciana señora—, todo lo contrario.

—¿Entonces cómo? —preguntó el joven—. ¿No se habrá sentido atraída por otro?

—La verdad es que no. Si no me equivoco, su afecto ya está comprometido contigo. Lo que yo te diría —continuó la señora, interrumpiendo a su hijo, que se disponía a hablar— es que, antes de que te lo juegues todo en esta apuesta, antes de que te dejes llevar a las más altas esperanzas, reflexiona por un momento, hijo mío, acerca de la historia de Rose, y considera qué efectos tendrá en su decisión conocer su dudoso nacimiento, con lo entregada que está ella a nosotros, con toda la intensidad de su noble espíritu, y con esa abnegación total que en todos los asuntos, trascendentales o frívolos, la ha distinguido siempre.

—¿Qué quiere decir?

—Eso ya lo descubrirás tú —respondió la señora Maylie—. Tengo que volver con Rose. ¡Que Dios te bendiga!

—¿La veré de nuevo esta noche? —dijo impaciente el joven.

—Dentro de un rato —contestó la señora—, cuando deje a Rose.

—¿Le dirá que estoy aquí? —dijo Harry.

—Por supuesto —contestó la señora Maylie.

—Y dígame también lo preocupado que he estado, y cuánto he sufrido, y lo mucho que deseo verla. No se negará a decirle todo eso, ¿verdad, madre?

—No —respondió—. Se lo diré.

Y apretando con cariño la mano de su hijo, salió apresuradamente de la habitación.

El señor Losberne y Oliver se habían quedado en el otro extremo de la estancia mientras tenía lugar esta acelerada conversación. Aquel le tendía ahora la mano a Harry Maylie, e intercambiaron saludos afectuosos. Entonces, el doctor explicó de manera precisa, en respuesta a las múltiples preguntas de su joven amigo, la situación de su paciente, que confirmaba el consuelo y los buenos augurios que la afirmación de Oliver había despertado en él, y que el señor Giles, quien fingía estar ocupado con el equipaje, escuchó con avidez en su integridad.

—¿Le has disparado a algo en especial últimamente, Giles? —preguntó el doctor, una vez hubo concluido.

—A nada en especial, señor —contestó, ruborizándose hasta las orejas.

—¿No has atrapado ni has identificado a ningún ladrón? —insistió el doctor con malicia.

—A ninguno, señor —respondió el señor Giles con mucha seriedad.

—Bueno —dijo el doctor—, siento oír eso, porque sueles hacer ese tipo de cosas muy bien. ¿Cómo está Brittles?

—El chico está muy bien, señor —dijo el señor Giles, recuperando su habitual tono condescendiente—, y le envía sus saludos más respetuosos, señor.

—Está bien —dijo el médico—. Ahora que te veo aquí me recuerdas, Giles, que la víspera de aquel día en que me llamaron con tanta urgencia, hice, a petición de tu señora, un pequeño encargo que te favorece. Acércate un momento a este rincón, por favor.

El señor Giles se fue al rincón con aires de importancia y algo de asombro, y le obsequiaron con un breve coloquio susurrado por el doctor, al término del cual hizo una gran cantidad de reverencias y se retiró con pasos de una solemnidad inusual. El asunto de la conversación no fue revelado en el salón, pero la cocina quedó inmediatamente al corriente del mismo, ya que el señor Giles fue directamente allí y, tras pedir una jarra de cerveza, anunció, con un aire de majestuoso misterio en extremo eficaz, que, como recompensa por su bravo comportamiento en el intento de robo, su señora se complacía en depositar en la caja de ahorros local la suma de

veinticinco libras para su uso y disfrute particular. Con esto, las dos sirvientas alzaron las manos y la mirada, y dieron por supuesto que el señor Giles empezaría a dar muestras de orgullo, a lo que este, quitándose las chorreras de la camisa, contestó que no, que no, y que si en alguna ocasión observaban que se mostraba altivo con sus subordinados, les agradecería que así se lo comunicasen. Luego hizo muchos comentarios más, no menos ilustrativos de su humildad, que fueron recibidos con la misma aceptación y aplauso, y además eran tan originales y tan a propósito como suelen serlo los comentarios de las grandes personas.

En el piso de arriba, el resto de la tarde pasó alegremente, puesto que el doctor estaba muy contento y, aunque al principio Harry Maylie estuviera fatigado o pensativo, no pudo resistirse al buen humor del digno caballero, que se manifestó en una gran variedad de bromas y de ocurrencias profesionales, y mediante una gran cantidad de chistes que a Oliver le parecían los más graciosos que había oído jamás, y le hacían reír como correspondía, para la evidente satisfacción del doctor, que se reía exageradamente de sí mismo, y hacían reír también a Harry casi a carcajadas simplemente por simpatía. De modo que se encontraban tan a gusto como era posible estarlo, dadas las circunstancias, y era tarde cuando se retiraron, con los corazones felices y agradecidos, a disfrutar del descanso que, tras las dudas y la incertidumbre a las que habían sido sometidos los días anteriores, tanto necesitaban.

Oliver se levantó a la mañana siguiente con mejores ánimos y se dedicó a sus tempranas ocupaciones como de costumbre, con más ilusión y placer de los que había experimentado desde hacía muchos días. Una vez más los pájaros cantaban desde sus lugares habituales, y recogió de nuevo las flores silvestres más bonitas que podían encontrarse para obsequiar a Rose con su belleza y fragancia. La melancolía que desde hacía días impregnaba, a los tristes ojos del angustiado muchacho, cada objeto, por bello que fuese, se había desvanecido como por arte de magia. Parecía que el rocío brillaba más intensamente en las verdes hojas, el aire susurraba entre ellas con una música más dulce, y el cielo mismo parecía más azul y claro. Tal es la influencia que el estado de nuestros propios pensamientos ejerce hasta sobre la apariencia de los objetos. Quienes observan la naturaleza y a sus semejantes y exclaman que todo es sombrío y triste tienen razón; pero los colores sombríos son el reflejo de sus propios ojos y corazones resentidos. Los colores auténticos son delicados y requieren una visión más clara.

Cabe comentar, y Oliver no lo pasó por alto en ese momento, que ya no hizo solo sus expediciones matutinas. Harry Maylie, después de la primera mañana en que vio a Oliver llegar cargado a casa, empezó a sentir tal pasión por las flores, y manifestaba un gusto tal en su preparación, que le sacó una ventaja considerable a su joven compañero. Sin embargo, si bien Oliver se quedaba atrás a este respecto, era él quien sabía dónde encontrar las mejores, y cada mañana recorrían el campo juntos en una

intensa búsqueda y llevaban a casa las que florecían más hermosas. La ventana de la habitación de la joven estaba abierta, pues le encantaba sentir el fragante aire estival que entraba y la reanimaba con su frescura; pero junto a la celosía siempre había en agua un ramo singular que cada mañana se preparaba con sumo cuidado. Oliver no podía evitar fijarse en que nunca se tiraban las flores marchitas, aunque el agua del jarrón se reponía de forma regular. Tampoco podía evitar observar que cada vez que el doctor entraba en el jardín, echaba una mirada a ese rincón en concreto y asentía con la cabeza expresivamente al tiempo que iniciaba su paseo matutino. En tanto tenían lugar estas observaciones, los días pasaban volando y Rose se recuperaba de forma rápida y segura.

El tiempo no se le hizo pesado a Oliver a pesar de que la joven aún no había abandonado la habitación y de que ya no había paseos vespertinos, excepto alguna vez que recorría con la señora Maylie una corta distancia. Se aplicó con redoblada diligencia a las lecciones del anciano de cabellos blancos, y se esforzó tanto que hasta él mismo se sorprendió de su rápida progresión. Fue mientras se hallaba entregado a sus estudios cuando una ocurrencia inesperada vino a sobresaltarle y a angustiarle.

La pequeña habitación en la cual acostumbraba a ocuparse con sus libros estaba en la planta baja, en la parte trasera de la casa. Era la típica habitación de una casa de campo, con una ventana de celosía, alrededor de cuyo marco trepaban jazmines y madreselvas que impregnaban la estancia de su maravilloso perfume. Daba a un jardín donde había una portezuela que conducía a un pequeño prado. Más allá de este todo lo que había eran praderas y bosque. Cerca no había ninguna otra vivienda en esa dirección, y la panorámica que ofrecía era muy amplia.

Una bonita tarde, cuando las primeras sombras del atardecer empezaban a hacer aparición sobre la tierra, Oliver estaba sentado junto a esta ventana dedicado a sus libros. Durante un rato había estado estudiando y, como el día había sido inusualmente bochornoso y se había esforzado mucho, no es ningún desdoro para los autores, quienquiera que sean, decir que poco a poco se quedó dormido.

Hay un tipo de sueño que nos invade a veces y que, aunque mantiene prisionero al cuerpo, no libera a la mente de la conciencia de las cosas que la rodean, y le permite divagar a su gusto. Si a una pesadez abrumadora, a una aniquilación de las fuerzas y a una incapacidad total para controlar nuestros pensamientos o dirigir nuestros movimientos se le puede llamar sueño, de eso se trata; sin embargo, tenemos conciencia de todo lo que nos está sucediendo y, aun cuando soñamos, las palabras que se están pronunciando de verdad, o los sonidos que existen realmente en ese momento, se integran con sorprendente facilidad en nuestras visiones, hasta que la realidad y la imaginación se funden de una forma tan extraña que después es prácticamente imposible disociarlas. Pero este no es el fenómeno más impactante propio de semejante estado. Es un hecho probado que, aunque nuestros sentidos del

tacto y de la vista en ese momento estén muertos, nuestros pensamientos mientras dormimos y las imágenes que pasan ante nosotros se verán influidos, materialmente, por la mera presencia silenciosa de algunos objetos externos que quizá no estuvieran cerca cuando cerramos los ojos y de cuya proximidad no éramos conscientes al estar despiertos.

Oliver sabía con certeza que se encontraba en su pequeña habitación, que sus libros se hallaban en la mesa ante él y que la suave brisa agitaba las enredaderas de fuera, y sin embargo estaba dormido. De repente la escena cambió, el aire se volvió pesado y enrarecido, y pensó con sensación de terror que estaba otra vez en casa del judío. Allí estaba sentado el hombre repugnante en su rincón de costumbre señalándole, y le susurraba a otro hombre que, con el rostro vuelto, se hallaba sentado a su lado.

—¡Cállate, querido! —le pareció que decía el judío—. Es él, claro que sí. Vamos.

—¡Pues claro que es él! —parecía que respondía el otro hombre—. ¡Como si yo pudiera confundirlo con otro! Si una multitud de demonios adoptaran su misma forma y él se hallara entre ellos, hay algo que me indicaría cómo reconocerlo. Si lo enterraras a veinte metros de profundidad y me hicieras pasar por encima de su tumba, sabría, aunque no hubiera ninguna inscripción en ella, que estaba enterrado él. ¡Y tanto que lo sabría, maldita sea!

Al parecer, el hombre dijo esto con un odio tan espantoso que Oliver se despertó del miedo y se puso en pie.

¡Dios Santo! ¿Qué era aquello que le hacía sentir el hormigueo de la sangre en el corazón y le privaba de la voz y de fuerzas para moverse? Allí, allí mismo, en la ventana, cerca de él, tan cerca de él que hasta podría haberlo tocado antes de que diera un paso atrás, con los ojos escudriñando la habitación y encontrándose con los suyos, estaba el judío, y a su lado, blanco de ira, o de miedo, o de ambas cosas, estaba el mismo hombre de ceño fruncido que se le había acercado en el patio de la posada.

Sin embargo, no fue más que un instante, un vistazo rápido, de un relámpago ante sus ojos, y ya se habían marchado. Pero le habían reconocido, y él a ellos, y su mirada estaba tan profundamente grabada en su memoria como si la hubieran esculpido en piedra y se la hubieran puesto delante de los ojos desde que naciera. Por un momento se quedó paralizado y luego, saltando por la ventana al jardín, pidió auxilio a gritos.

CAPÍTULO XXXIV

Que contiene el resultado insatisfactorio de la aventura de Oliver y una conversación de cierta importancia entre Harry Maylie y Rose

Cuando los habitantes de la casa, atraídos por los gritos de Oliver, acudieron apresuradamente al lugar del que procedían, le encontraron pálido y nervioso, señalando en dirección a los prados que había tras la casa y pronunciando con dificultad las palabras: «¡El judío, el judío!».

Giles no alcanzaba a comprender el significado de este lamento, pero Harry Maylie, cuya perspicacia era bastante mayor, y que había oído la historia de Oliver de labios de su madre, lo entendió al instante.

—¿Hacia dónde ha ido? —preguntó, cogiendo un garrote bien grande que había en un rincón.

—Por allí —respondió Oliver, indicando el rumbo que los hombres habían tomado—. Les perdí de vista en seguida.

—¡Entonces están en la acequia! —exclamó Harry—. ¡Sígueme y no te separes de mí! —y hablando así saltó por encima del seto y echó a correr a tal velocidad que a los demás les resultaba muy difícil mantener su ritmo.

Giles le seguía todo lo rápido que le era posible, y Oliver le siguió también, y en espacio de uno o dos minutos el señor Losberne, que había salido a dar un paseo y acababa de volver, saltó el seto tras ellos y tras levantarse con mayor agilidad de la que cabía esperar de él, se lanzó a la carrera a una velocidad nada desdeñable, mientras preguntaba a voces, de la forma más prodigiosa que imaginarse pueda, qué era lo que ocurría.

Continuaron avanzando, sin detenerse una sola vez ni siquiera para tomar aliento, hasta que el que iba en cabeza, desviándose hacia la parte del campo que Oliver había señalado, comenzó a rastrear atentamente en la acequia y el seto cercano, lo cual permitió que el resto del grupo tuviese tiempo de alcanzarle y que Oliver le comunicase al señor Losberne las circunstancias que habían conducido a tan enérgica persecución.

La búsqueda fue en vano. Ni siquiera se observaba el rastro de huellas recientes. Ahora se encontraban en la cima de una pequeña colina, desde donde se dominaba el campo abierto en todas direcciones hasta una distancia de seis o siete kilómetros. A la izquierda, en una hondonada, estaba el pueblo, pero para llegar hasta allí, de haber seguido el camino que Oliver había indicado, los hombres tendrían que haber recorrido un trayecto a campo traviesa que resultaba imposible de completar en tan poco tiempo. Un bosque frondoso circundaba el prado en la otra dirección, pero no podían haber alcanzado aquella espesura, por la misma razón.

—¿No lo habrás soñado, Oliver? —dijo Harry Maylie, llevándole aparte.

—No, seguro que no, señor —respondió Oliver, estremeciéndose solo de pensar en el rostro del viejo truhán—, le vi con demasiada nitidez. Les vi a los dos tan claramente como le veo a usted ahora.

—¿Quién era el otro? —preguntaron Harry y el señor Losberne al mismo tiempo.

—El hombre del que le hablé, el que tropezó conmigo de forma tan brusca en la posada —contestó Oliver—. Nos miramos fijamente a los ojos, y juraría que era él.

—¿Se fueron por aquí? —preguntó Harry—. ¿Estás seguro?

—Tanto como de que estaban en la ventana —replicó Oliver, señalando mientras hablaba hacia el seto que separaba el jardín del prado—. El hombre alto saltó justo por allí, y el judío corrió unos cuantos pasos hacia la derecha y se deslizó por aquel hueco.

Los dos caballeros observaban la expresión de sinceridad de Oliver mientras hablaba y, mirándose el uno al otro, parecieron no dudar de la veracidad de su testimonio. Sin embargo, por ninguna parte se hallaban indicios de las pisadas de los hombres en su huida apresurada. La hierba era alta, pero no se veía pisoteada por ningún lugar excepto donde ellos mismos la habían aplastado. Las orillas y los bordes de la acequia estaban cubiertos de fango, pero no pudieron distinguir por ningún sitio huellas de zapatos, ni la más mínima señal que indicara que algún pie había pisado aquel suelo en muchas horas.

—¿Qué extraño! —exclamó Harry.

—¿Extraño? —replicó el doctor—. Ni siquiera Blathers y Duff serían capaces de resolverlo.

A pesar del carácter claramente infructuoso de su búsqueda, no desistieron hasta que la caída de la noche hizo que la exploración resultase inútil, y aun así se rindieron de mala gana. Enviaron a Giles a visitar las diferentes tabernas de la ciudad, provisto de la mejor descripción que Oliver supo dar del aspecto y la vestimenta de los extraños, de los cuales el judío era sin duda lo bastante singular para ser recordado en caso de que le hubiesen visto bebiendo o deambulando por allí, pero volvió sin ningún dato que ayudara a resolver o aminorar el misterio.

Al día siguiente prosiguió la búsqueda y se reanudaron las pesquisas, pero sin mayor éxito, y al siguiente Oliver y el señor Maylie se dirigieron al pueblo con la esperanza de ver u oír allí algo acerca de los hombres; sin embargo, su esfuerzo resultó igualmente inútil, y al cabo de unos días olvidaron lo sucedido, como ocurre con la mayoría de los asuntos, pues el misterio muere de muerte natural cuando no encuentra nada de lo que alimentarse.

Mientras tanto, Rose se restablecía rápidamente. Ya había abandonado la habitación y tenía fuerzas para salir y reunirse una vez más con la familia, colmando de dicha los corazones de todos.

Pero aunque este feliz cambio produjo un efecto visible sobre el pequeño grupo, y aunque en la casa volvían a oírse voces animadas y risas alegres, en ocasiones Oliver no podía evitar percibir cierta reserva inusual en algunas personas, incluso en la misma Rose. La señora Maylie y su hijo a menudo se encerraban juntos durante largo rato, y en más de una ocasión Rose aparecía con rastro de lágrimas en el rostro. Después de que el señor Losberne fijara una fecha para partir hacia Chertsey, estos signos se acentuaron, y era evidente que estaba ocurriendo algo que alteraba la paz de la joven dama y de alguien más.

Por fin una mañana en que Rose se encontraba sola en el salón a la hora del desayuno entró Harry Maylie y, con tono vacilante, le pidió permiso para conversar con ella un momento.

—Será solo un momento, Rose —dijo el joven, acercando una silla a donde ella estaba—. Lo que tengo que decirte no lo ignoras, ya conoces cuál es la más profunda esperanza de mi corazón, aunque aún no la hayas oído de mis labios.

Rose palideció intensamente en el mismo instante de su entrada, aunque podría haber sido a consecuencia de su reciente enfermedad. Hizo una leve reverencia y se inclinó sobre unas plantas que tenía cerca, esperando en silencio a que él continuara.

—Debería... debería haberme marchado antes —dijo Harry.

—Es cierto —replicó Rose—. Perdóname por decir esto, pero ojalá te hubieras ido.

—Vine aquí guiado por el más terrible y doloroso de los temores —dijo el joven—, el miedo a perder a la persona amada en la que se concentran todos mis deseos y esperanzas. Has estado al borde de la muerte, debatiéndote entre el cielo y la tierra. Sabemos que cuando la enfermedad visita a las personas jóvenes, hermosas y buenas, sus espíritus puros regresan sin darse cuenta al hogar radiante del descanso eterno, y por eso los más justos y bellos de nuestra especie a menudo se marchitan en la flor de la vida.

Al oír estas palabras, los ojos de la dulce joven se llenaron de lágrimas, y al caer una de ellas en la flor sobre la que estaba inclinada y brillar intensamente en su interior, realzando su belleza, parecía como si la efusión de su corazón joven y lozano reclamara algún parentesco con las más hermosas obras de la naturaleza.

—Un ángel —continuó el joven con voz apasionada—, una criatura tan bella e inocente como cualquier ángel de Dios, debatiéndose entre la vida y la muerte. ¡Señor, quién podía esperar, cuando el mundo distante al que pertenecía se entreabría ante su visión, que volviera al dolor y la calamidad de este! Rose, Rose, saber que te alejabas como una tenue sombra que una luz celestial proyecta sobre la tierra, perder la esperanza de que los que aquí permanecen pudieran seguir gozando de tu presencia, y no conocer ninguna razón por la que debería ser así; sentir que pertenecías a esa esfera luminosa adonde tantos seres agraciados han emprendido un vuelo temprano durante la infancia y la juventud, y aun así rezar, en medio de todos estos consuelos, para que fueras devuelta a los que te aman; estos pensamientos son casi insoportables. Me invadían noche y día, y arrastraban tras de sí un torrente tan devastador de miedo y aprensión, y de lamentos egoístas por temor a que murieras sin conocer el amor tan ardiente que te profeso, que a punto estuvieron de arrancarme a su paso el sentido y la razón. Te fuiste recuperando día tras día, y casi hora tras hora, recobraste una gota de vitalidad, que al mezclarse con el río de vida desgastado y débil que corría por tu interior, lo fortaleció hasta convertirlo de nuevo en una corriente poderosa y enérgica. He observado tu tránsito casi de la muerte a la vida, con los ojos bañados por la ilusión y el profundo cariño. No me digas que desearías que no hubiera vivido esto, pues ha servido para que mi corazón esté más abierto a los que me rodean.

—No quería decir eso —dijo Rose sollozando—, lo que deseaba era que te hubieras marchado de aquí para volver a tus altas y nobles ocupaciones, a los cometidos dignos de tu condición.

—No hay cometido más digno de mí, ni del más alto ser que pueda existir, que luchar por conquistar tu corazón —respondió el joven, cogiéndola de la mano—. Rose, mi querida Rose, durante años te he amado, esperando labrarme un camino hacia el prestigio para después volver a casa orgulloso y decirte que todo lo que había conseguido era solo para compartirlo contigo; soñando despierto con que en ese momento de dicha te recordaría todas las muestras mudas de afecto que te había ofrecido de niño, y cómo tú te sonrojabas al recibirlas, y después pedirte la mano, como si se tratase del cumplimiento de algún acuerdo tácito sellado entre nosotros. Ese momento aún no ha llegado, pero aquí, sin haber ganado ningún prestigio y sin haber realizado ningún sueño de la infancia, te ofrezco el corazón que te pertenece desde hace tanto tiempo, y confío mi suerte a las palabras con las que recibas este ofrecimiento.

—Tu conducta hacia mí siempre ha sido noble y generosa —dijo Rose, dominando las emociones que la embargaban—. Y sabes que no soy insensible ni ingrata, así que escucha mi respuesta.

—¿Es que puedo esforzarme por merecerte? ¿Es esa la respuesta, querida Rose?

—Es —respondió Rose— que debes esforzarte por olvidarme, pero no como tu antigua y fiel amiga, pues esto me causaría una herida muy profunda, sino como el objeto de tu amor. Si miras a tu alrededor verás que el mundo está lleno de corazones que podrías conquistar con idéntico orgullo. Confíame cualquier otro sentimiento y seré la amiga más auténtica, afectuosa y fiel que tengas.

Se produjo una pausa, durante la cual Rose, que se había cubierto la cara con una mano, dio rienda suelta a las lágrimas. Harry aún sostenía la otra.

—¿Y puedo preguntarte, Rose —dijo él finalmente en voz baja—, cuáles son tus razones?

—Tienes derecho a conocerlas —asintió Rose—. Pero debes saber que nada de lo que me digas cambiará mi decisión. Es una deuda que tengo que saldar. Se lo debo a otras personas tanto como a mí misma.

—¿A ti misma?

—Así es, Harry. Me debo a mí misma, una joven sola y sin dote, con un nombre manchado, el no darle al mundo razones para sospechar que he sucumbido miserablemente a tu arrebatado de pasión, y me he pegado a ti convirtiéndome en una carga para tus anhelos y proyectos. Y te debo a ti y a los tuyos el no permitirte que te dejes llevar por el ardor de tu carácter generoso e interpongas este enorme obstáculo en tu camino hacia el reconocimiento del mundo.

—Si tus sentimientos concuerdan con tu sentido del deber... —comenzó Harry.

—No, no es así —interrumpió Rose, ruborizándose intensamente.

—Entonces, ¿correspondes a mi amor? —preguntó Harry—. Dime que sí, Rose, dime que sí y alivia la amargura de esta desilusión tan dolorosa.

—Si pudiese hacer eso sin causar un grave daño al que amo —respondió Rose—, hubiese...

—¿Recibido mi declaración de forma muy distinta? —dijo Harry con gran impaciencia—. Al menos no me ocultes eso, Rose.

—Es posible —respondió Rose—. Espera —añadió, soltando su mano—. ¿Por qué prolongar esta entrevista tan penosa? Me causa una pena terrible, y sin embargo, al mismo tiempo es predecesora de una felicidad perdurable, ya que para mí será una gran alegría saber que una vez ocupé en tu estima este lugar tan alto que ahora ocupo, y cada éxito que alcances en la vida me alentará con una fuerza y una entereza renovadas. ¡Adiós, Harry!, pues nunca más volveremos a encontrarnos en las mismas circunstancias que hoy, pero espero que mantengamos una larga y feliz relación en todos los aspectos que no tengan que ver con esta conversación, y que te infundan ánimo y te favorezcan todas las bendiciones que las plegarias de un corazón leal y ferviente pueden obtener de allí donde reinan la verdad y la sinceridad.

—Una última palabra, Rose —dijo Harry—. Dime cuál es el motivo, pues quiero oírlo de tus propios labios.

—El porvenir que tienes ante ti —contestó Rose con firmeza— es muy prometedor, te esperan todos los honores que un gran talento y unos protectores poderosos pueden proporcionar a un hombre en la vida pública. Pero esos protectores son orgullosos, y yo no deseo mezclarme con aquellos que puedan menospreciar a la madre que me dio la vida, ni ser la causa de la vergüenza o el fracaso del hijo de la que tan abnegadamente ha ocupado el lugar de esa madre. Lo que quiero decir es —dijo la joven dama, volviéndose al sentir cómo la entereza momentánea la abandonaba— que hay una mancha sobre mi nombre que el mundo hace recaer sobre las cabezas de los inocentes, y que no llevaré en ninguna sangre más que en la mía, de modo que yo sola cargaré con los reproches.

—Una palabra más, mi querida Rose, solo una —exclamó Harry, arrojándose a sus pies—. Si yo hubiese sido menos... menos afortunado, como diría el mundo, si fuese pobre y estuviese enfermo o desamparado, ¿me rechazarías entonces? ¿O es mi probable ascenso hacia la riqueza y el honor la causa de tu negativa?

—No me obligues a responder —contestó Rose—. No es ese el caso ahora ni lo será nunca. Es injusto y cruel de tu parte hacerme esa pregunta.

—Si tu respuesta es la que casi me atrevo a esperar —replicó Harry—, arrojaría un rayo de felicidad sobre mi camino solitario, e iluminaría el inhóspito sendero que se abre ante mí. Con solo pronunciar unas palabras, puedes hacer mucho bien a alguien que te ama más que a nada en el mundo. Rose, en nombre de mi cariño apasionado y duradero, en nombre de todo lo que he sufrido por ti y de todo lo que me condenas a soportar, respóndeme a esa pregunta.

—De acuerdo, si tu destino se hubiese forjado de otra forma —replicó Rose—, si hubieses estado solo un poco por encima de mí, no tanto como lo estás, si yo hubiese podido ser para ti una ayuda y un consuelo en algún humilde lugar de paz y retiro, en lugar de una deshonra y una molestia entre gentes ambiciosas y distinguidas, quizá me hubiese ahorrado esta dura prueba. Tengo muchas razones para ser feliz, muy feliz, pero en ese caso, Harry, confieso que mi dicha sería aún mayor.

Los recuerdos de viejas esperanzas, acariciadas de niña mucho tiempo atrás, se agolparon en la mente de Rose mientras hacía esta confesión, pero trajeron lágrimas consigo, como suelen hacer las viejas esperanzas cuando vuelven marchitas, y le sirvieron de alivio.

—No puedo evitar esta fragilidad, aunque hace que mi determinación sea aún más fuerte —dijo Rose, ofreciéndole la mano—. Debemos despedirnos ya.

—Solo te pido una promesa —dijo Harry—. Dime que, una vez más, solo una, en un año o puede que mucho antes, me permitirás que vuelva a hablarte de este asunto por última vez.

—Pero no será para insistir en que varíe mi decisión —replicó Rose con una sonrisa melancólica—, sería inútil.

—No —contestó Harry—, para oír cómo la repites, si así lo deseas, por última vez. Pondré a tus pies cualquier distinción o fortuna que pueda poseer, y si aún te aferras a tu resolución actual, no intentaré cambiarla con palabras ni con actos.

—Entonces que así sea —aceptó Rose—. No será más que otro suplicio, y quizá para entonces esté preparada para afrontarlo mejor.

Ella le extendió la mano de nuevo, pero el joven la apretó contra su pecho y, estampándole un beso en la hermosa frente, salió precipitadamente de la habitación.

CAPÍTULO XXXV

Que es breve y puede parecer poco importante ahora, y pese a todo se debe leer como secuela del anterior y clave de otro que vendrá a su debido tiempo

—Por lo que veo, estás decidido a ser mi compañero de viaje esta mañana —dijo el doctor, cuando Harry Maylie se unió a Oliver y a él en la mesa del desayuno—. ¡Pero hombre, si es que cambias de parecer a cada hora!

—Otro gallo cantará un día de estos —replicó Harry, sonrojándose sin motivo aparente.

—Solo espero que tengas un buen motivo para que cante —contestó el señor Losberne—, aunque he de confesar que no las tengo todas conmigo. Ayer mismo, por la mañana, decidiste con toda urgencia que te quedarías aquí para acompañar a tu madre a la playa como un hijo bueno y diligente; a mediodía nos comunicaste que me harías el honor de acompañarme hasta donde coincidieran nuestros caminos según ibas para Londres; y por la noche me rogaste con mucho misterio que partiéramos antes de que las señoras se despertaran, y el resultado de tal ruego es que el pequeño Oliver está aquí atado a la pata de la mesa del desayuno en lugar de estar recorriendo los prados tras los más diversos fenómenos botánicos. ¡Qué lástima!, ¿verdad, Oliver?

—Me hubiese disgustado mucho no haber estado en casa en el momento de su partida y la del señor Maylie, señor —comentó Oliver.

—¡Qué niño tan bueno! —dijo el doctor—. Tendrás que visitarme cuando regreses. Pero hablando en serio, Harry, ¿has recibido alguna noticia de los jefazos que te haya provocado esa prisa repentina por marcharte?

—Los jefazos —contestó Harry—, apelativo bajo el cual, supongo, incluye usted a mi noble tío, no se han comunicado conmigo durante toda mi estancia en esta casa, ni es muy probable que en esta época del año ocurra nada que requiera de modo inmediato mi presencia junto a ellos.

—La verdad —dijo el doctor— es que eres un poco raro. Aunque, por supuesto, te convertirán en miembro del Parlamento en las elecciones de antes de Navidad, y estos cambios y bandazos no son mala preparación para la vida política. Eso ya es algo.

Siempre es deseable tener una buena preparación, ya se corra por quedar bien, por ganar o por llevarse el bote de las apuestas.

Harry Maylie daba la impresión de poder añadir al diálogo un par de comentarios que hubieran impresionado no poco al doctor, pero se conformó con decir: «Ya veremos», y no insistió más. Momentos después, la diligencia se detuvo frente a la puerta y, como Giles entró a recoger el equipaje, el buen doctor se apresuró a salir para ver cómo lo cargaban.

—Oliver —dijo Harry Maylie en voz baja—, ven, que te quiero decir algo.

Oliver se acercó a la ventanilla desde donde el señor Maylie le hacía señas y se quedó muy sorprendido por la mezcla de tristeza y agitación que se reflejaba en su conducta.

—Tú ya sabes escribir bien, ¿no? —preguntó Harry, poniéndole la mano sobre el brazo.

—Yo creo que sí, señor —contestó Oliver.

—Puede que no vuelva a casa, en algún tiempo, y me gustaría que me escribieras..., pongamos cada dos semanas, lunes sí, lunes no, a la oficina de correos central de Londres. ¿Lo harás? —preguntó el señor Maylie.

—¡Ah! Por supuesto, señor, será un honor escribirle —exclamó Oliver, encantado con el cometido.

—Me gustaría saber cómo... cómo se encuentran mi madre y la señorita Maylie —dijo el joven—. Y podrías escribirme unas líneas sobre los paseos que deis y sobre lo que habléis y sobre si ella... ellas, quiero decir, están felices y gozan de buena salud..., ¿comprendes lo que te digo?

—¡Oh! Sí claro, señor, claro —contestó Oliver.

—Preferiría que no se lo dijeras a ellas —dijo Harry, pisándose las palabras—. De lo contrario, mi madre sentiría la obligación de escribirme más a menudo y le podría resultar una molestia y una preocupación. Que esto sea un secreto entre tú y yo, y no te olvides de contármelo todo; cuento contigo.

Oliver se sentía eufórico y orgulloso de lo importante que era y le prometió solemnemente al señor Maylie ser discreto y explícito en sus cartas, de ahí que Harry se despidiera de él diciéndole una y otra vez que le tenía en gran estima y ofreciéndole su más calurosa protección.

El doctor ya se había acomodado en la diligencia y Giles, que según lo acordado se quedaba allí, mantenía la puerta del carruaje abierta; mientras tanto, las sirvientas observaban los preparativos desde el jardín. Harry lanzó una mirada rápida hacia la celosía y subió al vehículo.

—¡En marcha! —gritó—. Raudo y veloz, ¡al galope! ¡Para ir a mi ritmo hoy hay que volar!

—¡So! —exclamó el doctor, bajando el cristal delantero a toda prisa gritándole al postillón—. ¡Que para ir a mi ritmo no va a hacer falta volar, ni mucho menos!

Con un repiqueteo y un traqueteo que la distancia fue convirtiendo en inaudibles, tras lo cual su rápido avance solo podía ser percibido por la vista, el vehículo se alejó serpenteando por el camino, casi oculto en una nube de polvo, bien desapareciendo por completo, bien haciéndose visible de nuevo, según lo intrincado del camino. Hasta que la nube de polvo no se hubo esfumado no se dispersaron los espectadores.

Sin embargo, no se dispersaron todos, pues hubo alguien que permanecía con la mirada fija en el lugar donde había desaparecido el carruaje cuando este ya se había alejado varios kilómetros; pues, tras la blanca cortina, que la ocultaba cuando Harry había levantado sus ojos hacia esa misma ventana, estaba sentada Rose.

—Se le ve de buen humor y feliz —dijo, al fin—. He temido por un momento que no fuera así, pero me he equivocado. Me alegro, me alegro mucho.

Las lágrimas son signo tanto de dicha como de dolor, pero las que corrían por las mejillas de Rose mientras estaba sentada junto a la ventana, pensativa, mirando aún en la misma dirección, parecían más de pena que de alegría.

CAPÍTULO XXXVI

En el que el lector percibirá un contraste no infrecuente en los matrimonios si lo compara con el capítulo XXVII

El señor Bumble se hallaba sentado en el salón del hospicio mirando malhumorado la chimenea apagada que, al ser verano, no tenía más llama que el reflejo de unos débiles rayos de sol sobre la superficie fría y bruñida. Del techo pendía una tira de papel atrapamoscas a la que de vez en cuando dirigía una mirada lúgubre y pensativa, y, mientras los insectos despreocupados aleteaban alrededor de la vistosa red, el señor Bumble suspiraba tan profundamente que el rostro se le tornaba aún más sombrío. El señor Bumble meditaba, y puede que aquellos insectos le trajeran a la memoria algún episodio doloroso de su propio pasado.

Y el gesto sombrío del señor Bumble no era lo único capaz de despertar una plácida tristeza en el corazón de un observador. No faltaban otros aspectos, íntimamente relacionados, además, con su persona que anunciaban el gran cambio acontecido en sus asuntos. ¿Dónde estaban el gabán galoneado y el sombrero de tres picos? Todavía llevaba los calzones por la rodilla y las medias oscuras de algodón que le tapaban las pantorrillas, pero aquellos no eran *los* calzones. El gabán tenía faldones anchos y en eso se parecía a *el* gabán, pero ¡qué diferencia! Aquel imponente sombrero de tres picos había sido sustituido por un modesto bombín. El señor Bumble ya no era pertiguero.

Existen ciertos ascensos en la vida que, independientemente de las recompensas económicas que ofrezcan, adquieren un valor y una dignidad especiales gracias al uniforme propio del cargo. Un mariscal tiene su propio uniforme, un obispo su capa pluvial, un magistrado su toga y un pertiguero su sombrero de tres picos. Despojen al obispo de la capa o al pertiguero del sombrero y ¿qué es lo que queda? Hombres, hombres sin más. La dignidad y, en ocasiones, hasta la santidad son también cuestión de uniforme, más de lo que algunos se imaginan.

El señor Bumble se había casado con la señora Corney y ahora era encargado del hospicio. Otro pertiguero había tomado posesión del cargo y con él había heredado también el sombrero de tres picos, el gabán galoneado y el bastón.

—Y pensar que mañana se cumplirán dos meses de todo esto —dijo el señor Bumble con un suspiro—. Me parece una eternidad.

Era posible que el señor Bumble hubiera querido decir que en el breve espacio de dos meses había conseguido concentrar toda la dicha alcanzable en toda una eternidad, pero ese suspiro... ese suspiro rebosaba significado.

—Me he vendido —dijo el señor Bumble, siguiendo el mismo hilo de pensamiento— por seis cucharitas de plata, un par de tenazas para el azúcar y una lechera, un puñado de muebles de segunda mano y veinte libras en metálico. Menudo negocio..., he salido barato, baratísimo.

—¡Barato! —gritó una voz estridente al oído del señor Bumble—. Tú sales caro a cualquier precio, y a mí bien caro me saliste, ¡eso bien lo sabe Dios!

El señor Bumble volvió la cabeza y se topó con el rostro de su interesante consorte, quien a pesar de que solo había oído a medias algunas palabras de su queja, se había aventurado a realizar el anterior comentario.

—Señora Bumble, mi señora —dijo el señor Bumble, con sentimental severidad.

—¿Qué quieres? —gritó la señora.

—Ten la delicadeza de mirarme —contestó el señor Bumble, fijando la mirada en ella. «Si es capaz de soportar mi mirada —continuó el señor Bumble para sí—, es capaz de soportarlo todo. Esta mirada nunca me ha fallado con los pobres, por lo que si me falla con ella, es que mi autoridad se ha esfumado.»

Es cuestión de opiniones si una pequeñísima dilatación del ojo es suficiente para amilanar a los pobres, que no se encuentran en muy buenas condiciones a causa de su pobre dieta, o si la ex señora Corney estaba hecha a prueba de miradas de águila. Sea cual fuere el caso, lo cierto es que la matrona no se dejó abrumar en absoluto por el ceño del señor Bumble, sino que, más bien al contrario, lo trató con gran desdén y hasta soltó una carcajada ante él que sonó de lo más auténtica.

Ante tal inesperado sonido, el señor Bumble puso cara primero de incredulidad, después de pasmo y, a continuación, volvió a sumirse en su estado anterior, del que únicamente resurgió al escuchar de nuevo la voz de su compañera.

—¿Te vas a quedar ahí roncando todo el día? —inquirió la señora Bumble.

—Me quedaré aquí sentado el tiempo que yo considere oportuno, señora —contestó el señor Bumble—. Y aunque no estaba roncando, ahora voy a roncar, a babear, a estornudar, a reír o a llorar conforme me venga en gana, ¡ya que esta es mi prerrogativa!

—¡Que esa es su prerrogativa, dice! —exclamó la señora Bumble con una sorna indescriptible.

—Eso es lo que he dicho, señora —afirmó el señor Bumble—, es que la prerrogativa de un hombre es mandar.

—¿Y cuál es la prerrogativa de una mujer, por el amor de Dios? —gritó la viuda del difunto señor Corney.

—Obedecer, señora —tronó el señor Bumble—. Tu difunto y desdichado marido bien habría hecho en enseñarte, y a lo mejor, hoy por hoy, aún seguiría vivo. ¡Ojalá lo estuviera, pobre hombre!

La señora Bumble se dio cuenta en seguida de que había llegado el momento crucial y de que uno de los dos había de dar el golpe de gracia final y decisivo que inclinara la balanza hacia un lado o hacia el otro, por lo que, en cuanto oyó esta alusión al muerto y enterrado, se desplomó sobre una silla y, exclamando en un alarido que el señor Bumble era un animal despiadado, cayó en un paroxismo de lágrimas.

Pero las lágrimas no eran el mejor camino para llegar al corazón del señor Bumble, que era impermeable. Como ocurre con los sombreros de piel de castor, que mejoran con la lluvia, sus nervios se tornaban más fuertes y vigorosos cuantos más chaparrones de lágrimas recibían. Los llantos le agradaban y le enaltecían, ya que las lágrimas son símbolo de debilidad y por ende admisiones tácitas de su propia autoridad. Miraba a su buena mujer con gran satisfacción y la alentaba a llorar con todas sus fuerzas, ya que dicho ejercicio era considerado por los médicos muy recomendable para la buena salud.

—Ensancha los pulmones, lava el rostro, ejercita los ojos y calma el genio —recitaba el señor Bumble—. Así es que llora a gusto.

Mientras se desahogaba con el comentario, el señor Bumble cogió el sombrero del perchero, se lo ladeó de modo desenvuelto y, como era de esperar en un hombre que pensaba que había reafirmado su superioridad satisfactoriamente, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió hacia la puerta con el aspecto burlón de estar muy tranquilo.

Ahora bien, la que fuera señora Corney había recurrido a las lágrimas por ser estas menos problemáticas que un ataque físico, pero no tenía ningún inconveniente en probar esta estrategia, como el señor Bumble no tardó en comprobar.

El primer indicio que tuvo de este hecho le llegó bajo la forma de un ruido hueco, inmediatamente seguido del vuelo inesperado del sombrero, que fue a parar al otro lado de la habitación. Tras descubrirle la cabeza con este procedimiento preliminar, la experta mujer le agarró fuerte por el cuello con una mano y con la otra comenzó a propinarle una somanta de palos con un vigor y una destreza excepcionales. Acto seguido, introdujo una pequeña variación y empezó a arañarle la cara y a estirarle del pelo, y cuando consideró que ya le había infligido el castigo suficiente para redimir la ofensa, lo arrojó sobre una silla, la cual afortunadamente estaba bien dispuesta para la ocasión, y le desafió a que volviera a mencionar su prerrogativa, si es que se atrevía.

—Levántate —le dijo la señora Bumble con voz de mando— y lárgate, si no quieres que haga alguna locura.

El señor Bumble se incorporó muy compungido, preguntándose qué sería para ella una locura, recogió el sombrero y se encaminó hacia la puerta.

—¿Te vas? —preguntó la señora Bumble.

—Sí, querida, sí —contestó el señor Bumble, acelerando el paso—. Yo no quería..., me voy, querida..., tienes un carácter que, la verdad, yo...

En ese mismo instante, la señora Bumble dio unos pasos apresurados para desdoblar la alfombra, que se había arrugado durante la refriega, y el señor Bumble salió como una flecha sin esperar siquiera a terminar la frase, y allí dejó a la ex señora Corney dueña y señora del territorio.

Lo cierto es que al señor Bumble le había cogido por sorpresa aquel altercado y se encontraba totalmente derrotado. El antiguo pertiguero tenía una marcada propensión al acoso, experimentaba un placer nada desdeñable con el ejercicio de la crueldad a pequeña escala y era, por lo tanto, huelga decirlo, un cobarde. Y esto no es ningún desdoro para su personalidad, ya que muchísimas autoridades a las que se les guarda un tremendo respeto y admiración son víctimas de esas mismas debilidades. Esta afirmación se ha hecho más a su favor que en su contra, y con la intención de que el lector se haga una idea exacta de sus aptitudes para el cargo.

Sin embargo, la humillación del señor Bumble no había llegado del todo a su fin. Tras darse una vuelta por el hospicio y llegar por primera vez a la conclusión de que las leyes de pobres eran muy duras con la gente y de que los hombres que abandonan a sus esposas, dejándolas así a cargo de la parroquia, no deberían, por el bien de la justicia, ser castigados sino recompensados por ser personas de gran mérito que habían sufrido mucho, el señor Bumble se dirigió a una habitación atraído por el gran rumor de voces que conversaban, donde algunas de las mujeres indigentes normalmente hacían la colada de la parroquia.

—¡Ejem! —exclamó el señor Bumble, recuperando su dignidad innata—. Al menos estas mujeres aún respetarán mi prerrogativa. ¡Oigan! ¡Oigan! ¿Se puede saber qué barullo es este, desvergonzadas?

Y diciendo estas palabras el señor Bumble abrió la puerta y entró con la expresión más fiera y colérica imaginable, que se transformó de inmediato en la actitud más atemorizada y humillada en cuanto su mirada se topó con la figura de su señora esposa.

—Querida —dijo el señor Bumble—, no sabía que estabas aquí.

—¿Que no sabías que estaba aquí? —repitió la señora Bumble—. Y tú, ¿qué haces tú aquí?

—Me pareció oír que hablaban demasiado para estar trabajando como es debido, querida —contestó el señor Bumble, mirando fuera de sí a un par de viejas que

intercambiaban comentarios de asombro acerca de la humildad del encargado del hospicio.

—¿Te parecía que hablaban demasiado? —comentó la señora Bumble—. ¿Y a ti qué te importa eso?

—Bueno, querida... —apuntó el señor Bumble muy sumiso.

—¿A ti qué te importa? —volvió a preguntar la señora Bumble.

—Bien, es cierto que tú eres la matrona del hospicio, querida —admitió el señor Bumble—, pero es que pensé que tal vez no estarías por aquí.

—Una cosa te voy a decir, señor Bumble —le advirtió su señora—. No queremos que nos molestes bajo ningún concepto, y tú eres demasiado aficionado a meter las narices donde no te importa, haciendo que todo el mundo en el hospicio se ría de ti en cuanto te das la vuelta, y quedas como un imbécil a cada momento. ¡Andando! ¡Largo!

El señor Bumble, al presenciar martirizado la alegría de las dos indigentes, que lanzaban juntas risitas de gozo, vaciló un instante. Sin embargo, la señora Bumble, cuya paciencia no admitía demora, cogió un cuenco lleno de espuma de jabón y, señalándole la puerta, le ordenó que saliera de inmediato so pena de recibir el contenido del cuenco sobre su corpulenta persona.

¿Y qué otra cosa podía hacer el señor Bumble? Miró descorazonado a su alrededor y se marchó avergonzado, y en cuanto llegó a la puerta, las risillas de las indigentes se convirtieron en una aguda carcajada de alegría irrefrenable. ¡Lo que faltaba! Había sido degradado ante sus ojos; había perdido categoría y dignidad ante los mismos indigentes; había descendido de las alturas propias de un pertiguero al abismo insoportable del más humillado calzonazos.

«¡Y todo en dos meses! —se decía sombrío—. Dos meses, hace solamente dos meses no solo nadie me mandaba a mí, sino que era yo el que mandaba a todos los demás, por lo que respecta al hospicio parroquial, y ahora...»

¡Era demasiado! El señor Bumble le dio un sopapo al niño que había ido a abrirle la puerta, adonde había llegado metido en sus pensamientos, y se fue absorto calle abajo.

Deambuló por las calles hasta que el ejercicio mitigó la primera embestida del dolor, y entonces el cambio de sensaciones le hizo sentir mal. Pasó por la puerta de numerosas tabernas y al fin se detuvo delante de una, echó un vistazo por la ventana y no vio más que a un solitario cliente. El hecho de que comenzara a llover con intensidad en ese mismo momento hizo que se decidiera a entrar. Pidió algo de beber en la barra y se dirigió al salón que había visto por la ventana.

El hombre que había allí sentado era alto, moreno y llevaba puesta una capa. Tenía aire de forastero y, por la mirada ojerosa y las manchas de polvo que llevaba en la ropa, parecía haber viajado desde bastante lejos. Aunque miró a Bumble de reojo

cuando entró, apenas se dignó mover la cabeza en respuesta al saludo del antiguo pertiguero.

El señor Bumble tenía dignidad suficiente para dos, aun suponiendo que el forastero hubiese sido más amigable, así es que se bebió su ginebra con agua en silencio y se puso a leer el periódico dándose mucha importancia.

Sucedió, sin embargo, lo que tan a menudo sucede cuando dos hombres se encuentran bajo tales circunstancias, y es que al señor Bumble le entraron unas ganas irreprimitas de echarle una mirada a hurtadillas al forastero, y cada vez que lo hacía se encontraba con los ojos del otro, que estaba haciendo lo mismo. La incomodidad del señor Bumble aumentaba por la singular expresión que tenía el forastero en la mirada, aguada y vivaz, pero enturbiada por un gesto de desconfianza y recelo que no se parecía a ninguna que hubiese visto antes, y que resultaba muy repulsiva.

Tras haber intercambiado varias miradas, el forastero rompió el silencio con voz grave y áspera.

—¿Acaso me buscaba usted cuando se ha asomado por la ventana? —preguntó.

—No, que yo sepa, a no ser que sea usted el señor...

Aquí el señor Bumble se detuvo, para ver si el forastero se precipitaba a rellenar el hueco, ya que tenía curiosidad por oír su nombre.

—Ya veo que no —contestó el forastero con una leve sonrisa sarcástica—. Si no, sabría cómo me llamo; pero no lo sabe, y le sugiero que no indague.

—No quería ofenderlo, joven —espetó el señor Bumble majestuoso.

—Y no lo ha hecho —dijo el forastero.

A este corto diálogo le sucedió un silencio que de nuevo se vio interrumpido por el forastero.

—Creo haberle visto a usted en otra ocasión —dijo—. Aunque vestía de otra manera y solo nos cruzamos por la calle una vez, me acuerdo de usted. Usted era pertiguero, ¿verdad?

—Sí que lo fui, sí —contestó el señor Bumble sorprendido—. El pertiguero de la parroquia.

—Eso es —exclamó el otro asintiendo con la cabeza—. Con ese uniforme le conocí yo. Y ahora, ¿en qué trabaja?

—Soy el encargado del hospicio —dijo lenta e imponentemente el señor Bumble para evitar que el forastero se tomara confianzas que hubieran estado fuera de lugar—. Encargado del hospicio, joven.

—Y supongo que sigue teniendo el mismo ojo que siempre tuvo para ver qué es lo que más le interesa, ¿verdad? —preguntó el forastero mirándole directamente a los ojos, que se sorprendieron ante una pregunta tan directa—. No tenga escrúpulos en contestar con sinceridad, caballero. Le conozco perfectamente, como puede ver.

—Me imagino que un hombre casado —contestó el señor Bumble, haciéndose sombra con la mano y mirándole de pies a cabeza con evidente perplejidad— no es más reacio que un hombre soltero a ganarse honradamente un penique cuando puede. Los empleados parroquiales no están tan bien remunerados como para rechazar un dinero extra, siempre y cuando se les presente de un modo apropiado y correcto.

El forastero sonrió y asintió con la cabeza como dando a entender que no se había equivocado de hombre, y entonces llamó al camarero.

—Ponle otra copa —dijo, enseñándole el vaso vacío del señor Bumble—. Que sea fuerte y caliente. Así es como le gusta, ¿o me equivoco?

—No demasiado fuerte —contestó el señor Bumble tosiendo levemente.

—Pues ya sabes lo que quiere decir, camarero —dijo el forastero con sequedad.

El camarero sonrió y se fue, y poco después volvió con una ponchera humeante. Al primer trago se le saltaron las lágrimas al señor Bumble.

—Ahora escúcheme —dijo el forastero, cerrando la puerta y la ventana—. He venido hasta aquí con el único propósito de encontrarle y, por una de esas casualidades que el diablo a veces proporciona a sus amigos, entró usted en esta taberna cuando mi mayor preocupación era usted. Quiero que me informe de algo y no le voy a pedir que me informe de balde, por poca cosa que sea. Tenga esto a modo de adelanto.

Y conforme hablaba depositó en silencio sobre la mesa un par de libras de oro, como si no quisiera que nadie oyera el tintineo del dinero, y cuando el señor Bumble hubo examinado las monedas escrupulosamente para cerciorarse de que eran auténticas y se las hubo guardado en el bolsillo del chaleco lleno de satisfacción, el forastero continuó con su historia.

—Haga que su memoria viaje..., déjeme pensar..., doce años atrás, cumplidos el invierno pasado.

—Ya ha llovido desde entonces —dijo el señor Bumble—. Bueno, ya voy recordando.

—El escenario es el hospicio.

—Perfecto.

—Y sucedió por la noche.

—Sí.

—Y, concretamente, el lugar exacto es esa infame cueva, estuviera donde estuviera, en la que las desgraciadas mujerzuelas alumbraban la vida y la salud que a ellas tantas veces se les negaba..., daban a luz a niños llorones que ha de criar la parroquia para luego ocultar su vergüenza, malditas sean, en la tumba.

—Supongo que se refiere al paritorio —aclaró el señor Bumble, sin entender del todo la explicación exaltada del forastero.

—Sí —contestó el forastero—. Allí nació un niño.

—Allí han nacido muchísimos niños —puntualizó el señor Bumble sacudiendo la cabeza en señal de abatimiento.

—¡Una plaga de niños del demonio! —gritó el forastero impaciente—. Pero yo me refiero a uno en concreto, uno con gesto dócil y cara pálida, que fue aprendiz del fabricante de ataúdes de por aquí cerca (qué más quisiera yo que hubiese fabricado el suyo para meter dentro su cuerpo) y que luego huyó a Londres, según tengo entendido.

—¡Hombre! Usted se refiere a Oliver, al pequeño Twist —dijo el señor Bumble—. ¡Claro que me acuerdo de él! No había un gamberro más terco que...

—No quiero que me hable de él; ya he oído hablar bastante de él —dijo el forastero, cortando al señor Bumble cuando no había hecho más que empezar con la larga lista de los vicios del pobre Oliver—. Quiero que me hable de una mujer, de la bruja que asistió a la madre del niño en el parto. ¿Dónde está esa mujer?

—¿Que dónde está? —preguntó el señor Bumble, a quien la ginebra con agua había vuelto gracioso—. Eso es muy difícil de contestar. En el sitio donde está, sea cual sea de los dos, las comadronas no son necesarias, por lo que deduzco que se habrá quedado sin trabajo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el forastero secamente.

—Pues que se murió el invierno pasado —replicó el señor Bumble.

El forastero se le quedó mirando fijamente cuando le dio esta información, y aunque no apartó los ojos de Bumble durante un tiempo, la mirada la tenía perdida, vacía y absorta en sus pensamientos. Por un momento no supo si debía sentirse aliviado o decepcionado por la noticia, pero al fin respiró más tranquilo, apartó los ojos, comentó que no tenía importancia y se levantó como con ademán de marcharse.

La astucia del señor Bumble le hizo ver a la primera la oportunidad de ganar un dinero gracias al secreto que sabía su media naranja. Recordaba perfectamente la noche de la muerte de la vieja Sally, y buenas razones tenía para acordarse dado que fue entonces cuando se declaró a la señora Corney; y aunque su mujer nunca le había confiado dicho secreto, de cuya revelación no había habido más testigos que ella, él poseía suficiente información para saber que tenía que ver con algún suceso ocurrido mientras la vieja asistía a la joven madre de Oliver Twist en su condición de comadrona del hospicio. Recordando rápidamente esta circunstancia, informó al forastero con aire de misterio de que hubo una mujer que pasó los últimos momentos de la vieja bruja en su compañía, y de que ella podría, según tenía razones para creer, arrojar luz sobre este tema.

—¿Cómo la puedo encontrar? —dijo el forastero con la guardia bajada y mostrando bien a las claras que todos sus miedos, cualesquiera que fuesen, se habían vuelto a despertar con esta información.

—Únicamente a través de mí —dijo el señor Bumble.

—¿Cuándo? —gritó el forastero secamente.

—Mañana —contestó Bumble.

—A las nueve de la noche —dijo el forastero, sacando un papel y escribiendo una oscura dirección, junto al río, con una caligrafía que mostraba su turbación—. A las nueve de la noche venga a esta dirección con la mujer. Y no necesito decirle que esto es un secreto, ya que le conviene que así sea.

Con estas palabras salió por la puerta, después de pagar el licor consumido, y comentándole brevemente que sus caminos eran distintos, se fue sin más ceremonia que la repetición enfática de la hora de la cita al día siguiente.

Cuando el señor Bumble leyó la dirección, el funcionario parroquial se percató de que no había escrito ningún nombre. El forastero no había ido muy lejos, así que se fue tras él a preguntarle.

—¿Pero quién es? —gritó el forastero, volviéndose al sentir que Bumble le tocaba el hombro—. ¿Quién me sigue?

—Solo una pregunta —dijo el otro, señalando el papel de la dirección—. ¿Por quién debo preguntar?

—¡Por Monks! —contestó el hombre, marchándose a grandes zancadas.

CAPÍTULO XXXVII

En el que se describe lo que sucedió entre el señor y la señora Bumble y Monks en el curso de su entrevista nocturna

Era una noche oscura, sofocante y encapotada de verano, cuando las nubes que habían estado amenazando todo el día, extendidas en una densa y pesada masa de vapor, acabaron por dejar caer gruesas gotas de lluvia y presagiaban una violenta tempestad. En ese momento, el señor y la señora Bumble salieron a la calle principal y encaminaron sus pasos hacia una pequeña colonia de casas en ruinas, a una distancia aproximada de dos kilómetros, que se alzaba sobre un terreno pantanoso y malsano a orillas del río.

Ambos iban envueltos en ropas viejas y raídas, que acaso tuvieran el doble objeto de protegerlos contra la lluvia y ocultarlos de las miradas indiscretas. El marido llevaba una linterna, que no emitía luz alguna, y andaba unos pasos por delante de su mujer, como para ofrecerle la facilidad, dado lo sucio del camino, de que pisase sobre sus pesadas huellas. Marchaban en un silencio absoluto. De vez en cuando, el señor Bumble aflojaba el paso y volvía la cabeza para cerciorarse de que su compañera le seguía, y, al comprobar que iba pisándole los talones, rectificaba el paso y proseguía más ligero en dirección a su lugar de destino.

Este no era, ni mucho menos, un lugar de dudosa naturaleza, ya que era conocido desde hacía mucho tiempo por dar cobijo a los más viles y peligrosos rufianes que, bajo pretextos diversos de vivir de su trabajo, subsistían gracias al robo y al delito. La pequeña colonia estaba formada por un conjunto de simples casuchas, construidas unas con ladrillos sueltos y otras con los carcomidos maderos de los barcos, y ordenadas anárquicamente, asentándose la mayoría de ellas a muy pocos metros de la orilla del río. Unas cuantas barcas resquebrajadas, arrastradas por el barro y amarradas a un pequeño muro del muelle que lo bordeaba, y aquí y allá un remo o un cabo de cuerda desparramado, parecían indicar, a primera vista, que los moradores de aquellas zahúrdas desempeñaban alguna profesión en el río, pero bastaba con echar un vistazo al estado deteriorado e inservible de los objetos allí expuestos para que cualquier

observador advirtiera, sin gran dificultad, que estaban así preparados para guardar las apariencias, más que con vistas a un uso real.

En el centro de este grupo de casuchas, y en la misma orilla del río sobre la que asomaban los pisos más altos, se alzaba un gran edificio que parecía haber sido antiguamente una fábrica y que en sus buenos tiempos proporcionó seguramente trabajo a los habitantes de las casuchas que habían proliferado a su alrededor. Pero hacía tiempo que se hallaba en un estado ruinoso. Las ratas, la carcoma y la acción de la humedad habían consumido y podrido los pilares sobre los que se sustentaba, y una gran parte de la estructura ya se había hundido en el agua, mientras que el resto, vacilante e inclinado sobre la oscura corriente, parecía esperar el momento propicio para reunirse con lo demás y para correr idéntica suerte.

Fue precisamente ante este ruinoso edificio donde se detuvo la respetable pareja, y lo hicieron en el mismo momento en el que el primer trueno lejano resonaba en el aire y la lluvia comenzaba a caer intensamente.

—La casa debe de quedar por aquí —dijo el señor Bumble consultando un trozo de papel que tenía en la mano.

—¡Hola, ahí abajo! —gritó entonces una voz desde lo alto.

El señor Bumble, siguiendo la dirección del sonido, levantó la cabeza y divisó a un hombre asomado, a la altura del pecho, a una puerta del segundo piso.

—Esperen un momento —gritó la voz—, que en seguida estoy con ustedes.

Tras lo cual, desapareció la cabeza y se cerró la puerta.

—¿Ese es el hombre? —preguntó la esposa del señor Bumble.

El señor Bumble afirmó con la cabeza.

—Entonces recuerda lo que te he dicho —advirtió la matrona—, y procura hablar lo menos posible, si no quieres descubrirnos.

El señor Bumble, que había estado contemplando el edificio con sombrías miradas, se disponía a exponer sus dudas con respecto a la conveniencia de seguir adelante en aquella empresa cuando se lo impidió la aparición de Monks, que abrió una puerta cerca de donde estaban y les hizo señas para que entrasen.

—¡Vamos, entren! —gritó impaciente dando una patada al suelo—. ¡No me tengan aquí parado!

La mujer, que en un primer momento pareció dudar, avanzó con decisión sin necesidad de invitación alguna, mientras que su marido, avergonzado o temeroso de quedarse atrás, la siguió muy intranquilo y sin apenas el más mínimo vestigio de aquella destacable dignidad que fuera el principal rasgo de su personalidad.

—¿Por qué diablos se habían quedado allí parados bajo la lluvia? —preguntó Monks, volviéndose y dirigiéndose a Bumble, tras cerrar la puerta con cerrojo.

—Es que... es que solo estábamos refrescándonos un poco —balbuceó Bumble, mirando intranquilo a su alrededor.

—¿Refrescándose? —replicó Monks—. Toda la lluvia que pudiera caer esta noche no bastaría para apagar el fuego del infierno que un hombre puede llevar en su interior. No piensen que van a refrescarse tan fácilmente.

Después de pronunciar estas agradables palabras, Monks fijó la vista en la mujer y le dirigió una feroz mirada, hasta que ella, que no solía intimidarse fácilmente, hubo de apartar los ojos y bajar la mirada al suelo.

—Esta debe de ser su mujer, ¿verdad? —preguntó Monks.

—En efecto, así es —respondió el señor Bumble, recordando la advertencia de su esposa.

—Supongo que cree que las mujeres son incapaces de guardar un secreto, ¿verdad? —dijo entonces la matrona terciando en la conversación y devolviéndole a Monks su inquisitiva mirada mientras hablaba.

—Ya sé que hay *uno* que las mujeres guardan siempre... hasta que se descubre —contestó Monks con desdén.

—¿Y cuál es, si puede saberse? —preguntó la matrona en el mismo tono.

—¡Pues el de la pérdida de su reputación! —respondió Monks—. Y por la misma regla de tres, si una mujer posee un secreto que puede llevarla a la horca o al destierro, no seré yo quien tema que se lo cuente a alguien, ¿me comprende usted, señora?

—No —contestó la matrona, ruborizándose al hablar.

—¡Pues claro que no! ¿Cómo podría entenderlo?

Haciendo un gesto, mitad de desprecio y mitad de enojo, e indicando de nuevo a sus acompañantes que le siguieran, el hombre atravesó presuroso la estancia, que era bastante grande, pero de techos bajos. Se disponía a subir por una especie de escalera muy empinada, que conducía a otro piso superior de almacenes, cuando el fulgurante resplandor de un relámpago penetró por el hueco, seguido del estrépito del trueno, que sacudió el destartado edificio hasta sus cimientos.

—¡Escuchen! —exclamó Monks retrocediendo—. ¡Escúchenlo! Retumba como si resonara a través de mil cavernas donde se esconden los demonios. ¡Que desaparezca este ruido infernal! Lo odio.

Permaneció en silencio durante unos momentos y después, retirándose súbitamente las manos del rostro, dejó ver, ante el indecible asombro del señor Bumble, que lo tenía muy distorsionado y casi sin expresión.

—De vez en cuando me dan estos ataques —dijo el señor Monks, al advertir su alarma—, y a veces me los producen los truenos. Pero no me hagan caso..., por esta vez ya pasó.

Y, dicho esto, comenzó a ascender por la escalera, cerró apresuradamente el postigo de la ventana a la cual conducía y bajó una linterna que colgaba del extremo

de una larga cuerda con una polea, pasada por una de las gruesas vigas del techo, y que daba un débil resplandor sobre una mesa vieja y tres sillas colocadas junto a ella.

—Veamos —dijo Monks una vez que estuvieron los tres sentados—. Cuanto antes entremos en el asunto que nos concierne, mejor para todos. Esta mujer ya sabe de qué se trata, ¿verdad?

La pregunta iba dirigida al señor Bumble, pero su esposa se le anticipó respondiendo que estaba al corriente de todo.

—¿Está en lo cierto cuando dice que estuvo usted con aquella bruja en el momento de morir y que le dijo algo...?

—¿De la madre del niño al que usted mencionó? —respondió la matrona, interrumpiéndole—. Sí, en efecto.

—Bien, en tal caso, la primera pregunta es esta: ¿cuál fue la naturaleza de su declaración? —dijo Monks.

—Esa es la segunda —advirtió la mujer resueltamente—, porque la primera debiera ser: ¿cuánto puede valer semejante declaración?

—¿Y quién demonios podría saberlo sin saber antes de qué se trata? —contestó Monks.

—En mi opinión, no hay nadie que pueda saberlo mejor que usted —contestó la señora Bumble, que no carecía de valor, como bien podía atestiguar su compañero de fatigas.

—¡Ajá! —dijo Monks expresivamente con inquieta mirada—. ¿Es que se trata de algo que vale dinero?

—Tal vez... —respondió serenamente.

—Algo que quitaron a la madre del muchacho... —dijo Monks con impaciencia—. Algo que llevaba encima... Algo que...

—Más vale que haga una oferta, señor —interrumpió la señora Bumble—, pues ya he oído bastante para saber que es con usted con quien debo hablar.

El señor Bumble, a quien su media naranja no había hecho partícipe de más detalles del secreto de los que poseía desde el principio, escuchaba aquel diálogo estirando el cuello y con los ojos desorbitados, que unas veces posaba sobre su mujer y otras sobre Monks, sin disimular su asombro, que aumentó, si ello era posible, al preguntar este último con severidad por la suma que exigía a cambio de tal revelación.

—¿Cuánto vale para usted? —preguntó la mujer con su habitual tranquilidad.

—Tal vez nada, o quizá veinte libras —respondió Monks—. Vamos, hable, y así sabré cuál de las dos cosas es.

—Añada cinco libras a la suma mencionada, veinticinco libras en oro —dijo la mujer—, y le contaré todo lo que sé. Antes no lo haré.

—¡Veinticinco libras! —exclamó Monks haciendo un movimiento instintivo hacia atrás.

—He hablado con toda la claridad que me es posible —respondió la señora Bumble—, y la cantidad tampoco es excesiva...

—¿Que no es excesiva, a cambio de un mísero secreto que puede que no me sirva de nada cuando lo sepa? —exclamó Monks con impaciencia—. ¡Un secreto que además lleva doce años o más durmiendo el sueño de los justos!

—Esas cosas se conservan bien y, como ocurre con el buen vino, a veces duplican su valor con el paso del tiempo —contestó la matrona con la misma decidida indiferencia que hasta entonces venía mostrando—. ¡En cuanto a dormir ese sueño, los hay que después de dormir doce mil años, o doce millones, por lo que usted y yo sabemos, acaban revelando las cosas más extrañas!

—¿Y si doy mi dinero a cambio de nada? —preguntó Monks en tono vacilante.

—Podría recuperarlo fácilmente —respondió la matrona—, pues ya ve que soy una mujer que se encuentra aquí sola y desamparada.

—No estás sola, ni tampoco desamparada, querida —protestó el señor Bumble con la voz temblorosa del miedo—. Que estoy yo aquí para protegerte, querida y además —añadió el señor Bumble mientras le castañeteaban los dientes al hablar— el señor Monks es demasiado caballero para actuar con violencia alguna contra dos personas parroquiales como nosotros. El señor Monks también sabe que ya no soy joven, querida, y que estoy como quien dice un poco echado a perder, pero con toda seguridad que habrá oído... que habrá oído que soy un funcionario resuelto y con una fuerza extraordinaria si se me provoca. Lo único que hace falta es que se me provoque, eso es todo.

Mientras decía esto, el señor Bumble fingía patéticamente aferrarse a su linterna con feroz determinación, demostrando bien a las claras, a juzgar por la asustada expresión de todo su semblante, que necesitaba en efecto que le provocaran, y no poco, para dar muestra de belicosidad, a menos que fuese contra los pobres del asilo o contra cualquier otra persona o personas adiestradas para tal fin.

—Tú eres un idiota —contestó la señora Bumble—, y estarías mejor callado.

—Más valdría que le hubiesen cortado la lengua antes de venir aquí si no sabe hablar más bajo... —dijo Monks siniestramente—. ¡Vaya, vaya! Así que es su marido, ¿eh?

—¡Ese, mi marido! —contestó la matrona sonriendo entre dientes para eludir la respuesta.

—Me lo figuré en cuanto les vi —contestó Monks observando la mirada airada que la dama lanzó contra su esposo—. ¡Tanto mejor! Tengo menos dudas cuando trato con dos personas que tienen una única voluntad. Lo digo en serio. ¡Miren!

Se metió la mano en el bolsillo, extrajo una bolsa de la que sacó veinticinco soberanos y los arrastró hacia la mujer.

—¡Vamos, recójalos! —dijo—. Y en cuanto haya pasado ese maldito trueno que presiento que va a estallar sobre el tejado, oiremos esa historia.

Cuando el trueno, que de hecho parecía que estaba mucho más cerca y que estallaba sobre sus cabezas, hubo cesado, Monks, levantando el rostro de la mesa, se inclinó hacia delante para escuchar lo que se disponía a decir la matrona. Los rostros de los tres personajes casi se tocaban, puesto que los dos hombres se inclinaban sobre la pequeña mesa por las ganas de escuchar, mientras que la mujer también se inclinaba para que su susurro fuera audible. Los débiles rayos del farol suspendido, al caer sobre ellos, aumentaban la palidez y la inquietud de sus semblantes que, envueltos en una profunda y lúgubre oscuridad, cobraban un aspecto realmente aterrador.

—Cuando murió aquella mujer a la que llamábamos la vieja Sally —comenzó diciendo la matrona—, ella y yo ya estábamos a solas...

—¿Quiere decir que no había nadie más con ustedes? —preguntó Monks con el mismo murmullo hueco—. ¿Ningún enfermo, por ejemplo, en alguna cama vecina? ¿Está segura de que no pudo oírla nadie?

—¡Ni un alma! —contestó la mujer—. Estábamos solas y, cuando le llegó la muerte, solamente yo me encontraba junto a su cuerpo sin vida.

—Bien... —dijo Monks mirándola atentamente—. Prosiga.

—Me habló de una mujer joven —continuó la matrona— que había traído a un niño al mundo unos años antes, no solo en aquella habitación, sino en la misma cama en que ella estaba agonizando.

—¿Sí...? —murmuró impaciente Monks, con los labios temblándole y mirando por encima del hombro—. ¡Demonios! ¡Qué final tienen las cosas!

—El niño era el mismo que le mencionó usted anoche a él —dijo la matrona, señalando a su marido con un movimiento de cabeza indiferente—, y a su madre le robó esa matrona, la vieja Sally.

—¿En vida? —preguntó Monks.

—Después de muerta, cuando acababa de convertirse en cadáver —contestó la mujer con algo parecido a un estremecimiento—. Al parecer, le robó al cadáver lo que la pobre madre le había rogado, en su último suspiro, que guardara para su hijo.

—¿Y lo vendió? —exclamó Monks con gran impaciencia—. ¿Lo vendió? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿A quién? ¿Cuánto tiempo hacía?

—En cuanto me pudo decir a duras penas lo que había hecho —dijo la matrona—, recostó la cabeza y murió.

—¿Sin decirle nada más? —exclamó Monks, con voz que parecía más feroz al expresarse casi ahogada—. ¡Eso es mentira! Le advierto que conmigo no se juega... Estoy seguro de que dijo más. Les juro que, aunque tenga que arrancarles la vida a los dos, sabré lo que dijo antes de morir.

—No pronunció ni una palabra más —insistió la mujer, según todas las apariencias impasible (al contrario que el señor Bumble) ante la extraña violencia de su interlocutor—. Lo único que puedo añadir es que se me agarró al vestido con fuerza en el momento de morir, y que al desasirme de ella vi que en su mano tenía apretado un pedazo de papel sucio.

—¿Y qué decía aquel papel? —interrumpió Monks, inclinándose hacia delante.

—Nada —respondió la mujer—. Era el duplicado de una papeleta de empeño.

—¿De qué? —preguntó Monks.

—No se lo diré hasta que no sea el momento —contestó la mujer—. En mi opinión, la vieja Sally guardó aquello durante un tiempo con la esperanza de sacarle mejor partido, pero luego lo empeñó y ahorró dinero para pagar los intereses de la casa de empeño año tras año para que no expirara el plazo, y para así recuperarlo por si la cosa salía a cuenta. Pero la cosa no salió a cuenta y, como le digo, murió antes con el trozo de papel en la mano, roto y gastado. La papeleta vencía a los dos días, así que pensé que era mejor desempeñarla por si algún día salía a cuenta.

—¿Dónde está en este momento? —preguntó Monks con rapidez.

—¡Aquí! —respondió la mujer. Y como si se alegrase de verse al fin libre de aquello, arrojó sobre la mesa una bolsita de piel en la que apenas cabía un reloj francés. Monks se abalanzó sobre ella y la abrió con manos temblorosas. En su interior había un pequeño guardapelo de oro con dos mechones de pelo y una sencilla alianza, también de oro.

—Dentro lleva grabado el nombre de «Agnes» —añadió la mujer—. El lugar para el apellido está en blanco, y luego está la fecha, que es la de un año antes de que naciera el niño. Eso es lo que descubrí.

—¿Y eso es todo? —dijo Monks tras un minucioso y ávido examen del contenido de la bolsita.

—¡Todo! —contestó la mujer.

El señor Bumble emitió un prolongado suspiro, como manifestando su satisfacción por el hecho de que la historia hubiese terminado sin que se hiciera ninguna mención de la posible devolución de las veinticinco libras, con lo que cobró ánimos para enjugarse el sudor que se le había estado escurriendo por la nariz mientras transcurría la conversación anterior.

—Aparte de lo que pueda suponer, no sé más de esa historia —dijo la señora Bumble dirigiéndose a Monks—, y nada quiero saber, puesto que es mejor así. No obstante, desearía hacerle dos preguntas... ¿Me lo permite?

—Sí —observó Monks con cierta sorpresa—. Ahora bien, que las conteste o no, eso ya es otra cuestión.

—Con lo cual ya son tres —dijo el señor Bumble, en un intento vano de hacerse el chistoso.

—¿Es eso lo que esperaba obtener de mí? —preguntó la matrona.

—Sí, señora —dijo Monks—. La otra pregunta, ¿cuál es?

—Es referente a lo que piensa hacer con ello. ¿Podría ser utilizado en mi contra?

—Nunca —replicó Monks—, ni contra mí tampoco. ¡Miren! Pero no avancen ni un solo paso porque, de lo contrario, sus vidas no valdrían ni un penique.

Y diciendo esto, apartó la mesa bruscamente a un lado y, tirando de una argolla de hierro que había sobre las tablas, levantó una trampilla, que se abrió a los pies del señor Bumble, haciéndole retroceder unos pasos con gran precipitación.

—Miren al fondo —dijo Monks bajando el farolillo hasta el mismo borde—, y no teman, pues podría haberlos dejado caer tranquilamente ahí mientras estaban sentados, pero no era ese mi propósito.

Entonces la matrona se acercó al borde, y lo mismo se aventuró a hacer el señor Bumble impulsado por la curiosidad. El agua turbia, agitada por la intensa lluvia, corría por el fondo con cierta violencia, y todos los sonidos se perdían en el resonar del agua al estrellarse encrespada contra los verdes y viscosos pilares. Allí debajo hubo en otros tiempos un molino, y la corriente, tras tropezar, espumeante, con las escasas estacas podridas y los fragmentos de maquinaria que aún subsistían, parecía seguir su marcha con un nuevo impulso al verse libre de los obstáculos que inútilmente trataban de detener su impetuoso curso.

—Si se arrojara al fondo el cuerpo de un hombre, ¿dónde estaría mañana? —dijo Monks, balanceando la linterna sobre el hueco de aquel pozo oscuro.

—Varios kilómetros río abajo y, además, hecho pedazos —contestó Bumble retrocediendo solo de pensarlo.

Monks se sacó entonces la bolsita del pecho, que era donde la había guardado antes apresuradamente, y atándola a un peso de plomo que era parte de alguna polea y que estaba por el suelo, la lanzó a la corriente. Cayó recta, a plomo, se hundió en el agua con un ruido apenas perceptible y desapareció al instante. Los tres se miraron entre sí y dio la impresión de que ahora respiraban más tranquilos.

—¡Ya está! —dijo Monks cerrando la trampilla, que volvió a su posición anterior—. Aunque el mar devuelva a los muertos, tal como dicen los libros, en cambio se queda con el oro y la plata, y con eso también. No hay nada más que hablar, así que podemos dar fin a esta tan grata reunión.

—Eso es —observó el señor Bumble con la mayor prontitud.

—A partir de este momento, mantendrán la boca cerrada, ¿verdad? —dijo Monks con una mirada amenazadora—. Y no temo precisamente por su mujer.

—Puede contar conmigo, joven —contestó el señor Bumble arqueándose un poco hacia la escalera con excesiva cortesía—. Permaneceremos callados por el interés de todos, joven, por el mío también.

—Me alegro de oírlo... —replicó Monks—. Y ahora enciendan su linterna y salgan de aquí cuanto antes.

Fue una suerte que la conversación terminase en ese punto, porque de otro modo el señor Bumble, que se había inclinado hasta quedar a muy pocos centímetros de la escalera, hubiese caído infaliblemente de cabeza a la habitación de abajo. Encendió la linterna que Monks había soltado de la cuerda y que ahora llevaba en la mano y, sin esforzarse por continuar con la conversación, comenzó a descender en silencio las escaleras, seguido de su mujer. Monks bajó el último, tras convencerse de que no escuchaba más ruido que el repiqueteo de la lluvia en el exterior y el correr del agua.

Cruzaron lentamente y con precaución la habitación inferior, puesto que Monks se sobresaltaba ante cada sombra, y el señor Bumble, con la linterna a muy poca distancia del suelo, caminaba no solo con gran cuidado, sino con paso extraordinariamente ligero, a pesar del volumen de su corpachón, a la vez que miraba todo nervioso a su alrededor en busca de posibles trampillas ocultas. Monks abrió la puerta por donde habían entrado con sumo cuidado, y el matrimonio, cruzando un simple saludo con su misterioso conocido, salió al exterior bajo la lluvia en medio de la oscuridad de la noche.

Una vez que hubieron desaparecido, Monks, que al parecer sentía una gran aversión a que lo dejaran a solas, llamó a un muchacho que había permanecido oculto en algún lugar del piso inferior y, ordenándole que caminase delante de él llevando la luz, regresó a la habitación que acababa de abandonar.

CAPÍTULO XXXVIII

Que introduce algunos personajes muy respetables a los que el lector ya ha tenido el gusto de conocer y que muestra cómo Monks y el judío urden conjuntamente su encomiable plan

La noche siguiente, un par de horas antes del momento en que los tres ilustres personajes mencionados en el capítulo anterior se desembarazaron del pequeño asunto que llevaban entre manos de la forma en que ya se narró allí, el señor William Sikes, que despertaba de una cabezadita, preguntó con un gruñido soñoliento qué hora de la noche era.

La habitación en la cual el señor Sikes formuló su pregunta ya no era una de aquellas en las que acostumbraba a morar con anterioridad a la expedición a Chertsey, aunque se encontraba en la misma barriada de la ciudad, y no quedaba muy lejos de su anterior alojamiento. A la vista estaba que esta no era una morada tan comfortable como sus anteriores aposentos, pues no se trataba más que de un pequeño cuchitril, pobremente amueblado, cuya única luz provenía de una pequeña claraboya practicada en el techo de la buhardilla, que asomaba a un sucio y estrecho callejón. Tampoco se echaban en falta otros detalles indicativos de que el buen caballero había venido a menos, pues la gran parquedad del mobiliario, así como la ausencia absoluta de comodidades y de todos los pequeños enseres habituales de una casa, tales como ropa de vestir y de cama de repuesto, hablaban por sí solos de un estado de pobreza extrema, si bien el estado demacrado y débil del propio señor Sikes bastaba para confirmar tales indicios, de haber sido necesario corroborarlos.

El ladrón se encontraba echado en la cama, cubierto con su gran capote blanco, a modo de bata, y mostraba unas facciones que no mejoraban en absoluto con el tono cadavérico de la enfermedad, ni con la adición de un sucio gorro de noche y la barba, áspera y negra, de una semana. El perro permanecía sentado a los pies de la cama, ya mirando a su amo con melancolía, ya enderezando las orejas y emitiendo un grave gruñido al percibir el mínimo sonido procedente de la calle o de la parte inferior de la casa. Sentada junto al ventanuco, muy afanada en remendar un viejo chaleco que

formaba parte de la indumentaria ordinaria del ladrón, se hallaba una mujer, tan pálida y demacrada tras soportar las sucesivas noches en vela y las privaciones que a duras penas podía reconocerse en ella a la misma Nancy que tanto ha figurado en esta historia, de no haber sido porque fue precisamente su voz la que contestó a la pregunta del señor Sikes.

—Son poco más de las siete —respondió la muchacha—. ¿Cómo te encuentras esta noche, Bill?

—Como aguachirle —contestó el señor Sikes, y lanzó una maldición sobre sus ojos y sus extremidades—. Venga, échame una mano que me saque de este maldito camastro.

La enfermedad no había conseguido apaciguar el temperamento del señor Sikes, ya que, mientras la muchacha le ayudaba a levantarse y le conducía hasta una silla, no dejó de musitar variadas imprecaciones por su torpeza, e incluso la golpeó.

—¿Ya estás lloriqueando? —dijo Sikes—. Vamos, no te quedes ahí gimoteando. Y si no sabes hacer nada mejor, desaparece ahora mismo, ¿me oyes?

—Ya te oigo, ya —respondió la muchacha, volviendo la cara y forzando una sonrisa—. ¿Qué idea te estará rondando ahora por esa cabeza?

—¡Vaya! Te lo has pensado mejor, ¿eh? —gruñó Sikes, señalando la lágrima que temblaba en el ojo de la muchacha—. Pues mucho mejor para ti, sin duda.

—Dime, ¿es que también me vas a tratar mal esta noche? —le preguntó, apoyando la mano sobre su hombro.

—¿Y eso a qué viene ahora? —vociferó Sikes.

—Hace ya tantas noches —respondió con esa ternura femenina que confería un tono de dulzura a su voz—, hace ya tantas noches que he sido paciente contigo, cuidándote y velándote como si fueras un niño, y esta, que es la primera que vuelves a ser tú, mira cómo me tratas. No has tenido eso en cuenta, ¿verdad? Vamos, dime que no era esa tu intención.

—Pues no —replicó el señor Sikes—, no era mi intención. ¡Mírala, pero si ya está lloriqueando otra vez!

—No es nada —dijo la muchacha, dejándose caer sobre una silla—. No te preocupes por mí, y además pronto todo habrá acabado.

—¿Qué es lo que tiene que acabar? —preguntó el señor Sikes en un tono salvaje—. ¿Qué tonterías estás tramando esta vez? Vamos, levántate de ahí y ponte a hacer algo, y no me vengas con tus bobadas de mujer.

Estas protestas, y el tono en que fueron formuladas, hubieran surtido en cualquier otro momento el efecto deseado, pero la muchacha se encontraba realmente tan débil y exhausta que dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla y se desmayó, antes incluso de que el señor Sikes pudiera proferir alguna de las oportunas maldiciones con las que acostumbraba a aderezar sus amenazas en ocasiones similares. Así que, sin

saber muy bien cómo actuar ante esta emergencia tan fuera de lo común, ya que los ataques histéricos de la señorita Nancy se reducían, normalmente, a unos cuantos gritos y espasmos de naturaleza violenta de los que solía salir ella sola sin la menor consecuencia, el señor Sikes recurrió a una moderada blasfemia hasta que, viendo que ese tratamiento se mostraba totalmente ineficaz, optó por pedir ayuda.

—¿Pues qué pasa aquí, querido? —preguntó el judío, asomándose hacia el interior.

—Mira a ver qué le pasa ahora a la chica, ¿quieres? —contestó impaciente Sikes—. ¡Y no te quedes ahí parado sonriéndome como un pasmarote!

Fagin se apresuró a acudir en auxilio de la joven con una exclamación de sorpresa, mientras el señor John Dawkins (también conocido como el Lince), que había seguido a su venerable amigo hasta la habitación, se apresuró a depositar en el suelo el fardo que traía a cuestas y, arrebatándole al señor Charley Bates, quien le pisaba los talones, la botella que aquel traía agarrada, la descorchó en un abrir y cerrar de ojos con los dientes y vertió parte de su contenido en la garganta de la enferma, no sin antes haberlo saboreado él mismo, no fuera a producirse un grave error.

—Tú ve dándole aire con el fuelle, Charley —dijo el señor Dawkins—, y usted dele palmaditas en las manos, Fagin, mientras Bill le afloja la enagua.

Estas medidas reconstituyentes, aplicadas en conjunto y administradas con gran energía, especialmente las concernientes al señor Bates, quien parecía considerar su parte en el proceso como una forma de divertimento sin parangón, no tardaron en surtir el efecto deseado. De esta manera, la joven fue volviendo en sí poco a poco y, dando tumbos hacia una silla que había junto al lecho, hundió la cara en la almohada, dejando al señor Sikes solo con los recién llegados y no poco asombrado, al ver aparecer allí a tanta gente.

—¿Se puede saber qué pájaro de mal agüero te ha traído hasta aquí? —preguntó a Fagin.

—Ningún pájaro de mal agüero, querido —contestó el judío—, ya que cuando esos vuelan no es para traerle a nadie nada bueno, y yo te traigo aquí algo bueno que te va a encantar. Lince, querido, desata ese bulto y entrégale a Bill las pequeñas bagatelas en las que nos hemos gastado todo el dinero esta mañana.

Siguiendo las órdenes del señor Fagin, el Lince desanudó el fardo, que era de considerable tamaño y que había sido confeccionado con un mantel viejo, y extendió los artículos que contenía, uno por uno, a Charley Bates, quien los colocó sobre la mesa, acompañando su acción de numerosas expresiones que ensalzaban la rareza y calidad de aquellos productos.

—¡Menudo pastel de liebre que tienes aquí, Bill! —exclamó aquel caballere te al descubrir una gran empanada—. Criaturas tan delicadas, con extremidades tan tiernas, Bill, que hasta los huesos se te deshacen en la boca y no los puedes ni repelar; media libra de té verde, nada menos que a siete chelines con seis peniques, tan fuerte que en

cuanto lo metes en agua hirviendo hace saltar la tapa de la tetera; libra y media de un azúcar tan puro que los negros no le metieron mano hasta que consiguieron tal grado de exquisitez, ¡ah, no!; dos panecillos de media cuarta; una libra de mantequilla fresquísima, un queso de Gloucester de primerísima calidad y, la guinda, algo realmente exquisito, una cosa como no has probado en tu vida.

Mientras pronunciaba este último panegírico, el señor Bates se sacó de uno de los amplios bolsillos una botella de vino de las grandes, cuidadosamente tapada, al tiempo que el Lince llenaba un vaso con el contenido de la botella que traía, que el enfermo, sin vacilar, apuró de un solo trago.

—¡Ah! —exclamó el judío, frotándose las manos con gran satisfacción—. Ahora sí que te vas a poner bien, Bill, ahora sí.

—¡Ahora, dice! —exclamó el señor Sikes—. Ya podría haber estirado la pata cuarenta veces; a buenas horas te presentas tú aquí para ayudarme. ¿Cómo demonios puedes haber dejado a un hombre en este estado más de tres semanas, vagabundo hipócrita?

—¿Le estáis oyendo, chicos? —dijo el judío, encogiéndose de hombros—. Para eso venimos nosotros aquí y le traemos todas estas preciosidades.

—Lo que me habéis traído está bastante bien, dentro de lo que cabe —observó el señor Sikes, algo más apaciguado ante lo que estaba viendo sobre la mesa—, pero ¿qué excusa tienes para haberme dejado aquí, abandonado a mi suerte, sin salud, sin blanca, y sin querer saber nada más de mí mientras me rondaba la muerte, como si yo no fuera más que este perro? Sácalo de aquí, Charley.

—No he visto en mi vida un perro tan divertido como este —exclamó el señor Bates, obedeciendo—. ¡Olisqueando la comida como una abuela cuando va al mercado! Este chucho haría fortuna en el escenario, vaya que sí, y además reviviría el teatro.

—¡A callar! —vociferó Sikes, mientras el perro se ocultaba bajo la cama, sin dejar de ladrar furioso—. ¿Y qué tienes que decir a eso, viejo perista de tres al cuarto, eh?

—Pues qué iba a hacer, si estuve fuera de Londres más de una semana, querido, de negocios —contestó el judío.

—¿Y qué hay de las otras dos semanas? —preguntó Sikes—. ¿Dónde estuviste para dejarme abandonado aquí como a una rata nauseabunda en su agujero?

—No pude evitarlo, Bill —contestó el judío—. No puedo darte más explicaciones ahora delante de tanta gente, pero te digo que no pude evitarlo, palabra de honor.

—¿Palabra de qué? —vociferó Sikes con gran aversión—. Mirad, chicos, más vale que me cortéis un pedazo de tarta, que me pueda quitar el sabor de este trago amargo antes de que muera envenenado.

—No pierdas los estribos, querido —suplicó el judío sumisamente—, que no te he olvidado, Bill, ni por un momento.

—No, claro, me consta que no lo has hecho —replicó Sikes con una amarga sonrisa—. Seguro que has estado urdiendo y tramando cosas por ahí cada minuto que yo estaba aquí tiritando y ardiendo de fiebre en esta cama; y «Bill iba a hacer esto» y «Bill iba a hacer aquello» y «Bill lo iba a hacer todo por una miseria, en cuanto se recuperara y fuera lo bastante pobre para tu trabajito». Si no hubiera sido por la chica, podría haber muerto.

—¡Venga, Bill! —protestó el judío, tomando rápidamente la palabra—. ¡Si no hubiera sido por la chica! ¿Y gracias a quién sino a mí has tenido a esa chica tan servicial?

—¡Eso sí que es verdad, bien lo sabe Dios! —dijo Nancy, incorporándose rápidamente—. ¡Dejadlo estar ya, dejadlo estar!

La aparición de Nancy dio un nuevo giro a la conversación, pues los muchachos, respondiendo a un guiño furtivo del cauteloso judío, empezaron a ofrecerle licor todo el rato, aunque ella lo tomó con bastante moderación, mientras Fagin, adoptando un talante más animado de lo normal, puso gradualmente al señor Sikes de mejor humor, fingiendo que recibía sus amenazas como si se tratara de una broma muy chistosa y riéndole de muy buena gana un par de chistes desagradables con los que tuvo el detalle de amenazarles después de prolongadas aplicaciones a la botella.

—Todo eso me parece muy bien —dijo el señor Sikes—, pero esta noche no te irás de aquí sin darme algo de pasta.

—Pero si no llevo ni una moneda encima —replicó el judío.

—Pero en casa sí tienes, y muchas —contestó Sikes—, y de esas, me tienes que dar algunas.

—¡Muchas, dice! —exclamó el judío alzando las manos—. No tantas como...

—No sé cuántas tendrás, y me atrevo a decir que tú tampoco, pues te llevaría mucho tiempo contarlas —dijo Sikes—, pero de esta noche no pasa sin que me pagues, y no se hable más.

—Bueno, bueno —replicó el judío con un suspiro—. En seguida mandaré al Lince para allá.

—De eso, nada —contestó el señor Sikes—, que este Lince es demasiado lince, y como se lo encargues a él se le olvidará venir, se perderá por el camino, le engatusarán con alguna fullería, o vete tú a saber qué otra excusa ingeniará con tal de no llegar hasta aquí. No; para estar seguros, será Nancy la que vaya a tu chamizo a por el dinero, y yo mientras tanto echaré una cabezadita.

Después de mucho regatear y refunfuñar, el judío consiguió reducir la suma del adelanto exigido de cinco libras a tres libras, cuatro chelines y seis peniques, afirmando con numerosos y solemnes razonamientos que eso no le dejaría más que dieciocho peniques con los que mantenerse. Mientras el señor Sikes comentaba malhumoradamente que tendría que contentarse con tal cantidad si no le era posible

conseguir más, Nancy se dispuso a acompañar al judío a casa, al tiempo que el Lince y el señor Bates se ocupaban de colocar los víveres en la despensa. Así que el judío, tras despedirse de su afectuoso amigo, volvió hacia su casa, acompañado por Nancy y los muchachos, mientras el señor Sikes se tiraba en la cama, preparándose para dormir el tiempo que restara hasta el regreso de la joven.

A su debido tiempo, llegaron a la morada del judío, en donde encontraron a Toby Crackit y al señor Chitling ocupados en su decimoquinta partida de *cribbage*, y ni que decir tiene que este último caballero la perdió, perdiendo con ella su decimoquinta moneda de seis peniques, para regocijo de sus jóvenes amigos. El señor Crackit, aparentemente algo avergonzado de haber sido sorprendido explayándose en compañía de un caballero de muy inferior categoría y capacidades intelectuales, dio un buen bostezo e, interesándose por Sikes, recogió su sombrero para marcharse.

—¿Ha venido alguien por aquí, Toby? —preguntó el judío.

—Ni un alma —contestó el señor Crackit, subiéndose el cuello del abrigo—. Esto ha estado tranquilo como una tumba. Debería ser más generoso, Fagin, y recompensarme por vigilar la casa tanto tiempo. ¡Maldita sea!, me he aburrido más que un miembro del jurado, y si no me he llegado a quedar roque como los de la cárcel de Newgate, es porque he tenido el detalle de entretener a este joven. Por mi cuello que me he aburrido como un demonio.

Con estas y similares interjecciones, el señor Toby Crackit recogió sus ganancias y se las introdujo en el bolsillo del chaleco con aire altivo, como si tan despreciables piezas de plata no fueran dignas de la atención de un hombre de su categoría, y salió de la estancia pavoneándose con tan suma elegancia y distinción que el señor Chitling, que siguió con admiración el trayecto de sus botas hasta que las perdió de vista, aseguró a la concurrencia que, a su juicio, tan grata compañía le había salido barata a razón de quince monedas de seis peniques la velada, y que además sus pérdidas no le importaban ni un comino.

—Mira que eres un bicho raro, Tom —dijo el señor Bates, muy divertido ante esta declaración.

—Qué va —contestó el señor Chitling—; ¿a que no, Fagin?

—Lo que pasa es que eres muy astuto, querido —dijo el judío, dándole unas palmaditas en el hombro, y guiñando el ojo a los demás.

—Y el señor Crackit es todo un fenómeno, ¿verdad, Fagin? —preguntó Tom.

—De eso no cabe duda, querido —replicó el judío.

—Y puedo sentirme orgulloso de su amistad, ¿a que sí, Fagin? —continuó Tom.

—No lo sabes tú bien, querido —contestó el judío—. Lo que les pasa a estos es que están celosos, Tom, porque a ellos no se la piensa ofrecer.

—¡Claro! —exclamó Tom en tono triunfal—. ¡Es por eso! Porque a mí me ha dejado limpio, pero yo puedo salir y recuperarlo cuando quiera, ¿verdad, Fagin?

—Claro que sí —contestó el judío—, y cuanto antes, mejor, Tom. Así que ve ahora mismo a recuperarlo y no pierdas más tiempo. Lince, Charley, ya va siendo hora de que os pongáis en marcha: vamos, que ya son casi las diez y todavía no habéis hecho nada.

Obedeciendo a su insinuación, los chicos se despidieron de Nancy con un movimiento de cabeza, tomaron sus sombreros y abandonaron la estancia; por el camino, el Lince y su vivaracho amigo se permitieron no pocas chanzas a costa del señor Chitling, en cuya conducta, justo es decirlo, tampoco había nada tan notable o peculiar, en tanto que no son pocos los avispados jóvenes de la ciudad que pagan un precio mucho más elevado que el suyo por ser vistos en compañía de la buena sociedad, ni es despreciable la cantidad de caballeros respetables (que componen dicha buena sociedad) cuya reputación se basa en cosas muy parecidas a las del magnífico Toby Crackit.

—Veamos —dijo el judío, una vez que estuvieron a solas—. Voy a por tu dinero, Nancy. Esto que ves aquí no es más que la llave del pequeño armario donde guardo unas pocas cosillas que recogen los chicos, querida. Nunca guardo el dinero bajo llave, porque no tengo nada que guardar, querida, ¡ja, ja, ja!; eso es, nada que guardar. Este negocio rinde poco, Nancy, y mira que es ingrato, pero es que me encanta estar rodeado de tanta juventud, y por eso aguanto, por eso aguanto. ¡Chitón! —dijo, guardándose rápidamente la llave en el pecho—. ¿Quién anda ahí? ¡Escucha!

La muchacha, sentada a la mesa con los brazos cruzados, no dio muestra alguna de interés por la persona que llegaba ni por saber si, quienquiera que fuese, iba o venía, hasta que llegó a sus oídos el murmullo de una voz masculina. En cuanto escuchó aquel murmullo, se despojó de la toca y del chal en un santiamén y los arrojó bajo la mesa. Al volverse el judío rápidamente, ella musitó una queja sobre el calor que hacía en un tono lánguido que, sin embargo, contrastaba extraordinariamente con el extremo brío y la rapidez de su acción anterior, la cual Fagin había pasado por alto, pues en ese momento se encontraba de espaldas.

—¡Vaya! —cuchicheó el judío, aparentando contrariedad por aquella interrupción—. Es el hombre que estaba esperando; ya baja. Ni una palabra sobre el dinero mientras él esté aquí, Nancy. No va a quedarse mucho tiempo..., no serán ni diez minutos, querida.

Poniéndose el huesudo dedo índice sobre los labios, el judío acercó un candil a la puerta, al tiempo que sobre la escalera exterior se escucharon los pasos del hombre, y la alcanzó a la vez que su visitante, quien entró rápidamente en la estancia y se situó cerca de la muchacha, sin percibir su presencia.

Se trataba de Monks.

—Una de mis chicas —le tranquilizó el judío, observando que Monks retrocedía al advertir a una desconocida—. No te muevas de ahí, Nancy.

La joven se aproximó más a la mesa y, mirando a Monks con aire de absoluta indiferencia, apartó la vista de él; pero en cuanto este se volvió hacia el judío, le dirigió otra mirada tan penetrante, inquisitiva e intencionada que si un espectador hubiera percibido tal cambio de actitud, le hubiera costado esfuerzo creer que las dos miradas procedían de la misma persona.

—¿Hay noticias? —preguntó el judío.

—Importantísimas.

—¿Y son... son... buenas? —preguntó el judío vacilante, como si temiera irritar al hombre por mostrar excesivo optimismo.

—Bueno, no son malas —contestó Monks con una sonrisa—. Esta vez he sido bastante rápido. Tenemos que hablar.

La muchacha se acercó todavía más a la mesa y no hizo ningún ademán de abandonar la estancia, aunque advertía que Monks la estaba señalando. El judío, quizá por temor a que reclamara su dinero si intentaba desembarazarse de ella, señaló hacia el piso superior, y condujo a Monks fuera de la estancia.

—No iré a llevarme al mismo tugurio infernal donde me recibió la otra vez — escuchó Nancy de los labios de aquel hombre mientras iban subiendo la escalera. El judío se echó a reír y respondió algo que Nancy no llegó a escuchar, pero dedujo, por el crujir de las tablas del suelo, que conducía a su acompañante al segundo piso.

Antes de que el sonido de sus pasos dejara de resonar por la casa, la muchacha ya se había descalzado y se había recogido el chal sobre la cabeza y, con los brazos metidos en él, se quedó escuchando tras la puerta y conteniendo el aliento con la máxima expectación. En cuanto cesaron los crujidos, se escurrió fuera de la habitación, ascendió por las escaleras con increíble sigilo y silencio, y se perdió entre las sombras del piso superior.

La habitación permaneció desierta durante un cuarto de hora o más, hasta que la muchacha volvió a entrar, deslizándose con idéntico paso etéreo, e inmediatamente después se escuchó descender a los dos hombres. Monks salió a la calle inmediatamente, y el judío volvió a arrastrar el paso escaleras arriba a por el dinero. Cuando volvió, la muchacha se estaba componiendo el chal y la toca, dando a entender que se disponía a marchar.

—¡Caramba, Nancy! —exclamó el judío, retrocediendo mientras dejaba el candil—. ¡Pero qué pálida estás!

—¿Pálida? —repitió la joven, que hacía ver que se protegía la vista con la mano para poder mirarle directamente.

—Tienes un aspecto horrible —dijo el judío—. ¿Qué has estado haciendo, si estabas aquí sola?

—Nada, que yo sepa, aparte de quedarme sentada en este lugar tan cerrado no sé ni cuánto tiempo —contestó con indiferencia—. Vamos, que quiero irme; eso es.

Dejando ir cada moneda con un suspiro, Fagin fue contando y depositando la cantidad acordada en su mano, y se despidieron con un lacónico «buenas noches».

Una vez que la muchacha se encontró en la calle, se sentó en un portal y por un momento pareció completamente desconcertada e incapaz de continuar. De repente, se levantó y, apresurándose en dirección totalmente opuesta a aquella en la que Sikes esperaba su regreso, apretó el paso, que de manera gradual se tornó en acelerada carrera. Tras quedar completamente exhausta, se detuvo para tomar aliento y, como si repentinamente tomara conciencia de su propia situación y lamentara su incapacidad para llevar a cabo lo que se proponía, se retorció las manos y rompió a llorar.

Ya fuera porque las lágrimas le sirvieran de desahogo, ya porque se hubiera resignado totalmente a su condición, el caso es que volvió sobre sus pasos y, apresurándose casi con la misma rapidez en dirección opuesta, en parte para recobrar el tiempo perdido y en parte para avanzar al mismo ritmo que el torrente impetuoso de sus pensamientos, no tardó en llegar a la morada en la que había dejado al ladrón.

Si manifestó algún indicio de desasosiego al presentarse ante el señor Sikes, lo cierto es que este no lo percibió, pues lo único que le interesó saber fue si traía el dinero y, tras recibir una respuesta afirmativa, reclinó la cabeza sobre la almohada y reanudó el sueño que la llegada de Nancy había interrumpido.

CAPÍTULO XXXIX

Una extraña entrevista que es consecuencia del capítulo precedente

Fue una suerte para la joven que al día siguiente la posesión de dinero tuviese al señor Sikes tan ocupado comiendo y bebiendo, y en general contribuyó de tal manera a limar su temperamento que no tuvo ni tiempo ni ganas de criticar su comportamiento y su conducta. Para su amigo el judío, observador como un lince, hubiese sido obvio que Nancy tenía todos los síntomas de alguien que está a punto de dar un paso peligroso y audaz, para llegar al cual se ha producido una lucha interior fuera de lo común, y esto le habría puesto en guardia en seguida; pero el señor Sikes, que carecía de la sutileza necesaria para discernir los hechos, y que no albergaba mayores recelos que aquellos que se resuelven con un comportamiento obstinado y brusco hacia todo el mundo, y que estaba, además, más amable de lo habitual, como ya se ha señalado anteriormente, no vio nada extraño en su conducta y, de hecho, se preocupaba tan poco por ella que aun cuando su agitación hubiera sido mucho más perceptible, probablemente tampoco habría despertado ninguna sospecha en él.

A medida que el día se acercaba a su fin, el nerviosismo de la muchacha aumentaba y, al llegar la noche, sentada junto a él y esperando a que el ladrón bebiese hasta caer dormido, sus mejillas mostraban una palidez poco habitual que hasta Sikes percibió asombrado.

El señor Sikes, que estaba débil a causa de la fiebre, permanecía acostado en la cama, mezclando agua caliente con ginebra para que no le subiera tanto la calentura, y acababa de acercarle el vaso a Nancy para que se lo rellenase por tercera o cuarta vez cuando se dio cuenta de estos síntomas.

—¡Pero bueno! ¡Que me lleven los demonios! —dijo el hombre, incorporándose con ayuda de las manos mientras miraba fijamente la cara de la muchacha—. ¡Pareces un muerto viviente! ¿Qué sucede?

—¿Que qué sucede? —contestó la joven—. ¡Nada! ¿Por qué me miras así?

—¿Qué estupidez es esa? —preguntó Sikes agarrándola del brazo y sacudiéndola violentamente—. ¿Qué pasa? ¿Qué significa esto? ¿En qué estás pensando, eh?

—En muchas cosas, Bill —respondió la chica, estremeciéndose, y apretándose los ojos con las manos—. ¡Pero por Dios, qué obsesión!

El tono de alegría forzada con que sonaron las últimas palabras pareció impresionar a Sikes más profundamente que la mirada extraviada y rígida que las había precedido.

—¡Yo te diré lo que pasa! —dijo Sikes—. Si no has cogido las fiebres, y ahora empiezas a tener síntomas, me huele a algo extraño, y también peligroso. ¿No estarás pensando en...? ¡No, demonios! ¡Eso tú no lo harías!

—¿El qué? —preguntó la chica.

—No hay —dijo Sikes, mirándola fijamente y murmurando para sí—, no hay muchacha más fiel que esta, o si no le hubiera cortado el cuello hace tres meses. Está comenzando a tener fiebre, eso es.

Tranquilizándose con esta afirmación, Sikes apuró el vaso hasta el final, y entonces, gruñendo un gran número de juramentos, pidió su medicina. La joven se levantó con mucha presteza, la vertió rápidamente de espaldas a él y le sostuvo la jarrita junto a los labios mientras se lo bebía todo.

—Ahora —dijo el ladrón— ven y siéntate junto a mí, y pon tu cara de siempre, o te la destrozaré de tal manera que no la reconocerás cuando la necesites.

La chica obedeció y Sikes, cogiéndole la mano, se dejó caer sobre la almohada volviendo la mirada hacia su rostro. Cerró los ojos, los abrió de nuevo. Volvió a cerrarlos y los abrió otra vez. El ladrón cambió de postura, inquieto, y después de echar varias cabezadas durante dos o tres minutos, y de levantarse otras tantas veces como movido por un resorte con una expresión de pánico, con la mirada perdida a su alrededor, sintió que le invadía de repente, justo cuando hacía el gesto de levantarse, un profundo e intenso sueño. Su mano dejó de apretar y el brazo levantado cayó laxo sobre un costado, y se quedó como alguien sumido en un profundo trance.

—¡Por fin ha hecho efecto el láudano! —murmuró la chica, levantándose de la cama—. Puede que ahora ya sea demasiado tarde.

Se vistió rápidamente con el chal y la toca, mirando asustada a su alrededor de cuando en cuando, como si a pesar de la pócima para dormir esperara notar en cualquier momento la presión de la pesada mano de Sikes sobre su hombro. A continuación se inclinó sobre la cama sin hacer ruido, besó al ladrón en los labios y, abriendo y cerrando la puerta de la habitación sigilosamente, salió de la casa a toda prisa.

Un sereno anunciaba a voces las nueve y media desde el interior de un pasadizo oscuro que tenía que atravesar para llegar hasta la calle principal.

—¿Hace ya mucho de la media? —preguntó la chica.

—Serán en punto dentro de otro cuarto de hora —dijo el hombre, levantando el farol e iluminándole la cara.

—Y no llegaré allí hasta dentro de una hora por lo menos —susurró Nancy, que lo rozó velozmente al pasar y siguió caminando a paso rápido calle abajo.

Muchos comercios estaban ya cerrando en los callejones y travesías que iba dejando atrás, y prosiguió su camino desde Spitalfields hacia la zona del West End de Londres. El reloj dio las diez y su impaciencia se hizo mayor. Siguió a toda velocidad por las estrechas aceras, dando codazos a los transeúntes de un lado a otro y pasando como una exhalación por debajo casi de las cabezas de los caballos; cruzó calles abarrotadas de gente, en las que había montones de personas esperando ansiosas su oportunidad para hacer lo mismo.

—¡Esa mujer está loca! —decía la gente, volviéndose a mirarla mientras ella se alejaba a toda prisa.

Cuando llegó al barrio más adinerado de la ciudad, las calles parecían desiertas en comparación con las anteriores, y aquí su paso precipitado parecía atraer una mayor curiosidad entre los rezagados, junto a los que pasaba corriendo. Algunos aceleraban el paso tras ella, como para saber adónde se dirigía con tanta prisa, y unos pocos la adelantaban, mirando hacia atrás, sorprendidos por su velocidad que no se reducía en ningún momento, pero fueron desapareciendo todos uno a uno, y al acercarse a su destino ya se había quedado sola.

Era un hotel familiar en una calle tranquila pero hermosa cerca de Hyde Park. El reloj daba las once cuando la luz brillante de la farola que ardía ante la puerta la guió hasta el lugar. Dio unos pasos sin rumbo como si estuviera haciéndose el ánimo para continuar, indecisa, pero el sonido del reloj la decidió por fin y entró en el vestíbulo. El asiento del portero estaba vacío. Miró a su alrededor con aire de incertidumbre y avanzó hacia las escaleras.

—Y bien, joven —dijo una mujer elegantemente vestida mirando desde una puerta justo detrás de ella—. ¿A quién desea ver aquí?

—A una dama que se aloja en esta casa.

—¡Una dama! —fue la respuesta, acompañada de una mirada desdeñosa—. ¿Qué dama, por favor?

—La señorita Maylie —dijo Nancy.

La mujer, que ya se había percatado de su aspecto, solo contestó con una mirada de virtuoso desdén y mandó llamar a un hombre para que la atendiese. Nancy le repitió a él su petición.

—¿Qué nombre debo anunciar? —preguntó el criado.

—No sirve de nada decir ninguno —contestó Nancy.

—¿Algún asunto en particular? —dijo el hombre.

—No, tampoco —respondió la chica—. Necesito ver a la señorita.

—Vamos, de eso nada —dijo el hombre, empujándola hacia la puerta—. Vete a paseo.

—Si me voy, será por la fuerza —dijo la chica furiosa—, y le daría mucho trabajo a dos como usted. ¿No hay nadie aquí que quiera encargarse de llevar un simple recado de una pobre desgraciada como yo? —dijo mirando a su alrededor.

Esa llamada de atención produjo su efecto en un cocinero que estaba observando lo que sucedía junto a otros criados y que dio un paso adelante para intervenir.

—Venga, Joe, llévalo, ¿quieres? —dijo esta persona.

—¿Para qué? —respondió el hombre—. No creerás que la señorita querrá atender la visita de alguien como ella, ¿verdad?

Esta alusión al carácter dudoso de Nancy provocó un aluvión de casta ira en las cuatro doncellas, que afirmaron con gran vehemencia que aquella criatura era una desgracia para su sexo y propusieron con firmeza que fuese arrojada al arroyo sin piedad.

—Hagan conmigo lo que les plazca —dijo la chica, volviéndose de nuevo hacia los hombres—, pero antes hagan lo que les pido; háganle llegar este recado, por el amor de Dios.

El cocinero, persona de buen corazón, interfirió a su favor, y el resultado fue que el hombre que había aparecido en primer lugar se comprometió a darlo.

—¿Qué debo decir? —dijo el hombre con un pie en las escaleras.

—Que una joven suplica encarecidamente hablar con la señorita Maylie a solas —dijo Nancy—, y que solo con oír una palabra, la señorita sabrá inmediatamente si desea seguir escuchando lo que tiene que contarle o arrojarla fuera como a una impostora.

—Vaya —dijo el hombre—, ¡qué fuerza!

—Usted transmítale el mensaje —dijo la chica con firmeza—, y tráigame la respuesta.

El hombre corrió escaleras arriba y Nancy se quedó pálida y casi sin aliento, escuchando con labios temblorosos las expresiones bien audibles de desprecio que proliferaban entre las castas criadas, y que proliferaron aún más cuando por fin regresó el hombre y dijo que la joven podía subir.

—En este mundo no sirve de nada ser decente —dijo la primera doncella.

—A veces el latón vale más que el oro que resiste el fuego —dijo la segunda.

La tercera se contentó con preguntarse «de qué están hechas las damas»; y la cuarta tomó la voz cantante en un cuarteto de «Vergonzoso» con el que las Dianas concluyeron.

Al margen de todo esto, porque sus pensamientos se ocupaban en asuntos de mayor importancia, Nancy, que temblaba de arriba abajo, siguió al hombre hasta una pequeña antecámara, iluminada por una lámpara que colgaba del techo, donde la dejó y se retiró.

La vida de la chica se había desperdiciado en las calles y en los antros y burdeles más fétidos de Londres, pero todavía quedaba en ella algo de su naturaleza femenina original, y, al oír un paso liviano que se aproximaba a la puerta de enfrente de aquella por la que había entrado y pensar en el enorme contraste que al cabo de un momento albergaría, notó el peso de su profunda vergüenza y se encogió, como si no pudiese soportar la presencia de la mujer con la que había solicitado entrevistarse.

Pero en pugna con estos buenos sentimientos se encontraba el orgullo, defecto de las más viles y degradadas criaturas, no menos que de las de alta posición y confianza en sí mismas. La miserable compañera de ladrones y rufianes, la moradora perdida de tugurios de mala muerte, cómplice de los desechos humanos de calabozos y penales, que vivían a la sombra de la horca: hasta este ser degradado era demasiado orgulloso para mostrar un débil destello del sentimiento femenino que ella consideraba una flaqueza, pero que era lo único que la unía a esa humanidad de la que su desperdiciada vida había borrado toda huella externa ya desde muy niña.

Levantó la mirada lo justo para observar que la figura que se acercaba era la de una joven esbelta y hermosa y, tras bajar la vista hasta el suelo, echó la cabeza hacia atrás con fingida indiferencia mientras decía:

—Cuesta mucho trabajo conseguir verla, señorita. Si me hubiera ofendido y me hubiera marchado, como habrían hecho muchos, lo habría lamentado algún día y no sin motivo.

—Lo siento mucho si alguien la ha tratado con desconsideración —respondió Rose—. No lo tenga en cuenta, pero dígame por qué deseaba verme. Yo soy la persona por la que preguntó.

El tono amable de esta respuesta, la voz dulce, los modales agradables, la ausencia de todo signo de altivez o desagrado, cogieron a la chica totalmente por sorpresa y rompió a llorar.

—¡Ay, señorita, señorita! —dijo apretando fervorosamente las manos contra la cara—. ¡Si hubiera más como usted, habría menos como yo, muchas menos!

—Siéntese —dijo Rose muy seria—. Me aflige usted. Si se encuentra sumida en la pobreza o en la desgracia, me haría muy feliz poder ayudarla. De hecho, si puedo lo haré. Siéntese.

—Deje que me quede de pie, señorita —dijo la chica, que todavía estaba llorando—, y no me hable tan amablemente hasta que no me conozca mejor. Se está haciendo tarde. ¿La puerta está... está cerrada?

—Sí —dijo Rose, retrocediendo unos pasos como para estar más cerca de pedir ayuda en el caso de que fuera necesaria—. ¿Por qué?

—Porque estoy a punto de poner mi vida y las vidas de otros en sus manos —dijo la muchacha—. Yo soy la chica que forzó al pequeño Oliver a regresar junto al viejo Fagin, el judío, la noche en que salió de la casa de Pentonville.

—¡Usted! —dijo Rose Maylie.

—Yo, señorita —respondió la chica—. Yo soy la criatura infame de la que ha oído hablar, que vive entre ladrones y que desde que recuerda haber abierto por primera vez los ojos y los sentidos en las calles de Londres, no ha conocido una vida mejor ni palabras más amables que las que ellos me dieron, ¡válgame Dios! No tenga reparos en retroceder ante mi presencia, señorita. Soy más joven de lo que creería al mirarme, pero estoy acostumbrada; las mujeres más pobres se echan atrás cuando paso por las aceras abarrotadas.

—¡Qué cosas más espantosas! —dijo Rose, apartándose involuntariamente de su extraña acompañante.

—Dé gracias al cielo de rodillas, querida señorita —sollozó la chica—, por haber tenido amigos que la protegiesen y que cuidasen de usted durante su infancia, por no haber estado nunca en medio del frío y del hambre, de escándalos y borracheras... y, todavía peor que todo eso, por no haber estado, como yo lo he estado desde la cuna... Puedo emplear esta palabra porque las callejuelas y el arroyo fueron mi cuna, al igual que serán mi lecho de muerte.

—¡La compadezco! —dijo Rose con la voz rota—. ¡Me parte el corazón escucharla!

—¡Que Dios la bendiga por su bondad! —respondió la chica—. Si supiera lo que soy a veces, me compadecería de veras. Pero me he escabullido de los que con toda seguridad me matarían si se enteraran de que he estado aquí para contarle lo que he oído por casualidad. ¿Conoce a un hombre llamado Monks?

—No —dijo Rose.

—Él sí que la conoce a usted —contestó la chica—. Y sabe que está aquí, porque yo la encontré tras escucharle nombrar este lugar.

—Nunca he oído su nombre —dijo Rose.

—Entonces es que se hace llamar de otro modo entre nosotros —continuó la chica—. Lo he pensado en más de una ocasión. Hace algún tiempo, poco después de que obligaran a Oliver a entrar en su casa la noche del robo, yo, sospechando de este hombre, escuché en la oscuridad una conversación entre él y Fagin. De lo que escuché, deduje que Monks, el hombre por el que le acabo de preguntar, ya sabe...

—Sí —dijo Rose—. La entiendo.

—... que Monks —prosiguió la chica— lo vio casualmente con dos de nuestros críos el día en que lo perdimos. Y supo en seguida que era el mismo chico que andaba buscando, aunque no pude averiguar por qué. Cerró un trato con Fagin: si recuperaba a Oliver, Fagin recibiría una determinada cantidad de dinero, que se incrementaría si conseguía hacer de él un ladrón, algo que Monks deseaba con un propósito concreto.

—¿Con qué propósito? —preguntó Rose.

—Se percató de mi sombra sobre la pared cuando estaba escuchando con la esperanza de descubrir algo más —dijo la chica—. Y no hay mucha gente aparte de mí

que hubiera podido escapar de allí a tiempo de que no le descubrieran. Pero yo lo conseguí. Y no volví a verle hasta anoche.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Le cuento, señorita. Anoche regresó. De nuevo volvieron a subir las escaleras y, tapándome bien para que mi sombra no me delatase, volví a escucharles detrás de la puerta. Las primeras palabras que escuché decir a Monks fueron estas: «Así que la única prueba de la identidad del crío está en el fondo del río, y la vieja bruja que las recibió de su madre se está pudriendo en su ataúd». Se rieron y hablaron del éxito conseguido; y Monks, que continuaba hablando del chico, y perdiendo los estribos, dijo que aunque ahora tenía todo el dinero del diablillo a buen recaudo, hubiera preferido conseguirlo del otro modo, ya que habría sido toda una jugada lanzar por el suelo la fanfarronada del testamento de su padre, arrastrándolo de prisión en prisión por toda la ciudad, para que terminara colgado por algún grave delito, cosa que Fagin podía conseguir con facilidad después de haberle sacado un buen provecho.

—¿Qué es todo esto? —dijo Rose.

—La verdad, señorita, aunque salga de mi boca —contestó la chica—. Entonces, con juramentos a los que mis oídos están acostumbrados pero que son ajenos a los suyos, dijo que si pudiera satisfacer su odio quitándole la vida al chico sin poner en peligro su cuello, lo haría; pero que, como no podía, pues estaría siempre alerta para salir a su encuentro a cada vuelta que diera la vida, y que si se aprovechaba de su nacimiento y de su historia, siempre estaría a tiempo de hacerle daño. «En resumen, Fagin», dijo, «aun siendo judío nunca has tendido trampas como las que yo tenderé a mi joven hermano Oliver».

—¡Su hermano! —exclamó Rose, juntando las manos.

—Esas fueron sus palabras —dijo Nancy, mirando con inquietud a su alrededor, tal y como no había parado de hacer desde que había comenzado a hablar, porque la imagen de Sikes la perseguía continuamente—. Y aún más. Cuando habló de usted y de la otra señora, y afirmó que parecía que el cielo o el infierno estuvieran en su contra al poner en sus manos el destino de Oliver, se echó a reír y dijo que eso tampoco estaba mal del todo, porque cuántos miles y cientos de miles de libras no daría usted, si los tuviera, por saber quién era su perro faldero de dos patas.

—No me querrá decir —dijo Rose poniéndose muy pálida— que lo dijo en serio.

—Lo dijo con la seriedad más furiosa que se haya visto en un hombre —contestó la chica moviendo la cabeza—. Es un hombre muy serio cuando el odio se apodera de él. Conozco a muchos que hacen cosas peores, pero prefiero escucharlos a todos ellos una docena de veces antes que a ese Monks una sola. Se está haciendo tarde y tengo que llegar a casa sin levantar sospechas de haber estado haciendo un recado como este. Tengo que regresar rápidamente.

—Pero ¿qué puedo hacer? —dijo Rose—. ¿Qué utilidad puedo sacarle a este mensaje sin usted? Vuelva. ¿Por qué desea regresar con compañeros a quienes describe con tintes tan terribles? Si repite esta información delante de un caballero al que puedo hacer llamar de la habitación contigua en un instante, podrá estar protegida en algún lugar seguro en menos de media hora.

—Deseo volver —dijo la chica—. Tengo que volver porque..., ¿cómo podría explicar esto a una señorita inocente como usted...? Porque entre los hombres de los que le he hablado hay uno, el más desesperado de todos ellos, a quien no puedo abandonar. No, ni siquiera para salvarme de la vida que llevo ahora.

—Su intervención en defensa de este querido niño —dijo Rose—, el hecho de venir hasta aquí corriendo un riesgo tan grande para contarme todo lo que he escuchado, su comportamiento, que me ha convencido de la verdad de lo que ha dicho, su evidente arrepentimiento y su sentimiento de vergüenza, todo me lleva a creer que aún puede salvarse. ¡Ay —dijo la joven cruzando las manos mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro—, no haga oídos sordos a las súplicas de alguien de su mismo sexo! La primera, la primera, estoy segura, en hablarle con la voz de la piedad y la compasión. Escuche mis palabras y déjeme salvarla todavía para ofrecerle una vida mejor.

—Señorita —lloró la chica, cayendo de rodillas—, mi dulce, querida, angelical señorita, pues sí que es usted la primera persona que me ha bendecido con palabras como las que acaba de pronunciar. Si las hubiera escuchado años atrás, podrían haberme liberado de una vida de pecado y de dolor, pero es demasiado tarde, es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde —dijo Rose— para la penitencia y la expiación.

—Lo es —dijo la chica llorando angustiada por el dolor—. No puedo dejarle ahora. No soportaría ser la causa de su muerte.

—¿Y por qué habría de serlo? —preguntó Rose.

—No habría nada que pudiera salvarlo —contestó llorando—. Si les contara a otros lo que le he contado a usted y le detuvieran, moriría con toda seguridad. Él es el más osado y ha sido tan cruel...

—¿Cómo es posible —gritó Rose llorando— que por un hombre así se niegue toda esperanza de futuro y la certeza de una salvación inmediata? Es una locura.

—No sé lo que es —contestó la chica—. Solo sé que es así, y no me ocurre solo a mí, sino a muchas otras mujeres tan malas y tan desgraciadas como yo misma. Tengo que regresar. No sé si es que la ira divina se desata por todo el mal que he hecho, pero voy a regresar junto a él a pesar de todo el sufrimiento y de todos los malos tratos, y lo mismo ocurriría, creo, aunque supiera que iba a morir a manos suyas.

—¿Qué voy a hacer? —dijo Rose—. No debería dejarla marchar así.

—Sí que debería, señorita, y yo sé que lo hará —replicó la chica, levantándose—. No impediré que me vaya porque yo he confiado en su bondad, y no la he obligado a prometer nada, como podría haber hecho.

—¿Y de qué sirve entonces lo que me ha contado? —dijo Rose—. Este misterio debe ser investigado, o si no, el hecho de revelármelo a mí ¿cómo puede beneficiar a Oliver, a quien desea ayudar desesperadamente?

—Seguro que en su entorno encuentra a algún amable caballero que la escuchará, guardando el secreto, y le aconsejará qué hacer —replicó la chica.

—Pero ¿dónde puedo encontrarla si la necesito? —preguntó Rose—. No quiero saber dónde vive toda esa gente atroz, pero dígame dónde la puedo ver caminando o simplemente de paso en algún momento que fijemos desde ahora.

—¿Me promete que guardará estrictamente el secreto y que vendrá sola, o con la única otra persona que lo sepa, y que no me vigilarán ni me seguirán? —preguntó la chica.

—Se lo prometo solemnemente —respondió Rose.

—Todos los domingos por la noche, desde las once hasta que el reloj dé las doce —dijo la chica sin dudar—, estaré caminando por el London Bridge si sigo viva.

—Quédese un momento más —interrumpió Rose mientras la chica se dirigía a toda prisa hacia la puerta—. Piense otra vez en su condición y en la oportunidad que tiene de escapar de ella. Le debo un favor: no solamente por ser la portadora voluntaria de este secreto, sino como una mujer perdida casi sin salvación posible. ¿Va a regresar con esa cuadrilla de ladrones, junto a ese hombre, cuando una palabra puede salvarla? ¿Qué fascinación puede hacerla regresar otra vez y aferrarla a la perversidad y a la desdicha? ¡Ay! ¿No existe ninguna fibra en su corazón que yo pueda tocar? ¿No queda nada a lo que yo pueda apelar en contra de este terrible capricho pasajero?

—Cuando señoritas tan jóvenes, tan buenas y tan hermosas como usted —replicó la chica de un tirón— entregan su corazón, el amor les puede llevar muy lejos, aunque sean como usted, que tiene hogar, amigos, otros admiradores, de todo. Cuando las que son como yo, que no tienen más techo seguro que la tapa del ataúd, ni más amigos en la enfermedad o en la muerte que la enfermera del hospital, entregamos nuestro corazón podrido a cualquier hombre y dejamos que ocupe el lugar que padres, hogar y amigos tuvieron alguna vez, o que quizá estuvo siempre vacío durante todas nuestras vidas desgraciadas, ¿quién puede esperar curarse? Ténganos lástima, señorita, ténganos lástima, porque solo nos queda un sentimiento femenino y porque ese que nos queda nos lo ha transformado una dura sentencia de consuelo y orgullo en nueva fuente de violencia y sufrimiento.

—¿Me hará el favor de aceptar algo de dinero que le permita vivir honestamente por lo menos hasta que volvamos a vernos? —dijo Rose después de una pausa.

—Ni un penique —contestó la chica, diciendo adiós con la mano.

—No cierre su corazón a todos mis esfuerzos por ayudarla —dijo Rose dando un paso hacia delante delicadamente—. De verdad que me gustaría poder hacer algo por usted.

—Lo mejor, señorita —respondió la chica retorciéndose las manos—, que podría hacer por mí sería quitarme la vida ahora mismo, porque hoy he sentido más dolor que nunca al pensar en lo que soy y ya sería algo no morir en el mismo infierno en el que he vivido. ¡Que Dios la bendiga, dulce señorita, y que haga descender tanta felicidad sobre su cabeza como vergüenza he arrojado yo sobre la mía!

Así hablando y sollozando con fuerza, la infeliz criatura se dio media vuelta, mientras Rose Maylie, abrumada por esta extraordinaria entrevista, que se parecía más a un sueño fugaz que a un hecho real, se dejó caer sobre una silla y se esforzó por poner orden en sus errantes pensamientos.

CAPÍTULO XL

Que contiene nuevos descubrimientos y demuestra que las sorpresas, al igual que las desgracias, nunca vienen solas

La situación en que se hallaba era de una complejidad y delicadeza fuera de lo común, pues aunque deseaba fervientemente descorrer el velo de misterio que ocultaba la historia de Oliver, no podía sino guardar celosamente el secreto que le había confiado aquella pobre mujer con la que acababa de hablar, quien se había encomendado a su juventud e inocencia. La conducta y las palabras de Nancy habían llegado al corazón de Rose Maylie, y, entremezclado con el cariño que sentía por su joven protegido, y no menos intenso en su autenticidad y fervor, se hallaba el entrañable deseo de hacer volver a aquella oveja descarriada al camino del arrepentimiento y la esperanza.

En principio pensaban quedarse tres días en Londres y partir después hacia algún lugar remoto de la costa, donde iban a pasar un par de semanas. Eran justo las doce de la noche del primer día. ¿Qué plan de acción podía adoptar que fuera viable en cuarenta y ocho horas? O bien, ¿qué podía hacer para posponer el viaje sin levantar sospechas?

Las acompañaba el señor Losberne, quien iba a permanecer con ellas los dos días siguientes. Sin embargo, Rose conocía demasiado bien la impetuosidad del excelente caballero y podía intuir con demasiada claridad la ira con la que, en el primer estallido de indignación, iba a juzgar el instrumento del que se habían servido para capturar de nuevo a Oliver, para confiarle el secreto sin que hubiera ninguna persona experimentada que secundara sus alegaciones en favor de la chica. Estos eran motivos más que suficientes para obrar con la mayor cautela y circunspección posibles a la hora de comunicárselo a la señora Maylie, cuyo primer impulso sería, sin lugar a dudas, mantener una charla sobre el tema con el respetable doctor. En cuanto a la posibilidad de recurrir a un asesor jurídico, aun en el supuesto de que hubiera sabido cómo hacerlo, era mejor no planteársela siquiera, por los mismos motivos. Una de tantas veces pensó en pedir ayuda a Harry, pero dicho pensamiento reavivó el recuerdo de su última despedida y le pareció indigno de ella hacerle volver, cuando era posible

que —las lágrimas le inundaron los ojos al pensar en ello— a estas alturas hubiera conseguido olvidarla y ser más feliz lejos de ella.

Turbada por todas estas consideraciones y decidiéndose ahora por una línea de acción y después por otra, y volviéndose atrás ante cada nuevo pensamiento que se cruzaba por su mente, Rose pasó la noche en vela bastante inquieta y, tras otras muchas reflexiones durante el día siguiente, llegó a la desesperada conclusión de recurrir a Harry Maylie.

—Si para él va a ser duro tener que volver aquí —pensó—, ¡para mí aún va a serlo más! Aunque quizá no venga; puede que escriba, o que venga y evite deliberadamente encontrarse conmigo..., como hizo cuando se marchó. Jamás llegué a pensar que lo haría, pero fue mejor así para los dos..., mucho mejor.

Rose soltó la pluma y se volvió, como si el papel que tenía que hacer las veces de mensajero no debiera verla llorar.

Había cogido y dejado esa misma pluma una cincuentena de veces, y había estado dándole vueltas y más vueltas a la primera línea de la carta sin llegar a escribir una sola palabra, cuando Oliver, que había estado paseando por las calles escoltado por el señor Giles, irrumpió en la habitación casi sin aliento y en un estado de nerviosismo tal que parecía ser portador de un nuevo motivo de alarma.

—¿Qué sucede? Pareces muy alterado... —preguntó Rose, yendo a su encuentro—. Cuéntamelo, Oliver.

—No sé si voy a poder, siento como si me faltara el aire —contestó el muchacho—. ¡Dios mío!, solo de pensar que al fin podré verle y ustedes podrán comprobar que todo lo que les he contado era verdad...

—No he pensado jamás que mintieras, querido —dijo Rose, tratando de calmarle—. Pero ¿qué sucede? ¿De quién estás hablando?

—He visto al caballero —respondió Oliver, quien a duras penas podía articular palabra—, al caballero que tan bien se portó conmigo: el señor Brownlow, del que tantas veces hemos hablado.

—¿Dónde? —preguntó Rose.

—Estaba bajando de un coche —contestó Oliver, incapaz de contener las lágrimas de alegría— y después ha entrado en una casa. No he hablado con él..., no pude hacerlo, porque él no me vio y yo estaba tan nervioso que fui incapaz de acercarme más. Pero Giles fue a preguntar si vivía allí y le dijeron que sí. Mire esto —dijo Oliver, desplegando un trozo de papel—, la tengo, tengo su dirección... Me voy en seguida a buscarle. ¡Dios mío, Dios mío! ¡No sé qué voy a hacer cuando le vea y vuelva a oír su voz!

Mientras estas y muchas otras exclamaciones ininteligibles de alegría le distraían no poco la atención, Rose leyó la dirección: Craven Street, en el Strand, y acto seguido decidió comprobar la veracidad de aquel descubrimiento.

—¡Rápido! —exclamó Rose—, díles que nos consigan un coche y prepárate para salir. Te voy a llevar allí en seguida, sin perder ni un minuto más. Solo tengo que ir a decirle a mi tía que estaremos fuera una hora y estaré lista tan pronto como tú.

Oliver no necesitó que le repitieran dos veces lo que tenía que hacer y en poco más de cinco minutos estaban ya de camino hacia Craven Street. Cuando llegaron, Rose ordenó a Oliver que se quedara en el coche con el pretexto de preparar al caballero para que le recibiera y, tras darle su tarjeta al sirviente, pidió ver al señor Brownlow para tratar un asunto muy urgente. El sirviente regresó poco después con la petición de que le siguiera al piso de arriba, la condujo a una de las habitaciones y la llevó ante un anciano de aspecto benévolo, que vestía un gabán verde botella. No muy lejos de él había sentado otro anciano, ataviado con calzones y polainas de nanquín, quien, a juzgar por su aspecto, no parecía especialmente benévolo, y que tenía las manos entrelazadas sobre el pomo de un grueso bastón y la barbilla apoyada sobre estas.

—¡Cielo santo! —exclamó el caballero del gabán verde, levantándose apresuradamente con gran cortesía—. Le ruego me disculpe, señorita. Creía que sería alguna persona inoportuna que... Le ruego me disculpe. Tome asiento, por favor.

—Si no me equivoco, usted debe de ser el señor Brownlow —dijo Rose, volviendo la mirada del caballero del bastón al que había hablado.

—Ese es mi nombre —respondió el anciano—. Este es mi amigo, el señor Grimwig. Grimwig, ¿sería tan amable de dejarnos a solas un momento?

—Creo —interrumpió la señorita Maylie— que en este momento de la conversación no es necesario que el caballero se tome la molestia de marcharse. Según tengo entendido, está al corriente del asunto que he venido a tratar con usted.

El señor Brownlow inclinó la cabeza y el señor Grimwig, que se había puesto en pie tras dedicarle una reverencia con la espalda totalmente rígida, repitió el mismo gesto y se dejó caer de nuevo sobre la silla.

—Estoy convencida de que lo que viene a continuación les va a sorprender —empezó Rose, lógicamente incómoda por la situación—, pero una vez mostró usted gran bondad y benevolencia hacia un muchacho al que aprecio mucho, y estoy segura de que le complacerá tener noticias tuyas.

—¡Vaya! —exclamó el señor Brownlow—. ¿Puedo saber cómo se llama?

—Se trata de Oliver Twist —respondió Rose.

Tan pronto como estas palabras escaparon de los labios de la joven, el señor Grimwig, quien fingía estar sumergido en un libro enorme que había encima de la mesa, lo dejó caer con gran estrépito y, reclinándose sobre el respaldo de la silla, borró de su rostro toda expresión que no fuera el gran asombro producido por aquella revelación, para dejar después la mirada perdida durante un buen rato. Luego, como si se avergonzara de haber dejado entrever tal muestra de emoción, se precipitó, por así

decirlo, mediante una convulsión a su estadio anterior y, con la mirada fija al frente, dejó escapar un largo y profundo silbido, que parecía que al final no hubiera llegado a tocar el aire, sino que hubiera ido a morir en lo más recóndito de su estómago.

El señor Brownlow no quedó menos sorprendido, si bien su asombro no se manifestó con la misma excentricidad. Acercó la silla a la señorita Maylie y dijo:

—Le ruego, señorita, que deje a un lado esa bondad y benevolencia de las que ha hablado y de las que nadie más sabe nada, y si dispone de alguna información que me haga cambiar la mala opinión que me vi obligado a formarme del pobre muchacho, por el amor de Dios, hágame partícipe de ella.

—¡Un sinvergüenza! Que me coma la cabeza, si no es un sinvergüenza... —refunfuñó el señor Grimwig, hablando como por obra de ventriloquia, sin mover ni un músculo de la cara.

—Es un niño de espíritu noble y carácter afectuoso —dijo Rose, sonrojándose—, y esa Fuerza que ha estimado conveniente someterlo a pruebas que no corresponden a su edad ha sembrado en su pecho sentimientos y emociones que harían honor a muchos cuya edad es seis veces la suya.

—Yo no tengo más que sesenta y un años —dijo el señor Grimwig, con el mismo rostro impasible—, y Oliver, a no ser que el diablo ande de por medio, tiene por lo menos doce, así que no veo a qué viene ese comentario.

—No le haga demasiado caso a mi amigo, señorita Maylie —dijo el señor Brownlow—, no hablaba en serio.

—Sí, sí que hablaba en serio —refunfuñó el señor Grimwig.

—No, no lo hacía —respondió el señor Brownlow, cuyo enfado iba visiblemente en aumento mientras hablaba.

—Que me coma la cabeza si no iba en serio —gruñó el señor Grimwig.

—Si es que iba en serio, lo que merecería es que se la cortaran —dijo el señor Brownlow.

—Y estaría encantado de ver a alguien que se ofreciera a hacerlo... —contestó el señor Grimwig, golpeando el suelo con su bastón.

Llegados a este punto, los dos caballeros tomaron rapé cada uno por su cuenta y después se dieron la mano, como tenían por costumbre.

—Y ahora, señorita Maylie, volvamos al asunto que tanto interesa a su buen corazón. ¿Sería tan amable de contarme lo que sabe del pobre muchacho? Permítame que antes le diga que he hecho todo lo que estaba en mi mano para tratar de encontrarle y que, mientras he estado fuera del país, la primera impresión que me formé del chico, es decir, que se había aprovechado de mí y que sus antiguos compañeros le habían instigado a robarme, ha variado considerablemente.

Rose, que había tenido tiempo de poner en orden sus ideas, no se demoró más en relatar de forma breve y sencilla todo lo acontecido a Oliver desde que había

abandonado la casa del señor Brownlow, reservándose la información proporcionada por Nancy para comunicársela en privado a dicho caballero, y terminó asegurando que durante los últimos meses la única preocupación del muchacho había sido no poder encontrar a su antiguo benefactor y amigo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el anciano caballero—. No sabe cuánto me alegro de oír eso, no sabe cuánto me alegro. Sin embargo, aún no me ha dicho dónde se encuentra el muchacho, señorita Maylie. Perdone que se lo reproche, pero ¿por qué no lo ha traído consigo?

—Está esperando en un coche que hay frente a la puerta —contestó Rose.

—¡Frente a esta puerta! —gritó el anciano.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, el señor Brownlow salió precipitadamente de la habitación, bajó corriendo las escaleras, subió de un salto los estribos del coche y entró sin decir nada más.

Cuando la puerta de la habitación se hubo cerrado, el señor Grimwig levantó la cabeza y, tras reclinar la silla en la que estaba sentado sobre una de las patas traseras a modo de pivote, dio tres vueltas completas valiéndose del bastón y de la mesa, sin levantarse de la silla en todo el rato. Terminada la maniobra, se puso en pie y, tras pasearse al menos una docena de veces arriba y abajo por la habitación tan rápido como le permitía su cojera, se paró repentinamente frente a Rose y la besó sin más preámbulos.

—¡Chsss! —dijo, al ver levantarse a la joven un tanto alarmada ante esta inusual forma de proceder—. No tiene por qué tenerme miedo: ¡pero si podría ser su abuelo! Es usted una muchacha encantadora..., me gusta. Aquí los tenemos.

En efecto, así era, ya que en el momento en que el señor Grimwig acababa de aterrizar sobre la silla con un magistral salto, entraron el señor Brownlow y Oliver, a quien Grimwig recibió con gran cortesía; y aunque todo lo que se había desvivido por Oliver no hubiera obtenido más gratificación que la alegría que experimentó la joven en ese momento, Rose Maylie se habría sentido lo suficientemente bien recompensada.

—A todo esto, aún nos queda alguien de quien no deberíamos olvidarnos... —dijo el señor Brownlow, haciendo sonar la campanilla—. Haga venir a la señora Bedwin, por favor.

La vieja ama de llaves acudió presurosa y, tras hacer una reverencia nada más cruzar la puerta, se quedó a la espera de órdenes.

—Vaya, cada día está usted más ciega, señora Bedwin... —comentó el señor Brownlow, en un tono bastante irónico.

—Bueno, ¿y qué se le va a hacer, señor? —contestó la mujer—. Cuando se llega a mi edad, la vista no mejora con los años que digamos.

—Sé muy bien de qué habla —replicó el señor Brownlow—, pero póngase las gafas y veremos si descubre por qué la he hecho llamar, ¿quiere?

La anciana empezó a rebuscar en el bolsillo para sacar las gafas, pero la paciencia de Oliver no pudo soportar esta nueva prueba y, cediendo a su primer impulso, se arrojó en sus brazos.

—¡Dios me guarde! —exclamó la mujer, mientras lo abrazaba—. ¡Pero si es mi pequeño!

—¡Mi querida señora Bedwin! —gritó Oliver.

—Sabía que regresaría, lo sabía —dijo la anciana, estrechándolo entre sus brazos—. ¡Qué buen aspecto tiene! ¡Pero si con ese traje parece de nuevo un señorito! ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¡Vaya!, pero si sigue teniendo ese rostro tan dulce, aunque ya no está tan pálido, y esa mirada tan tierna, aunque menos triste. No había olvidado ni su cara ni sus ojos, ni tampoco esa apacible sonrisa, pues los veía cada día junto con los de mis queridos hijos, que murieron cuando yo todavía era joven y estaba llena de vida.

Con diversos comentarios de este tipo, ahora apartando un poco a Oliver de sí para ver lo que había crecido, ahora apretándolo contra su pecho y acariciándole el pelo con ternura, la pobre mujer alternaba la risa con las lágrimas sobre la nuca del muchacho.

El señor Brownlow se marchó para que el niño y la anciana pudieran intercambiar impresiones a placer y entró en otra habitación, donde Rose le confió todos los detalles relativos a la conversación con Nancy, relato que le dejó bastante sorprendido y perplejo, y también los motivos que la disuadieron de contárselo primero a su amigo el señor Losberne. El anciano caballero consideró que la joven había obrado con sensatez y se comprometió de buen grado a hablar seriamente él en persona con el respetable doctor. Para tratar de poner en práctica dicho plan lo más pronto posible, acordaron que se pasaría esa tarde a las ocho por el hotel y que entretanto la señora Maylie sería prudentemente informada de todo lo ocurrido. Una vez dispuestos estos preparativos, Rose y Oliver regresaron a casa.

Rose no había exagerado en absoluto las altas cotas que podía alcanzar la ira del buen doctor, ya que, tan pronto como estuvo al corriente de la historia de Nancy, empezó a brotarle de la boca un torrente de amenazas e imprecaciones y juró que pensaba convertir a la joven en la primera víctima del ingenio combinado de Blathers y Duff, llegando incluso a ponerse el sombrero para salir inmediatamente en busca de tan dignos personajes. No cabe duda de que, siguiendo ese primer impulso, hubiera puesto en práctica sus intenciones sin pararse a pensar siquiera en las consecuencias, de no haberle disuadido, por un lado, una vehemencia equiparable por parte del señor Brownlow, también de temperamento irascible, y, por otro, toda una serie de argumentos y alegaciones encaminados a evitar que cometiera tamaño despropósito.

—Y, entonces, ¿qué demonios vamos a hacer? —preguntó el impetuoso doctor, una vez se hubieron reunido de nuevo con las dos mujeres—. ¿Vamos a aprobar una moción de agradecimiento en favor de todos esos vagabundos, hombres y mujeres, y pedirles que acepten cien libras por cabeza, u otra cantidad semejante, como pequeña muestra de nuestro aprecio y reconocimiento por lo bien que se han portado con Oliver?

—No había pensado en eso exactamente —contestó el señor Brownlow riendo—, pero debemos actuar con tacto y precaución.

—¡Tacto y precaución! —exclamó el médico—. Lo que yo haría sería mandarles a todos y cada uno de ellos a...

—Adónde es lo de menos —interrumpió el señor Brownlow—. Pero recapacite si mandarles donde sea va a ayudarnos a conseguir nuestro propósito.

—¿Qué propósito? —preguntó el médico.

—Pues descubrir la verdadera identidad de Oliver y ayudarle a recuperar la herencia de la que, suponiendo que esta historia sea cierta, ha sido fraudulentamente despojado.

—¡Ah! —dijo el señor Losberne, secándose el sudor con el pañuelo—. Casi lo había olvidado.

—Verá —continuó el señor Brownlow—, dejando al margen a esa pobre muchacha y suponiendo que fuera posible entregar a la justicia a esos malhechores sin comprometer la seguridad de la joven, ¿qué sacaríamos de ello?

—Que por lo menos colgaran a algunos, eso seguro —apuntó el médico—, y que deportaran al resto.

—Exacto —respondió el señor Brownlow sonriendo—, pero lo más seguro es que eso lo consigan por sí mismos con el tiempo, y si intervenimos para anticiparnos a los acontecimientos, desde mi punto de vista estaremos llevando a cabo una quijotada en contra de nuestros propios intereses, o al menos de los de Oliver, lo que para el caso es lo mismo.

—¿Cómo? —preguntó el médico.

—Pues como sigue. Está bastante claro que no va a ser nada fácil llegar al fondo de este asunto, a menos que consigamos desenmascarar a ese tal Monks. Y eso solo puede conseguirse con astucia y pillándole por sorpresa un día que no tenga a toda esa gente cerca. Ya que, suponiendo que fuera detenido, no disponemos de pruebas contra él. De hecho (al menos que nosotros sepamos o según muestran los hechos), ni siquiera ha participado en ninguno de los robos perpetrados por la banda. De no ser absuelto, posiblemente no recibiría más castigo que el de ser encarcelado por maleante y vagabundo, y sin duda después se negaría con obstinación a abrir la boca, lo cual sería para nosotros lo mismo que si estuviera sordo, mudo, ciego y tonto.

—Entonces —dijo el médico atropelladamente— vuelvo a preguntarles si aún les parece razonable mantener lo que se le prometió a la joven, una promesa hecha con las mejores y más loables intenciones, pero que en realidad...

—Por favor, señorita, no se moleste en contestar —dijo el señor Brownlow, interrumpiendo a Rose que estaba a punto de decir algo—. Mantendremos la promesa. No creo que eso interfiera para nada con lo que vayamos a hacer. Pero antes de decantarnos por una línea de acción u otra, sería necesario ir a ver a la joven para averiguar si está dispuesta a llevarnos hasta ese tal Monks, teniendo en cuenta que sería con nosotros con quien tendría que tratar y no con la justicia; o si no quiere, o no puede hacerlo, que nos informe de los sitios que frecuenta el maleante y nos dé una descripción detallada de su persona que nos ayude a reconocerle. No hay forma de encontrarla hasta el domingo por la noche y hoy es martes. Lo que yo propondría es que, hasta entonces, no hagamos nada y que no hablemos del tema con nadie, ni siquiera con Oliver.

Aunque la propuesta de tener que esperar cinco días fue recibida con repetidas muecas de disconformidad por parte del señor Losberne, este no tuvo más remedio que admitir que a él no se le había ocurrido nada mejor, y como Rose y la señora Maylie respaldaron firmemente al señor Brownlow, la propuesta del caballero fue aprobada por unanimidad.

—Me gustaría —dijo Brownlow— que también se aceptara la ayuda de mi amigo Grimwig. Es un hombre de carácter bastante peculiar, pero muy perspicaz, y su intervención nos podría ser útil. Me gustaría señalar que es abogado de profesión, pero abandonó la abogacía decepcionado por no haber tenido más que un pleito y una querrela en diez años, si bien les toca a ustedes juzgar si eso es o no una recomendación.

—No tengo ningún inconveniente en que traiga usted a su amigo, siempre y cuando pueda también yo traer a otro —dijo el médico.

—Lo someteremos a votación —respondió el señor Brownlow—. ¿De quién estamos hablando?

—Del hijo de la señora, que es también... un viejo amigo de la señorita —contestó el médico, señalando a la señora Maylie y dirigiendo después una expresiva mirada a Rose.

Rose se ruborizó intensamente, pero no puso ninguna objeción audible a dicha petición (posiblemente pensó que no podía hacer nada por estar en minoría) y en consecuencia Harry Maylie y el señor Grimwig fueron incorporados al comité.

—No hace falta decir que permaneceremos en la ciudad —dijo la señora Maylie— mientras exista la más mínima esperanza de que nuestras pesquisas tengan éxito. Y no voy a escatimar esfuerzos ni dinero para conseguir ese objetivo en el que todos estamos tan vivamente interesados, y no me importaría tener que quedarme más

tiempo, un año aunque fuera, mientras puedan asegurarme que todavía quedan esperanzas.

—Bien —respondió el señor Brownlow—, y como veo en las caras que me rodean cierta inclinación a preguntar cómo es que no me habían podido localizar para corroborar la historia de Oliver y por qué abandoné el reino tan repentinamente, permítanme estipular que no se me interpele hasta que yo considere que ha llegado el momento de responder a todas esas preguntas, y lo haga contándoles mi propia historia. Créanme cuando les digo que tengo buenos motivos para pedirles esto, ya que de lo contrario podría infundir esperanzas que no iban a ser cumplidas y acrecentar el número de dificultades y desengaños, suficientemente alto ya. Vamos: nos acaban de llamar para cenar y el pobre Oliver, que está solo en la habitación de al lado, a estas horas ya habrá empezado a pensar que nos hemos hartado de su compañía y que estamos urdiendo algún oscuro plan para deshacernos de él.

Con estas palabras el anciano caballero le ofreció la mano a la señora Maylie y la acompañó al comedor. El señor Losberne los siguió, llevando a Rose del brazo, y por el momento se levantó la sesión del consejo.

CAPÍTULO XLI

Un viejo conocido de Oliver, dando claras muestras de ingenio, se convierte en personaje público en la metrópolis

La misma noche en la que Nancy, tras acostar al señor Sikes, llevaba a cabo la misión que ella misma se había impuesto en relación con Rose Maylie, se dirigían hacia Londres por el camino del norte dos personas de las cuales conviene que se ocupe con diligencia esta historia.

Eran un hombre y una mujer, o quizá sería mejor describirles como macho y hembra, ya que el primero era uno de esos tipos de extremidades largas, patizambos y enjutos de carnes que caminan arrastrando los pies y a quienes es difícil asignarles una edad concreta, puesto que de muchachos parecen adultos que se han quedado a medio crecer y de adultos parecen muchachos que han crecido demasiado, mientras que la mujer era joven, pero de complexión robusta y fuerte, como tenía que ser para soportar el peso del gran bulto que llevaba atado en la espalda. Su compañero, en cambio, no iba muy cargado, pues solo llevaba un pequeño paquete envuelto en un pañuelo, aparentemente bastante ligero, colgado de un palo que apoyaba en la espalda. Esta circunstancia, añadida a la longitud de sus piernas, que tenían una extensión anormal, le permitía sacarle con mucha facilidad media docena de pasos de ventaja a su compañera, y de vez en cuando se volvía sacudiendo la cabeza con impaciencia, como si le reprochaba su lentitud y la animara a que hiciera un mayor esfuerzo.

De este modo, avanzaban penosamente por el camino polvoriento, prestando poca atención a lo que se les ponía por delante, excepto cuando se apartaban para dejar más sitio a las diligencias que salían de la ciudad a toda velocidad, hasta que pasaron por el pasaje abovedado de Highgate, momento en el que el viajero más adelantado se paró y llamó con impaciencia a su compañera.

—¡Venga, mujer! ¡Mira que eres perezosa, Charlotte!

—Tengo que decirte que esto pesa —dijo la hembra, alcanzándole, casi sin aliento del cansancio.

—¿Que pesa? ¿Pero qué dices? ¿Para qué sirves tú? —preguntó el viajante macho, cambiándose de hombro el pequeño paquete mientras hablaba—. ¡Ya estás descansando otra vez! Pero bueno, eres capaz de acabar con la paciencia de cualquiera.

—¿Queda mucho? —preguntó la mujer, apoyándose en un terraplén y levantando la vista mientras le resbalaban gotas de sudor por la cara.

—¡Que si queda mucho, dice! Pero si ya casi estamos —dijo el patas largas, señalando hacia delante—. Mira, esas son las luces de Londres.

—Quedan aún más de tres kilómetros —dijo la mujer, desanimada.

—Da lo mismo que sean tres kilómetros o treinta —dijo Noah Claypole, pues de él se trataba—, así que levanta y vámonos, o te daré una patada; ya estás avisada.

Dado que la nariz ya roja de Noah se ponía aún más roja por la furia, y dado que, al tiempo que hablaba, cruzaba la calzada como si estuviese dispuesto a cumplir su amenaza, la mujer se levantó sin rechistar y siguió caminando penosamente a su lado.

—¿Dónde quieres que pasemos la noche, Noah? —preguntó al cabo de unos cuantos cientos de metros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contestó Noah, cuyo humor había empeorado bastante tras la caminata.

—Cerca, espero —dijo Charlotte.

—No, cerca no —contestó el señor Claypole—. Cerca no, así que ni lo pienses.

—¿Por qué no?

—Cuando te digo que no voy a hacer algo es que no y punto, y no me preguntes por qué sí o por qué no —contestó el señor Claypole con dignidad.

—Vale, no hace falta que me lo digas así —protestó su compañera.

—Estaría bien que nos alojásemos en la primera posada de las afueras de la ciudad, ¿no?, y que Sowerberry, si nos viene siguiendo, metiera las narices allí y nos hiciera volver esposados en un carro —dijo el señor Claypole, sarcástico—. De eso nada. Me voy y me pierdo en las calles más estrechas que encuentre y no paro hasta dar con la posada más escondida que haya. Deberías dar gracias a Dios de que yo tenga cabeza, porque si no hubiésemos tomado adrede el camino equivocado y luego no hubiésemos vuelto a campo traviesa, hace una semana que estarías en la cárcel, señora, y te habría estado bien empleado por tonta.

—Ya sé que no soy tan lista como tú —contestó Charlotte—, pero no me eches a mí toda la culpa y no digas que me habrían metido en la cárcel a mí, porque si me hubieran metido a mí, también te habrían metido a ti.

—Tú cogiste el dinero de la caja, sabes que lo hiciste —dijo el señor Claypole.

—Lo cogí para ti, Noah, querido —respondió Charlotte.

—¿Acaso me lo he quedado yo? —preguntó el señor Claypole.

—No, tú confiaste en mí y me dejaste guardarlo, porque eres un encanto —dijo la mujer tocándole la barbilla de modo cariñoso y tomándole del brazo.

Y así había sido, en efecto, pero, como el señor Claypole no tenía por costumbre depositar una confianza ciega y estúpida en nadie, hay que señalar, para hacer justicia a este caballero, que había confiado en Charlotte hasta ese punto con el fin de que, si les seguían, el dinero se lo encontrarán a ella y eso le diese la oportunidad de declararse totalmente inocente de robo alguno, y de que así aumentaran considerablemente sus posibilidades de escapar. Por supuesto, en esta tesitura no dio explicación alguna de sus motivos, y siguieron caminando los dos juntos muy encariñados.

De acuerdo con su cauteloso plan, el señor Claypole continuó sin detenerse hasta que llegaron al Angel, en Islington, donde, a juzgar por la multitud de transeúntes y el número de vehículos, llegó a la sabia conclusión de que ya comenzaba de verdad Londres. Tras pararse solo para observar cuáles eran las calles más concurridas y, por consiguiente, las que más convenía evitar, cruzó Saint John's Road y pronto se encontró inmerso en la oscuridad de los callejones intrincados y sucios que hay entre Gray's Inn Lane y Smithfield y que convierten a esa parte de la ciudad en una de las peores y más bajas que el progreso ha dejado en medio de Londres.

Noah Claypole caminaba por esas calles arrastrando tras de sí a Charlotte, bien bajando a la calle para echar un vistazo al aspecto exterior de alguna posada pequeña, bien siguiendo adelante si se le antojaba ver algo que le inducía a considerar el lugar demasiado público para su propósito. Al final, se paró delante de una de aspecto más humilde y sucio que ninguna de las anteriores y, tras cruzar y examinarla desde la acera de enfrente, se dirigió a anunciar su intención de pasar allí la noche.

—Así que dame el bulto —dijo Noah, desatándolo de los hombros de la mujer y pasándolo al suyo—, y no hables a menos que se dirijan a ti. ¿Cómo se llama la posada? Los Trrr..., ¿Tres qué?

—Cojos —dijo Charlotte.

—Los Tres Cojos —repitió Noah—. Y además tiene un buen cartel. Ahora no te separes de mí y vamos.

Después de dar esas órdenes, empujó la puerta chirriante con el hombro y entró en la posada, seguido de su compañera.

No había nadie en la barra excepto un joven judío, quien, con los codos apoyados sobre el mostrador, estaba leyendo un periódico sucio. Miró fijamente a Noah y Noah le miró a él.

Si Noah hubiese llevado su traje de niño de la beneficencia, habría habido alguna razón para que el judío tuviera los ojos tan abiertos, pero como se había quitado el abrigo y la insignia, y llevaba una blusa corta por encima de los calzones de cuero, no

parecía que hubiese razón alguna para que su aspecto llamase tanto la atención en la posada.

—¿Esto es Los Tres Cojos? —preguntó Noah.

—Sí, ese es el doctore de la posada —contestó el judío.

—Un caballero que nos encontramos por el camino cuando veníamos del campo nos la recomendó —dijo Noah, dando un codazo a Charlotte, quizá para que se percatara de esta ingeniosísima manera de hacerse respetar, quizá para advertirle que no mostrara sorpresa—. Queremos dormir aquí esta noche.

—Do estoy seguro de que puedan —dijo Barney, que era el duende que atendía la posada—, pero pregudtaré.

—Mientras pregunta, díganos dónde está el comedor y denos algo de fiambre y un poco de cerveza, ¿vale? —dijo Noah.

Barney obedeció y les llevó a un salón trasero pequeño, donde les sirvió la comida que habían pedido; hecho lo cual, informó a los viajeros de que podían hospedarse allí esa noche y, acto seguido, dejó a la afable pareja disfrutar de su refrigerio.

La habitación trasera estaba justo detrás de la barra y unos escalones más baja que esta, así que cualquier persona relacionada con la posada, con tan solo descorrer una cortinilla pequeña que ocultaba un cristal incrustado en la pared de esta última estancia, a metro y medio del suelo, no solo podía ver a cualquiera que estuviese en la habitación de atrás sin mucho peligro de ser observado —ya que el cristal estaba en un ángulo oscuro de la pared, y el observador tenía que meterse entre él y una gran viga vertical—, sino que, pegando su oreja al tabique, también podía determinar con bastante exactitud el tema de conversación. El propietario de la posada hacía cinco minutos que no retiraba su ojo de su posición de espionaje, y Barney acababa de volver tras comunicar la información antes referida, cuando Fagin, en el curso de sus tareas vespertinas, entró en la taberna a preguntar por alguno de sus jóvenes discípulos.

—¡Shhht! —dijo Barney—. Hay forasteros en la habitación de al lado.

—¡Forasteros! —repitió el viejo en un susurro.

—¡Ah! ¡Y buy raros! —añadió Barney—. Sod del cabpo, pero de los suyos, si do be equivoco.

Fagin pareció recibir esta noticia con mucho interés, se subió a un taburete y acercó con cautela un ojo al cristal, escondite secreto desde el cual podía ver al señor Claypole coger carne fría del plato y cerveza negra de la jarra y administrarle dosis homeopáticas de ambos a Charlotte, que estaba sentada junto a él comiendo y bebiendo pacientemente lo que a él le parecía bien.

—¡Ajá! —susurró el judío, mirando a Barney—. Me gusta ese tipo. Nos sería de provecho, y además ya sabe cómo tratar a la muchacha. No haga ningún ruido, querido, déjame escucharles, déjame oír qué dicen.

El judío puso otra vez el ojo junto al cristal, volvió la oreja hacia el tabique y escuchó con atención, con una expresión sutil y ansiosa en la cara que podría haber sido la de un viejo duende.

—Así que pienso convertirme en un caballero —dijo el señor Claypole, estirando las piernas y prosiguiendo con una conversación cuyo comienzo Fagin no había oído porque había llegado demasiado tarde—. Se terminaron los ataúdes de la porra, Charlotte; viviré como un señor, y tú, si quieres, puedes ser una dama.

—Ya me gustaría, querido —contestó Charlotte—, pero no todos los días se vacían cajas y luego se va uno de rositas.

—¡Al diablo las cajas! —dijo el señor Claypole—. Se pueden vaciar otras cosas que no sean cajas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su compañera.

—¡Bolsillos, bolsos de mujer, casas, diligencias, bancos! —dijo el señor Claypole, animándose con la cerveza.

—Pero no puedes hacer todo eso, querido —dijo Charlotte.

—Pues ya intentaré hacer buenas migas con los que sí que pueden —contestó Noah—. Seguro que encuentran alguna manera de que les ayudemos. Tú, por ejemplo, vales lo que cincuenta mujeres juntas; nunca he conocido a nadie con tantas artimañas y tretas como tú cuando te dejo.

—¡Señor! ¡Qué cosa más bonita me acabas de decir! —exclamó Charlotte, dándole un beso en su cara fea.

—¡Bueno, ya basta! No seas tan afectuosa que igual me enfado contigo —dijo Noah, soltándose con mucha seriedad—. Me gustaría ser el jefe de alguna banda y darles caña y controlarles sin que ellos lo supieran. Eso se me daría bien si hubiera buenos beneficios; y si pudiéramos juntarnos con señores de ese tipo, nos saldría barato a cambio de ese billete de veinte libras que tienes, sobre todo porque no sabemos cómo deshacernos de él.

Tras expresar esta opinión, el señor Claypole miró dentro de la jarra de cerveza con semblante de profunda sabiduría, y, después de haber agitado su contenido, hizo un gesto condescendiente con la cabeza a Charlotte y tomó un trago que le pareció gratamente refrescante. Estaba considerando la posibilidad de tomarse otra cerveza cuando de repente la puerta se abrió y apareció un extraño que le interrumpió.

El extraño era el señor Fagin, que, con un aspecto de lo más afable, hizo una profunda reverencia mientras avanzaba, se sentó en la mesa más cercana y pidió a Barney algo de beber.

—Una noche agradable, señor, aunque hace algo de frío para esta época del año —dijo Fagin, frotándose las manos—. Por lo que veo, vienen del campo, ¿no es cierto, señor?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Noah Claypole.

—En Londres no tenemos tanto polvo —respondió Fagin, señalando los zapatos de Noah y los de su compañera, y luego los dos bultos.

—Es usted muy listo —dijo Noah—. ¡Ja, ja! ¿Qué te parece, Charlotte?

—Uno tiene que ser listo en esta ciudad, querido —contestó el judío, dando a su voz un tono confidencial—. Esa es la verdad.

El judío acompañó ese comentario de un golpecito en un lado de la nariz con el índice de la mano derecha, gesto que Noah intentó imitar aunque sin mucho éxito, ya que su nariz no era lo suficientemente larga para eso. Sin embargo, el señor Fagin pareció interpretar aquel intento como una expresión de perfecta coincidencia con su opinión y repartió de manera muy amistosa el licor que Barney había traído.

—Buen género —observó Claypole, chasqueando los labios.

—Y caro —dijo Fagin—. Para beber esto habitualmente, un hombre tiene que andar siempre vaciando cajas, bolsillos, bolsos de señoras, casas, diligencias o bancos.

Tan pronto como el señor Claypole escuchó este extracto de sus propias palabras, se echó hacia atrás en la silla y miró primero al judío y después a Charlotte con semblante mortalmente pálido y aterrorizado.

—No te preocupes, querido —dijo Fagin, acercando su silla—. ¡Ja, ja! Has tenido suerte de que yo haya sido el único en escucharlo, casualmente. Has tenido mucha suerte.

—Yo no lo cogí —tartamudeó Noah, ahora sin estirar las piernas como un señor, sino escondiéndolas debajo de la silla lo mejor que podía—. Fue cosa de ella. Charlotte, lo tienes tú. Sabes que lo tienes tú.

—¡Pero si da lo mismo quién lo tenga o quién lo haya hecho, hombre! —contestó Fagin, mirando no obstante con ojos de halcón a la muchacha y los dos bultos—. Yo también estoy en este mundillo y por eso me caes bien.

—¿En qué mundillo? —preguntó el señor Claypole, un poco más recuperado.

—En este tipo de negocios —siguió Fagin—, y el resto de gente de esta posada se dedican a lo mismo. Has dado en el clavo, y en ningún otro lugar estarías tan seguro como aquí. No hay lugar más seguro en la ciudad que Los Tres Cojos; seguro, claro está, cuando yo quiero que lo sea, pero tú y la jovencita me habéis caído bien. He dicho lo que tenía que decir y podéis estar tranquilos.

Puede que Noah Claypole se quedara tranquilo con esa garantía, pero su cuerpo era evidente que no lo estaba, pues arrastraba los pies y se retorcía adoptando posturas algo torpes mientras observaba a su nuevo amigo con una mezcla de miedo y desconfianza.

—Te diré más —dijo el judío, después de haber tranquilizado a la chica con gestos amistosos y murmullos de aliento—. Tengo un amigo que creo que puede complacer tu buen deseo y ponerte en el buen camino, donde podrás dedicarte a la parcela del negocio que mejor te vaya al principio y aprender todas las demás.

—Parece que habla en serio —contestó Noah.

—¿Y qué ventaja iba yo a sacar de no hablar en serio? —preguntó el judío, encogiéndose de hombros—. Ven, hablemos fuera a solas.

—No hace falta que nos molestemos en cambiar de sitio —dijo Noah, volviendo a sacar las piernas gradualmente de debajo de la silla—. Ella subirá el equipaje. Charlotte, ocúpate de los bultos.

Esta orden, que había sido dada con gran majestuosidad, fue obedecida sin rechistar, y Charlotte salió lo más deprisa que pudo con el equipaje, mientras Noah le mantenía la puerta abierta y miraba cómo salía.

—La tengo bastante dominada, ¿verdad, amigo? —dijo mientras se volvía a sentar, con el tono de un domador que ha adiestrado a un animal salvaje.

—Totalmente —dijo Fagin, dándole una palmada en el hombro—. Eres un genio, querido.

—Bueno, supongo que si no lo fuera, ahora mismo no estaría aquí —contestó Noah—. Pero venga, que si pierde usted el tiempo, volverá.

—¿Qué te parece, pues? —preguntó el judío—. Si mi amigo te cae bien, ¿por qué no te unes a él?

—La cuestión es si está bien metido en el negocio, claro —respondió Noah, guiñando uno de sus pequeños ojos.

—No se puede estar mejor —dijo el judío—; tiene a mucha gente trabajando para él y tiene a la flor y nata de la profesión.

—¿De la capital todos? —preguntó el señor Claypole.

—No tiene a nadie de pueblo, y aún recomendándote yo, no creo que te aceptara si no fuera porque andan escasos de personal ahora mismo —contestó el judío.

—¿Tendría que apoquinar? —dijo Noah, palmeándose el bolsillo de los calzones.

—Esa sería la única manera —respondió Fagin, sin dudarle un instante.

—Pero veinte libras... es mucho dinero.

—No si se trata de un billete del que no te puedes deshacer —replicó Fagin—. Seguro que anotaron el número y la fecha. ¿Y si en el banco han ordenado que no se pague? ¡Uf! Para él no tiene mucho valor. Tendría que ponerlo en circulación, y en el mercado no sacaría mucho por él.

—¿Cuándo podría verle? —preguntó Noah sin estar muy convencido.

—Mañana por la mañana —contestó el judío.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Mm! —dijo Noah—. ¿Cuál es el sueldo?

—Vida de señor..., comida y cama, tabaco y alcohol gratis..., la mitad de lo que ganes y la mitad de todo lo que gane la muchacha —contestó el señor Fagin.

No es seguro que Noah Claypole, cuya rapacidad no conocía muchos límites, hubiera accedido incluso en condiciones tan atractivas si hubiera podido obrar libremente, pero advirtiéndole que, en el caso de que rehusase, su nuevo amigo tenía el poder de entregarle a la justicia (que cosas más raras se han visto), fue cediendo poco a poco y dijo que aquello parecía que le convenía.

—Pero ¿sabe? —dijo Noah—, como ella puede trabajar mucho, a mí me gustaría algo más ligerillo.

—¿Algún trabajo elegante? —sugirió Fagin.

—¡Sí! Algo así —contestó Noah—. ¿Qué cree que me irá mejor ahora? Algo en lo que no haya que hacer demasiada fuerza ni que sea muy peligroso, ¿sabe? ¡Ese tipo de trabajo!

—He oído que hablabais de algo de espiar a otros, ¿no es cierto? —dijo el judío—. Mi amigo necesita urgentemente a alguien que sea capaz de hacer eso bien.

—Es verdad que lo mencioné y no me importaría dedicarme a eso de vez en cuando —dijo el señor Claypole despacio—, pero sin otras cosas no sería rentable.

—¡Eso es cierto! —dijo el judío reflexionando, o fingiendo que reflexionaba—. No, puede que no.

—¿En qué piensa, pues? —preguntó Noah, mirándole con curiosidad—. Algo de robar y que no suponga mucho más riesgo que quedarse en casa.

—¿Qué te parece lo de las señoras mayores? —preguntó el judío—. Se puede sacar un buen dinero robándoles los bolsos y los paquetes y dándoles esquinazo rápidamente.

—¿No gritan mucho y arañan a veces? —preguntó Noah sacudiendo la cabeza—. No creo que sea eso lo que yo quiero. ¿No hay ninguna otra cosa?

—¡Alto! —dijo el judío, poniendo la mano en la rodilla de Noah—. El truco del cagoncete.

—¿Qué es eso?

—Los cagoncetes, querido —dijo el judío—, son los niños que sus madres mandan a hacer recados con monedas de chelín y medio chelín, y el truco consiste en quitarles el dinero (siempre lo llevan preparado en la mano), tirarlos al suelo de un empujón y marcharse lentamente como si lo único que pasara fuera que se había caído un niño y se había hecho daño. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja! —rió el señor Claypole, levantando las piernas entusiasmado—. ¡Dios, eso es lo mío!

—Pues sí —contestó Fagin—, y puedes hacer algunos turnos buenos en Camden-Town y Battle Bridge y vecindarios de ese tipo, donde siempre están haciendo recados, y puedes derribar a todos los cagoncetes que quieras a cualquier hora del día. ¡Ja, ja, ja! —tras lo cual, Fagin tocó al señor Claypole con el dedo en un costado y ambos prorrumpieron en una carcajada larga y ruidosa.

—¡Sí, eso está bien! —dijo Noah cuando se hubo recuperado y Charlotte hubo vuelto—. ¿A qué hora lo de mañana?

—¿A las diez? —preguntó el judío, y a continuación añadió, mientras el señor Claypole asentía con la cabeza—: ¿Qué nombre he de darle a mi buen amigo?

—Señor Bolter —contestó Noah, que ya se había preparado para una emergencia como esta—. Señor Morris Bolter. Ella es la señora Bolter.

—A sus pies, señora Bolter —dijo Fagin, haciendo una reverencia grotescamente cortés—. Espero conocerla mejor muy pronto.

—¿Oyes al caballero, Charlotte? —le gritó el señor Claypole.

—Sí, Noah, querido —contestó la señora Bolter, extendiendo la mano.

—Me llama Noah como un apodo cariñoso —dijo el señor Morris Bolter, antes Claypole, volviéndose hacia el judío—. ¿Entiende?

—¡Sí, claro! Entiendo perfectamente —contestó Fagin, diciendo la verdad por una vez—. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

CAPÍTULO XLII

Donde se narra cómo se metió en problemas el ingenioso Lince

—¿Así que su propio amigo era usted mismo, no? —preguntó el señor Claypole, también conocido como Bolter, quien en virtud del pacto aceptado de mutuo acuerdo se trasladó al día siguiente a casa del judío—. Caramba, anoche me lo imaginé.

—Todo hombre es amigo de sí mismo —contestó Fagin—. Algunos prestidigitadores dicen que el número mágico es el tres, y otros dicen que es el siete. No es ninguno de los dos, amigo mío, ninguno. Es el uno.

—¡Ja, ja! —exclamó el señor Bolter—. ¡Viva el número uno!

—En un pequeño colectivo como el nuestro —dijo el judío, que juzgaba necesario matizar su posición— tenemos un número uno general según el cual no te puedes considerar número uno sin considerarme a mí también número uno, y a todos los demás jóvenes.

—¡Demonios, ya ves! —exclamó el señor Bolter.

—Sí —continuó el judío, simulando hacer caso omiso de la interrupción—, es que estamos tan unidos y nos sentimos tan identificados con nuestros intereses que no podría ser de otra forma. Por ejemplo, tu misión es cuidar del número uno, o sea, de ti mismo.

—Pues sí —contestó el señor Bolter—, en eso tiene razón.

—Bueno, pues no puedes cuidar de ti, número uno, sin cuidar de mí, número uno.

—Será número dos —dijo el señor Bolter, cuya capacidad para el egoísmo estaba altamente desarrollada.

—Pues no —replicó el judío—. Yo soy tan importante para ti como lo eres tú mismo.

—Mire —interrumpió el señor Bolter—, es usted un hombre muy amable, y me cae muy bien, pero tampoco es que seamos uña y carne.

—Piensa —dijo el judío encogiéndose de hombros y abriendo las palmas de las manos— y considéralo. Has hecho algo muy bueno y te aprecio mucho por ello, pero

al mismo tiempo eso que has hecho podría ponerte alrededor del cuello una corbata muy fácil de ceñir y muy difícil de aflojar...; hablando en plata, ¡la sogá!

El señor Bolter se llevó las manos al pañuelo que tenía atado a la garganta, como si le apretase mucho y le incomodase, y murmuró su aprobación de manera atenuada en cuanto al tono, pero no en cuanto a la sustancia.

—La horca —continuó Fagin—, la horca, querido, es un poste feo con forma de dedo que apunta hacia una callejón corto y sin salida, donde ha acabado la trayectoria de muchos hombres osados que andaban por el camino del éxito. Tu objetivo número uno es quedarte en el camino cómodo y mantenerte a distancia de ella.

—Y vaya si lo es —contestó el señor Bolter—. Pero ¿para qué ha empezado a hablar de cosas así?

—Lo he hecho solo para mostrarte claramente lo que quiero decir —dijo el judío, arqueando las cejas—. Para mantenerte protegido dependes de mí. Para que yo mantenga mi pequeño negocio viento en popa dependo de ti. Lo primero es tu número uno y lo segundo, mi número uno. Cuanto más valores tu número uno, más cuidadoso tienes que ser con el mío, así que finalmente llegamos a lo que estaba diciéndote antes, que nuestro aprecio por el número uno nos mantiene a todos a flote, y así debemos continuar para no hundirnos juntos.

—Pues sí que es verdad —respondió el señor Bolter pensativamente—. ¡Madre mía, es usted un vejete de lo más vivo!

Fagin observó con deleite que aquel elogio a su capacidad mental no era un mero cumplido, sino que realmente había impresionado al recién llegado con su don de la astucia, y eso era algo muy importante que debía cuidar al comienzo de la relación. Para reforzar aquella impresión tan útil y conveniente, remató la jugada poniéndole al tanto de algunos detalles sobre la magnitud y alcance de sus operaciones, mezclando realidad y ficción como mejor le convenía y haciendo que se entrelazaran con tanto arte que el respeto del señor Bolter aumentó visiblemente, y se atemperó, al mismo tiempo, con un cierto temor sano, el cual también era muy conveniente despertar.

—La confianza que tenemos los unos en los otros es lo que a mí me consuela cuando sufrimos grandes pérdidas —dijo el judío—. Ayer por la mañana me arrebataron al mejor de mis muchachos.

—Bueno, supongo que le...

—Le buscaba la autoridad —interrumpió el judío—. Pues sí, le buscaban.

—¿Por algo en especial? —preguntó el señor Bolter.

—No —respondió el judío—, por nada importante. Le acusaron de intentar robar a alguien, y llevaba encima una caja de rapé, que era suya, amigo mío, su propia caja, porque él mismo tomaba rapé, y le gustaba mucho. Le han tenido encerrado hasta hoy porque pensaban que sabían quién era el dueño. ¡Ay! Ese muchacho valía cincuenta

cajas, y pagaría dicho precio con tal de recuperarle. Tendrías que haber conocido al Lince, amigo mío, tendrías que haberle conocido.

—Bueno, supongo que ya le conoceré, ¿no cree? —dijo el señor Bolter.

—Lo dudo mucho —contestó el judío suspirando—. Si no encuentran nuevas pruebas se tratará de una condena rápida, y le tendremos de vuelta al cabo de seis semanas o así, pero si encuentran alguna será un caso de por vida. Saben lo listo que es, será un trotamundos. Le convertirán en nada menos que en trotamundos.

—¿Qué quiere decir con «de por vida» y «trotamundos»? —preguntó el señor Bolter—. ¿Qué sentido tiene hablarme así? ¿Por qué no me habla en cristiano?

Fagin estaba a punto de traducir aquellas misteriosas expresiones al lenguaje ordinario, tras lo cual el señor Bolter hubiese comprendido que hablaba de una «deportación de por vida», cuando el diálogo se interrumpió por la llegada del señor Bates, quien andaba con las manos en los bolsillos de los calzones y las facciones retorcidas hasta adoptar una expresión de pena semicómica.

—No hay nada que hacer, Fagin —dijo Charley, cuando le hubieron presentado a su nuevo compañero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el judío con los labios temblorosos.

—Han encontrado al dueño de la caja y van a ir dos o tres más a identificarle, así que el Lince ya tiene pasaje reservado —contestó el señor Bates—. Necesito un traje de luto completo y una cinta para el sombrero para ir a visitarle antes de que emprenda el viaje. Pensar que a Jack Dawkins... ¡A Jack, caramba! Al Lince..., al astuto Lince, se lo llevan a otro país por una mísera caja de rapé que no vale ni dos peniques y medio... Nunca pensé que le pasaría por menos de un reloj de oro, con cadena y sellos, como mínimo. ¡Ay! ¿Por qué no se le ocurriría robarle todas sus posesiones a algún caballero anciano y rico? ¡Así partiría él también como un caballero, y no como un vulgar mojigato, sin honor ni gloria!

Tras expresar de este modo la aflicción que sentía por su desafortunado amigo, el señor Bates se sentó en la silla más cercana con aspecto apesadumbrado y abatido.

—¿Por qué dices que no tiene ni honor ni gloria? —exclamó Fagin, lanzando una mirada fulminante a su aprendiz—. ¿Acaso no era el más célebre de todos vosotros, eh? ¿Acaso alguno de vosotros podía igualarle o aproximársele cuando andaba tras alguna pista?

—No, nadie —contestó el señor Bates con voz ronca por la pesadumbre—, nadie.

—¿Y entonces por qué dices eso? —contestó enfadado el judío—. ¿Por qué lloriqueas?

—Porque no consta en ninguna parte, ¿no? —dijo Charley irritado, arrastrado por la corriente de su pesar a desafiar a su venerable amigo—. Porque seguro que nada de eso saldrá a la luz en la acusación, porque nadie sabrá nunca ni la mitad de lo que fue.

¿Así cómo conseguirá salir en el *Calendario de Newgate*? Quizá ni siquiera le incluyan. ¡Ay, madre mía, qué golpe más grande!

—¡Ja, ja! —rió el judío, tendiendo la mano derecha y volviéndose en dirección al señor Bolter en un arranque de risa que le causaba espasmos como si tuviese parálisis—. ¿Has visto qué orgullosos se sienten de su profesión, amigo? ¿A que es algo muy bonito?

El señor Bolter asintió con la cabeza, y el judío, tras contemplar el dolor de Charley Bates durante algunos segundos con evidente satisfacción, se acercó a dicho joven caballero y le dio unas palmaditas en la espalda.

—No te preocupes, Charley —dijo Fagin en tono tranquilizador—, ya verás cómo todo sale a la luz, ya lo verás. Todos sabrán qué listo era, él mismo lo demostrará y así no defraudará a sus viejos amigos y maestros. ¡Y piensa en lo joven que es! ¡Qué honor que le deporten a esa edad!

—Bueno, ¡un honor sí que es! —dijo Charley Bates, con cierto consuelo.

—Tendrá todo lo que quiera —continuó el judío—. Le tendrán en la cárcel como un señor, Charley, como un señor, con cerveza cada día y dinero en el bolsillo para que juegue a cara o cruz, si es que no se lo puede gastar.

—¿Ah, sí? —exclamó Charley Bates.

—¡Pues claro que sí! —contestó el judío—. También le conseguiremos uno de esos abogados importantes, Charley, uno que tenga buena labia, para que le defienda, y si quiere él mismo podrá dar un discurso, y lo leeremos todo en el periódico: «El astuto Lince arranca carcajadas. El tribunal se desternilla». ¿A que sí, Charley?

—¡Ja, ja! —se rió el señor Bates—. ¡Qué divertido sería! ¿A que sí, Fagin? Seguro que el Lince les daría la lata a todos, ¿eh?

—¿Que si les daría la lata? ¡Se la dará, ya lo verás!

—¡Pues sí, seguro que sí! —repitió Charley, frotándose las manos.

—Me lo imagino como si lo estuviese viendo —dijo el judío dirigiendo la mirada hacia su aprendiz.

—¡Yo también! —exclamó Charley Bates—. ¡Ja, ja, ja! Yo también. Lo veo todo como si lo tuviese delante. Lo digo muy en serio, Fagin. ¡Qué juego más divertido! Todos los tipos importantes de la peluca intentando parecer solemnes, y Jack Dawkins dirigiéndose a ellos con tanta familiaridad y soltura como si fuese el mismísimo hijo del juez dando un discurso durante la sobremesa, ¡ja, ja, ja!

En realidad, el judío le había seguido tan bien la corriente a la disposición excéntrica del señor Bates que el joven compañero, quien en un principio había considerado al Lince encarcelado como una víctima, le veía en ese momento como actor principal de una escena del humor más excepcional y exquisito, y se sentía muy impaciente porque llegara el momento en que su viejo amigo tendría una oportunidad tan favorable de hacer gala de sus habilidades.

—De una manera u otra tenemos que saber cómo se las apaña hoy —dijo Fagin—. Déjame pensar.

—¿Quiere que vaya yo? —preguntó Charley.

—Ni hablar —contestó el judío—. Estás loco, amigo mío, loco de remate, si te propones entrar precisamente en el lugar donde... No, Charley, no, con haber perdido a uno tengo bastante.

—No querrá ir usted mismo, ¿no? —dijo Charley mirándole irónicamente.

—No, eso no sería muy buena idea —le respondió Fagin, negando con la cabeza.

—¿Y por qué no manda al tipo este nuevo? —preguntó el señor Bates, colocando la mano sobre el brazo de Noah—. Nadie le conoce.

—Bueno, si no le importa... —observó el judío.

—¿Cómo le va a importar a él? —interrumpió Charley.

—Pues no creo que le importe, querido —dijo Fagin volviéndose hacia el señor Bolter—. No creo que le importe.

—Bueno, en cuanto a eso me atrevería a decir —anunció Noah, retrocediendo hacia la puerta y negando con la cabeza con cierta inquietud sopesada— que no..., que nada de eso. No es cosa de mi departamento.

—¿Y en qué departamento está este, Fagin? —interrogó el señor Bates, inspeccionando la figura desgarrada de Noah con gran aprensión—. ¿En el de largarse cuando hay problemas y en el de zamparse toda la comida cuando las cosas van bien, es esa su especialidad?

—No importa —replicó el señor Bolter—, y tú, enano, no te tomes tantas libertades con tus superiores o te llevarás alguna sorpresa.

El señor Bates se rió con tanta vehemencia ante aquella espléndida amenaza que Fagin tardó algún tiempo en intervenir y asegurarle al señor Bolter que no existía peligro alguno en visitar las dependencias policiales, ya que no había ningún informe sobre el pequeño incidente en el que se había visto involucrado y no se había enviado ninguna descripción de su persona a la metrópolis, por lo que era muy probable que ni siquiera sospechasen que había buscado refugio allí, y que, si se disfrazaba de forma apropiada, sería un lugar de visita tan seguro como cualquier otro en Londres, puesto que era el último sitio donde se podía suponer que iría por su propia voluntad.

Persuadido en parte por aquellos argumentos, pero abrumado, en un grado mucho mayor, por el miedo hacia el judío, el señor Bolter al final consintió, de muy mala gana, en emprender la expedición. Siguiendo las indicaciones de Fagin, en seguida sustituyó su atuendo por una blusa de carretero, unos calzones aterciopelados y unas polainas de cuero, que eran prendas que el judío tenía a mano. De igual manera se le proporcionó un sombrero de fieltro, así como resguardos donde figuraba que había pagado derechos de portazgo y una fusta de carretero. Equipado de esta guisa, tenía que pasearse por las dependencias policiales como si fuese un hombre del campo

llegado al mercado de Covent Garden que deseaba satisfacer su curiosidad. Como el señor Bolter era poco elegante, desgarbado y huesudo, Fagin no tenía ninguna duda de que representaría el papel a la perfección.

Tras estos preparativos, se le informó de las señales y los detalles que le permitirían identificar al astuto Lince, y más tarde el señor Bates condujo al señor Bolter por callejones oscuros y serpenteantes hasta muy cerca de Bow Street, la calle en la que se encontraban las dependencias. Después de describir su situación exacta y de acompañar la explicación de copiosas indicaciones sobre cómo debía atravesar directamente el callejón y cómo, al llegar al patio, debía subir las escaleras a mano derecha, cruzar la puerta y quitarse el sombrero al entrar, Charley le pidió que a partir de ese punto fuese él solo a toda prisa, y prometió esperar su regreso en el mismo sitio donde se habían separado.

Noah Claypole, o Morris Bolter, como prefiera el lector, siguió al pie de la letra las indicaciones recibidas, las cuales, a causa de la gran familiaridad que tenía el señor Bates con el entorno, eran tan precisas que fue capaz de llegar a presencia de los magistrados sin hacer ninguna pregunta ni encontrarse con ninguna dificultad por el camino. Se halló zarandeado en medio de una multitud de gente, casi todo mujeres, que se apiñaban en una habitación sucia y maloliente, con una plataforma elevada situada al final de la misma y separada con barrotes del resto, un banquillo para los acusados a la izquierda junto a la pared, un estrado para los testigos en el medio y una gran mesa para los jueces a la derecha. El lugar descrito en último lugar estaba separado por una mampara que ocultaba al tribunal de las miradas del vulgo, quien era libre de imaginar (si podía) todo el esplendor de la justicia.

En el banquillo de los acusados solo había dos mujeres, que asentían en dirección a sus amigos, que las admiraban, mientras el actuario leía algunas declaraciones a un par de policías y a un hombre vestido de paisano y apoyado sobre la mesa. Un carcelero estaba reclinado contra las barras del banquillo, golpeándose la nariz lánguidamente con una llave enorme, actividad que interrumpía de vez en cuando para reprender a los ociosos que tendían indebidamente a entablar conversación, reclamando silencio, o para mirar con severidad a alguna mujer y pedirle que sacara de allí a su bebé, si la gravedad de la justicia se veía afectada por el llanto débil, medio ahogado bajo la toquilla de su madre, de alguna criatura escuálida. La habitación tenía un olor viciado y malsano, las paredes estaban manchadas y descoloridas y el techo tiznado. Había un viejo busto grisáceo sobre la repisa de la chimenea y un reloj polvoriento sobre el banquillo; aquella máquina era lo único en aquel lugar que parecía funcionar como debiera, ya que la depravación, la pobreza o el contacto habitual con ambas cosas habían mancillado a todo ser viviente de una manera casi tan desagradable como la gruesa capa de suciedad que cubría todos los objetos inanimados, que la miraban con el ceño fruncido.

Noah miró ansioso a su alrededor buscando al Lince, pero aunque había muchas mujeres que podrían haber sido perfectamente la madre o la hermana de aquel distinguido personaje, y más de un hombre que aparentemente guardaba un gran parecido con su padre, no alcanzaba a ver a nadie que se correspondiese con la descripción del señor Dawkins. Esperó en un estado de mucha perplejidad e incertidumbre hasta que las mujeres sometidas a juicio salieron alardeando, pero en seguida se sintió aliviado con la aparición de otro prisionero, quien, según observó entonces, no podía ser otro que el objeto de su visita.

Y en efecto era el señor Dawkins, quien entró en la sala arrastrando los pies, con los enormes puños del abrigo arremangados como de costumbre, la mano izquierda en el bolsillo y el sombrero en la derecha, caminando delante del carcelero, balanceándose de un modo indescriptible, y, tras tomar asiento en el banquillo, preguntó en voz alta por qué le habían puesto en aquella vergonzosa situación.

—Cállate la boca, ¿vale? —dijo el carcelero.

—Soy ciudadano inglés, ¿no? —contestó el Lince—. ¿Dónde están mis privilegios?

—En seguida recibirás tus privilegios —le replicó el carcelero—, con ajo y agua.

—Ya veremos lo que les dice el ministro del Interior a los juezuchos estos, si no —contestó el señor Dawkins—. En fin, ¿qué es lo que pasa aquí? Les agradecería mucho a sus señorías que liquidaran este asunto cuanto antes y no me retuvieran aquí mientras leen el periódico, porque tengo una cita con un caballero en el centro y, como soy un hombre de palabra y muy puntual para asuntos de negocios, si llego con retraso el caballero se marchará, y entonces puede que presente una demanda por daños y perjuicios contra los que me han retenido, ¡sí, puede que sí!

En ese momento el Lince, quien aparentaba ser muy minucioso con vistas al proceso que se iba a llevar a cabo a partir de entonces, le solicitó al carcelero que le indicase «el nombre de los dos carcamales que estaban sentados en el banco», cosa que hizo tanta gracia a los espectadores que estos rieron casi tan efusivamente como lo hubiese hecho el propio señor Bates si hubiese oído aquella solicitud.

—¡Silencio en la sala! —gritó el carcelero.

—¿Qué es esto? —inquirió uno de los jueces.

—Un robo menor, señoría.

—¿El chico ha estado aquí alguna vez?

—Tendría que haber estado muchas veces —respondió el carcelero—. Ha estado ya en casi todas partes menos aquí. Le conozco bien, señoría.

—¿Ah, sí? ¿Me conoce? —dijo el Lince anotando la afirmación—. Muy bien. Este es sin duda un caso de deformación de personalidad.

Se oyó otra risa generalizada y otro grito pidiendo silencio.

—Bueno, ¿dónde están los testigos? —preguntó el actuario.

—Eso, eso —añadió el Lince—. ¿Dónde están? Me gustaría verles.

Este deseo se concedió de inmediato, pues se acercó un policía que había visto al prisionero intentando meter la mano en el bolsillo de un desconocido en medio de una multitud, y luego sacar de allí un pañuelo, pero como era viejo volvió a introducirlo a propósito tras probarlo en su propia cara. Por eso detuvo al Lince tan pronto como pudo alcanzarle y descubrió que el citado Lince, tras haber sido cacheado, llevaba encima una caja de rapé de plata con el nombre del dueño grabado en la tapa. Encontraron al caballero consultando un directorio publicado de «notables» y, solicitada su presencia allí, juró que la caja era suya y que la había echado en falta el día anterior justo después de haber salido de la multitud antes mencionada. También había observado a un joven especialmente hábil a la hora de abrirse paso entre la muchedumbre, el mismo joven que se encontraba en esos momentos en el banquillo de los acusados.

—Muchacho, ¿tienes algo que preguntarle al testigo? —dijo el juez.

—No me rebajaría a mantener ningún tipo de conversación con él —contestó el Lince.

—¿Tienes algo más que añadir?

—¿Has oído que el juez te ha preguntado si tienes algo más que añadir? —exclamó el carcelero, dándole un codazo al callado Lince.

—Le pido disculpas —dijo el Lince, alzando la vista con expresión distraída—, ¿me estaba hablando a mí?

—Nunca en mi vida había visto a un canalla tan impertinente, señoría —observó el funcionario de tribunales con una mueca—. ¿Piensas decir algo o no, eh, mocoso?

—No —respondió el Lince—, porque este no es lugar para la justicia; además, mi abogado se encuentra desayunando esta mañana con el vicepresidente de la Cámara de los Comunes, pero en otra parte sí que tendré algo que decir, y él también, al igual que un gran círculo de amistades respetables que les harán desear a los juezuchos estos no haber nacido, o que sus propios lacayos les hubiesen colgado del perchero antes de haberles dejado venir esta mañana para cargar contra mí. Yo...

—¡Venga, remitido al tribunal! —interrumpió el juez—. ¡Llévenselo!

—Vamos —dijo el carcelero.

—¡Ya voy, ya voy! —contestó el Lince, sacudiéndose el sombrero con la palma de la mano—. Por cierto —añadió en dirección a los magistrados—, no les va a servir de nada esa cara de asustados. No voy a tener piedad con ustedes, ni una pizca. Pagarán por esto, estimados señores; no querría estar en su lugar por nada del mundo. No me quedaría en libertad ni aunque me lo suplicaran todos de rodillas. Venga, llévense a prisión. Vayámonos de aquí.

Con estas últimas palabras el Lince consintió que se lo llevarsen, arrastrándolo del cuello, y amenazó con comunicar el asunto al Parlamento hasta que llegó al patio, y una vez allí le sonrió abiertamente al agente con gran orgullo y regocijo.

Cuando vio que le habían encerrado en una minúscula celda, Noah recorrió rápidamente el camino de vuelta hasta donde había dejado al señor Bates, y allí esperó algún tiempo. El otro joven caballero, que prudentemente se había abstenido de salir hasta que hubo mirado a su alrededor desde un cómodo escondite y se hubo asegurado de que no le había seguido ninguna persona indeseada, se reunió con él.

Los dos volvieron a toda prisa para comunicarle al señor Fagin la buena nueva de que el Lince había hecho completa justicia a las enseñanzas recibidas y se había forjado una gloriosa reputación.

CAPÍTULO XLIII

Llega el momento de que Nancy cumpla su promesa a Rose Maylie. No lo hace. Fagin emplea a Noah Claypole en una misión secreta

Aun siendo hábil como lo era en todas las artes de la astucia y el disimulo, la joven Nancy no podía ocultar del todo la impresión que la conciencia del paso que había dado producía en su mente. Recordó que tanto el astuto judío como el cruel Sikes le habían confiado planes que se habían ocultado a todos los demás, con la confianza plena de que ella era de fiar y estaba fuera de toda sospecha; y por viles que fueran esos planes, por desesperados que fueran los que los habían urdido y por amargos que fueran sus sentimientos hacia el judío, quien la había conducido paso a paso por un abismo cada vez más hondo de delincuencia y miseria, del que no había escapatoria, aun así había momentos en que hasta por él se ablandaban sus sentimientos, por miedo a que sus revelaciones lo hicieran caer en las garras de hierro que había burlado desde hacía tanto tiempo y a que por fin cayera —aunque tal destino se lo tenía bien merecido— por su mano.

Pero esto no eran más que divagaciones de una mente incapaz de distanciarse del todo de viejos compañeros y relaciones, aunque capacitada para centrarse fijamente en un objetivo y decidida a no apartarse de él bajo ningún concepto. Sus temores por Sikes habrían sido alicientes más poderosos para echarse atrás mientras aún había tiempo; pero había estipulado que su secreto fuera estrictamente guardado, no había dejado ningún indicio que pudiera llevar a su descubrimiento, había rechazado, por él, un lugar donde guarecerse de toda la culpabilidad y toda la desdicha que la rodeaban... y, ¿qué más podía hacer? Estaba decidida.

Aunque todas sus disputas mentales desembocaban en esta conclusión, se le presentaban una y otra vez y además dejaban rastro. A los pocos días estaba pálida y delgada. A veces no prestaba atención a lo que estaba pasando ante ella o no participaba en conversaciones en las que antes habría sido la más escandalosa. Otras veces reía sin alegría y hacía ruido sin razón ni sentido. Otras veces —con frecuencia un momento después— se quedaba sentada, silenciosa y abatida, meditando con la

cabeza sobre las manos, mientras el propio esfuerzo que hacía para salir del ensimismamiento decía de forma más contundente incluso que esos indicios que estaba inquieta y que, en el transcurso de la discusión con sus compañeros, sus pensamientos estaban ocupados en asuntos muy diferentes y distantes de aquellos.

Era domingo por la noche y la campana de la iglesia más cercana dio la hora. Sikes y el judío estaban hablando, pero se detuvieron a escuchar. La muchacha alzó la vista desde el bajo asiento en el que se encontraba agazapada y también escuchó atentamente. Las once.

—Una hora para la medianoche —dijo Sikes, corriendo la cortina para mirar fuera y volviendo después a su asiento—. Además está la noche oscura y encapotada. Buena noche para la faena.

—¡Ah! —respondió el judío—. Qué pena, Bill, querido, que no haya ninguna a punto.

—Por una vez tienes razón —respondió Sikes bruscamente—. Es una pena, porque yo también tengo ganas.

El judío suspiró y sacudió la cabeza desanimadamente.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido cuando las cosas se arreglen; eso es lo único que sé —dijo Sikes.

—Así se habla, querido —respondió el judío, atreviéndose a darle una palmadita en el hombro—. Me hace bien oírte.

—Te hace bien, ¡claro! —gritó Sikes—. Bueno, así sea.

—¡Ja, ja, ja! —rió el judío como si le aliviara hasta esta concesión—. Esta noche eres el de siempre, Bill, el de siempre.

—No me siento el de siempre cuando tú me pones esa vieja garra atrofiada en el hombro, así que quítala —dijo Sikes, quitándose de encima la mano del judío.

—Te pone nervioso, Bill, te recuerda a cuando lo pillan a uno, ¿no? —dijo el judío decidido a no sentirse ofendido.

—Me recuerda a cuando lo pilla a uno el diablo —contestó Sikes—, y no con una trampa. Jamás hubo otro hombre con una cara como la tuya, salvo que fuera tu padre, y supongo que a estas alturas se está chamuscando esa roja barba entrecana, a menos que descieras directamente del maligno, sin padre ninguno de por medio, cosa que no me extrañaría lo más mínimo.

Fagin no respondió a este cumplido, pero, tirando a Sikes de la manga, señaló con el dedo a Nancy, que había aprovechado la conversación precedente para ponerse el gorro y ahora estaba abandonando la habitación.

—¡Eh! —gritó Sikes—. Nancy. ¿Adónde va la niña a estas horas de la noche?

—No muy lejos.

—¿Qué respuesta es esa? —contestó Sikes—. ¿Adónde vas?

—Digo que no muy lejos.

—¿Y yo te pregunto que adónde?! —replicó Sikes en voz alta—. ¿Me oyes?

—No sé adónde —respondió la muchacha.

—Pues yo sí —dijo Sikes, más con ánimo obstinado que porque tuviera ninguna objeción real a que la muchacha se fuera a donde quisiera—. A ninguna parte. Siéntate.

—No estoy bien. Te lo dije antes —replicó la muchacha—. Quiero tomar el aire.

—Pues saca la cabeza por la ventana y tómalo —respondió Sikes.

—Aquí no hay suficiente —dijo la muchacha—. Quiero tomarlo en la calle.

—Entonces no lo tomarás —respondió Sikes, y con tal afirmación se levantó, cerró la puerta con llave, sacó esta última y, arrancándole el gorro de la cabeza, lo lanzó encima de un viejo armario—. Hala —dijo el ladrón—, ahora quédate callada donde estás, ¿quieres?

—No hay nada que se detenga con un gorro —dijo la muchacha poniéndose muy pálida—. ¿Qué pretendes, Bill? ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Que si sé lo que... ¡Ah! —gritó Sikes volviéndose hacia Fagin—, está fuera de sí, ya sabes, o no se atrevería a hablarme de esa forma.

—Me empujarás a hacer una locura —dijo la muchacha entre dientes, poniéndose ambas manos sobre el pecho, como para reprimir por la fuerza un arranque de violencia—. Déjame salir, ¿quieres?... Ahora mismo..., en este mismo instante...

—¡No! —rugió Sikes.

—Dígale que me deje salir, Fagin. Más le vale. Será mejor para él. ¿Me oís? —gritó Nancy pateando el suelo.

—¿Que si te oímos? —repitió Sikes volviéndose en la silla para hacerle frente—. Sí, y si te oigo durante medio minuto más, el perro se agarrará de tal forma a tu cuello que te arrancará un poco esa voz chillona. ¿Qué te ha pasado, mujerzuela? ¿Qué tienes?

—Déjame salir —dijo la muchacha con gran seriedad, y luego, sentándose en el suelo frente a la puerta dijo—: Bill, déjame salir, no sabes lo que estás haciendo..., no lo sabes, de verdad. Solo durante una hora..., va..., ¡va!

—¡Cortadme las extremidades una a una —gritó Sikes agarrándola bruscamente por el brazo— si la niña no se ha vuelto loca de remate! ¡Levanta!

—No hasta que me dejes salir..., no hasta que me dejes salir..., no..., ¡no! —gritó la muchacha.

Sikes pasó un minuto esperando su oportunidad y, sujetándole las manos de repente, la arrastró, mientras ella forcejeaba y luchaba con él por el camino, a una pequeña habitación contigua, donde se sentó en un banco y, arrojándola en una silla, la sujetó a la fuerza. Ella forcejeó y suplicó sucesivamente hasta que dieron las doce en punto, y luego, cansada y agotada, se dio por vencida. Con la advertencia,

acompañada de muchos juramentos, de que no se esforzase más en salir esa noche, Sikes dejó que se recuperara a su antojo y se volvió a reunir con el judío.

—¡Uf! —dijo el ladrón, secándose la transpiración de la cara—. ¡Qué niña más rara!

—Y que lo digas, Bill —respondió el judío con aire pensativo—. Y que lo digas.

—¿Para qué se le habrá metido en la cabeza salir esta noche? ¿Qué crees tú? —preguntó Sikes—. Venga, tú debes de conocerla mejor que yo..., ¿qué significa?

—Terquedad..., terquedad femenina, supongo, querido —respondió el judío encogiéndose de hombros.

—Bueno, supongo que sí —refunfuñó Sikes—. Pensaba que la había domado, pero es tan mala como siempre.

—Peor —dijo el judío con aire pensativo—. Jamás la había visto ponerse de esa manera por tan poca cosa.

—Yo tampoco —dijo Sikes—. Creo que todavía tiene algo de esa fiebre en la sangre y no se le quita..., ¿eh?

—Es probable —respondió el judío.

—Si se pone así otra vez, le haré una pequeña sangría sin molestar al doctor —dijo Sikes.

El judío hizo un expresivo gesto de aprobación con la cabeza por este modo de tratamiento.

—Además, cuando yo estaba tendido boca arriba, ella estaba conmigo de día y de noche, y tú, como el lobo malvado que eres, ni te acercaste —dijo Sikes—. Y todo ese tiempo fuimos muy pobres y creo que de una forma u otra eso la ha preocupado y puesto nerviosa, y de estar encerrada aquí tanto tiempo se ha vuelto inquieta..., ¿eh?

—Eso es, querido —respondió el judío en voz baja—. ¡Calla!

Mientras pronunciaba estas palabras, la muchacha misma apareció y volvió a donde había estado sentada. Tenía los ojos hinchados y rojos, se mecía de un lado para otro, sacudía la cabeza y, al cabo de un ratito, se echó a reír.

—¡Toma! ¡Ahora se va por otro camino! —exclamó Sikes dirigiendo una mirada de gran sorpresa a su compañero.

El judío le hizo un gesto con la cabeza para que no hiciera más caso de momento, y en unos pocos minutos la muchacha volvió a su comportamiento habitual. Susurrándole a Sikes que no había que tener miedo de una recaída, Fagin recogió su sombrero y le dio las buenas noches. Cuando llegó a la puerta se detuvo y, echando una mirada alrededor, preguntó si alguien le alumbraría escaleras abajo.

—Alúmbrale —dijo Sikes, que estaba rellenando su pipa—. Sería una pena que se desnucara y defraudara a los espectadores. Vamos, guíale con la luz.

Nancy siguió al viejo escaleras abajo con la vela. Cuando llegaron al pasillo, él se puso el dedo en el labio y, acercándose a la muchacha, susurró:

—¿Qué pasa, Nancy, querida?

—¿Qué quiere decir? —respondió la muchacha con el mismo tono.

—El motivo de todo esto —respondió Fagin—. Si él —señaló escaleras arriba con su flaco dedo índice— es tan duro contigo (es un bruto, Nancy, un auténtico animal), ¿por qué no...?

—¡Bueno! —dijo la muchacha cuando Fagin se calló, con la boca casi rozando la oreja de ella y mirándola a los ojos.

—Ahora no importa —dijo el judío—, volveremos a hablar de esto. Tienes un amigo en mí, Nancy, un amigo leal. Tengo los medios a mano, discretos y cercanos. Si quieres vengarte de aquellos que te tratan como a un perro..., ¿qué digo como a un perro?, peor que a un perro, porque al suyo a veces lo mima..., pues acude a mí. Te lo digo, acude a mí. Él no es más que el capricho de un momento, pero a mí me conoces desde hace tiempo, Nancy..., desde hace tiempo.

—Le conozco bien —respondió la muchacha sin manifestar el más mínimo sentimiento—. Buenas noches.

Cuando Fagin le ofreció la mano, ella retrocedió, pero dijo buenas noches otra vez con voz firme y, contestando a su mirada de despedida con un gesto de la cabeza que indicaba que lo había entendido, cerró la puerta.

Fagin caminó hacia su casa absorto en los pensamientos que fermentaban en su cerebro. Había concebido la idea —no por lo que acababa de pasar, aunque eso más bien la confirmaba, sino poco a poco y gradualmente— de que Nancy se había hartado de la crueldad del ladrón y se sentía atraída por algún nuevo amigo. Su comportamiento alterado, sus reiteradas ausencias de casa, de donde salía sola, su relativa indiferencia hacia los intereses de la banda, en los que tanto celo ponía en otro tiempo, y, además de todo esto, su desesperada impaciencia por salir de casa esa noche a una hora en particular, todo corroboraba la suposición y la convertía, al menos para él, casi en una certeza. El objeto de sus nuevos afectos no estaba entre sus secuaces. Sería una valiosa adquisición, con una ayudante como Nancy, y había (así razonaba Fagin) que incorporarlo sin demora.

Había otro objetivo más oscuro que conseguir. Sikes sabía demasiado y sus insultos de canalla no habían dejado de molestar al judío por mucho que las heridas se mantuvieran ocultas. La muchacha debía saber bien que si lo abandonaba, nunca podría estar a salvo de su furia, que con seguridad caería (dejándole mutilado o quizá incluso quitándole la vida) sobre el objeto más reciente de su afecto. «Con un poco de persuasión —pensó Fagin—, ¿cómo no iba ella a consentir envenenarlo? En el pasado las mujeres han hecho cosas así, y peores, para conseguir el mismo objetivo. Así se habría ido el peligroso maleante —el hombre que odio—, se habría incorporado a otro en su lugar, y mi influencia sobre la muchacha, sabiendo de este crimen, sería ilimitada.»

Estas cosas pasaron por la mente de Fagin durante el breve intervalo de tiempo en que estuvo sentado y solo en la habitación del ladrón, y con ellas muy presentes en sus pensamientos, había aprovechado la ocasión que después se le presentó de sondear a la chica mediante las indirectas entrecortadas que dejó caer a su despedida. No hubo expresión de sorpresa, ni muestra alguna de incapacidad para entender su significado. La muchacha lo comprendió claramente. Su mirada al despedirse lo demostraba.

Pero quizá daría marcha atrás ante un complot para quitarle la vida a Sikes, y aquel era uno de los fines principales por lograr.

«¿Cómo —pensó el judío mientras se arrastraba hacia casa— puedo aumentar mi influencia sobre ella? ¿Qué nuevo poder puedo conseguir?»

Tales cerebros son fértiles en recursos. Si, sin sacarle ninguna confesión a ella, la espiaba, descubriría el nuevo objeto de su afecto y amenazaba con revelar toda la historia a Sikes (a quien tenía un miedo fuera de lo común), a menos que colaborara en sus planes, ¿no se aseguraría su aceptación?

—Sí —dijo Fagin en voz alta—. Ella no se atreverá a rechazarme entonces..., ¡por nada del mundo! Lo tengo todo. Los medios están al alcance de mi mano y se pondrán en marcha. No te escaparás.

Lanzó una mirada siniestra e hizo un gesto amenazador con la mano hacia el lugar donde había dejado al maleante más audaz, y siguió su camino, ocupando sus huesudas manos en los pliegues de su harapienta ropa, que retorció con fuerza como si con cada movimiento de los dedos aplastara a un odiado enemigo.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y esperó impaciente la aparición de su nuevo cómplice, quien, tras un retraso que parecía interminable, al final se presentó y se abalanzó con voracidad sobre el desayuno.

—Bolter —dijo el judío, acercando una silla y sentándose.

—Bueno, aquí estoy —contestó Noah—. ¿Qué pasa? No me pida que haga nada hasta que haya acabado de comer. Ese es un gran defecto que tienen aquí. Nunca hay tiempo suficiente para comer.

—Puedes hablar mientras comes, ¿no? —dijo Fagin maldiciendo la gula de su querido joven amigo desde lo más profundo de su corazón.

—Sí, claro que puedo hablar, me va mejor cuando hablo —dijo Noah cortando una enorme rebanada de pan—. ¿Dónde está Charlotte?

—Fuera —dijo Fagin—. La mandé esta mañana con la otra joven porque quería que estuviéramos solos.

—¡Vaya! —dijo Noah—. Le hubiera podido ordenar que antes preparara unas buenas tostadas con mantequilla. Bueno. Siga hablando. No me interrumpirá.

De hecho no parecía haber mucho riesgo de que nada le interrumpiera, ya que era evidente que se había sentado con la determinación de hacer mucha faena.

—Ayer trabajaste bien, querido —dijo el judío—, ¡maravilloso! ¡Seis chelines y nueve peniques y medio el primer día! El truco del cagoncete te va a hacer rico.

—No olvide añadir tres jarras de pinta y un bidón de leche —dijo el señor Bolter.

—Claro que no, querido —respondió el judío—. Lo de las pintas fue una ocurrencia de lo más genial, pero el bidón de leche fue una obra maestra.

—No está mal, creo yo, para un principiante —comentó el señor Bolter satisfecho de sí mismo—. Las pintas las saqué de repisas que había al aire libre, y el bidón de leche estaba solo delante de una taberna, así que pensé que podía oxidarse con la lluvia, o resfriarse, ya sabe. ¡Ja, ja, ja!

El judío fingió reír de muy buena gana, y el señor Bolter, tras agotársele la risa, dio una serie de grandes mordiscos que acabaron con su primer trozo de pan con mantequilla y fue a por el segundo.

—Quiero, Bolter —dijo Fagin inclinándose sobre la mesa—, que me hagas un trabajito, querido, que requiere gran cuidado y precaución.

—Oiga —replicó Bolter—, no vaya a ponerme en peligro o a mandarme a ninguna comisaría más. Eso no me conviene, no, por eso se lo digo.

—No existe ni el más mínimo peligro, ni el más mínimo —dijo el judío—, solo es vigilar a una mujer.

—¿A una vieja? —preguntó el señor Bolter.

—A una joven —respondió Fagin.

—Eso sé hacerlo bastante bien, estoy seguro —dijo Bolter—. Era un soplón de lo más astuto cuando estaba en el colegio. ¿Para qué la voy a vigilar? No para...

—No para hacer nada —interrumpió el judío—, solo para decirme adónde va, a quién ve y, si es posible, qué dice; para recordar la calle, si es una calle, o la casa, si es una casa, y para que traigas toda la información que puedas.

—¿A cambio de qué? —preguntó Noah bajando la taza y mirando a su jefe a la cara ansiosamente.

—Si lo haces bien, una libra, querido..., una libra —dijo Fagin, con el fin de que se interesara lo más posible por su cometido—. Y nunca he dado tanto por ningún encargo en el que no hubiera algo valioso que ganar.

—¿Quién es ella? —preguntó Noah.

—Una de nosotros.

—¡Ay señor! —gritó Noah arrugando la nariz—. Duda de ella, ¿no?

—Se ha echado amigos nuevos, querido, y tengo que saber quiénes son —respondió el judío.

—Ya veo —dijo Noah—. Solo para tener el placer de conocerlos, si son gente decente, ¿eh?... ¡Ja, ja, ja! Eso es cosa mía.

—Ya lo sabía —gritó Fagin entusiasmado por el éxito de su propuesta.

—Claro, claro —respondió Noah—. ¿Dónde está? ¿Dónde voy a esperarla? ¿Cuándo voy a ir?

—Todo eso, querido, ya te lo diré. Te la señalaré en el momento oportuno —dijo Fagin—. Tú mantente dispuesto y déjame el resto a mí.

Esa noche, y la siguiente, y la siguiente otra vez, el espía se quedó sentado con sus botas puestas y equipado con su ropa de carretero, listo para salir a la primera palabra de Fagin. Pasaron seis noches —seis largas y agotadoras noches— y en cada una de ellas Fagin volvía a casa con cara de desilusión e insinuaba escuetamente que todavía no era el momento. A la séptima volvió más temprano y con una exultación que no podía disimular. Era domingo.

—Esta noche sale —dijo Fagin—, y con el destino que nos interesa, estoy seguro, pues ha estado sola todo el día y el hombre al que teme no volverá mucho antes del amanecer. Ven conmigo. Deprisa.

Noah se levantó en seguida sin decir palabra, pues el judío estaba en un estado de tan intensa agitación que se lo contagió. Salieron de la casa a hurtadillas y, apresurándose por un laberinto de calles, llegaron finalmente delante de una taberna, que Noah reconoció por ser la misma en la que había dormido la noche de su llegada a Londres.

Eran las once pasadas y la puerta estaba cerrada, pero se abrió silenciosamente sobre sus bisagras mientras el judío daba un silbido bajo. Entraron sin hacer ruido y la puerta se cerró tras ellos.

Sin atreverse ni a susurrar, y sustituyendo palabras por gestos, Fagin y el joven judío que los había dejado entrar le indicaron el cristal a Noah y le hicieron señas para que subiera y observara a la persona de la habitación contigua.

—¿Es esa la mujer? —preguntó apenas sin aliento.

El judío asintió con la cabeza.

—No le veo bien la cara —susurró Noah—. Está mirando hacia abajo y tiene la vela detrás de ella.

—Quédate ahí —susurró Fagin, e hizo señas a Barney, quien se retiró.

Al cabo de un instante el chico entró en la habitación contigua y, bajo el pretexto de avivar la vela, la trasladó a la posición requerida y, dirigiéndose a la chica, hizo que levantara la cara.

—¡Ahora la veo! —gritó el espía.

—¿Claramente? —preguntó el judío.

—La reconocería entre un millón.

Bajó apresuradamente mientras la puerta de la habitación se abría y la muchacha salía. Fagin lo llevó detrás de un pequeño tabique que tenía una cortina y ambos contuvieron la respiración mientras ella pasaba a unos pocos centímetros de su escondrijo y salía por la puerta por la que ellos habían entrado.

—¡Chsst! —gritó el chico que sostenía la puerta—. Ahora.

Noah cruzó una mirada con Fagin y salió como una flecha.

—A la izquierda —susurró el chico—, coge a mano izquierda y sigue por el otro lado.

Así lo hizo, y a la luz de las farolas vio la figura de la muchacha que se encontraba ya a alguna distancia delante de él. Se acercó tanto como consideró prudente y se mantuvo en el lado contrario de la calle, el mejor para observar sus movimientos. Ella volvió la cabeza nerviosamente dos o tres veces, y se detuvo una vez para dejar pasar a dos hombres que la seguían muy de cerca. A medida que avanzaba, parecía cobrar ánimos y andar con paso más firme y más decidido. El espía mantuvo la misma distancia relativa entre ambos y la siguió sin quitarle ojo de encima.

CAPÍTULO XLIV

La cita

Los relojes de la iglesia daban las doce menos cuarto cuando irrumpieron dos figuras en el Puente de Londres. Una de ellas avanzaba a paso ligero, y era la de una mujer que miraba ansiosa a su alrededor como al acecho de algo esperado; la otra figura era la de un hombre que se escabullía entre las sombras más oscuras que encontraba y que, a cierta distancia, acomodaba su paso al de ella, deteniéndose cuando ella también lo hacía, y cuando reanudaba la marcha, la seguía sigilosamente, pero nunca se permitía, en el ímpetu de su persecución, alcanzarla. Cruzaban el puente desde la orilla de Middlesex hacia la de Surrey cuando la mujer, al parecer frustrada en su desesperado examen de los transeúntes, se dio la vuelta. Fue un movimiento repentino, que sin embargo no pilló por sorpresa a aquel que la observaba, pues se ocultó en uno de los huecos que hay en los pilares del puente y, apoyándose sobre la barandilla para así esconder mejor su figura, esperó hasta que ella cruzó a la acera de enfrente, y una vez estuvo a la misma distancia a la que habían estado antes, salió deslizándose de su escondrijo y volvió a seguirla. Casi en mitad del puente ella se detuvo. Él se detuvo también.

La noche era muy oscura. No había sido un buen día, y se encontraban pocas personas a esa hora y en ese lugar. Las que había pasaban apresuradamente, muy probablemente sin observar, y seguramente sin advertir, la presencia de la mujer ni la del hombre que no la perdía de vista. Su apariencia no era la más indicada para atraer las miradas inoportunas de la población indigente de Londres que casualmente esa noche pasaba por el puente buscando alguna bóveda o alguna casucha bajo la que cobijarse; permanecían allí en silencio, sin hablar con quienes pasaban, y sin que estos les hablaran tampoco.

Sobre el río flotaba una bruma que intensificaba el resplandor rojo de los fuegos que ardían en las pequeñas embarcaciones atracadas en los distintos muelles y volvían más oscuros e indistintos los tenebrosos edificios de las orillas. Los viejos almacenes ahumados que se hallaban a cada lado se erigían, pesados y grises, entre la densa

masa de tejados y gabletes, y observaban ceñuda y severamente el agua, demasiado negra para reflejar siquiera sus figuras descomunales. En la penumbra podían divisarse la torre de la vieja iglesia de Saint Saviour y la aguja de Saint Magnus, los gigantes guardianes desde tanto tiempo atrás del vetusto puente; pero el bosque de embarcaciones abajo, y las agujas de las iglesias densamente esparcidas arriba, se hallaban casi ocultas a toda visión.

La muchacha se había vuelto inquieta aquí y allí unas cuantas veces, mientras su vigilante oculto la observaba muy de cerca, cuando la pesada campana de Saint Paul señaló el final de otro día. La medianoche había caído sobre la atestada ciudad. El palacio, la bodega nocturna, la cárcel, el manicomio; las habitaciones de la vida y de la muerte, de la salud y de la enfermedad; el rígido rostro del cadáver y el sueño tranquilo del niño: la medianoche había caído sobre todos ellos.

Aún no habían pasado dos minutos cuando una joven acompañada por un caballero de cabello gris se apeó de un coche de alquiler a corta distancia del puente y, habiéndose alejado el vehículo, se acercaron a este. Apenas habían pisado el asfalto cuando la muchacha se sobresaltó y se dirigió hacia ellos.

Caminaban hacia delante, mirando a su alrededor con el aire de quienes albergan una ligera esperanza con pocas probabilidades de materializarse, cuando de repente se les unió la nueva acompañante. Se detuvieron con una exclamación de sorpresa, pero inmediatamente la reprimieron, pues en ese preciso instante se les acercó un hombre con indumentaria de campesino, que llegó incluso a rozarles.

—Aquí no —dijo Nancy, apresurándose—. Me da miedo hablar con ustedes aquí. Apartémonos del camino, vayamos a los escalones que hay allá a lo lejos.

Mientras pronunciaba estas palabras y señalaba con la mano el lugar al cual quería que se dirigiesen, el campesino miró a su alrededor y, preguntándose groseramente por qué ocupaban toda la acera, siguió adelante.

Los escalones que había señalado la joven eran aquellos que, en la orilla de Surrey, y en el mismo lado del puente donde se hallaba la iglesia de Saint Saviour, forman un descansillo justo antes del río. Sin que lo observaran, el hombre con aspecto de campesino se apresuró hacia este punto y, tras escudriñar el lugar durante un momento, empezó a descender.

Las escaleras son parte del puente y constan de tres tramos. Justo al final del segundo, bajando, el muro de piedra contiguo se convierte en una especie de pilar o de pedestal ornamental orientado al Támesis. En ese punto los últimos escalones se ensanchan, de manera que si una persona gira por ese ángulo del muro, nadie le puede ver, aunque estén en las escaleras por encima de él, incluso a un paso. El campesino miró presuroso a su alrededor cuando llegó aquí y, como al parecer no existía un lugar mejor para esconderse y la marea estaba baja, por lo que había espacio más que suficiente, se deslizó a un lado, apoyando la espalda en el pilar, y allí

esperó, convencido de que no bajarían más y de que, aunque no pudiera escuchar lo que hablaban, podría seguirles de nuevo sin arriesgarse.

El tiempo pasaba tan lentamente en ese solitario lugar, y tan ansioso estaba el espía por ahondar en los motivos de un encuentro tan distinto de lo que le habían dado a entender, que más de una vez dio el asunto por perdido y se convenció de que o bien se habían parado lejos, más arriba, o bien habían acudido a un lugar totalmente distinto para mantener allí su misteriosa conversación. Estaba a punto de abandonar su escondite y volver a la calle cuando oyó ruido de pasos e inmediatamente después de voces, casi junto a su oído.

Se pegó al muro, erguido, y, sin apenas respirar, escuchó con mucha atención.

—Ya estamos lo bastante lejos —dijo una voz, que pertenecía claramente al caballero—. No permitiré que esta señorita siga más allá. Muchas personas habrían desconfiado de usted hasta el punto de no venir hasta aquí, pero ya ve que yo estoy dispuesto a complacerla.

—¡A complacerme! —exclamó la voz de la muchacha a la cual él había seguido—. En realidad, es usted muy considerado, señor. ¡Complacerme! Bueno, bueno, no importa.

—En fin, ¿con qué... —dijo el caballero con un tono más amable—, con qué propósito puede habernos traído hasta este extraño lugar? ¿Por qué no me ha dejado hablarle allá arriba, donde hay claridad y movimiento, en vez de traernos a este agujero sombrío y deprimente?

—Ya le dije antes —contestó Nancy— que tenía miedo de hablar con usted allí. No sé por qué —añadió, estremeciéndose—, pero esta noche tengo tanto miedo y terror en el cuerpo que casi no me tengo en pie.

—¿Miedo de qué? —preguntó el caballero, que parecía tenerle lástima.

—No estoy segura —contestó la joven—. Ojalá lo supiera. Durante todo el día me han venido al pensamiento imágenes de muerte, de mortajas manchadas de sangre, y también un temor que parecía que me quemaba. Esta noche estaba leyendo un libro para pasar el rato, y en las letras veía las mismas cosas.

—Imaginaciones —contestó el caballero, tranquilizándola.

—No son imaginaciones —replicó la muchacha con voz ronca—. Le juro que vi la palabra «ataúd» escrita en todas las páginas del libro, con letras grandes y negras. Sí, y esta noche pasaron cerca de mí por la calle llevando uno.

—Eso es normal. Muchas veces ha pasado uno por mi lado.

—Sí, pero uno de verdad —le espetó la joven—. Pero este no lo era.

Había algo tan extraño en su actitud que al espía oculto se le puso la carne de gallina y se le heló la sangre cuando escuchó pronunciar a la muchacha estas palabras. Jamás había experimentado mayor alivio que cuando escuchó la dulce voz de la joven

pidiéndole que se calmara y que no se dejara dominar por semejantes fantasías horribles.

—Háblele con amabilidad —le dijo la joven a su acompañante—. ¡Pobre criatura! Se nota que lo necesita.

—Los de su clase, religiosos y altivos, me habrían mirado por encima del hombro al ver mi estado de esta noche, y habrían predicado llamas y venganza —dijo la muchacha—. Señorita, ¿por qué aquellos que se dicen hijos de Dios no son tan gentiles y amables hacia nosotros, pobres diablos, como usted, que, gozando de juventud, belleza y todo lo que ellos han perdido, podría ser algo más orgullosa, en lugar de ser tan humilde?

—Un turco —dijo el caballero— vuelve su rostro hacia Oriente, después de haberlo lavado bien, para decir sus plegarias; estas buenas personas, después de haberse frotado el rostro con el mundo hasta tal punto que se les borra incluso la sonrisa, se vuelven con no menos regularidad hacia el lado más oscuro del cielo. Entre musulmanes y fariseos, me encomiendo a los primeros.

Parecía que estas palabras iban dirigidas a la joven, y quizá fuesen pronunciadas con la intención de darle tiempo a Nancy para recuperarse. Poco después, el caballero se dirigió a ella.

—No vino el domingo pasado por la noche —dijo.

—No pude venir —contestó Nancy—. Me retuvieron.

—¿Quién?

—Bill, de quien ya le hablé a la joven.

—No sospecharon que estaba en contacto con alguien por el asunto que nos ocupa esta noche, ¿verdad? —preguntó el caballero, preocupado.

—No —contestó la muchacha, sacudiendo la cabeza—. No me es nada fácil salir a menos que él sepa para qué; si no le hubiera dado una bebida de láudano antes de marcharme, no podría haber visto a la joven cuando lo hice.

—¿Se despertó antes de que volviera?

—No. Y ni él ni ninguno de ellos sospechan de mí.

—Bien —dijo el caballero—. Ahora escúcheme.

—Estoy preparada —contestó la muchacha, pues él hizo una pausa durante un momento.

—Esta joven —empezó él— me ha confesado a mí y a otros amigos en quienes podemos confiar del todo lo que usted le contó hace casi quince días. Reconozco que al principio tenía dudas de si podía fiarme de usted con garantías, pero ahora creo firmemente que así es.

—Sí que puede —dijo la muchacha con sinceridad.

—Le repito que así lo creo firmemente. Para demostrarle que estoy dispuesto a confiar en usted, le diré sin reservas que nos proponemos arrancar el secreto, sea cual

sea, de los temores de ese hombre llamado Monks. Pero si... —continuó el caballero— si no logramos hacernos con él, o si, habiéndonos hecho con él, no logramos sacarle lo que deseamos, usted deberá entregar al judío.

—¡A Fagin! —exclamó la muchacha, retrocediendo.

—Tiene que entregar a ese hombre —dijo el caballero.

—Eso no lo voy a hacer. Nunca lo haré —contestó la muchacha—. Por muy malvado que sea, y aunque se ha portado conmigo peor que el demonio, nunca haré eso.

—¿No lo hará? —dijo el caballero, que parecía perfectamente preparado para esta respuesta.

—¡Nunca! —repitió la muchacha.

—Dígame por qué.

—Por una razón —contestó la muchacha—, por una razón que la joven conoce y en la que me apoyará, sé que lo hará, pues cuento con su promesa; y además, por otra razón, que es que, por muy mala vida que haya llevado él, yo también he llevado mala vida; muchos de nosotros hemos seguido el mismo camino y yo no voy a traicionar a aquellos que podrían haberme traicionado, cualquiera de ellos, pero no lo hicieron, por malvados que sean.

—Entonces —dijo rápidamente el caballero, como si este fuera el punto al cual quería llegar—, ponga a Monks en mis manos, yo me encargaré de él.

—¿Y qué pasa si se vuelve en contra de los demás?

—Le prometo que en ese caso, si se le consigue sacar la verdad, el asunto quedará ahí; debe de haber circunstancias en la pequeña historia de Oliver que sería doloroso sacar a la luz pública, y si se descubre la verdad, quedarán impunes.

—¿Y si no? —sugirió la muchacha.

—Entonces —continuó el caballero— no llevaremos al judío ante la justicia sin su consentimiento. Aunque en ese caso podría darle razones que considero que le harían ceder a este respecto.

—¿Cuento con la promesa de la joven para eso? —preguntó la muchacha ansiosamente.

—Por supuesto —respondió Rose—. Mi promesa sincera y fiel.

—¿Monks nunca se enterará de cómo saben lo que saben? —dijo la muchacha, después de una breve pausa.

—Jamás —respondió el caballero—. Las consecuencias de la información le alcanzarán de tal forma que nunca sospeche.

—He sido una mentirosa entre mentirosos desde pequeña —dijo la muchacha después de otro silencio—, pero me fío de sus palabras.

Después de que ambos le aseguraran que así podía hacerlo tranquilamente, empezó a describir el nombre y la situación de la taberna desde la que le habían

seguido esa noche, en voz tan baja que a menudo al espía le resultaba difícil oír lo que decía. Por la manera en la que ella se detenía de vez en cuando, parecía como si el caballero estuviera anotando apresuradamente la información que le transmitía. Cuando hubo explicado con todo detalle la localización del lugar, la mejor posición desde la que vigilarlo sin llamar la atención, y la noche y la hora a la que Monks era más propenso a frecuentarla, pareció que se tomó unos momentos para recordar con mayor nitidez los rasgos más evidentes de su aspecto físico.

—Es alto —dijo la muchacha—, y de complexión fuerte, pero no grueso; tiene una forma de caminar que parece que va siempre al acecho, y también mira por encima del hombro constantemente; primero por encima de uno, luego por encima del otro. No se olviden de eso, pues tiene los ojos más hundidos en la cabeza que ningún otro hombre, tanto que podrían reconocerlo solo por eso. El rostro es oscuro, como el cabello y los ojos, pero, aunque no tendrá más de veintiséis o veintiocho años, también lo tiene demacrado y macilento. A menudo tiene los labios descoloridos y desfigurados por la marca de los dientes, pues le dan ataques coléricos, y a veces incluso se muerde las manos y las llena de heridas. ¿Por qué se sobresalta? —dijo la muchacha, parando de repente.

El caballero respondió apresurado que no era consciente de haberse sobresaltado, y le pidió que siguiera.

—Parte de esto —continuó ella— lo he sacado de las otras personas de la taberna que les he dicho, pues a él solo lo he visto dos veces, y ambas iba cubierto con una enorme capa. Creo que esto es todo lo que puedo decirles para que lo reconozcan. Un momento —añadió—. Por encima de la garganta, tan arriba que se puede ver una parte por debajo del pañuelo cuando vuelve el rostro, tiene...

—Una marca ancha y roja, como una quemadura o una escaldadura —dijo el caballero.

—¿Cómo puede ser? —le espetó la muchacha—. ¡Le conoce!

La joven dejó escapar un grito de extrema sorpresa, y durante unos momentos se quedaron tan callados que el espía les oía hasta respirar.

—Creo que sí —dijo el caballero, rompiendo el silencio—. Por su descripción, pienso que sí. Ya veremos. Muchas personas se parecen infinitamente entre sí, así que puede que no sea el mismo.

Mientras se expresaba de este modo, con fingida despreocupación, dio un paso o dos hacia el espía oculto, tal y como este último pudo adivinar por la nitidez con la que le oyó susurrar: «¡Tiene que ser él!».

—Bueno —continuó, volviendo, por lo que parecía por el sonido, al lugar donde se encontraba antes—, nos ha proporcionado la ayuda más valiosa, muchacha, y quisiera que le sirviera de algo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada —contestó Nancy.

—Pronto cambiará de opinión —añadió el caballero con una voz y con un énfasis de amabilidad que podrían haber conmovido hasta a un corazón más duro y obstinado—. Piense y dígamelo.

—Nada —repitió la muchacha, llorando—. No puede hacer nada para ayudarme. De hecho, ya he perdido toda esperanza.

—Es usted quien se pone fuera de su alcance —dijo el caballero—. Su pasado ha sido un derroche estéril de energía joven, y de todos esos tesoros sin precio que el Creador no confiere más que una vez y jamás vuelve a otorgar, pero debe tener esperanzas en el futuro. No le digo que esté en nuestro poder ofrecerle paz para su corazón y su espíritu, pues esta llega cuando se la busca; pero un lugar tranquilo de refugio, bien en Inglaterra, bien, si tiene miedo de permanecer aquí, en algún otro país extranjero, no solo se encuentra al alcance de nuestras posibilidades, sino que es nuestro más arduo deseo procurárselo. Antes de que amanezca, antes de que este río despierte al primer destello de la luz del día, estará usted tan lejos del alcance de sus antiguos compañeros, y habrá dejado tan pocas huellas tras de sí, como si desapareciera de la faz de la tierra en este preciso instante. Venga. No quiero que vuelva a intercambiar ni una sola palabra con ninguno de sus antiguos compañeros, ni a ver una sola vez ninguno de sus antiguos tugurios, ni a respirar ese aire que para usted es pestilencia y muerte. Déjelos a todos, mientras esté a tiempo y tenga la oportunidad de hacerlo.

—Con esto le vamos a convencer —dijo la joven—. Estoy segura de que está dudando.

—Me temo que no, querida —dijo el caballero.

—No, señor, no me convencerán —contestó la muchacha después de una breve lucha interior—. Estoy encadenada a mi vida anterior. Ahora la odio y la detesto, pero no puedo dejarla. Debo de haber ido demasiado lejos para volver atrás ahora, aunque no estoy segura, pues si me hubieran hablado así hace mucho tiempo, me habría reído. Pero —añadió, mirando apresurada a su alrededor— este temor me invade de nuevo. He de irme a casa.

—¡A casa! —repitió la joven, acentuando considerablemente la palabra.

—Sí, a casa, señorita —siguió la muchacha—. Al hogar que yo he conseguido por mí misma con el trabajo de toda mi vida. Separémonos. Me seguirán o me verán. Venga, venga. Si les he ayudado en algo, lo único que les pido es que me dejen y me permitan marcharme sola.

—Es inútil —dijo el caballero con un suspiro—. Quizá comprometamos su seguridad quedándonos aquí. Puede que ya la hayamos retenido más de lo que ella esperaba.

—Sí, sí —contestó rápidamente la muchacha—, claro.

—¿Cómo —dijo la joven— puede acabar la vida de esta pobre criatura?

—¿Cómo? —repitió—. Mire ante usted, señorita. Mire esa agua oscura. ¿Cuántas veces lee cosas de muchos como yo que se lanzan a la corriente y no dejan a nadie en esta vida que se ocupe de ellos ni que les llore? Puede que falten años para eso, o puede que solo meses, pero al fin y al cabo, ese será mi fin.

—No diga eso, se lo suplico —contestó la joven, sollozando.

—Nunca llegará a sus oídos, señorita, y que Dios no permita que esos horrores... —respondió la muchacha—. Buenas noches, buenas noches.

El caballero se alejó.

—Acepte este dinero —dijo la joven—. Hágalo por mí, para que tenga algún recurso en un momento de necesidad y dificultades.

—No, no —contestó la muchacha—. No he hecho esto por dinero. Al menos dejen que pueda creerlo así. Pero deme algo que lleve usted puesto. Me gustaría que me diera algo... No, no, un anillo no... Sus guantes o su pañuelo, algo que pueda quedarme y que le haya pertenecido a usted, señorita. Eso es. Gracias, que Dios la bendiga. ¡Buenas noches, buenas noches!

La agitación violenta de la muchacha, y el temor a ser descubierta, cosa que la sometería a los malos tratos y a la violencia, fue lo que al parecer decidió al caballero a abandonarla como ella deseaba. Se escuchó el sonido de pasos que se alejaban, y las voces cesaron.

Las dos figuras de la joven y su acompañante aparecieron poco después sobre el puente. Se detuvieron en lo alto de las escaleras.

—¡Escuche! —exclamó la joven, prestando atención—. ¡Nos ha llamado! Creo que he escuchado su voz.

—No, querida —contestó el señor Brownlow, mirando atrás con tristeza—. No se ha movido aún, y no lo hará hasta que nos hayamos marchado.

Rose Maylie se resistía a marcharse, pero el caballero la tomó del brazo y la alejó con delicadeza. Cuando desaparecieron, la muchacha se tendió casi cuan larga era sobre uno de los escalones de piedra y desahogó la angustia de su corazón dando rienda suelta a unas lágrimas amargas.

Después de un tiempo se puso en pie, y con pasos débiles y tambaleantes subió a la calle. El atónito espía se quedó inmóvil en su sitio durante unos minutos y después, habiendo lanzado numerosas miradas de cautela a su alrededor para asegurarse de que se hallaba solo de nuevo, salió lentamente de su escondite y se marchó, con sigilo y a la sombra del muro, de la misma forma en la que había bajado.

Asomándose más de una vez cuando había alcanzado lo alto de las escaleras para asegurarse de que nadie le observaba, Noah Claypole salió de allí como una flecha y se dirigió hacia la casa del judío tan rápido como se lo permitieron las piernas.

CAPÍTULO XLV

Consecuencias fatales

Faltaban casi dos horas para que amaneciera, era esa hora que en otoño puede considerarse ciertamente la plenitud de la noche, cuando las calles reposan desiertas y en silencio, cuando hasta el sonido parece adormecerse, y el libertinaje y el desorden se han marchado tambaleándose a soñar en sus hogares. A esta hora tranquila y silenciosa el judío estaba sentado despierto en su vieja guarida con la mirada petrificada, con el rostro tan desencajado y pálido, y los ojos tan enrojecidos e inyectados en sangre, que más que un hombre parecía una especie de fantasma espantoso, aún cubierto de la humedad de la tumba, y turbado por algún espíritu maligno.

Se hallaba sentado ante la chimenea apagada, acurrucado y envuelto en una vieja colcha hecha jirones, con la cara vuelta hacia una vela que se consumía sobre la mesa que había junto a él. Tenía la mano derecha sobre los labios y, absorto en sus pensamientos, se mordía las uñas largas y negras, dejando ver entre las encías sin dientes unos cuantos colmillos que bien podían haber pertenecido a un perro o a una rata.

En el suelo, tumbado sobre un colchón, Noah Claypole dormía profundamente. De vez en cuando, el viejo le dirigía la mirada un instante, para después volverla hacia la vela que, por el desgaste de la mecha inclinada y las gotas candentes de cera que caían sobre la mesa, demostraba claramente que sus pensamientos estaban ocupados en otra parte.

Así era, en efecto. La humillación que había supuesto el fracaso de su excelente plan, el odio hacia la chica que había osado tratar con extraños, una desconfianza total hacia la sinceridad de su negativa a entregarle, una amarga decepción por haber perdido la oportunidad de vengarse de Sikes, el miedo a ser descubierto, a la ruina, a la muerte, y una ira feroz y mortal encendida por todo ello: estas eran las vehementes consideraciones que cruzaban por la mente de Fagin, sucediéndose sin parar a gran

velocidad, mientras todo tipo de pensamientos malvados y de intenciones perversas se agitaban en su interior.

Permaneció sentado sin cambiar de postura ni lo más mínimo, al parecer sin preocuparse del paso del tiempo, hasta que unos pasos que sonaban en la calle atrajeron la atención de su fino oído.

—Por fin —murmuró el judío, limpiándose la boca seca y febril—. Por fin.

Mientras hablaba, sonó suavemente la campana de la entrada. Subió con sigilo las escaleras hasta la puerta, y poco después regresó acompañado de un hombre abrigado hasta la barbilla, que portaba un paquete bajo el brazo. Tomó asiento y se quitó el abrigo, revelando el cuerpo fornido de Sikes.

—Toma —dijo, soltando el paquete sobre la mesa—. Ocúpate tú de eso, y haz lo que puedas. Yo ya he tenido bastante con conseguirlo. Pensaba que estaría aquí hace tres horas.

Fagin cogió el paquete, lo guardó bajo llave en el armario y se sentó sin decir palabra. Pero durante este movimiento no le quitó los ojos de encima al bandido ni un segundo, y ahora que estaban sentados el uno frente al otro, cara a cara, le miró fijamente, con los labios tan temblorosos y el rostro tan alterado por las emociones que le dominaban que el ladrón echó la silla hacia atrás en un gesto involuntario y le observó con expresión de auténtico espanto.

—¿Qué pasa? —gritó Sikes—. ¿Por qué me miras así? ¡Vamos, responde!

El judío levantó la mano derecha y agitó el índice tembloroso en el aire, pero su cólera era tan intensa que había perdido el habla momentáneamente.

—¡Maldita sea! —dijo Sikes, palpándose el pecho con la mirada inquieta—. El viejo se ha vuelto loco. Será mejor que me ande con cuidado.

—No, no —replicó Fagin, recobrando la voz—. No es... no es contigo, Bill. No tengo... nada que reprocharte.

—No, ¿verdad? —respondió Sikes, mirándole con seriedad, mientras trasladaba una pistola a un bolsillo más accesible—. Pues es una suerte para uno de los dos, no importa cuál.

—Lo que tengo que decirte, Bill, te afectará incluso más que a mí —dijo el judío, arrimando la silla.

—¿Ah, sí? —respondió el ladrón en tono incrédulo—. Pues dilo ya, y date prisa, que Nancy se va a creer que me he perdido.

—¡Que te has perdido! —gritó Fagin—. Eso ya lo ha pensado ella.

Sikes miró al judío con aspecto de gran perplejidad y, al no hallar en el enigma de su rostro ninguna explicación satisfactoria, le agarró con su enorme mano del cuello del abrigo y le zarandeó violentamente.

—¡Vamos, habla! —dijo—, o si no lo haces será por falta de aliento. Abre la boca y di claramente lo que tengas que decir. Suéltalo ya, viejo canalla del demonio, suéltalo.

—Supón que ese muchacho que está ahí tumbado... —comenzó Fagin.

Sikes se volvió hacia donde Noah dormía, como si antes no se hubiera percatado de su presencia.

—Sí —dijo, volviendo a su posición anterior.

—Supón que ese muchacho —continuó el judío— nos delatara, que primero buscara a las personas adecuadas para tal propósito y después se reuniera con ellas en la calle para describirles nuestra apariencia, indicarles aquellas marcas por las que podrían reconocernos y el tugurio donde podrían cogernos más fácilmente. Supón que hiciera todo eso, y que además les hubiera revelado un asunto en el que todos estamos más o menos implicados, por su propia voluntad, no porque le hubieran cogido, ni atrapado, ni juzgado, ni porque el capellán le hubiera obligado, ni porque le hubieran encerrado a pan y agua, sino por su propia voluntad, por gusto, escapándose por las noches a reunirse con nuestros enemigos, y contándoselo todo. ¿Me oyes? —gritó el judío, con los ojos brillantes de la rabia—. Supón que hiciera todo eso: ¿qué harías?

—¿Que qué haría? —replicó Sikes, soltando un juramento atroz—. Si continuara vivo cuando yo viniera, le machacaría la cabeza con el talón de hierro de mi bota y se la partiría en tantos pedazos como pelos tiene en ella.

—¿Y si fuera yo? —gritó el judío, casi chillando—. ¡Yo, que sé tantas cosas, y que podría hacer que colgaran a tantos además de a mí mismo!

—No lo sé —respondió Sikes apretando los dientes y palideciendo solo de pensarlo—. Haría algo en la cárcel para que me pusieran grilletas, y si nos juzgaran juntos me abalanzaría sobre ti en medio de la sala y te golpearía con ellos hasta sacarte los sesos, con tanta fuerza —murmuró el ladrón, agitando el brazo musculoso— que te aplastaría la cabeza como si un vagón cargado te hubiera pasado por encima.

—¿Serías capaz?

—¿Que si sería capaz? —dijo el ladrón—. Vamos, haz la prueba.

—¿Y si fuera Charley, o el Lince, o Bet, o...?

—No me importaría quién fuera —interrumpió Sikes con impaciencia—. Le trataría de la misma forma.

Fagin volvió a mirar al bandido fijamente y, tras indicarle que guardara silencio, se agachó sobre la cama que había en el suelo y sacudió al que dormía en ella para despertarlo. Sikes se inclinó hacia delante en la silla, observando con las manos sobre las rodillas, como si se preguntara en qué acabarían todas estas preguntas y preámbulos.

—¡Bolter, Bolter! ¡Pobre chaval! —dijo Fagin, mirando hacia arriba con la expresión de quien está a punto de revelar algo terrible, hablando en voz baja y marcando las palabras—. Está agotado, agotado de vigilarla tanto rato, a ella, Bill.

—¿Qué quieres decir? —dijo Bill, echándose hacia atrás.

El judío no respondió, pero se encorvó sobre el chico otra vez y le dio un tirón para que se sentara. Repitió su nombre ficticio varias veces, y entonces Noah se frotó los ojos, bostezó profundamente y miró a su alrededor con rostro soñoliento.

—Repíte lo que me has dicho antes, solo una vez más, para que él lo oiga —dijo el judío, señalando a Sikes mientras pronunciaba estas palabras.

—¿Que repita qué? —preguntó el adormilado Noah, desperezándose malhumorado.

—¡Lo de Nancy! —gritó el judío, sujetando a Sikes por la muñeca, como si quisiera evitar que se marchara antes de oír el resto—. ¡Que la seguiste!

—Sí.

—¿Al Puente de Londres?

—Sí.

—¿Y que se encontró con dos personas?

—Eso mismo.

—Un caballero y una dama a la que había acudido antes por su cuenta, que le pidió que le entregara a todos sus compañeros y a Monks el primero, y ella aceptó, y que le describiera, y ella lo describió, y que le explicara en qué lugar nos reunimos, y desde dónde se podía espiar mejor, y a qué hora va allí la gente, y ella se lo explicó. Lo contó todo, palabra por palabra, sin una amenaza, sin una queja. ¿Es así o no? —gritó el judío, casi enloquecido por la rabia.

—Así es —replicó Noah, rascándose la cabeza—. Eso fue lo que pasó.

—¿Y qué dijeron del domingo pasado? —inquirió el judío.

—Del domingo pasado... —respondió Noah, intentando recordar—. Bueno, ya se lo dije antes.

—¡Pues dilo otra vez! —gritó Fagin, apretando aún con más fuerza a Sikes, y levantando la otra mano mientras le salían espumarajos de la boca.

—Le preguntaron... —dijo Noah, que parecía ir dándose cuenta de la identidad de Sikes a medida que se despertaba—. Le preguntaron por qué no había ido el domingo pasado, como prometió, y ella dijo que no había podido...

—¿Por qué, por qué? —interrumpió el judío, con aire triunfal—. ¡Díselo!

—Porque Bill, el hombre del que le había hablado, la encerró en casa a la fuerza —respondió Noah.

—¿Y qué más? —gritó el judío—. ¿Qué más dijo del hombre del que le había hablado? Vamos, díselo.

—Pues que no le resultaba fácil salir de casa sin que él supiera adónde iba —dijo Noah—, y que la primera vez que fue a ver a la dama... ¡Ja, ja, ja! Me dio risa cuando lo dijo... Que le había dado de beber láudano.

—¡Maldita sea! —gritó Sikes, desasiéndose con furia del judío—. ¡Suéltame, tengo que irme!

Apartó al viejo de un empujón, salió a toda prisa de la habitación y se precipitó atropelladamente escaleras arriba, encolerizado.

—¡Bill, Bill! —gritó el judío, abalanzándose tras él—. ¡Solo una cosa!

Esa cosa no se habría dicho de no ser porque el ladrón no conseguía abrir la puerta, contra la cual dirigía imprecaciones y golpes inútiles cuando el judío le alcanzó jadeando.

—¡Déjame salir! —gritó Sikes—. No me digas nada, por tu bien. Te digo que me dejes salir.

—Solo quiero decirte una cosa —replicó el judío, poniendo la mano sobre la cerradura—. No seas...

—¿Qué? —exclamó el malhechor.

—No seas... demasiado... violento, Bill —dijo el judío con voz quejumbrosa.

Comenzaba a rayar el día, y la luz les permitía ya verse las caras. Intercambiaron una mirada fugaz, y en los ojos de ambos ardía un fuego inequívoco.

—Quiero decir —continuó Fagin, que se había dado cuenta de que ya no tenía sentido andarse con rodeos— que no seas demasiado violento para nuestra seguridad. Sé astuto, Bill, pero no demasiado atrevido.

Sikes no respondió, sino que tiró de la puerta que el judío había abierto y se echó a la calle solitaria.

El ladrón recorrió el camino a paso veloz, sin detenerse ni vacilar un momento, sin volver la cabeza ni una sola vez, sin levantar la mirada hacia el cielo ni bajarla hasta el suelo, solo mirando frente a sí con una determinación feroz, con los dientes tan apretados que parecía que la mandíbula tensa le iba a traspasar la piel, sin pronunciar una palabra ni relajar un músculo, hasta que alcanzó la puerta de su casa. La abrió cautelosamente con la llave, subió las escaleras a zancadas grandes y ligeras, entró en la habitación, cerró la puerta dándole dos vueltas a la llave, arrastró una enorme mesa contra la puerta y descorrió las cortinas de la cama.

La chica estaba acostada sobre ella, medio vestida. La había despertado, pues se incorporó con una mirada rápida y asombrada.

—Levántate —ordenó el hombre.

—Ah, eres tú, Bill —dijo la chica, con expresión de satisfacción por su regreso.

—Sí, soy yo —respondió—. Levántate.

Había una vela encendida, pero el bandido la quitó de la palmatoria con un gesto rápido y la arrojó a la chimenea. La chica advirtió la tenue luz de primera hora del día que brillaba en el exterior y se levantó a descorrer la cortina.

—Déjalo —dijo Sikes, deteniéndola con la mano—. Ya hay bastante luz para lo que tengo que hacer.

—Bill —dijo la chica, con la voz debilitada por el miedo—, ¿por qué me miras así?

El ladrón se quedó sentado mirándola unos segundos, con las aletas de la nariz dilatadas y respirando muy fuerte, y después, agarrándola de la cabeza y la garganta, la empujó al centro de la habitación y, tras lanzar una mirada hacia la puerta, le puso una pesada mano sobre la boca.

—Bill, Bill... —gimió la chica, sin aliento, luchando con la fuerza que da el miedo a la muerte—. No gritaré... ni chillaré... una sola vez..., pero escúchame..., háblame..., ¡dime qué he hecho!

—¡Ya lo sabes, malvada! —respondió el bandido, conteniendo la respiración—. Anoche te espiaron, oyeron todo lo que dijiste.

—Entonces perdóname la vida, por el amor de Dios, como yo te la perdoné a ti —replicó la muchacha, aferrándose a él—. ¡Bill, mi querido Bill! ¡No tendrás el valor de matarme! ¡Por favor, piensa en todo aquello a lo que he renunciado por ti solo esta noche! ¡Piénsalo un momento, y ahórrate este crimen! No te soltaré, no podrás deshacerte de mí. ¡Bill, por Dios, por ti, por mí, para antes de derramar mi sangre! No te he traicionado, te juro por mi vida de pecado que no.

El hombre luchó con violencia para liberar los brazos, pero los de la chica le aprisionaban con tal fuerza que, por mucho que lo intentara, no podía zafarse de ellos.

—¡Bill! —gritó la joven, intentando con dificultad reclinar la cabeza sobre el pecho de él—. Ese caballero y esa bondadosa dama me hablaron anoche de una casa en algún país extranjero, donde podría acabar mis días en soledad y paz. Si me permites que vuelva a verles les suplicaré que muestren la misma piedad y generosidad hacia ti, y que nos dejen abandonar juntos este lugar horrible y comenzar una vida mejor separados el uno del otro, y olvidar cómo hemos vivido, excepto en nuestras oraciones, y no volver a vernos jamás. Nunca es tarde para arrepentirse, ellos me lo dijeron y ahora lo sé, pero necesitamos tiempo, ¡solo un poco de tiempo!

El ladrón soltó un brazo y empuñó la pistola. La certeza de que si disparaba le detendrían de inmediato le pasó como una ráfaga por la mente, aun en mitad de la furia, así que, con todas sus fuerzas, asestó dos golpes con la pistola sobre la cara vuelta hacia arriba, que casi rozaba la suya.

Ella se tambaleó y se desplomó, casi cegada por la sangre que emanaba de una profunda hendidura en la frente, pero, arrodillándose con dificultad, extrajo de su pecho un pañuelo blanco, el de Rose Maylie, y alzándolo hacia el cielo entre las manos entrelazadas tan alto como sus escasas fuerzas se lo permitían, suplicó piedad con voz débil al Creador.

Era una escena horripilante. El asesino retrocedió hacia la pared, tambaleándose, y se tapó los ojos con una mano para no verla. Después cogió un enorme garrote y la derribó.

CAPÍTULO XLVI

La fuga de Sikes

De todas las malas acciones que se habían cometido al amparo de la oscuridad dentro de los límites de Londres desde la caída de la noche, esa era la peor; de todos los horrores que se elevaban en el aire matutino con un hedor pestilente, aquel era el más repugnante y cruel.

El sol resplandeciente, que no solo nos devuelve la luz sino también vida nueva, y esperanza y fortaleza para las personas, emergió sobre la ciudad abarrotada en todo su esplendor claro y radiante. Desde el cristal de valiosos colores hasta las ventanas con remiendos de papel, desde la cúpula de la catedral hasta las grietas ruinosas, sus rayos penetraban en todas partes por igual. Y también iluminaban la habitación en la que yacía la mujer asesinada. No había remedio. Él intentó impedirlo, pero la luz entraba a raudales. Si la escena ya era espantosa en la tenue claridad del amanecer, ¡cómo sería bajo aquella luz brillante!

El asesino no se había movido: tenía miedo. Se había oído un gemido y se había movido una mano, y con el terror sumado al odio había golpeado una y otra vez. Después había echado encima una colcha, pero era aún peor imaginarse los ojos y figurarse cómo se movían hacia él que verlos mirando ferozmente hacia arriba, como si observaran en el techo el reflejo del charco de sangre que temblaba y danzaba con la luz del sol. Así que la volvió a quitar. Y allí estaba el cuerpo, era solo carne y sangre, nada más, pero ¡qué carne, y qué sangre!

Encendió una luz, prendió el fuego y arrojó el garrote en él. En un extremo había restos de cabellos humanos, que centellearon y desaparecieron formando una ceniza luminosa que el aire atrapó, y ascendió en torbellino por la chimenea. Incluso eso le causó pavor, a pesar de su entereza, pero siguió sujetando el arma hasta que se partió, después la tiró sobre las brasas para que el fuego la consumiera, y ardió hasta reducirse a cenizas. Se lavó y frotó la ropa, pero algunas manchas eran imposibles de eliminar, así que cortó los trozos y los quemó. Toda la habitación estaba llena de salpicaduras. Hasta las patas del perro estaban cubiertas de sangre.

Durante todo ese rato no le había dado la espalda al cadáver ni una sola vez, ni siquiera un instante. Una vez completados estos preparativos, caminó de espaldas hacia la puerta, arrastrando al perro consigo, a fin de que no sacara a la calle nuevos indicios del crimen. Cerró la puerta con llave sin hacer ruido, cogió la llave y salió de la casa.

Cruzó la calle y echó un vistazo a la ventana para asegurarse de que no se veía nada desde el exterior. La cortina que ella quiso descorder para dejar entrar la luz que nunca volvería a ver continuaba cerrada. Estaba tendida casi debajo. Él lo sabía. ¡Dios, cómo llegaban a borbotones los rayos del sol hasta aquel preciso lugar!

La mirada fue fugaz. Se sentía aliviado por haber salido de la habitación. Le silbó al perro y se alejó rápidamente.

Atravesó Islington, ascendió a grandes zancadas por la colina de Highgate, en lo alto de la cual está la piedra en honor a Whittington, volvió a bajar la colina, sin saber qué hacer ni adónde ir, volvió a desviarse hacia la derecha en cuanto empezó a descender y, tomando un sendero a través de los campos, rodeó Caen Wood y fue a parar a Hampstead Heath. Atravesó la depresión junto a Vale of Health, ascendió por la ladera opuesta, cruzó la carretera que une las poblaciones de Hampstead y Highgate, y recorrió lo que quedaba de la llanura hasta los campos de North End, en uno de los cuales se echó a dormir bajo un seto.

Pronto se puso en pie de nuevo y prosiguió, pero no se alejó hacia el interior del país, sino que volvió hacia Londres por la carretera, a continuación retrocedió, y volvió hacia otra zona del campo que ya había atravesado, deambulando por los campos de acá para allá, tumbándose a descansar en los bordes de las cunetas, y emprendiendo de nuevo la marcha para dirigirse a algún nuevo lugar y hacer lo mismo, y después continuar vagando.

¿Adónde podía ir a comer y beber algo, algún lugar que estuviese cerca y donde no hubiese demasiada gente? A Hendon, ese era un buen lugar, no demasiado alejado y fuera del camino de la mayoría de los viajeros. Se dirigió hacia allí, a ratos corriendo y a ratos avanzando a paso de tortuga, con una extraña obstinación, o se detenía por completo y se ponía a despedazar los setos con el palo. Pero cuando alcanzó su destino, todas las personas que encontraba a su paso, incluso los niños desde las puertas, parecían observarle con desconfianza. Volvió sobre sus pasos, sin haber tenido el valor de pedir nada de comer ni beber, a pesar de que hacía muchas horas que no probaba bocado, y de nuevo se adentró en el páramo, sin saber adónde ir.

Vagó por kilómetros y kilómetros de terreno, y finalmente volvió al lugar del que había salido; habían transcurrido la mañana y la tarde y el día tocaba a su fin, y él continuaba errando de acá para allá, iba y venía, subía y bajaba, y daba vueltas, hasta que fue a parar al mismo sitio. Por fin salió de allí, y tomó rumbo a Hatfield.

Eran las nueve de la noche cuando el hombre, totalmente agotado, y el perro, cojo y baldado por el ejercicio inusual, descendieron por la colina que hay junto a la iglesia del pueblo tranquilo, avanzaron lentamente por la callejuela y entraron con cautela en una pequeña taberna a la que les guió una luz lóbrega. Había un fuego encendido en el salón, y unos cuantos trabajadores locales estaban reunidos en torno a él. Le hicieron sitio al forastero, pero él tomó asiento en el rincón más apartado y comió y bebió solo, o mejor dicho con su perro, al que le arrojaba un bocado de vez en cuando.

La conversación de los hombres giraba en torno a las tierras y los labradores vecinos, y una vez agotados esos temas, en torno a la edad de cierto anciano al que habían enterrado el domingo anterior; los jóvenes presentes le consideraban muy viejo, mientras que los mayores afirmaban que era demasiado joven —de hecho un abuelo de pelo canoso apuntó que no tenía más años que él— y que aún podría haber vivido por lo menos diez o quince años más si se hubiera cuidado, si se hubiera cuidado...

No había motivo para preocuparse ni para asustarse en esta charla. El malhechor pagó la cuenta y se quedó sentado en el rincón, silencioso e inadvertido, y casi se había quedado sumido en el sueño cuando la entrada escandalosa de un recién llegado le despertó a medias.

Se trataba de un personaje cómico, a medio camino entre un vendedor ambulante y un saltabanco, que viajaba por el país a pie vendiendo piedras y correas de afilar, navajas de afeitar, pastillas de jabón, pegamento para los arreos, medicamentos para perros y caballos, perfumería barata, cosméticos y otras mercancías similares que transportaba en un baúl colgado a la espalda. Su entrada fue objeto de varios chistes sin malicia por parte de los campesinos, que no cesaron hasta que hubo acabado de cenar. Entonces abrió su cofre del tesoro, dispuesto a unir con ingenio el negocio y la diversión.

—¿Y eso qué es, Harry? ¿Se come? —preguntó riendo un campesino, mientras señalaba unas pastillas de fabricación casera que había en un rincón.

—Esto —dijo el vendedor, mostrando una de ellas— es un preparado infalible e inestimable que elimina todo tipo de manchas: óxido, tierra, moho, quita cualquier borrón, mácula, lunar o salpicadura, de seda, lino, batista, paño, crepé, tela, moqueta, merino, muselina, alepín o lana. Manchas de vino, de fruta, de cerveza, de agua, de pintura, de brea, de cualquier cosa: todas desaparecen sin apenas frotar con esta mezcla infalible e inestimable. Si una dama mancha su honor, no tiene más que tragarse una pastilla y se cura al instante, pues es venenosa. Si un caballero quiere poner a prueba el suyo, solo necesita tomar una tableta pequeña y su dignidad quedará demostrada, pues es tan efectivo como una bala y su sabor es bastante más

desagradable, por lo que tomarlo tiene mucho más mérito. A penique la tableta. Con todas estas facultades, solo un penique la tableta.

Al instante surgieron dos compradores, y era evidente que los demás oyentes se lo estaban pensando. El vendedor se dio cuenta, así que incrementó su locuacidad.

—Se vende todo tan rápido como se fabrica —continuó—. Hay catorce molinos de agua, seis máquinas de vapor y una batería galvánica fabricándolo sin parar, y no dan abasto, a pesar de que los hombres trabajan hasta caer muertos, y las viudas reciben de inmediato una pensión de veinte libras al año por cada hijo y una prima de cincuenta por cada par de mellizos. Y a penique la tableta, lo mismo que dos medios peniques, y acepto encantado cuatro cuartos. ¡A penique la tableta! Manchas de vino, de fruta, de cerveza, de agua, de pintura, de brea, de barro, de sangre... Hay entre ustedes un caballero con una mancha en el sombrero: lo dejaré como una patena en menos de lo que tarde en invitarme a una pinta de cerveza.

—¡Eh! —gritó Sikes levantándose de un salto—. ¡Devuélvame!

—Lo dejaré como una patena, señor —replicó el hombre, guiñando un ojo al público—, antes de que le dé tiempo a atravesar la habitación para cogerlo. Caballeros, observen la mancha oscura en el sombrero de este señor, no es más grande que un chelín, pero es más gruesa que media corona. Puede tratarse de una mancha de vino, de fruta, de cerveza, de agua, de pintura, de brea, de barro, de sangre...

El hombre no continuó, puesto que Sikes lanzó una injuria terrible y derribó la mesa, y tras arrebatarse el sombrero abandonó el lugar a toda velocidad.

Con el mismo sentimiento de obstinación y la misma incertidumbre que, muy a su pesar, se había adueñado de él durante todo el día, tras asegurarse de que no le seguían, pues seguramente le habrían tomado por un borracho huraño, el asesino se encaminó de nuevo hacia la ciudad y, huyendo de la luz intensa de los faroles de una diligencia que había en la calle, pasaba junto a él cuando reconoció el correo de Londres y vio que estaba aparcado frente a la administración. Sabía casi con certeza cuáles serían los titulares, pero aun así se acercó a escuchar.

El guardia estaba en la puerta esperando la saca de la correspondencia. Un hombre vestido de guardabosques se acercó en ese momento y el guardia le dio un cesto que había preparado sobre la acera.

—Eso es para tus paisanos —le dijo el guardia—. Y espabila ahí dentro, ¿quieres? La maldita saca no estaba lista anoche, y eso no puede ser, ¿sabes?

—¿Alguna novedad por la ciudad, Ben? —preguntó el guardabosques, retrocediendo hacia la ventana para admirar mejor los caballos.

—Ninguna, que yo sepa —respondió el hombre, poniéndose los guantes—. Solo que el grano ha subido un poco. Y también me enteré de un asesinato, allá por Spitalfields, pero no sé mucho más del asunto.

—Ah, es verdad —dijo un caballero que había dentro, asomado a la ventana—. Un crimen espantoso.

—¿En serio, señor? —replicó el guardia, llevándose la mano al sombrero—. ¿Fue un hombre o una mujer, señor?

—Una mujer —respondió el caballero—. Se cree que...

—¡Venga, Ben! —gritó el cochero con impaciencia.

—Pero ¿qué demonios pasa con la bolsa? —dijo el guardia—. ¿Es que te has dormido ahí dentro?

—¡Ya va! —gritó el empleado de la administración, que salía a toda prisa.

—Ya va, ya va —gruñó el guardia—. Eso me dice la joven heredera que se va a encaprichar de mí, aunque no sé cuándo. Venga, pásamela... ¡Ya está!

El cuerno sonó alegremente varias veces y la diligencia se alejó.

Sikes se quedó de pie en la calle, al parecer impasible ante lo que acababa de oír, y perturbado solo por una sensación de duda acerca de adónde dirigirse. Finalmente se volvió y tomó la carretera que une Hatfield y Saint Albans.

Avanzaba con paso firme, pero conforme se iba alejando de la ciudad y se sumergía cada vez más en la soledad y la oscuridad del camino, sentía cómo poco a poco le invadían un miedo y un pavor que le llegaban hasta lo más hondo. Todo lo que encontraba a su paso, ya fuera real o mera sombra, ya estuviera quieto o en movimiento, adquiriría el aspecto de algo espantoso, pero este temor era insignificante comparado con la sensación que se apoderaba de él de que la horrible figura de esa mañana le seguía pisándole los talones. Podía distinguir su sombra en la penumbra, reconocer hasta el mínimo detalle de su contorno, y percibir cómo avanzaba tras él de forma rígida y solemne. Podía oír el sonido de su vestido rozando las hojas, y cada sople de viento le traía el eco del último grito. Si paraba, se paraba también. Si corría, le perseguía, aunque no corriendo, pues eso hubiese sido un consuelo, sino como un cadáver dotado de la maquinaria de la vida, y transportado por un viento melancólico y suave que no arreciaba ni amainaba jamás.

A veces se volvía con una determinación desesperada, decidido a abatir a aquel fantasma aunque le costara la vida, pero el pelo se le erizaba y la sangre se le helaba en las venas, ya que se había vuelto a la vez que él y en ese momento lo tenía a su espalda. Por la mañana había conseguido mantenerlo por delante, pero ahora estaba tras él, siempre. Se tumbó boca arriba en un terraplén y sentía cómo flotaba sobre él, veía la figura dibujada en el frío cielo nocturno. Se echó de espaldas en el camino, y permanecía tras su cabeza, silencioso, erguido y quieto, como una lápida viviente con el epitafio escrito en sangre.

Que nadie diga que los asesinos escapan a la justicia, ni insinúe que la Providencia Divina debe de estar dormida. Vivir un minuto interminable de esa angustia espantosa es como cumplir las penas por cuatrocientas muertes violentas.

En un campo que atravesó encontró un refugio que le sirvió de cobijo durante la noche. Ante la puerta se alzaban tres álamos muy altos que oscurecían el interior, y el viento pasaba gimiendo a través de ellos con un lamento lúgubre. No era capaz de seguir caminando hasta que volviera a brillar la luz del día, así que se recostó junto a la pared para enfrentarse a una nueva tortura.

Pues otra visión se presentó ante él, igual de constante y mucho más terrible que aquella de la que había escapado. Los mismos ojos fijos, muy abiertos, tan apagados y vidriosos, que había preferido ver antes que imaginar, surgieron en medio de la oscuridad, iluminados en sí mismos, pero sin alumbrar nada. Solo eran dos, pero estaban por todas partes. Si cerraba los ojos, se le aparecía la habitación con cada uno de los objetos que le eran tan familiares, hasta con algunos de los que no se habría acordado si hubiese repasado su contenido de memoria, y todos en su lugar de costumbre. El cuerpo estaba también en «su sitio», y sus ojos permanecían como los había visto cuando huyó. Se levantó y se internó rápidamente en el campo. La figura continuaba tras él. Volvió a entrar en el cobertizo, y se acurrucó una vez más. Los ojos estaban allí antes de que le diera tiempo a tumbarse.

Así permaneció, presa de un pánico inimaginable, temblando de pies a cabeza, bañado en un sudor frío que brotaba de cada uno de sus poros, cuando de pronto se elevó en el aire nocturno el sonido de gritos distantes y el fragor de voces que se confundían en medio de la alarma y el asombro. Cualquier sonido humano en aquel lugar solitario era un alivio para él, aunque expresase un motivo de preocupación real. Se rearmó de fuerza y energía ante la perspectiva de una amenaza personal y, poniéndose en pie de un salto, salió al aire libre a toda prisa.

Parecía que el ancho cielo estuviera ardiendo. Las llamas se elevaban en el aire derramando lluvias de chispas, retorciéndose unas sobre otras, iluminando la atmósfera en muchos kilómetros a la redonda y enviando nubes de humo hacia donde él se encontraba. El clamor se intensificó cuando nuevas voces secundaron los gritos, y oyó el grito de «¡Fuego!» mezclado con el tañido de la campana de aviso, la caída de objetos pesados y el crujido de las llamas al enroscarse en torno a un nuevo obstáculo, para después ascender bruscamente como reforzadas por el alimento. El ruido fue creciendo mientras observaba. Había gente, luz, confusión. Para él era como volver a vivir. Se lanzó hacia allí, con decisión, con ímpetu, abriéndose paso a toda velocidad entre zarzas y matorrales, y saltando puertas y vallas como loco, al igual que el perro que corría delante de él dando ladridos agudos y ensordecedores.

Cuando llegó al lugar, había figuras medio vestidas que se movían de un lado a otro apresuradas, algunas intentando sacar a rastras a los caballos aterrorizados de los establos, otras conduciendo al ganado fuera de los corrales y los rediles, y otras que salían cargadas de la montaña de fuego, en medio de las chispas que caían en cascada y de las vigas que se desplomaban al rojo vivo. Los huecos de lo que una hora antes

habían sido puertas y ventanas mostraban una masa de fuego enfurecido; las paredes se tambaleaban y se derrumbaban sobre la sima ardiente; el plomo y el hierro fundidos corrían por el suelo formando regueros candentes. Las mujeres y los niños chillaban, y los hombres se alentaban unos a otros con potentes gritos de ánimo. El resonar metálico de las bombas de agua y el silbido del agua al caer a chorros sobre la madera llameante acrecentaban el terrible estruendo. Él también gritó hasta quedar afónico, y huyendo de los recuerdos y de sí mismo, se arrojó a lo más denso de la multitud.

Pasó toda la noche saltando de un sitio a otro, ya accionando las bombas, ya corriendo entre el humo y las llamas, pero en ningún momento dejó de intervenir allí donde el ruido y la muchedumbre eran más intensos. Subió y bajó escaleras, se movió por los tejados de los edificios, sobre suelos que temblaban y se estremecían con su peso, bajo la lluvia de ladrillos y piedras que caían, recorrió cada rincón de aquel gran incendio, pero fue como si viviera un sueño, ya que acabó sin un rasguño, sin una magulladura, sin cansarse ni pensar en nada hasta que amaneció el nuevo día y no quedaba más que humo y ruinas ennegrecidas.

Una vez desaparecida la agitación frenética, la terrible conciencia de su crimen le asaltó con una fuerza diez veces mayor. Miró a su alrededor con recelo, ya que los hombres conversaban en grupos, y temió ser objeto de su charla. El perro obedeció a la elocuente señal de su dedo y juntos se marcharon sigilosamente. Pasaron junto a una bomba en la cual había varios hombres sentados, y le llamaron para que comiera algo con ellos. Tomó un poco de pan y carne, y mientras bebía un trago de cerveza oyó cómo los bomberos, que procedían de Londres, hablaban del asesinato.

—Dicen que ha ido a Birmingham —dijo uno—, pero pronto le encontrarán, porque los rastreadores han salido a buscarle, y mañana por la noche se hará un pregón por todo el país.

Se marchó apresuradamente y caminó hasta que estuvo a punto de desfallecer, entonces se echó en un camino y durmió un sueño largo, aunque sobresaltado e inquieto. Reanudó la marcha, inseguro e indeciso, y angustiado por el miedo a otra noche en soledad.

De pronto tomó la determinación desesperada de regresar a Londres.

«Al menos, allí encontraré a alguien con quien hablar —pensó—. Y también un buen escondite. Nadie pensará en pescarme allí después de que me hayan visto en el campo. ¡Podría quedarme como una semana y sacarle pasta a Fagin, y luego largarme a Francia! ¡Me voy a arriesgar, demonios!»

Actuó según este impulso sin más dilación y emprendió el viaje de vuelta escogiendo los caminos menos frecuentados, resuelto a quedarse escondido a poca distancia de la ciudad para acceder a ella al anochecer dando un rodeo, y luego continuar directamente hasta la zona que había elegido como destino.

Sin embargo, estaba el perro. Si se distribuía alguna descripción suya no pasarían por alto que el perro había desaparecido, y que probablemente le había acompañado. Por su culpa podrían detenerle cuando fuera por la calle. Decidió ahogarlo, así que continuó en busca de un estanque, cogió una piedra bien pesada y la ató a su pañuelo mientras caminaba.

El animal observaba el rostro de su amo mientras realizaba estos preparativos, y ya fuera porque su instinto comprendió de alguna forma cuál era el propósito, o porque la mirada de reojo que el malhechor le dirigió era más severa de lo normal, permaneció tras él más alejado que de costumbre, y avanzaba rezagado a paso más lento. Cuando el amo se detuvo al borde de una charca y se volvió para llamarle, el perro se paró en seco.

—¡Ven aquí! ¿Me oyes? —gritó Sikes, silbando.

El animal se acercó por la simple fuerza de la costumbre, pero cuando Sikes se agachó a atarle el pañuelo a la garganta, lanzó un gruñido ahogado y retrocedió.

El perro avanzó, se retiró, se detuvo un momento, dio media vuelta y se alejó tan rápido como sus patas se lo permitieron.

El bandido silbó una y otra vez, y se sentó a esperar que regresara. Sin embargo, el perro no apareció; así que reanudó la marcha.

CAPÍTULO XLVII

Del tan esperado encuentro entre Monks y el señor Brownlow y de su conversación, que se interrumpe con la llegada de una noticia

Ya se ponía el sol cuando el señor Brownlow se apeó del coche de alquiler frente a la puerta de su casa y llamó suavemente. Del mismo coche salió un hombre robusto que se colocó a un lado del estribo mientras otro hombre, que había ido sentado en el pescante, se bajó también y se colocó al otro lado. Una señal del señor Brownlow les indicó que ayudaran a salir del coche a un tercer hombre y que lo escoltaran rápidamente dentro de la casa. Este tercer hombre era Monks.

Subieron la escalera de la misma manera en silencio, y el señor Brownlow, que iba delante, les condujo a una habitación trasera. Monks, que había subido las escaleras a regañadientes, cuando vio la puerta de la habitación se detuvo. Los dos escoltas miraron al anciano caballero para acatar órdenes.

—Él ya sabe cuál es la alternativa —dijo el señor Brownlow—. Si vacila o mueve un dedo sin que se lo manden, sáquenlo a la calle, llamen a la policía y acúsenlo de criminal en mi nombre.

—¿Cómo se atreve usted a acusarme a mí de algo? —preguntó Monks.

—Y usted, ¿por qué me obliga a hacerlo, joven? —contestó el señor Brownlow, mirándole fijamente—. ¿Está usted tan loco como para abandonar esta casa? Suéltenle. Ya ve usted, caballero, tiene usted libertad para marcharse y nosotros para seguirle, pero le advierto, por lo más solemne y sagrado, que en el momento en el que pise la calle, en ese mismo momento le haré detener por fraude y robo. Mi decisión es inamovible. Si la suya también lo es, ¡que la sangre caiga sobre su cabeza!

—¿Con qué autoridad me secuestra usted en plena calle y me encierra aquí con estos dos matones? —preguntó Monks, mirando primero a uno de los hombres que le custodiaban y después al otro.

—Con mi propia autoridad —contestó el señor Brownlow—. Estos señores trabajan bajo mis órdenes. Y si se queja de que le hemos privado de su libertad..., ya ha tenido usted la oportunidad de recuperarla durante el camino, pero ha considerado más

oportuno quedarse callado..., y le repito, vaya usted a buscar amparo en la ley que yo también buscaré el mismo amparo, pero en cuanto haya llegado demasiado lejos para volverse atrás, en cuanto la justicia se haga cargo de usted, no espere mi indulgencia ni me acuse de haberle arrastrado a un abismo al que se precipitó usted solo.

Monks estaba totalmente desconcertado y preocupado; no sabía qué hacer.

—Decídase, rápido —dijo el señor Brownlow, firme y sereno—. Si prefiere que le acuse oficialmente y que la justicia le asigne un castigo cuya magnitud, aunque puedo imaginármela con un escalofrío, no está en mi mano administrar, le repito, una vez más, que ya sabe el camino. Si, por el contrario, prefiere quedarse al amparo de mi benevolencia y de la piedad de aquellos a los que ha ofendido profundamente, siéntese, sin pronunciar palabra, en esa butaca que le ha estado esperando dos días enteros.

Monks balbució algunas palabras ininteligibles, pero todavía dudaba.

—Le detendrán sin demora —dijo el señor Brownlow—. Con una sola palabra que diga, la alternativa se esfumará.

El hombre no se decidía.

—No estoy dispuesto a negociar ni un minuto más —dijo el señor Brownlow—, y puesto que ejerzo de abogado de los dignos intereses de terceros, no tengo derecho a hacerlo.

—¿No hay... —preguntó Monks con lengua vacilante— alguna otra solución?

—Ninguna, rotundamente no.

Monks miró inquieto al caballero y en su rostro solo pudo vislumbrar severidad y determinación, por lo que cruzó la habitación, se encogió de hombros y se sentó.

—Cierren la puerta por fuera —mandó el señor Brownlow a los dos escoltas— y vengan en cuanto les llame.

Los hombres obedecieron dejándoles a solas en la habitación.

—Para haber sido el mejor amigo de padre —dijo Monks, quitándose el abrigo y el sombrero—, me trata usted de buenas maneras, caballero.

—Precisamente porque fui el mejor amigo de su padre, joven —contestó el señor Brownlow—. Precisamente porque no concibo los deseos y las esperanzas de los años de juventud sin él y sin esa criatura hermosa, sangre de su sangre, a quien Dios llamó en plena juventud, convirtiéndome yo así en un hombre solitario; precisamente porque cuando aún era un niño estuvo de rodillas conmigo junto al lecho de muerte de su única hermana en la mañana en que, aunque el cielo no lo quiso así, iba a convertirse en mi joven esposa; precisamente porque mi corazón dolido se allegó desde entonces al de su padre, a través de todas sus tribulaciones y errores, hasta el mismo día de su muerte; precisamente porque mi corazón rebosa de viejos recuerdos y asociaciones, y hasta verle a usted me trae viejos recuerdos de él; precisamente todo eso hace que

sea amable con usted ahora...; sí, Edward Leeford, incluso ahora..., y que me ruborice por ser usted indigno de llevar tal nombre.

—¿Y a qué viene eso del nombre, ahora? —se defendió el otro, al observar entre taciturno y tercamente asombrado la emoción de su acompañante—. ¿Y a mí qué me importa el nombre?

—Nada —contestó el señor Brownlow—, a usted no le importa nada, pero ese era el nombre de mi amada. Y aunque han transcurrido los años, y ahora ya soy casi un anciano, todavía siento la emoción de entonces al oír su nombre, incluso en boca de un extraño. Me alegro mucho de que usted se lo haya cambiado por otro..., mucho..., mucho.

—Todo eso está muy bien —dijo Monks, por volver a su nombre ficticio, rompiendo un silencio prolongado durante el cual no paró de agitarse en actitud ceñudamente desafiante, al tiempo que el señor Brownlow se ocultaba la cara con la mano—. Pero ¿qué quiere de mí?

—Usted tiene un hermano... —dijo el señor Brownlow, volviendo en sí—, un hermano cuyo nombre susurrado al oído en plena calle, al acercarme a usted por detrás, le ha parecido razón suficiente para acompañarme hasta aquí atemorizado y asombrado.

—Yo no tengo ningún hermano —replicó Monks—. Usted mismo sabe que soy hijo único. ¿A qué viene que me hable de hermanos a estas alturas? Pero si lo sabe usted mucho mejor que yo.

—Escuche bien qué es lo que yo sé, porque es posible que usted no lo sepa —dijo el señor Brownlow—. Ya verá cómo crece su interés por lo que le vaya a decir. Yo sé que de aquel matrimonio desgraciado, urdido por el orgullo familiar y la más sórdida y calculadora de las ambiciones, que obligaron a contraer a su infeliz padre cuando no era más que un niño, fue usted el único y desnaturalizado fruto.

—A mí me dan lo mismo los nombres insultantes —interrumpió Monks, en una carcajada de burla—. Usted sabe que soy hijo único y punto.

—Sí, pero también sé más cosas —prosiguió el caballero—. Conozco la tristeza y la lenta tortura, la angustia prolongada de tan descabellada unión; conozco la apatía y el hastío con los que ambos miembros de la infeliz pareja arrastraban su pesada cadena en un mundo que se les antojaba odioso; la fría cortesía que se tornó en pullas directas; la indiferencia que dio paso a la aversión, la aversión al odio, el odio a la repugnancia, hasta que al final rompieron las ataduras de hierro y, separados por la distancia, cada uno se llevó un mortificante grillete cuyo remache solo podía romperlo la muerte, y lo ocultaron en nuevas compañías bajo la apariencia más alegre que fueron capaces de adoptar. Su madre consiguió olvidarlo pronto, pero el de su padre se oxidó y le gangrenó el corazón durante años.

—Bueno, se separaron —dijo Monks—; ¿y qué?

—Cuando ya hubo pasado un tiempo desde su separación —contestó el señor Brownlow— y su madre, dedicada por completo a las distracciones frívolas del continente, había olvidado totalmente a su marido, que, diez años menor que ella y con las esperanzas truncadas, seguía viviendo en Inglaterra, su padre trabó nuevas amistades. Circunstancia de la cual está usted enterado.

—Yo, no —contestó Monks desviando cabizbajo la mirada y golpeando el suelo con el pie con el aspecto de quien está dispuesto a negarlo todo—. Yo, no.

—Su actitud, más que sus palabras, me asegura que nunca ha podido olvidarlo y que nunca ha dejado de recordarlo con amargura —declaró el señor Brownlow—. Me remonto a quince años atrás, cuando usted tenía once y su padre no pasaba de los treinta y uno, pues, repito, era solo un niño cuando su abuelo le obligó a casarse. ¿He de recordarle detalles de la vida de su padre que enturbian su memoria o prefiere ahorrárselo y desvelarme la verdad?

—No tengo nada que desvelarle —replicó Monks, con evidente confusión—. Por mí, hable todo lo que quiera.

—Aquellas nuevas amistades —continuó el señor Brownlow— eran un oficial de marina en la reserva cuya esposa había fallecido hacía unos seis meses dejándole a su cargo dos niñas; aunque habían tenido más, por suerte solo habían sobrevivido ellas dos. Una criatura hermosa de diecinueve años y una niña de tan solo dos o tres.

—¡Y a mí qué me importa! —exclamó Monks.

—Habitaban —continuó el señor Brownlow, aparentemente sin escuchar la interrupción— en la región adonde su padre, en sus vagabundeos, había ido a parar y donde había fijado su nueva residencia. Rápidamente se conocieron, intimaron y entablaron una estrecha amistad. Pocos hombres tienen las virtudes que tuvo su padre: tenía el corazón y el aspecto de su hermana. Cuanto más se conocían, más afecto hacia él sentía el viejo oficial. ¡Ojalá la cosa no hubiera pasado de ahí! Pero su hija también sentía afecto por él.

El caballero hizo una pausa, y al ver a Monks que se mordisqueaba los labios con la mirada fija en el suelo, prosiguió.

—Un año después contrajo solemne compromiso con aquella hija, convertido en objeto de la primera y única pasión ardiente y verdadera de una muchacha inocente e inexperta.

—Esta es la historia de nunca acabar —comentó Monks, agitándose inquieto en la silla.

—Esta es una historia funesta, un calvario, un drama, joven —contestó el señor Brownlow—, y estas historias suelen ser largas; si le estuviera contando un cuento de felicidad y gozo sin límites ya haría un buen rato que habría concluido. Al final, uno de

los parientes ricos cuyo beneficio e importancia habían aumentado gracias al sacrificio de su padre, como ocurre tantas veces (nada fuera de lo común), murió, y, para reparar toda la desdicha que había contribuido a causar utilizó su panacea universal, el dinero. Su padre tuvo que viajar de inmediato a Roma, lugar al que su pariente se había apresurado a ir para recobrar la salud y donde había muerto posteriormente, dejando sus asuntos muy embarullados. Fue allí y le sorprendió una enfermedad mortal, noticia que llegó hasta París a oídos de su madre, quien acudió inmediatamente, llevándole a usted consigo. Su padre murió un día después de su llegada sin firmar testamento..., ¡sin testamento...!, por lo que todos sus bienes les fueron legados a su madre y a usted.

Llegados a este punto del relato, Monks contenía la respiración y escuchaba con gran avidez, aunque sin dirigirle la mirada al caballero. Cuando el señor Brownlow hizo una pausa, su acompañante cambió de postura con el aire de alguien que experimenta un alivio inesperado y se enjugó la frente y las manos.

—Antes de salir al extranjero, pasó por Londres —dijo el señor Brownlow, despacio y fijando la mirada en el rostro del otro—. Y vino a verme.

—Jamás había oído hablar de eso —interrumpió Monks, en un tono que pretendía ser de incredulidad, pero que sonaba más bien a sorpresa desagradable.

—Vino a verme y me confió, entre otras cosas, un retrato que había pintado él mismo..., un retrato de la pobre muchacha... que no quería dejarse, pero que tampoco podía llevarse a un viaje tan apresurado. Le corroían mortalmente la ansiedad y el remordimiento; hablaba de modo atolondrado e inconexo de la perdición y el deshonor por él causados; y entonces me confió su intención de convertir todos sus bienes en dinero, costara lo que costara, y tras haberles adjudicado una parte de su reciente adquisición a su madre y a usted, de escapar del país, ya me imaginaba en compañía de quién, y de no volver nunca más. Ni siquiera a mí, su mejor amigo, los estrechos lazos de cuya amistad hundían sus raíces en la tierra en que yacía un ser querido para ambos..., ni siquiera a mí me hizo una confesión más detallada, y me prometió que escribiría y que me lo contaría todo y que me visitaría antes de despedirse para siempre. Pero, ¡ay!, esa fue la última visita. Nunca recibí ninguna carta, nunca más volví a verlo con vida.

»Al poco tiempo —prosiguió el señor Brownlow tras un breve silencio—, me dirigí a la escena (usaré el término que se suele usar en estos casos, pues ya le da lo mismo la censura que la indulgencia) de su vergonzoso amor con el propósito, si mis temores se confirmaban, de proporcionar a aquella muchacha descarriada un hogar y un corazón que la ampararan y se compadecieran de ella. La familia se había marchado de aquella zona hacía una semana; habían saldado algunas deudas sin importancia que tenían pendientes y habían abandonado el lugar de noche. Por qué o hacia dónde, nadie lo sabía.

Monks suspiró de alivio y miró alrededor con una sonrisa de triunfo.

—Y entonces una mano más poderosa que la del azar... —continuó el señor Brownlow, arrimando su asiento al de Monks— quiso que su hermano, un niño débil, harapiento y abandonado, se cruzara en mi camino y que yo le rescatara de una vida de vicio e infamia...

—¡Qué! —gritó Monks.

—Conmigo, sí —dijo el señor Brownlow—. Ya le he dicho que esta historia le interesaría antes de que pasara mucho rato. He dicho que se cruzó en mi camino. Por lo que veo, su astuto compinche no le ha hablado de mí, aunque a él mi nombre le iba a resultar completamente desconocido. Pues bien, cuando rescaté a su hermano y él estaba en cama recuperándose de una enfermedad en mi casa, me dejó estupefacto su tremendo parecido con el cuadro que le había comentado antes. Incluso cuando le vi por primera vez, todo sucio y miserable, había en su rostro una expresión que se me presentaba como la visión fugaz de un viejo amigo en un vívido sueño. No hace falta que le diga que le echaron el lazo antes de que conociera su historia...

—¿Por qué no hace falta que me lo diga? —preguntó Monks ansioso.

—Porque ya lo sabe.

—¿Yo?

—Es inútil que lo niegue —contestó el señor Brownlow—. Le voy a demostrar que sé eso y mucho más.

—Usted... usted... no tiene pruebas contra mí —balbució Monks—. Le reto a que me presente una sola prueba.

—Ya lo veremos —replicó el caballero examinándolo con la mirada—. Perdí al niño y todos mis esfuerzos por encontrarlo fueron en vano. Habiendo muerto su madre, usted era el único que podía resolver todo el misterio, si es que tenía alguna solución, y como la última vez que había oído hablar de usted, estaba en su hacienda de las Antillas, donde se había retirado, como bien sabe, tras el fallecimiento de su madre para evitar las consecuencias de sus vicios de aquí, emprendí el viaje en su búsqueda. Resultó que se había marchado hacía varios meses, supuestamente rumbo a Londres, aunque nadie lo sabía con certeza, así es que me volví. Sus apoderados desconocían su paradero, usted iba y venía, me dijeron, según su extraña costumbre de siempre, en ocasiones desaparecía por unos días, otras desaparecía durante meses, siempre frecuentando los mismos antros y mezclándose con la misma gente de mala calaña con la que se había juntado en su violenta e incontrolable adolescencia. Les incomodé con nuevas indagaciones, batí las calles noche y día, pero hasta hace tan solo dos horas todos mis esfuerzos habían sido en vano; nunca le vi ni por asomo.

—Y ahora que me ve —dijo Monks, bravucón—, ¿qué? Fraude y robo son palabras mayores... que usted justifica porque ha creído ver en un joven pordiosero un supuesto parecido con algo que pintarrajeó en su tiempo libre un hombre muerto. ¡Un

hermano! Pero si ni siquiera se sabe que naciera un niño de esa pareja de tontorrones; ¡no sabe ni siquiera eso!

—No lo sabía —contestó el señor Brownlow, levantándose también—, pero en los últimos quince días me he enterado de todo. Usted tiene un hermano, lo sabe y lo conoce. Sí que existió aquel testamento que su madre destruyó, confiándole a usted el secreto y el legado a su muerte. En el documento dejaba constancia del probable nacimiento de un niño que sería el fruto de tan triste unión. Dicho niño acabó naciendo y la casualidad quiso que se cruzara en su camino; la sospecha nació en usted en cuanto vio en el rostro del niño el parecido con el rostro de su padre. Entonces se dirigió al lugar en el que nació. Existían pruebas... pruebas que nunca habían visto la luz... de su nacimiento y origen. Y usted las destruyó. Y ahora según las palabras que le dijo a su compinche, el judío, «las únicas pruebas de la identidad del niño están ahora mismo en el fondo del río y la bruja que las recibió se pudre en la tumba». Hijo desagradecido, cobarde, mentiroso..., usted que se entrevista por la noche con ladrones y asesinos en habitaciones oscuras..., usted, cuyos complots y artimañas han llevado a la muerte violenta a una persona que valía mil veces más que usted..., usted, quien ya desde la misma cuna fue hiel y amargura para el corazón de su padre, y en cuyo interior corrían todas las pasiones, vicios y libertinajes hasta que encontraron la salida en una enfermedad espantosa que ha hecho de su cara un espejo de su alma..., usted, Edward Leeford, ¿aún osa desafiarme?

—¡No, no, no! —contestó el cobarde, abrumado por tantas acusaciones.

—No ha pronunciado ni una sola palabra —gritó el caballero—, ¡ni una sola!, que no haya llegado a mis oídos, he oído todas las conversaciones entre usted y su odioso compinche. En las paredes se proyectaban sombras que escuchaban sus conversaciones secretas y las traían a mis oídos. La persecución que ha sufrido este niño ha conmovido hasta al mismísimo vicio y le ha proporcionado el valor y casi los atributos de la virtud. Se ha cometido un crimen del que es usted autor moral y hasta puede que material.

—No, no —interrumpió Monks—. Yo... yo... no sé nada de eso, yo iba a averiguar la verdad de la historia cuando usted me sorprendió en la calle. Yo no sabía cuál era la causa, creía que era una pelea de las de siempre.

—Fue la revelación parcial de su secreto —contestó el señor Brownlow—. ¿Me va a revelar el resto?

—Sí.

—¿Y firmará una declaración de la verdad de los hechos y la confirmará en presencia de testigos?

—Sí, se lo prometo.

—Y se quedará aquí sentado hasta que se redacte su declaración y entonces me acompañará al lugar que yo considere más apropiado para darle validez.

—Si usted insiste, yo consiento —contestó Monks.

—Va a tener que hacer mucho más que consentir —dijo el señor Brownlow—: Va a tener que devolver lo que le pertenece a un niño inocente e indefenso, porque lo es, aunque sea el vástago de un amor pecaminoso y muy triste. Seguro que no ha olvidado usted las cláusulas del testamento. En cuanto cumpla lo dicho en el testamento en lo que concierne a su hermano, podrá usted huir a donde quiera. No hace falta que vuelvan a verse en este mundo.

Monks se paseaba arriba y abajo y meditaba esta propuesta con aspecto sombrío y malvado, así como las posibilidades de evadirla, debatiéndose entre sus temores por un lado y su odio por otro, cuando de pronto la puerta se abrió con gran estruendo y entró en la estancia el señor Losberne, presa de una gran agitación.

—¡Van a arrestarle! —gritó—. ¡Van a arrestarle esta noche!

—¿Al asesino? —preguntó el señor Brownlow.

—Sí, sí —contestó el otro—. Han visto a su perro vagar por los alrededores de una vieja guarida de ladrones y no cabe duda de que su dueño se esconde o se esconderá ahí dentro, al amparo de la oscuridad. Hay espías en todos y cada uno de los rincones, he hablado con un par de hombres que están encargados de la búsqueda y captura y me han comentado que no podrá escapar de ninguna manera. El gobierno ofrece una recompensa de cien libras esterlinas, lo hará público esta noche.

—Y yo ofreceré cincuenta más —dijo el señor Brownlow—. Y lo que es más, lo anunciaré de mi propia boca si es que llego a tiempo. ¿Dónde está el señor Maylie?

—Harry... tan pronto como vio aquí a su amigo, sano y salvo, dentro del coche, se fue corriendo al sitio donde oyó esto —replicó el doctor— y, tras montar en su caballo, partió al galope para unirse al primer grupo que iniciaba la búsqueda en un lugar a las afueras previamente acordado.

—Y el judío —preguntó el señor Brownlow—, ¿qué ha sido de él?

—Las últimas noticias que tengo eran que no lo habían capturado aún, pero si no está preso ya, lo capturarán, eso delo por seguro.

—¿Se ha decidido usted? —preguntó el señor Brownlow, en voz baja, a Monks.

—Sí —contestó Monks—. ¿Me... me guardará el secreto?

—No se preocupe, se lo guardaré. Quédese aquí hasta que vuelva. Es su única esperanza.

El señor Brownlow y el doctor se marcharon y cerraron la puerta con llave.

—¿Qué ha conseguido usted? —preguntó el doctor, en un susurro.

—Todo lo que esperaba y más. Juntando la información de la pobre joven con lo que yo ya sabía y con las indagaciones de nuestro buen amigo sobre el terreno, no le dejé escapatoria y puse ante sus ojos toda su vileza, que tras todo eso estaba tan clara como el agua. Escriba una carta para fijar una cita pasado mañana a las siete de la tarde. Acudiremos unas horas antes, pero tendremos que descansar, sobre todo la

señorita, que tal vez vaya a necesitar más valor del que usted y yo podamos suponer ahora. Pero me hierve la sangre por vengar a esa pobre criatura asesinada. ¿Por dónde se han marchado?

—Acuda directo a la comisaría y llegará a tiempo —contestó el señor Losberne—. Yo me quedo aquí.

Los dos caballeros se separaron apresuradamente dominados por una violenta e incontrolable agitación.

CAPÍTULO XLVIII

La persecución y la huida

Cerca de esa parte del Támesis que linda con la iglesia de Rotherhithe, donde más sucios están los edificios de las orillas y más ennegrecidas las embarcaciones del río por el polvo de los barcos carboneros y por el humo de las casas apiñadas y achaparradas, existe aún hoy en día el más inmundo, singular y extraordinario de los muchos lugares ocultos de Londres, que resulta totalmente desconocido, hasta de nombre, para la gran mayoría de sus habitantes.

Para llegar a ese lugar, el visitante tiene que meterse en un laberinto de callejuelas estrechas y fangosas, pobladas por las gentes más burdas y pobres de las orillas, que se dedican al tráfico de todo cuanto pueda imaginarse. Los víveres más baratos y menos delicados se amontonan en las tiendas, las ropas más bastas y ordinarias cuelgan de las puertas de los prenderos y se asoman a las barandillas y a los balcones. El visitante camina con dificultad al abrirse paso a empujones, entre obreros sin trabajo de las clases más bajas, estibadores, descargadores de carbón, mujerzuelas desvergonzadas, niños andrajosos y toda la escoria del río, y se ve asaltado por toda clase de espectáculos y olores repugnantes, procedentes de los estrechos callejones que se abren a derecha e izquierda, sintiéndose al mismo tiempo ensordecido por el estruendo de pesados carros que transportan enormes montones de mercancías procedentes de los almacenes que se acumulan en cada esquina. Al llegar, por fin, a calles más apartadas y menos frecuentadas que las anteriores, el visitante camina bajo fachadas que se tambalean y se inclinan sobre la acera, muros ruinosos que parecen estremecerse a su paso, chimeneas semiderruidas que amenazan con caerse, ventanas guardadas por rejas herrumbrosas, que el tiempo y la podredumbre han desgastado casi por completo, y todas las muestras de desolación y abandono que puedan imaginarse.

En semejante vecindario, más allá de Dockhead, en el distrito de Southwark, se encuentra la isla de Jacob, rodeada por un foso lleno de fango, de dos o tres metros de profundidad y cinco o seis de anchura cuando la marea sube, llamado

antiguamente el Estanque de la Fábrica y conocido en nuestros días como el Foso de la Locura. En realidad es un riachuelo del Támesis, que puede inundarse, cuando sube la marea, abriendo las esclusas de la fábrica de plomo, de donde tomó su antiguo nombre. En esas ocasiones, el forastero que se asome desde uno de los puentes de madera que lo cruzan en Mill Lane contemplará cómo los habitantes de las casas de ambos márgenes hacen descender desde sus puertas y ventanas cubos, herradas y utensilios domésticos de todas clases, para subir agua, y al apartar los ojos de estas tareas para posarlos en las casas, se quedará asombrado del espectáculo. Corredores desvencijados de madera compartidos por la parte trasera de media docena de casas, con agujeros donde se ve el cieno del fondo; ventanas rotas y remendadas, de las que asoman palos para tender la ropa inexistente; habitaciones tan pequeñas, pestilentes y reducidas que se diría que el aire se encuentra impregnado por la suciedad y la inmundicia que cobijan; salas de madera que se inclinan sobre el cieno, amenazando con caerse en él, como ha ocurrido ya en algunos casos; muros embadurnados y cimientos podridos... Todas las características repulsivas de la pobreza, todas las muestras odiosas de la mugre, la podredumbre y la basura, decoran las orillas del Foso de la Locura.

En la isla de Jacob, los almacenes no tienen techo y están vacíos, las paredes se desmoronan, las ventanas han dejado de serlo ya, las puertas se desploman sobre las calles, y las chimeneas están ennegrecidas, aunque no echan humo. Hace treinta o cuarenta años, antes de que cayeran sobre él los pleitos de la Cancillería, el lugar era floreciente, pero ahora ha quedado reducido a una isla desierta. Las casas no tienen propietario, están abiertas de par en par y penetran en ellas aquellos que tienen el valor suficiente para hacerlo, que allí viven y mueren. Quienes buscan cobijo en la isla de Jacob deben de tener poderosas razones para guardar el secreto de su residencia o hallarse verdaderamente en una situación desamparada.

En una de las habitaciones superiores de aquellas casuchas, una casa aislada, de buen tamaño, ruinoso por lo demás, pero con puertas y ventanas muy bien protegidas, cuya parte trasera daba al foso ya descrito anteriormente, se hallaban reunidos tres hombres que, mirándose de vez en cuando con gestos que expresaban perplejidad y expectación, permanecían sentados en un profundo y sombrío silencio. Uno de ellos era Toby Crackit, otro el señor Chitling, y el tercero un ladrón de unos cincuenta años, a quien casi le habían arrancado la nariz en una refriega y cuyo rostro ostentaba una cicatriz espantosa, probablemente recuerdo de aquella ocasión. Este hombre era un deportado que había vuelto de su destierro y se llamaba Kags.

—Ya podías haber elegido otro escondite —dijo Toby, dirigiéndose a Chitling— al ver que los otros dos están vigilados, en lugar de venir aquí, mi querido amigo.

—¿Por qué no lo hiciste, cabeza de chorlito? —dijo Kags.

—Bueno, pensé que ibais a alegraros más de verme —contestó Chitling con aire melancólico.

—Pues ya ves, joven —dijo Toby—, cuando un hombre ha conseguido una posición como la mía y tiene una casa apañadita sobre su cabeza, sin nadie fisgoneando ni entrometiéndose, la verdad es que resulta un poco asombroso tener el honor de recibir la visita de un joven en tus circunstancias, por muy respetable y agradable que sea para echar una partida de cartas si se presenta la ocasión.

—Y más aún si ese hombre de posición —añadió Kags— tiene un amigo que vive con él, que ha regresado del extranjero antes de lo que era de esperar, y que es demasiado modesto para desear que lo lleven ante el juez a su regreso.

Se hizo un breve silencio, tras el cual Toby Crackit, abandonando todo esfuerzo por mantener su aire fanfarrón y despreocupado, por parecerle inútil, se volvió hacia Chitling y dijo:

—Entonces, ¿cuándo atraparon a Fagin?

—Justo a la hora de comer, a las dos de la tarde —respondió—. Charley y yo nos escapamos por la chimenea del lavadero y Bolter se metió en la tinaja vacía de cabeza. Pero como tiene las piernas tan largas, le sobresalían por arriba y lo atraparon también.

—¿Y Bet?

—¡Ay, la pobre Bet! Fue a identificar el cadáver —contestó Chitling al tiempo que el rostro se le ensombrecía— y se volvió loca. Comenzó a gritar y a delirar y pegaba cabezazos contra las tablas, así que le pusieron una camisa de fuerza y se la llevaron al hospital..., y allí está.

—¿Qué ha sido del joven Bates? —preguntó Kags.

—Ese se quedó rondando por allí, para no llegar aquí antes de que anoheciera, supongo, pero creo que no tardará en llegar —respondió Chitling—. No hay ningún sitio adonde ir, esa es la verdad, porque en Los Cojos se ha detenido a todo el mundo y el mostrador de la guarida (yo mismo pude comprobarlo con mis propios ojos) está lleno de trampas.

—Esto es la ruina —observó Toby, mordiéndose los labios—. Esta vez va a caer más de uno.

—La sesión ha comenzado —dijo Kags—, y si se cierra el sumario y Bolter canta (lo que es muy probable por lo que ha dicho), y pueden probar que Fagin fue el instigador, y ponen el juicio el viernes, al cabo de seis días estará colgado, ¡me cago en D...!

—¡Si hubierais oído gritar a la gente! —dijo Chitling—. Los policías peleaban como locos para que la chusma no lo hiciera pedazos. Una vez se cayó al suelo, pero formaron un círculo a su alrededor y se abrieron paso a la fuerza. ¡Si hubierais visto cómo miraba él a todas partes, lleno de barro y sangrando, y cómo se agarraba a los agentes como si fueran sus mejores amigos! Me parece que aún los estoy viendo,

manteniéndose en pie a duras penas a causa de los empujones de aquella chusma y arrastrado entre la gente. Aún veo saltar a la gente, uno detrás de otro, y enseñarle los dientes y abalanzarse sobre él como bestias salvajes. ¡Aún veo la sangre que le cubría el pelo y la barba, y aún oigo los horribles gritos con los que las mujeres se abrían paso hasta el centro del gentío en cada esquina jurando que iban a arrancarle el corazón!

Lleno de horror, el testigo de esta escena se llevó las manos a los oídos, y con los ojos cerrados se levantó y comenzó a moverse como enajenado, de un lado para otro.

Mientras continuaba así y los otros dos hombres permanecían en silencio, con la vista en el suelo, se oyó un traqueteo por la escalera y el perro de Sikes entró en la habitación. Corrieron hacia la ventana y luego hacia la calle, escaleras abajo. El perro había entrado por una ventana abierta pero no hizo intento alguno de seguirles, ni tampoco vieron a su amo por ninguna parte.

—¿Qué significa esto? —dijo Toby, una vez que hubieron regresado—. No es posible que venga aquí. Espero... espero que no sea así.

—Si fuera así habría llegado con el perro —observó Kags, inclinándose para contemplar al animal, que se había tumbado en el suelo jadeante—. ¡Dadme un poco de agua para este bicho! Se encuentra agotado de tanto correr.

»Se la ha bebido toda, hasta la última gota —dijo Kags, después de contemplar al perro un momento en silencio—. Está cubierto de barro, cojo y casi ciego. Debe de haberse dado una buena caminata.

—¿De dónde podrá venir? —exclamó Toby—. Casi seguro que habrá estado en los otros escondrijos y, al verlos ocupados por desconocidos, se habrá venido aquí, porque ya ha venido unas cuantas veces. Pero... ¿dónde habrá estado primero y, cómo es que llega aquí solo, sin el otro?

—Él... —nadie llamaba al asesino por su nombre—. Él... no es posible que se haya matado. ¿Qué opináis vosotros? —preguntó Chitling.

Toby negó con la cabeza.

—Si así fuera —dijo Kags—, el perro nos querría llevar al lugar donde lo hubiera hecho...; no, me parece mucho más probable que se haya marchado del país dejando al perro abandonado. Tiene que haberse deshecho de él, de lo contrario el animal no estaría tan tranquilo.

Como esta explicación parecía la más lógica, se tomó por cierta. Entre tanto el perro se metió debajo de una silla y, enroscándose sobre sí mismo, se puso a dormir sin que nadie le prestase más atención.

Como había anochecido, cerraron los postigos y colocaron una vela encendida sobre la mesa. Los terribles acontecimientos de los dos últimos días habían causado una profunda impresión en los tres, acentuada por el peligro y la incertidumbre de su propia situación. Acercaron las sillas y se sobresaltaban al menor ruido. Hablaban

poco, y si lo hacían, era en voz baja, y estaban tan callados y aterrados como si los restos de la muchacha asesinada yaciesen en la habitación contigua.

Así llevaban sentados ya algún tiempo cuando, de pronto, se oyó una presurosa llamada en la puerta de abajo.

—Es el joven Bates —dijo Kags, mirando alrededor con gesto airado para dominar el miedo que sentía.

La llamada se repitió. No, no se trataba de Bates, él nunca llamaba así.

Crackit se acercó a la ventana y, todo tembloroso, asomó la cabeza. No hubo necesidad de que les dijera a los demás quién era, porque a sus compañeros les bastaba con ver su pálido rostro. Incluso el perro se puso en guardia, corriendo hacia la puerta y gruñendo.

—Debemos dejarle entrar —dijo Crackit, cogiendo la vela.

—¿Es que no hay otro remedio? —preguntó el otro hombre con voz ronca.

—No. *Debe* entrar.

—No nos dejes a oscuras —dijo Kags, quien tomó una vela de la repisa de la chimenea y se dispuso a encenderla, con mano tan temblorosa que la llamada se repitió antes de que lo consiguiera.

Crackit bajó hasta la puerta y regresó seguido de un hombre que llevaba un pañuelo que le cubría la parte inferior del rostro y otro enrollado en la cabeza por debajo de un sombrero. Se los quitó lentamente: el rostro pálido, los ojos hundidos, las mejillas chupadas, una barba de tres días, las carnes consumidas y un jadear entrecortado. Era el mismísimo fantasma de Sikes.

Apoyó la mano sobre una silla que había en el centro de la habitación y, cuando se disponía a dejarse caer en ella, mirando alrededor con recelo, se estremeció y la arrastró hasta colocarla tan cerca de la pared como pudo, y después se sentó.

No se había cruzado ni una sola palabra. Sikes miraba de un lado a otro en silencio. Si los ojos de alguien se alzaban furtivamente y se encontraban con los suyos, se apartaban de inmediato. Todos se estremecieron cuando una voz ronca rompió el silencio. Nunca habían oído aquel tono de voz antes.

—¿Cómo ha llegado ese perro hasta aquí? —preguntó.

—Solo. Hace tres horas que llegó.

—El periódico de hoy dice que han cogido a Fagin. ¿Es eso verdad?

—Es cierto.

El silencio volvió de nuevo.

—¡Malditos seáis todos! —exclamó Sikes, pasándose la mano por la frente—. ¿Es que no tenéis nada que decirme?

Los recorrió un movimiento de intranquilidad, pero nadie contestó.

—Tú que vives en esta casa —dijo Sikes dirigiéndose a Crackit—, dime: ¿piensas venderme a la policía, o me vas a dejar que permanezca aquí hasta que termine esta persecución?

—Si te crees seguro aquí, puedes quedarte —contestó el interrogado después de una cierta vacilación.

Sikes dirigió lentamente la mirada hacia la pared que tenía tras de sí, en un intento de volver la cabeza, y dijo:

—¿Lo han... han enterrado el cadáver?

Los demás negaron con la cabeza.

—¿Y por qué no lo han hecho? —preguntó el hombre con la misma mirada evasiva—. ¿Por qué dejan a la vista cosas tan horribles? ¿Quién llama a la puerta?

Mientras salía de la habitación, Crackit dio a entender con un gesto de la mano que no tenía nada que temer, y regresó en seguida en compañía de Charley Bates. Sikes estaba sentado frente a la puerta, de tal forma que en el momento en que el muchacho entró en la habitación, se encontró con su persona.

—¡Toby! —exclamó el joven retrocediendo al tiempo que Sikes dirigía la vista hacia él—. ¿Por qué no me dijiste esto allá abajo?

Había sido una cosa tan horrible ver cómo los tres le rehuían que el desdichado estaba dispuesto a granjearse al menos la simpatía del joven, así que le saludó con la cabeza e hizo ademán de estrecharle la mano.

—Dejadme pasar a otra habitación —dijo el muchacho retrocediendo unos pasos más.

—¡Pero Charley! —dijo Sikes acercándosele—. ¿Es que... es que ya no me conoces?

—No se acerque a mí —contestó el muchacho retrocediendo y mirando con horror el rostro del asesino—. ¡Es un monstruo!

El hombre se detuvo a medio camino, y se miraron mutuamente, pero Sikes acabó por bajar la mirada al suelo.

—Los tres sois testigos —exclamó el muchacho agitando el puño cerrado y excitándose a medida que hablaba—, los tres sois testigos de que no le tengo miedo. Si vienen a buscarlo lo entregaré. Lo prometo. Os aviso, que me mate si quiere, o si se atreve, pero os juro que si estoy aquí lo entregaré. Lo haría aunque lo fueran a quemar vivo. ¡Asesino! ¡Socorro! Si tuvierais el valor de un hombre entre los tres, me ayudaríais. ¡Asesino! ¡Socorro! ¡Entreguémoslo!

Y lanzando estos gritos, acompañados de violentos gestos, el muchacho se precipitó sobre aquel hombre vigoroso y, entre lo intenso de su energía y lo repentino de la sorpresa, lo tiró pesadamente a tierra.

Los tres que contemplaban la escena se quedaron paralizados y estupefactos. No intervinieron y el joven y Sikes rodaron por el suelo, el primero sin prestar atención a

los golpes que recibía, agarrando cada vez con más fuerza las ropas que cubrían el pecho del asesino y sin dejar de pedir auxilio con todas sus fuerzas.

La lucha, sin embargo, era demasiado desigual para que se prolongara por mucho tiempo. Sikes lo tenía debajo y le había puesto la rodilla en la garganta cuando Crackit tiró de él con un gesto de alarma y señaló en dirección a la ventana. Abajo se veía el resplandor de unas luces y se oían las voces de una conversación animada y el ruido de pasos precipitados (parecían incontables) que cruzaban el puente de madera más próximo. Entre la muchedumbre parecía haber un hombre a caballo, pues se oyó con toda claridad el resonar de los cascos contra el pavimento desigual; el resplandor de las luces fue creciendo, y los pasos se oían cada vez más cercanos y más numerosos. A continuación se oyó cómo llamaban con fuerza a la puerta y luego el ronco murmullo de una multitud de voces airadas que hubieran hecho temblar hasta al más atrevido.

—¡Socorro! —gritó el chico con una voz que cortaba el aire—. ¡El asesino está aquí! ¡Está aquí! ¡Echad la puerta abajo!

—¡En nombre del rey! —gritaron algunas voces desde el exterior. Y el ronco alarido se alzó de nuevo pero con más fuerza.

—¡Echad la puerta abajo! —gritó el muchacho—. ¡Si no echáis abajo la puerta, no abrirá nadie! Corred hacia la habitación donde hay luz. ¡Echad la puerta abajo!

Cuando dejó de hablar, la puerta y los postigos de las ventanas de abajo retumbaron bajo unos golpes fuertes y constantes, y entre la multitud estalló un clamor que daba por primera vez una idea real de su inmensidad a quien lo escuchara.

—¡Abrid cualquier puerta para que pueda encerrar a este muchacho infernal! —gritó Sikes enfurecido, corriendo de un sitio para otro a la vez que arrastraba al muchacho como si se tratara de un saco vacío—. ¡Esa puerta, pronto! —lo lanzó dentro, y después cerró y dio una vuelta a la llave—. ¿Está bien segura la puerta de abajo?

—Está cerrada con doble vuelta de llave y cadena —contestó Crackit, que parecía aturdido e indefenso al igual que los otros dos hombres.

—¿Son fuertes los tableros?

—Están forrados con planchas de hierro.

—¿Y las ventanas también?

—Sí, también.

—¡Malditos! —gritó el desesperado rufián, levantando la guillotina de la ventana y amenazando a la multitud—. ¡Gritad cuanto queráis! ¡Todavía no me habéis atrapado!

De todos los alaridos que hayan llegado jamás a oídos mortales, ninguno superaba al del clamor de aquella multitud enfurecida. Algunos gritaban a los que tenían cerca para que se prendiera fuego a la casa. Otros vociferaban a la policía para que dejaran al asesino seco de un tiro. Pero entre todos ellos nadie mostraba mayor ira que el hombre montado a caballo, que saltó de la silla, se abrió paso entre la muchedumbre

como si fuera mantequilla y gritó bajo una ventana con una voz que sobresalía entre todas las demás:

—¡Veinte guineas para quien me traiga una escalera!

Los que estaban más cerca repitieron el grito y cientos de voces se hicieron eco. Unos pedían escaleras, otros mazos, unos corrían con antorchas de un lado para otro como buscándolas para regresar chillando de nuevo, otros malgastaban su aliento en maldiciones e improperios. Algunos se lanzaban hacia delante como locos, impidiendo así avanzar a los que se encontraban debajo. Otros, los más atrevidos, intentaban subir por las cañerías, agarrándose a las grietas de los muros, y todos se agitaban de un lado para otro en medio de la oscuridad, como si se tratase de un campo de trigo sacudido por un viento airado, y de vez en cuando se unían para lanzar un bramido fuerte y furioso.

—La marea —gritó el asesino mientras retrocedía hacia la habitación para así no ver las caras—, la marea estaba alta cuando llegué. ¡Dadme una cuerda, una cuerda larga! Están todos en la parte delantera, así que podría descolgarme fácilmente por el foso y escaparme por allí. Dadme una cuerda si no queréis que cometa tres crímenes más y después me suicide.

Los hombres, sumidos en el pánico, señalaron el lugar donde se guardaban las cuerdas, y el asesino eligió apresuradamente la que le pareció más larga y más fuerte y se dirigió con rapidez al tejado.

Todas las ventanas de la parte trasera estaban tapiadas desde hacía mucho tiempo, excepto una pequeña trampilla de la habitación donde se encontraba encerrado el chico, que era demasiado pequeña para que cupiera siquiera su cuerpo. Pero el muchacho no había parado de gritar desde allí a los que se encontraban fuera para que vigilaran la parte trasera, y así, cuando el asesino por fin salió por la puerta del tejado al exterior, un fuerte alarido se lo proclamó a los que se encontraban en la parte delantera, que inmediatamente empezaron a dar la vuelta empujándose y formando un torrente incesante.

Colocó una tabla que había subido consigo con la intención de apoyarla firmemente contra la puerta, para que resultara muy difícil abrirla desde dentro, y arrastrándose sobre las tejas, se asomó al parapeto.

La marea ya había bajado y el foso se había convertido en un lecho de barro.

La multitud había enmudecido durante esos breves instantes, vigilando sus movimientos sin estar segura de sus propósitos, pero tan pronto como se percataron de cuáles eran y se dieron cuenta de que estos habían quedado frustrados, lanzaron un grito de victoriosa imprecación que convirtió los gritos anteriores en simples murmullos. El clamor se dejó oír una y otra vez. Los que estaban demasiado lejos para saber qué significaba repetían el sonido, que resonaba y resonaba. Parecía como si la ciudad entera hubiera sacado a sus habitantes para maldecirlo.

El gentío en la parte delantera no cesaba de empujarse, formando una corriente viva e impetuosa de rostros airados. Aquí y allá surgía alguna que otra antorcha resplandeciente que los iluminaba y los mostraba en toda su cólera y agitación. En las casas de la otra orilla del foso había penetrado también el gentío; las ventanas de guillotina se levantaban o se arrancaban de una pieza; se asomaban filas y filas por las ventanas, y a los tejados se aferraban grupos y grupos de gente. Cada puentecillo —había tres a la vista— se curvaba bajo el peso de la multitud y aun así el torrente no dejaba de fluir, en busca de algún rincón o agujero desde el cual dar rienda suelta a sus gritos y, aunque solo fuera durante un momento, ver al desgraciado fugitivo.

—¡Ya lo han cogido! —gritó un hombre que se encontraba sobre el puente más próximo—. ¡Viva!

La multitud se alegró con las cabezas descubiertas y el clamor se alzó de nuevo.

—¡Doy cincuenta libras —gritó un anciano desde el mismo lugar—, cincuenta libras a quien me lo traiga vivo! Permaneceré aquí hasta que venga a pedírmelo.

Se escapó un nuevo alarido. En ese momento se extendió el rumor entre la multitud de que al fin se había forzado la puerta y de que el que había pedido la escalera había subido a la habitación. Al correr de boca en boca esta noticia, la oleada de gente se volvió bruscamente. Los que estaban en las ventanas, al ver que los de los puentes retrocedían, abandonaron sus puestos y salieron a la calle corriendo, uniéndose al gentío que en ese momento se precipitaba en tropel al lugar que antes había abandonado, tropezando y forcejeando cada cual con su vecino. Todos estaban jadeantes y curiosos por acercarse a la puerta y ver cómo la policía sacaba al criminal. Los gritos y los alaridos de los que se apretujaban hasta casi ahogarse, o eran pisoteados en medio de la confusión, resultaban espantosos. Los estrechos pasadizos estaban abarrotados, y en aquel momento, entre la prisa de unos por volver a colocarse delante de la casa, y los esfuerzos inútiles de otros por librarse de aquel gentío, se desvió momentáneamente la atención del asesino, y ello a pesar de que la impaciencia general por su captura iba en aumento, si ello era posible.

El hombre se había acurrucado, intimidado por la ferocidad de la muchedumbre y la imposibilidad de escapar. Sin embargo, al comprobar aquel súbito cambio con la misma rapidez con la que ocurrió, se puso en pie de un salto, decidido a realizar un último esfuerzo por salvar su vida dejándose caer al foso y, aun a riesgo de asfixiarse, tratando de escabullirse al amparo de la oscuridad y la confusión.

Había recuperado en gran medida la fuerza y la energía y, estimulado por el ruido procedente del interior de la casa, que le indicaba la entrada en la misma de aquella gente, apoyó un pie sobre el cañón de la chimenea, ató fuertemente a él uno de los cabos de la cuerda y con el otro hizo un fuerte nudo corredizo en menos de un segundo, ayudándose de manos y dientes. Podía descolgarse por la cuerda hasta una

distancia del suelo menor a la de su altura y tenía preparado un cuchillo en la mano para luego cortarla y saltar.

En el preciso instante en que se pasaba el nudo corredizo por la cabeza para colocárselo por debajo de las axilas, y cuando el anciano antes citado —que se había aferrado a la barandilla del puente con tal fuerza que había conseguido resistir todos los embates del gentío y conservaba su puesto— advirtió vehementemente a los que le rodeaban que el individuo iba a descolgarse, en ese preciso instante el asesino, al mirar hacia atrás, alzó los brazos y dejó escapar un pavoroso grito de terror.

—¡Otra vez esos ojos! —exclamó con alarido sobrecogedor. Y, como si le hubiese caído encima un rayo, se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó por el parapeto. Llevaba la cuerda al cuello y, con el peso del cuerpo, se apretó el nudo como un dogal en un abrir y cerrar de ojos y se desplomó desde una altura de diez metros. A continuación se produjo un brusco tirón, una terrible convulsión de todos sus miembros, y allí se quedó colgado, empuñando el cuchillo abierto con la mano rígida.

La vieja chimenea se estremeció con la sacudida pero resistió imperturbable. El asesino se balanceó sin vida contra la pared, y el chico apartó el cadáver bamboleante que le tapaba la vista y pidió a gritos a la multitud que, por el amor de Dios, fueran a sacarle de allí.

El perro, que había permanecido oculto hasta entonces, corrió de un lado para otro en lo alto del edificio con un aullido lúgubre y, encogiéndose para tomar impulso, saltó apuntando a los hombros del muerto. Erró en su cálculo y cayó al foso, girando sobre sí mismo en la caída y golpeándose la cabeza contra una piedra que le reventó los sesos.

CAPÍTULO XLIX

Que esclarece más de un misterio y que incluye una proposición de matrimonio sin mención de dote ni cantidad destinada a caprichos

No hacía ni dos días que habían tenido lugar los acontecimientos narrados en el capítulo anterior cuando Oliver se encontraba, a las tres de la tarde, en el interior de una berlina que se apresuraba hacia la ciudad que le vio nacer. Le acompañaban la señora Maylie, Rose, la señora Bedwin y el buen doctor, mientras que el señor Brownlow les iba a la zaga en una silla de posta, en compañía de otro individuo cuyo nombre nadie había mencionado aún.

No se mostraron demasiado habladores durante el trayecto, ya que Oliver se encontraba sumido en un estado de inquietud e incertidumbre que le impedía pensar con claridad y casi también le impedía hablar, estado que parecía surtir un efecto similar en sus compañeros de viaje, quienes lo compartían en, al menos, igual grado. El señor Brownlow ya había puesto a Oliver y a las dos damas al corriente, con la mayor delicadeza, de la naturaleza de las declaraciones que habían sido arrancadas a Monks, y, aunque no ignoraban que el objeto de su presente desplazamiento era acelerar un trabajo que tan bien había comenzado, el asunto todavía se encontraba envuelto en suficientes dudas y misterios para mantenerlos en el mayor de los suspenses.

Con la ayuda del señor Losberne, ese mismo buen amigo había tenido la cautela de cerrar cualquier medio de comunicación a través del cual pudieran tener noticia de los terribles acontecimientos que habían acaecido tan recientemente. «Bien cierto es —dijo— que no han de tardar en conocerlos, pero en ocasión más indicada que la presente, que no podría ser menos oportuna.» Así que prosiguieron su viaje en silencio, cada cual absorto en sus propias reflexiones sobre la razón que los había reunido allí, y nadie parecía dispuesto a confesar los pensamientos que acudían en tropel a todos ellos.

Pero aunque Oliver, bajo este influjo, había permanecido en silencio mientras se dirigían hacia su lugar de nacimiento por un camino que nunca había visto, ¡cómo se remontaba a tiempos pasados el caudal de sus pensamientos, y qué cantidad de

emociones despertaban en su pecho cuando tomaron la curva hacia el camino que él mismo había atravesado a pie siendo un muchacho vagabundo sin cobijo, sin amigo alguno que le tendiera una mano ni techo que le cubriera!

—¡Mira ahí, ahí! —exclamó Oliver, aferrándose a la mano de Rose y señalando a través de la ventana del carruaje—; ese es el cercado que traspasé, esos son los setos tras los que me arrastré por temor a que me dieran alcance y me obligaran a regresar, y aquel es el camino a campo traviesa que conduce hasta la vieja casona en la que estuve de pequeño. ¡Oh, Dick, Dick, mi querido amiguito, si pudiera volver a verte!

—Pronto le verás —contestó Rose, tomando cariñosamente entre sus manos las manos de Oliver—. Le contarás lo feliz que es tu vida ahora y lo rico que te has hecho, y que entre tanta felicidad nada te hace más dichoso que regresar para compartir tu felicidad con él.

—Sí, eso es —afirmó Oliver—, y... y nosotros le sacaremos de ahí, y haremos que le vistan y le eduquen, y le llevaremos a algún lugar tranquilo en la campiña donde pueda crecer fuerte y sano, ¿verdad?

Rose solo fue capaz de asentir con la cabeza, pues de la emoción de ver al chico sonreír entre tales lágrimas de felicidad no podía ni hablar.

—Tú serás cariñosa y amable con él, como lo eres con todo el mundo —dijo Oliver—. Cuando oigas todo lo que tiene que contar vas a llorar, lo sé, pero qué más da, qué más da, si todo eso habrá pasado ya y volverás a sonreír, también lo sé, cuando veas lo cambiado que está, como te pasó conmigo. En mi huida me dijo: «Dios te bendiga» —lloró sin poder contener la emoción—. Y ahora yo le diré a él: «Dios te bendiga a ti», y le demostraré el cariño que le guardo por ello.

A medida que se aproximaban a la ciudad y cuando por fin se internaron en sus estrechas calles, no fue tarea fácil mantener al chico dentro de los límites de lo razonable. Pues ahí estaba Sowerberry, el establecimiento funerario, exactamente igual, aunque algo menor y de aspecto menos imponente que en sus recuerdos, y las consabidas tiendas y casas, con casi todas las cuales guardaba algún pequeño incidente que contar. La carreta de Gamfield, la misma de siempre, detenida a la puerta de la vieja taberna; el hospicio, la tétrica prisión de su niñez, con aquellas lúgubres ventanas que asomaban ceñudas a la calle, el mismo portero enjuto apostado en el umbral, a la vista del cual Oliver, instintivamente, se encogió en su asiento y a continuación se rió de su propia reacción; después lloró, volvió a reír... Multitud de rostros en esas puertas y ventanas que conocía tan bien...; casi todo estaba como si se hubiera ausentado ayer y todo lo vivido recientemente no hubiera sido más que un feliz sueño.

Pero se trataba de la pura, auténtica y gozosa realidad. Se apearon directamente ante la puerta de entrada del hotel principal (que Oliver solía admirar con auténtico respeto, y al que tenía por un majestuoso palacio, pero que por alguna razón parecía

haber encogido y resultaba ahora menos imponente); y ahí estaba el señor Grimwig perfectamente dispuesto para recibirles, besando a las damas, tanto a la joven como a la mayor, en cuanto bajaron del carruaje, como si fuera el abuelo de toda la comitiva, prodigando sonrisas y amabilidad, sin empeñarse en comerse la cabeza...; no, ni por una sola vez, ni siquiera cuando le llevó la contraria a un postillón ya bastante crecido sobre el camino más directo a Londres, y eso que se mantuvo en sus trece, por más que hubiera recorrido ese trayecto una sola vez y dormido como un leño. La cena ya estaba servida y las habitaciones preparadas, y todo había sido dispuesto como por arte de magia.

Pero, a pesar de todo, una vez que hubo concluido el trajín de la primera media hora, prevaleció el mismo silencio y moderación que habían caracterizado el viaje. El señor Brownlow no se les unió para cenar, sino que permaneció en otra estancia. Los otros dos caballeros se apresuraban en idas y venidas con la ansiedad dibujada en sus rostros y, durante los breves intervalos en los que estuvieron presentes, conversaron aparte. En una ocasión se requirió a la señora Maylie, quien, tras una ausencia de casi una hora, volvió con los ojos enrojecidos por el llanto. Todos estos hechos intranquilizaron y perturbaron a Rose y a Oliver, que no estaban al tanto de nuevos misterios. Permanecieron pensativos, sentados en silencio o, si llegaban a intercambiar algunas palabras, lo hacían en susurros, como si temieran escuchar el sonido de su propia voz.

Cuando por fin dieron las nueve en punto y empezaban a creer que ya no iban a escuchar nada nuevo esa noche, el señor Losberne y el señor Grimwig entraron en la sala, seguidos por el señor Brownlow y por otro hombre cuya presencia por poco arranca un chillido de sorpresa a Oliver, pues le dijeron que era su hermano, y aquel no era otro que el hombre a quien había conocido en el mercado de la ciudad y al que había visto junto a Fagin en la ventana de su pequeña habitación. Este hombre dirigió al asombrado muchacho una mirada de odio que ni siquiera en esta ocasión pudo contener, y tomó asiento cerca de la puerta. El señor Brownlow, que sostenía unos papeles en la mano, avanzó hasta una mesa cercana ante la que estaban sentados Rose y Oliver.

—Esta es una tarea dolorosa —explicó—, pero estas declaraciones, que han sido firmadas en Londres ante numerosos caballeros, deben ser, en lo sustancial, reiteradas aquí. Con gusto le hubiera ahorrado la humillación, pero debemos escucharlas de sus propios labios antes de que partamos, y usted ya sabe por qué.

—Adelante —dijo el aludido, volviéndole la cara—. ¡Pongamos fin a esto de una vez, que ya he tenido bastante!

—Este niño —dijo el señor Brownlow, aproximando a Oliver hacia sí y apoyando la mano sobre la cabeza del chico— es su hermano, el hijo ilegítimo de su padre, mi

querido amigo Edwin Leeford, y de la malograda joven Agnes Fleming, que murió al darle a luz.

—Sí —afirmó Monks, frunciendo el ceño al tembloroso niño, cuyo corazón quizá llegó a escuchar latir—. Ese es el bastardo de su unión.

—El término que emplea —dijo el señor Brownlow gravemente— constituye un reproche hacia personas que están desde hace mucho tiempo fuera del alcance de la débil censura de este mundo. En realidad no deshonra a ningún ser vivo, como no sea a usted mismo, que lo emplea. Pero dejemos ahora esa cuestión. ¿El niño nació en esta ciudad?

—En el hospicio de esta ciudad —fue la hosca respuesta—. Ahí tiene su historia —dijo señalando impacientemente hacia los papeles.

—Pero también tengo que oírla aquí —dijo el señor Brownlow, recorriendo con la mirada a los presentes.

—Pues óigala —continuó Monks—. Una vez que el padre del niño fue trasladado enfermo a Roma, como usted ya sabe, su esposa, mi madre, de quien se había separado hacía tiempo y que había viajado allí desde París conmigo, se reunió con él..., con la única intención de velar por las propiedades de su esposo, pues, por lo que yo sé, no se tenían en gran estima el uno al otro. Fue incapaz de reconocernos, ya que se encontraba inconsciente, y su inconsciencia se prolongó hasta el día siguiente, en que murió. Entre los documentos que se encontraban en su escritorio figuraban dos, fechados en la misma noche en que le sobrevino la enfermedad, dirigidos a usted, y junto a ellos unas pocas líneas dirigidas a usted con la indicación, en la parte frontal, de que no se remitieran hasta su muerte. Uno de esos papeles era una carta para esa muchacha, Agnes, y el otro, un testamento.

—¿Qué decía la carta? —preguntó el señor Brownlow.

—¿La carta? Una hoja de papel tachada y vuelta a tachar, que incluía una confesión contrita y plegarias a Dios para que la amparase. Le había ido a la chica con el cuento de que algún secreto misterio, que había de ser esclarecido algún día, le impedía desposarla en aquel momento y, así, ella confió pacientemente hasta que su confianza la llevó demasiado lejos y perdió lo que ya nadie podría devolverle. En aquel entonces le quedaban pocos meses para dar a luz. Le manifestaba todo lo que tenía pensado hacer, de haber seguido con vida, para ocultar su deshonra, y le rogaba que, si llegaba a morir, no maldijera su memoria o creyera que las consecuencias de su pecado la alcanzarían a ella o a su pequeño, ya que toda la responsabilidad recaía sobre él. Le recordaba el día en que le había entregado el pequeño guardapelo y la alianza con su nombre de pila grabado en ella, junto a un espacio en blanco en el que había abrigado la esperanza de poder darle su apellido algún día. Le rogó que lo conservara

y lo llevara siempre cerca de su corazón, como había hecho hasta entonces, y proseguía de manera enfermiza repitiendo una y otra vez las mismas palabras como si desvariara, y creo realmente que así era.

—El testamento —dijo el señor Brownlow, mientras a Oliver no dejaban de saltársele las lágrimas.

Monks permaneció en silencio.

—El testamento —prosiguió el señor Brownlow, hablando por él— había sido escrito con el mismo espíritu que la carta. Hacía mención de los infortunios que su esposa le había causado, de la inclinación hacia la rebeldía, el vicio y la malignidad, así como de las prematuras bajas pasiones de usted, su único hijo, que había sido adiestrado en el odio hacia él, y les dejaba a usted y a su madre una renta anual de ochocientas libras para cada uno. En cuanto al grueso de su propiedad, lo dividió en dos partes iguales: una para Agnes Fleming, y la otra para el hijo de ambos, siempre que naciera vivo y alcanzara la mayoría de edad. En caso de que fuera niña, entraría en posesión del dinero sin condiciones; pero, si fuera varón, lo haría con la condición de que alcanzase la mayoría de edad sin haber mancillado su nombre con ningún acto público de deshonor, usura, cobardía o ilegalidad. Según decía, lo hacía para recalcar su plena confianza en la madre así como su convicción, solo fortalecida por la inminencia de su muerte, de que la criatura participaría de su buen corazón y noble naturaleza. Pero si sus esperanzas se veían frustradas, el dinero volvería a parar a usted, pues entonces, y solo entonces, encontrándose los dos vástagos en igualdad de condiciones, reconocería que usted tenía derecho preferente sobre su hacienda, que no sobre su corazón, ya que era un niño que desde su más tierna infancia le había rechazado con frialdad y aversión.

—Mi madre —dijo Monks alzando el tono de voz— hizo lo que una mujer tenía que hacer: quemó ese testamento. La carta nunca alcanzó a su destinataria, sino que retuvo esa y otras pruebas por si acaso algún día se intentaba ocultar la mancha con mentiras. El padre de la joven supo la verdad de sus labios, agravada con la adición de cuantos detalles escabrosos fue capaz de añadir su odio visceral, por el que hoy todavía la amo. Instigado por la vergüenza y el deshonor, huyó con sus dos hijas a un remoto rincón de Gales, y hasta cambió de nombre para que ni sus más allegados llegaran a saber de su retiro; y allí, no mucho tiempo después, fue hallado muerto en su lecho. Hacía unas semanas que la joven había abandonado el hogar paterno en secreto; él anduvo buscándola por cada ciudad y cada pueblo cercanos, y la misma noche en que regresó a su hogar, convencido de que había puesto fin a su vida para ocultar su vergüenza y la de su progenitor, su corazón vencido estalló.

Acto seguido se produjo un momentáneo silencio, hasta que el señor Brownlow retomó el hilo de la narración.

—Algunos años más tarde —prosiguió—, la madre de este hombre, Edward Leeford, acudió a mí. Su hijo la había abandonado cuando contaba tan solo dieciocho años de edad, robándole las joyas y el dinero, y luego recurrió al juego, llevó una vida de disipación y estafa y escapó a Londres, donde durante dos años se juntó con gente de la más baja calaña. Una dolorosa e incurable enfermedad la estaba consumiendo y deseaba recuperarle antes de morir. Se inició una investigación, se llevaron a cabo exhaustivas pesquisas, infructuosas durante mucho tiempo pero finalmente satisfactorias, y regresó con ella a Francia.

—Allí murió —añadió Monks— tras una penosa enfermedad, y en su lecho de muerte me legó estos secretos, junto con su implacable y mortífero odio hacia todos los involucrados. Inútil legado, puesto que yo ya lo había heredado mucho tiempo atrás. Mi madre se negaba a creer que la joven hubiera puesto fin a su vida y con ella a la del bebé; más bien tenía la firme convicción de que había nacido un varón y de que seguía vivo. Le juré que si alguna vez se cruzaba en mi camino le daría alcance y le perseguiría sin tregua con la animosidad más amarga e implacable para desahogar en él el profundo odio que sentía y para escupir sobre el jactancioso espíritu de ese insultante testamento arrastrándolo, si llegaba a estar en mi mano, hasta el mismísimo cadalso. Ella estaba en lo cierto. Al fin nuestros destinos se cruzaron. Yo iba bien encaminado, y de no haber sido por el comadreo de esas alcahuetas hubiera terminado como empecé; ¡lo hubiera conseguido, lo hubiera conseguido!

Mientras el villano cruzaba los brazos con rabia y se maldecía a sí mismo con la impotencia de la maldad frustrada, el señor Brownlow se volvió hacia el sobrecogido grupo que estaba junto a él y aclaró que el judío, que había sido viejo cómplice y confidente de este hombre, recibía una cuantiosa recompensa por mantener a Oliver atrapado entre sus redes, pero debía renunciar a parte de la misma si Oliver lograba escapar de ese mundo, y que una disputa sobre este punto les había llevado a visitar la casa de campo con el propósito de identificarle.

—¿Qué fue del guardapelo y de la alianza? —preguntó el señor Brownlow, volviéndose hacia Monks.

—Los adquirí del hombre y la mujer que ya le indiqué, que lo robaron a la partera, quien a su vez lo robó del cadáver —contestó Monks sin alzar la vista—. Ya sabe dónde acabaron.

Bastó una pequeña indicación de cabeza del señor Brownlow al señor Grimwig para que este desapareciera con gran prontitud y volviera oportunamente, empujando a la señora Bumble y tirando de su reticente consorte tras él.

—¡Pero qué ven mis ojos! —exclamó el señor Bumble con mal fingido entusiasmo—. ¿No es ese el pequeño Oliver? ¡Oh, O-li-ver, si supiera lo preocupado que me ha tenido...!

—Cierra el pico, idiota —cuchicheó la señora Bumble.

—¡Pero si es lo más natural del mundo, señora Bumble! —protestó el encargado del hospicio—. Cómo no iba a sentirme así habiéndole educado, como le eduqué, en la virtud parroquial... ¡cuando le veo ahí sentado entre señoras y caballeros de tan respetable presencia! Siempre quise a ese niño como si fuera mi... mi... mi mismísimo abuelo —dijo el señor Bumble, que vaciló mientras buscaba la comparación apropiada—. Apreciado señorito Oliver, ¿se acuerda de aquel bendito caballero del chaleco blanco? Subió al cielo la semana pasada en un féretro de roble con asas plateadas, Oliver.

—Pase usted, caballero —dijo el señor Grimwig de manera cortante—. Reprima sus afectos.

—Haré lo que pueda, señor —contestó el señor Bumble—. ¿Cómo está usted, caballero? Espero que todo le vaya bien.

Este saludo iba dirigido al señor Brownlow, que se había aproximado a una corta distancia de la respetable pareja y que preguntó, mientras señalaba a Monks:

—¿Conocen a este individuo?

—No —contestó la señora Bumble tajantemente.

—¿Y no le conocerá usted, por casualidad? —inquirió el señor Brownlow, dirigiéndose a su esposo.

—No le he visto en mi vida —contestó el señor Bumble.

—¿No le vendieron algo, por casualidad?

—Pues no —contestó la señora Bumble.

—¿No han estado nunca en posesión, por casualidad, de un cierto guardapelo de oro y de una alianza? —preguntó el señor Brownlow.

—Por supuesto que no —contestó la matrona—. ¿Nos han hecho venir hasta aquí para contestar a todas estas tonterías?

De nuevo el señor Brownlow hizo un gesto con la cabeza al señor Grimwig, y de nuevo este caballero volvió a ausentarse cojeando con extraordinaria prontitud. Pero en esta ocasión no regresó con un robusto hombre y su esposa, sino que dio paso a dos ancianas achacosas que avanzaban a paso renqueante.

—Tú bien que te encargaste de cerrar la puerta la noche en que murió la vieja Sally —dijo la primera de ellas, alzando una mano apergaminada—, pero lo que no podías era encerrar los ruidos ni tapar las grietas.

—No, no —dijo la otra, mirando a su alrededor y moviendo la desdentada mandíbula—. Eso sí que no.

—La escuchamos cuando trataba de confesarte lo que había hecho, y vimos que le cogías un papel de la mano, y al día siguiente te vimos también, cuando ibas a la casa de empeños —dijo la primera.

—Sí —añadió la segunda—, y era «un guardapelo y una alianza de oro». De eso sí que nos enteramos, y vimos que te lo daba. Para eso estábamos allí, ¡sí señor!, vaya si lo vimos.

—Y todavía sabemos más —insistió la primera—, pues nos había comentado más de una vez, mucho tiempo atrás, que la joven madre le había confesado que, presintiendo que jamás podría sobreponerse a su desgracia, iba de camino, cuando cayó enferma, a la tumba del padre de su hijo, para morir cerca de ella.

—¿Quieren ver al prestamista en persona? —preguntó el señor Grimwig aproximándose a la puerta.

—No —contestó la matrona—, si él... —señaló a Monks— ha sido tan cobarde como para confesar, como veo que lo ha sido, y si han ido sonsacando a todas esas arpías hasta dar con estas dos, yo no tengo nada más que añadir. Pues sí, las vendí, y fueron a parar a un sitio donde nunca las encontrarán, ¿y qué?

—Nada —contestó el señor Brownlow—, excepto que ya procuraremos nosotros que no vuelvan a ser empleados en un puesto de confianza ninguno de ustedes dos. Pueden retirarse.

—Espero —dijo el señor Bumble, mirando a todos lados con aire gravemente compungido, mientras el señor Grimwig se ausentaba con las dos ancianas—, espero que este desafortunado incidente sin importancia no vaya a privarme de mis funciones parroquiales.

—Desde luego que sí —contestó el señor Brownlow—. Vaya haciéndose a la idea de ello, y ya puede darse por satisfecho de que el asunto no pase a mayores.

—Todo ha sido cosa de la señora Bumble, ella se empeñó en hacerlo —insistió el señor Bumble, no sin cerciorarse primero, con un vistazo, de que su consorte había abandonado ya la sala.

—Eso no le exime a usted —contestó el señor Brownlow—. Usted se encontraba presente en el momento de la destrucción de esas pequeñas alhajas y, de hecho, ante los ojos de la ley es el más culpable, pues la ley presupone que su esposa no tiene capacidad de obrar sin su pleno consentimiento.

—Pues si la ley presupone tal cosa —protestó el señor Bumble, retorciendo el sombrero entre las dos manos a modo de énfasis—, la ley es una burra..., una idiota. Si esa es la visión de la ley, la ley es soltera, y lo peor que le deseo a la ley es que la experiencia le abra los ojos..., ¡la experiencia!

Poniendo mucho énfasis en estas dos últimas palabras, el señor Bumble se encasquetó el sombrero, se metió las manos en los bolsillos y siguió los pasos de su esposa escaleras abajo.

—Señorita —dijo el señor Brownlow, volviéndose hacia Rose—, deme la mano. No tiemble usted, que no tiene nada que temer de lo poco que nos queda por decir.

—Si tiene..., no veo cómo, pero si tiene relación conmigo —dijo Rose—, permítame escucharlo en otro momento, porque ahora mismo no me quedan ni fuerzas ni valor.

—Nada, nada... —contestó el anciano caballero, tomando a la joven del brazo—, que usted es mucho más fuerte de lo que parece, no me cabe duda. ¿Conoce a esta joven, señor?

—Sí —contestó Monks.

—Yo nunca le he visto a usted —dijo Rose débilmente.

—Pues yo la he visto a usted a menudo —contestó Monks.

—El padre de la desafortunada Agnes tenía dos hijas —dijo el señor Brownlow—. ¿Cuál fue el destino de la otra..., la pequeña?

—La pequeña —respondió Monks—, cuando murió su padre en un lugar extraño, bajo un nombre extraño, sin carta, libro o documento alguno que proporcionara la más mínima pista por medio de la cual pudiera encontrarse a sus amigos o parientes, fue recogida por unos miserables campesinos, quienes la criaron como a su propia hija.

—Continúe —dijo el señor Brownlow, dirigiéndole un gesto a la señora Maylie para que se aproximara—. ¡Continúe!

—A usted le fue imposible dar con el lugar exacto en donde se había establecido esta familia —añadió Monks—, pero allí donde no alcanza la amistad, a menudo el odio se abre camino. Mi madre la encontró tras un año de búsqueda incansable... Sí, encontró a la niña.

—Y la recogió, ¿no fue así?

—No. Aquellas personas eran de condición humilde, y su caridad no tardó en pesarles demasiado..., al menos al cabeza de familia, así que la dejó con ellos, proporcionándoles una pequeña cantidad de dinero que estaba destinada a durar poco y prometiéndoles más, que nunca tuvo intención de enviarles. Aun así, todavía no las tenía todas consigo de que su contrariedad y pobreza implicaran, necesariamente, la infelicidad de la niña, así que les refirió la historia de la deshonra de la hermana con todas aquellas modificaciones que mejor le vinieron al caso, les advirtió de que no perdieran nunca de vista a la pequeña, viniendo como venía de tan mala estirpe, y les aseguró que era hija ilegítima y que, ciertamente, acabaría por echarse a perder tarde o temprano. Todas las circunstancias parecían darle la razón, así que la creyeron y la niña arrastró una existencia lo suficientemente miserable incluso para dejarnos satisfechos, hasta que una viuda, que entonces residía en Chester, casualmente vio a la niña, se compadeció de ella y la acogió en su casa. Sin duda debía de pesar alguna maldición sobre nosotros, pues a pesar de todos nuestros esfuerzos la niña permaneció allí y fue feliz; yo le perdí la pista hace tres años y no volví a saber de ella hasta hace unos meses.

—¿La está viendo ahora?

—Sí, de su brazo.

—Pero no por eso deja de ser mi sobrina —sollozó la señora Maylie, recogiendo a la desvanecida joven en sus brazos—. Ni va a dejar de ser mi querida niña. Ahora ya no la dejaría marchar, ni por todo el oro del mundo. Mi dulce compañía, la niña de mis ojos...

—La única amiga que conocí —sollozó Rose, abrazándose a ella—, la mejor y más cariñosa de las amigas. El corazón me va a estallar. No puedo... no puedo... soportar tanta emoción.

—Tú has soportado eso y más, y te has convertido en la criatura más buena y más cariñosa, prodigando felicidad a cuantos te rodean —dijo la señora Maylie, abrazándola tiernamente—. Vamos, vamos, querida, recuerda quién es el que está esperando para estrecharte en sus brazos, pobre niño... ¡Míralo, míralo, hija mía!

—Tía, no —sollozó Oliver, rodeándole el cuello con los brazos—: Nunca la llamaré tía..., sino hermana, mi propia hermana, por algo mi corazón aprendió a amarte tan profundamente desde el principio... Rose, querida Rose.

Sean las lágrimas que se derramaron, y las palabras entrecortadas que fueron intercambiadas en el largo y estrecho abrazo entre los dos huérfanos, sagradas. En un abrir y cerrar de ojos habían hallado y perdido a un padre, a una hermana y a una madre. Alegría y tristeza iban de la mano, pero no eran aquellas lágrimas amargas, ya que incluso esa misma tristeza quedó tan atenuada, y venía envuelta en recuerdos tan dulces y tiernos, que se tornó en placer solemne y perdió todo carácter doloroso.

Permanecieron mucho, mucho rato a solas. Finalmente, una tenue llamada a la puerta anunció que alguien aguardaba fuera. Oliver la abrió, se escabulló por ella, y dio paso a Harry Maylie.

—Lo sé todo —dijo, tomando asiento junto a la encantadora joven—. Mi amada Rose, lo sé todo. Y no estoy aquí por casualidad —añadió tras un prolongado silencio—, ni tampoco he sabido todo esto esta noche, pues me enteré ayer..., justo ayer. ¿Adivinas que estoy aquí para recordarte una promesa?

—Espera —dijo Rose—; ¿de verdad que lo sabes todo?

—Todo. Me concediste permiso, en cualquier momento durante un año, para retomar el asunto pendiente de nuestra última conversación.

—Así fue.

—No para presionarte a cambiar tu decisión —prosiguió el joven—, sino para oír cómo la reiterabas, si ese era tu deseo. Iba a dejar cualquier posición o fortuna que pudiera poseer a tus pies, y si aun así perseverabas en tu anterior decisión, me comprometí a no intentar cambiarla, ni de palabra, ni por medio de ningún acto.

—Las mismas razones que me motivaron entonces me motivan ahora —mantuvo Rose con firmeza—. Si alguna vez tuve una deuda estricta e inquebrantable de gratitud con aquella cuya bondad me salvó de una vida de indigencia y sufrimiento, ¿cuándo

iba a sentirla más que esta noche? Es una lucha —prosiguió Rose—, pero me siento orgullosa de librarla; es un tormento, pero un tormento que mi corazón sabrá soportar.

—Las revelaciones de esta noche... —comenzó a decir Harry.

—Las revelaciones de esta noche —le interrumpió Rose dulcemente— me dejan exactamente en la misma posición, en referencia a ti, en que estaba antes.

—Endureces tu corazón contra mí, Rose —insistió su enamorado.

—¡Oh, Harry, Harry! —exclamó la joven, rompiendo a llorar—. Ojalá pudiera hacerlo, y así me ahorraría este sufrimiento.

—Entonces, ¿por qué te lo infliges? —añadió Harry, tomándole la mano—. Piensa, querida Rose, piensa en lo que has escuchado esta noche.

—¡Lo que he escuchado, lo que he escuchado! —exclamó Rose—. Que la conciencia de su profunda deshonra dejó tan marcado a mi padre que huyó de todo..., y con eso ya está todo dicho, Harry, no hace falta decir más.

—Todavía no está todo dicho —continuó el joven, deteniéndola en su marcha—. Mis esperanzas, mis anhelos, proyectos, sentimientos..., cada pensamiento de mi vida, excepto mi amor por ti, han experimentado un cambio. Lo que ahora te ofrezco no es la distinción en medio de una multitud bulliciosa, la incorporación a un mundo de malicia y maledicencia, donde las mejillas de los honestos han de sonrojarse por todo menos por la deshonra y la vergüenza reales, sino un hogar, un corazón y un hogar. Sí, mi amada Rose, eso, y solo eso, es lo único que puedo ofrecerte.

—¿Qué quieres decir? —musitó la joven.

—Has oído bien. La última vez que me despedí de ti, lo hice con la firme determinación de allanar cualquier supuesta barrera entre nosotros; tomé la firme determinación de que si mi mundo no podía pertenecerte, haría el tuyo mío, que ninguna arrogancia de cuna te dirigiría jamás una mueca de desprecio, ya que entonces renunciaría a todo eso. Pues bien, así lo he hecho. Los que como resultado de ello se han apartado de mí, se han apartado también de ti, y hasta ahora han demostrado que tenías razón. Ese mismo poder y mecenazgo, esos mismos parientes influyentes y nobles que me sonreían entonces, me miran ahora por encima del hombro; pero aún quedan campos sonrientes y árboles acogedores en el condado más fecundo de Inglaterra, y junto a una parroquia de aldea, la mía, Rose, mi parroquia, se alza una casita rústica en la que me puedes hacer sentir más orgulloso que todas esas esperanzas a las que he renunciado multiplicadas por mil. Este es hoy todo mi rango y posición, y aquí te lo ofrezco.

—Esto de tener que esperar a los enamorados para cenar pone a prueba la paciencia de uno —dijo el señor Grimwig, despertando y retirándose el pañuelo que le tapaba la cabeza.

A decir verdad, la cena había estado esperando más tiempo del prudencial, y ni la señora Maylie ni Harry ni Rose (que hicieron su entrada en el comedor juntos) podían presentar ninguna excusa.

—Empezaba a pensar seriamente en comerme la cabeza esta noche —manifestó el señor Grimwig—, pues ya estaba viendo que no podría comerme otra cosa. Si me lo permiten, me tomaré la libertad de presentar mis respetos a la futura novia.

Al señor Grimwig le faltó tiempo para llevar a cabo lo anunciado sobre la ruborosa muchacha y, como el ejemplo resultó contagioso, fue seguido por el doctor y el señor Brownlow. Algunas fuentes afirman que se había visto a Harry Maylie hacer lo propio en primer lugar en la oscuridad de una habitación contigua, pero para las autoridades más destacadas tal cosa supone un completo escándalo, siendo, como era, joven y clérigo.

—Oliver, hijo mío —dijo la señora Maylie—, ¿de dónde vienes, tan triste? Estás hecho un mar de lágrimas, ¿qué ocurre?

Qué desengaños nos tiene reservados la vida. A menudo nuestros sueños más queridos y los que más honran a nuestra naturaleza son los primeros en quebrarse.

¡El pobre Dick había muerto!

CAPÍTULO L

La última noche del judío

La sala estaba recubierta de rostros humanos desde el suelo hasta el techo. Había ojos inquisitivos y ansiosos que miraban con atención desde cada milímetro de espacio; desde la barandilla del banquillo de los acusados hasta el ángulo más remoto del último rincón de las galerías, todas las miradas se concentraban en un hombre, el judío. Por delante y por detrás, por encima y por debajo, a la derecha y a la izquierda, parecía estar rodeado por un firmamento de ojos resplandecientes.

Permanecía allí de pie, en medio de esta constelación de luces vivientes, apoyando una mano sobre el travesaño de madera que tenía delante y la otra tras la oreja, y con la cabeza echada hacia delante para oír con mayor nitidez cada una de las palabras pronunciadas por el juez que presidía la sesión, que estaba poniendo en manos del jurado. A veces dirigía su mirada afilada hacia ellos para observar si existía el menor indicio a su favor. Y cuando las acusaciones quedaron expuestas con terrible claridad, lanzó una débil mirada de súplica al abogado defensor, como instando a que este alegase una sola palabra en su defensa. Más allá de estas manifestaciones de ansiedad, el judío no movía ni los dedos. Apenas se había movido desde el comienzo del juicio, y ahora que el juez había terminado de hablar, continuaba en la misma posición tensa de absoluta concentración, con la mirada fija sobre él como si todavía estuviera escuchándole atentamente.

Un ligero bullicio en la sala le hizo volver a la realidad, y al mirar a su alrededor, observó que los miembros del jurado se habían reunido para considerar el veredicto. Cuando volvió los ojos hacia la galería, pudo ver a los presentes agolpándose unos sobre otros para intentar ver su rostro. Algunos se estaban poniendo rápidamente las lentes y otros cuchicheaban con sus vecinos manifestando una aversión absoluta hacia él. Unos pocos parecían indiferentes a todo lo que sucedía y solo miraban hacia el jurado, impacientes y asombrados de que se demoraran tanto. Pero en ninguno de todos esos rostros, ni siquiera entre los de las mujeres, que había muchas, pudo leer la

más mínima compasión hacia él, u otro sentimiento que no fuera un interés vehemente por que le condenaran.

Mientras observaba extrañado todo aquello, de nuevo se hizo un silencio sepulcral en la sala y, al mirar hacia atrás, vio que los miembros del jurado se habían vuelto hacia el juez. ¡Silencio!

Solo pedían permiso para retirarse.

Mientras iban pasando por delante de él, les miró con tristeza uno a uno, como intentando averiguar en qué sentido se inclinaba la mayoría, pero fue en vano. El carcelero le llamó por la espalda. Le siguió de forma mecánica hasta el extremo del banquillo y se sentó en una silla. El hombre se la señaló, porque si no, no la habría visto.

Volvió a mirar hacia la galería. Algunos estaban comiendo y otros se abanicaban con pañuelos porque el sitio estaba abarrotado y hacía mucho calor. Había un hombre joven que dibujaba un esbozo de su rostro en una pequeña libreta. Se preguntó si se parecería y, mientras el artista afilaba con un cuchillo la punta del lápiz, que se había roto, le echó un vistazo como hubiera hecho cualquier espectador ocioso.

Del mismo modo, cuando miró de nuevo al juez, su mente comenzó a ocuparse del aspecto de su atuendo, de cuánto costaría y de cómo se vestiría. También había un anciano caballero en el estrado, bastante gordo, que había salido hacia media hora y que regresaba en ese momento. Se preguntó si habría comido, qué habría comido y dónde habría comido; así continuaba con esta serie de pensamientos despreocupados hasta que aparecía algún nuevo objeto que le llamaba la atención y suscitaba otros.

Durante todo este tiempo, su mente no consiguió liberarse en ningún momento de la sensación abrumadora de la tumba que se abría a sus pies. La tenía siempre presente, pero de un modo abstracto y general, y no podía concentrar sus pensamientos en ella. Así que, temblando y agitándose, sofocado ante la idea de una muerte inminente, se puso a contar los barrotes de hierro que había delante de él, mientras se preguntaba cómo se habría roto la parte superior de uno de ellos y si lo arreglarían o no. Entonces pensó en todos los horrores de la horca y el patíbulo, y se detuvo a mirar a un hombre que rociaba el suelo para refrescarlo, y después continuó pensando.

Por fin sonó un grito que pedía silencio y todos miraron hacia la puerta conteniendo la respiración. El jurado, al regresar, pasó de nuevo junto a él. No pudo deducir nada de las expresiones de sus caras, como si estas fueran de piedra. Sobrevino un silencio absoluto; ni un rumor, ni un aliento. Culpable.

El edificio entero retumbó con el estruendo de un grito, y otro, y otro, y se hizo eco de unos rugidos potentes y graves, que iban ganando intensidad a medida que se expandían, como el trueno furioso. Era el populacho que estallaba de alegría para celebrar la noticia de que moriría el lunes.

El barullo se apaciguó y le preguntaron si tenía algo que alegar para que no se le aplicase la sentencia de muerte. Había reanudado su actitud de escucha y miraba atentamente a la persona que le interrogaba, pero tuvieron que repetir la pregunta dos veces antes de que el judío diese muestras de que oía algo, y entonces solo murmuró que él era un hombre viejo, un hombre viejo, un hombre viejo, y así fue bajando la voz hasta susurrar la frase y se quedó callado otra vez.

El juez se colocó el birrete negro y el prisionero continuó sin alterar ni su expresión ni su actitud. Una mujer presente en la sala lanzó una exclamación provocada por esta terrible solemnidad. Él se apresuró a levantar los ojos, como si estuviera enfadado por la interrupción, y se inclinó hacia delante, para prestar aún más atención. El discurso era solemne e impresionante; la sentencia, daba miedo escucharla; pero él continuaba de pie como una figura de mármol, sin mover un solo nervio. Su cara ojerosa seguía inclinada hacia delante, la barbilla le colgaba, boquiabierto, y estaba mirando al vacío totalmente absorto cuando el carcelero le puso la mano en el brazo y le hizo la señal de que saliera. El judío miró un instante a su alrededor con cara de estúpido y le obedeció.

Le condujeron a través de una sala empedrada que había bajo el juzgado, donde algunos de los prisioneros esperaban su turno y otros hablaban con amigos que se agolpaban sobre unas rejas que daban a un patio al aire libre. Allí no había nadie que quisiera hablar con él, pero al pasar, los prisioneros retrocedieron para que la gente que se agarraba a los barrotes pudiera verlo mejor, y arremetieron contra él con calificativos horribles, le abuchearon y le silbaron. Pero los que le conducían le llevaron a toda prisa por un lóbrego pasadizo iluminado por unas cuantas lámparas mortecinas hasta el interior de la prisión.

Allí le registraron, para que no llevara encima instrumento alguno con el que anticiparse a la ley, y una vez realizado este trámite le condujeron hasta una de las celdas de los condenados y lo dejaron solo.

Se sentó frente a la puerta sobre un banco de piedra que hacía las veces de asiento y de catre y, fijando sus ojos inyectados en sangre en el suelo, intentó poner orden en sus pensamientos. Al cabo de un rato empezó a recordar unos cuantos fragmentos dispersos de lo que había dicho el juez, aunque en aquel momento le había parecido que no podía oír ni una sola palabra. Pero poco a poco esas palabras fueron encajando y unas progresivamente llevaban a otras, de modo que en poco tiempo consiguió recordar la totalidad del discurso tal y como había sido pronunciado. Colgado del cuello hasta morir, ese era el final. Colgado del cuello hasta morir.

Cuando oscureció, empezó a pensar en todos los hombres que había conocido que habían muerto en la horca, algunos de ellos por culpa suya. La lista fue aumentando en una progresión tan rápida que a duras penas pudo contarlos. A algunos los había visto morir y además se había burlado de ellos porque habían muerto con oraciones en los

labios. ¡Qué sonido, el de la trampilla que se abría bajo sus pies! ¡Y con qué rapidez habían dejado de ser hombres vigorosos y fuertes para convertirse en un puñado de trapos colgantes!

Quizá algunos habrían habitado esa misma celda, se habrían sentado en el mismo lugar. Estaba muy oscuro. ¿Por qué no le traían una luz? La celda había sido construida hacía muchos años; seguro que allí habrían pasado sus últimas horas docenas de hombres; era como estar sentado en una cripta atestada de cadáveres..., el capuchón, la soga, los brazos maniatados..., los rostros que reconocía aun detrás de ese velo espantoso... ¡Luz, luz!

Por fin, cuando sus manos estaban ya en carne viva de tanto golpear las paredes y la pesada puerta, aparecieron dos hombres. Uno de ellos llevaba una vela que colocó en una palmatoria de hierro sujeta a la pared, y el otro arrastraba un colchón en el que pasar la noche, porque el prisionero no se iba a quedar solo por más tiempo.

Entonces llegó la noche, una noche oscura, silenciosa, deprimente. Algunas personas se alegran al escuchar el sonido de las campanadas de las iglesias, porque hablan de la vida y del nuevo día que comienza. Al judío solo le traían desesperación. El tañido de cada una de las campanas de hierro venía cargado de un único sonido grave y hueco: el de la muerte. ¿Qué sentido tenía el bullicio de la mañana alegre que llegaba hasta allí mismo, a sus oídos? Era otra forma de tañido fúnebre en el que la burla se sumaba a la llamada.

El día pasó, el día... el día no existía. Tan pronto como había llegado se había ido, y la noche regresó de nuevo, la noche, tan larga y a la vez tan breve... Larga por su espantoso silencio y breve en sus horas fugaces. Ahora lo mismo despotricaba y blasfemaba a voz en grito que aullaba y se arrancaba el pelo. Hombres respetables de su mismo credo se habían presentado allí para rezar junto a él, pero los había despachado con juramentos. Ellos insistieron en sus intenciones caritativas pero él los echó a golpes.

Noche del sábado: ya solo le quedaba una noche de vida. Y mientras lo pensaba, se hizo de día: domingo.

Hasta la noche de este último día terrible no fue consciente en toda su fulminante extensión del estado de impotencia y desesperación que se cernía sobre su alma perdida. No es que en algún momento mantuviera alguna esperanza de clemencia, pero tampoco había sido capaz de pensar ni remotamente que fuera a morir tan pronto. Había hablado poco con los hombres que se relevaban durante las horas de vigilancia, y ellos, por su parte, procuraron no llamar la atención. Había estado sentado y despierto, pero soñando. Ahora se sobresaltaba a cada minuto y, jadeante y con la piel ardiendo, corría de aquí para allá en un paroxismo tal de miedo y cólera que hasta ellos, que estaban acostumbrados a este tipo de comportamientos, se alejaron de él aterrorizados. Su conducta fue tan espantosamente horrible a causa de las torturas a

que lo sometía su conciencia malvada que ningún hombre hubiera soportado estar sentado allí, vigilándolo solo, de modo que lo vigilaron los dos hombres juntos.

Se acurrucó sobre su lecho de piedra y pensó en el pasado. El día en que lo capturaron le hirieron con algunos proyectiles disparados de entre la multitud, por lo que llevaba la cabeza vendada con un trapo de hilo. El pelo rojo le caía sobre el rostro lívido, llevaba la barba rasgada y apelmazada, los ojos le brillaban con un destello espantoso, la piel sucia se le agrietaba a causa del ardor que le provocaba la fiebre. Las ocho, las nueve, las diez... Si no era una broma para asustarle y verdaderamente las horas se pisaban los talones unas a otras, ¿dónde estaría cuando volviesen a sonar? Las once. Otra vez sonaba la hora antes de que la voz de la anterior hubiera dejado de vibrar. A las ocho él mismo sería la única plañidera en su propio cortejo fúnebre. A las once...

Aquellos terribles muros de Newgate, que han ocultado tanta infelicidad y tanta angustia inenarrables, no solo a la vista sino, demasiado a menudo y durante demasiado tiempo, también a los pensamientos de los hombres, nunca contemplaron un espectáculo tan atroz como aquel. Los pocos transeúntes que se detenían al pasar y se preguntaban qué estaría haciendo el hombre al que iban a colgar al día siguiente habrían tenido pesadillas aquella noche si hubieran podido verle.

Desde última hora de la tarde hasta casi la medianoche, pequeños grupos de dos o tres personas se presentaron ante la portería de la prisión y preguntaron ansiosos si se había recibido alguna orden de indulto. Como la contestación era negativa, en seguida comunicaban la buena nueva a otros grupos que había en la calle, que se señalaban entre sí la puerta por la que saldría e indicaban dónde iban a montar el patíbulo, y, mientras se alejaban, se volvían a mirar atrás para imaginarse la escena. Poco a poco fueron desapareciendo uno tras otro, y durante una hora en medio de la noche cerrada, la calle se abandonó a la soledad y la oscuridad.

Ya habían despejado el espacio de delante de la prisión, y habían colocado algunas vallas pintadas de negro para cortar el paso y así contener la presión de la esperada multitud, cuando aparecieron el señor Brownlow y Oliver en la portezuela y presentaron una orden de admisión que les autorizaba a ver al prisionero, firmada por uno de los dos magistrados. Inmediatamente se les permitió entrar en el recinto.

—¿El joven caballero va a entrar también, señor? —dijo el portero encargado de guiarles—. No es una visión apta para un niño.

—Es cierto, amigo mío —replicó el señor Brownlow—, pero el asunto que vengo a tratar con este hombre está íntimamente ligado con él, y dado que este niño lo ha visto en el esplendor de su exitosa carrera de fechorías, considero que es mejor que lo vea ahora, aunque ello le provoque miedo y dolor.

Estas breves palabras fueron pronunciadas en un aparte, para que Oliver no las oyera. El hombre se tocó el sombrero y, mirándolo con curiosidad, abrió otra puerta

que había frente a la que habían cruzado para entrar y los condujo en la oscuridad hasta las celdas a través de pasajes tortuosos.

—Este —dijo el hombre deteniéndose en un lóbrego pasadizo donde una pareja de obreros se afanaban con algunos preparativos en el silencio más absoluto—, este es el lugar por donde pasará. Si vienen por aquí, podrán ver por dónde saldrá mañana.

Los condujo hasta una cocina de piedra, equipada con calderas para preparar la comida de la prisión, y les señaló una puerta. Encima de ella había un enrejado abierto, a través del cual se oían voces de hombres mezcladas con martillazos y tablones que caían. Estaban construyendo el patíbulo.

Desde este lugar pasaron a través de numerosas puertas muy pesadas, que otros tantos carceleros abrían desde el interior, y, después de cruzar un patio al aire libre, subieron un tramo de estrechos peldaños y entraron en otro pasadizo, que tenía una hilera de puertas pesadas a la izquierda. Haciéndoles una señal para que permaneciesen donde estaban, el guardia llamó a una de ellas con el manajo de llaves que llevaba en la mano. Los dos vigilantes, después de un leve cuchicheo, salieron al pasillo, desperezándose como si se alegrasen de que les relevaran temporalmente, e indicaron a los visitantes que siguieran al guardia hasta la celda. Así lo hicieron.

El criminal condenado estaba sentado sobre la cama, meciéndose de un lado a otro, con un semblante que más se parecía al de una bestia enjaulada que al de un ser humano. Era evidente que su mente estaba dando un paseo por su antigua vida, porque continuaba hablando entre dientes y no parecía consciente de la presencia de nadie salvo como parte de su propia imaginación.

—¡Buen chico, Charley, bien hecho! —masculló—. Oliver también, ¡ja, ja, ja! Oliver también... ¡Está hecho todo un caballero! ¡Todo un...! ¡Llévate al crío a la cama!

El guardia cogió la mano de Oliver, le susurró que no se alarmase y continuó mirando sin hablar.

—Llévatelo a la cama —gritó el judío—. ¿Me oís alguno o qué? En cierto modo él ha sido el... el..., ha sido el culpable de todo esto. Merece la pena el gasto de llevarle a... la garganta de Bolter, Bill. No te preocupes por la muchacha..., la garganta de Bolter, lo más profundo que puedas cortar... ¡Siégale la cabeza!

—Fagin —dijo el carcelero.

—¡Soy yo! —gritó el judío, volviendo a adoptar la misma actitud de escucha que había mantenido durante el juicio—. Un viejo, señoría. Un hombre muy, muy viejo.

—Aquí —contestó el carcelero, poniéndole la mano sobre el pecho para contenerle—, aquí hay alguien que quiere verle, creo que quieren preguntarle algo. Fagin, Fagin, ¿está aquí?

—No lo estaré por mucho tiempo —replicó el judío, con una expresión que había perdido todo rasgo humano excepto la rabia y el terror—. ¡Mátalos a todos! ¿Qué derecho tienen a liquidarme?

Mientras hablaba, se percató de la presencia de Oliver y del señor Brownlow y, retrocediendo hasta el rincón más lejano del asiento, preguntó qué es lo que querían, qué hacían allí.

—Tranquilo —dijo el guardia, que continuaba sujetándolo—. Ahora, señor, dígame lo que tenga que decirle; rápido, por favor, porque su estado de ánimo empeora a medida que pasa el tiempo.

—Usted tiene unos papeles —dijo el señor Brownlow aproximándose— que un hombre llamado Monks dejó en su poder para mayor seguridad.

—¡Todo eso es mentira! —replicó el judío—. No tengo nada, nada de nada.

—¡Por el amor de Dios! —dijo el señor Brownlow con solemnidad—. No me dé esa respuesta ahora, al borde de la muerte, y dígame dónde están. Sabe que Sikes ha muerto, que Monks ha confesado, y que ya no puede obtener beneficio alguno. ¿Dónde están esos papeles?

—Oliver —gritó el judío, llamándolo con un gesto—. Ven aquí, ven, déjame que te diga algo al oído.

—No tengo miedo —dijo Oliver en voz baja mientras se soltaba de la mano del señor Brownlow.

—Los papeles —dijo el judío, acercándose— están en una bolsa de lona dentro de un agujero que hay en el interior de la chimenea de la habitación de arriba, la que da a la calle. Quiero hablar contigo, querido, quiero hablar contigo.

—Sí, sí —respondió Oliver—. Voy a rezar una oración por usted. Vamos, rece conmigo. Rece una oración de rodillas junto a mí y continuaremos hablando hasta mañana.

—¡Fuera, fuera de aquí! —contestó el judío, empujando al niño hacia la puerta y mirando con expresión vacía más allá de él—. Diles que me he dormido, a ti te creerán. Me puedes sacar de aquí si me llevas así. Venga, venga.

—¡Ay, Dios mío, perdona a este infeliz! —dijo el niño echándose a llorar.

—¡Eso es, eso es! —dijo el judío—. Eso nos ayudará. Primero esta puerta. Si tiemblo y me agito al pasar cerca de la horca, no te preocupes, pero date prisa. ¡Venga, venga, venga!

—¿Tiene algo más que preguntar, señor? —inquirió el guardia.

—Nada más —contestó el señor Brownlow—. Si pudiésemos hacerle entrar en razón respecto a su situación...

—Imposible, señor —contestó el hombre, sacudiendo la cabeza—. Más vale que lo deje estar.

—Sigue, sigue —gritó el judío—. Sin hacer ruido, pero no tan lento. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Los hombres se le echaron encima y, soltando a Oliver de sus manos, lo sujetaron. El judío se retorció y forcejeaba con la fuerza de la desesperación y lanzó varios gritos,

uno tras otro, que traspasaron hasta los firmes muros de la prisión y resonaron en sus oídos hasta que llegaron al patio al aire libre.

Pasó un buen rato antes de que abandonasen la prisión, porque Oliver estuvo a punto de desmayarse después de contemplar tan espantosa escena, y se quedó tan débil que durante una hora o más no tuvo fuerzas para caminar.

Comenzaba a amanecer cuando volvieron a salir. Una gran muchedumbre se había congregado ya. Las ventanas estaban llenas de gente fumando y jugando a las cartas para matar el tiempo. La multitud se agolpaba, se peleaba y hacía bromas. Todo era vida y animación, salvo un montón de objetos justo en el centro de todo: el negro escenario, la viga cruzada, la soga y todo el espantoso aparato de la muerte.

CAPÍTULO LI

Y último

El destino de todos aquellos que han figurado en este relato ya casi se ha cumplido, y lo poco que le queda por contar al narrador puede resumirse en unas pocas y sencillas palabras.

Antes de que transcurrieran tres meses, Rose Fleming y Harry Maylie se casaron en la iglesia del pueblo, que desde ese momento iba a ser el escenario de trabajo del joven clérigo. Ese mismo día tomaron posesión de su nuevo y feliz hogar.

La señora Maylie se trasladó a vivir con su hijo y su nuera para, durante el resto de su tranquila existencia, disfrutar de la mayor felicidad que la edad y la dignidad pueden conocer: la contemplación de la felicidad de aquellos a quienes continuamente se les han dedicado los sentimientos más cariñosos y las más tiernas atenciones de una vida bien empleada.

Tras una completa y detallada investigación, se supo que si los restos del patrimonio que Monks custodiaba, que nunca llegaron a prosperar ni en sus manos ni en las de su madre, se hubieran repartido a partes iguales entre él y Oliver, habrían rentado poco más de tres mil libras a cada uno. Según la voluntad del testamento de su padre, Oliver habría tenido derecho a la totalidad, pero el señor Brownlow, que no quería privar al hijo mayor de la oportunidad de enmendar sus antiguos vicios y de seguir el camino de una vida honrada, propuso este modo de reparto, al que su joven protegido accedió con la mayor de las alegrías.

Monks, quien todavía conservaba este sobrenombre, se retiró con su parte de la herencia a algún lejano lugar del Nuevo Mundo donde, después de despilfarrarlo todo con rapidez, volvió a sus antiguas correrías y, tras largo tiempo de reclusión por alguna nueva estafa o pillaje, finalmente sufrió un ataque de su antigua dolencia y murió en prisión. El resto de los miembros de la banda de su amigo Fagin también murieron lejos de su hogar.

El señor Brownlow adoptó a Oliver y, al trasladarse junto con la anciana ama de llaves a algo más de un kilómetro de distancia de la casa parroquial donde residían sus

queridos amigos, hizo realidad el único deseo que quedaba por cumplir en el tierno y cálido corazón de Oliver, y así formaron juntos una pequeña sociedad cuyos rasgos se aproximaban tanto a la felicidad absoluta como es posible en este mundo cambiante.

Poco después de la boda de los jóvenes, el distinguido doctor regresó a Chertsey, donde, privado de la presencia de sus viejos amigos, habría estado a disgusto si su temperamento hubiera sido capaz de admitir tal sentimiento, y se habría vuelto un poco gruñón si hubiera sabido cómo hacerlo. Durante dos o tres meses se contentó con insinuar que temía que el aire empezase a sentarle mal, y entonces, al darse cuenta de que aquel lugar ya no era para él lo que había sido antaño, dejó su consulta en manos de su ayudante, se instaló en una casa de campo de soltero justo a las afueras del pueblo en el que su joven amigo era pastor, y se recuperó inmediatamente. Allí se aficionó a cuidar del jardín, a plantar, a pescar, a hacer trabajos de carpintería y a otras tareas por el estilo, que llevaba a cabo con el enorme ímpetu que le caracterizaba y en las cuales se hizo rápidamente famoso entre el vecindario, que lo consideraba una gran autoridad.

Antes de mudarse, había trabado una gran amistad con el señor Grimwig, correspondida de todo corazón por este excéntrico caballero. Así, este le visita muchas veces al año, y en todas esas ocasiones el señor Grimwig planta, pesca y se dedica a la carpintería con gran devoción, haciéndolo todo de un modo peculiar y sin precedentes, pero sosteniendo siempre con su aseveración favorita que ese es el modo correcto de hacerlo. Los domingos critica siempre el sermón delante del joven clérigo, comentando después de modo confidencial al señor Losberne que ha estado muy bien, pero que cree que es mejor no decirlo. Al señor Brownlow le gusta tomarle el pelo constantemente con su vieja profecía sobre Oliver, y recordarle la noche en que estaban sentados uno a cada lado del reloj, esperando su regreso, pero el señor Grimwig sostiene que en el fondo él tenía razón, y prueba de ello es que Oliver no regresó nunca, lo que le hace soltar una carcajada y aumenta su buen humor.

El señor Noah Claypole, tras ser indultado por la Corona por haber testificado en contra del judío, y considerando que su profesión no era tan segura como a él le hubiera gustado, pasó algún tiempo sin saber qué hacer para ganarse la vida sin la carga de un trabajo excesivo. Después de algunas reflexiones, decidió convertirse en confidente de la policía, oficio en el cual se gana la vida como un señor. Su trabajo consiste en salir una vez por semana durante la hora del oficio religioso junto a Charlotte con un atuendo respetable. La señora se desmaya junto a la puerta de algún local regentado por algún tabernero caritativo, y tras recibir tres peniques de brandy para reanimarla, al día siguiente da el soplo y se guarda para sí la mitad de la multa. Algunas veces es el mismo señor Claypole el que se desmaya, pero el resultado es el mismo.

El señor y la señora Bumble, privados de sus cargos, se vieron poco a poco condenados a la indigencia y la desdicha absolutas, y al final se convirtieron en pobres en el mismo hospicio en el que una vez habían gobernado sobre otros. Se ha escuchado decir al señor Bumble que, en medio de sus adversidades y su degradación, no tiene ánimos ni para estar agradecido por estar separado de su mujer.

Por lo que respecta al señor Giles y a Brittles, trabajan todavía en sus antiguos puestos, aunque el primero está calvo y el muchacho ya tiene el pelo bastante canoso. Duermen en la casa parroquial, pero reparten sus atenciones por igual entre sus habitantes, Oliver, el señor Brownlow y el señor Losberne, de modo que hasta hoy los vecinos del pueblo todavía no han podido saber a qué casa pertenecen en realidad.

El señor Charles Bates, horrorizado por el crimen de Sikes, se sumió en una profunda reflexión acerca de sí, en el fondo, llevar una vida honesta no sería lo mejor. Cuando llegó a la conclusión de que efectivamente era lo mejor, dio la espalda a lo sucedido en el pasado y decidió enmendarlo dentro de algún nuevo ámbito de actuación. Durante algún tiempo luchó mucho y sufrió lo suyo, pero dado que tenía un carácter afable y que el propósito era bueno, finalmente lo consiguió, y pasó de ser esclavo de un granjero y mozo de un carretero a convertirse en el ganadero más joven y más feliz de todo el condado de Northampton.

Y ahora la mano que escribe estas líneas flaquea al vislumbrar el fin de su tarea, y quisiera hilar un poco más la entretela de estas aventuras.

Con gusto me quedaría un poco más entre aquellos con los que he vivido tanto, y compartiría su felicidad intentando describirla. Mostraría a Rose Maylie en todo el esplendor y la gracia de los albores de su estado de mujer adulta, que arrojaba en el sendero apartado de su vida una luz suave y cálida sobre todos aquellos que caminaban a su lado y les iluminaba el corazón; la describiría como la vida y la alegría del círculo que se reunía en torno al fuego, y del animado grupo veraniego; la seguiría por los campos bajo el bochorno del mediodía y escucharía los tonos graves de su dulce voz durante cada paseo a la luz de la luna; la observaría en toda su bondad y generosidad fuera de casa, así como en el diligente cumplimiento, siempre sonriente, de las tareas domésticas en casa; la describiría a ella y al niño de su difunta hermana felices en su amor mutuo, pasando las horas juntos y recordando la triste pérdida de sus parientes; evocaría de nuevo esas caritas felices que se pegaban a sus rodillas y escucharía sus alegres conversaciones; recordaría los tonos de esa risa clara y rememoraría las lágrimas compasivas que brillaban en el dulce azul de sus ojos. Estas y otras mil miradas, y sonrisas, y pensamientos, y palabras, las recordaría una a una con gusto.

Cómo el señor Brownlow día tras día iba alimentando el conocimiento de su hijo adoptivo, y cómo sentía por él un apego cada vez mayor a medida que su naturaleza se desarrollaba y mostraba el germen prometedor de todo lo que deseaba que llegara

a ser; cómo iba descubriendo en él nuevos rasgos de su viejo amigo, que despertaban en su corazón antiguos recuerdos llenos de melancolía, pero dulces y reconfortantes a la vez; cómo los dos huérfanos puestos a prueba por la adversidad recordaban las lecciones de compasión hacia el prójimo, y el amor mutuo y el agradecimiento fervoroso a Aquel que les había protegido y que había cuidado de ellos: todo esto son asuntos que no hace falta contar, porque ya he dicho que eran felices de verdad, y sin un cariño profundo y una gran humanidad en el corazón, y la gratitud hacia ese Ser cuyo código es la misericordia y cuyo gran atributo es la benevolencia con todo lo que respira, la verdadera felicidad no puede alcanzarse nunca.

Junto al altar de la vieja iglesia del pueblo, hay una lápida de mármol blanco que solo tiene una palabra inscrita: Agnes. No hay ningún ataúd dentro de esta tumba y puede que pasen muchos, muchos años, antes de que se escriba otro nombre encima. Pero si es verdad que las almas de los muertos regresan a la tierra para visitar los lugares bendecidos por el amor, el amor más allá de la muerte, de aquellos a quienes conocieron en vida, creo que la sombra de esta pobre chica vaga a menudo por este solemne rincón, sí, aunque se trate de una iglesia y aunque ella fuese débil y cometiese errores.